







U. S. DEPARTMENT OF JUSTICE
 FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION
 Division of Criminal Investigation
 Washington, D. C. 20535
 Date:
 File No.
 Title:
 Author:
 Subject:

11950572

BIBLIOTECA DE LA SEAL
 Sala: B
 Estante: 49
 Numero: 174



R. 38.482

CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA
DEL P. JUAN DE MARIANA,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

ESCRITA EN LATIN

*POR EL P. FR. JOSEPH MANUEL MIÑANA,
DEL ORDEN DE LA SANTISIMA TRINIDAD,*

Y TRADUCIDA NUEVAMENTE AL CASTELLANO

*POR D. VICENTE ROMERO,
ESCRIBIENTE PRIMERO DE LA SECRETARIA
DE ESTADO, Y DEL DESPACHO DE
HACIENDA DE INDIAS.*

TOMO N. *IX.*

EN MADRID
POR DON BENITO CANO.
AÑO DE MDCCXCIV.

CONTINUACION
CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL
DE LA ESTADIA
DE ESPAÑA
DEL P. JUAN DE MARRANA
LIBRO QUINTO
DE LA OBRA DE JESUS
CALLE DEL PRINCIPAL

FOR NI TO THE FASHION...
E PLACENTIA...
FOR H. VICTOR...
EXPERIMENT...
DE...
IN...

TOMO II

EN MADRID
POR DON BENITO CASO
ARTE DE...
DE...

CONTINUACION
 DE LA HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA:
 LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

*SUJETANSE LOS REBELDES DE LA PROVIN-
 CIA DE XALISCO. VIAGE Á LA CALIFORNIA
 Y Á LA FLORIDA. PROVIDENCIAS DEL CE-
 SAR EN FAVOR DE LA LIBERTAD
 DE LOS INDIOS.*

Por este tiempo era muy vario el aspecto de las cosas de América. Las guerras anteriores habian producido entre otros males, como sucede siempre, un seminario de vicios y maldades. La justicia no tenia fuerza alguna contra unos hombres armados, y solo triunfaba el desórden, sin respeto alguno á la honestidad. En Nueva España se remediáron en parte estos males por el valor y zelo del Virrey Don Antonio de Mendoza, que se dedicó á reprimir los vicios nacidos con la guerra. Finalmente arreglados los negocios interiores del mejor modo que permitian las circunstancias actuales, salió de México con tropas para apaciguar la dilatada provincia de Xalisco, que estaba inquieta. Contábanse trescientos caballos, la mayor parte de la nobleza, y ciento y cincuenta infantes, á los quales seguian numerosos esquadrones de Indios. Entónces se concedió por la primera vez á los Caciques que llevasen caballos y armadura española. Los precipicios y parages ásperos que habian

ocupado los enemigos les servian de fortalezas ; pero fuéron arrojados de ellos con mucho estrago de unos y otros : mas no habiéndolos abatido esta desgracia se acampáron en otros peñascos altísimos , estando resueltos á hacer los últimos esfuerzos para defenderse. No aterró á los Españoles lo fragoso de aquellos lugares , sin embargo de que parecian inaccesibles aun para las mismas aves , y habiendo explorado ántes las sendas marcháron al enemigo , y peleáron muchas veces acerrimamente ayudados de los Indios Mexicanos con admirable valor y fidelidad. Luego que llegáron á lo mas elevado de los peñascos , combatiéron á pie firme con el mayor teson , y al fin quedáron vencidos y derrotados los bárbaros , con muerte de ocho mil de ellos. En medio de la confusion fué hecho prisionero el Cacique , y sirvió de mucho para apaciguar aquellas gentes ferocísimas. Dos años empleó Mendoza en subyugarlos , y se restituyó á México con su ejército en buen estado , y con muchos despojos.

Despues de esto intentó reconocer el mar del Sur, cuya expedicion encargó á Juan Rodriguez Cabrillo, dándole dos navíos muy bien equipados de todo lo necesario. Con ellos penetró hasta quarenta y quatro grados mas allá del Cabo Mendocino, situado casi á la extremidad de la California, navegando muchas millas ácia el Norueste , y entre horribles tormentas reconocieron las islas y el Continente. Regresáron estos navíos al puerto de la Natividad , habiendo muerto en el viage su Capitan. Como no se sacó fruto alguno de esta empresa , mandó el mismo Virrey á Ruy de Villalobos navegar al Occidente con quatro navíos y una galera , llevando consigo á Fray Nicolas Perea del Orden de San Agustin. La galera pereció en breve en aquel mar tempestuoso , y despues de una larguísima y trabajosa navegacion arribó á unas islas que estan al Oriente de nuestro emisferio. Una de ellas , que fué llamada Cesarea en memoria del Emperador , tiene de circuito mas de mil y quatrocientas millas. Los bárbaros que la habitan son de una

ferocidad indómita. Con ellos peleó Villalobos muchas veces prósperamente, y recogió alguna cantidad de oro y aromas, y continuando su viage arribó á Gilolo, una de las islas Molucas, donde hizo muchas cosas buenas y malas, ya declarándose amigo de los isleños, ya de los Portugueses, mudando de partido segun se le presentaba la ocasion, hasta que falleció de una enfermedad. Sus compañeros, aunque muy debilitados de salud, navegaron á Malaca, y despues de haber permanecido allí por espacio de cinco meses, viniéron á Goa. Finalmente auxiliados del Virrey Portugues, se embarcáron para España, y llegarón á estos reynos el año quarenta y siete de este siglo.

En Yucatan no se habia hecho en mucho tiempo cosa alguna digna de memoria hasta que Francisco Montejo trasladó el gobierno de aquella provincia á su hijo del mismo nombre, jóven de excelente índole, y de grandes esperanzas. Este pues habiendo dado con un pequeño esquadron dos grandes batallas, una en Chibou, y otra en Tibou, además de otros ligeros combates, venció á aquellos Indios belicosos, y los obligó á sufrir el yugo. Despues fundó á Mérida, Campeche y Valladolid, y finalmente á Salamanca, y estableció Colonos para que contuviesen á los bárbaros en su deber, y entretanto vivió su padre en Chiapa, separado del tumulto y fatigas de la guerra.

Por este tiempo se agraváron en la Florida las calamidades padecidas en las anteriores expediciones, porque todos los Españoles entráron con desgracia en esta Provincia. Hernando de Soto, soldado de Pizarro de esclarecida fama, introduxo con próspero viage en diez navíos por el puerto del Espiritu Santo mas de mil y doscientos hombres armados, de los quales mas de la quarta parte eran de caballería. Salióle al encuentro Juan Ortiz, que habitaba entre los bárbaros desde la desgraciada expedicion de Narbaez, y habiéndole servido de intérprete, vino á invernar á Apalache, donde con halagos se concilió

la amistad del Cacique. Previno Soto todo lo necesario para continuar su viage, y á la entrada de la primavera comenzó á caminar por una dilatadísima region. Fué recibido de algunos Caciques como amigo, y de otros como enemigo. Una jóven doncella que gobernaba una de estas naciones, le obsequió con una gran cantidad de perlas y otros regalos, y despues de haberle provisto de víveres le despidió benignamente. Recogieron los Españoles setecientas veinte libras de perlas, entre las quales las habia de gran valor, y del tamaño de un garbanzo, y se repartieron con igualdad entre todos. Juan Terrones, soldado de infanteria, cansado de llevar la parte que le habia tocado, la arrojó en un bosque, haciéndose intolerable el peso de las perlas á unos hombres que en su patria no tenian ni aun moneda de plomo. Estas riquezas las produce el rio Ichaha, cuyo nombre toma del pueblo inmediato, y allí se guardaban otras cosas preciosas, que entónces quedáron intactas para no embarazar con ellas á los soldados en su marcha. Habiendo llegado á Movila, pueblo de mucha gente y bien fortificado, recibieron algun daño por las asechanzas del Cacique Ilascaluca, hombre de una estatura desmesurada. Tuviéron con él una pelea atroz, sangrienta y tumultuosa, que duró por espacio de nueve horas. Los bárbaros eran fortísimos, y las mugeres los igualaban en ferocidad. No obstante fuéron vencidos y derrotados á viva fuerza, quedando muertos once mil de aquella multitud. Con sus flechas, y con las llamas con que incendiáron el pueblo, perecieron ochenta y tres Españoles, quarenta y cinco caballos con parte de los bagages, y las alhajas sagradas. No hay necesidad de referir por menor todos los sucesos de esta expedicion. Finalmente viniéron á invernar á Chicoza, provincia muy dilatada; pero desde allí se trasladáron á otra parte, porque los habitantes de aquella region para libertarse de una turba de hombres tan insolentes, les quemáron de noche sus chozas cubiertas de paja, disparando sobre ellas flechas encendidas. En este lance

perecieron quarenta Españoles , cincuenta caballos , y otras cosas ; lo que fué una grave pérdida para tan poca gente. Luego que entró la primavera continuáron su marcha en esquadrones por tierras desiertas , y por bosques intransitables y cerrados. ¿ Quién podrá numerar los rios y los montes que tuviéron que atravesar , y las fatigas y peligros que padeciéron ? De este modo transitáron por muchas provincias en medio de continuos combates , causándose recíprocamente muchas pérdidas , sin tener todavía asiento fixo en un pais tan pobre y estéril. Soto oprimido de cuidados cayó enfermo en Guachacoya , y aumentándosele poco á poco su dolencia , falleció de ella , habiendo entregado el ejército , ó por mejor decir sus reliquias á Luis Moscoso. Su cuerpo fué echado á un rio para que los bárbaros no le insultasen. ¡ Miserable condicion la de los mortales , que se ven pobres y necesitados aun en medio de la opulencia ! ¿ cuándo dexarán los hombres de exponer su vida á tan graves y voluntarios peligros ? ¿ cuándo pondrán límites á sus deseos ? ¡ miserables riquezas con las quales crece , y se fomenta el desordenado deseo de adquirir otras ! Las calamidades pasadas habian reducido el ejército de Moscoso á solos trescientos y veinte infantes , y sesenta caballos , con los quales anduvo vagueando de unas partes á otras , padeciendo muy graves infortunios hasta que regresó al rio grande. Para invernar allí se fortificó contra las frecuentes y molestas invasiones de los bárbaros , que no omitiéron cosa alguna de las que sugiere la fuerza y la astucia , á fin de arrojar de su territorio á los extranjeros. Finalmente perdiendo toda esperanza , resolvieron aventurarse á hacer su retirada , siguiendo el curso del rio , persuadidos de que éste era el único medio que les quedaba de escapar con vida. A últimos de Junio comenzáron con gran diligencia á cortar madera , y trabajarla para disponer los buques , habiendo encontrado algunos Caciques que los favorecieron con mucha humanidad , lo que puede mirarse como un prodigio en medio de tan feroz barbarie ; y

en el día de San Pedro se embarcáron en siete barcas, y tres faluas. Saliéron los bárbaros con mil canoas, que cubrian aquel ancho rio á perseguir á los que marchaban, arrojándoles con grande gritería tantas y tan espesas flechas, que parecia caer sobre ellos un nublado de granizo. Muchas veces quando salian á tierra á buscar víveres, y otras navegando, tuviéron que pelear con una inmensa multitud de bárbaros, que se sucedian unos á otros, en cuyos combates perdiéron quarenta y ocho compañeros con algunos caballos. Luego que llegaron á parage donde por una y otra parte se perdian de vista las riberas del rio, cesáron los bárbaros de perseguirlos. Siguieron la corriente por espacio de veinte dias, en los quales referian haber navegado mil y seiscientas millas (si no les engaño su cálculo) y desde allí al mar quatrocientas. Dexando á la derecha la Florida arribáron á los cincuenta y tres dias al rio Panuco, de donde se encamináron por tierra á México á la entrada del invierno del año de mil y quinientos y quarenta y tres.

En este tiempo se hallaba afligida la Nueva España con una peste tan cruel, que se asegura dexó solamente con vida á la sexta parte de sus habitantes. En Guatemala, como ya diximos, gobernaba Alvarado, quien sin embargo de haber quedado coxo de una herida, y de estar muy pesado y viejo, no habia renunciado á la milicia, y deseoso de aumentar las riquezas que poseia, equipó una armada muy poderosa para navegar á las islas de la especeria, la qual habiendo arribado á las costas de la nueva Galicia, fué implicada en una guerra. Noticioso de esto Alvarado, recogió á la ligera algunas tropas, y se puso en camino para llevar socorro á los suyos, que se hallaban muy maltratados por los bárbaros; pero en su marcha se precipitó con el caballo por un despeñadero, y pereció miserablemente. La armada regresó á Guatemala sin haber hecho cosa alguna memorable. Poco despues su muger, que era de la principal nobleza de España, quedó ahogada en una inun-

dacion que arrojó el volcan inmediato á la ciudad, que la dexó quasi arruinada. En la muerte de esta Señora se vió la inconstancia de la fortuna, que trastorna á su antojo todas las grandezas humanas.

Belalcazar volvió de España con el gobierno de Popayan en premio de haber apaciguado la provincia. Su Teniente Jorge Robledo penetró con un pequeño ejército en lo mas interior de la region, descubrió nuevas gentes, y para refrenar á los bárbaros estableció una colonia, que llamó Antioquia. Tuvo por compañero de su viage á Pedro de Zieza, escritor muy diligente de las cosas acaecidas en aquellas partes. Pero entretanto que disponia volverse á España fué hecho prisionero por Alfonso de Heredia, y despojado de la presa que habia adquirido. Despues de esto se suscitó una contienda entre Pedro hermano de Alfonso, y Belalcazar sobre la posesion de Antioquia, la qual se dirimió á costa de alguna sangre, y al fin quedó la colonia por Belalcazar. Hallándose Quesada en España, su hermano Fernando descubrió un dilatadísimo pais hasta Pasto, donde poco ántes habia establecido una colonia uno de los Capitanes de Pizarro. En la silla episcopal de Cartagena sucedió á Loaysa Fray Francisco Benavides, del Orden de San Gerónimo, varon muy zeloso en apacentar las ovejas de Jesu Christo, y alejar á los lobos que hacian presas por aquellas costas. Fué trasladado desde allí á la Diócesis de Mondoñedo, y despues á la de Sigüenza, donde murió el año de mil quinientos y sesenta. En el Obispado de Santa Marta sucedió Don Martin de Calatayud, y Talavera en el de Tlascalala. La ciudad de Popayan pareció á propósito para erigirla en silla episcopal. Fuéron establecidas nuevas Audiencias Reales, y nombrados Jueces con potestad suprema para decidir los pleytos. La multitud de los Indios que se convertian á Jesu Christo era innumerable, dedicándose á instruirlos y doctrinarlos con gran zelo los Religiosos de diversas Ordenes que se habian establecido en muchas partes. Pero como desde el descubrimiento de aquel nuevo mundo

abusaban los Españoles de la paciencia de sus naturales sin derecho alguno, ni aun imaginario, tratando á estos miserables no como á hombres, sino peor que á las bestias, se renováron las antiguas leyes, y se promulgáron otras de nuevo para cortar estos abusos, y para que con la fuerza de las armas se mantuviesen bien gobernadas las provincias. Trabajó en esto con gran zelo Fray Bartholomé de las Casas Obispo de Chiapa, y otros varones doctos y piadosos, compadecidos de los males de aquella desgraciada gente. Y á la verdad no era posible que se sostuviese el dominio de la América agitado con tan violentas turbaciones, si no fuesen tratados con igualdad el Español y el Indio, siendo cierto que deben tener un mismo derecho todos aquellos que viven sujetos á un mismo Rey, y profesan una misma religion. ¿Qué mayor absurdo puede imaginarse que establecer una república de esclavos? El César pues cuidadoso de su propia fama, y del bien de aquella pobre gente, mandó en una ley del año de quarenta y uno que se les restituyese la libertad que injustamente se les habia quitado, disponiendo expresamente en uno de sus capítulos: „Que de ningun modo, ni con pretexto alguno fuese llevado en adelante ningun Indio contra su voluntad al servicio del Español, y que fuese puesto en libertad el que hubiese sido forzado á ello, sin oír sobre esto á sus señores.“ Estas y otras providencias, cuya execucion procuraba Don Francisco Tello, enviado á este fin por el César á la América, causáron infinitas discordias. Conmoviéronse las colonias de tal suerte, que faltó muy poco para que no rompiesen en una sedicion, sin respeto alguno á la magestad real, si el Virrey Mendoza con su valor y singular prudencia no hubiera reprimido sus furores. „Llevaban muy á mal los Españoles que unos bárbaros mas semejantes á las bestias que á los hombres, y á quienes habian sujetado á costa de su sangre y de sus bienes, fuesen tratados con leyes tan favora-

bles, y ellos oprimidos, con adversas : que era mejor la fortuna de los vencidos, que la de los vencedores, si se les despojaba del premio de su valor. Que desterrados de su patria, de sus padres y parientes se veian despreciados de los mas viles de todos los mortales : que vivirian en la miseria y en los trabajos, atenidos precisamente á la benignidad de aquellos á quienes vencieron en la guerra : pedian, pues, que se suspendiesen aquellas leyes hasta nueva orden del César, para que oyéndolos á ellos se decretase lo mas conveniente al bien publico." Pero no pudieron conseguir cosa alguna, y solo se resolvió dar cuenta al César para que mudase á su arbitrio lo que le pareciese, lo que á la verdad fué en vano.

Entretanto fué incendiada la ciudad de Santa Marta por unos piratas Franceses que corrian aquellas costas con cinco navios : lleváronse quatro piezas de artillería, mas el oro que era lo que ellos codiciaban, le habian sacado de allí los colonos, y puesto en lugar seguro. Fuéron castigados los bárbaros, que incitados por la calamidad de sus señores, habian tomado las armas con deseo de recuperar la libertad. Acometieron los piratas á Cartagena con favorable suceso, pues haciendo una repentina irrupcion, robáron quatroenta y cinco mil pesos del tesoro real. Finalmente hicieron una tentativa contra la Havana ; pero habiendo perdido quince hombres desapareció de allí aquella peste. Volvió Orellana de España con facultad de establecer colonias en las márgenes del rio á que habia dado su nombre, y al tiempo que exploraba aquellos parages, cayó entre las manos de unos bárbaros muy guerreros, los quales siendo muy superiores en fuerzas, le matáron en un combate diez y siete companeros. Anduvo Orellana errante largo tiempo por aquellas costas, sin poder jamas encontrar la boca del rio por donde habia salido al mar en su primer viage, por confundirse con las bocas de otros muchos. Y habiéndosele destrozado los navios en una tormenta, cayó enfermo de tristeza, y

pereció con muchos de sus compañeros ; dispersándose los demas por diversas partes.

CAPITULO II.

DISCORDIAS DEL PERU. VIAGE DE ALVAR NUÑEZ AL PARAGUAY. SUCESOS DE LOS PORTUGUESES EN LAS INDIAS ORIENTALES.

Levantáronse en el Perú nuevos tumultos, que comenzáron con muertes y estragos, porque muchos hombres perversos instigados por Juan de Rada, se habian conjurado para vengar la muerte de Almagro. Esta es la causa que se pretextaba; pero la verdadera no fué otra que la detestable ambicion de mandar y adquirir riquezas, que es ciertamente la que trastorna y revuelve todas las cosas humanas. Sentian vivamente estos hombres no ser admitidos á ningun oficio público, y entregados al juego, al excesivo luxo, al fausto, y á todo género de vicios, habian consumido todos sus bienes. No podian tolerar la pobreza; faltábanles todos los medios de subsistir, y esperaban hallar su ganancia en una general revolucion. Aunque muchos diéron aviso á Pizarro de lo que se tramaba, se descuidó en poner remedio á los principios. Despues mudando de parecer mandó encarcelar á los conjurados; lo que fué causa de que acelerasen la execucion de su intento. Porque noticiosos del peligro que les amenazaba, fuéron veinte de ellos armados en busca de Rada, y excitado éste por el miedo que le inspiráron, marcháron todos juntos contra Pizarro á vista de todos los habitantes del Cuzco. A la verdad es muy digno de admiracion que ninguno se les opusiese, ni previniese á Pizarro que intentaban matarle: tal era el terror que se habia apoderado de los ánimos de todos. Entráron en su casa con las espadas desnudas, y pasáron á cuchillo á sus amigos y domésticos que halláron los primeros,

y encontrando en el último quarto á Pizarro , que con la espada en la mano se habia puesto á la puerta , le matáron el dia de San Juan Bautista del año de mil y quinientos y quarenta y uno á los sesenta y tres años de su edad. Fué varon de ánimo excelso , y habia adquirido mucha fama con sus ilustres hazañas , si no las hubiera obscurecido con la ambicion y la soberbia. Inmediatamente fué saqueada la casa con la de su hermano Martin de Alcántara , y la de Antonio Picado , el qual despues de haber sufrido el tormento , porque se resistió á descubrir el tesoro de su amo , fué degollado. Sin embargo la presa que hicieron ascendió á ciento setenta y cinco mil pesos. Despues de esto , y hasta que viniéron nuevas órdenes del César , fué declarado Virrey Diego de Almagro , y fuéron perseguidos los que se oponian ; y de este modo unos de grado , y otros por fuerza se sujetáron á su gobierno. Valverde Obispo del Cuzco , lleno de terror y espanto , se embarcó con un hermano suyo para libertarse del peligro ; pero en la isla de Puna fué muerto por los bárbaros con otros diez y seis Españoles. El cuerpo de Pizarro envuelto en un tapiz por sus criados , fué llevado secretamente al templo para que no le insultasen sus enemigos.

Muerto Pizarro , Vaca de Castro su cólega , que gobernaba juntamente con él , y con igual potestad , habiendo mostrado la Real Cédula en que era nombrado por sucesor suyo , se apoderó de todo el mando. Obedeciéronle muchos con gran fidelidad ; pero Almagro defendia su derecho con la fuerza de las armas , y comenzó á prepararse una guerra civil , haciendo uno y otro actos de jurisdiccion. Viendo Castro que los contrarios no se avendrian á la razon , puso en marcha sus tropas para conseguir por la fuerza lo que no podia por medios suaves ; y acercándose ambos exércitos , tardáron poco en venir á las manos unos hombres tan enconados. Pusiéronse unos y otros en órden de batalla , y despues de haber exhortado á sus soldados cada uno de los Gene-

rales, se trabó la pelea con el mayor furor. Ganó Castro la victoria, y murieron doscientos y quarenta de una y otra parte. Otros muchos quedaron prisioneros, entre los quales fueron treinta condenados por rebeldes al último suplicio. Concluida felizmente esta guerra, envió Castro á Vergara, Porcel y otros Capitanes cada uno con su esquadron para que descubriesen nuevas tierras. Almagro fué aprehendido en su fuga por Rodrigo de Salazar, y lo degollaron á los veinte y quatro años de su edad en medio de la plaza del Cuzco, en el mismo lugar donde habian cortado la cabeza á su padre. Su cuerpo fué enterrado en la misma ciudad en el sepulcro paterno.

Esta sola batalla puso fin á todas las turbulencias, y de allí adelante se dedicó el Virrey Vaca de Castro á cultivar las artes de la paz, y especialmente á instruir á los Indios en la doctrina christiana. Recibió el sagrado bautismo Pablo Inca con parte de su familia, á los quales se encomendó el cuidado de enseñar á los demas, por la facilidad que les daba el uso de una misma lengua. Era Castro muy zeloso en este importante punto, y estableció escuelas donde fuesen educados los hijos de los Caciques. Casó con nobles Españoles á las hijas de Guaynacapac y Atahualpa, conservándoles la honra de su antigua dignidad. Finalmente procuró con el mayor desvelo arreglar todas las cosas públicas, que estaban muy perturbadas con las anteriores guerras. Todo estaba ya quieto y tranquilo, quando poco despues causó mayores turbulencias el nuevo Virrey Basco Nuñez Vela. Viniéron con él por Oidores para administrar justicia Zepeda, Alvarez, Lison y Ortiz, y habiendo desembarcado en el puerto de nombre de Dios, pasáron por tierra á Panamá, donde el Virrey promulgó las leyes concernientes á la libertad de los Indios. Lo mismo hizo en Tumbes, y se irritáron tanto los ánimos, que estuvo á peligro de perderse todo. En la provincia de Popayan fueron recibidas por la autoridad de Belalcazar, aunque envió al César á Francisco Roda para que las recla-

mase del mismo modo que se habia hecho en Nueva España. Por el contrario en Arequipa las resistieron todos con unánime consentimiento, y de esta suerte fuéron á porfia rechazadas por unos, y obedecidas por otros.

Gonzalo Pizarro habia regresado á Quito con su derrotado ejército de la desgraciada expedicion del Dorado, y sintió mucho mas que se hubiese preferido á Castro para el mando, que la muerte de su hermano. Desde entónces comenzó á manifestarse desafecto al César, y á murmurar libremente, sin respeto alguno de la Magestad Imperial, y abusando de la potestad de Maestre de Campo, que le confirió el Gobernador del Cuzco, se opuso á las leyes con su autoridad, y con el terror de las armas, y atraxo á sus perversas ideas gran número de Españoles, que se quexaban de que iban á perder sus haciendas. Viendo Don Gerónimo de Loaysa, primer Arzobispo de Lima, que todo amenazaba una sublevacion popular, exhortó y amonestó á Vela, que acomodándose á las circunstancias del tiempo, afloxase algun tanto de su severidad. Pero de ningun modo pudo suavizar á aquel hombre inexôrable, y de aquí provino, que divididos en partidos unos hombres, por otro lado facciosos y acostumbrados á decidir sus disputas con las armas, el mayor número de ellos seguia á Pizarro, y á Vela los demas que permaneciéron fieles. Entretanto cinco Españoles muy adictos al partido de Almagro, temerosos de Castro, se habian huido á Mango, que se hallaba en un parage muy fortificado, el qual quebrantando los derechos de la hospitalidad, mandó que los asesinasen; pero habiéndolo sabido ellos, les ganáron por la mano, y pasáron á cuchillo á muchos de los bárbaros. Gomez Perez mató con su propia mano al mismo Mango; y finalmente rodeados por una infinidad de Indios, pereciéron atravesados de flechas. Habiendo Pizarro juntado un ejército, puso su campo en Andaguaylas. Loaysa, que era el intérprete y conciliador de la paz, pasó á hablarle para componer las discordias,

pero nada pudo conseguir con sus piadosos oficios. Vela no se confiaba de nadie, porque veia que le era contraria la multitud, y aun sus mismos Oidores, acomodándose al tiempo, y instigados de sus particulares intereses, habian tomado partido contra él. Estos pues, cometieron el temerario atentado de poner preso al Virrey, y embarcándole en un navío, se lo entregaron á Alvarez uno de sus cólegas para que lo conduxese á España. Castro, que corria el mismo peligro, se huyó á Panamá en un navío, y para prenderlo envió Pizarro á Machicao con una armada; pero habiéndose escapado con tiempo, llegó á España despues de haber padecido mil peligros. Machicao descargó su ira contra los de Panamá, que estaban sublevados, y castigó rigorosamente á muchos de los dos partidos. El Oidor Alvarez compadecido de la calamidad del Virrey Vela le permitió su evasion, rogándole que le perdonase el haber sido engañado por la maldad de sus cólegas. Puesto Vela en libertad, vino á Tumbez, estando resuelto á vengar el atroz insulto hecho á su autoridad, aunque fuese con peligro de su vida. Pizarro vino á Lima con un ejército que se componia de seiscientos infantes y caballos; y como tenia mayores fuerzas, anuláron los Oidores la potestad de Vela, y le confiriéron el mando. No hay necesidad de disputar aquí si esto fué bien ó mal hecho: lo cierto es, que por el miedo de mayores males, se cometió tan indigna maldad. Inmediatamente Pizarro comenzó á exercer la usurpada tiranía, haciendo morir á muchos del partido contrario; por cuyo terror se pasáron no pocos al Virrey Vela, y con ellos se retiró á Quito. Pizarro teniéndose por Rey, procedió en todo con insolente despotismo, robó el tesoro público, y abolió los tributos. Estas y otras cosas semejantes sucedieron en el Perú por espacio de quatro años continuos.

Entretanto sujetaba á los de Chile ménos con la fuerza que con la persuasion Pedro de Valdivia, enviado por Francisco Pizarro con ciento y cincuenta Españoles. Fundó allí la ciudad de Santiago con su

fortaleza. Los bárbaros aprovechándose de una ausencia de Valdivia, tomáron las armas, y la acometiéron; pero saliendo los Españoles con la caballería, mandados por Alonso Monroy, rechazáron con un terrible combate á la multitud que los atacaba. Al mismo tiempo una muger llamada Ines Suarez, arrebatada de la ira, tomó una hacha, y degolló á los Caciques que estaban presos en la fortaleza: ¡accion cruel y abominable! Con la noticia de esta revolucion habia enviado Castro á Chile sesenta Españoles, que ayudáron mucho á Valdivia para refrenar á los bárbaros. Comenzó en Quillota á beneficiar las minas de oro, edificando una fortaleza en aquel parage, de donde se sacáron grandes riquezas. Fundó tambien una colonia, que por el nombre de su patria la llamó la Serena, con un puerto muy cómodo para recibir las mercaderías del Perú.

Por este tiempo hizo Alonso Camargo una expedicion al estrecho de Magallanes con tres navíos, costeados por Don Gutierre de Vargas, Obispo de Plasencia: uno de ellos se hizo pedazos al tiempo de salir al mar del Sur, otro le conduxo Camargo al puerto de Arica muy desbaratado, y haciendo mucha agua, y el tercero se vió forzado por las tormentas á invernar en el mismo estrecho; y habiendo intentado en vano pasar mas adelante, regresó á España, confirmando lo difícil y peligrosa que era la navegacion del estrecho: por lo qual todo el comercio del mar del Sur se hacia por Panamá y Nombre de Dios, lugares oportunos para conducir los efectos de Europa.

Alvar Nuñez Cabeza de Baca navegó con tres navíos al rio de la plata para experimentar mas favorable fortuna en la region austral, que la que habia padecido en la septentrional en la desgraciada expedicion de Narvaez. Despues de una larga y trabajosa navegacion arribó á las costas del Brasil, y habiendo mandado que entrasen por la boca de un rio muy ancho y tempestuoso, se puso él en camino por tierra con doscientos y cincuenta soldados para explorar lo interior de aquellos paises. Era preciso

atravesar montes altísimos , y abrir sendas á fuerza de hacha por medio de espesos bosques. Por todas partes no veian otra cosa que una horrible soledad, y en esta fatiga pasáron veinte dias. Habiendo salido al cabo de ellos á lugares abiertos y cultivados , les fué necesario amansar y domesticar á los bárbaros, porque los espantaba mucho los semblantes de aquellos hombres y sus vestidos , y principalmente la carrera de los caballos , no habiendo visto ántes en sus tierras extranjero alguno. Pero como el Capitan estaba tan práctico en las costumbres de los bárbaros, los pacificó fácilmente , y les quitó el miedo , de tal suerte que le traian todo quanto tenian en sus chozas. De este modo transitó Alvar Nuñez por muchas provincias , y llegó finalmente al Paraguay y á la colonia de la Asuncion situada en sus riberas. Procuró restablecer á Buenos Ayres , abandonado por causa de las discordias y de otras incomodidades , y habiendo llevado á esta ciudad nuevos colonos , trató con mucha suavidad á los naturales del pais ; pero sujetó con las armas á los que no podia vencer con alhagos. Restauró con paredes de tierra la ciudad de la Asuncion , destruida casi del todo por un casual incendio. Domingo de Irala fué enviado con tres barcas , y habiendo navegado mucho tiempo rio arriba con un viage muy próspero , dió noticia de una region fértil. Siguióle el mismo Alvar Nuñez con quatrocientos infantes y doce caballos , igual número fué conducido por el rio en barcas ; y los que caminaron por tierra , despues de haber explorado una grande extension de terreno , les fué preciso volver adonde habian salido , porque la espesura de los montes les impedia pasar adelante. La integridad y providad de Alvar Nuñez fué un prodigio en aquellos tiempos; pues ni fué notado de rapiña alguna , ni de fraude , y en su ánimo jamas tuvo la menor entrada la avaricia. Estos fuéron en aquel tiempo los principales sucesos del Occidente.

En el Oriente eran grandes los frutos que se reco-
gian de la predicacion de la divina palabra. Fray Juan

Albuquerque, Castellano, del Orden de San Francisco, fué nombrado por el Rey de Portugal primer Obispo de Goa, y tomó posesion de aquella Iglesia. Así lo trae Faria, aunque no sin indignacion, por el odio que tenia á los Castellanos. Pero Mafei dice que Fray Fernando, Religioso del mismo Orden, fué el primer pastor de la Iglesia de Goa, siendo Virrey Nuño de Acuña, y que le sucedió Albuquerque. Dexo á otros el cuidado de decidir esta disputa, para no interrumpir la narracion. Navegó Gama al mar Bermejo con una grande armada; pero habiendo procedido con importuna lentitud, se le escapó de las manos la ocasion de poder derrotar la armada Turca en el puerto de Suez. Dicese que penetró hasta el monte Sinai, tan célebre en la sagrada Escritura, y que en aquel lugar condecoró á muchos de sus compañeros con la banda militar. Al tiempo que meditaba su regreso, le saliéron al encuentro unos embaxadores de Claudio, Rey de la Abysinia, para pedirle socorro contra los Turcos; y habiendo mandado á su hermano Christobal que pasara á darsele con quatrocientos soldados escogidos; despues de ganar dos victorias á los enemigos, vino al fin á ser oprimido de su excesivo número: muriéron muchos de los suyos en una batalla, y retirándose los demas con el Abysino á lo mas áspero de los montes, fué el mismo Gama hecho prisionero, y le quitáron la vida los Turcos con varios tormentos. El Abysino reparó sus tropas en las que se contaban noventa Portugueses, y mandados por el Capitan Manuel de Acuña peleáron de nuevo felizmente con los Turcos y los Moros Trogloditas, y con esta batalla, en que quedó muerto Gradaamed, á cuyas manos habia perecido Gama, se concluyó la guerra. Los Portugueses despues de haber sido magníficamente regalados, se volviéron á Goa, y algunos se quedáron voluntariamente entre los Etiopes.

Martin de Sousa, nombrado Virrey de la India, llevó consigo en la armada al P. Francisco Xavier, varon esclarecidísimo en todo género de virtudes, y

en el don de milagros para infinito bien de las regiones del Oriente, las cuales ilustró con la luz del Evangelio. Habiendo llegado á Goa el año de mil quinientos y quarenta y dos, fué recibido con la mayor alegría por el Obispo Alburquerque. Entregó Gama el mando á Sousa, y se volvió á Portugal con gran sentimiento de aquellas gentes. Por este tiempo se dice que resplandeció en lo interior de la India el valor de Antonio de Faria, cuyas hazañas, que solo pueden compararse con las de los héroes celebrados por los Poetas, escribiéron Pinto y Faria, á quienes me remito. En este mismo año se atribuyéron algunos la gloria del descubrimiento de las islas del Japon, con agravio de Antonio de Mota, Francisco Zeimoto, y Antonio Peixoto, que navegando á la China, y arrojados por una tormenta, fuéron los primeros entre los Portugueses que descubriéron aquellas célebres islas, en las que con el trato y comercio de los Europeos, se abrió el camino á la propagacion del christianismo. Entretanto provocado Sousa con las injurias de los infieles, pasó con una armada á Baticala, ciudad opulenta en la costa de Malabar. No pudiendo con razones persuadir á los bárbaros á que volbiesen á su deber, sacó sus gentes de las naves, y habiéndolos acometido los venció, y obligó á encerrarse en la ciudad. Renovóse la pelea, y los arrojó de ella, y despues de haberla saqueado, puso fuego á sus edificios. No acaeció por este tiempo otra cosa digna de memoria á excepcion del suceso de Antonio de Payva digno de la mayor alabanza, que convertido repentinamente de mercader en predicador del Evangelio, bautizó á dos Reyezuelos, y á una innumerable multitud de gentes en Macasar, isla cercana á las Molucas. Pero dexando ahora las cosas de la India, volvamos desde las remotas partes del Asia á las mas conocidas de nuestra Europa.

CAPITULO III.

DIETA DE WORMES SOBRE LOS ASUNTOS DE
RELIGION. COMIENZASE EL CONCILIO
DE TRENTO.

Establecida la paz, como ya diximos, se hallaba todo tranquilo, y solo se disputaba sobre la religion, estando los ánimos muy discordes y acalorados. Nunca se habia visto mayor desenfreno en discurrir de las cosas divinas, y cada qual forjaba á su antojo las opiniones que mas le agradaban. De aquí se origináron enemistades y odios mortales, pronósticos seguros del trastorno que amenazaba al estado. Para componer estas discordias fué convocada una dieta en Wormes, á la qual asistió el Cardenal Farnesio, Legado del Pontífice. El César, que se hallaba impedido de la gota, nombró por Presidente á su hermano Don Fernando. Congregóse pues la Dieta á principios del año de mil quinientos y quatro y cinco; y á propuesta de este Príncipe, se acordó solicitar la celebracion del Concilio para decidir las controversias de religion. Tratóse despues de conciliar los ánimos, no ya para conservar el antiguo lustre de la nacion, sino para defender las vidas y fortunas de todos contra la invasion del Otomano, que amenazaba con el yugo. Estas y otras cosas semejantes fuéron mal recibidas de los hereges, porque rehusaban retractar cosa alguna de sus nuevos dogmas, y no querian sujetarse á los decretos del Concilio, como si éste no tuviese suficiente libertad en sus decisiones. En todo lo demas se declaráron sujetos al César, exceptuando lo que se opusiese á su interes y conveniencia, segun lo habian determinado ántes en sus conventículos los confederados de Esmalcalda, con injuria y agravio de la Magestad Imperial. Armáron pues la secta con el favor de la multitud, y con auxilios extraños, estando resueltos con la mayor confianza

á aventurarlo todo en su defensa. Tan difícil es abandonar las torcidas opiniones que una vez se han abrazado en materia de religion , y reducir al buen camino á los que ha pervertido una erronea doctrina. Finalmente no pudiendo en esta Dieta hacerlos entrar en la razon , se trasladó á Ratisbona para el año siguiente , á fin de ver si en este intervalo de tiempo se hallaba medio de conciliar aquella discordia.

Florece entonces España en una profunda paz, y solo se hacia la guerra á los enemigos de la verdadera religion. Era grande la solicitud y cuidado de la Inquisicion en buscar á los reos , y en castigar á los rebeldes con el fuego y otras penas , á cuyos espectáculos concurría un inmenso gentío de todas calidades. Por este tiempo la Princesa Doña María, esposa del Principe Don Felipe , parió en Valladolid un niño el dia ocho de Julio , y le pusieron en el bautismo el nombre de su abuelo el César. Asistían á la parida la Duquesa de Alva , y Doña Maria de Mendoza , muger de Don Francisco de los Cobos , su Camarera mayor. Sucedió entonces que los Inquisidores celebraron un auto de fe para pronunciar la sentencia de unos reos , de los cuales dos fueron quemados ; y como las mugeres son tan aficionadas á verlo todo , salieron aquellas Señoras , dexando sola con las doncellas á la Princesa al quarto dia de su parto. Esta pues las dió á entender que comeria de buena gana un limon , y no sospechando las criadas que podria hacerle daño , se le traxeron al instante para complacerla. Esto fué lo mismo que darla un veneno activo , de tal suerte , que quando volviéron á palacio la Duquesa y la Camarera , despues de concluido el auto , halláron muerta á la Princesa , con gran confusion y amargo llanto de toda la Corte. Luego que se divulgó el funesto suceso fué muy grande la tristeza que causó en la ciudad y en toda España , lamentándose todos de la desgracia de la infeliz Princesa. Habiéndose celebrado sus exéquias con regia pompa , fué llevado su cuerpo á Granada , y sepultado en un magnífico túmulo. No se puede ex-

plicar con palabras la fuerza del dolor que oprimió el corazon de aquel excelso Príncipe. El César aunque afligido en extremo con esta noticia, procuró en sus cartas consolar á su hijo, que se hallaba sumergido en una profunda tristeza.

Poco despues en el dia primero de Agosto falleció en la misma ciudad el Arzobispo de Toledo Don Juan de Tavera, oprimido, segun corrió la voz, del sentimiento que le causó la temprana muerte de la Princesa. Su cuerpo fué llevado á Toledo, y colocado en un suntuoso sepulcro. Sucedióle en el Arzobispado Don Juan Martinez Siliceo, Obispo de Cartagena, nacido de padres humildes, pero premiado tan bien por haber educado en las letras al Príncipe Don Felipe, y en el año siguiente fué promovido á la Dignidad Cardenalicia. Sucedióle en la silla de Cartagena Don Estevan de Almeyda, trasladado á ella desde la de Leon. Por este tiempo fallecieron tambien otros Obispos, entre los quales se cuenta Don Gaspar Dávalos, Arzobispo de Santiago, sucesor de Don Pedro Sarmiento, que murió quatro años ántes en Luca, ciudad de la Toscana, y habia sido trasladado á Granada. En el año anterior de quarenta y quatro falleció en Valladolid Fray Antonio de Guevara del Orden de San Francisco, Obispo de Mondoñedo, célebre por su literatura. No han faltado hombres doctos que han reprehendido y criticado sus escritos. Pero lo cierto es, que en su tiempo fuéron muy apreciadas por todos los que cultivaban las buenas letras, sus epístolas y la vida de Marco Aurelio, forxada sin duda de su propio cerebro. Por muerte de Don Jorge de Austria fué colocado por singular beneficio de Dios en la silla Arzobispal de Valencia el grande exemplar de Prelados, Santo Tomas de Villanueva, religioso del Orden de San Agustin, y entró en la ciudad el dia primero de Enero. Grande fué la alegría de todos los ciudadanos, que por la fama de sus virtudes habian concebido las mas felices esperanzas. En el mes de Agosto cesáron las abundantísimas lluvias que afluíeron á España por espacio de casi un año entero,

las que causáron graves daños , especialmente á las ciudades de Andalucía , y á esto se siguió la carestía de pan.

El reyno de Portugal se hallaba tambien en paz, y eran perseguidos los Piratas , que sin distincion alguna de naciones , infestaban todos los mares. Juan de Castro , Almirante de la armada Portuguesa , vino á caer entre siete navíos de un Pirata frances que intentaba apresar los baxeles del comercio de la India. Acometió intrepidamente á la Capitana de los Piratas , y atracándose á su bordo , y asegurándola con garfios de fierro se apoderó de ella. Destrozó con su artillería otras dos naves , y las demas se escapáron con el auxilio de las tinieblas de la noche. En el último capitulo de la insigne Orden del Toyson de Oro que celebró el César , condecoró con el collar á muchos Príncipes , y envió uno de gran valor , guarnecido de piedras preciosas al Rey Don Juan de Portugal , para que este excelso instituto , que miraba con particular afecto , fuese honrado por los Reyes. El Conde de Benavente rehusó aceptar el collar que tambien le envió el César , afirmando que jamas usaria de otra insignia militar que de la cruz roja y verde , con la qual sus antepasados habian vencido y derrotado á los Moros : dexo á otros el juzgar si esto lo hizo por la gloria de España , ó por un espíritu de arrogancia. Los Judios que en otro tiempo habian sido arrojados de Castilla , y que volviéron á su abjurada creencia , fuéron perseguidos en Portugal por la Inquisicion , del mismo modo que los demas enemigos de la religion católica. El Cardenal Don Alonso , hermano del Rey , Arzobispo de Lisboa , falleció con gran sentimiento de todos los buenos , y fué sepultado en el Monasterio de Belen , ó en la Catedral , porque en esto no concuerdan los autores. Fué varon muy benigno con todos , misericordioso para con los pobres , y muy esclarecido por su piedad y pureza de costumbres.

La Francia se vió tambien envuelta en luto por la temprana muerte del Duque de Orleans , tan per-

judicial á la execucion del convenio que poco ántes habian hecho los Príncipes. Acometióle una pestilentísima calentura, que resistiéndose á todos los remedios, quitó la vida á este jóven tan ilustre por su generosa índole y valor. El César afectó gran sentimiento de su muerte; tal vez para evitar las sospechas malignas de los que creian que se alegraba en su interior, porque con este accidente retenia el dominio de Flandes. Lo cierto es que trastornado este apoyo parecia no quedar segura la alianza de Crespy, y era preciso establecer otra nueva. Para explorar pues el ánimo del César envió el Rey de Francia á Anebaldo y á Oliver Secretario de Estado, y habiéndole hecho presente su comision respondió: „Que por lo „que á él tocaba mantendria inviolable la alianza, á „no ser que fuese provocado á quebrantarla“. Creyóse entónces que el Rey de Francia se habia ofendido de tan áspera respuesta, y que la paz no duraria mucho tiempo.

El dia trece de Diciembre de este año se comenzó el Concilio de Trento, no sin esperanza de que los Protestantes obedecieran á sus decretos, aunque se mostráron tan obstinados, así en la dieta de Wormes, como en la que se celebró en Ratisbona á principios de mil quinientos y quarenta y seis. Disputóse en ella con extraordinario ardor por una y otra parte. Entre los Teólogos católicos tenian el primer lugar Malvenda Español, y Cochleo Aleman, hombres muy doctos, y entre los hereges Martin Bucero, y Juan Brencio. La dieta fué poco numerosa por no haber querido asistir á ella Federico de Saxonia, Felipe Landgrave de Hesse y otros Príncipes, todo lo qual indicaba la guerra que estaba tan próxima. Lutero que la fomentaba, murió de repente en Isleb el dia diez y siete de Febrero. Cenó aquella noche mas de lo que acostumbraba, y habiendo declamado furiosamente contra el Papa y el Concilio de Trento, le halláron muerto en la cama, siendo de edad de sesenta y tres años. ¡Quántos males hubiera evitado al Orbe Cristiano si esta muerte hubiese acaecido algunos años

ántes ! Pero Dios por sus inescrutables juicios dispuso otra cosa.

CAPITULO IV.

CONJURACION CONTRA LOS CONFEDERADOS DE ESMALCALDA. DECLARAN LA GUERRA AL CESAR.

Por este tiempo comenzó una nueva conjuración contra la liga de Esmalcalda , para que los que abandonáron la verdadera creencia no quedasen sin castigo. La causa que se alegaba era muy plausible; conviene á saber , el poner en libertad á Enrique de Brunswik y Cárlos Victor su hijo , hechos prisioneros por el Landgrave de Hesse en la guerra suscitada con motivo de religion. Despues que el César hizo inutilmente sus oficios para conseguirla , acudió Juan Henrique, nieto del prisionero , á solicitar el auxilio de Alberto y Juan Joaquin Príncipes de Brandemburg. Estos pues conviniéron en que se alistarian con veinte y cinco mil infantes y ocho mil caballos baxo el mando de Alberto. Luego que todo estuvo arreglado pasó éste á ver al César , y le expuso la causa de la guerra. Parecióle esta muy buena , y que no debía perder la ocasion que se le presentaba , y habiéndose comunicado sus ideas , prometió el mismo César que seria General , y que juntaria tropas de todas partes ; pero que convenia mucho hacerlo todo con secreto para que no sospechasen cosa alguna los enemigos. Inmediatamente que marchó Alberto comenzó á hacer los preparativos de la guerra, ocultando quanto pudo el fin á que se dirigian : descubrió clandestinamente el proyecto á algunos pocos , y encargó á muchos hiciesen correr la voz que la guerra era contra el Turco. Llamó el César á los Capitanes veteranos , y los envió sin detencion á que reclutasen tropas , y no faltó en esta ocasion el Duque de

Alba que acababa de llegar á Flandes. El Pontífice se habia empeñado en enviar quanto ántes poderosos auxilios ; y á fin de extirpar la heregía con dobles armas , decretó castigos y penas , y mandó que marchasen prontamente las tropas que tenia á su sueldo. Juntáronse al César otros Príncipes , que por sus particulares injurias estaban irritados contra los confederados ; entre los quales fué uno Mauricio de Saxonia , que queria hacerse poderoso con la ruina de Juan Federico su pariente.

Habiendo llegado á entender algo de lo que se tramaba los Embaxadores de los Príncipes , se presentáron al César , y le preguntáron el motivo de aquella guerra que anunciaban los rumores públicos , para que enviase tropas al campo , segun los antiguos estatutos del Imperio Germánico. A lo qual les respondió en pocas palabras : „ Que queria establecer la paz en la Alemania , „ y perseguir á los contumaces y rebeldes “. Bien conocieron que esto se dirigia á los que se habian unido en la confederacion de Esmalcalda , con quienes mucho tiempo ántes estaba irritado , y tenia causas poderosas de que no podia olvidarse sin desdoro é ignominia de la Magestad Cesarea : ni ellos tampoco dexaban de temer el castigo de las ofensas que le habian hecho. Así pues , los Embaxadores sin saludar al César se saliéron de la ciudad , y avisáron á los Príncipes el peligro que les amenazaba. Estos sin demora comienzan á juntar tropas y dinero , y por todas partes resonaba el estruendo de las armas. En esta alianza se asociáron veinte Príncipes hereges , y muchas ciudades libres , para defender (segun decian) la religion y la libertad. Los mas poderosos de todos eran el Landgrave de Hesse y el Duque de Saxonia , los quales no omitiéron cuidado ni diligencia alguna para prevenir todo lo necesario á la guerra. Otros permaneciéron neutrales sin declararse por una ni otra parte , para determinarse segun viesen corria la fortuna de la guerra. Entre estos se hallaban los Duques de Baviera y de Cleves , á quienes finalmente ganó el César , habiéndoles dado en casamiento á Doña

Ana y Doña María hijas de Don Fernando. El de Claves casó con Doña Ana despues de haber disuelto el Pontífice los esponsales que tenia contrahidos con Juana de Albret, y Alberto hijo del de Baviera con Doña María.

Al mismo tiempo el César como era tan activo é incansable, sin perdonar su salud, exponiéndola por la utilidad pública y por el decoro de la Magestad, extendia sus cuidados á todas partes, y trabajaba sin cesar dia y noche, conociendo muy bien la importancia de la guerra que iba á emprender. Hizo venir de Ungría á Don Alvaro de Sande, y de Italia á Diego de Arce y Alonso Vivas con las legiones Españolas, y mandó sacar de Viena la artillería, y que fuese transportada por el Danubio. En otras muchas partes se juntáron tropas, y se hicieron con gran diligencia los preparativos de víveres y demas pertrechos y municiones. Tenia consigo el César un corto esquadron de gente armada, y concluida la dieta permanecia todavía en Ratisbona, ciudad no muy segura, ni suficientemente guarnecida, quando se oyó en Ausburg la trompeta de la guerra. Salió de allí Sebastian Schertelio, que por baxos medios habia llegado á ser opulento, y juntando tres legiones de Ausburgenses, Ulmenses, y de las otras ciudades asociadas, con veinte y ocho cañones de artillería, se puso en marcha á fin de ocupar con ellas el paso de los Alpes, para impedir que viniesen al César socorros de Italia. Esta fué la primer empresa de tan grande guerra. Despues de haber tomado á Fiessen y á Clusa, fortaleza muy guarnecida, que entregó cobardemente su Gobernador, intentó apoderarse de Inspruk, ciudad principal: pero rechazado de su vano intento por Francisco Castelalto, Gobernador de Trento, regresó con sus tropas á Ausburg, y inmediatamente las conduxo á Donawert, donde concurrían todas las de los confederados. Hicieron revista del ejército en el rio Leco, y se halláron en él sesenta mil infantes, diez mil caballos, ciento y veinte cañones de artillería de todos calibres, y grande número de peones y criados. Ta-

les eran las fuerzas del Landgrave, hombre muy pagado de su mismo dictámen, que habiendo perdido el tiempo en dilaciones inútiles, dexó pasar la ocasion tan oportuna que se le presentó de oprimir al César. Lo cierto es que si inmediatamente se hubiese echado sobre Ratisbona con la fuerza de sus tropas, habria concluido la guerra en un solo dia, y hubiera triunfado completamente del César y de la religion católica; pero no permitió Dios que siguiese esta idea.

Entretanto venian al César tropas de todas partes, y él proscribió al Landgrave y al de Saxonia como reos de lesa Magestad, y perturbadores de la paz y quietud pública; y sin dilacion alguna envió á Don Fernando y al Príncipe Mauricio con un poderoso ejército al territorio de Saxonia, que se hallaba desguarnecido de soldados. Salió el César de Ratisbona, habiendo dexado para su custodia á Pyrro Colona con quatro mil Alemanes y doscientos Españoles: ocupó á Lanshut, ciudad de la Baviera, situada en la orilla oriental del rio Iser, y desbarató los esfuerzos de los enemigos, no aterrándole de ningún modo su cercanía, para recibir las tropas que por aquella parte le venian de Italia. Los confederados se acampáron cerca de Ingolstadt, ciudad llamada así por sus fundadores los Ingleses, la qual defendia Pedro de Guzman con algunas compañías Españolas. Tampoco se atrevieron allí á provocar al César, aunque se hallaba con pocas fuerzas; lo que verdaderamente fué un notable yerro en unos hombres tan expertos en el arte militar. Enviáronle un Rey de Armas, con un cartel colgado de la punta del baston segun la costumbre; y habiéndole remitido al Duque de Alba, á quien tenia nombrado por su Vicario con potestad suprema, llevó por respuesta el decreto de la proscripcion, y que si volvía, le seria puesto el cordel á la garganta en lugar del collar de oro con que la adornaba. En el campo de los confederados eran diversos los pareceres sobre el modo de hacer la guerra. El de Saxonia creia que lo mas conveniente seria

acometer quanto ántes al César. Apoyábale en todo Schertelio , diciendo que en la tardanza se aventuraba la fortuna de la guerra, si se daba tiempo al César para fortificarse con las nuevas tropas que de todas partes le acudian ; y que en la prontitud dependia la victoria. El de Hesse pensaba de otro modo persuadido de que con aquel hecho excitaria contra sí al Duque de Baviera , Príncipe poderosísimo, en cuyos dominios se habia refugiado el César como en un asilo ; que seria suficiente continuar la guerra , y perseguir al enemigo estrechándole con la necesidad. La discordia de los Generales les hizo perder la ocasion oportuna de conseguir la victoria , pues el día trece de Agosto llegaron las tropas del Pontífice, mandadas por Octavio Duque de Camerino , á quien acompañaba el Cardenal Farnesio. Contábanse en ellas diez mil infantes y seiscientos caballos ligeros, y además doscientos del gran Duque de Toscana , con su Capitán Rodulfo Balleoni, y ciento y quarenta del Duque de Ferrara , conducidos por Alfonso su hijo. De Nápoles viniéron por el Mar Adriático los Españoles , y asimismo otras tropas de la Ungría y Lombardia , y tambien mucha infantería Alemana.

Fortificado con estas fuerzas se burló de los confederados con admirable celeridad , primero en Ratisbona, y despues en Ingolstadt , habiendo levantado en el Danubio dos puentes , para que dominando una y otra ribera pudiese por todas partes hacer frente al enemigo , y tener abundancia de viveres. Finalmente despues de haber movido muchas veces su campo le estableció en un parage oportuno cerca de Ingolstadt, y no léjos del de los contrarios. La izquierda se hallaba defendida con el Danubio y una laguna : y el Duque de Alba mandó fortificar la derecha y el frente con fosos y trincheras para suplir con la fortaleza del puesto la falta de tropas. Miéntras tanto se hacian algunas ligeras escaramuzas sin haber ocurrido en ellas cosa digna de memoria.

Luego que estuvo sentado el campo, mandó el César á Sande y Arce que se pusieran en marcha con

dos mil Españoles de los mas expeditos, y habiendo llegado por sendas ocultas y llenas de bosques, á las trincheras de los enemigos, se arrojáron sobre ellos hiriendo y matando; y tomándoles una bandera en señal de su feliz empresa, se volviéron al campo sin daño alguno. Incitados los Italianos con este exemplo, marchan del mismo modo á probar fortuna contra el enemigo, que ya estaba prevenido. La pelea fue muy dudosa con muerte de muchos de una y otra parte; pero habiendo sido incendiada la aldea donde se habian acogido, y como su número era tan inferior para resistir á la multitud de los enemigos que acudían al tumulto, se retiráron honrosamente con alguna pérdida. No queria el César dar la batalla, ni tampoco estar ocioso; por lo qual contenia al soldado dentro del campo, para ocurrir á los movimientos del enemigo. Los confederados para excitar al César á la pelea, pusieron su ejército muy de mañana en orden de batalla cerca de su campo, pero solo hubo algunos leves combates á campo raso, y el del César fué acometido por quatro partes por la artillería, con mas ruido que daño, y se dice que le disparáron seis mil balas. Despues que unos y otros hicieron muchas escaramuzas, saliéron ochocientos Españoles armados de arcabuces, y habiendo trabado la pelea con igual número de los enemigos, los obligáron á retroceder dentro de sus trincheras. Viendo esto el Landgrave de Hesse que se hallaba presente á la pelea, mandó salir inmediatamente mil caballos, que reprimiesen la audacia de los Españoles, y divididos en tres esquadrones, los incitáron á la batalla. Los veteranos acordándose de su antiguo valor, y sin atterrarse con tan desigual número, recibieron con las balas al primer cuerpo de caballería que venia contra ellos, y le pusieron en fuga, y despues al segundo derribando un grande numero de hombres y caballos. Finalmente sostuviéron del mismo modo el ímpetu del tercer esquadron, y habiéndole derrotado, le rechazáron á su campo con grande admiracion de los enemigos. En toda aquella noche no cesáron los Imperia-

les de inquietarlos desde las trincheras, y al día siguiente continuó disparando la artillería, y hubo una ligera escaramuza con algun daño de los imperiales.

Viéndose los confederados fatigados con frecuentes acometidas, y que no podían conseguir que el César les presentase batalla, retiráron de allí sus tropas, enviando parte de ellas al Rhin baxo el mando de Humberto Duque de Altemburg, para que impidiesen el paso á los Flamencos. Pero el Conde de Burc que mandaba á los Flamencos, se burló del enemigo con una insigne extratagema, pasó sus tropas junto con las de otros Príncipes, y las introduxo sin la menor desgracia en el campo imperial. Componíanse de diez mil infantes, ochocientos Españoles, y doscientos Italianos, que como ya diximos arriba militaban en las banderas del Rey de Inglaterra; y tres mil y trescientos caballos á los quales al pasar el Rhin se juntáron quatro mil de Alberto, Juan y otros Príncipes que seguian la fortuna del César. Tambien fuéron conducidos de Flandes doce cañones de artillería. En el camino peleáron con próspero suceso cerca de Francfort, y habiendo sido vencidos, y derrotados los enemigos, fuéron rechazados con estrago y obligados á encerrarse en la ciudad. El campo de los confederados se hallaba cerca de Neoburg, y despues fué trasladado á Donawert, sin que hubiesen hecho cosa alguna memorable. El Landgrave de Hesse, que era hombre muy vano, persuadiéndose de que aterrado el César con el gran número de tropas del ejército confederado, se daría por vencido, rehusaba entrar en batalla: pero aquel habiendo aumentado entre tanto su ejército, pasó el Danubio, y se apoderó de Neoburg, donde despojando de sus armas á la guarnicion, la dexó salir libremente. Aquí pasó el César revista del ejército, y se dice que constaba de quarenta y ocho mil infantes, y nueve mil caballos. Confiado pues en el valor de sus soldados, determinó seguir al enemigo, y darle batalla si se presentaba la ocasion, á cuyo fin volvió á pasar el Danubio.

Avistáronse los dos exércitos cerca de Nortlinga. Dispuso el César el suyo en orden de batalla, y aunque era inferior al de los enemigos en casi la mitad de las tropas, los provocó por su turno á la pelea. Hay autor que asegura que esto fué un ardid, no tanto para experimentar la fortuna de la guerra quanto para animar el valor de los suyos, pero no fué admitido el combate, y solo hubo una escaramuza entre la caballeria de ambos exércitos, que á la verdad fué sangrienta, no habiéndose separado unos de otros hasta que les faltó el dia. En esta accion fué herido Alberto de Brunswik, hijo de Felipe y murió en Nortlinga. De los imperiales pereció Andres Forliense, y muchos soldados de una, y otra parte. Mantenianse los confederados en los cerros que dominan á Nortlinga, y su campo estaba bien defendido, y provisto. Por el contrario los Imperiales tenian tan escasos los víveres, que los afligia el hambre. Para interceptar al enemigo sus comboyes resolvió el César tomar á Donawert, y encargó esta empresa á Octavio Duque de Camerino.

Este pues habiendo caminado aquella misma noche quince millas, comenzó al amanecer á combatir la ciudad con su artilleria. Aterrados los habitantes de tan repentina invasion, se viéron obligados á entregarse. La guarnicion enemiga salió de la plaza con sus pequeños vagages, y quedando en ella otra de Imperiales, regresó Octavio al campo del César ántes que llegase á los confederados noticia alguna de este suceso, con grande alabanza de los Alemanes, y Italianos, por cuyo valor y actividad fué executada esta ilustre hazaña. Despues pasó allá el César con todas las tropas, y temerosos los pueblos cercanos del peligro que les amenazaba, se sujetáron á su obediencia. Por este tiempo se vió Schertel muy próximo á ser hecho prisionero por los Italianos y Españoles, quando se retiraba disgustado desde el campo á Ausburg; y pudo al fin escaparse, pero con pérdida de tres piezas de artilleria, y de una parte de la infanteria.

Hallábanse los dos campos situados á una y otra orilla del rio Brentz : el Imperial en Sunthein , y el confederado en Guingua. Acaecian algunos pequeños combates , porque el César jamas descansaba : poníanse emboscadas recíprocamente : interceptábanse á cada paso los viveres ; y los enemigos eran incomodados dia y noche con todo género de molestias , de tal suerte que apénas tenían lugar para el preciso descanso. Obligado el César por un necesario accidente , trasladó su campo el dia primero de Noviembre á Lawingen donde reposáron los soldados enfermos. Entretanto se apoderó Mauricio de una gran parte de la Saxonia que estaba indefensa , cuya noticia habiéndose divulgado en uno y otro campo , llenó de tristeza al confederado , y de alegría al del César. Para manifestarla , y agravar el dolor de los enemigos , se hizo luego una descarga general de la artillería. El Cardenal Farnesio á causa de hallarse enfermo procuró regresar quanto ántes á Italia , al mismo tiempo que Castelalto recobró de los enemigos , á Clusa situada en el paso de los Alpes como arriba diximos. Ya las nieves habian cubierto todos los campos , y no era posible permanecer á cielo descubierto. Los Generales del César despues de haber conferenciado sobre el partido que debia tomarse , fueron de dictámen que se enviase el ejército á quarteles de invierno. Pero el César con ánimo invencible , afirmó que no moveria sus tropas ántes de rechazar y derrotar enteramente á las enemigas , las que creia que en breve se dispersarian por la discordia que reynaba entre ellas : que no podian ya resistir en el campo por largo tiempo la inclemencia de la estacion , y el estrago que en ellas causaban las enfermedades , por lo qual solo con la paciencia de los soldados habia de conseguirse la victoria.

Poco despues el Landgrave de Hesse valiéndose de Adan Trot que tenia gran familiaridad con Juan de Brandemburgo , trató con él por cartas de componer sus discordias. El de Brandemburgo comunicó el negocio ocultamente al César , y le respondió que

tuviese por cierto que no conseguiria la paz si no pudiese su persona, y su fortuna al arbitrio del César. Rehusó el Landgrave una condicion tan dura, y intentó conferenciar con el César, pero no pudo lograrlo. Desesperando, pues, de restablecer la concordia, y hallándose los confederados en grandes angustias, y molestados además del hambre, y de la peste, comenzaron á retirar el ejército el dia veinte y tres de Noviembre. El César aunque recibió tarde la noticia de que el enemigo habia levantado el campo, envió la caballeria flamenca, junta con los Españoles mas intrépidos, para que inquietasen la retaguardia, y aunque trabáron combate para detenerle, no dexó el enemigo de continuar su marcha con la misma celeridad. Al mismo tiempo el Duque de Alba sacó del campo lo mas fuerte de las tropas, para perseguirle por su parte, mas no pudo alcanzarle hasta el anochecer, quando colocada ya su artillería en un puesto elevado, habia fortificado el campo. Dilató la accion hasta el otro dia, y no cesáron los Imperiales en toda aquella noche de recoger sus tropas, transportar la artillería, y de disponer todo lo demas necesario para el combate. Pero la intencion de los confederados era muy diversa, pues firmes en su proposito de evitar la pelea, y escaparse, se pusieron en marcha con el mayor silencio á media noche, y camináron aceleradamente, habiendo dexado los fuegos encendidos en el campo, á fin de engañar á los que los espiaban. Quando amaneció ya se hallaban tan léjos, que no pudieron alcanzarlos los Imperiales fatigados con la nieve de la noche anterior, y con el hambre y el cansancio.

CAPITULO V.

RINDENSE AL CESAR ALGUNAS CIUDADES DE
ALEMANIA. TUMULTOS DE NAPOLES Y GENOVA.
MUERTE DE VARIOS PRINCIPES.

Despues de haber dado el César tres dias de descanso á los soldados, y á fin de recoger el fruto de la victoria que habia alcanzado sin pelear, se dirigió á la Franconia, parte del territorio de los antiguos Catts para adelantarse al enemigo, y impedirle que con los socorros de tan opulenta Provincia, prolongase la guerra por mas tiempo. Envió desde el camino trescientos caballos flamencos contra Bofinguen, y se sujetó á su obediencia. Con la noticia de la venida del César, se escapó de noche la guarnicion de Nortlinga, y al amanecer se entregó la ciudad, habiendo pagado con titulo de multa treinta y seis mil escudos de oro. Por todo el camino salian al encuentro del César Diputados de las ciudades, vestidos en traje humilde, para pedirle la paz con muchas súplicas. El Landgrave de Hesse, y el Duque de Saxonia, no creyendose seguros en parte alguna, dividiéron entre sí las tropas, y cada uno tomó diverso camino. Refugióse el primero á sus mismas fortalezas depositando su artilleria gruesa en la de Vitemberg. El de Saxonia aunque necesitaba acelerarse para arrojar á Mauricio de sus dominios, puso sitio á Guemundia, ciudad de la Suevia, y la expugnó y multó en una gran suma, y habiendo repartido este dinero al soldado, continuó su marcha por montes asperisimos. Exigió gruesas cantidades al Arzobispo de Moguncia, y al Abad de Fulda, y sin hacer diferencia alguna entre lo justo, y lo injusto, fué robando todo lo sagrado y profano que encontró, hasta llegar á Saxonia.

Entretanto Federico Conde Palatino, que se ha-

bía unido á los confederados , mas por amor á la secta Lutherana que por contumacia contra el Príncipe , se presentó al César que ya se hallaba en Hall , ciudad de la Saxonia , acompañándole Granvela , y le pidió perdon , ofreciéndole recompensar con su fidelidad y servicios los yerros que habia cometido. Miróle el César con rostro poco alegre , y despues de haberle reprehendido que hubiese enviado socorros á los rebeldes contra él que era su amigo y pariente , y amonestándole á que cumpliese con su deber , le abrazó estrechamente , y le recibió en su gracia. Pasados algunos dias llegaron los Diputados de Ulma , y por intercesion del Conde Palatino consiguieron el perdon , obligándolos á pagar por via de multa cien mil escudos de oro , y doce cañones. Envió el César á Flandes al Conde de Bura con órden de que en el camino hiciese una tentativa contra Francfort , ciudad opulenta , y executase lo que le pareciese mas conveniente. Habiendo llegado Bura con sus tropas á Hesse , expugno á Darmstadt. La victoria fué benigna , pues perdonó á la ciudad , y á sus habitantes , pero quedó destruida enteramente la fortaleza. Desde allí no teniendo Bura esperanza alguna de poder tomar á Francfort porque todo estaba cubierto de nieve y yelo , envió delante parte de las tropas ácia Moguncia , y seguia él con las demas , quando impensadamente le saliéron al encuentro los Diputados de Francfort , ofreciendo sujetarse á la obediencia del César. Alegre y gozoso el Flamenco con esta nueva , entró en la ciudad , y habiendo puesto en ella guarnicion , envió los ciudadanos que le parecieron mas á propósito á Alprugne donde estaba el César para que le pidiesen perdon. Recibiólos éste benignamente , y concedió el indulto á los de Francfort , pagando ochenta mil escudos de multa. Al mismo tiempo el Duque de Alba habia hecho una vigorosa entrada en territorio del de Vitemberg , que todavia no daba señales algunas de temor , y todo lo assolaba y destruia con sus armas , á fin de vencer con el terror la obstinacion de aquel Príncipe.

1547.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas de Alemania á principios del año de mil quinientos quarenta y siete, quando en Italia que descansaba de las guerras externas, se suscitáron nuevos tumultos interiores. Habia comenzado á perturbarse la tranquilidad de Nápoles á fines del año antecedente por el importuno zelo del Virrey Toledo. Este pues desde el principio habia procurado obligar á aquella gente tan amante de su libertad, á admitir el Tribunal de la Inquisicion, que con saludable consejo fué establecido en España setenta años ántes por los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, para perseguir á los Judios, Hereges, y demas enemigos de la Religion Católica: el designio del Virrey era impedir la propagacion del Luteranismo que iba extendiéndose demasiado en Italia. Rehusaban los Napolitanos que se alterasen sus antiguos estatutos con detrimento de su libertad, y de tal suerte se inflamáron los ánimos, que para defenderla se conjuráron juntos la plebe y los nobles, á pesar de su reciproca oposicion. Llevó esto tan á mal el Virrey, que era hombre de carácter muy severo, y por otra parte poco afecto á los nobles, que habiéndose dexado arrebatado de la ira, executó terribles castigos. Irritada con esto la plebe que siempre se mueve mas por la pasion que por la razon, tomó las armas para oponerse al Virrey, el qual despues de haber fulminado con gran soberbia muchas amenazas contra los que no le obediesen, mandó salir de la fortaleza la guarnicion armada, y al mismo tiempo hizo disparar sobre las casas algunas balas persuadiéndose en vano que con aquel terror se sujetarian á su voluntad los Napolitanos; pero sucedió lo contrario, pues inspiró en la multitud nuevo aliento, y deseo de pelear. Sin embargo, mas pudo llamarse tumulto que pelea, y por la mediacion de algunos nobles dexáron las armas, no sin haber padecido algun daño. Despues enviáron al César el Príncipe de Salerno y Plácido Sangro, á fin de disculpar al pueblo, y acriminar la conducta del Virrey. Pero este envió por su parte á Don Pedro

Gonzalez de Mendoza, Gobernador del Castillo nuevo para vindicarse con el César, y para que le informase de la atrocidad del delito de los que habian causado el tumulto. Entretanto juntó el Virrey tropas, fortificó las entradas y salidas de las calles, y hizo todos los demas preparativos como si hubiese una verdadera guerra, y miéntras que llegaban las órdenes del César, se suscita repentinamente otro tumulto sin saberse quien era el autor de él. Corriéron otra vez á las armas, y peleáron acerrimamente por espacio de algunos dias. Quando ya estaba aplacado el ardor de los ánimos, volvió Sangro (porque el César habia retenido al de Salerno por causas justas), y juntamente Mendoza, quien consiguió persuadir al Principe lo que deseaba. La órden que traian era que el pueblo entregase las armas, y que lo demas lo sabrian por el Virrey. Obedeciéron puntualmente los Napolitanos; y habiendo sido llamados á la fortaleza los Magistrados de la ciudad, les declaró el Virrey que el César concedia á todos benignamente el indulto. A la verdad venció el partido de la clemencia, porque era de temer que si se les privaba de la esperanza del perdon, se precipitarian en mayores excesos. No ignoraba el César que esta sedicion la habian excitado el Pontífice y los Franceses, y sabia muy bien la causa y el fin á que se dirigia; todo lo qual lo omitimos aquí para que lo disputen los historiadores Napolitanos. Aunque el Virrey juzgaba que debia castigarse á muchos, solo tres (que se habian puesto en salvo por medio de la fuga) fuéron proscriptos, y finalmente se apaciguó del todo la sedicion.

Al mismo tiempo que sucedia esto en Nápoles, se vió en igual peligro Génova agitada por diversos partidos. Algunos facciosos mal contentos formáron el designio de entregar la ciudad á los Franceses, siendo el principal de todos el Conde Luis Fiesco, jóven de orgulloso ánimo, amigo de novedades y muy deseoso de dominar. El Pontífice y su hijo Pedro, que por el favor del padre habia obtenido el Principado de Parma y Plasencia, estimulaban los ambiciosos

designios de Fiesco, y el César tenia alguna noticia de sus ocultas maquinaciones. Doria fué advertido de todo, pero despreció los avisos; y habiéndolos creído tarde, faltó poco para que los conjurados no le oprimiesen en una sedicion nocturna, en la qual fué asesinado Sentino, y él escapó del peligro huyendo medio desnudo á uña de caballo. Inmediatamente se proclamó por toda la ciudad la libertad, habiéndose apoderado los partidarios de Fiesco de todas las entradas de las calles. Hallábase ya la cosa en el mayor peligro, porque los sediciosos habian acometido á las galeras, y si conseguian tomarlas, no quedaba ya recurso alguno. Pero al tiempo que Fiesco armado como un simple soldado iba de una en otra galera arrojando á los que las defendian, cayó en el mar, y pereció sin ser visto de ninguno de los suyos, porque se lo impedian las tinieblas de la noche. Aterrados con la desgracia de su caudillo los que ántes espantaban y atemorizaban á los demas, y no sabiendo qué hacerse, pues el miedo les habia embargado el discurso, se escondió cada uno donde pudo. Al dia siguiente quando todos estaban consternados y llenos de pavor, los desterró el Senado de la ciudad por voz de pregonero. Deseoso Doria de la venganza volvió de su fuga, y comenzó á perseguirlos. Algunos pudieron escaparse, pero otros que fuéron aprehendidos pagáron en el suplicio la pena que merecian. La opulentísima casa de los Fiescos fué arrasada, y todos sus bienes aplicados al fisco.

Entretanto habiendo llegado á saber el Príncipe de Parma Farnesio las voces que de él corrian, y para justificarse con Doria, y disipar las sospechas de que habia tenido parte en aquella maldad, le envió algunos varones nobles, entre los quales era el principal Agustin Lando, Conde de Complani. Acometió Doria á éste con muchas promesas, y no le dexó volver hasta que concertó con él la muerte de Farnesio; de lo qual noticioso el César por Doria, mandó á Gonzaga, Virrey de Lombardia, que se hallase prevenido para acudir á Plasencia con tropas, y dar so-

corro á los conjurados. Entretanto el Conde disponia la trama, y trataba ocultamente con los nobles, que aborrecian á Farnesio, sobre el modo y tiempo en que habian de executar la accion. Dispuestas ya todas las cosas, tomáron las armas, y á la hora del medio dia, se encamináron á la fortaleza, matáron las centinelas, y cortando el puente, asesináron á Farnesio que se hallaba descuidado é indefenso. Al momento colgáron el cadaver de un pie en una ventana, con otras burlas é insultos. Gonzaga que esperaba en Crémona el exito de este atentado, oyendo el cañonazo que tiráron los conjurados, que era la señal convenida de que ya estaba hecho, acudió apresuradamente con sus tropas, y se apoderó de la ciudad que estaba atónita con el suceso. Uno y otro fué muy grato así al César como á Doria.

Las muertes que acaecieron en este año fuéron memorables. Habiéndole acometido una calentura á Enrique Rey de Inglaterra, originada de la inflamacion de una llaga que tenia en una pierna, murió el dia primero de Febrero, á los cincuenta y siete años. Dexo heredero del reyno y de su impiedad á Eduardo, todavia niño, el que tuvo en Juana Seimer, nombrando á falta de éste á sus hermanas María y Isabel, y encargó el gobierno del reyno á Tomas Seimer abuelo de Eduardo. Si me empeñase en referir por menor las liviandades, la crueldad y la impiedad de este hombre, ántes me faltaria el tiempo que la materia. La muerte de Enrique parece que fué una citacion al Rey Francisco de Francia, pues la noticia le conmovió extraordinariamente, y á esto se siguió el agravársele la enfermedad, presagio cierto de su próxima muerte. Habíasele inflamado una maligna llaga que tenia cerca del anus, la que penetró hasta la vexiga, por la cruel indulgencia con que le curáron los Médicos. De esto le provino una calentura que le postró en la cama, y habiéndose dispuesto christianamente murió en Rambovillet á últimos de Marzo, á los cincuenta y tres años de su edad. Los Escritores Franceses elevan hasta el cielo sus virtudes con merecidos

elogios, aunque nunca la fortuna le favoreció mucho. Dexó apaciguadas todas las cosas de dentro y fuera de su reyno, habiendo hecho paces con el Ingles, y rescatado á Bolonia á costa de mucho dinero.

Este año fatal acumulaba los funerales, y la parca hacia sus estragos en las personas mas ilustres. Por este tiempo falleció en Viena Doña Ana muger de Don Fernando, habiendo dexado quince hijos. El dia dos de Diciembre murió Cortés para vivir eternamente por la fama de sus hechos: acaeció su muerte en Castilleja, pueblo inmediato á Sevilla, á los sesenta y tres años de su edad, y su cuerpo fué trasladado á la América. En los últimos tiempos de su vida derramó mucho oro entre los pobres para purgar sus culpas pasadas. Tambien falleció Don Francisco de los Cobos, que fué mucho tiempo Secretario del César, y fidelísimo en su ministerio, y de él tienen origen los Marqueses de Camarasa. D. García de Loaysa, Arzobispo de Sevilla y Inquisidor General, murió en Madrid, y en uno y otro empleo tuvo por sucesor á Don Fernando de Valdés, trasladado de la Iglesia de Sigüenza. En lugar de Don Gaspar Dávalos fué electo para la de Santiago, Don Pedro Manuel trasladado de la de Zamora en el año anterior; en el qual falleció tambien el dia primero de Febrero D. Juan Folch de Cardona, Obispo de Barcelona, y su cuerpo fué sepultado en la Iglesia mayor. Sucedióle el mismo año en ella Don Jayme Cazador. El dia primero de Abril del mismo año falleció en Vigevano el Marques del Basto, y fué sepultado magníficamente en la Catedral de Milan. Sucedióle en el gobierno Don Fernando de Gonzaga, Virrey de Sicilia. El territorio de Sevilla fué afligido con la terrible plaga de la langosta, cuyos enjambres eran tan espesos, que obscurecian el sol. Es increíble el estrago que hicieron en los panes y olivares. Pero movido el cielo de las continuas rogativas, y á costa de mucho trabajo, se consiguió en este año extinguir enteramente esta peste.

CAPITULO VI.

*DERROTA DE ALBERTO DE BRUNSVVIK. HACE
EL CESAR LA GUERRA CON OTROS PRINCIPES AL
DUQUE DE SAXONIA , Y QUEDA ESTE
VENCIDO Y PRISIONERO.*

Entretanto Ulrico de Vitemberg fué despojado por el Duque de Alba de quasi todo su dominio, y exhortado por sus mismos súbditos, imploró por cartas la clemencia del César, no pudiendo hacerlo en persona por estar enfermo de la gota. El Conde Palatino favoreció mucho en esta ocasion á su amigo y aliado, y conviniéron al fin en que enviaria diputados que pidiesen por él, y que despues se presentaria él mismo al César, lo que executó de allí á poco tiempo. Impusiéronse las condiciones al vencido, el qual llevado en una silla por su dolencia, fué recibido benignamente del César, y le concedió el perdon. Todas las fortalezas de sus dominios habian sido tomadas por el Duque, unas por fuerza y otras por voluntaria entrega, y en las tres únicas que quedáron intactas, á saber, Circena, Scorendorf y Ansparg se pusieron guarniciones Imperiales; y habiéndole mandado pagar en el término de quinze dias trecientos mil escudos para los gastos de la guerra, fué admitido á la gracia del César. Pasó éste á Ulma, donde recibió á los diputados de Ausburg, y despues á los de Strasburgo, y perdonó á una y otra ciudad, baxo la misma condicion que impuso á los de Ulma: pero se mantuvo implacable contra Schertel á pesar de la intercession y esfuerzos de los de Ausburg: por lo qual salió con sus bienes desterrado á Constanza en castigo de la toma de Clusa.

En los años anteriores se publicó el Concilio celebrado en Colonia por el Arzobispo Hermanno, pro-

lixo á la verdad , y dividido en catorce partes , escrito con estilo mas propio de declamador que de legislador , y no se sabe si lo hizo con ánimo sincero , ó para desvanecer la sospecha de heregía , y libertarse del peligro de perder su dignidad. Pero lo cierto es que por este tiempo se quitó la máscara , declarándose Luterano , y fué depuesto , sucediéndole Adolfo de la casa de los Condes de Schavemburg , el qual restableció en Colonia la religion cathólica , que se hallaba quasi abolida. Federico hermano de Hermanno , Obispo de Munster , y otros Prelados fuéron tambien heridos del mismo rayo ; y por la misma causa á instancia del César , que deseaba sobre todo conservar la pureza de la religion. El Duque de Saxonia recobró de Mauricio lo que éste le habia quitado ántes , y como es tan inconstante la humana fortuna , despojó de parte de sus dominios al que le habia despojado de los suyos , mas no pudo expugnar á Leypsic aunque la batió con mucho esfuerzo. Despues acometió á la Bohemia (donde en otros tiempos habitáron los Hermanduros) para pagar al Rey Don Fernando el odio que éste le tenia , y corria gran peligro de perder aquel reyno , porque los naturales le tenian poco afecto , y estaban muy inclinados al de Saxonia. Mandó el César á Alberto de Brunsvik que marchase prontamente con socorros á Bohemia , pero faltó poco para que este Príncipe no lo perdiese todo , por un descuido muy pernicioso en la guerra. Detúvose en Roclitz engañado por Binda hermana del Landgrave , la que con bayletes , bayles y todo género de diversiones , á que es tan propensa la nacion Alemana , procuraba distraerle de los penosos cuidados de la milicia , y á todas las horas del dia enviaba correos al Duque de Saxonia. Este pues creyó que debia aprovechar tan buena ocasion , no ignorando que las mas grandes empresas suelen ganarse ó perderse en un momento , y habiendo caminado toda la noche á largos pasos , acometió al amanecer á los Imperiales , que se hallaban muy descuidados , y que en nada pensaban ménos que en pelear. Alberto aunque se arrojó intrépidamente al

enemigo, no pudo evitar la derrota de su ejército, y fué hecho prisionero con Christoval de Litemberg. En esta confusión perecieron entre muertos y prisioneros quatrocientos caballos y gran parte de la infantería, y se perdiéron doce cañones de artillería.

Penetrado altamente el César con esta triste noticia, y solicitado por las cartas de Don Fernando, determinó hacer en persona la guerra. Inmediatamente mandó á Ansaldo de Suevia que reclutase tropas para reforzar la infantería que se hallaba disminuida, por haber despedido poco ántes las compañías Italianas, y el mismo encargo hizo á Nicolas Madrucci substituido á su hermano Alitprando que acababa de fallecer en Ulma. Pero miéntras que juntaba las tropas y fortificaba las ciudades con guarniciones, á fin de que en su ausencia no se atreviesen á emprender cosa alguna, envió delante á Norimberga, á Mariñan y Sande con los soldados Alemanes y Españoles, siguiéndolos el Duque de Alba para juntarse con ellos. Hallábase el César en Norlinga oprimido gravemente con la violencia de una enfermedad, que al parecer retardaría mucho tiempo su marcha, pero habiéndole aplicado oportunamente los remedios, convalació ántes de lo que se esperaba, y siguió á paso lento al Duque con el resto de las tropas. Entretanto Mariñan recobró á Pasemburg castillo muy fuerte, situado en la ribera del Mein dentro de los dominios de Alberto, y puso en él una guarnicion de treientos infantes.

Orgullosos los enemigos con la reciente victoria de Roclitz, causaban tal terror á los confinantes, que Joaquin de Brandemburg que habia permanecido neutral hasta entónces, ofreció á Don Fernando y despues al César juntar con ambos sus armas para reprimir su audacia. No tardó mucho en enviar á Don Fernando á Jorge su hijo mayor escoltado de quatrocientos caballos en prenda de su palabra; con él y con Mauricio se puso en marcha Don Fernando para unirse al César, atravesando con gran trabajo la Bohemia por caminos muy ásperos, á fin de evitar la perfidia de los habitantes que conspiraban contra él. Pero á la verdad

aunque los Bohemos juntaron un grande ejército, mandado por Gaspar Flucio hombre opulento, con la esperanza de sacudir el yugo de la dominacion Austriaca, no hicieron cosa alguna de importancia, aguardando el éxito de la guerra del Duque de Saxonía. El Rey Don Fernando, aunque se le habia desertado gran parte de sus soldados, conduxo al campo del César dos mil y doscientos caballos, y solo trescientos infantes. Juntas en un cuerpo las tropas, llegaron á Egra, ciudad situada en los confines de Bohemia, y despues de la pasqua de resurreccion, marcharon contra el enemigo. En el camino fueron tomados los pueblos que se hallaban al paso, escapándose ó entregándose voluntariamente las tropas de nueva recluta que los presidaban, y que en lugar de los veteranos habia puesto el Duque de Saxonía en las ciudades fortificadas: estas conquistas se debieron al valor del Duque de Alba y de los Españoles que iban delante del César para asegurarle los caminos.

En diez dias de marcha llegó al rio Elva, límite en otro tiempo del Imperio Romano, no habiendo dado oidos al de Cleves, que comenzó á tratar de composicion con ciertas condiciones poco decorosas á la magestad imperial. Los historiadores Alemanes creen que este pais es el que en los tiempos antiguos habitaron los Ingevones. Acampados á la orilla de este rio los arcabuceros Españoles y la artillería, molestaban con una continua lluvia de tiros á los enemigos, que se hallaban á la otra parte cerca de Mulberg para impedirles el paso, y de tal manera se enardecieron, que arrojándose al agua que les llegaba al pecho y á los hombros, como si intentasen vencer á la naturaleza no ménos que al enemigo, pelearon con valerosa intrepidez. Diez de estos soldados acometieron una hazaña verdaderamente grande y memorable; pues habiéndose desnudado, y llevando las espadas en la boca, pasaron á nado, y se arrojaron á los enemigos, que por haber roto el puente conducian unas barquillas rio abaxo, tomaron muchas de ellas, y habiendo muerto á treinta y cinco soldados armados,

como refiere un autor Italiano, las llevaron á la otra orilla sin recibir herida alguna entre la espesa multitud de balas que caia sobre ellos, admirándose todos de su valor y audacia. El César despues de haberlos elogiado como merecian, mandó darles unos ricos vestidos y una considerable gratificacion. Con las barcas que tomaron al enemigo, y otras que se traxéron para el mismo fin, se hizo un puente para atravesar la infantería con los bagages. Entretanto que se disponia pasó el César por un vado que le mostró un rústico, irritado con los Saxones porque el día ántes le habian robado unas bestias. Acompañóle la caballería, y muchos de los Grandes, escoltados de una compañía de Españoles, que continuamente tiraba contra el enemigo, el qual para impedir el paso á la caballería, no cesaba de hacer fuego desde la otra parte del rio. El terror que le causaban los coraceros Imperiales, le obligó á alejarse, y la caballería ligera pasó en las ancas á los tiradores Españoles, y los conduxo á tierra sin que ninguno se lo estorbasse. Entretanto otros soldados de infantería se apresuraron á pasar á la otra orilla en maderos y barcas medio quemadas, haciendo remos de sus picas. Habiendo atravesado el rio el ejército, y gratificado el César al rústico con cien escudos y dos caballos, envió el Duque de Alva aceleradamente el primer escuadron contra el enemigo. El de Saxonia luego que oyó que los Imperiales habian pasado el rio, levantó su campo para ponerse en lugar mas seguro, y pelear desde él, si fuese necesario. El resto de la infantería que habia pasado el puente, apresuraba ya su marcha para alcanzar al primer escuadron, quando los enemigos que caminaban divididos en dos ejércitos, se vieron rodeados de la caballería Húngara que habia conducido Don Fernando, de los Italianos, del Pontífice, y del Príncipe de Sulmona, los quales á cada paso los molestaban picándoles la retaguardia, estrechándolos en los pasos difíciles, impidiéndoles y perturbándoles la marcha. Estos pues hacian frente, y combatian quando se veian mas estrechados por los Imperiales, y

procuraban alejarlos con la espada. El de Saxonia intentaba ocupar el bosque de Locana á fin de retirarse desde él sin pérdida á Torgau ó Vitemberg, y dexar burlado al enemigo.

Tenia en sus banderas seis mil infantes veteranos, y dos mil seiscientos y ochenta caballos, y el César tres mil y setecientos caballos, y apénas mil infantes, porque los demas le seguian muy atras con los bagages. Iba ya á ponerse el sol, y estaba inmediato adonde caminaba el de Saxonia, y por una y otra causa fué preciso á los Imperiales acelerar el paso, para que el enemigo no se escapase. Llamó luego el César al Duque de Alva, que iba delante, y juntando toda la infantería, dispuso el ejército en batalla. El de Saxonia mandó tambien ordenar sus esquadrones en la mejor forma que le fué posible, y despues de exhortar ambos Generales á los suyos, se dió la señal de la pelea. Rompió Mauricio el primero con un esquadron de caballos, en los quales habiendo disparado á un tiempo los Saxones, y no dexando á estos lugar para volver á cargar su artillería, los acometiéron otros caballos por la frente y por los lados, que los destrozaron sin resistencia. Inmediatamente entró en accion la retaguardia imperial en la que estaban el César, Don Fernando y sus dos hijos, y Filiberto de Saboya, y hizo tan grande estrago en los enemigos, que mas parecia carnicería que batalla. Los que diéron el primer choque penetraron hasta los cuerpos de reserva, y habiéndose apoderado la infantería de la entrada del bosque, hizo una terrible matanza, de tal suerte, que cubiertos los caminos de armas y cadáveres, detenian la marcha del vencedor. Algunos pocos pudieron salvarse arrojando las armas, y ocultándose entre los árboles, favorecidos de las tinieblas de la noche. El Duque de Saxonia, que habia hecho quanto pudo los oficios de un buen General, viéndose solo por la ignominiosa fuga y destrozo de los suyos, montó á caballo para ponerse en salvo; pero al tiempo que huia velozmente, le salieron al encuentro quatro

caballos Españoles , otros tantos Italianos , y dos Húngaros. No por eso se desanimó , estando resuelto á abrirse camino con la espada ; mas habiendo recibido una herida en la cara , le hiciéron prisionero , y le conduxéron al Duque de Alva. Entretanto nó cesaba el estrago y carniceria , aunque ya habia venido la noche , porque la luna llena descubria á los que huian , y los persiguiéron los vencedores obstinadamente por espacio de muchas millas , haciendo en ellos gran mortandad. El Duque de Alva llevó luego al prisionero á la presencia del César , quien viéndole tan fatigado por su gordura , y por el peso de las armas , mandó que no se apease del caballo , y permitió que desde él le saludase , lo qual hizo el Duque quitándose el sombrero con estas palabras. „Cau-
„tivo tuyo soy , César clementísimo , por el derecho
„de la guerra ; y te suplico que me hagas guardar y
„tratar como corresponde á un Príncipe. A lo que entón-
„ces le respondió el César : „Lleva á bien que aho-
„ra sea para tí César , para que recibas lo que mere-
„ces. Esto aludia á que desde el principio de la guer-
„ra solia llamarle el de Saxonia Carlos de Gante ; y
„despues añadió el César : „Mira ahora las miserias
„en que te has precipitado por tu culpa para que
„no evites el castigo que mereces.“ El de Saxonia
no le respondió cosa alguna , y baxó los ojos á tierra de vergüenza. Despues fué entregado con Ernesto de Brunswik su pariente , que tambien habia sido hecho prisionero , é Alfonso Vivas para que los custodiase. Los Alemanes se mostráron muy quejosos , y su disgusto dió motivo á una sedicion en Hall de Saxonia , la qual fué apaciguada únicamente por el valor del César. El hijo mayor del Duque , despues de haber recibido dos heridas , pudo evitar por la velocidad de su caballo el caer en manos de sus enemigos. Ninguno de los historiadores que he leído refiere quien fué el que hizo prisionero al de Saxonia , y solo un autor Italiano lo atribuye á Hipólito de Porto Vicentino. En esta batalla y en la fuga fuéron muertos dos mil infantes , y mil y quinientos entré

prisioneros y heridos. Perecieron quinientos caballos, y el número de los prisioneros fué mucho mayor. Los Alemanes trataron con humanidad á sus compatriotas, que militaban con el de Saxonia; pero los Húngaros se ensangrentaron en ellos, incitados del odio feroz que les tenian. De los Imperiales se cuenta que solo murieron cincuenta y cinco. Fuéron conducidos al campo quince cañones de artilleria, y treinta y seis banderas, y todo lo demas de la presa se abandonó al soldado. Acaeció esta batalla el dia veinte y quatro de Abril. Refiérese que en ella se viéron algunos prodigios, y que se observó haber detenido el sol su carrera; pero no me ocuparé en refutar estos delirios de hombres supersticiosos, que muchas veces se inventan para adular á los vencedores.

CAPITULO VII.

PERDONA EL CESAR LA VIDA AL DUQUE DE SAXONIA. RINDESE EL LANDGRAVE Y MUCHAS CIUDADES DE ALEMANIA. CASAMIENTO DE MAXIMILIANO CON DOÑA MARIA HIJA DEL CESAR.

Despues de vencido y preso el rebelde Duque de Saxonia, continuó el César la guerra, para no perder el fruto de tan ilustre victoria. Desde Mulberg donde habia dexado descansar dos dias á sus tropas, las conduxo á Torgau, la que habiéndosele entregado, se acampó cerca de Vitemberg, ciudad del dominio electoral de Saxonia, no quedándole esperanza alguna de tomarla por fuerza, á causa de que los habitantes le habian cerrado las puertas, confiados en la fortaleza del sitio, y en su poderosa guarnicion. Tentó el César al de Saxonia para que mandase entregar la ciudad, amenazándole que de lo contrario le quitaria la vida; pero lo resistió con invencible constancia, porque el prisionero, aunque habia mudado de fortuna, no se

habia abatido su ánimo. Para concluir esta empresa tan difícil, se valió de un medio, que le parecia el mas eficaz y pronto; y fué que habiendo convocado en su tienda á los Grandes, pronunció sentencia contra el Duque, y le condenó al último suplicio como reo de lesa magestad. Sin embargo mandó suspender la execucion, para que mediando algun tiempo, llegase el negocio al estado que deseaba, y no se engañó en su opinion, pues inmediatamente acudiéron los parientes, y algunos de los consejeros del Duque, pidiendo al César con humildes ruegos, que no usase de rigor con el prisionero, y con efecto se condonó la pena de muerte. Pero para que la impunidad de uno solo no fomentase la audacia de muchos, juzgó que debia castigarle imponiéndole condiciones algo duras: conviene á saber: que cediese la dignidad y principado electoral al arbitrio del César, para que las confiriese á quien fuera su voluntad, dexando á sus hijos para mantenerse cincuenta mil escudos anuales, y señalándole otros cien mil para pagar sus deudas: que entregase al César las fortalezas de Vitemberg y Gotha, que eran la principal defensa de sus dominios: que restituyese á sus dueños los bienes así sagrados como profanos de que se habia apoderado durante la guerra: que pusiese en libertad gratuitamente á Alberto y Christobal que habia hecho prisioneros en Roclitz, y del mismo modo la dió el César á Ernesto: que renunciase las alianzas que tenia contrahidas, y ciertos derechos, y que permaneciese en libre custodia cerca de la persona del César, ó de Don Felipe su hijo. Estas fuéron en suma las condiciones, y habiéndolas firmado el de Saxonia, y sus hijos, y despues el César, quedáron absueltos los vecinos de Vitemberg del juramento que tenian hecho á aquel, y despidiendo su guarnicion recibieron la de los Imperiales. Vino despues Sybila al campo á visitar á su marido prisionero, y la recibió el César con tanta afabilidad como si en nada se hubiese disminuido su fortuna. Al dia siguiente pasó á la fortaleza para saludar á la Princesa, y fué obsequiado de ésta con un ex-

pléndido banquete. Posteriormente permitió el César al Duque que fuese á la ciudad á disponer sus negocios domésticos, acompañándole doscientos Españoles á los que regaló trescientos escudos, y á Alfonso Vivas, á quien estaba encargada su custodia, una carroza con quatro caballos blancos, porque era benigno y liberal con todos; Sybila su esposa tuvo orden de trasladarse á Thuringia con sus hijos y con sus bienes propios, y las fortalezas de Gotha fuéron arrasadas por mandado del César.

Arregladas las cosas de Saxonia, disponia el César sus armas contra el Landgrave de Hesse, el qual aterrado con esta noticia, y valiéndose de los Principes Joaquin y Mauricio, que podian mucho con el César, intentó componer la paz con ciertas condiciones que le parecian hönrosas. Respondiósele: „Que
 „por el derecho de la guerra los vencedores debian
 „dar la ley, y no recibirla. Que si deseaba la paz,
 „pidiese en persona al César el perdon de sus yerros, para no verse despues obligado á hacer baxo
 „de mas duras condiciones lo que ahora rehusaba.“
 Pero de esto trataremos adelante.

A principios de este año habia enviado el César á Christobal Fransperg natural de Zelanda, y á Enrique de Brunswik el jóven con tropas escogidas á la baxa Saxonia, donde en otros tiempos habitáron los Teutones, que eran parte de los Ingevenes, para que impidiesen los socorros de las ciudades maritimas, y las tuviesen ocupadas con el temor de la guerra. De esta suerte se conseguia que embarazado el Duque de Saxonia con dos guerras á un mismo tiempo, y no pudiendo resistir á tantos esfuerzos, fuese mas fácil vencerle. Para hacer pues alguna cosa de importancia, cercáron á Brema ciudad opulenta, situada á las márgenes del rio Vesper, y á fin de socorrerla en aquel peligro, marcháron á largas jornadas Guillermo Tumersen, y Alberto de Mansfeld con las tropas Saxonas que ocupaban las fronteras de la Bohemia, y se componian de trece mil infantes, y quatro mil caballos. Entretanto que Fransperg con

la noticia de que venian los Saxones, se disponia á pasar el rio para juntar sus tropas con las de Brunswik, acometiéron repentinamente los enemigos el campo de éste, y vencido y derrotado le persiguieron. Habiendo Fransperg atravesado el rio, vino á dar en los bagages de los Saxones, y hizo en ellos una gran presa, en cuya parte entró un considerable número de caballos, y cien mil escudos que quitó á Tumersen, y con el auxilio de la noche se puso en acelerada marcha á la Frisia, privando al enemigo de la esperanza de recobrarlos. De aquí se originó una discordia entre los dos Generales del César, el uno vencido y el otro vencedor, que se acusaban recíprocamente de perfidia y de ignorancia del arte militar, y se creyó entónces que uno y otro tenian razon. Pero despues que desahogáron su ira con mucho estrépito de palabras inútiles, se compuso esta diferencia por mediacion de los amigos. El César sintió en extremo la victoria de los enemigos, temeroso de que causase alguna mutacion en los ánimos, y de que esta pequeña chispa excitase un grande incendio. Mas en breve tiempo quedó libre de este cuidado, porque noticiosos Tumersen y Mansfeld de la victoria que el César habia ganado al Duque de Saxonia, baxo de cuyos auspicios hacian ellos la guerra, despidiéron sus tropas retirándose á Brema, y de este modo se desvaneció la tempestad, que al parecer amenazaba.

Despues de esto vino el César á Hall de Saxonia en tres dias de marcha, estando todavia indeciso el Landgrave de Hesse, que segun el aspecto de los sucesos variaba sus resoluciones, y fluctuaba entre la esperanza y el temor. Pero desconfiando del buen éxito de sus cosas con la cercanía del vencedor, á quien respetaba casi toda la Alemania, le pareció lo mejor acogerse al asilo sagrado de la paz. Detúvose no obstante algun tiempo, porque su ánimo no podia acomodarse á admitir algunas de las condiciones que le parecian duras. Finalmente recibió las que concertáron Mauricio y Joaquin, cuyos artículos mas

principales eran que derribase sus fortalezas á excepcion de las de Ziengenheim y Cassel en las que el César habia de poner guarniciones : que entregase inmediatamente la artillería y todos los demas pertrechos de guerra : que pusiese en libertad á Brunswik el viejo , á Cárlos su hijo , y á los hijos de éste hechos prisioneros por él al principio de la sublevacion de Smalcalda , y que les restituyese los bienes que les habia quitado durante la guerra : que entregase de contado ciento y cincuenta mil escudos para los gastos de la guerra , y que se pusiese él mismo con todos sus bienes al arbitrio del César , quedándole salva la vida , y asegurado de que no perderia para siempre la libertad. Luego que fuéron firmadas estas condiciones , se presentó el Landgrave al César , y puesto de rodillas le pidió perdon , el qual obtuvo , y fué entregado á Juan de Guevara Capitan de una compañía de Españoles para que le custodiase. Mandósele seguir al César , lo que causó al Landgrave extraordinario disgusto ; pero mitigado por sus amigos , que le daban esperanzas de que no estaba remota su libertad , y á fin de merecerla quanto ántes con buenos officios , pagó la suma que se le habia impuesto , destruyó las fortalezas inmediatamente , y entregó doscientos cañones. El Emperador concedió privadamente la dignidad electoral al Duque Mauricio , y en el año siguiente tomó solemne posesion en la Dieta de Alemania , consintiéndolo el despojado Federico con tanta grandeza y constancia de ánimo , que no mostró la menor señal de dolor. De los cañones tomados en esta guerra hizo el César llevar quatrocientos y cincuenta (aunque un autor Español aumenta este número) á Norimberga , Milan , Nápoles , Flandes y España como testigos de sus victorias. Por este tiempo acudian á él Diputados de muchas ciudades pidiendo perdon de lo pasado : recibialos con benignidad , y los despedia despues de haberlos amonestado su deber , y de haber ellos dado palabra de que en adelante serian fieles. Tambien le llegaron embaxadas de las partes mas remotas de Eu-

ropa que habitan los Tártaros para congratularle de la victoria : el Papa le envió el Cardenal Sfondrato con cartas en que le llamaba Máximo , y Fortísimo Emperador. A principios del año siguiente llegó por la misma causa Rui-Gomez enviado por su hijo Don Felipe , y le recibió el César con admirable alegría.

Entretanto Don Fernando descargó gravemente su ira contra los Bohemos que le habian provocado con muchas injurias. Tomáron estos las armas con pretexto de sus inmunidades , y padeciéron muchas pérdidas , pero desesperados al cabo de no poder alcanzar cosa alguna por fuerza contra un Príncipe tan poderoso con el auxilio de su hermano el César , se le presentáron en la fortaleza los de Praga , que eran los cabezas de la conjuracion , vestidos humildemente , y imploráron su clemencia , asegurándole de su fidelidad en lo venidero. Pero á estos hombres que tan tarde conociéron sus yerros , se les privó por un edicto de sus inmunidades y Magistrados , y de la facultad de elegirlos. Privóseles tambien de las armas , y de las rentas públicas , portazgos y contribuciones que ántes percibian ellos , y se aplicáron al fisco , y muchos fuéron condenados á muerte , ó confiscados sus bienes. Tales fuéron los efectos de la inconstancia de aquella necia gente , que por conseguir una entera libertad , incurrió en una extrema esclavitud.

Amedrantadas con la calamidad de Bohemia las ciudades libres , se apresuráron á enviar Diputados para obtener la gracia del César , prometiéndole que harian todo quanto les mandase , y se distinguió entre todas Hamburgo , ciudad opulenta situada en la márgen del rio Elva cerca del Océano. Finalmente, salió el César de Hall , y tomando un largo rodeo por la Thuringia y la Selva Negra , con un ejército bastante fuerte para evitar qualquiera asechanza , llegó á Ausburg. Despidió allí parte del ejército , y el Landgrave de Hesse fué enviado con guarnicion á Donawert , y llevó consigo al Duque de Saxonia á quien trataba con mas suavidad. Recibió en su gracia por la mediacion del Rey de Dinamarca á Bernardo y

Felipe Duques de Pomerania (que se dice ser la antigua Vandalia) y á Luneburg, Lubec y otras ciudades situadas en la costa del Océano Septentrional. Estas, y todas las demas de Alemania fuéron multadas en considerables sumas de dinero, y de las cuentas del Erario Imperial consta que se exigiéron un millon y seiscientos mil escudos.

Concluida esta guerra que despues de la caida del Imperio Romano fué la mas memorable que hubo en aquella Nacion, y distribuidos á cada uno los premios, ó castigos que merecian, dirigió el César algun tiempo sus cuidados á las artes de la paz. A este fin se aprovechó de la quietud en que le dexaba el Turco que se hallaba embarazado con la guerra de Persia, y ajustó treguas con él por tiempo de cinco años por medio de Gerardo Velvic, á quien envió á Constantinopla. Así pues, para sujetar á la Religion Cathólica á los que habia vencido con las armas, pidió al Papa por el Cardenal Tridentino, que restituyese el Concilio á Trento, de donde le habia trasladado á Bolonia por causa de las enfermedades: pero no pudo alcanzarlo del Pontífice, que tenia otras miras, lo que desagradó al César porque las cosas de Alemania no sufrían tardanza alguna, ni podian componerse sin el terror de las armas, y era preciso no dexar tiempo á los sectarios para faltar á la palabra que tenian dada. Por esto pues, y con dictámen de los Teólogos, hizo componer una fórmula de doctrina que se publicó el dia quince de Marzo del año de mil quinientos y quarenta y ocho, á la que la dió el nombre de *Interim* para que fuese observada, hasta que se promulgasen los Decretos del Concilio Ecuménico. El Pontífice aunque lo llevó á mal, porque el César se intrometia en cosas que excedian los límites de su potestad, lo toleró sin embargo, obligándole á ello las circunstancias del tiempo. Esta fórmula fué subscripta por algunos Príncipes y ciudades, habiendo jurado que se sujetarian á los Decretos del Concilio; pero otros lo resistiéron con grande obstinacion, y faltó poco para que tomando las armas no se ren-

vasen las anteriores calamidades. Disimuló entonces el César con gran prudencia, repitiendo muchas veces: „que los Alemanes pagarian algun dia con tar-
„dio arrepentimiento la pena de su resistencia“. De este modo perturbadas las cosas mas bien que arregladas, se disolvió la Dieta el dia treinta y uno de Julio.

Para destruir las reliquias de la guerra, proscribió entretanto á los de Magdeburg que tramaban malos intentos. Alfonso Vivas, á quien los de Orihuela hacen su ciudadano, acometió con un pequeño esquadron á Constanza, no ignorándolo algunos de sus habitantes. Pero fué desgraciada esta empresa, pues se defendieron valerosamente desde los muros. Vivas pereció de un arcabuzazo, y su hijo, despues de recibir una grave herida, retiró de allí su pequeño ejército. Irritado el César, proscribió á los Constancienses, los quales afloxáron mucho de su altivez, temerosos de que padecerian mayor castigo, si fuesen acometidos por un poderoso ejército. Hallábase dividida la ciudad en dos partidos, por lo qual algunos plebeyos á quienes aborrecian los nobles, abrieron las puertas á los Imperiales, segun lo habian concertado con Perenoto, que salió por fiador de su perdon, habiéndose derramado poca sangre de los del partido contrario, y de esta suerte volviéron á entrar en su deber.

Desde Ausburg pasó el César á Ulma; y en una y otra ciudad, y despues en Spira removi6 del Senado á los Luteranos, y puso en su lugar Orthodoxos, persuadido de que convenia mucho á la Religion Católica hacer esta reforma de los Magistrados. Muchos Templos que habian quedado enteramente desiertos, comenzáron á ser freqüentados, y arrojó de ellos y persiguió de varios modos á los que los habian invadido, y á los Sacerdotes que contraxéron detestables matrimonios. Prohibió las freqüentes juntas de personas particulares, con las que se habia comenzado á propagar la secta Luterana. Desterró tambien á los Maestros que inspiraban perversa doctrina en los áni-

mos de la juventud; y finalmente no omitió cosa alguna para impedir que fuese vulnerada la verdadera Religion. Desde Spira se trasladó á Colonia, y despues al Brabante, habiendo despedido ántes el resto del ejército Aleman, al qual pagó su sueldo, recompensando magníficamente á los Generales. Llevóse consigo á Bruselas al Duque de Saxonia, y envió al Landgrave á Malinas para que fuese custodiado en la fortaleza.

En España el año anterior celebró el Príncipe Don Felipe cortes en Monzon, y en ellas fué nombrado Gerónimo Zurita por Chronista del Reyno de Aragon, cuya Historia ilustró copiosamente, y con gran diligencia este hombre erudito. Habiendo vuelto á Castilla, y dado audiencia al Duque de Alba, á quien el César envió para que entre otras cosas previniese al Príncipe que dispusiera su partida á Alemania, congregó cortes en Valladolid, y manifestó en ellas la necesidad que le imponia su padre de ausentarse de España, prometiendo que volveria dentro de breve tiempo, y que en su ausencia gobernaria Maximiliano su primo hermano. En este tiempo hubo una amplia materia para discurrir y murmurar; porque entre las órdenes que el César habia dado al Duque de Alba, fué una que el trage y ceremonial de la corte de Castilla, se arreglase á la etiqueta de los Duques de Borgoña. Esto se interpretó siniestramente como siempre sucede, creyéndose que era desprecio de las costumbres de la Nacion Española: Si el César, decian, hace mas aprecio de su Borgoña que de España, ¿por qué no usa el titulo de Duque de Borgoña, y prefiere el de Rey de España? Detestaban además la idea de sacar de España al Príncipe Don Felipe, que tarde ó nunca volveria, si el César tenia proyectado elevarle al Imperio, de lo qual habia claros indicios, para componer una formidable potencia, á cuyas leyes obedeciese todo el orbe. Que además de quedar huérfana la España, padeceria la ignominia de ser pospuesta á la Alemania con desdoro, y mengua de la nacion, que se veria obligada á sustentar

con sus riquezas la grandeza y esplendor del Imperio Germánico. A estos incentivos de dolor, se juntaba la ira de los Grandes, y Prelados por verse excluidos de las cortes, pues Don Felipe rezeloso de su excesiva constancia, mandó que no concurriesen á ellas con los procuradores de las ciudades. Toda la culpa de esto se atribuía al Duque de Alba, el qual creían que habia aconsejado al César semejantes novedades, por el deseo de adularle, y de adquirir con él el mas alto grado de favor y autoridad.

No tardó mucho tiempo en llegar á Barcelona en la armada de Doria el Príncipe Maximiliano, que se hallaba en la flor de su edad, y era de agradable presencia, acompañado del Cardenal de Trento y de una lucida comitiva. Estaba ya concertado su matrimonio con Doña María hija del César, habiendo dispensado el Pontífice el impedimento de consanguinidad, y conferídole á este fin su padre el título de Rey de Bohemia. Recibióle con extraordinario regocijo los nobles, que Don Felipe, y la Infanta Doña María enviaron delante para congratularle de su venida, y honrado y festejado con todo género de obsequios, fué conducido á Valladolid, donde se celebró el matrimonio con grandes y ostentosas fiestas, haciendo el Cardenal las sagradas ceremonias. Despues de concluida la alegría de las bodas se puso en marcha el Príncipe Don Felipe el dia primero de Octubre, con grande acompañamiento de nobleza, entre la qual se distinguian los Cardenales, el Duque de Alba, el de Sesa, Don Antonio de Toledo, y otros Grandes de su Corte, ilustres por su nacimiento y por sus hazañas, y llegó á Barcelona, donde fué recibido espléndidamente por Don Juan Manrique, Conde de Aguilar, Virrey de Cataluña, y tratado con regia magnificencia todo el tiempo que se detuvo en aquella ciudad por causa de las tempestades. Desde allí pasó por tierra á Rosas, en cuyo puerto se hallaba anclada una armada numerosa, y se embarcó para las costas de Liguria en una galera de Doria muy adornada. Llegó á Génova con navegacion poco

favorable, y fué festejado extraordinariamente por el mismo Doria, y los ciudadanos con banquetes, bayles, comedias, y otros espectáculos por espacio de quince dias, en los quales dió audiencia á los Embaxadores y Príncipes que habian venido á cumplimentarle. Pareció á los Italianos poco agradable el sobrecejo y severidad del Príncipe, atribuyéndolo maliciosamente á orgullo y arrogancia, vicio de que culpan á los Españoles. Desde Génova fué á Milan y Mantua, y despues á Trento, esforzándose todos á porfia en obsequiarle, hasta que llegó á Flandes á la entrada de la primavera del año siguiente: recibieronle las dos Reynas Doña María y Doña Leonor, que poco ántes se habia retirado de Francia, y conducido á los brazos de su padre, no es posible explicar el gozo que tuvo el César con la presencia de un hijo unico en quien tenia todas sus esperanzas. Pero dexando ahora las cosas de Europa pasemos á referir los sucesos de la América.

CAPITULO VIII.

*CONTINUAN LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ,
BATALLA DE QUITO, SUBLEVACION DE LOS
INDIOS DE YUCATAN Y OTROS SUCESOS.*

En el Perú se hallaban las cosas de los Españoles en tan mal estado, por sus divisiones, y opuestos partidos, que si Dios no mirara por ellos hubieran perecido enteramente. Habiéndose puesto en salvo el Virrey Basco Nuñez Vela, como ya diximos, y socorriéndole Belalcazar y los de Quito con dinero, comenzó á juntar soldados, y á disponer la guerra. Pizarro seguido de muchas tropas salió de Lima para arrojarle de toda la Provincia, y luego que estuvieron cerca unos de otros, el Virrey que tenia pocas fuerzas, no se atrevió á hacer frente al enemigo, y se huyó á Quito, y desde allí se internó en Popayan, habiendo recibido algun daño en su retaguar-

por el
, bay-
cio de
Emba-
limen-
sobre-
malicio-
ulpan á
Antua,
orsia en
rada de
las dos
co án-
o á los
ozo que
nico en
o ahora
cesos de

dia. Por el contrario, Centeno perseguia acérrima-
mente á los Pizarrianos en Charcas, y hizo degollar
á Francisco Almendra, Gobernador de aquella Ciu-
dad, en el mismo lugar en que éste habia muerto á
su antecesor Gomez de Luna; pero al fin rechazó á
Centeno Alfonso del Toro, Gobernador del Cuzco,
con un esquadron de doscientos soldados, los cuales
dexó para la custodia de la ciudad baxo el mando de
Alfonso de Mendoza. Pedro de Hinojosa, Almirante
de la armada, que se componia de catorce navíos, se
apoderó de Nuño Vela, hermano del Virrey, que ace-
leraba su fuga á España, y le puso en prision. Des-
pues de esto, habiendo intentado entrar en Panamá,
le resistieron principalmente los Illanes, y Vendrel
temerosos de padecer los males que habian sufrido en
el gobierno de Machicao. Desembarcó Hinojosa tres-
cientos hombres armados, y no teniendo los Pana-
meños fuerzas iguales, fué recibido por los Sacerdotes
con mucha sumision, y en hábito de rogativa, y tra-
tó á todos con grande humanidad, prohibiendo que
á ninguno se hiciese mal.

PERU.
E LOS
OS.

Español
y opues-
hubie-
en sal-
imos, y
dinero,
guerra
e Lima
que es-
ué tenia
enemigo
n Popa-
etaguár

Por este tiempo fué descubierta por un cazador
Indio que seguia á un ciervo una inagotable mina de
plata en lo alto del cerro de Potosi, region fria y
estéril, situada á veinte y un grados y medio sobre el
equador; y la abundancia de esta mina es tan asom-
brosa, que ha llenado de este metal á todo el univer-
so. Cuéntase que la quinta parte que se saca todos los
años, y pertenece al tesoro real, asciende á un mi-
llon y quinientos mil pesos de plata pura y líquida,
á pesar de los innumerables fraudes, y hurtos que se
cometen.

Entretanto habiendo juntado el Virrey trescientos
soldados armados, volvió á Quito, donde Pizarro
se habia detenido para recibirle, y apenas avistó al
enemigo, ordenó su ejército, y le presentó batalla
estando resuelto á vencer ó morir. Salióle al encuen-
tro Pizarro con mas que doblado número de tropas,
y en el primer choque peleáron atrozmente; pero lle-
gando á entibiarse el ardor de los soldados del Vir-

rey , comenzáron á escaparse de la pelea con vergonzosa cobardía. Cayó el mismo Virrey combatiendo valerosamente , y al tiempo de espirar , le cortó la cabeza un negro por mandado de Benito de Carvajal , y fué clavada en una escarpia en medio de la plaza , y su cuerpo enterrado en la Iglesia. Sucedió esta batalla cerca de Quito á principios del año de mil quinientos y quarenta y seis: Belalcazar recibió en ella muchas heridas , y fué hecho prisionero por Pizarro , pero le admitió á su gracia , y con ciertas condiciones le envió á Popayan. Eligióse entónces por primer Obispo de esta Provincia á Don Juan del Valle , y para la Diócesis de la Nueva Galicia á Don Pedro Gomez Maraver. Además se erigieron en Metropolitanas las Iglesias de México , Lima , y Santo Domingo , y se dispensó á los Obispos la visita *ad limina Apostolorum*.

Luego que Baca de Castro se restituyó á España , fué puesto en prision , oprimido por las acusaciones de sus enemigos , las que siempre son muy comunes en las discordias civiles ; pero habiendo justificado su fidelidad al Rey , y la pureza de su conducta en el gobierno , fué repuesto en la plaza del Consejo Supremo de que se le habia separado , y á su hijo se le confirió el Arzobispado de Sevilla.

El dia nueve de Noviembre del mismo año se descubrió una nueva conjuracion de los pueblos orientales de la península de Yucatan para arrojar de allí á los Españoles. Acometiéron repentinamente los Indios contra los Patronos á quienes estaban entregados en encomiendas , y los dos hermanos Juan y Diego Cansino fuéron crucificados , y muertos á flechazos : pereciéron con diversos suplicios otros diez y seis Españoles , que se habian tenido por muy seguros entre unos bárbaros tan feroces , y solos dos pudieron escaparse. Despues cobrando nueva audacia invadiéron la ciudad de Valladolid ; pero haciendo una salida veinte Españoles con las tropas Mexicanas , que habia llevado Montejo en su auxilio , matáron á muchos de los enemigos , sin que en esta pelea hubiese muerto

Español alguno. Sin embargo de esta derrota no pudieron arrojar de allí á los Indios, y fué preciso que viniesen quarenta soldados armados de Mérida, á quienes siguió otro esquadron; y tuvieron muchos encuentros con los bárbaros que tenian tomados los caminos. Pareció conveniente intentar ántes el reducirlos á la paz; mas conociendo que era inexcusable recurrir á la fuerza, se renovó el combate con mucho ardor, y aunque murieron muchos, no se declaró la victoria por una ni otra parte. Finalmente cansados los Españoles de pelear, se retiraron á la ciudad, y habiendo curado á los heridos, volvieron á la batalla derramando mucha sangre de los bárbaros. No daban estos señal alguna de temor, y continuaron del mismo modo las peleas por espacio de algunos dias, con admirable obstinacion de los Indios. Pero venció al fin la constancia de los pocos: pues viendo los bárbaros que no habian podido vencerlos en tan repetidos combates, y que su multitud se habia disminuido mucho, comenzaron á dispersarse por varias partes. Murieron veinte Españoles de los mas intrépidos, y mas de quinientos Mexicanos y esclavos armados, que pelearon con tanto ardor como los hombres mas fuertes. Despues de este suceso, los Capitanes dividiéron sus pequeñas tropas para perseguir, y subyugar á los Indios, y padeciéron varios infortunios. Juan de Aguilar que fué el mas desgraciado, se apoderó de un pueblo á fuerza de armas, y sujetó á sus habitantes. Montejo dió libertad á los que habian sido hechos prisioneros en la batalla, y los reduxo con su benignidad. Miéntras tanto se levantó en Salamanca otro tumulto en el que fué muerto Martin Rodriguez, Encomendero de este pueblo, y se hallaba en gran peligro de perderse, si Aguilar no hubiera acudido con prontos socorros. No es posible referir lo mucho que padeciéron en el camino con el hambre, la sed, y el cansancio. Peleáron muchas veces con los bárbaros, que les salian al encuentro. Finalmente habiendo sido presa la muger del Cacique, se la restituyéron con algunos regalos, lo que ablandó al bárbaro, que

se habia encerrado con gente armada en un pueblo muy fuerte situado entre unas lagunas; y volvió á su deber. Duró esta guerra quatro meses, y produjo una paz sólida. De aquí adelante trataron los Españoles á los Indios con mas blandura, lo qual fué la verdadera causa de que depusiesen su ferocidad. Mandóse despues á los Caciques que enviasen sus hijos á Mérida, para que fuesen instruidos en la Religion Christiana, y sirviendo estos de rehenes, se proveyó suficientemente á la seguridad de sus señores.

Antes de la batalla de Quito, habia enviado Pizarro á Francisco Carvajal con parte de las tropas contra Centeno que intentaba renovar la guerra. Pero viéndose éste con fuerzas muy desiguales, y escapándosele sus soldados por el miedo, no pudo sostener la presencia de Carvajal, por lo que se retiró á los bosques con solos quarenta compañeros, que quisieron seguir su fortuna. Poseido de igual terror otro Capitan llamado Rivadeneyra, se apoderó de un navío en el Puerto de Arica, y sin tener en él aguja de marear ni velas, se huyó en él con catorce soldados hasta las costas de Guatemala. De esta suerte apénas se hallaba un hombre en todo el Perú, que se atreviese á levantar la cabeza contra los Pizarrianos: pues Lope de Mendoza, y Nicolas de Heredia que regresaban de una larga peregrinacion, en la que habian penetrado hasta el rio de la Plata, cayéron por su desgracia en manos de Carvajal. Este los venció y derrotó de noche en un combate, y aunque se pusieron en fuga, fuéron cogidos y pasados á cuchillo. Habiendo llegado á Charcas el vencedor Carvajal, sacó de allí una inmensa cantidad de plata. Jorge Robledo por que se habia substrahido de la autoridad de Belalcazar, fué preso con otros tres compañeros, y pereció en una horca, siendo esta muerte ignominiosa el premio que recibió de sus grandes hazafias. Por este tiempo fundó Francisco Mercadillo por mandado de Pizarro la ciudad de Loja entre Quito y el Cuzco.

La llama de esta funestísima guerra penetró hasta el Puerto de Nombre de Dios, y apoyado Fernan-

do Mexia en el favor de Hinojosa, arrojó del continente á Melchor Verdugo, y sin permitirle detenerse en parte alguna, le obligó á retirarse á los navios. En todas partes fuéron perseguidos cruelmente los que seguian el partido de los Magistrados legitimos, con muertes, robos, y todo género de injurias; en lo qual se distinguió principalmente Francisco de Carvajal hombre envejecido en la milicia, de carácter perverso, y siempre dispuesto á cometer qualquiera maldad. Quando caian en su poder algunos de los enemigos, despues de llenarlos de oprobrios, inmediatamente los mandaba quitar la vida, prohibiéndoles con suma impiedad que se confesasen, y dispusiesen como Christianos, y que hiciesen testamento, y los hacia ahorcar precipitadamente de las ramas de los árboles para deleytarse con la prolixa agonía de los que tardaban mucho tiempo en espirar.

En otras partes se suscitarón tambien discordias, especialmente en el rio de la Plata. Alvar Nuñez, defensor heroyco de la libertad de los Indios, no podia tolerar con paciencia las injurias que les hacian los soldados. Seguian estos el rumbo contrario, y despreciaban con insolencia y dicterios la ley que en favor de los Indios habia mandado el César observar en todo aquel nuevo mundo. No eran mas moderados los Ministros Reales en el uso de su autoridad, y tenian por lícito todo quanto lisonjeaba sus apetitos. Irritados los bárbaros de sus vexaciones, se arrojaban á las armas, y habia freqüentes combates, no sin daño de los Españoles, que por su corto número era mucho mas sensible. Juntábanse á esto las muchas enfermedades que les causaba el clima, y el hambre que padecian, porque los Indios les rehusaban los víveres. Para colmo de todos los males conspiraron contra Alvar Nuñez, y habiéndole despojado de sus bienes, y cargado de calumnias, le enviaron preso á España, y fué nombrado en su lugar por voto de los soldados Domingo de Irala, autor de la sedicion. Exâminada la causa de Nuñez en el Consejo de Indias, fué absuelto, y dado por libre, aunque no se

le restituyó en el gobierno, para evitar la ocasión de que no se renovasen las anteriores discordias.

Tampoco se hallaron quietos ni seguros los Españoles de enemigos externos, porque corriendo los Franceses las costas de América, que frecuentaban mucho, saquearon por este tiempo á Santa Marta; pero se pusieron ántes en lugar seguro cien mil pesos que habia en la Caxa Real, y se consiguió de los Piratas, á costa de algun dinero, que no incendiasen la ciudad. Otros muchos daños padecieron aquellas costas, por lo qual se internaron los Colonos tierra adentro con sus bienes. Habiéndose introducido una cruelísima epidemia, pereció un infinito número de gentes, y era tanta la violencia del mal, que espiraban al dia tercero los que se hallaban acometidos de ella.

CAPITULO IX.

PASA AL PERU DON PEDRO DE LA GASCA A PACIFICAR LAS DISCORDIAS CIVILES. SUCESOS ENTRE LAS TROPAS REALES Y LAS DE PIZARRO. RINDESE, Y ES CONDENADO A MUERTE.

Il era el estado del Perú, quando fué nombrado Presidente de la Audiencia de Lima Don Pedro de la Gasca, Presbítero, con amplísimos poderes para apaciguar las turbulencias, y llegó al Puerto de Nombre de Dios el dia diez y siete de Julio: seguianle Íñigo de Rentería, y Andres Cianca Jurisconsultos, y los Capitanes Alonso de Alvarado, y Pasqual Andegoya con algunos pocos nobles. Y con tan pequeños auxilios emprendió este hombre magnánimo cosas, que parecen superiores á las fuerzas humanas. Valióse primero del arte, y adelantó tanto con sus oficios suaves, que atraxo á sí en breve tiempo aun á los hombres mas adictos á los otros partidos. Juntósele desde luego Mexia, y habiendo pasado á Panamá, se le sujetó Hinojosa con su armada, con gran complacencia de

los Capitanes de los navios. Los Obispos de Lima, y de Santa Fé de Bogotá, y otros Eclesiásticos que pensaban con rectitud y deseaban lo justo, pasáron á él para ofrecerle sus facultades. Finalmente hicieron lo mismo todos los que permanecian fieles, y muchos de los rebeldes, entre los quales fué uno Lorenzo Aldana, Teniente de Pizarro. Habia hecho Gasca divulgar por medio de hombres idóneos, que traia órdenes para mitigar las leyes, y conceder indulto á todos los que volviesen á la obediencia del Rey, y escribió á los Magistrados de las ciudades amonestándoles de su deber. Dirigió á Pizarro una carta que le escribia el César, á la que añadió una exhortacion suya muy larga, y otra á Zepeda; pero disuadiéndole los Obispos, y los principales Capitanes que le acompañaban, que no esperase conseguir por suaves medios cosa alguna de Pizarro, pues estaba resuelto á sostenerse con la fuerza de las armas, determinó Gasca hacerle la guerra.

A principios del año de mil quinientos y quarenta y siete envió á Truxillo quatro navios mandados por Aldana, Palomino, Illán y Mexia, á los quales se juntáron de su propia voluntad otros buques de Pizarro. Comenzó Aldana á esparcir por todas partes copias de las cartas del Rey, con gran fruto, pues se pasaban á él muchos, que agitados de diversas pasiones, tenian su interes en trastornar las cosas de arriba abaxo. Viendo Pizarro que le iban abandonando los suyos, convocó de todas partes á sus mas fieles amigos, y acudió el primero de todos Carvajal con una muy escogida compañía y gran cantidad de dinero; con cuyo consejo comenzó á disponer la guerra con increíble profusion, para arrojar de allí al Presidente. Pero éste se habia dado tan buena maña, que ántes de entrar en el Perú, tenia ya una buena parte de él levantada contra Pizarro. Tanto es lo que importa en las guerras civiles la opinion y fama de los hombres. Para detener Pizarro la total ruina que le amenazaba, descargó su ira contra aquellos de quien sospechaba estaban inclinados al Presidente.

Núñez Vela fué degollado en Lima ; otros á quienes trató con mas blandura fuéron transportados por Antonio Ulloa á la extremidad de las costas de Chile, pero habiendo roto las cadenas , volviéron la proa y se huyéron á Nueva España. Temeroso Centeno de la crueldad de sus adversarios , se escondió con Luis de Rivera en una cueva cerca de Arequipa , donde permaneció un año, sin saberlo mas que un amigo que le llevaba lo necesario para sustentar la vida. Salió de allí al fin , y juntando quarenta soldados , acometió una noche de improvisó á la ciudad del Cuzco , y puso en fuga al partido contrario, que se halló atónito y consternado. Hizo prisionero al Gobernador , y le mandó degollar en medio de la plaza , y habiéndose apoderado de cien mil pesos pertenecientes á los Pizarrianos , los repartió entre los soldados , con cuya liberalidad se aumentó en breve tiempo el número de sus tropas , que acudían adonde se les presentaba mayor lucro y ganancia , y desde allí partió á Charcas , á fin de reducir á su partido esta ciudad con su Gobernador Mendoza.

A este tiempo fué llamado por Pizarro Lucas Martínez que estaba en Arequipa , y habiéndose puesto en marcha con los soldados , que tenía á su mando , le prendieron estos , y le entregáron á Centeno. Finalmente unióse á éste Mendoza , y juntó un cuerpo de mil hombres armados , que causó tanto terror á Pizarro , que para derrotarle ántes que se juntase con Gasca , salió de Lima con nuevecientos soldados. Envió delante á Juan de Acosta con el primer escuadrón , y se detuvo algunos días en el campo , entretanto que prevenía las demas cosas necesarias. Eran muchos los que le abandonaban , y entre ellos fué Benito Carvajal , y Gabriel Roxo , con otros de los principales , y para impedir estas deserciones , se apresuró á seguir á Acosta , persuadido de que quanto mas se alejase de los del partido del Rey , tendría mas seguros á los suyos. Pero miéntras procuraba retener al soldado , perdió la ciudad , porque habiendo llegado Aldana por este tiempo al Puerto del Callao , los

Limeños ostigados de la dominacion de Pizarro, tremoláron las banderas por el Rey en señal de su fidelidad. Saltó Aldana en tierra, y entró en la ciudad con una guarnicion de soldados, con gran gozo y complacencia de todos los ciudadanos.

El Presidente, á quien sucedian las cosas mucho mejor de lo que podia desear, supo aprovecharse de su fortuna. Vino á Tumbes con una armada, y fué grande el concurso de gentes que acudió á él; y otros que no podian salir con seguridad de sus casas, le manifestáron por cartas su obediencia y sumision al Rey. Por este tiempo habia juntado quinientos soldados armados, cuyo mando dió á Hinojosa: nombró por su Teniente á Alfonso de Alvarado, y por Alferez á Benito Carvajal, y se puso en camino para Truxillo. Entretanto los de Quito, habiendo tomado las armas, degolláron á Pedro Puelles su Gobernador, y proclamáron el nombre del Rey, siendo el autor de este hecho Fernando de Salazar, hombre valeroso, á quien en premio se le concedió el gobierno de la ciudad.

Pizarro aunque tenia fuerzas desiguales, por haberse disminuido sus tropas con la desercion, marchó contra Centeno, estando resuelto á perderle, ó percer. Presentóle batalla en el campo de Guarina el dia veinte de Octubre, y quedó Pizarro victorioso. De los del partido del Rey fuéron muertos mas de trescientos y cincuenta, y Carvajal ahorcó á treinta. Pizarro perdió cerca de cien hombres, y recogió un gran botin de oro, plata y armas, que de lo demas no hacia aprecio alguno. Despojado Centeno de su ejército, y hallándose enfermo, se retiró fugitivo á Lima. Los enemigos quedáron muy orgullosos con esta victoria, y convertido el temor en audacia, son casi increíbles las crueldades que cometieron para satisfacer su venganza, hiriendo, matando y robando. Dos Españoles de Arequipa se quitáron á sí mismos la vida, para no padecer los insultos de los enemigos en la muerte que no podian evitar. En este tiempo perecieron trescientos y ochenta á manos de los

verdugos, y setecientos peleando valerosamente en las batallas, habiendo degenerado en crueldad la avaricia de estos hombres, que poseian montes de oro, descubiertos para daño de la vida humana. El Obispo del Cuzco, que se halló en la batalla, se escapó con acelerada fuga de las manos de Carvajal, y vino á Xauja, donde tenia su residencia el Presidente, cuya grandeza de ánimo era tal, que no mostró turbacion alguna con la noticia de la desgracia del ejército de Centeno.

A principios del año siguiente de mil quinientos quarenta y ocho se puso en marcha á Guamanga, donde recibió á Belalcazar con mas de trescientos soldados: despues á Valdivia, que habia vuelto de Chile, con grande alegría y regocijo de todo el ejército, por la fama de su valor y experiencia militar; y finalmente á Centeno á quien seguia una tropa de caballos, y á otros Capitanes cada uno con sus tropas, dinero y vestuario. Desde Guamanga trasladó su campo á Andagnaylas, donde pasó el resto del invierno. Tenia ya mil y nuevecientos soldados muy bien equipados, y endurecidos en continuas batallas. Pero muchos cayéron enfermos por el uso del trigo sin madurar, á los quales socorrió el Padre Fray Francisco Roca del orden de la Santísima Trinidad, zeloso observador de su instituto, y con su cuidado y asistencia convalenciéron prontamente. A la entrada de la primavera llegaron al rio Apurima, y tardáron algun tiempo en pasarle, por haber sido quemado el puente, y hallarse apostado el enemigo en la ribera opuesta. Una y otra dificultad la superáron los Realistas con su valor y actividad, aunque con pérdida de sesenta caballos, que arrebató la corriente del rio, y marcháron intrépidos contra el enemigo. Pizarro se habia acampado cerca de Saguisaguana, distante quince millas del Cuzco, en un lugar seguro, y estaba bien provisto de todo. Los Realistas se pusieron á la vista, aunque en parage incómodo, y hubo algunos ligeros combates, que mas bien fuéron escaramuzas, que peleas; pero habiendo comenzado despues á disparar la

artillería
con q
designa
ganad
sident
te qu
tropa
ciend
paso
ampa
otros
arroja
ocult
tropa
no te
Pizar
á que
ment
respo
rir c
entre
G
nado
nos d
bien
bles
dia s
Pizar
casa
mas
de s
cond
dugo
longa
á los
esto
tiemp
Zep
acabo
se re

artillería, desertáron muchos del campo de Pizarro: con cuánto dolor de éste no es necesario decirlo. Su designio era presentar batalla, porque la victoria ganada á Centeno le habia inspirado audacia. El Presidente por el contrario, queria mas vencer con el arte que con la espada, y puso en orden de batalla sus tropas, no para darla, sino para ostentarla, conociendo la desconfianza de los enemigos, que á cada paso abandonaban á su General. Entre estos le desamparó Zepeda, causa principal de tantos males; y otros al mismo tiempo se refugiáron al Cuzco, y arrojando las armas, se escondiéron en los parages mas ocultos. Habiéndosele disminuido y desordenado sus tropas tan notablemente, rodeáron á su General, pues no tenían ánimo para pelear, ni para huir. Atonito Pizarro con este espectáculo, y exhortándole Acosta á que acometiesen al enemigo, para perder gloriosamente la vida á exemplo de los Romanos, se asegura le respondió con semblante sereno, que mejor sería morir como christianos, y en señal de que se rendia, entregó su espada con Villavicencio.

Gozoso el Presidente con la victoria, que habia ganado sin derramar sangre, entregó á Pizarro en manos de Centeno para que le custodiase; fuéron tambien presos otros muchos, que habian quedado inmóviles con el terror de un suceso tan inesperado, y al dia siguiente muriéron en la horca nueve capitanes. Pizarro fué degollado, confiscados sus bienes, y su casa arrasada hasta los cimientos. Carvajal que era el mas perverso de todos, cayó del caballo al tiempo de su fuga; prendiéronle sus mismos soldados, y conducido al Presidente, fué entregado luego al verdugo para desquartizarle, á fin de que con esta prolongada pena, pagase sus muchos delitos, y pereció á los ochenta y quatro años de su edad. Despues de esto se hicieron pesquisas de los reos, y en diversos tiempos fuéron muchos condenados al último suplicio. Zepeda fué enviado á España cargado de cadenas, y acabó su vida en la cárcel. Es indecible la presa que se repartió al soldado en pago de su estipendio, cu-

ya mayor parte fué en oro puro. Ganóse esta victoria el dia nueve de Abril, y con grande exemplo de la inconstancia de la fortuna, los hermanos Pizarros perecieron del todo en aquellas mismas regiones, que habian descubierto para el reyno de España. Concediéronse pensiones y tierras á los capitanes en premio de sus hazañas, y el Presidente encargó á otros el cuidado de repartirlas, para evitar resentimientos contra su persona, y finalmente salió del Cuzco dexando á Cianca por Gobernador de la ciudad, y pasó á Lima para arreglar lo que faltaba.

Despues de su partida, comenzáron las quejas de los soldados, que no se creian suficientemente recompensados segun sus méritos, ni se les resarcia la utilidad que ántes les producian los esclavos del Perú, y que solo se trataba de aumentar mas y mas el erario Real, despojándolos á ellos. Estas y otras cosas semejantes vociferaban los que creian que con la victoria habian adquirido mayor libertad, y al fin comenzó á tramarse una conjuracion, que amenazaba renovar los anteriores males, si no hubiera sido reprimida oportunamente por Cianca, el qual executó un severo castigo en los principales motores. Entonces fué quando despues de tan continuas calamidades comenzáron á respirar, y á gozar de quietud y alegría los miserables Peruanos, habiendo sido puestos en libertad los esclavos, y concedídose permiso á todos por el Presidente para restituirse á su patria: comenzó á recogerse en pueblos la multitud derramada por los campos, para que suavizado con la civilidad el carácter de estos hombres, fuesen instruidos mas fácilmente en la religion christiana. Estableciéronse los tributos que habian de pagar, y todas las cosas fuéron arregladas por el trabajo y diligencia admirable de Gasca. Nombró quatro Oidores para que administrasen justicia, y gobernasen interin que el César disponia otra cosa. Estos fuéron Melchor Bravo, Fernando de Santillana, Pedro Maldonado, y Andres Cianca llamado del Cuzco, y fué puesto en su lugar Benito Carvajal. Por este tiempo fundó Men-

doza una nueva colonia á seiscientas millas de la Plata ácia Arequipa en un parage oportuno señalado por el Presidente , y como se estableció luego que se concluyó la guerra de Pizarro , fué llamada nuestra Señora de la Paz.

El nuevo reyno de Granada , en que gobernaba Lugo sucesor de su padre , se hallaba muy floreciente , y las colonias en él fundadas contenian muchos habitantes especialmente la llamada Trinidad , á causa del gran comercio que se hacia de unas á otras partes por los rios Pate y Magdalena. En Santa Fé de Bogotá se estableció una Real Audiencia , cuya Presidencia fué conferida á Quesada en premio de sus señalados méritos , y otra igual se fundó en la Nueva Galicia. De este modo se reprimia la licencia de aquellos tiempos , tenían su debido vigor la justicia y las leyes , y se ponía orden en las cosas publicas. La silla episcopal de Tlascala fué trasladada á la Puebla de los Angeles fundada por Ramirez. Extendíase de una manera admirable la religion christiana , en cuya propagacion trabajó con heroyco zelo Don Francisco Marroquin Obispo de Guatemala. Este pues en los años anteriores con el auxilio de los Religiosos Dominicos reduxo al Evangelio á los bárbaros esparcidos en Chiapa y Tabasco , y á los que no pudo quebrantar la fuerza de las armas , los obligó con sus palabras á sujetarse , y los hizo tributarios. De aquí nació el nombre de Verapaz que el César dió á aquella provincia , noticioso del modo con que se habia pacificado. Debemos hacer aquí especial memoria de Fray Luis Cancer del Orden de Santo Domingo , cuya doctrina y suavidad de carácter para atraher á los bárbaros al christianismo , produxéron copiosos frutos. Desde allí navegó á la Florida ardiendo en deseos de propagar el Evangelio , y miéntras se ocupaba con gran zelo en esta santa obra , fué muerto por los bárbaros con dos compañeros en el año quarenta y nueve de este siglo.

Nuño de Chaves fué enviado por Irala para sujetar á los bárbaros del rio de la Plata , que se habian

sublevado , y para apaciguar con medios suaves á otros que estaban próximos á rebelarse. Tambien descubrió nuevas regiones con un pequeño esquadron que le acompañaba ; pero las ventajas que de esto podian sacarse , se inutilizaban en parte por el excesivo desenfreno de Irala y sus soldados. Despues de esto , dividiéndose en opuestas parcialidades , peleáron con ánimmos feroces por la ambicion del mando , y volviéron á renovarse las muertes , suplicios , y todos los otros males de la guerra civil. Continúo Chaves su viage tierra adentro , y penetró hasta el Perú , visitó al Presidente , el qual elogió su intrepidez , y le socorrió con dinero , y se restituyó adonde habia salido. Entretanto Centeno se disponia de órden del Presidente á marchar con tropas contra Irala ; pero le sobrevino la muerte , lo que dió motivo á que continuase la sedicion. En San Pedro de Honduras se subleváron los negros contra sus señores , pero sufrieron el merecido castigo ; pues habiendo sido vencidos y derrotados en batalla pereciéron casi todos , y su capitan fué muerto en el suplicio. Estos son los sucesos mas principales que por estos tiempos acaeciéron en la América.

CAPITULO X.

GUERRA DE LOS PORTUGUESES EN LA INDIA CON EL REY DE CAMBAYA , Y ENTRE EL TURCO Y EL REY DE PERSIA.

Sucedió á Sousa en el gobierno de la India Don Juan de Castro , hombre recomendable por su prudencia y valor , á tiempo que Mahamet proclamado Rey de Cambaya despues de la muerte de Badur , comenzó á poner asechanzas á la fortaleza de Diu irritado contra los Portugueses , con el especioso pretexto de que habian faltado á su palabra. Habianse convenido en que entre la ciudad , que habitaban los bárbaros y la fortaleza se levantase un muro , y vien-

do los Portugueses que subia mas alto de lo que era justo , impidiéron que continuase la obra. Sintiólo mucho el bárbaro , porque veia frustrados sus designios , y de aquí se originó inmediatamente una discordia entre los que se hallaban deseosos de venir á las manos. Intentó desde luego el bárbaro sorprehender á los Portugueses con ocultas zeladas ; pero no habiéndole producido efecto , se declaró abiertamente , y comenzó á hacer grandes preparativos. Juan de Mascareñas Gobernador de la fortaleza , hombre intrépido y de mucha experiencia , luego que tuvo noticia de esto , envió mensageros á las colonias inmediatas , y aun hasta Goa para anunciarlas que amenazaba una guerra , que en breve vendria á recaer contra la fortaleza. No tardáron los enemigos en levantar trincheras , y conducir artilleria , y tenian mucha esperanza en una grande máquina , que colocada en un navio de extraordinaria magnitud , arrojase llamas á larga distancia , entretanto que los soldados subian por las escalas al muro. Pero habiendo sido incendiada esta máquina en una noche , por el valor y diligencia de Santiago Leitao , se desvaneciéron como el humo los esfuerzos de Coje Cofar su artifice , y autor de la guerra. Era éste , segun corria la fama , natural de Otranto , y habiendo sido hecho cautivo por los Turcos , abjuró la verdadera religion para abrazar la supersticiosa mahometana , y se distinguió entre los bárbaros por sus riquezas y valor. Hacíase la guerra por su direccion , con tanta esperanza de vencer , que inflamado el Rey de Cambaya con sus magnificas promesas , vino á los reales para recoger el fruto de la victoria. Mas este Príncipe , que no estaba acostumbrado á peligros , viendo que uno de los amigos que le acompañaban fué arrebatado por una bala de cañon , se apresuró á retirarse lleno de terror.

Estrechaba Cofar á los sitiados con minas subterráneas , y con el continuo fuego de su artilleria , y estando en lo mas fervoroso de la accion , vino una bala perdida que le llevó la cabeza y la mano derecha en que tenia apoyada la barba. En su lugar fué

nombrado General su hijo Rumezan , el qual para vengar la muerte de su padre, continuó con mas vigor la empresa. Peleáron muchas veces en la brecha del muro con increíble ardor , y en uno de estos combates subiéron los bárbaros con escalas á la parte opuesta , sin que los sitiados lo advirtiesen , porque todos se hallaban juntos para pelear con los que tenían delante. Pero rechazáron su esfuerzo las mugeres, tomando las armas con varonil constancia y denuedo , acudiendo tambien al tumulto el Gobernador con algunos pocos armados. Habiendo peleado tan felizmente en una y otra parte , creció el ánimo de los Portugueses con el exemplo de la audacia mugeril; aunque en breve los abatió una desgracia que sobrevino, tanto mas sensible , quanto era tan corto su número. Incendiáron los enemigos la mina de un baluarte , que defendian setenta hombres , y aunque se les advirtió el peligro que corrian , rehusáron con arrogancia abandonar su puesto , y pereciéron todos en las ruinas del baluarte. Entre los muertos fué uno el hijo del Virrey , jóven de grandes esperanzas , y que poco ántes habia venido con un esquadron auxiliar de nobles. Entretanto llegó Alvaro su hermano con quinientos soldados , socorro muy oportuno y necesario para los que se hallaban en tanta fatiga , reducidos á un pequeño número : su obstinacion en pelear á campo descubierto , donde vence el verdadero valor , y no dentro de obscuras cuevas , obligó á hacer una salida, con desprecio de la disciplina militar , á pesar de la oposicion de Mascareñas. La batalla fué desgraciada, y habiendo sido rechazados los atrevidos Portugueses hasta la misma fortaleza , con ignominia y pérdida, aprendiéron á costa suya á obedecer.

Despues de ocho meses de un apretado y cruel sitio , llegó al fin el Virrey al puerto con una grande armada , cuya venida habian impedido hasta entonces las tempestades. Desembarcadas las tropas el día siguiente , que era el once de Noviembre , hicieron todas una salida , quedando solo trescientos hombres en la fortaleza á las órdenes de Antonio Correa. Iban

repartidos en tres cuerpos dos mil y quinientos Portugueses con los Indios auxiliares. El primero le mandaba Mascareñas , el segundo Alvaro , y el tercero el Virrey. Al primer ataque dado al amanecer, superáron las fortificaciones de los enemigos , y matáron á las centinelas , y despues se trabó una atroz pelea á pie firme dentro del mismo campo. Fué tentada con varios ardidés la constancia y actividad de los soldados; pero ninguno mostró la menor señal de temor. Los bárbaros , rehaciendo sus compañías , renováron muchas veces el combate, obstinados en vencer ó morir, y los Portugueses , aunque oprimidos por el excesivo número de los enemigos , arrollaban y destrozaban quanto se les ponía delante. Cayó muerto Rumecan, y los principales de sus capitanes. Castro inflamaba el valor de los suyos con la voz y con el exemplo, y finalmente con sus heroycos esfuerzos fuéron rechazados los enemigos , haciendo en ellos grande estrago , y en la misma accion se apoderó de la ciudad con muerte de sus habitantes. Esta victoria tan célebre costó á los Portugueses ciento y cincuenta hombres , y algunos pocos auxiliares, y de los bárbaros se asegura que pereciéron cinco mil. El botin que recogieron fué inmenso , y todo se repartió á los soldados en premio de su valor. Leváronse doscientos cañones de artillería á la fortaleza , la que fué reparada , y limpiados los fosos , y quedando en ella de guarnicion quinientos soldados de los mas intrépidos, se hizo á la vela el vencedor Castro con su armada el dia once de Abril del año siguiente de mil quinientos y quarenta y cinco , y entró en Goa con una pompa muy semejante á un triunfo Romano. Disponiéndose Mascareñas para restituirse á Portugal , le envió el Virrey por sucesor á Luis Falcaon , hombre valeroso, y muy experto en la milicia. Despues de esta victoria , hiciéron los Portugueses muchos daños al Rey de Cambaya , para castigarlo de haberles movido la guerra , habiéndole destruido las ciudades marítimas , incendiándole sus navíos , y causándole todo género de molestias.

Por este tiempo intentó el Rey de Achem invadir á Malaca, pero con desgracia, pues los Portugueses con muy pequeñas fuerzas se apoderáron de su armada. Habia inspirado San Francisco Xavier mucho ánimo al pueblo en sus sermones, dándole esperanza de vencer; y habiendo profetizado la victoria, marcháron alegres contra el enemigo, y peleáron felizmente. El sucesor de Galvan en el gobierno de las Molucas habia trastornado el buen órden que aquel dexó establecido, y envió preso á la India al Reyezuelo Cacil. Pero el Virrey Castro se instruyó de la causa, y hallándole inocente; le envió libre á las Molucas, con cuya ofensa, y con el dolor que le causó la muerte de su madre, vivió siempre enemigo de los Portugueses, y les hizo todos los daños posibles. Su hijo que le sucedió en el reyno, heredó tambien el odio paterno, y aun se mostró mucho mas implacable con ellos.

En Aden ciudad de la Arabia tuviéron los Portugueses un desgraciado suceso, mas por la cobardía de su capitan Payo de Noroña, que por lo adverso de la fortuna. Acudió allí prontamente Alvaro de Castro para borrar esta ignominia; pero mientras se esforzaba á lavar con poca sangre la anterior mancha, se precipitó con temeridad juvenil en una calamidad mucho mas grande. Tenian el castillo de Xael treinta Turcos, y determinó tomarle por fuerza, sin haberles querido admitir ninguna de las condiciones que le proponian, y experimentó muy á costa suya, que aquellos á quienes despreció con arrogancia quando se le entregaban voluntariamente, eran hombres muy valerosos; pues peleando como desesperados, le matáron muchos de los suyos con increíble dolor del Virrey su padre. Este pues, cayó enfermo de allí á poco, y habiéndose dispuesto christianamente con el socorro de San Francisco Xavier, que le asistió en su última hora, falleció el año de mil quinientos quarenta y ocho. Su cuerpo fué depositado en San Francisco, y llevado á Portugal en los años siguientes. No me ha parecido referir aquí todas sus heroycas hazañas; por-

que pueden leerse en la vida de este varón insigne publicada por Jacinto Freire. Abrióse la Cédula Real, y se halló declarado sucesor García de Salas, hombre de mucha edad, el qual tomó luego posesion del mando.

En este año consiguieron victorias los Portugueses en el remoto imperio de la Persia, y con grande gloria de la nacion española, enarboláron en todo el orbe sus triunfantes banderas. Thamas Rey poderosissimo de los Persas, venció y derrotó en batalla á Eleas su hermano, que intentaba quitarle el reyno. Soliman á quien se habia refugiado el vencido, para pedirle socorros, no queriendo perder la buena ocasion que se le presentaba de extender su imperio, comenzó á disponer la guerra contra el Rey de Persia, con el desiguio de adquirir por premio de la victoria el reyno de que se disputaba, segun la máxima de aquellos Príncipes, que en la defensa de las causas ajenas solo buscan su interes propio. Juntó pues un grande ejército, que se componia de sesenta mil caballos, y ciento y veinte y seis mil infantes, y se puso en marcha al oriente con su hijo Selim. El Rey de Persia para resistir á tantas fuerzas, pidió socorro á los Portugueses, con cuyo valor y pericia militar, y con el auxilio de su artillería, en cuyo manejo estaban poco diestros los Persas, confiaba poder hacer frente al Otomano. Pasáron de la India á la Persia tres mil Portugueses endurecidos en muchas batallas, llevando consigo veinte cañones de artillería, para confirmar en los ánimos de aquella gente la fama que habian adquirido con tantas victorias. Hallábanse acampados en las márgenes del Euphrates en un parage elevado, y su número llegaba á cien mil, la mayor parte de caballería, segun la costumbre de la nacion, y la infantería Portuguesa ocupó otro lugar separado. Los Otomanos fueron acercándose, sin pensar en otra cosa que en la victoria y en la presa: era imposible mantener la tropa, porque todos los contornos por espacio de muchas millas estaban arrasados, y era necesario abrirse camino con la espada, y aventurarse á la fortuna de

la batalla. Los Portugueses hicieron muchas minas en todo su campo, y las llenaron de gran cantidad de pólvora para vencer con este ardid á unos enemigos, cuya multitud los hacia tan superiores. Tuviéron algunos pequeños combates con favorable suceso, lo qual les infundia esperanza de conseguir la principal victoria, y indignados de esto los Turcos, los acometen en gran número con feroz ímpetu. Los Portugueses por el contrario fingiendo haber cobrado miedo, ceden su puesto, para que atraído el enemigo, pudiesen hacer en él el premeditado estrago. Inmediatamente pusieron fuego á las minas, y rompiendo las llamas por baxo de los pies, disiparon los esquadrones enemigos con horrendo estrago. Acometieron los Portugueses á los que estaban atónitos, y llenos de temor con tan inesperado suceso, mientras que por otra parte sostenian los Persas la batalla, haciendo gran mortandad en los Turcos, que ni podian retirarse, ni ponerse en órden para pelear; pero habiendo sobrevenido la noche, cesaron los Persas de herir y matar. Fuéron muertos mas de cien mil del ejército de Soliman, y se dice que él mismo escapó herido con Selim su hijo. El resto de las tropas pereció con las enfermedades, el hambre, y lo largo del camino, y muy pocos volviéron á Constantinopla con su General. Con esta victoria adquirió gran lustre el nombre Portugues en todos los pueblos situados entre el Ganges y el Indo. Los pequeños esquadrones Portugueses eran tan apreciados de los Principes de aquellas naciones, que hacen la guerra con infinita multitud de hombres y elefantes, que el que conseguia su auxilio, estaba seguro de que no le abandonaria la victoria.

CAPITULO XI.

EL PRINCIPE DON FELIPE ES JURADO SUCESOR DE LOS ESTADOS DE FLANDES. MUERTE DE PAULO III. Y ELECCION DE JULIO III. EXPEDICION DE LOS IMPERIALES A LA CIUDAD DE AFRICA.

Prevenida todas las cosas para la inauguracion del Príncipe Don Felipe, fué proclamado sucesor de su padre en los estados de Flandes. Despues de lo qual, comenzando por Lovayna, visitó las principales ciudades, las quales le prestáron el juramento de fidelidad con admirable gozo y complacencia de todos sus habitantes. Pasó á la Zelandia, que en otro tiempo ocupáron los pueblos Toxandros, sujetados por Laviéno legado del César, y los vecinos de su distrito le reconocieron del mismo modo, siéndoles confirmadas sus inmunidades. Empleó el Príncipe un mes entero en visitar las provincias, para atraerse y conciliarse el amor y benevolencia de los Flamencos, y habiéndole obsequiado los pueblos con un considerable donativo, cuya mayor parte expendió liberalmente entre pobres y necesitados, se restituyó á Bruselas, á los espectáculos que le tenian prevenidos en señal de su amor y respeto. Pero la alegría de estas fiestas fué turbada con una nueva calamidad por la inconstante condicion de la humana fortuna; pues además de la enfermedad del César, que le tenia postrado en la cama, la noticia que por este tiempo vino de la muerte del Pontífice, lo trastornó todo. Habia fallecido el dia diez de Noviembre á la edad de ochenta y un años, no tanto de enfermedad, quanto de tristeza y afliccion por sus desgracias domésticas. Fué muy amante de la justicia, y muy zeloso en mantener la paz de la Italia. Tenia al parecer más inclinacion al Frances, pero en público era mas ob-

sequioso del César , aunque no era adicto ni á uno ni á otro. Entre las demas virtudes que le adornaban, no le faltaron las que requiere el arte de reynar. Favoreció mucho las letras , y sobre todo el estudio de las Matemáticas ; por lo qual Nicolas Copernico le dedicó sus libros de las revoluciones de los orbes celestes , condenados despues por su absurda doctrina del triple movimiento de la tierra , repugnante á las sagradas escrituras. Su muerte hubiera causado mayor sentimiento, si hubiese tenido ménos codicia de engrandecer al hijo y al sobrino , separando á este fin del dominio pontificio el principado de Parma y Placencia. El dia siete de Febrero del año siguiente de 1550. mil quinientos cincuenta fué electo en su lugar el Cardenal Juan María del Monte , que tomó el nombre de Julio III. Celebróse en Roma el Jubileo con extraordinaria concurrencia de gentes , la que produjo escasez , y despues hambre ; y en el mismo año fué afligida la Italia con la falta de lluvias.

Deseoso el César de restablecer la tranquilidad de Alemania , que aun estaba alterada , se puso en marcha para Ausbourg , donde habia convocado la Dieta , acompañándole su hijo Don Felipe , sus hermanos , y el de Saxonía. Antes de su partida publicó un severisimo edicto contra los hereges , que se introducian en Flandes , porque ocupaba principalmente su ánimo el negocio de la religion. Los Príncipes protestantes se negaban temerariamente á cumplir la palabra que habian dado en la Dieta anterior , y sobre todo Mauricio , el que despues de haberle colmado el César de tantos beneficios , y casádole con la hija de su hermano , declaró estar resuelto á no asistir á la Dieta , ni obedecer á los decretos del Concilio de Trento , si no se daba libre potestad á los Teólogos Protestantes para decidir en él con los Obispos, cediendo el Papa el derecho de la suprema presidencia , que creian injustamente usurpada. Tampoco les agradaba mucho la fórmula de doctrina llamada Interim en que habian convenido , y que habia sido compuesta por los Teólogos Fulgio , Helding y Agri-

cosa, la que tambien disgustaba á los Cathólicos; por lo qual fué abandonada y despreciada enteramente. Además, no podian convenir entre sí los hereges por sus opuestas opiniones, sin que hubiese esperanza de reducirlos á concordia; pues sus ánimos se hallaban muy irritados con los escritos injuriosos, con que mutuamente se hacian la guerra. Por estos y otros motivos semejantes no produxéron efecto los grandes esfuerzos que hizo el César para componer estas discordias. Sin embargo no fuéron del todo inútiles, pues arrojó de allí y de toda la Suevia á los predicantes y maestros, que inficionados del veneno de la heregia procuraban propagarla. Decretóse en esta Dieta que se diesen socorros á Don Fernando contra los Turcos: que se declarase guerra á los proscriptos, que persistiesen en su contumacia, y que el César fuese árbitro para componer las disputas acerca de la religion. Hizose la guerra por largo tiempo contra los de Magdeburgo, la qual duró todo el año siguiente, baxo el mando de los electores Mauricio y Joaquin. Por este tiempo murió en Ausburg Perenoto Granvela, que despues de Gatinara obtuvo en la Corte por espacio de veinte años la dignidad de primer Secretario de Estado, y confidente del César. Sucedióle en el ministerio Antonio su hijo Obispo de Arras, y despues Cardenal, que desde la edad juvenil, y en vida de su padre se hizo muy recomendable por su consumada prudencia.

Revolvía el César en su ánimo el proyecto de trasladar en Don Felipe su hijo el imperio Germánico con todos los demas reynos, porque preveía que una nacion tan fuerte como la Alemana solo podia contenerla en su deber un Príncipe poderosísimo, por lo qual convenia al bien público señalar sucesor á Don Fernando, y habia descubierto su pensamiento á algunos pocos de sus parientes, á fin de explorar sus intenciones. Doña María muger de talento varonil, y enseñada por la experiencia, que es la mejor maestra de las cosas, era del mismo dictámen. No faltaban otros, que favorecian á Don Felipe, y á la

verdad todos los hombres que conocian los verdaderos intereses del estado, deseaban que se formase un grande imperio. Para esto alegaban muchas causas, además de la contumacia de Alemania, conviene á saber, la emulacion de la Francia contra el poder Austriaco, la necesidad de resistir al Turco, tan formidable al orbe christiano, y finalmente las discordias de religion, que por todas partes hacian mucho estrago, y no podian reprimirse sin grandes fuerzas. Aunque todo esto se trataba con mucho secreto, llegó no obstante á oídos de Don Fernando, y es indecible la indignacion que causó en su ánimo. Porque no podia tolerar que fuese despojado su hijo de la esperanza del imperio, en la que habia sido educado, y la que no habia desmerecido. Por esto pues llamó á Maximiliano, que desde lo interior de España llegó hasta el centro de Alemania en quarenta dias de viage. Con su venida mudáron de aspecto las cosas, y se opuso con fuertes razones á los intentos de Don Felipe, que todo lo queria atraer á sí, no sin agravio del César y del hijo, que por el comun vicio de los mortales, deseaban mucho mas quanto mas tenian. Pero el César para no alejar de sí á una parte de la familia Austriaca, si se obstinase en llevar adelante un negocio implicado en tantas dificultades, desistió de su intento, y todo se quedó en palabras.

Habia llevado consigo Maximiliano á Buazon, que despojado de su reyno por el Xerife, tirano de Fez, imploraba los socorros del César para recuperarlo. Pero habiéndole hallado algo duro en concederselos, se volvió á España para pedirlos al Portugues, con grave daño suyo. En este año habia perecido en Constantinopla de una disenteria Aradino Barbarroxa en edad muy avanzada. Despues de él se propuso infestar los mares el pirata Dragut, natural de una pequeña aldea de la isla de Rodas, con mucho terror y estrago del pueblo christiano, al que tenia un odio inmortal, sin embargo de que Juanetin Doria le habia dado libertad á costa de una corta suma. Para tener un refugio oportuno en los lances adversos, se habia apo-

derado de la ciudad de Africa cerca de Meninge, situada sobre un escollo en la costa de Africa en forma de península, y la habia fortificado con una guarnicion, dexando en ella por Gobernador al hijo de su hermano Isa. Mandó el César que Doria fuese á arrojar á los piratas de aquella guarida. Este pues, con las galeras de Toscana, del Pontífice y de Nápoles vino á Sicilia, donde se le juntáron las de Malta. Desde allí pasó á las costas de Africa, donde hizo muchos daños, tomando y saqueando varios pueblos como preludeo de otra mayor empresa. Prevenidas ya todas las cosas, se embarcó Don Juan de Vega Virrey de Sicilia en la armada que tenia junta en Trepani, llevando consigo á Muley Asen, y su hijo Bucar, que podian ser útiles en aquella expedicion. Llegó esta armada á la costa de Africa, y en una noche que hacia luna clara, desembarcáron con mucho orden los soldados, mandados por el General Don Juan Osorio, y rechazando á los bárbaros que les salian al encuentro, fortificáron su campo.

Excitados los Alarabes con la fama de la llegada de Muley Asen, acudiéron al momento, y habiendo hablado con él, le ofreciéron víveres, y guardarle las espaldas, dando á Bucar por fiador de su palabra, la que cumplieron fielmente por el odio que tenian á los piratas. Despues de haber derribado una parte del muro, se disponia Vega á dar el asalto, que sin duda hubiera sido muy funesto, si un cautivo que se escapó por la noche, no le hubiese prevenido que el foso estaba guarnecido por dentro de estacas puntiagudas, y cubierto de céspedes para engañar á los que lo miraban. Por tanto mandó trasladar la artilleria á otro parage, para disponer nuevo asalto, y envió parte de la armada para conducir otras tropas, y todo lo demas necesario á la empresa. Entretanto acometió á Muley Asen una calentura mortal, y estando para morir, dixo á los que le asistian. „Alegré y contento salgo de esta vida, porque muerdo en mi patria y en mi reyno, y porque veo que mis súbditos rebeldes pagan la pena merecida á manos

„de sus enemigos.“ Dicho esto espiró, y su cuerpo colocado en una arca fué llevado por órden de su hijo á Curubi, donde se le dió sepultura.

Entretanto Dragut, habiendo causado y padecido muchos daños en otros lugares, y penetrado extraordinariamente con la triste nueva que recibió de que se hallaba combatida la ciudad de Africa, voló prontamente á socorrer á los suyos. Desembarcó en la costa, y al momento marchó contra los Españoles, para acometerlos descuidados, los cuales estaban haciendo leña, y con efecto trabó pelea con ellos el día del Apóstol Santiago; pero intentó en vano socorrer á los sitiados, y perdida esta esperanza, se volvió por donde habia venido á sus naves. Debióse á la fidelidad de los Alárabes el no haber recibido daño alguno, pues avisáron con anticipacion la llegada de los enemigos. Al mismo tiempo fué conducido en las galeras un fuerte esquadron de soldados Españoles, y por mar y tierra se batiéron con mayor ímpetu las murallas, y esperaban destruirlas con el auxilio de una máquina que inventó Garcia, y se manejaba desde los navíos. Diose el asalto por una parte y otra el día diez de Septiembre. Los Españoles y los Malteses, á quienes mandaban Fernando Lobo y Bernardo Guimerá, acometieron los primeros por medio del agua, que les llegaba hasta la cintura, habiendo perdido mas de cien compañeros, y fué herido Lobo éntes que llegasen á la brecha del muro, y superada ésta por encima de los cadáveres de los suyos, y de los enemigos, se suscitó una atroz pelea en las calles y las plazas. Rompiendo despues por tierra Don Fernando de Toledo con un valeroso esquadron, penetró hasta la plaza principal, donde recibiendo una herida, le sacáron de entre los enemigos, y espiró inmediatamente. Conduxo Don Garcia el tercer esquadron, y Doria acudió tambien con los marineros, para socorrer á los que estaban tan apurados en la plaza, donde se peleaba con el mayor encarnizamiento. No se veía otra cosa que muertes y estragos, y solo se oía el ruido de las armas, las voces de los que ex-

hortaban , y los gemidos de los que caían. Al mismo tiempo las mugeres procuraban con igual esfuerzo detener la victoria , tirando desde lo alto de las casas piedras , maderos , y todo lo que les suministraba la ira y el furor. Cerca de la Mezquita les salió al encuentro inesperadamente otro esquadron mezclado de caballería: levantáron el grito los Españoles , y reuniendo todas sus fuerzas , le acometiéron y pusieron en fuga , no pudiendo ya los bárbaros resistir por mas tiempo el terror que les infundia el soldado Español. Finalmente se tomó la ciudad , y se recogió un botin muy considerable , que fué repartido entre las tropas. Pereciéron mil y doscientos de los enemigos , y nueve mil quedáron cautivos. De los christianos murieron quatrocientos , y fué algo mayor el número de los heridos. Despues de lo qual rompiéron las puertas de las mazmorras , y fuéron puestos en libertad los cautivos , disponiendo el Virrey que todos se restituyesen á su patria. La Mezquita de Mahoma fué purificada y dedicada á San Juan. En la ciudad quedó una guarnicion de mil y quinientos soldados , baxo el mando de Don Alvaro , hijo del Virrey , y despues de haber recogido la presa , se retiráron de allí los vencedores á diversas partes. Consternado Dragut con tan grave pérdida , dió noticia de todo á Soliman , y imploró su auxilio. Inmediatamente dirigió este Príncipe cartas al César , y á Don Fernando , en que se quejaba de que habian quebrantado las treguas , amenazándoles que les haria la guerra , si no restituián fielmente todo lo que habían tomado á Dragut. A lo qual respondió el César: „Que los Piratas no estaban „comprehendidos en las treguas de los Reyes. Que „además la guerra se habia hecho en Africa , donde „Soliman no tenia derecho alguno , y que por esto no „debía restituir la ciudad , que habia conquistado en „la guerra“. Irritado el Otomano con esta respuesta , rompió las treguas , y puso en movimiento sus armas por mar y tierra en el año siguiente.

En este año acaeció en Granada la feliz muerte de San Juan de Dios el dia ocho de Marzo , á los cin-

cuenta y cinco años de su edad , habiéndose extendido por muchas partes del orbe christiano el caritativo instituto de hospitalidad que habia fundado con gran beneficio de las almas y de los cuerpos. Nació en Portugal , y habiendo oido en Andalucía los Sermones del Venerable Padre Juan de Avila , insigne predicador de aquellos tiempos , se convirtió á mejor vida , y aprovechó tanto en todo género de virtudes , que el Papa Alexandro VIII le colocó en el número de los Santos. El dia veinte y cinco de Octubre falleció en Valencia el Virrey Don Fernando de Aragon , hijo del Rey Fadrique de Nápoles , sin haber tenido sucesion alguna en Ursula Germana , la qual habia fallecido catorce años ántes el dia diez y siete de Octubre en Liria , pueblo célebre del territorio de Valencia , en un colegio , ó recogimiento de mugeres nobles , que se dedican á obras de piedad. Ambos cuerpos fuéron sepultados baxo del altar mayor del magnífico templo del Monasterio de Religiosos Gerónimos , que quatro años ántes habia empezado á edificar Don Fernando , extramuros de Valencia , con el título de San Miguel de los Reyes , el que procuró enriquecer , instituyéndole su heredero aun de las cosas que le habian quedado en Nápoles. En este año concedió perpetuamente el Papa Julio III al Rey Don Juan de Portugal y sus sucesores el Maestrazgo de las Ordenes Militares , que el Papa Adriano le habia concedido por tiempo limitado.

CAPITULO XII.

*GUERRA DE ITALIA ENTRE EL CESAR Y EL REY
DE FRANCIA. HACENLA AL CESAR LOS PRIN-
CIPES CONFEDERADOS DE FLANDES.*

Concluida la guerra de Ausburg el dia trece de 1551. Febrero de este año de mil quinientos y cincuenta y uno , comenzó á tranquilizarse en apariencia la Ale-

mania, disimulando el César todo lo posible, para que no volviesen á las armas en un tiempo tan importuno en que se hallaba amenazado por el Frances y por el Turco. Unos y otros se temian recíprocamente. A los Protestantes que acababan de salir de una guerra tan infausta, les aterraban las vencedoras armas del César, y éste no queria embarazarse en muchas guerras á un mismo tiempo, hallándose ya en edad avanzada, falto de salud, y con poca esperanza de reducir los ánimos á su deber por la fuerza. Y aunque á la verdad tenia justas causas de enojo, le pareció conveniente al bien comun abstenerse por ahora de la guerra, para que tomándose tiempo hubiese lugar á nuevas reflexiones.

En este año acaecieron algunas pérdidas. Al principio de la primavera partió Doria con una armada para llevar víveres á la ciudad de Africa, y noticioso de que Dragut tenia fondeada su armada entre la isla de Gelves y el continente de Africa, se puso inmediatamente á la vela para acometerle, y ocupó la embocadura del Golfo. Pero entretanto que el Genovés hacia varias maniobras, para que no se le escapase el Pirata, abrió éste en el espacio de diez dias un canal entre el continente y la isla (tanto pudo el continuo trabajo de dos mil esclavos) y trasladó á otra parte sus naves. Habiéndose escapado de esta suerte, le salió al encuentro la nave Vice-Almiranta de Sicilia, de la qual se apoderó, y á Bucar que iba en ella le puso al remo. Y para que en lo sucesivo no pudiese suscitar ninguna inquietud en Africa, por el deseo de recuperar el reyno de su padre, le envió á Constantinopla, donde acabó su vida miserable en una prision. Viéndose Doria burlado por el bárbaro, se volvió á Génova muy triste, y habiendo recibido en sus galeras á los Príncipes Don Felipe y Maximiliano para conducirlos á España, acompañados del Duque de Alba, arribó á Barcelona con felicissima navegacion. Antonio Doria salió temerariamente al mar con su armada, en tiempo muy revuelto, y naufragó en Lampadusa. Perecieron ocho galeras con mil y qui-

nientos hombres , y consiguió salvar su vida con mucho trabajo. Procuró Vega , á costa de grandes esfuerzos , sacar del mar quarenta cañones de artillería de bronce.

Entretanto Octavio Farnesio , temeroso de los Españoles que estaban de guarnicion en Plasencia , y desconfiando de la buena voluntad del César , suplicó al Pontífice que le socorriera , si queria que permaneciese su feudatario. Pero le respondió que su pobreza no se lo permitia , concediéndole solo que cuidase de sus cosas como mejor le pareciese. Frustrado Farnesio de esta esperanza , dirigió sus miras al Frances , valiéndose para esto de Horacio su hermano , que era muy favorecido suyo. El Rey Enrique que deseaba fixar el pie en Italia , escuchó con mucho agrado las súplicas de Farnesio , á quien él hubiera rogado , si ántes no le hubiese ganado por la mano. Inmediatamente fué introducida en Parma una guarnicion Francesa , y llevándolo á mal el Pontífice , persuadido de que no debía hacerse sin su noticia , llamó á Octavio á Roma como su feudatario , para que respondiese de este cargo. Negóse á obedecerle , por lo qual le proscribió el Papa , y trató con el César de recuperar á Parma , á fin de darle satisfaccion , pues le tenia por cómplice de esta culpa. Para disculparse Farnesio con el Pontífice , que se hallaba tan irritado , le fatigó en vano con embaxadas. Tambien Enrique procuró con suaves consejos disuadirle de la guerra , pero todo fué inútil. De este modo se encendió en Italia una nueva guerra , al mismo tiempo que el Frances disponia otra mucho mas formidable contra Flandes y Alemania. Apresuróse Enrique á hacer alianza con Mauricio y otros Príncipes , la que ellos por su parte le habian ofrecido ántes , á fin de obtener por fuerza la libertad del Landgrave de Hesse , la que con súplicas y ruegos no habian podido alcanzar del César. Para molestar mas gravemente á éste , renovó con Soliman la amistad que con él habia tenido su padre , y con su armada infestó el mar , y llenó de terror las costas de Italia , no dexando sin mover cosa al-

guna, que conduxese á la ruina de su enemigo; y para dilatar sus propios dominios, tomó el especioso título de vengador de la libertad Germánica. Como se habia criado desde la cuna en las guerras, y en el odio contra el César, de ningun modo podia sufrir el ocio. Añadiase á esto el ardor juvenil, y el deseo de adquirir gloria, cuyos incentivos, aun quando no hubiese causa alguna para la guerra, eran suficientes para moverle á tomar las armas con qualquier leve pretexto, como se vió en la guerra de Parma, la que se dice suscitó en obsequio de Diana su hija bastarda, que mucho tiempo ántes habia casado con Horacio. Y como ordinariamente las guerras estan unidas y enlazadas unas con otras, y movidas una vez las cosas, no pueden permanecer en un mismo punto, se siguiéron tiempos mucho mas belicosos y revueltos que los anteriores. Dióse de luego á luego órden á Therme, General de los Franceses, para juntar un ejército en la Mirándula. Gonzaga con las tropas que pudo recoger en la Lombardia, acudió al tumulto, y tomando á Verceli, sitió á Parma y Vitelio; con las del Pontífice á la Mirándula. Entretanto envió el Frances á Carlos Brisac, hombre no ménos prudente que valeroso, para que cuidase del Piamonte, y habiendo juntado secretamente un poderoso ejército, acometió á las ciudades que se hallaban desguarnecidas, y tomó en un momento á Quierasco, despues á San Damian, y finalmente á Chieri; dexando en libertad á un corto número de Italianos, que se entregáron con vergonzosas condiciones. Acudió allí prontamente Gonzaga para oponerse al impetu de los Franceses, dexando en el campo á Mariñan. Miéntras tanto, se abstuvo este de acometer á una ciudad tan fortificada, porque sus fuerzas eran muy desiguales, á causa de haberse llevado consigo Gonzaga las mejores tropas; pero impedia la entrada de víveres, á fin de obligar á Octavio á entregarse por la necesidad, y por la molestia de tan prolixo encierro. En la Mirándula no hubo cosa memorable, á excepcion de algunos ligeros combates, en que vencióron las tro-

pas del Pontífice. En el Piamonte se tomaron algunos pueblos fortificados por el valor y diligencia de Magi y Sande, los cuales resarcieron los daños que habian hecho los Franceses. De este modo una centella de guerra arrojada en Italia, vino á suscitar un formidable incendio.

No tardó mucho tiempo en comunicarse á Flandes, habiendo tenido principio por la presa de nueve buques mercantes, que con vergonzoso fraude, tomaron los Franceses á los Flamencos, que se hallaban seguros de la paz. Irritada de este agravio la Gobernadora Doña María, mandó al punto confiscar todas las mercaderías de aquella nacion, en recompensa del daño, y la declaró la guerra. Pidió inmediatamente dinero á las ciudades, y envió con tropas á Reux y Rosen al territorio enemigo. Estos pues, executaron puntualmente sus órdenes, y asolaron con los estragos de la guerra todos aquellos contornos. Trabáron combate con el Duque de Nevers, que quedó derrotado, y no atreviéndose el de Vandoma, que recorría la Provincia de Hainault, á hacer frente á un enemigo tan fuerte, con la noticia que tuvo de su venida se retiró á los puestos fortificados. Finalmente despues de haberse hecho unos y otros muchos daños, cesó la guerra, y se retiráron las tropas á quarteles de invierno.

Luego que entró el estío llegó al Faro de Mecina Sinan, uno de los Grandes de Constantinopla, con una poderosa armada; y habiendo enviado á Vega un Rey de armas, se quejó del rompimiento de las treguas, y pidió le restituyera la ciudad de Africa, y todo lo demas que habia tomado en aquella expedicion; y como aquel se resistiese á ello, le declaró la guerra, y al momento comenzó á hacersela. Pasó el Turco á Siracusa, donde causó mas terror que daño; expugnó y saqueó la fortaleza de Gozo, y se llevó cautivos á todos sus habitantes. Tomó despues á Trípoli, ménos por su esfuerzo que por la cobardía de Gaspar Valiere, Gobernador Frances, y fueron muertos, y hechos prisioneros muchos de los que

se entregáron, faltándoles á la palabra que se les habia dado, quedando únicamente libres doscientos hombres, la mayor parte Franceses, y algunos nobles Españoles. Otro Frances que defendia la torre que domina al Puerto, no fiándose en el infiel bárbaro, se embarcó en un pequeño navío con sus compañeros; y fué á ponerse baxo la proteccion de Gabriel Aramont, Embaxador del Rey Enrique, que se hallaba en la esquadra de Sinan. Perdióse Trípoli despues de quarenta y un años que Pedro Navarro, baxo los auspicios del Rey Cathólico Don Fernando, la habia tomado á los Aláraves. Esta desgracia atraxo grande odio al nombre Frances, á causa de que el Embaxador del Rey de Francia se halló en la expedicion, y el Gobernador Frances se habia apresurado á hacer una vergonzosa entrega, á pesar de la oposicion de los Españoles; y porque el Rey Christianísimo habia juntado sus armas con las del Turco, contra la milicia de Malta, tan benemérita de todos los fieles. Pero Augusto Tuano refuta sólidamente estas acusaciones con documentos, y razones poderosas.

La guerra de Magdeburgo la continuaba Mauricio, hombre astuto y artificioso, que se hallaba muy irritado contra el César, por no haber dado libertad al Landgrave de Hessè. Mas de una vez se concediéron treguas á los sitiados, y señaladas y rechazadas las condiciones de la paz, se sujetáron al fin á la entrega, la que hicieron el dia diez y siete de Diciembre, habiendo sido multados en ciento y cincuenta mil escudos, y doce cañones de grueso calibre, si damos crédito á Sandoval, que es el mas liberal entre todos los Historiadores, pues los demas solo dicen haberseles exigido cincuenta mil escudos con título de multa.

Por este tiempo infestaba los mares Leon Strozzi con la armada Francesa, miéntras que Doria se disponia para conducir de España al Principe Maximiliano; y habiendo embarcado al Duque de Alba, á quien mandó el César que marchase prontamente para reclutar tropas, se hizo á la vela sin llevar en



sus galeras mas gente que la necesaria á la navegacion, á fin de que hubiese mayor buque para transportar la regia comitiva, además de que aun no habia dado el Frances señal alguna de enemistad con el César. Arribó Doria á Villafranca, obligado de los vientos contrarios, y tuvo aviso de que le habian armado una emboscada, y asegurado de ser cierto, juntó á su armada tres galeras de la Toscana, y llenó las suyas de soldados para ocurrir á qualquiera encuentro. Pero viendo Strozi frustrados sus deseos, se retiró á la parte opuesta del cabo de Circelo, donde se habia escondido para interceptar la armada Genovesa, y navegó á las costas de España, con la esperanza de hacer prisionero á Maximiliano, si por ventura, impaciente de la tardanza del Genovés, no quisiese aguardarle, y se embarcase para Italia en las galeras españolas, que eran pocas. Con la codicia de una presa tan importante llegó hasta Barcelona, y no habiendo encontrado cosa alguna, llenó de un vano terror con el ruido de su artillería á la multitud que habia salido de la ciudad. Apoderóse Strozi de dos galeras, que fué todo el fruto de su expedicion, y se volvió á Francia. Despues de esto llegó Doria, y habiendo recibido á Maximiliano con su esposa, y sus dos hijas Doña Ana y Doña María, los conduxo á Génova. Desde allí partiéron á Trento, y fuéron recibidos honorificamente por los Embaxadores de los Príncipes, y por los Padres del Concilio, que á peticion del César habia vuelto á congregarse. El Cardenal Madruci, y los Magistrados los obsequiaron con dones y regalos, y finalmente llegaron á Inspruk, donde los recibió el César con muchas muestras de amor.

Concluida la guerra de Magdeburgo, despidió Mauricio sus tropas, las quales recogió Augusto su hermano, para poner en libertad al Landgrave, y se les juntáron otras de los Príncipes confederados. Estando determinados sus hijos, y Mauricio su yerno, á sacarle de la prision, ya fuese por medios suaves, ó violentos, enviáron Embaxadores al César, suplicándole que le pusiese en libertad. Pero el César se nego



á estas súplicas , dándoles por respuesta. „ Que solo „ en la Dieta de los Príncipes debía tratarse de la li- „ bertad de los prisioneros : y que para lo sucesivo „ debía mirarse por la seguridad de Alemania , para „ que no se renovasen otra vez las anteriores turbu- „ lencias“. No es posible ponderar lo mucho que ir- ritó esta respuesta del César á Mauricio , que miraba comprometido su honor ; porque deseoso de conciliar al Landgrave con el César , le habia ofrecido priva- damente que no seria muy larga su prision , con tal que quisiese mas bien experimentar la clemencia , que la fuerza del vencedor. Así pues , para cumplir la pa- labra que le tenia dada , se apresuró á tentar la fortu- na de la guerra , prefiriendo el mandar al pedir. El César , aunque acostumbrado á descubrir con gran sa- gacidad los mas secretos arcanos , no habia penetrado hasta entónces los ocultos designios de Mauricio ; ó si algo se habia divulgado , tal vez no le dió credito ; pero quando llegó á sus oidos el rumor y estruendo de las armas , para que no creciese el mal con el des- cuidado , hizo llamar á Mauricio. Este á fin de enga- ñar al César , envió delante algunos criados que le pre- viniesen casa en Inspruk , y mudando de camino pa- só á Lintz , donde se hallaba Don Fernando , que se habia ofrecido por medianero para componer este ne- gocio. Mas como pedia otras muchas cosas , además de la libertad del Landgrave , las que el César no podia conceder sin menoscabo de la Magestad Imperial , se reservó la decision á la Dieta de los Príncipes , que de- bia tenerse el dia veinte y seis de Mayo del año de mil quinientos cincuenta y dos. Pero no pudiendo los confederados sufrir esta dilacion , acometiéron inme- diatamente á la Suevia , exigiéron por fuerza dinero á las ciudades , se apoderáron de la artillería , y tras- tornáron todo lo que habia establecido el César. Re- sistióles Ulma , habiéndoles cerrado las puertas ; pero despues de sacar á sus habitantes una suma de diez y ocho mil escudos , se retiráron de allí , y marcháron á grandes jornadas para oprimir en los Alpes al Cesar , que se hallaba muy descuidado. Venciéron las angos-

1552.

turas de la entrada con la muerte y fuga de los que las defendian, y sitiando con parte de sus tropas á Ereberg, que era lo único que los detenia, se aceleró el César á llegar á Inspruk, con el resto de las tropas.

Enseñado este por la experiencia de que todas las desgracias se remedian con el tiempo, viendo tan cerca á los enemigos, se puso en camino aceleradamente y como fugitivo, con Don Fernando, que habia venido á tratar con él sobre este negocio, y con todos sus cortesanos, en lo mas profundo de la noche, con tiempo muy crudo, y hallándose enfermo, lo qual fué una gran victoria, que consiguió de su ánimo invicto. En la misma priesa de su marcha dió libertad al Duque de Saxonia, al quinto año de su prision, á fin de precaver que no consiguiese esta gracia de la mano de sus enemigos. Pero este que tenia un ánimo generoso, siguió al César en su partida, para que no pareciese que le abandonaba en tan grande calamidad. Otros interpretan que le obligó á esto el miedo, para no caer en manos de Mauricio, aprovechándose de esta ocasion, que le presentaba la fortuna para ponerse en salvo. Llegaron los enemigos á Inspruk, y desesperando de alcanzar en el camino al César, que con tanta celeridad se les habia escapado, y que habia hecho romper los puentes de los rios despues de haberlos pasado, regresaron á la ciudad, y se apoderaron de sus equipages; pero cuidaron los Príncipes, de que no se tocasse á los bienes de Don Fernando, y de los ciudadanos. Continuó el César su marcha, y luego que llegó á Villak, ciudad del dominio Austriaco, situada cerca del rio Drava, en los confines de Austria, le salió al encuentro un Embaxador de Venecia con víveres y municiones, y una escolta de caballos, y aunque al principio, viendo aquella tropa armada, temió alguna invasion enemiga, manifestó despues al Embaxador, que le ofrecia todo género de auxilios, su agradecimiento á la buena voluntad del Senado. Los Príncipes conjurados se volviéron por el mismo camino que habian venido, y finalmente se juntaron en Passau para tratar del negocio de la paz, que se

habia interrumpido , y en él trabajó mucho Don Fernando ; pero sus tropas rodeáron á Francfort , que estaba defendida con una fuerte guarnicion.

Al mismo tiempo resonaba el ruido de las armas en diversos parages de la Alemania , siguiendo unos la fortuna del César , y otros el partido de los conjurados ; quando Enrique pará colmo de los males , puso en marcha sus tropas , como estaba convenido , enviando delante al Condestable Monmorenci , que despues de la muerte del Rey Francisco habia vuelto á la Corte. Este pues , habiéndose apoderado de Tull , ciudad Imperial , ocupó fácilmente á Metz en la Lorena , con el favor de la plebe , siempre deseosa de novedades , y despues á Nanci , con quasi toda la Provincia. Y habiéndole seguido Enrique con las demas tropas , arancó al jóven Carlos de los brazos de su madre Christina , hija de una hermana del César , que ántes estuvo casada con Esforcia , y mandó que fuese llevado á Francia para educarle en compañía del Delfin , confiriendo el gobierno del Principado al Conde de Vademont su tio , porque desconfiaba de Christina que tenia mucha inclinacion al César.

Por este tiempo , cansado ya el Pontífice de la guerra de Parma , volvió á hacer la paz con Enrique por mediacion de los Cardenales , habiendo recibido á Octavio en su gracia , sin contar en nada con el César , quien además de los socorros , le habia prestado doscientos mil escudos. Sin embargo no quedó sin castigo el haber levantado aquel incendio , pues en un combate cerca de la Mirándula , fué muerto Juan del Monte , hijo de su hermano , en el mismo dia en que se concertó la paz. Añadiase á los cuidados del César la precipitada resolucion del Príncipe de Salerno , que irritado de las injurias del Virrey de Nápoles Toledo , y deseoso de novedades , se habia pasado al Frances. Entre las muchas molestias que le rodeaban , le dolia sobre todo el ver las armas Francesas introducidas en el centro de Alemania. Habianse apoderado de Hagenau y Wessemburgo , aunque intentáron en vano tomar á Treveris y Strasburgo , á cuyo tiempo los Em-

baxadores de los Príncipes confederados se presentaron al Rey que meditaba mayores empresas, suplicándole se abstuviese de hacer daño alguno, y perdonase á la inocente multitud, pues ya se hallaban las cosas muy próximas á componerse, estando el César inclinado á admitir los partidos mas suaves. El Rey, aunque gravemente conmovido con esta nueva, disimuló los sentimientos de su ánimo, y se congratuló con los Príncipes, ofreciéndoles benignamente su auxilio, quando le necesitasen para defender la libertad de Alemania. Despues de esto, habiéndole llegado cartas de Mauricio, en que le significaba haberse concluido enteramente la paz, frustrado de sus esperanzas, se restituyó á Francia con sus tropas divididas en tres cuerpos, y los soldados que se derramaban á robar, ó se detenian, padeciéron muchas molestias de los labradores, que los acometian en venganza de los daños que habian causado en sus campos, y de la escasez y carestia de víveres.

Entretanto Ernesto Conde de Mansfeld, Reux, y Rossen, habiendo hecho nueva invasion por orden de Doña María en las fronteras de la Francia, lo llevaron todo á sangre y fuego, y tomaron á Esteing, Hedin con su fortaleza, Noyon, y otras ciudades. Un autor Frances refiere que incendiáron tambien setecientas aldeas con la amenísima Quinta de Folembre, obra del Rey Francisco. La Fera no pudo ser tomada, porque la defendia Anebaldo, el qual falleció en breve de una enfermedad; y la dignidad de Almirante que obtenia, se confirió á Gaspar Coligni. El Flamenco regresó á su territorio con un rico botin, y el Rey despues que dió á los soldados algunos dias de descanso en el Luxemburgo, recobró á Esteing, y llegó hasta Verdun, de cuya ciudad se apoderó con auxilio del Obispo, y á persuasion del Cardenal Carlos de Lorena, hermano del Duque de Guisa, miéntras que Monmorenci despues de haber batido las murallas de Yvoy, obligaba á Mansfeld, que se habia encerrado allí, á que se entregase. No pudo éste resistirlo, porque los Alemanes se subleváron sin respeto alguno á su General,

y le amenazáron, si no entregaba quanto ántes la ciudad, esforzándose él en vano en manifestarles la ignominia que le resultaba de su cobardía. Finalmente fué entregado y saqueado el pueblo, y quedó Mansfeld prisionero. Los soldados en castigo de su delito, fuéron despojados de sus armas. Roberto Markan, con la tercera parte de las tropas tomó á Bullon, castillo muy fuerte por la naturaleza y por las obras del arte, habiendo expugnado con dinero la fidelidad del Gobernador Altovit. Los escritores Franceses solo le acusan de cobardía, pero fuese lo uno, ó lo otro, pagó con la cabeza la pena de su perfidia, ó de su cobardía, por mandado de Doña Maria. Luego que se apoderó de Bullon, reduxo en breve tiempo á su dominio todo el Principado, del qual tomó el nombre de Príncipe despues de treinta y un años que se le habia quitado el César, adjudicándolo al Obispo de Lieja.

CAPITULO XIII.

*HACESE LA PAZ EN ALEMANIA. SITIO DE METZ
POR EL CESAR, ESTRAGOS DE LA ARMADA OTO-
MANA EN LAS COSTAS DE ITALIA. SEDICION
EN SENA.*

En este intervalo de tiempo sostenia el César la dignidad de su augusto carácter, y sin afloxar en esto cosa alguna, rechazaba todas las iniquas peticiones de los Príncipes, las cuales le comunicaba su hermano Don Fernando desde Passau por medio de las postas, que tenia dispuestas para este fin. Miétras tanto, se juntaban tropas para tomar venganza de la perfidia, y para que la audacia no creciese con la impunidad. Inquietaba esto á Mauricio, temiendo que descargase sobre él aquella tempestad, y que armado el de Saxonia con el favor del César, por las vicisitudes de la fortuna, y excitado de su propio dolor, y del deseo de venganza, castigase en él el mismo delito

que le había condenado á perder la dignidad electoral, y el Principado. Por otra parte Guillelmo, hijo del Landgrave de Hesse, rezelaba que el César tratase á su padre con severidad, así por las antiguas ofensas, como por la reciente fuga que había intentado desgraciadamente; por lo qual deseaba que este negocio se transiguiese á gusto del César. De esta suerte deponiendo su pertinacia con saludable consejo, y por la interposicion de Don Fernando, del Cardenal de Trento, y de los principales amigos, se le concedió la paz con equitativas condiciones, sin hacer en ellas mencion alguna del Frances. Arregladas de este modo las cosas, fué puesto en libertad el de Saxonia, á quien amonestó el César su deber, y le dió muchas señales de benevolencia. Mandó al Landgrave que diese caucion de cumplir las condiciones que se le habían propuesto en Hall de Saxonia, y habiendo salido por fiadores los otros Principes, consiguió su libertad. Mauricio introduxo en Hungría quince mil hombres armados contra el Turco segun lo pactado, aunque con poco fruto.

Establecida la paz, y levantado el sitio de Francfort, se tranquilizó toda la Alemania y volvió á su deber, á excepcion de Alberto de Brunswik, que no podia estar quieto. Este pues atraxo á su partido á Rinfeberg, con su legion, y habiendo molestado á varios Obispos y ciudades, vino finalmente con un poderoso ejército á las fronteras de Francia, para explorar el ánimo del Rey, y ofrecerle su servicio si quería hacer guerra. Entretanto el César, pasó de Villac á Inspruk, y desde allí á Ausburg, donde recibia las tropas que de todas partes se le juntaban. El Duque de Alba traxo de España una gran suma de dinero, y siete mil soldados. De la Italia viniéron quatro legiones compuestas de veteranos Españoles y naturales, con la caballería ligera, ayudando al César el Pontifice, y el Duque de Florencia; y el Duque de Marañan acudió en persona con otro esquadron que él mismo había reclutado. Hallándose pronta la caballería, y la infantería Alemana, y juntando tan poderoso

exército, se puso el César en marcha para Strasburg, nombrando por su Teniente al Duque de Alba, y rompió los tratados que Alberto había exigido por fuerza á los Obispos y ciudades libres.

Desde allí pasó á Lorena, y sitió á Metz el dia veinte y dos de Octubre, en un tiempo verdaderamente importuno, contra el dictámen de Alba y Marisán, que no eran de este parecer. Habiendo mandado el Rey de Francia por medio de su General Monmorenci que Alberto se retirase de sus fronteras, se presentó al César, y le ofreció sus servicios con la mayor fidelidad y zelo. Acudieron en breve los Flamencos con Barbanson, Egmont, Nasau y otros hombres principales. Dicese que el César tenia en su campo cien mil infantes, diez mil caballos, y ciento y veinte cañones. El Duque de Guisa, que por su nacimiento y grandes hazañas había adquirido el nombre de gran Capitan, tuvo orden de defender á Metz, y no omitió el menor trabajo ni diligencia para fortificarla, habiéndose encerrado en ella con la mas esclarecida nobleza, deseosa de adquirir gloria. La guarnicion consistia en diez mil infantes, y casi mil caballos. Miéntras que Aumale hermano de Guisa seguia con un fuerte esquadron de caballería á Alberto, que se encaminaba al César, sin saber quales eran sus intentos, pues no había dado indicio de si era socio ó enemigo, volvió Alberto la cara de repente, y acometió con grande ímpetu contra el Frances. La pelea aunque sangrienta, fué solo entre la caballería, porque no quiso pelear la infantería Alemana. Vencidos y derrotados los Franceses se pusieron en fuga, llevando en sus espaldas las heridas, y en sus ánimos el miedo y ignominia. Aumale fué arrojado del caballo con tres heridas, y hecho prisionero, á tiempo que todavia peleaba con mucho valor, y á los dos años consiguió libertad á costa de sesenta mil escudos. Perecieron ochocientos de los enemigos con quatro de los principales capitanes, y ciento y cincuenta nobles. Despues que ganó Alberto una victoria tan señalada, se presentó en triunfo al César con el botin y

los prisioneros, y fué recibido por él con mucha humanidad, y le mandó ir á apostarse al rio Mosela, haciendo cara á los Franceses, que tenian cerca su campo para impedirles que llevasen socorro alguno á los sitiados. Peleó muchas veces con los enemigos prósperamente, pero en una escaramuza perdió á su Teniente Jorge Liechtemberg. Miéntras tanto, fuéron combatidos los muros de la ciudad con tanto estruendo de la artillería, que se oia el ruido mas allá de Strasburgo, distante cien millas. En lugar del destrozado muro levantáron tumultuariamente los Franceses uno nuevo, con las piedras y ruinas del otro, guardando sus costados con la artillería, y con un escuadron escogido. Viendo el César la poca actividad de sus soldados, que se excusaban con la dificultad de superar la brecha, y que no adelantaba cosa alguna con las exhortaciones que les hacia para inspirarles ánimo, corriendo á caballo por medio de las filas, se retiró de allí melancólico, dilatando para otro dia el asalto. Intentó despues derribar con minas subterráneas la parte del muro que habia quedado íntegra, y las nuevas obras que aceleradamente habian hecho; pero tambien fué inútil este trabajo por las contraminas con que se le oponia el enemigo, ó porque los peñascos que se encontraban impedian llegar al muro. Entretanto que esto pasaba en los reales, Egmont con parte de los Flamencos se apoderó de Pont á Mouson. Tambien pudo ser tomada Tull, si la peste que cundia dentro de la ciudad, no hubiese retrahido de esta empresa á los Alemanes, temerosos de una victoria que pudiera serles funesta.

La situacion de los guerreros no podía ser mas incómoda y trabajosa, así por la estacion del invierno, como por hallarse en un pais helado, y todo cubierto de nieve. El frio era tan intenso en el campo, que se entorpecian los cuerpos de manera, que apenas les dexaba fuerzas á los soldados para tener las armas en las manos. Añadíase á esto la falta de viveres necesarios para tolerar tantas fatigas, porque los interceptaba la caballería enemiga. Siguiéron-

se las enfermedades y una extrema debilidad , y no quedándoles fuerzas para morir honrosamente , perecían helados de frio en las tiendas , con el mas triste género de muerte. Los que tenían vigor para ponerse en fuga , desamparaban las banderas , y se escapaban á centenares sin rubor alguno. Por el contrario los sitiados calentándose dentro de sus casas , y bien alimentados con los víveres que anticipadamente habian juntado , estaban prontos y alegres para tomar las armas , y pelear con esfuerzo. Los Italianos , como poco acostumbrados al frio , fuéron los que mas padecieron con esta calamidad. El cielo y la tierra con las continuas lluvias , y con el cierzo que soplabá , quitaban toda esperanza de poder resistir mas tiempo al descubierto ; y sin embargo el César , que se hallaba gravemente enfermo , y no ménos afligido en el ánimo que en el cuerpo , no podia resolverse á levantar aquel sitio , que tan desgraciadamente habia emprendido. Ni acometia al enemigo , ni queria retirarse , hasta que conmovido de las exhortaciones de los cabos Españoles , y de la infinita mortandad que padecian los soldados , mandó levantar el sitio , gimiendo y clamando que la fortuna le habia desamparado. Finalmente el dia primero de Enero fué llevado en una litera á Thionvilla , y mandó á los capitanes que le siguiesen , y que distribuyesen los soldados en las plazas y guarniciones. El Duque de Alba se puso en marcha de noche con los Españoles y Flamencos , enviando delante la artillería y equipages. Quedáron en el campo muchas municiones de guerra , así por el gran número de enfermos , como por la falta de caballerías , de las que tambien habian perecido muchas. Alberto siguió algun tiempo á los que marchaban , y se habia detenido en su puesto hasta el quinto dia , colocando la caballería en la retaguardia , para que sirviese de escolta á la infantería , que caminaba con mucho trabajo. El Duque de Nevers , que durante el sitio habia interceptado con sus correrías los víveres y provisiones del campo Imperial , luego que fué levantado , los persiguió en su retira-

da, siéndole muy fácil derrotarlos ; pero convirtiéndose su ira en compasion , se abstuvo de matar á unos hombres , que apenas podian tenerse en pie. El de Guisa envió su caballería , y á todos los Imperiales que encontró en el campo y en el camino enfermos y moribundos los hizo llevar á la ciudad , y mandó curarlos con todo cuidado. Con cuya humanidad , y con su constancia en defender la ciudad , adquirió la alabanza de excelente General.

En el estío anterior habia llegado á la extremidad de las costas de Italia la armada Otomana , que Aramont habia solicitado con mucha instancia. Desembarcadas sus tropas , incendiáron á Regio , y luego que entráron en el Faro hiciéron lo mismo con Policastro. Pasáron despues á Prochita , donde cometieron todo género de crueldades , y habiendo asolado el territorio de Enaria , intentáron en vano tomar la fortaleza , que estaba muy guarnecida. Fué grande el miedo y consternacion que causo en Nápoles la cercanía de tan formidables enemigos. La imprudente audacia de Doria perdió en la isla Poncia siete galeras , que le tomáron los bárbaros al tiempo que navegaba á Nápoles , sin haber explorado ántes el mar , ó despreciando á un enemigo mas fuerte que él. Los Alemanes , que conducia á aquellas costas para aumentar su guarnicion , fuéron puestos al remo , y despues consiguió Madrucci su rescate á costa de mucho dinero. Sigonio procura disculpar el hecho , pero este es un vano consuelo de la calamidad padecida. Entretanto que esperaban en el Promontorio Miseno al Príncipe de Salerno con la armada Francesa , para que juntando las fuerzas hiciesen un ataque por aquella parte , fué enviado delante á Italia por el Rey de Francia César Mermile Napolitano desterrado , para que pidiese á Sinan Almirante de la armada Turca , que esperase algun tiempo , pues en breve se le juntaria el Príncipe de Salerno. Pero éste mudando de consejo , se presentó al Virrey Toledo , y le dió cuenta de todo , ofreciéndole que el bárbaro se retiraria sin hacer daño alguno. El Vir-

rey, á quien entre el miedo y confusion en que se hallaba no podia sucederle cosa mas favorable, ni mas deseada, habiendo juntado al momento doscientos mil ducados, los entregó á Mermile para que el Turco le diese crédito, pues no hay cosa que tanto pueda con los bárbaros. Presentóse á Sinan sin dilacion, y habiéndole entregado el dinero con las cartas credenciales, le expuso todo lo contrario de lo que le habia encargado el Rey de Francia, diciéndole que por este año no se valdria de su auxilio, y que podia desde luego volverse á Constantinopla: oido esto por el bárbaro, que por otra parte deseaba retirarse, levantó las anclas, y voló con la presa al Oriente. De este modo se dispó la tempestad que amenazaba á Nápoles por la astucia ingeniosa de un hombre perdido, que amaba á su patria.

Muy al contrario sucedió en Sena, donde con el pretexto de la armada Otomana se aceleró la sedicion que sus habitantes tenian proyectada, incitados del deseo de recobrar la libertad, que imprudentemente habian perdido, pidiendo al César una guarnicion de Españoles para reprimir las turbulencias que causaban en la ciudad los ópuestos partidos. El Gobernador Don Diego de Mendoza para contener á los ciudadanos en su deber, los despojó de las armas, y levantó una fortaleza. Uno y otro era muy molesto á los Seneses, por lo qual enviáron secretamente algunas personas de confianza para implorar el socorro del Frances, que fué lo mismo que soltar la rienda al caballo en campo llano. Entretanto aprovechándose de la ocasion que les presentaba la llegada de la armada Turca, y con pretexto de defender la costa maritima, encargáron á Nicolas Ursino Conde de Pitillano, en quien se fiaba mucho Mendoza, que juntase tropas. Este pues marchó á la ciudad con las que habia reclutado. Pero conociendo el fraude Don Francisco de Alba, Teniente de Mendoza, que entónces se hallaba en Roma, envió inmediatamente á pedir auxilios á Cosme Duque de Florencia. Concedióselos con efecto, y vino sin dilacion Monteagudo con tropas, adelan-

tándose á Pitillano, al qual, habiendo tomado el pueblo las armas, que tenia escondidas para qualquier lance fortuito de guerra, recibió aquella noche dentro de las murallas con tres mil hombres armados que le acompañaban, proclamando á gritos la libertad. Al día siguiente introduxéron tambien en Sena á los dos hermanos Santa Flor, que militaban baxo las banderas del Frances con dos mil soldados, los que habiendo trabado combate con los Españoles y sus auxiliares, y oprimidos estos por la multitud de los enemigos, fueron rechazados dentro de la fortaleza, que aun no se hallaba bien guarnecida. Por este tiempo habian acudido á Roma, que por la nimia indulgencia del Papa era la oficina de las conspiraciones, un gran número de Franceses, enviados por el Rey para socorrer prontamente á los Seneses en caso de necesidad. Noticiosos estos de lo que pasaba, voláron á Sena, y habiendo levantado una trinchera al rededor de la fortaleza, la impedía que recibiese algun auxilio. Disponia Cosme sus tropas para socorrer á los sitiados, quando los Seneses le enviáron inmediatamente embaxadores, para exponerle que no habian tomado las armas contra la magestad del imperio, sino para recobrar la libertad antiguamente oprimida por Mendoza. Hallábase Cosme sin fuerzas suficientes para sostener la guerra, que amenazaba por la Francia, y fortificar al mismo tiempo á Ilvata y los pueblos de la costa de Toscana (que poco ántes le habia cedido el César) contra las incursiones de los bárbaros, y para acomodarse á las circunstancias del tiempo, procuró extinguir anticipadamente la llama de la guerra baxo de estas condiciones: Que despidiesen los Seneses á Othon de Monteagudo con la guarnicion: que á los Españoles se les permitiese retirarse donde quisiesen, llevando sus bienes: que perseverasen fieles al imperio de Alemania, y que despidiendo á todo soldado extrangero, destruyesen la fortaleza. Despues que Mendoza hizo vanos esfuerzos para recobrar la ciudad, llamó á Alba con los Españoles, y embarcándolos en las galeras de Doria,

que por este tiempo regresaba de Nápoles , los llevó consigo á Orbitelo , fortaleza situada en una laguna para defender desde aquel angulo el dominio del territorio de Sena. Pero de allí á poco tiempo el César, que estaba irritado con Mendoza , por creer que se habia portado con negligencia en este negocio , le mandó volver á España. Los Seneses arrasáron inmediatamente la fortaleza en virtud de lo pactado, mas habiendo introducido en la ciudad una guarnicion Francesa , les vino á costar despues muy caro.

Por este tiempo se hallaba molesto el Piamonte con una guerra mas importuna que grande, Gonzaga se apoderó de algunos pueblos y castillos de poco nombre , pero no pudo tomar á Ceva defendida por Brisac, ni éste á Volpiano ; pero habiendo llegado despues un socorro de Imperiales , fuéron recobrados Ceva , San Martin y Ponci. Miéntras tanto se hicieron los Franceses dueños de Veruc ciudad del Monferrato , y de Alba por traicion del Capitan Rossini. Acometió Gonzaga á San Damian , y se peleó por una y otra parte con grande esfuerzo y teson. Hicieron minas y contraminas , reparáron los sitiados con presteza las brechas del muro , y se rechazáron reciprocamente con mucho denuedo. Finalmente fuéron inútiles todos los esfuerzos del sitiador , pues no permitiendo lo riguroso de la estacion permanecer por mas tiempo en las tiendas de campaña , levantó el sitio emprendido con mayor ira que fuerzas , y envió las tropas á quarteles de invierno.

CAPITULO XIV.

*HAZAÑAS DE LOS ESPAÑOLES EN HUNGRÍA,
ACOMETEN LOS PIRATAS A LA ISLA DE MA-
LLORCA. PACIFICACION DEL PERU, Y OTROS
SUCEOS DE LAS INDIAS.*

Por este tiempo adquiriéron los Españoles mucha celebridad en la Hungría y Transilvania con las heroycas hazañas que obráron en la guerra Otomana. Habiendo pedido el Rey Don Fernando un fiel y valeroso General á su hermano el César, en cuyos exercitos se educaban muchos como en una escuela de Marte, le envió á Juan Bautista Castaldo, natural de Lombardía, el qual ganó á Don Fernando la Transilvania, y le conservó el reyno de Hungría. Militaba allí la legion veterana Española, ó por mejor decir emerita, con tanta fama de valor, que los cabos de los otras naciones deseaban siempre llevar en sus expediciones alguna compañía de Españoles, como si con ellos estuviesen seguros de conseguir la victoria. Distinguiéronse sobre todos en esta guerra Julian de Carvajal, que habiendo tomado la ciudad de Lipa á los Turcos, obtuvo la corona mural, siguiéndole en aquel asalto Juan Ulloa, y el Alferrez Francisco Salcedo. Gaspar Castelvi fué muerto combatiendo valerosamente en defensa de Temesvar, y causó mucho sentimiento su pérdida. Tambien adquirieron fama Villandrado, Perez, Avila, Enriquez y otros, cuyo catálogo no hay necesidad de hacer aqui, pues son tan esclarecidos sus hechos. Con su valor y esfuerzos recogió aquel último ángulo del orbe christiano muchos laureles, regados copiosamente con la sangre española. Pero no debemos pasar en silencio una accion de Bernardo Aldana á la verdad reprehensible. Este pues habiendo perdido la esperanza de

defender á Lipa contra el poder de los Turcos , mandó ponerla fuego á pesar de los clamores de sus habitantes , que se quejaban de la ignominia que recaeria sobre la nacion Española por la culpa de un solo hombre. Por esta causa fué Aldana puesto en prision , y en vista de sus débiles descargos fué condenado á muerte , pero por el favor de la Reyna de Bohemia Doña Maria , y en consideracion á sus anteriores hazafias , se le indultó de esta pena.

El Príncipe Don Felipe luego que llegó á España marchó á Tudela , donde recibió en las cortes el juramento de fidelidad , que le hicieron los pueblos de Navarra. Despues de esto celebró cortes del reyno de Aragon en Monzon ; pero no pudo sacar otra cosa de aquella nacion que lo establecido antiguamente , defendiendo con invencible constancia sus inmunidades y privilegios. En estas cortes se concedió cierta distincion honorifica á los Abogados , y se promulgó una ley sumptuaria , prohibiendo el uso de algunos vestidos. A este mismo tiempo falleció Don Alonso de Aragon hermano del Arzobispo Don Fernando , á los treinta y seis años de su edad. El Príncipe Don Felipe casó entónces á su hermana Doña Juana con Don Juan Príncipe de Portugal. Conduxéronla con gran pompa hasta la raya de aquel reyno el Duque de Escalona , el Marques de Villena , Don Pedro Costa Obispo de Osma , y otros varones ilustres , y con el mismo aparato fué recibida en el rio Caya , que divide los dos reynos por el Duque de Aveyro , el Obispo de Coimbra , y mucha nobleza.

Fernando Nuñez , oriundo de la familia de Guzman , de quien se refiere haber sido el primero que traxo de Italia á España el estudio del griego , falleció en Salamanca , donde enseñó esta lengua y la latina. Publicó muchas obras , que son muy estimadas de los hombres doctos. Pero aun se aventajó mas en la pureza y austeridad de sus costumbres. Vivió siempre en el estado del celibato : mandó que le enterrasen sin pompa : distribuyó sus bienes á los po-

bres , y dexó á la Universidad su Biblioteca , que era muy copiosa. Falleció tambien Pedro del Campo, primer Rector de la Universidad de Alcalá , que sobresalió en la eloqüencia sagrada , y fué condecorado con la dignidad de Obispo in partibus de Biserta en el reyno de Tunez. Don Francisco de Borja Duque de Gandía renunció en su hijo Cárlos sus opulentos estados , y abandonando enteramente todas las cosas mortales , abrazó el instituto de la compañía de Jesus , donde vivió con extraordinaria fama de santidad. Don Antonio de Fonseca dió el raro exemplo de renunciar el Obispado de Pamplona , y le sucedió Don Alvaro Moscoso.

Los piratas Argelinos acometiéron á la isla de Mallorca , donde causáron algun daño , y le recibieron por el valor con que los rechazó Don Ramon Gualdemir y sus treinta compañeros. Dragut hizo algun estrago en Cullera , pueblo grande situado á la embocadura del rio Xucar. Pero no pudo el pirata apoderarse del templo adonde se habia refugiado la gente armada , y aterrado de la gran multitud , que de todas partes acudia al socorro de la villa , desistió de su empresa al rayar el dia. Retiróse el pirata con sus navíos , y desde alta mar hizo señal de treguas , y declaró que podian rescatar los cautivos , los quales fuéron puestos en libertad por la liberalidad del santísimo Arzobispo Thomas , y de otros hombres piadosos , y en breve se restituyéron á sus casas. Despues de esto fué guarnecida la villa con artillería , y nuevas fortificaciones , con lo qual se burló en adelante con mucha facilidad de semejantes invasiones de los piratas. Tambien fué fortificada con mayor cuidado la isla de Iviza , para precaverla de estos infieles , que incesantemente corrian aquellas costas.

En el Perú empleaba todos sus desvelos el Presidente Gasca en restablecer y consolidar la paz pública , y porque era temible que fuese turbada de nuevo por la insolencia de los soldados , cuyo perverso carácter no les permite por lo comun estar quietos , los dispersó por varias provincias para su-

jetar á los bárbaros , y establecer colonias , encar-
gando este negocio á Diego de los Reyes y á otros
capitanes. Envió además á todas partes Jueces comi-
sionados , que se informasen del modo con que los
Españoles trataban á los Indios , y si los instruian en
la doctrina christiana , y para que impidiesen que
abusasen de ellos , ni les hiciesen trabajar sin la de-
bida recompensa , y que no se les aplicase á la labor
de las minas , aun á los que quisiesen voluntariamen-
te, fuera de los necesarios , y conforme á las leyes de
la razon y de la justicia , y finalmente les mandó que
procurasen reducir á su deber á los que estaban exâs-
perados con las guerras civiles , y que se abstuvie-
sen de cometer muertes y estragos. Establecidas es-
tas y otras cosas semejantes , segun lo exigia el tiem-
po , se embarcó Gasca en la armada á principios de
Febrero de mil quinientos y cincuenta con el tesoro
y la guarnicion , y arribó felizmente á Panamá. Pero
como no hubiese suficientes caballerias para condu-
cir de una vez tanta carga , traxo consigo la ma-
yor parte , y dexó allí en la caixa Real seiscientos
mil pesos para llevarlos despues ; y entretanto que
caminaba al puerto de Nombre de Dios , acometié-
ron de improviso á la ciudad los hermanos Con-
treras con un esquadron de doscientos setenta y cinco
hombres desterrados y perdidos , y robáron en un
momento la caixa Real , y se escapáron con la presa.
Estos eran Fernando y Pedro , hijos de Rodrigo y
nietos de Pedro Arias por parte de María su hija,
los mas facinerosos de todos los mortales. Fernando
habia cometido el horrendo delito de matar á Fray
Antonio Valdivieso del Orden de Santo Domingo,
Obispo de Nicaragua. Habia encargado el Rey á los
Obispos , que tomasen á su cuidado la proteccion de
los Indios , y que impidiesen que los Españoles les
hicieran agravios , y cumpliendo este varon santo con
tan piadoso ministerio , perdió en él gloriosamente la
vida. Recobrados del terror los vecinos de Panamá,
corriéron á las armas para vengar la injuria , y ha-
biendo trabado combate con parte de los ladrones , los

matáron ó hicieron prisioneros á todos con su Capitán Juan Bermejo. En esta ocasion sirviéron de grande auxilio cincuenta negros, que acometiendo valerosamente á los enemigos por las espaldas, les cortáron la fuga. Al mismo tiempo los Contreras seguian al Presidente para robarle lo demas del tesoro; pero habiendo tenido noticia de la derrota de los suyos, se embarcáron con la presa en sus navios, y intentáron huir por el Océano. Nicolas Zamorano determinó seguirlos con quatro navios, y temerosos de caer en sus manos, desembarcáron en las costas inmediatas con el oro. Tambien Zamorano sacó á tierra su gente armada, y peleáron unos y otros con grande esfuerzo. Finalmente fuéron vencidos y derrotados los ladrones, y se pusieron en fuga. Quedáron presos treinta de ellos, á los quales se les impuso la pena de horca, y se recobró la presa con leve pérdida. Un autor refiere de otro modo este suceso, pero damos mas crédito á la narracion de Herrera, quien añade que los hermanos Contreras perecieron acaso á manos de los Negros, ó Indios en lugares desiertos, aunque esto no se sabe con certeza, ni tampoco el género de su muerte. El Presidente transportó el tesoro al Isthmo, y embarcándole en los navios, se hizo á la vela para España. Parecen ciertamente fabulosas las cosas, que hizo este hombre desarmado en medio de hombres armados y rebeldes á su Rey. Pero aunque se hallaba ausente la persona del César, le asistia su fortuna y su nombre para llenar con sus victorias este nuevo mundo. Llegó el Presidente á España á tiempo que el César estaba en Alemania, y marchó prontamente á darle noticia del buen estado en que habia puesto las cosas del Perú. Recibióle con mucha benignidad, y en premio de sus méritos le confirió el Obispado de Palencia, y poco despues fué trasladado al de Segovia. Una de las pruebas de la integridad y pureza de Gasca es, que en medio de tantas riquezas, y de millon y medio de pesos que traxo á España para el César, vivió siempre tan pobre, que jamas alteró cosa alguna en el trato fru-

gal de su persona , y volvió del Perú con la misma capa que habia sacado de su casa. Llegó á una edad muy avanzada, con mayor fama de providad que de riquezas, para que España no tenga que envidiar á Roma sus Curios. Despues de su partida del Perú pasó de orden del César á gobernar aquel reyno Don Antonio de Mendoza , que por espacio de diez y siete años habia gobernado la Nueva España con mucha prudencia y moderacion ; pero murió en breve tiempo sin haber hecho en el Perú cosa alguna memorable. En su lugar fué nombrado Virrey de México Don Luis de Velasco , que desde luego comenzó á dar muestras de buen carácter. Falleció Don Fray Juan de Zumarraga Arzobispo de México , despues que gobernó aquella Iglesia veinte y un años : varon esclarecido en santidad especialmente por su zelo apostólico , y le sucedió Don Fray Alonso de Montufar del Orden de Santo Domingo. Estableciéronse Universidades en México y Lima , y se abriéron escuelas públicas en la provincia de Yucatan , para que los muchachos fuesen instruidos en las letras , y en la doctrina christiana. Lo mismo se executó en otras partes con grande utilidad , y de este modo se iba extirpando la idolatria. Prohibióse á los Indios con varias penas que usasen sus antiguos nombres , y las insignias que tenian alusion al culto gentilico , porque estos bárbaros á exemplo de los Samaritanos adoraban á un mismo tiempo á Christo , y á los ídolos de su antiguo paganismo. Parecian temer á Dios quando los obligaba el miedo , pero su conversion no era interior ni verdadera , mas con el transcurso del tiempo y la cultura racional , fuéron mejorando de costumbres y creencia.

En la India Oriental habia comenzado á florecer la religion christiana. A los antiguos propagadores de la palabra divina , se juntáron por este tiempo seis religiosos del Orden de Santo Domingo , de los quales era superior Fray Diego Bermudez natural de Castilla. Los Reyecillos , los nobles , y la plebe acudian en gran número á recibir el sagrado bautismo

con muchas medras del campo del Señor. Faria, escritor diligente de las cosas de la India, dice mas de una vez que Fray Pedro Covillan del Orden de la Santísima Trinidad, y Confesor de Vasco de Gama, fué el primero que anunció el evangelio en aquellas partes; lo que de paso advertimos aquí para que ninguno quite á los nuestros esta gloria. Pero volviendo á la narracion de los sucesos civiles, falleció Garcia Sala despues de haber dado la paz al Rey de Cambaya, que se la pidió con mucha instancia, y de haber reparado la armada. Abrióse la Real Cédula, y fué declarado Virrey Jorge Cabral Gobernador de Bazain, hombre no ménos piadoso que intrépido. Junto inmediatamente un ejército, y refrenó en sus principios la audacia del Zamorin, que con gran perfidia tramaba hostilidades contra los Portugueses. Recorrió talando y saqueando el territorio de Calecut, y procuró perseguir á los piratas Malabares, encargando esta empresa á hombres escogidos y valerosos. Entretanto Diego de Castro habiendo tenido un combate con Madunio, que se habia revelado en Ceylan, le puso en libertad despues de haberle vencido. Peleó desgraciadamente con el Reyezuelo de Candi con pérdida de ochocientos hombres, la mitad de ellos Portugueses. El Virreynato de Cabral fué muy breve, pues el año siguiente llegó de Portugal Alonso de Noroña su sucesor.

Bernardino de Sousa tuvo en las islas Molucas muchas peleas con los bárbaros en que salió victorioso: arrasó la fortaleza de Giloló, y habiendo sido hecho prisionero su Reyezuelo, se quitó la vida con un veneno. Padió mucho la christiandad en estas islas por el furor de los rebeldes, que se encarnizaron contra los fieles; pero cesó esta persecucion, y los que obligados de la violencia habian renunciado á Christo, volviéron al gremio de la Iglesia. Peleáron los Portugueses en diversas partes con los Turcos y los naturales, así por mar como por tierra, con variedad de sucesos, ya prósperos ya adversos. Los Judíos que habian pasado á la India por el deseo de

Las riquezas fuéron conducidas á Portugal. Malaca se vió expuesta á un gran peligro por la conspiracion de los Reyezuelos , que la sitiáron con tropas marítimas y terrestres. Gil Carvalho atacó al amanecer, con doscientos soldados armados, los puestos de los enemigos, y mató á mas de mil de ellos , pero salió herido del combate. Aterrados con esta pérdida, levantáron el sitio , y se retiró cada uno por donde pudo. Volvió á encenderse la guerra en Ceilan entre dos hermanos por la ambicion de reynar , y habiendo llamado uno de ellos á Noroña , la concluyó en breve tiempo , y no sin fruto , pues se apoderó del tesoro Real. Madunio , que era el incitador de la discordia , y contra quien el Virrey habia tomado las armas , quedó derrotado , y Ceitavaca ciudad capital , fué saqueada y quemada. Concluida esta empresa, molestó en gran manera á los Malabares , á quienes Cabral no pudo sujetar. Despues de la muerte del Virrey Castro, marchó San Francisco Xavier á las extremidades del Oriente, deseoso de predicar el Evangelio á los Chinos , tan celebrados por la grandeza de su imperio , por sus riquezas , y por su ingenio que nada tenia de bárbaro. Pero Dios dispuso otra cosa ; pues habiendo arribado á la isla de Sancian , le acometió una calentura , y entre tanto que esperaba allí á un barquero Chino con quien habia ajustado que le pasaria á la opulenta ciudad de Canton , se le agravó la enfermedad , y abrazado de un crucifixo, espiró con mucha tranquilidad el dia tres de Diciembre del año de mil quinientos y cincuenta y uno. Su cuerpo fué llevado á Malaca por los Portugueses , y despues á Goa , donde fué recibido con extraordinaria alegría, y concurso de gentes , y colocado con suma veneracion en la Iglesia de San Pablo. Las maravillosas obras y virtudes con que Xavier iluminó á todo el orbe , moviéron al Papa Gregorio XV , que amaba mucho á la religion de la Compañía , á ponerle en el catálogo de los Santos.

CAPITULO XV.

CONTINUA LA GUERRA EN LOS CONFINES DE
FLANDES. SITIO Y TOMA DE TERUANA POR
EL CÉSAR. GUERRA DE ITALIA.

1553.

Viendo el Rey Enrique la poca actividad con que el César continuaba el sitio de Metz, sacó de allí sus tropas para enviarlas contra Flandes, á fin de recobrar las ciudades, que algun tiempo ántes habia perdido: en la estacion mas rigorosa del invierno, esto es, á principios del año de mil quinientos y cincuenta y tres, conduxo el Duque de Vandoma la artillería por caminos pantanosos con las continuas lluvias, y comenzó á combatir á Hesdin con feliz suceso. Porque el hijo del Conde de Reux, olvidándose de que su padre le habia mandado defender valerosamente la ciudad, á la primera brecha que hizo el enemigo en el muro, y mas codicioso de la vida que del honor, pactó la libertad de su persona y bienes, con igual cobardía, que lo habia hecho San Simon, de quien su padre habia tomado esta ciudad en el año anterior, y la entregó al Frances con la fortaleza. Para resarcir este daño, causado por el ánimo bastardo del hijo, marchó el padre de orden del César contra la ciudad de Teruana, habiéndosele juntado Beunicur con otras tropas. Habia introducido en ella Esse, hombre de talento, y experimentado valor, la juventud de la nobleza con el hijo mayor de Monmorenci, á fin de que la victoria fuese muy costosa á los enemigos, en caso que se inclinase á ellos la fortuna. Habiendo sido combatida por espacio de diez dias, cayéron á tierra sus muros por dos partes. Entretanto Adriano Croy, Conde de Reux cayó enfermo, y falleció en el mismo campo, con un género de muerte muy propio de un varon, que habia adquirido tantos laureles. Beunicur su colega, introduxo sus tropas en la ciudad por las ruinas de los muros, pero no correspondió el efecto á los es-

fuerzos, aunque peleáron sin cesar con el mayor denuedo por espacio de diez horas. Esse fué muerto de un balazo, peleando fuerte y valerosamente; y desesperando el Flamenco de conseguir su empresa, mandó tocar la retirada, y se volvió á su campo con los soldados, oprimidos del trabajo, y de las heridas. Despues de esto, habiéndose hecho nuevas ruinas en el muro, dispuso el asalto por dos partes, y pegó fuego á las minas; con cuyo estruendo y estrago, amedrentados los Franceses, perdiéron el ánimo, y enarboláron por una parte la señal de la entrega. Entretanto que conferenciaban sobre ella, los Españoles que no tenian noticia de esto, aplicáron por otra parte las escalas, y se introduxéron en la ciudad. Inmediatamente gritáron al arma, y que los enemigos estaban ya dentro, y habiendo oido el ruido y confusion los que disputaban de las condiciones, se entregáron salva la vida. Pero los que habian caido en manos de los Españoles, como no tuviesen noticia alguna de lo que trataban sus compatriotas, y se viesen estrechados de aquellos por una parte, y rodeados por otra de los Flamencos, echáron armas á tierra, y se entregáron á la voluntad de los vencedores sin excepcion alguna. Los Flamencos y Alemanes, se ensangrentáron cruelmente en todos los que encontraban; pero los Españoles los tratáron con humanidad, acordándose de la que usó con ellos el Duque de Guisa el año anterior en el sitio de Metz. Monmorenci que despues de la muerte del Gobernador habia tomado el mando, fué hecho prisionero con muchos nobles. Otros que se escapáron, ó se rescatáron con dinero de contado, se refugiáron á Hedin para padecer otra nueva calamidad. Despues que los vencedores sacáron de la ciudad todo el botin, fué arruinada hasta los cimientos, corriendo á porfia á arrasarla todos los circunvecinos por las injurias que de ella habian recibido, y en un breve espacio de tiempo no quedó vestigio alguno de una ciudad tan grande. La silla episcopal fué trasladada á otra parte á peticion del César, y de este modo se borró del mundo la memoria de Teruana.

Despues de este suceso envió el César al Campo á Filiberto, á causa de que los demas Capitanes no obedecian con gusto á Beunicur, y habiendo recibido el ejército, le conduxo á Montrevil. Pero noticioso de que Vandoma habia introducido en la ciudad una fuerte guarnicion, torció repentinamente su camino, y rodeó á Hesdin con sus tropas. Hallábase encargado de la defensa de esta plaza Roberto de la Marka, llamado de Bullon, por haber tomado el castillo de este nombre. Apoderóse Philiberto de la ciudad, y mientras la artilleria combatia la fortaleza, fué muerto Horacio Farnesio de un balazo. Luego que estuvo arruinada parte de la muralla, y abiertas ya las minas, declaráron que se entregarían; pero mientras ajustaban las condiciones, se encendió la pólvora de una de las minas, y arrancó un baluarte con horrible estruendo y muerte de muchos. Persuadidos los Imperiales de que esto habia sucedido por malicia de los enemigos, apénas se desvaneció la humareda, se arrojáron á la fortaleza por la puerta que se habian abierto, matáron á algunos, y hicieron prisioneros á los demas con los capitanes Bukoni, Villers, Rion y otros. La fortaleza fué arrasada hasta el suelo por mandado del César, que impedido continuamente de la gota, se hallaba en cama en Bruselas, y despues fué edificada otra fortaleza en parage mas cómodo, á la que se dió el nombre de nuevo Hesdin. Para detener el ímpetu de los Imperiales, juntó el Rey Enrique un grande ejército, y marchó á Corbia, y desde allí á Bapaume, y habiéndola acometido en vano, taló el territorio de San Pol; mas no contento con estas incursiones, envió un mensajero á Cambray para intimar á sus ciudadanos que recibiesen dentro de sus murallas una guarnicion Francesa, si no querian exponerse á padecer hostilidades. La respuesta no fué conforme á los deseos de Enrique, y tomó venganza de esta resistencia, talándoles sus campos. Entretanto se acampáron los Imperiales á las márgenes del rio Escalda cerca de Valenciennes, y el Rey les salió al encuentro con todas sus fuerzas. Hubo varios combates mas

tumultuosos que grandes, entre la caballería mezclada con la infantería, y casi siempre fuéron favorables á los Imperiales. Pero habiendo corrido la voz de que el César se apresuraba á venir al campo con nuevas fuerzas, levantáron el suyo los Franceses á media noche, y se retiráron á sus fronteras, sin haber hecho cosa alguna digna de tan gran General, y de tan poderoso ejército.

Por este tiempo se suscitó en Alemania la guerra de los confederados de orden del Senado de Espira para rechazar las injurias que con grande insolencia hacia Alberto de Brunswik á las ciudades y á los Obispos. Porque despues de la guerra de Metz, volvió á su natural ingenio, y no cesaba de exígirles dinero amenazándoles con la fuerza de las armas. Conjuráronse contra él, como contra un comun enemigo muchos Príncipes juntos con Don Fernando, y para decirlo en pocas palabras se avistáron los dos ejércitos cerca del Vesar: detuviéronse algun tiempo en recíprocos mensajes; pero siendo inútiles todas las palabras, viniéron al fin á las manos. Trábose la pelea, y fué Alberto derrotado y puesto en fuga. Mauricio, que mandaba las tropas de los confederados fué herido mortalmente, y llevado al campo; y se le presentáron sesenta y quatro banderas que habian tomado á la infantería, y catorce á la caballería, que fué no leve consuelo de su cercana muerte. Alberto huyó á Brunswik, y desde allí á Turingia, y habiendo reparado sus tropas, comenzó de nuevo á turbarlo todo, por lo qual le declaró el Senado enemigo del Imperio Germánico, y fué proscripto por el César. Finalmente siendo vencido en batalla, y despojado de sus dominios, y no hallando quien quisiese darle acogida, se refugió primero á Lorena, y despues se presentó al Rey de Francia. Pero tampoco pudo fixar el pie en este reyno, y pasó al territorio del Príncipe de Baden, donde vivió casi de limosna, y falleció de allí á poco tiempo.

En el Piamonte se hallaban las cosas de los Franceses casi en igual estado que las de los Españoles.

Tomáronse recíprocamente algunos pueblos de poca importancia, ajustáron treguas, y quebrantándolas inmediatamente, parecian mas dispuestos á entretener la guerra que á concluirla. Acometió Brissac una noche á Vercelli, y se apoderó de ella por la perfidia de sus habitantes, que le diéron auxilio. El Español Sebastian de San Miguel, Gobernador de esta plaza, no pudiendo resistir á los dos enemigos, se retiró á la fortaleza con un pequeño esquadron de la gente del pueblo. Entretanto que el Frances discurría el medio mas expedito de tomarla, oyó decir que se acercaba Gonzaga con tropas para socorrerla, y no atreviéndose á esperarle, saqueó todo quanto pudo encontrar de los Españoles, y las alhajas del Duque Cárlos que estaban custodiadas en un templo, y se retiró prontamente de la ciudad. Pero habiéndole salido al encuentro César Magi con la caballería, recobró la mayor parte de la presa. Poco tiempo ántes Cárlos Duque de Saboya, Príncipe de un carácter suave y sencillez, falleció de enfermedad, despues de haber combatido muchos años con su adversa fortuna. Sucedióle en el principado Philisberto Manuel su hijo, muy diverso en índole y destino. Habiendo guarnecido Gonzaga á Valfanera, y tomado á Vaudiquir, ciudad inmediata, conduxo sus tropas á cuarteles de invierno á mediados del mes de Diciembre.

Encargó el César á Don Pedro de Toledo, Virrey de Nápoles, la guerra de Sena, y habiéndose embarcado en las galeras de Doria con su muger, y la nobleza que le acompañaba, llegó á Liorna, enviando delante el ejército por los dominios del Papa. Cayó enfermo en el viage, y fué llevado á Florencia al Palacio de su hija, que estaba casada con Cosme de Medicis, y agravándosele el mal, falleció dentro de pocos dias. Divulgóse entónces la fama de que el César le habia enviado á esta guerra para sacarle con un pretexto honroso de Nápoles, donde era aborrecido de la nobleza. Gobernó este reyno por espacio de veinte y un años con grande acrecentamiento de aquella dilatadísima ciudad, cuya principal parte fué

edificada por él, y dexó eternizado su nombre en la posteridad. Su hijo Don García, juntándose con Ascanio de la Corne, y las tropas enviadas de la Lombardía, entró en el pais enemigo, y se apoderó de algunos pueblos y castillos, y puso sitio á Montalcino, que era el mas fortificado de todos. Defendióle Jordan Ursino, y Don García permaneció allí inútilmente, hasta que fué llamado por el Cardenal Don Pedro Pacheco, sucesor de su padre en el Virreynato, para que defendiese las costas del reyno, á las que habia arribado la armada Otomana. Al tiempo que Sinan se restituyó á Constantinopla el año anterior, le siguió el Príncipe de Salerno, burlado por la astucia de Mermile, y invernó allí con la armada Francesa, á fin de obtener otra vez el auxilio de Soliman, y volver quanto ántes á Italia. Su llegada causó mas terror que daño en las costas de Sicilia, y del Abruzo, porque los Napolitanos estaban muy fortificados con poderosas guarniciones. No pudiendo adelantar cosa alguna pasó á Elva, pero viéndose impedido con las mismas dificultades, se abstuvo de emplear la fuerza.

El Cardenal de Este, y Mr. de Therme, que se hallaban en Sena, formáron el nuevo proyecto de apoderarse de la Isla de Córcega que ocupaban los Genoveses, pareciéndoles que seria muy útil á los Franceses, así para navegar á las costas de Toscana, como para debilitar las fuerzas de los Españoles y Genoveses. Por esto, pues, habiéndose quedado el Cardenal en Sena, se embarcó Mr. de Therme en la armada con parte de las tropas, y se dirigió á Córcega, la qual fué acometida por dos partes. Los Franceses tomóron la Bastida, desamparada por la cobarde fuga de los Genoveses, á San Florencio y Aya-zo. Dragut, Almirante de la armada Otomana, sitió por largo tiempo á San Bonifacio en la parte meridional de la isla, y desesperando de poder tomarla por fuerza, lo consiguió al fin por engaño, como escribe Sigonio, y otros, y la saqueó faltando á la palabra que tenia dada, segun la costumbre comun de los Bárbaros. Calvi, ciudad fortificada en la

costa occidental se burló de los esfuerzos de los Franceses, con una guarnicion de trescientos Españoles, que habiendo llegado allí casualmente la defendieron con heroico valor. Reducida en breve tiempo al dominio de los Franceses la mayor parte de la Isla, dispuso Dragut inmediatamente su partida, con pretexto de evitar las tempestades del invierno que se acercaba, y á pesar de las súplicas de los Franceses, recogió su presa, y se restituyó á Constantinopla. Despues de la marcha del Bárbaro, recibió Doria los auxilios que le enviaba el Príncipe Don Felipe con el Capitan Alfonso de Lugo, y otros que pidió al César, y navegó á la Isla de Cerdeña, la que gobernaba Ursino, que habia adquirido tanta fama en la defensa de Montalcino, habiendo regresado á Francia Therme y el Príncipe de Salerno. Apoderóse el Genoves de la Bastida apénas la atacó con su artillería; pero despues de un largo sitio recobró de los Franceses á San Florencio á la entrada del año siguiente. A este mismo tiempo, esto es, el dia dos de Enero del año de mil quinientos cincuenta y quatro, se hallaba afligida la corte de Portugal con la temprana muerte del Príncipe Don Juan. Falleció en la flor de su edad, pues se hallaba en los diez y seis años, apénas habia pasado la alegría de las bodas, dexando en cinta á la Princesa Doña Juana, de la que nació el Rey Don Sebastian, único consuelo del desolado reyno en tan numerosa descendencia del abuelo.

1554.

MU
ES
RIOturb
Edu
part
folk
Cata
ba u
vini
fué
Par
á su
dres
duc
cons
Mag
qua
ron
tret
mar
amp
clar
mo
Giff
cios
clam
so d
con
ocas

CAPITULO XVI.

MUERTE DE EDUARDO REY DE INGLATERRA.
ES PROCLAMADA DOÑA MARIA HIJA DE ENRIQUE VIII. SU CASAMIENTO CON EL PRINCIPE DON FELIPE. GUERRA EN FLANDES Y EN ITALIA.

Al mismo tiempo hubo en Inglaterra grandes turbulencias con motivo de la muerte del niño Rey Eduardo, hijo de Enrique. Divididos los Ingleses en partidos, querian unos conferir la corona á Juana Suffolk, y otros á María hija de Enrique y de Doña Catalina su primera esposa. Esta contienda amenazaba una guerra civil, y faltó muy poco para que no viniesen á las manos. El autor de estas inquietudes fué el Duque de Northumberland, Presidente del Parlamento, por la ambicion de colocar en el trono á su nuera. Comenzó pues á tramar el negocio en Londres con admirable artificio; y habiéndola hecho conducir á la fortaleza, la hizo proclamar Reyna, con consentimiento y aplauso de algunos consejeros. Los Magistrados y nobles del partido contrario, entre los cuales se distinguia el Conde de Arundel, se declararon por María, que tenia mucho mejor derecho. Entretanto que Northumberland disponia la guerra por mar y tierra, para oprimir á sus adversarios, fué desamparado por sus socios que esperaban á que se declarase la fortuna, y fué preso y degollado. El mismo suplicio padeció Juana con Suffolk su padre, y Gilfort su marido, para escarmiento de los ambiciosos, que nunca estan contentos con su suerte. Proclamada María por Reyna, con grande alegría y aplauso de todas las clases del Estado, entró en Londres con magnífica pompa. Pero el César que no perdía ocasion alguna de engrandecer la casa de Austria, dis-

puso enviar una embaxada á Inglaterra, siendo el principal Ministro de ella el Conde de Egmont, á fin de solicitar el casamiento de la Reyna con su hijo Don Felipe. No les desagradó la proposicion á los grandes de esta Isla, persuadidos de que habia necesidad de un Príncipe poderoso para consolidar aquel reyno, que aun no estaba suficientemente cimentado. Inclínose la Reyna al mismo dictámen, y en breve se concluyó el negocio. En las capitulaciones matrimoniales se establecieron varias condiciones, para evitar discordias en lo venidero. Habiendo dispensado el Papa el impedimento del parentesco que habia entre los contrayentes, Egmont, fiador del futuro matrimonio, hizo la ceremonia de recostarse armado en la cama de la Reyna, segun era costumbre de los Príncipes de aquel tiempo.

Entretanto se dispuso en el puerto de la Coruña una armada de ciento y veinte navíos, y se embarcó en ella Don Felipe con el Almirante de Castilla y el Duque de Alba, mayordomo mayor, á quien el César habia enviado á España despues de la desgraciada expedicion de Metz, con la principal nobleza, dexando por Gobernadora del reyno á la Princesa Doña Juana su hermana, que algun tiempo ántes habia vuelto de Portugal. Navegó felizmente, y llegó al puerto de Northampton, acompañándole las armadas Inglesa y Flamenca con grande estruendo de la artillería. Desde allí envió á Ruy-Gomez de Silva, de quien hacia mucho aprecio por sus excelentes prendas, con unas joyas de inestimable valor para la Reyna, en señal de su amor, declarándola que sabia muy bien que esto era mucho ménos de lo que ella merecia; y la Reyna en prueba de su gratitud, le envió doce hermosísimos caballos enjaezados con regia opulencia. Llevó Don Felipe en la armada quatro mil Españoles, y mandó que sin tocar en tierra fuesen transportados á Flandes, para suplemento de las tropas. Despues que desembarcó su familia y equipage, y ochenta caballos que traia de una generosa casta; el Príncipe Don Felipe, acompañado de una lucida y nume-

rosa comitiva de quatrocientos nobles , y de muchos grandes Ingleses magnificamente adornados , que habian venido á obsequiarle , se puso en camino con tiempo lluvioso á Vinchester , donde le esperaba la Reyna , de la qual fué recibido con muchas muestras de amor y benevolencia. Despues de las reciprocas salutaciones , Don Juan de Figueroa declaró en nombre del César á Don Felipe Rey de Nápoles , trasladando en él todos los derechos del Reyno , y de los demas dominios de Italia , para que una Reyna tan opulenta diese la mano á un Rey poderosísimo. Finalmente , el dia del Apóstol Santiago los desposó el Obispo de Vinchester , y el Rey y la Reyna comiéron en público con los grandes de España y de Inglaterra. El resto del dia se empleó en saraos y otras diversiones con extraordinaria alegría. Presentóse despues á los nuevos Reyes el Cardenal Reginaldo Polo , que descendia de la familia Real de Inglaterra , y á quien el Sumo Pontífice habia dado amplias facultades para absolver y reconciliar con la Iglesia á los que habian caido en la heregía. Recibieronle honoríficamente , anulando la pena de destierro que padecia , y se dedicó con el mayor conato á restablecer el verdadero culto combatido por el Rey Enrique. Finalmente , despues de muchas conferencias , asegurado de que habia conocido sus errores la nacion , que con facilidad se vuelve adonde los Reyes se inclinan , y de que estaba dispuesta á abjurarlos ; la absolvió solemnemente en Londres de la excomunion pontificia , y restableció la religion cathólica , segun lo permitian los tiempos. Miétras que estas cosas sucedian en Inglaterra , entráron los Franceses en Flandes por tres partes. Algunos pueblos fuéron entregados ó desamparados por la cobardía de los Gobernadores , entre los quales Mariemburgo , edificado y guardado por la Gobernadora Doña Maria , le entregó por dinero Martigni noble Flamenco. El Rey , que habia venido á su campo , tomó á Bovines , y le saqueó con muerte de sus habitantes , y habiendo juntado todas las tropas , sucedió la misma desgracia á

Dinant. Despues de esto acometió á las arruinadas murallas de la fortaleza , pero le rechazó valerosamente la guarnicion , cuya tercera parte se componia de Españoles al mando del Capitan Julian Romero, el que habiendo sido hecho prisionero por engaño, fué entregada la fortaleza, baxo la condicion de salir libres con sus armas, y inmediatamente la arrasaron los Franceses. El César luego que supo la venida del Rey, puso en marcha las tropas que tenia consigo, y aunque era inferior en fuerzas estaba resuelto á pelear donde quiera que le hallase. Pero rehusando el Frances entrar en batalla, se fué á talar la provincia de Hainault. Entre los incendios en que ardia toda aquella region fué consumida por el fuego la amenísima quinta de Mariamont, que era las delicias de la Reyna de Hungría, y se apoderó de Vence, ciudad inmediata. Aumentó su ejército con nuevas tropas, y se encaminó á la provincia de Artois, siguiéndole Philiberto, proclamado Duque de Saboya, despues de la muerte de su padre, que buscaba la ocasion de dar un golpe al Frances. Favoreció la fortuna á éste á medida de sus deseos, pues habiendo alcanzado á los enemigos cerca de Quesnoy á tiempo que atravesaban un rio, les causó mucho daño en la retaguardia, tomándoles gran parte de los bagages. El Rey despues de haber incendiado muchos pueblos á vista del César, que habia venido al campo para que fuese mayor la ignominia, determinó tomar á Rentin, y habiendo rodeado esta ciudad con sus tropas, intimó á la guarnicion que se entregase. Quando vió que era preciso usar de la fuerza, la acometió con su artillería, que hizo grande estrago en las fortificaciones. Habia acampado el César cerca de los Reales de los enemigos con un poderoso esquadron, á fin de socorrer á los sitiados, aunque para esto fuese necesario aventurar una batalla; pero habiendo peleado tumultuariamente parte de las tropas de uno y otro ejército por apoderarse de un bosque, que con prudente consejo habian ocupado los Franceses, fué la ocasion muy poco favorable para unos y para otros, sa-

gun se colige de los historiadores que refieren este suceso. Finalmente, habiendo perdido el Rey la esperanza de tomar la ciudad, levantó el sitio, y conduxo sus tropas á lugar seguro, despues de haber tenido alguna pérdida en la retaguardia, que fué acometida de noche por los Imperiales.

Luego que el César arrojó al enemigo de sus fronteras, agravándosele la enfermedad que continuamente le molestaba, se retiró á Bruselas, entregando el ejército al Saboyano, para que hiciera al Frances todos los daños que pudiera: executólo así el de Saboya con mucha diligencia, asolando su territorio con todo género de estragos. Detúvose en Menil, pueblo de poco nombre, donde en lugar de la ciudad de Hesdin, arrasada el año anterior, edificó otra en un parage pantanoso, y casi inaccesible. Entretanto que se levantaban quatro grandes fortificaciones para su defensa, sirvió el ejército de guarnición á los que trabajaban, á fin de que no los molestasen, ni impidiesen las tropas Francesas que estaban cerca. Levantó despues su campo el Saboyano, y penetró talando con el ejército hasta Amiens, y aunque lo seguia Vandoma con tropas no despreciables, fué mas bien testigo, que vengador de los males que hacia su contrario.

Los sucesos del Piamonte eran de poco momento. El César habia llamado así á Gonzaga, para valerse de sus consejos, lo qual fué solo un pretexto, que ocultaba otro designio, de que despues hablaremos. Fué nombrado en su lugar Don Gomez de Figueroa, mas illustre por su nacimiento, que por sus hazafias militares, el que obligó á Brisac á levantar el sitio de Valfanera. Hubo algunos pequeños combates, y se tomaron algunos pueblos, y castillos no muy importantes. El Frances se apoderó de Ivrea, ciudad situada en el rio Duranza, por entrega del Español Morales, Gobernador descuidado, ó cobarde. En este año se volvió á encender la guerra de Sena, habiendo juntado sus armas el César, y Cosme, para arrojar á los Franceses de la Toscana: temia Cosme mucho á Pedro Estroci, á quien

poco ántes envió el Rey á Italia para hacer la guerra, y era muy enemigo del nombre de Medicis, así por las antiguas discordias, como por el destierro que acababa de sufrir. Persuadido Cosme de que en esta empresa ninguno aventuraba mas que él, puso el mayor conato en precaver el peligro que tenia tan cercano, y para adelantarse y ganar por la mano al enemigo, que se hallaba ocupado del todo en los preparativos, acometió á Sena á fin del mes de Enero. Marifian enviado por el César, era el que mandaba esta expedición. Este pues, llegó á media noche con quatro mil Españoles y Italianos, y trescientos caballos á la puerta llamada Camolla, con grande esperanza de vencer por la negligencia, y corto número de soldados, que se hallaban de guarnicion. Dado el asalto por doscientos Españoles, que iban en la vanguardia, no pudieron los Seneses sostener su ímpetu, y fueron rechazados fácilmente de un baluarte que Termes habia levantado en aquella puerta, para impedir la entrada á los enemigos. Luego que se apoderaron de él los Españoles, y ayudados con la venida de sus compañeros, se fortificaron allí contra la fuerza de los enemigos, que estaban de centinela en las cercanias, para lo qual contribuyó mucho la astucia ingeniosa de Gabriel Cerbellon, á quien Marifian habia llevado consigo de la Lombardia, para dirigir la artillería. No fué dado asalto alguno contra la ciudad, ó el suceso no correspondió á la esperanza, porque uno y otro halló escrito en los Historiadores de aquel tiempo. Incitado Estroci con la nueva del peligro que corria Sena, acudió á toda prisa, y no pudiendo de ninguna manera arrojar al enemigo del puesto que habia ocupado, levantó por la parte opuesta nuevas fortificaciones, y le excluyó enteramente de la ciudad.

Entretanto Ascanio de la Corne que defendia las fronteras de Toscana, con tropas nuevamente reclutadas, al tiempo que proyectaba apoderarse de Chiusi por traicion, fué él mismo vencido y hecho prisionero por Santaci de Pistoya, despues de haber per-

dido un ojo en la pelea, y á muchos de sus compañeros. Los puestos y lugares fortificados del territorio de Sena, fuéron tomados unos por fuerza, y otros por voluntaria entrega, habiéndose dividido la gente en muchos esquadrones, y combatido en pequeñas escaramuzas. Los Generales aseguraban sus conquistas con guarniciones, y reparaban las tropas, que se hallaban disminuidas con las continuas peleas. Por mar y por tierra esperaban socorros unos y otros. Estroci se encaminó á Luca, para recibir los que habían salido de la Mirándula. Mariñan habiendo dexado una guarnicion al rededor de la ciudad, puso en marcha sus pocas tropas, y se acampó cerca de Pisa, á fin de impedir al enemigo la entrada de la Toscana, á la que amenazaba con los auxilios que le habían venido. En este parage hubo diversos encuentros sobre los bagages al tiempo que Mariñan, que tenia desiguales fuerzas, se retiraba á Pistoya. Entretanto habiendo atravesado los montes á largas jornadas, Don Juan de Luna Gobernador de la fortaleza de Milan con las tropas Españolas, Italianas y Alemanas, se juntó en Sarrabal con Mariñan, y con estas nuevas fuerzas determinó seguir á Estroci, que marchaba á Sena, habiéndole causado un ligero daño en la retaguardia de su ejército. Hallábase la ciudad estrechada fuertemente de todas partes por los Imperiales, quando llegó de Malta con sus galeras Leon Estroci, hermano de Pedro llamado con cartas muy halagüeñas del Rey de Francia, cuya milicia habia renunciado dos años ántes, y á fin de no estarse ocioso mientras esperaba la armada de Francia, salió á hacer alguna presa en Escarolino, y murió de un balazo que le tiró un labrador. La armada Francesa que arribó á aquellas costas, desembarcó seis mil soldados. En lugar del Cardenal de Esse que se habia retirado de Sena, fué nombrado Blas Monluc, hombre de mucho talento, y experiencia en las cosas de la guerra. Peleáron desgraciadamente los Franceses debaxo de los muros, aunque el dia ántes les favoreció la fortuna, habiendo arrojado á los Imperiales

del baluarte. Los combates fueron muchos, pero es tanta la variedad con que los refieren los Historiadores, que es casi imposible averiguar lo cierto. Fortificado Marifian con tres mil infantes, que conduxo de Nápoles el Capitan Don Juan Manrique, y exhortándole éste, puso en marcha su ejército para concluir la guerra en una sola batalla, habiendo dexado una guarnicion en el campo al rededor de la ciudad. Combatieron obstinadamente por espacio de diez horas cerca de Marciano, y quedaron muertos de una y otra parte, mil y doscientos hombres, cuya tercera parte fueron Imperiales.

El dia siguiente padeció mas grave daño la retaguardia de los enemigos, de tal manera que los Imperiales llegaron á despreciarlos como lo asegura un Historiador, que dice se halló presente á la accion. Sin embargo no rehusó Estroci la pelea, habiendo hecho frente á los que le perseguian. Pusieronse los dos ejércitos en orden de batalla, y agitado Marifian de diversos pensamientos, comenzó á dudar si se aventuraria á la fortuna de un combate. Pero habiéndole rodeado los cabos Españoles, que en aquel dia hicieron heróycas hazañas, le amonestaron, le exhortaron, y finalmente le obligaron con poderosas razones á acometer al enemigo. Dióse la señal para la pelea, y embisten con grande ánimo: en el principio se mantuvo dudosa la batalla por un breve tiempo; mas como los Franceses no pudiesen resistir el ímpetu del ejército Imperial, comenzó á ponerse en fuga la caballería, y destituida la infantería de este auxilio, aunque habia acometido intrépidamente á los Imperiales, venciendo la dificultad del terreno, arrojó al fin las armas para huir con ménos estorbo. En este último esfuerzo murieron tres mil y quinientos de los enemigos, y quedaron dos mil prisioneros, con muy poca pérdida de los Imperiales. Cerca de cien banderas fueron remitidas á Cosme, con los prisioneros mas nobles. Sucedió esta batalla el dia dos de Agosto. Despues de tan gran derrota, se huyeron muchos de los Franceses con

Estroci y Fregoso, que habian salido heridos, á Luciniano, ciudad inmediata; pero al dia siguiente la abandonáron, apoderándose los Imperiales de la artillería y bagages que allí tenian. El vulgo de los prisioneros fué puesto en libertad, haciendo juramento de no tomar las armas contra el César en todo el año, y se les dió una escolta para que nadie los molestase, y al cabo de tres dias se restituyó á su campo el ejército vencedor cargado de despojos. Estroci aunque se hallaba en Montalcino gravemente enfermo de la herida, no omitió cuidado alguno, ni diligencia para reparar la pérdida padecida, y habiendo recogido las reliquias del derrotado ejército, y suplió la gente que faltaba con nuevas reclutas, no desistió de socorrer á la afligida ciudad de Sena por medio de mil peligros, hasta que cerrando Marifian con nuevas obras todas las entradas, le privó de toda esperanza de introducir víveres en ella.

Por este tiempo fué arrasada la ciudad de Africa por orden del César, y vino al campo su guarnicion, que estaba muy endurecida en las fatigas de la guerra, y acostumbrada á vencer. Con el auxilio de la armada de Doria fué tomada á los Franceses Telamon, y introduxo víveres en Orbitelo, causando terror y espanto en todas las cercanías. Deseaba Cosme concluir esta guerra, y á su instancia intentáron los Imperiales en la Vigilia de Navidad escalar los muros por diversas partes, pero fuéron rechazados con pérdida por la guarnicion y los habitantes, que peleáron con extraordinario esfuerzo. Fué pues necesario continuar el sitio á pesar de Cosme, que sentia mucho los gastos, y rendir la constancia de Sena con el hambre, que es el arma mas poderosa. Habiendo sido llamada tambien en este año la armada Otomana, hizo mucho estrago en las costas del Albruzo, y despues de saquear á Pesth, ciudad célebre por su amenidad, se retiró inmediatamente á Durazo, sin haber dado crédito el Almirante Dragut á las magnificas promesas del Príncipe de Salerno, de que sublevaria al

pueblo de Nápoles. Termes combatió en Córcega la fortaleza de Cauria, situada en medio de la isla, auxiliado de los habitantes, que aborrecian el nombre Genovés, y despues de haber derrotado en el camino las tropas que venian á socorrerla, y perdiendo la guarnicion toda esperanza de poder mantenerse, se entregó baxo la condicion de salir libre con sus cortos equipages.

CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA:
LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

MUERTE DE LA REYNA DOÑA JUANA, MADRE DEL EMPERADOR, Y DE LOS PAPAS JULIO III. Y MARCELO II, Y ELECCION DE PAULO IV. CONTINUA LA GUERRA EN FLANDES, EN EL PIAMONTE Y EN CORCEGA. TOMA DE SENA POR LOS IMPERIALES.

Siguióse el año de mil quinientos cincuenta y cinco, que fué muy memorable por las muertes de algunos Príncipes. El día tres de Abril falleció en Tordesillas Doña Juana de Aragon, madre del César, y aunque habia estado muchos años demente, recobró el juicio quando se hallaba cercana á la muerte, y acabó su vida con muchas muestras de piedad á la edad de setenta y tres años. En muchas partes del orbe Christiano, se hicieron magníficas exéquias á esta fecunda madre de tantos Reyes. Dentro de pocos dias falleció tambien el Papa Julio III, entregado al ocio, y á la piedad. Manifestóse afecto á las cosas del César en todo lo que era justo, y fué liberal con sus parientes. Canonizó solemnemente á San Julian Obispo de Cuenca. Edificó una magnífica y sumptuosa casa de campo en la via Flaminia, segun refiere Onufrio Panvinio. Pocos dias des-

pues de su muerte, fué elevado á la dignidad Pontificia Marcelo Corvino, natural de Monte Policiano, habiendo retenido el nombre de Marcelo en su exáltacion; pero la muerte le arrebató á los veinte y un dias de su coronacion, sin haberle dexado tiempo para dar alguna muestra de su mucha santidad y doctrina. Despues de acérrimos debates entre los Cardenales, que duráron pocos dias, le sucedió en el Pontificado Juan Pedro Carrafa, de una nobilísima familia Napolitana, y el qual en su exáltacion tomó el nombre de Paulo IV. En este año murió Enrique de Labrit (hijo de Juan, el que fué despojado del reyno de Navarra) dexando á Juana hija única, la que casó con Antonio de Borboa Duque de Vandoma, y trasladó los derechos de aquel reyno á la familia de Borbon, que en breve habia de ser muy célebre, y poseer el Imperio de toda la Francia. Tambien falleciéron en el mismo año Juan Federico de Saxonia, y su muger Sibila, tan perseguidos por su adversa fortuna.

Hallándose el César gravemente enfermo, encargó á su hermano Don Fernando, que presidiese en su nombre la Dieta de Ausburg, en que se habia de tratar sobre las materias de Religion, y que pusiese todo su cuidado, zelo y diligencia en conservarla, lo que seria muy grato á Dios, y muy necesario para la paz y tranquilidad de Alemania. Abrióse el dia cinco de Febrero, y fuéron pocos los Príncipes que concurrieron. Los mas de ellos se excusáron con varios pretextos, pero en realidad por su grande oposicion á las ideas del César, y enviáron Embaxadores. Exhórtólos Don Fernando, á que de comun acuerdo mirasen por el bien público, y refirió los males que habia causado la diversidad de opiniones religiosas. „ No tengo necesidad, dixo, de recordaros aqui las calamidades de Alemania, que vosotros habeis padecido juntamente conmigo; porque esto pareceria mas bien renovar las heridas, que buscar su remedio. Ciertamente hemos llorado mucho las disensiones, que poco tiempo ha se suscitáron acerca de la Religion, y

„aun no cesamos de llorarlas; y si estos males no
„nos costasen mas que lágrimas, no seria tan grande
„nuestro dolor; quando además de la pérdida de to-
„das las cosas que son mas amadas de los mortales,
„esta cruel obstinacion ha costado á muchos su pro-
„pia sangre, que á cada paso ha inundado los cam-
„pos de Alemania, destruido sus ciudades, asolado
„sus tierras con todo género de estragos, y las que
„ántes eran tan florecientes, han quedado por la
„mayor parte reducidas á un triste desierto. Verda-
„deramente han llegado á tal extremo nuestras mi-
„serias, que las enfermedades son mas poderosas
„que los remedios, y parece que la felicidad se ha
„retirado lejos de Alemania. Para curar los males
„de la religion, y corregir las perversas costumbres
„de los hombres, instituyéron nuestros mayores los
„Concilios, tomando el exemplo de los Apóstoles,
„y en ellos se examina y decide lo que debemos creer,
„y lo que debemos obrar. Nadie ignora la gran ve-
„neracion con que hasta nuestros tiempos han sido
„recibidas por todos los hombres piadosos las dispo-
„siciones conciliares, ni el sumo desprecio con que
„los impios se oponen á los decretos del Concilio
„Ecuménico de Trento, congregado tiempo hace; los
„quales rehusando ellos entrar por el camino estrecho,
„se abrieron para sí, y para sus sequaces otro muy
„ancho que los conduce á la perdicion. ¿Qué espe-
„ranza nos queda de reducir á sano juicio á unos
„hombres, que de tal modo desechan las medecinas
„que se les aplican, y se enfurecen contra su mismo
„Médico? Muchas veces han sido convidados con
„singular benevolencia por los Padres del Conci-
„lio para que asistan á él, propongan y disputen,
„y se han negado á ello con la mayor pertinacia. Es-
„to á mi entender no es buscar la verdad de la doc-
„trina, sino huir de ella con subterfugios engañosos,
„para que no se descubra la falsedad y vanidad de
„sus opiniones: por lo qual, no quieren sujetarse al
„juicio de la Iglesia, para que hallándose fuera de
„ella, y fuera del rebaño de Jesu-Christo cometan

„ impunemente sus crueldades como lobos sangrien-
 „ tos. ¡ Quán grande perversidad es mudar la anti-
 „ gua y heredada doctrina de la religion como si
 „ fuera un vestido ! ¡ y lo que es todavia mas intole-
 „ rable saltar con inconstante juicio de una doctrina
 „ á otra , y no fixarse en ninguna ! Creo que tienen
 „ por miserables á sus padres , abuelos y antepasa-
 „ dos , que por espacio de mas de mil y quinientos
 „ años observáron y veneráron la doctrina enseñada
 „ por Jesu-Christo , y declarada por los Padres ; ó
 „ por mejor decir , ellos son los miserables , y lo se-
 „ rán perpetuamente porque con tanta temeridad se
 „ apartáron de lo que podia hacerlos bienaventura-
 „ dos en la eternidad , por defender sus propios sue-
 „ ños y delirios. De esto , pues , se han originado
 „ entre una nacion esclarecida , y no ménos valero-
 „ sa , odios , discordias , enemistades y guerras que
 „ nõ tendrán fin , si no se procura reunir los ánimos
 „ en la verdadera piedad , y se restablece la verda-
 „ dera doctrina. Por lo qual me parece que ante to-
 „ do se deben extirpar los diversos monstruos de la
 „ heregia , que impunemente pervierten al pueblo ;
 „ y como una Hydra pestilentísima produce tantas
 „ cabezas , quantos son los impostores que de la no-
 „ che á la mañana se erigen en Doctores , entrega-
 „ dos á su vientre y á sus torpes pasiones ; que quie-
 „ ren sujetar á Dios á sus deseos , y no sujetar-
 „ se ellos á Dios , para que desterrando del Orbe
 „ Christiano tan feas tinieblas , resplandezca nueva-
 „ mente aquella luz verdadera que alumbrá á todos
 „ los hombres “. Concluido este discurso , pasáron á
 „ la votacion , y despues de largas y inútiles alterca-
 „ ciones se resolvió por la Dieta : „ Que en lo suce-
 „ sivo no se molestase por causa de religion á ningun-
 „ no que profesase la confesion de Ausburg , ni por
 „ este motivo se declarase guerra á ninguno de los
 „ Principes ni ciudades. Que reteniéndose única-
 „ mente la fe cathólica , y la doctrina de Ausburg , se
 „ aboliesen del todo las demas sectas que despues ha-
 „ bian nacido. Que no se permitiese á los sacerdotes

„abandonar la antigua religion (porque eran mu-
„chos los que se desertaban de ella para no observar
„el voto de continencia), y abrazar la nueva; y que
„el que lo hiciera perdiese su beneficio y preroga-
„tivas, y fuese nombrado otro en su lugar“. De es-
„te modo, y á tanta costa de la verdadera piedad
consiguiéron alguna paz los Alemanes, hallándose
presente el Cardenal Moron, Legado Pontificio, y
no se puede ponderar el daño que de aquí se siguió
á la posteridad, el qual será irremediable, si Dios
no mira por su causa.

En las fronteras de Flandes continuaba la guerra
en medio del invierno, quando se comenzó á tratar
de paces, habiendo sido enviado el Cardenal Polo por
la Reyna Maria de Inglaterra al Rey de Francia,
deseosa de reconciliarle con el César. Juntáronse á
este fin los Plenipotenciarios de Arras y de Lorena
en una casa de madera, que se fabricó con este ob-
jeto cerca de Calés. Disputáron por largo espacio
acerca de las condiciones, mas no pudiendo conve-
nirse, se retiráron de allí en el mismo dia sin ha-
ber concluido cosa alguna, siendo inútiles los es-
fuerzos de los Ingleses para terminar la guerra. El
Duque de Saboya edificó en el rio Mosa á Charle-
roy, para reprimir las incursiones de los Franceses,
y Guillelmo de Nassau, que habia sucedido á Ro-
sen, muerto de una peste, levantó en obsequio del
Rey Don Felipe la célebre fortaleza llamada Felipe-
villa. Entretanto mil y seiscientos Franceses, la ma-
yor parte de caballería, á quienes mandaba Mr. Jay-
lli, noble Angevino, impedidos con la carga de la
presa que habian hecho en toda la provincia de Ar-
tois, cayéron en una emboscada que les armó Alsi-
mont, Gobernador de Bapaume. Perturbados con es-
te repentino lance, pues caminaban descuidados y
dispersos sin formacion alguna, comenzáron una pe-
lea tumultuaria. Los labradores que Alsimont habia
juntado, deseosos á un mismo tiempo de la vengan-
za y del saqueo, insultáron intrépidamente con sus
tiros á los que se hallaban cogidos en la emboscada;

y como no podian ordenarse en batalla, porque la caballería los estrechaba por la frente y por la espalda, tampoco les era posible ponerse en fuga, y fuéron todos con su capitán pasados á cuchillo como un rebaño de ovejas. Despues que se aplacó la ira de los Imperiales, fuéron conservados algunos pocos Franceses, y recobrada toda la presa.

Tambien el Océano se ensangrentó por este tiempo con una cruelísima batalla acaecida no léjos de Dieppa, entre los Normandos y Flamencos. Veinte y quatro navíos cargados de mercaderías, que venian de España, fuéron acometidos por veinte y cinco navíos Franceses bien armados. Viéndose los Flamencos en la necesidad de pelear, hacen frente al enemigo, y se trabó un combate atrocísimo, con horrible estruendo de la artillería. Finalmente llegaron al abordage, y duró la pelea quatro horas, sin que la victoria se declarase por una ni otra parte. Pero los Flamencos supliéron la falta de fuerzas con los fuegos artificiales, que arrojáron sobre la armada Francesa, y comenzó á arder una de sus naves. De esta pasó á otras la llama, y se excitó un horroroso incendio, con cuyo terror y la llegada de la noche se dirimió la batalla. El fuego consumió seis navíos Flamencos, y otros tantos Franceses. Una y otra capitana fuéron abrasadas, y despues sumergidas en las olas con toda su gente. Los Franceses traxéron á remolque al puerto de Dieppa cinco navíos muy destruidos con las balas y el fuego, los que les sirvieron mas para ostentar su costosa victoria, que para otro uso alguno.

En el Piamonte se hallaban en mejor estado los Franceses que los Españoles, por la gran diferencia que habia entre los Generales. El uno era muy intrépido y activo, y habia ganado muchas victorias, y el otro era mas propio para tratar los negocios civiles, que para las armas. De esto se originó la pérdida de Casal del Monferrato, tomado por los Franceses miéntras Figueroa se divertia en las bodas de un hombre poderoso. Conocian muy bien que en medio

de estas alegrías se relaja y descuida la disciplina militar, y habiendo aplicado las escalas al muro, entraron de noche en la ciudad, que estaba sepultada en sueño y vino. Fuéron muertos todos los Alemanes con Juan Bautista Londronio su capitan, aunque no sin pérdida de los enemigos. El dia siguiente Figueroa que se habia refugiado á la fortaleza desproveyda de guarnicion, y de víveres y municiones, fué enviado libre junto con los bagages. Animado Brisac de este feliz suceso, se apoderó de Pomario, castillo inmediato, y corrió hasta las puertas de Valencia, inspirando terror á sus habitantes, y allí acaeció una tumultuaria pelea con la caballería Española, en la que se portó valerosamente Lope de Acuña; cuyo denoedo y pericia militar impidió que la Lombardia recibiese un grave daño. Habiendo tomado el Frances muchos castillos, arrasó sus murallas para que no le sirviesen de carga, y de utilidad al enemigo. Finalmente rodeó con sus tropas á Volpiano, que por estar falto de víveres no era difícil expugnarlo. Con tan descuidado General se hallaban las cosas de España muy expuestas á una ruina; pero le sucedió el Duque de Alba, á quien Don Felipe habia dado amplísimos poderes en toda la Italia. Este pues, llevó de socorro cinco mil Alemanes, y mil caballos, y con su venida fué levantado el sitio de Volpiano, y recobrado Pomario con muerte de su guarnicion. Tomó tambien otros castillos, y los fortificó para refrenar al enemigo, que hacia excursiones por todas partes. Despues puso sitio á Sancia con mayor ánimo que prudencia, faltándole dinero para la paga de los soldados, pues ni se lo enviaba el César, ni tenia de donde sacarlo; por lo qual se dispersó gran parte del ejército, y desistió de la empresa comenzada, no sin alguna pérdida, habiendo muerto de un balazo Don Ramon de Cardena, valeroso Capitan. Hay quien dice que el dinero fué detenido por astucia de Ruy Gomez, emulo del Duque de Alba. No cesaba éste de amonestar que no convenia agotar el Erario en una guerra inútil, que en breve habia de componerse. En-

tretanto llegó Aumale, á quien el Rey de Francia envió á toda prisa con un socorro de tropas para que hiciese frente á un General tan esclarecido como el Duque de Alba. Acometi6 á Volpiano con todas sus fuerzas, á fin de borrar la anterior mancha. Fuéron continuas las peleas en la brecha del muro, en las quales quedáron muertos Garcilaso de la Vega, hermano del Conde de Palma, y Pedro de Silva, jóvenes intrépidos con una buena parte de la guarnición. La restante fué enviada libre con todos sus bagages, habiendo entregado la ciudad Don Manuel de Luna, que por medio del campo enemigo habia introducido en ella socorros. Despues de esto escaláron los Franceses una noche á Moncalvi, y la tomaron. Retir6se la guarnicion á la fortaleza, en ademan de dar alguna prueba de valor; pero apénas fué batido ligeramente el muro, se escapáron de allí con vergonzosa cobardía, ántes que viesen al enemigo. El Gobernador Christoval Diaz se presentó con doscientos Españoles á Don Alvaro de Sande, que defendia á Ponte-Stura de órden del Duque de Alba, y procuró disculparse del hecho; pero habiéndole reprehendido con palabras muy ásperas, le hizo ahorcar al instante, y despoj6 de sus armas á los soldados, arrojándolos del campo como á gente deshonorada, y oprobrio de la milicia Española.

Partió despues el Duque de Alba á Nápoles por mandado de Don Felipe, sin que hubiese adquirido mucha fama en esta guerra, y le substituyó en el gobierno de la Lombardía el Cardenal de Trento. El mando de las tropas fué encargado á Castaldo y á Pescara, General de la caballería. Orgullosos los Franceses con tan prósperos sucesos, intentáron tomar por un ardid á Ancisa, pero los vendió una espia doble, y un gran número de ellos fuéron muertos en una emboscada. Por este tiempo fué acusado Gonzaga de grandes crímenes, los quales disimuló el César en consideracion á sus extraordinarios méritos; pero le separó de los negocios publicos, y le mandó retirarse á Nápoles, dándole á San Severino y otros pue-

blos para sustentar su vejez con dignidad y descanso. Examinada la causa no quedó sin castigo la malicia de sus acusadores, y Juan de Luna, que era uno de ellos, se pasó á los Franceses ántes de pronunciarse la sentencia. Don Alonso Peixoto, noble Valenciano, fué nombrado Gobernador de la fortaleza de Milan en lugar de Gonzaga.

Al mismo tiempo se hallaban los Seneses gravemente estrechados por la falta de viveres; pero sin embargo resistian á los sitiadores, y aun les hicieron algunos daños. Mas como el hambre se aumentase cada dia, salieron de la ciudad una noche los Alemanes con parte de los habitantes, caminando con gran silencio. Pero los Imperiales excitados por los clamores de sus centinelas, los acometieron á obscuras, y peleáron unos y otros á la manera de los Andabatas. Para escapar los Seneses de las manos de sus enemigos con la menor pérdida posible, abandonaron sus bagages, segun lo afirma Natal Comite, á quien se debe mayor crédito, porque en aquel tiempo se hallaba en el campo. Fué arrojada tambien de la ciudad la turba inutil para la guerra, y rechazada por el enemigo dentro del foso, causó un lastimoso espectáculo. Por último, fué vencida Sena por el hambre, que es la mas poderosa arma, habiéndola faltado el socorro y la esperanza de tenerle, y despues de haber apurado hasta las yerbas que nacia dentro de los muros, capituló la entrega el dia veinte y uno de Abril. Busieres, autor muy franco en las alabanzas de su nacion, afirma, que el Capitan Monluc y los Franceses se abrieron camino con la espada por medio de los Reales enemigos, cuyo hecho no hay ninguno que le apoye. Lo cierto es que Monluc salió con muy honrosas condiciones, y Mariñan le dió cincuenta mulas para transportar los bagages de su gente. Seguiánle ochocientos Seneses, dexando casi desiertas las casas, y una turba de mugeres, muchachos y niños con algunos cortos muebles. En las condiciones se concedió indulto á los habitantes, sin exceptuar los proscriptos, y se estipuló que no se to-

caría á sus bienes y haciendas , quedando todo lo demas al arbitrio del César. Entró en la ciudad una guarnicion Imperial , y se conduxo á ella gran cantidad de víveres , y de este modo fuéron conservados , por la clemencia de los vencedores , aquellos á quienes su obstinacion habia reducido á tal extremo , que se caian muertos por las calles y caminos.

Inmediatamente recayó todo el peso de la guerra sobre Puerto Hércules , de donde se escapó Estroci en una galera , con el auxilio de las tinieblas de la noche. Despues de tres asaltos penetráron en la ciudad los Imperiales con espada en mano , haciendo grande estrago en la guarnicion que la defendia , y quedáron prisioneros algunos desterrados , entre los quales Alexandro Salviati fué degollado por orden de Cosme. Contribuyó mucho Doria al feliz éxito de esta empresa , y hizo degollar en la proa de una galera á Gerónimo Fiesco por el antiguo odio que tenia á su familia. El Tuano dice , que habiéndole cosido en un saco , fué sumergido en el mar. Entretanto llegó á aquellas costas la armada Otomana , y desembarcó en ellas un poderoso esquadron , que la mayor parte se componia de Genizaros , hombres robustos y endurecidos en los trabajos de la guerra ; pero habiendo sido rechazados á las galeras por el valor de Leon Santi , navegáron á Córcega. En esta Isla se hallaba Calvi sitiada por las armas Francesas , y habiendo llegado Doria con su armada , la libertó del peligro , y puso en fuga á la armada Francesa mandada por Polini. Mandó arrasar las murallas de San Florencio , que servia mas de gasto que de utilidad. Pero con la llegada de la armada Otomana recobraron el ánimo los Franceses , y sitiáron á Calvi por dos partes , y la combatiéron con mejor esperanza. Acometiéron la ciudad con gran griteria por la brecha que habian abierto en el muro , y fuéron recibidos por los Imperiales con invencible constancia y denuedo. Los mas audaces fuéron derribados con la lluvia de balas que caian sobre ellos , y con los golpes de las picas , y los demas fuéron rechazados:

volviéron á renovar la pelea por dos y tres veces, con grande obstinacion, pero siempre en vano. Finalmente vencidos, y puestos en fuga los Franceses y los Turcos con mucha ignominia y pérdida, levantáron el sitio, y se volviéron poco alegres los Otomanos á Constantinopla, y los Franceses á Marsella. Despues que Marifian fué recompensado por el Duque Cosme con grandes regalos en premio de las heróycas hazafias que habia hecho en Toscana, se volvió á Milan, y murió en breve repentinamente. Su cuerpo fué sepultado con gran pompa en la Catedral en un túmulo de mármol.

Luego que se concluyó la guerra de Toscana, se empezó á sembrar la semilla de una nueva guerra que meditaba el Pontífice para satisfacer su antiguo odio contra los Españoles y contra los Colonas; y al mismo tiempo para ensalzar la familia de los Carrafas con opulentos Principados, sacando utilidad del daño ageno. Por esto dice ingeniosamente un escritor Frances, que dió muestras no de padre pacífico, sino de indulgentísimo tío para con los suyos. El primer impulso de su ira recayó sobre el Cardenal de Santa Flor, á quien encerró en el castillo de San Angel, con el pretexto de que su hermano Cárlos Sforcia, que servia al Rey de Francia con dos galeras, las habia sacado de Civita-Vechia, para pasarse con ellas al partido del César, y no le puso en libertad hasta que las galeras fuéron restituidas al Puerto. Todavía no habia intentado cosa alguna contra los Colonas, pero daba claros indicios de las ideas que revolvia en su ánimo.

CAPITULO II.

*RENUNCIA EL CESAR LOS ESTADOS DE ESPAÑA
Y DE FLANDES EN DON FELIPE SU HIJO; Y EL
IMPERIO EN SU HERMANO DON FERNANDO. DE-
CLARASE EL PONTIFICE CONTRA LA ESPAÑA
Y SUS ALIADOS.*

El César que por la grandeza de su Imperio, y por sus esclarecidas hazañas, se veia elevado á una fortuna superior á la naturaleza humana, tocó la retirada en medio de la carrera de sus victorias como lo tenia pensado mucho tiempo ántes. Así pues, habiendo llamado de Inglaterra á su hijo Don Felipe, convocó en Bruselas una junta de todos los Estados para el dia veinte y cinco de Octubre, á fin de despojarse de la mayor parte del orbe, y vivir de allí adelante para sí mismo, y para Dios. Concurriéron en este dia muchos caballeros del Toyson de oro, de cuya orden creó solemnemente por Maestre á Don Felipe. Despues de comer, pasó á una gran sala de Palacio, acompañado de todo el Senado, y de un extraordinario concurso de Embaxadores, Grandes y Nobles, y se sentó en medio de los Reyes Don Felipe, y Maximiliano. A los lados de estos se hallaban las tres Reynas, Doña Maria de Hungría, Doña Leonor, y Doña Maria de Bohemia, y en el ultimo asiento Christina de Lorena, y Filiberto de Saboya. Callaban todos, quando el César mandó á su Consejero Filiberto de Bruselas, que leyese en alta voz una Cédula escrita en lengua latina que le entregó, pues en ella descubria sus intenciones, y el proposito que habia hecho de retirarse, añadiendo las razones que le movian á ello, y juntamente trasladó en Don Felipe su hijo, todo el dominio de Borgofña y Flandes, y mandó que sus habitantes le prestasen juramento de fidelidad, absolviéndolos del que le tenian hecho á él. Levantóse despues

apoyando su mano derecha sobre el hombro de Scipion, y la izquierda sobre el del Príncipe de Orange, y leyó un papel, que llevaba escrito para aliviar la memoria, en que referia todas las cosas que habia hecho desde la edad de diez y siete años; y que no siendo suficientes sus fuerzas quebrantadas ya con las enfermedades y trabajos para sostener el peso de tan grande Imperio, habia determinado en beneficio público renunciar los reynos, y en lugar de un viejo cercano al sepulcro, substituir un jóven robusto, y exercitado en regir y gobernar los pueblos desde la edad mas tierna, para que separado él de los negocios del siglo, se dedicase lo que le restaba de vida, á los exercicios de la piedad, y á disponerse con tiempo á la muerte que no podia estar muy léjos. Exhortó á todos á que guardasen á su hijo la fidelidad, y amor que á él le habian tenido hasta entónces: que defendiesen constantemente la Religion Cathólica, mirando siempre por la conservacion de la Iglesia, y finalmente les rogó le perdonasen con benignidad las faltas y errores que habia cometido en el gobierno. Volviéndose despues á su hijo, le encargó encarecidamente, como uno de sus principales cuidados, el patrocinio y defensa de la Religion Cathólica; la observancia de las leyes y de la justicia, y el amor á sus pueblos, con lo qual seria feliz en todas sus empresas. Entónces Don Felipe descubierta la cabeza, y poniéndose de rodillas á sus pies, con mucho respeto, dixo, que confiado en el auxilio divino, y instruido con los consejos de su querido padre, procuraria corresponder á las esperanzas que de él habia formado. Despues de esto, habiendo besado la mano derecha á su padre, y abrazádole éste, le puso la mano en la cabeza, y fué proclamado Príncipe de Flandes con la fórmula acostumbrada, haciendo la señal de la cruz en nombre de la Santísima Trinidad. No pudo el César contener las lágrimas en este lance, y prorrumpiendo en llanto todos los que estaban presentes, les dixo que se compadecia de la suerte de su hijo amado, que se echaba sobre sus hombros un peso tan enorme. Dicho esto, y hallándose en pie Don Felipe,

habló á la junta algunas pocas palabras en Frances, y mandó al Obispo de Arras que hablase por él, y que asegurase de su buena voluntad á los fidelísimos Flamencos, á los que apreciaba mucho como que eran cabeza de su patrimonio. El Obispo en una elegante oracion manifestó la gratitud y reconocimiento de Don Felipe á su buen padre, y su grande amor á los Flamencos; y concluyó deseándoles todo género de prosperidades en el gobierno de un Príncipe de tan singular prudencia. Tomó la palabra Jacobo Massio, Consejero Real, y respondió en nombre de los Estados de Flandes, que los Flamencos se dolian mucho de verse privados del patrocinio del César; pero que habiendo sido trasladado en Don Felipe, redundaba en gran beneficio de la Nacion Flamenca, tan benemérita de la Casa de Austria, y que seria inalterable su obsequio, y su amor á tan buen Príncipe. Tambien renunció Doña María de Hungría el Gobierno de Flandes, que habia obtenido por espacio de veinte y cinco años; asegurando que habia gobernado aquellos Estados del modo que le habia parecido mas conveniente al bien de su hermano y del público en unos tiempos tan calamitosos; pero que si por la humana flaqueza no habia podido conseguirlo, les pedia encarecidamente el perdon de las faltas; el qual esperaba le concederian benignamente los Flamencos, por cuyo bien y utilidad, se habia desvelado tanto. Respondióla el mismo Massio, alabando su prudencia, su vigilancia, su fortaleza, y las demas virtudes de su gobierno; y finalmente en nombre de todos los estados la dió muchas gracias por los beneficios, que habia hecho al publico, los que nunca podrian borrarse de la memoria de los Flamencos. Concluido este acto, se disolvió la junta; y apoyándose el César en el hombro del Principe de Orange, se retiró de la Sala. Al dia siguiente los Diputados de las Provincias hicieron el juramento de fidelidad á Don Felipe, y le besaron la mano en señal de obsequio y obediencia. El dia diez y seis de Enero del año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y seis, convocó el César en la misma Sala á todos los

Grandes de España, y con igual solemnidad renunció en Don Felipe los reynos de España, sus islas y Provincias de nuestro orbe, y del nuevo; así las que poseía por derecho hereditario, como las que había conquistado, y dirigió cartas á las principales ciudades, dándoles noticia de esta renuncia. Finalmente para emprender su viage á España, envió por medio del Príncipe de Orange el cetro y corona Imperial á su hermano Don Fernando, habiendo ántes dado noticia de su abdicacion á los estados del Imperio Germánico. De este modo aquel inclito César, tan grande por sus esclarecidas hazañas, despojándose del mas elevado fausto de la grandeza humana, comenzó á ser mucho mas excelso, y adquirir mayor nombre con haber renunciado el Imperio, que con haberlo adquirido.

Al mismo tiempo volvió Doña Maria Reyna de Inglaterra á tratar de la concordia de los Príncipes; y no fueron del todo inútiles sus esfuerzos, por los eficaces oficios del Cardenal Polo. Juntáronse en un Monasterio cerca de Cambray los Ministros, con amplios poderes para concluir la guerra. Pero no siendo fácil establecer una paz sólida y permanente, porque cada uno creía que su causa era mas justa que la de su adversario, conviniéron únicamente en que se hiciesen treguas por cinco años; en cuyo tiempo cesarian las hostilidades por mar y por tierra: que cada uno retuviese lo que había ganado en la guerra anterior, y que fuesen puestos en libertad los prisioneros, mediante la suma que se estipulase. Ajustóse este tratado el dia cinco de Febrero, y de allí á poco tiempo fué ratificado con juramento por los Príncipes, y publicado en diversas partes.

El Pontífice se hallaba dudoso entre la guerra y la paz, y no acertaba á resolverse. La falta de fuerzas y el miedo le retraian de la guerra; pero las instigaciones de los Carrafas le inclinaban á aborrecer la paz. Entre estos sobresalía Cárlos, que trasladado desde la milicia de Malta á la dignidad Cardenalicia, se había hecho dueño de la voluntad de su tío: disponia de los negocios á su antojo, y inclinaba el ánimo in-

— constante del Papa, á la parte que mas le acomodaba. Aborrecia Carlos en extremo á los Españoles, y fácilmente atrajo á su parecer al viejo Pontífice, que se acordaba todavia de las injurias que en otros tiempos le habian hecho. Así pues, para irritarlos, comenzó á perseguir á los Colonas sus amigos y Clientes, despues que hizo otro tanto con la familia del Cardenal de Santa Flor. Excomulgó á Antonio Colona, y le despojó de sus estados, porque habiéndole mandado comparecer en Roma á responder á los cargos que le hacia, rehusó obedecerle. Prohibió tambien á Doña Juana de Aragon su madre, que saliese de su Palacio, pero esta muger de ánimo varonil, despreciando el mandato de aquel viejo irritado, se escapó y fué á juntarse con su hijo. El Pontífice trasladó inmediatamente en Juan hijo mayor de su hermano, el Principado que habia quitado á Antonio Colona, y le dió el título de Duque de Paliano. Este pueblo que los Colonas habian comenzado á fortificar, le aseguró el Papa con nuevas obras, y le proveyó de víveres y de todo género de municiones de guerra, olvidándose enteramente de su fama y buen nombre. Entretanto envió el Cardenal Carlos á Anibal Rucilli con cartas para el Rey de Francia, en las que procuraba atraerle al partido de la guerra que meditaba; y aunque sobre admitir esta propuesta fueron diversos los pareceres del Consejo Real, venció al fin el Cardenal de Lorena, que se dexó arrastrar de sus particulares afectos, con el especioso pretexto de defender al Vicario de Christo iniquamente oprimido. Decretóse que el mismo Cardenal de Lorena, y el de Tournon, (aunque éste ciertamente contra su voluntad, pronosticando tal vez los males que de ello amenazaban á Francia) marchasen con presteza á visitar al Pontífice, que estaba inclinado á la guerra, habiendo hecho con él una secreta alianza de armas, y se retiraron á Francia aparentando que no habian convenido en cosa alguna. En el camino ganáron á su partido al Duque de Ferrara, ofreciéndole el mando de las armas.

— Orgulloso el Pontífice con la esperanza de estos

socorros, comenzó á interceptar los correos públicos, y á poner en prision á los Colonas, á los Imperiales, y promiscuamente á los que se hallaban favorecidos del Rey de España, y á juntar tropas, y hacer otros preparativos. Encerró tambien en la cárcel á Garcí-Laso de la Vega hijo de Don Pedro, enviado por Don Felipe, para que procurase desvanecer la guerra, y que aplacando el Papa su ira, dexase de perséguir á los vasallos de España. La causa de esta prision fué una carta escrita por el mismo Garcí-Laso, con caracteres desconocidos, interceptada por el Cardenal Carlos, y en la que se hacia mencion de Ascanio de la Corne, que despues de una breve prision habia sido puesto en libertad por el Rey de Francia, á instancia de su tio, y por este tiempo militaba baxo las banderas del Pontífice. Para evadirse de su ira (porque habia dado orden de que le llevasen preso á Roma) se huyó al Duque de Alba, quien le recibió honoríficamente, aunque para mal del Cardenal Fulvio su hermano, que como si fuese autor de la fuga, fué preso en el Castillo de San Angel, y pagó la pena de la agena culpa. El Marques de Sarria Embaxador de España, cerca del Pontífice hubiera tenido la misma suerte, sino se hubiese escapado de Roma, y pasado á Flandes, para dar cuenta á Don Felipe de tan extraña conducta. Finalmente ningun Español, ni ninguno que en otros tiempos hubiese sido afecto á los Españoles, se hallaba seguro en Roma.

El Duque de Alba juntaba tropas en Nápoles de orden del Rey Don Felipe, para hacer la guerra al Pontífice, que tenia desiguales fuerzas en caso que no desistiese de sus intentos; y á fin de emplear todos los medios suaves ántes de ponerse en marcha contra Roma, envió al Pontífice á Pirrho Lofredo, noble Napolitano, para ver si era posible componer aquella discordia. Habiéndole dado audiencia, se leyéron en ella las cartas que escribia el Duque de Alba al Papa y los Cardenales; y luego que las oyó aquel hombre poseido en extremo de la ira, insultó al Enviado con palabras muy picantes, y aun le amenazó que le haria

ahorcar. Pero no olvidándose Lofredo de su carácter, le respondió con suma entereza, que estaba dispuesto á dar la vida por el Rey Don Felipe, la que perderia de buena gana en aquella embaxada, ántes que tolerar cosa alguna que fuese contraria á su dignidad. Pusieron en medio algunos Cardenales, á fin de que con el ardor no se le escapase alguna palabra, que irritase mas el ánimo del Pontífice; el qual aplacado algun tanto por sus ruegos, se contentó con ponerle en prision, sin respeto alguno al derecho de las gentes, y no le sacó de allí hasta que se ajustó la paz en el año siguiente. Para dar la última mano á la alianza Francesa, pasó el Cardenal Carlos á visitar al Rey Enrique, que que todavia estaba dudoso, y fluctuante sobre el partido que debia tomar, pero le atraxo al suyo con un estudiado discurso, en el qual mostrándose liberal con lo ageno, le confirmó en la esperanza que tenia de apoderarse del Reyno de Nápoles. Ofreciale tambien en prendas algunas ciudades fortificadas del dominio Pontificio, y aun el Castillo de San Angel, con tal que se apresurase á hacer la guerra para arrojar á los Españoles de Italia. Ultimamente para quitarle todo escrúpulo acerca de la obligacion de observar las treguas, que poco tiempo ántes habia pactado, le absolvió del juramento este hombre perverso, y aprobó el perjurio. Los mismos Escritores Franceses no dexaron de censurar la iniquidad con que el Rey juró esta nueva alianza, atribuyendo la culpa á los Guisas, y á Diana de Poitiers, aquella Medea de la Corte.

Concluida esta negociacion, volvió á Roma Carlos, llevando consigo á Pedro Estroci para servirse de él en la guerra. Entretanto ponía el Pontífice todo su cuidado en sublevar á los Principes de Italia contra los Españoles, enviando á este fin Legados á diversas partes, quando llegó á su noticia que los Farnesios habian vuelto á la gracia de Don Felipe, y que habia restituído á Octavio la ciudad de Plasencia, y los demas bienes que ántes se le quitáron. Sintiólo esto altamente, y para desahogar su ira contra ellos, envió al momento á Antonio Tolentino, con un esquadron de

gente armada para que se apoderase de Castro; pero no pudo conseguirlo, y se vió obligado á retirarse con ignominia. En vano solicitó el Pontífice á los Venecianos á que entrasen en la alianza de sus armas, ofreciéndoles que no quedaria sin premio el auxilio que le diesen, y sus fútiles promesas no pudieron retraher á aquellos varones prudentísimos del deseo de conservar la paz.

La tranquilidad de Sena, que parecia estar en próximo peligro, fué asegurada por la prudencia del Cardenal de Burgos Don Francisco de Mendoza. Consiguió con sus exhortaciones que los ciudadanos reedificasen de nuevo la fortaleza, á fin de evitar los gastos que cada dia eran necesarios para mantener una numerosa guarnicion; y porque padecian escasez de trigo, hizo conducir de Sicilia y de la Pulla una inmensa cantidad de granos, y de este modo retuvo en la debida obediencia á una ciudad que estaba muy próxima á padecer los anteriores males. El Duque Cosme creyó que no debía dormirse en la tormenta que amenazaba, y que corria sobre su cabeza, sino que debía precaverse con tiempo, para lo qual tomó á su sueldo una legion de Alemanes: fortificó á Pisa y otras ciudades con mas poderosas guarniciones, y hizo todos los demas preparativos convenientes, á fin de precaver qualquiera invasion. Tambien se procuró asegurar la Lombardía contra la fuerza declarada, y las ocultas asechanzas de los Franceses, que á toda prisa caminaban á Italia.

El Duque de Alba, para conseguir con la espada la paz que habia intentado en vano por otros medios, sacó sus tropas de Nápoles el dia primero de Septiembre. Componíanse de nueve mil infantes y dos mil caballos; mucha parte de la nobleza se alistó para militar á sus expensas, y Bernardo de Aldana dirigia la artillería. Luego que entró este ejército en los dominios pontificios, se apoderó al instante de Frusinon, situado en una altura que habia sido abandonada por su guarnicion, y recobró algunos de los pueblos de Antonio Colona. Envioó con parte de

las tropas á Vespasiano Gonzaga , y á Don García de Toledo para que hiciesen la guerra por diversos parages , y tomaron unas por fuerza , y otras por voluntadaria entrega muchas ciudades y pueblos , cuyos nombres no permite referir la brevedad que nos hemos propuesto. Anagni , capital de los antiguos Hernicos , por la cobardía de su guarnicion que se escapó una noche , fué hecha presa del soldado vencedor contra la voluntad del General. Causó esto en Roma un gran terror y consternacion , porque aun no se les habia olvidado el asalto de Borbon. Acudieron los Cardenales al Pontífice , le rogáron , suplicáron y amonestáron que deponiendo su ira , se dignase dar oídos á los Españoles que pedian la paz , la qual de otro modo se veria forzado á hacer con ignominia y pérdida. Ofreciéronle sus auxilios , y aun le prometieron que veria al mismo Duque de Alba , que le insultaba impunemente , postrarse á sus pies , y pedirle no solo la paz sino el perdon. Conmovido el Pontífice con estas razones , y aterrado del peligro que veia tan cercano , envió á Fray Thomas Manrique del Orden de Santo Domingo , ilustre por su nacimiento y opinion de santidad , á fin de que tratase de la paz con el Duque de Alba con las mas honrosas condiciones que pudiese. Este Religioso despues de haber conferenciado con Don Francisco Pacheco , hermano del Marques de Cerralvo , volvió á Roma con grandes esperanzas de que se compondria la discordia , viendo que el Duque de Alba estaba verdaderamente inclinado á la paz. Acordóse que se juntasen en Frascati el Cardenal Carlos , y el Duque de Alba , pareciendo que este era el medio mas expedito de ajustar la paz. Acudió el Español al lugar señalado , pero no el Cardenal , porque se habia mudado la voluntad del Pontífice , y con esta astucia solo intentaba ganar tiempo para recibir los socorros de Francia , y sacar despues sus tropas á campaña.

Habiendo quedado burlado el Duque de Alba , y mofado en Roma Pacheco , continuó la guerra con mucho mas vigor que se habia hecho hasta entónces.

Tomáron los Españoles á Palestrina , Tivoli y otras ciudades , y los de Ancio arrojando la guarnicion Pontificia , se entregáron á los Colonas. La proximidad de los enemigos hizo emplear todos los cuidados en fortificar la ciudad. Arruináronse con grande estrago todas las casas de campo y demas edificios que habia en las cercanías , y los ciudadanos fluctuando entre la esperanza y el temor , se lamentaban de la pérdida de sus bienes. Guarnecian á Roma dos mil Franceses , que habian venido á las órdenes de Montluc , el qual se hizo célebre en la guerra de Sena. Mandaba el esquadron de la caballería Baltasar Rangoni , á quien sorprendió en una emboscada Joseph Cantelmo , y le hizo prisionero con muchos de sus compañeros. Entretanto se acercáron las tropas á la ciudad , y se fortificáron los puestos oportunos ; porque la intencion del Duque de Alba era impedir que entrasen en ella viveres algunos , y obligarla á la paz con el hambre , y no con la espada. Con este designio sitió á Ostia , y se apoderó de ella , aunque no sin trabajo , y á costa de alguna sangre. En la boca opuesta del rio levantó un castillo , para que no recibiese socorro alguno por el mar. Al mismo tiempo Antonio Carrafa habiendo reclutado tropas en la Marca de Ancona , molestaba las fronteras del reyno de Nápoles para alejar de Roma al Duque de Alba. Pero le arrojó de allí Fernando Lofredo , Marques de Trevici , que gobernaba la Basilicata , y se retiró prontamente á Ascoli , sin que acaeciese cosa alguna de importancia en aquellas partes. Por la mediacion del Cardenal de Santa Flor se pactáron treguas por algunos dias , las que se prorrogáron hasta quatro con utilidad de ambas partes , habiendo solicitado el Cardenal Carlos tener una conferencia con el Duque de Alba , el qual despues de haber guarnecido las ciudades fortificadas , regresó con sus tropas á Nápoles á principios de Diciembre.

CAPITULO III.

*VIAGE DE CARLOS V. A ESPAÑA Y SE RETIRA
AL MONASTERIO DE YUSTE. MUERTE DE SAN-
TO TOMAS DE VILLANUEVA. DE SAN IGNACIO
DE LOYOLA Y DE OTROS VARONES ILUSTRES.
SITIO DE ORAN POR LOS TURCOS.*

Mientras que acaecian estas cosas en la Italia el magnánimo Carlos, despues de haber renunciado todos sus reynos y dominios, pasó á Sudeburg para embarcarse á España, acompañándole el Rey Don Felipe su hijo, y el Duque de Saboya. Despidióse de ellos con muchas lágrimas, y se hizo á la vela en la armada con las Reynas Doña Leonor y Doña María el dia diez y siete de Septiembre, siguiéndole por obsequio algunas naves Inglesas. Arribó felizmente, y con favorable navegacion al puerto de Laredo, y luego que puso el pie en tierra la besó, diciendo: „Salve, madre comun de todos los mor-
„tales, á ti vuelvo desnudo y pobre del mismo mo-
„do que salí del vientre de mi madre. Ruégote que
„recibas este mortal despojo que te dedico para
„siempre, y permite que descanse en tu seno hasta
„aquel dia que pondrá fin á todas las cosas huma-
„nas.“ Despues de esto, besando un crucifixo, que acostumbraba llevar en el pecho, dió gracias á Jesu Christo de que le habia concedido llegar con felicidad al colmo de sus deseos. Concurrió á esperarle la principal nobleza y los Diputados de las ciudades, y fué recibido de todos con extraordinaria alegría; y habiéndolos tratado con grande humanidad, les dió muchas gracias por sus obsequios. Desde allí acompañado de sus hermanas, vino á Valladolid, donde se educaba Don Carlos su nieto al cuidado de Honorato Juan, noble Valenciano, y le abrazó con mucha ternura, exhortándole á la virtud y á la piedad.

Pasados algunos dias , se despidió de sus hermanas , y de su hija Doña Juana , á quien amaba en extremo , y marchó al Monasterio de Yuste del Orden de San Gerónimo , distante ocho millas de Plasencia , donde se encerró en una celda , que ántes habia mandado edificar , para vivir entre los espíritus celestiales ántes de dexar la compañía de los hombres. De todos los criados que tenia se quedó únicamente con doce para las cosas mas indispensables , y un solo caballo con algunas pocas alhajas , y de este modo llenó Dios enteramente el corazon de aquel hombre , que parecia no caber en todo el mundo.

En España todo se hallaba quieto y tranquilo. Solo los piratas Moros infestaban de continuo las costas marítimas con mayor estrépito que daño. El estrago que habian hecho en la isla de Mallorca , le vengaron los isleños en el año anterior , habiendo recobrado la presa. En este año acaecieron muertes ilustres y dignas de memoria. El día ocho de Septiembre pasó á la bienaventuranza Santo Thomas de Villanueva Arzobispo de Valencia. Asistió á su entierro con verdaderas lágrimas toda la ciudad , que se veia huérfana de tan caritativo padre. No hay necesidad de referir aquí las heroicas virtudes con que exerció su ministerio , quando el Papa Alexandro VIII. le canonicizó solemnemente. Resplandeció sobre todo este varon santísimo en el zelo por la defensa de la libertad eclesiástica , y restablecimiento de su disciplina , y en la caridad con los pobres y afligidos , de tal manera que despues de haberles repartido hasta sus cortos muebles , hallándose próximo á morir , mandó á un padre de familias necesitado , que se llevase su cama , que era lo que únicamente le habia quedado , y que le pusiesen en el suelo sobre una estera. Rehúsáron sus domésticos hacerlo , y entonces le pidió á aquel hombre con humildes ruegos que le dexase descansar un rato en la cama hasta que espirase ; y de este modo murió en cama agena aquel que miéntras vivió no tuvo cosa alguna propia. Mando que le enterrasen en la Iglesia de nuestra Señora del Socorro

de Religiosos Agustinos , extramuros de Valencia. Entre otros monumentos de su piedad edificó y dotó algunos Colegios , siendo el principal de todos el de la Presentacion de María Santísima , que vulgarmente se llama de Santo Thomas , del qual han salido varones insignes en piedad y sabiduría. Todavía se conserva en el palacio arzobispal su pequeña biblioteca , y los hombres doctos hacen grande aprecio de los sermones latinos de este Santo verdaderamente piadosos , y de una sólida eloqüencia. Sucedióle Don Francisco de Navarra Obispo de Badajoz. En este mismo año pasó de esta vida á la eterna San Ignacio de Loyola , despues de haber fundado la Compañía de Jesus para ganar almas á Dios , cuya mayor gloria habia buscado siempre. Sus socios continuáron con gran zelo en tan loable ministerio , y es muy digna de admiracion la rapidez con que se propagó su instituto , para infinito bien de todos los fieles. Pocos años despues fué canonizado solemnemente por el Papa Gregorio XV. Sucedióle en el Generalato el Padre Diego Laynez Español , ilustre por la fama de su sabiduría y santidad. En Madrid falleció Don Fray Bartholomé de las Casas , natural de Sevilla, del Orden de Santo Domingo , á los noventa años de su edad. Trabajó infatigablemente en libertar de la servidumbre á los Indios oprimidos contra toda justicia , y consiguió con sus representaciones y zelosos discursos que el César declarase la libertad de aquellos miserables hombres , ó por mejor decir que ratificase la que les habia declarado Don Fernando el Cathólico. Fué electo Obispo de Chiapa , pero permaneció poco tiempo en su Diócesis , porque no podía tolerar que los naturales fuesen tratados tan indignamente por los Españoles corrompidos de la avaricia. Habiendo renunciado el Obispado , se volvió á España , donde en algunos escritos que publico no cesó de reprehender la crueldad de los Españoles , con mas vehemencia y ardor de lo que convenia , incitando sin duda por el amor que tenia á aquella gente desgraciada , como se colige claramente de otros es-

critores , que fuéron testigos oculares de las cosas dé América. Murió tambien por este tiempo Don Gu- tierre de Carvajal Obispo de Plasencia , y fué sepul- tado en Madrid en la capilla que él mismo habia edifi- cado , donde se ve su sepulcro de mármol con un epitafio en lengua vulgar. Fray Juan de Muñatones del Orden de San Agustin , y familiarísimo amigo de Santo Thomas , sucedió en la Diócesis de Se- gorve á Don Gaspar Borja. Dos años ántes habia fallecido Don Martin Gurrea Obispo de Huesca , y fué electo en su lugar Don Pedro Agustin , hermano del Grande Antonio. Por muerte de Don Pedro Ma- nuel Arzobispo de Santiago , sucedió en esta Iglesia Don Juan de Toledo , trasladado de la de Burgos.

En el año anterior se perdió en Africa la ciudad de Bugia , habiéndola tomado Salac Gobernador de Argel á los quarenta y cinco años que fué conquista- da de los Moros por Pedro Navarro en tiempo del Rey Don Fernando. El Gobernador Alonso de Pe- ralta pactó su libertad y la de doce compañeros , y los demas habitantes de la ciudad fuéron hechos cau- tivos. Pero inmediatamente que el autor de esta mal- dad llegó á Valladolid para disculparse del hecho, fué degradado en medio de la plaza , y despues le cortáron la cabeza. Al mismo tiempo perseguia á los piratas Moros Pedro de Acuña Portugues , que cor- ria las costas con quatro galeras para alejar de ellas aquella peste. Salióles una vez al encuentro , aunque navegaban con doble número de buques ; pero sin que le aterrara la multitud de los enemigos , exhortó á sus soldados á que peleasen con denuedo. Trabóse una sangrienta pelea , y quedó la victoria por el va- lor , y no por el número. Muriéron muchos de los enemigos , y se les tomáron tres galeras con su ca- pitán Xamed. De los Portugueses muriéron qua- renta , cuya pérdida fué recompensada con la liber- tad de doscientos y treinta christianos , que estaban condenados al remo.

Habiendo regresado de Alemania Buhaz , fué so- corrido por el Rey de Portugal con dinero y cinco

navíos bien equipados , y llegando con estos cerca del Peñon de Velez en la costa de Africa , apénas habia tocado en tierra , quando arribó Salac con la armada , y se trabó una pelea. Apresó el pirata los navíos Portugueses , y los conduxo á Argel , sin haver aprecio alguno de los ruegos y súplicas de Buhaz , que habia corrido á él aceleradamente en una chalupa para dirimir la batalla. No atreviéndose pues , á permanecer en aquel parage por temor del Xerife , marchó por bosques y caminos extraviados á presentarse á Salac. Este pirata , que aun no se habia declarado , se dexó ablandar con dones y promesas , y restituyendo á Buhaz la presa , le acompañó con tropas para recuperar á Fez. Conduxo Salac de Argel seis mil Turcos y doce cañones de artillería , y en el camino se le juntó un valeroso esquadron , por odio que tenia al Xerife. Este pues , les salió al encuentro con un ejército bien ordenado de ochenta mil hombres entre infantes y caballos , y luego que estuviéron á la vista unos de otros , se pasáron á Salac algunas tropas de Turcos , con lo qual habiéndose trabado el combate , quedó Salac victorioso. El Xerife se puso en fuga , y inmediatamente se apoderó Buhaz de la ciudad. Pero el Argelino faltando á su palabra , hizo proclamar por Rey de Fez á Muley-Bucar hijo de Merino Oatar , á quien se decia le tocaba el reyno. Lleváronlo á mal los habitantes , que estaban inclinados á Buhaz , y fué causa de que tomasen las armas , y se sublevasen contra los Turcos. Consternado con esta novedad el nuevo Rey , sacó de la cárcel á Buhaz , y le entregó á los sublevados , y habiendo robado el tesoro Real , partió aceleradamente á Argel.

Proyectaba Salac acometer á Oran , á cuyo fin consiguió de Soliman quarenta galeras ; pero mientras disponia lo necesario para la empresa , murió de peste. Sucedióle en el gobierno por eleccion de los soldados de la guardia el renegado Assan , natural de Córcega , que llevó adelante con mucha diligencia el intento de su sucesor. Habia comenzado ya á batir la ciudad por mar y tierra , quando de improviso se re-

tiró sin saberse con certeza la causa. Unos dicen que le obligó el valor del Conde de Alcaudete, que defendía á Oran; y otros que se lo mandó Soliman, habiendo enviado á este fin al pirata Uluc-Ali para que levantase el sitio de una ciudad tan fuerte, y no se aventurase la reputacion de las armas Otomanas. Finalmente habiendo sido asesinados Assan el Corso, y su sucesor natural de Constantinopla, confirió Soliman el gobierno de Argel á Hassen hijo de Barbaroxa para daño del Xerife, con quien tenia una enemistad capital. Este pues, ardiendo en ira, no podia estar quieto en Marruecos, y juntando un ejército, peleó muchas veces con Buhaz con varia fortuna. Por último en una batalla que tuviéron cerca de la misma ciudad sobre que disputaban, fué muerto Buhaz atravesado de una pica; y luego que el ejército perdió á su Rey se puso en fuga, siguiéndole el enemigo hasta las puertas de la ciudad, y volvió esta otra vez á poder del vencedor. Pero viendo Hassen que con la fuerza no podia contrarrestar á un hombre tan poderoso, procuró hacerle matar á traicion. Tomó á su cargo esta empresa difícil y peligrosa un Turco muy atrevido llamado Hascen, el qual con doce compañeros se fué al Xerife, y sentó plaza en su guardia pretoriana, esperando la ocasion oportuna para executar su intento. Suscitóse pues un tumulto entre las compañías, porque no se les pagaba su estipendio, y Hascen con sus cómplices acometió al Xerife, que se hallaba sentado á la puerta de su tienda, y asesinó á este viejo guerrero, que tenia ochenta y cinco años. Pasemos ahora desde las costas de Africa al Continente de la América.

CAPITULO IV.

RENUOVA EN EL PERU FRANCISCO GIRON LA GUERRA CIVIL. ES DERROTADO Y DEGOLLADO EN LIMA. SUBLEVACIONES Y GUERRA DE LOS INDIOS DE CHILE. DESCUBRIMIENTO DE LA NUEVA VIZCAYA.

Continuaban todavía en el Perú las sediciones con grande insolencia, pues los del Cuzco libres del temor que les causaba el Presidente Gasca, volviéron á su natural inclinacion; y no pudiendo sufrir la severidad con que habian sido refrenados los desórdenes de los anteriores tiempos, tenian freqüentes conferencias para suscitar nuevas inquietudes. Las emulaciones y las antiguas enemistades mal reconciliadas, volvian á encenderse con mayor fuerza, y los adversarios de Hinojosa habian resuelto matarle, y solo esperaban la ocasion de poderlo executar sin peligro. Entretanto amonestado este por sus amigos para que se guardase, despreció sus avisos con una estúpida negligencia, lo que no tardó mucho en costarle muy caro. A mediados de la Primavera del año de mil quinientos cincuenta y tres acometió á su casa la multitud armada y le asesinó, habiéndole saqueado sus grandes riquezas. De aquí comenzáron los robos, muertes, y todo género de excesos con desenfrenada licencia. Unos fuéron puestos en prisiones, á otros les quitáron las armas, y todo era confusion y desórden. Para vengar tantas maldades se conjuráron Vasco Góndinez, y Baltasar Velazquez, hombres principales, matáron á Sebastian de Castilla, hijo del Conde de la Gomera, cabeza de la sedicion, y aprisionáron á muchos de sus partidarios. Algunos de ellos perecieron en la horca, y á otros les cortáron la mano izquierda. Guzman de Ega fué desquartizado, y el Cuzco parecia mas bien una carnicería que una ciu-

dad, en la qual entraron los Españoles con funesto principio. La Audiencia de Lima mandó á Alvarado Gobernador de la plaza, que pasase al Cuzco á sosegar aquellas turbulencias. A su llegada hizo poner en prision á muchos de los mas culpados, y aceleró sus causas y sus suplicios. De este modo se castigaron los delitos, y no se veia el fin de derramar sangre. Mas no por esto se quietaban los revoltosos acostumbrados á la maldad, y volvió al fin á encenderse la guerra civil, con fácil principio y con éxito lamentable. Su autor Francisco Giron arrebatado de la ambicion y de la codicia, que son pesimos consejeros, y olvidado enteramente de su ilustre nacimiento, hizo prender á Gil Dávila en medio de la alegría de un convite, porque con la autoridad que exercia se opuso á que exigiase algun servicio forzado de los Indios. Despues de esto distribuyó dinero á los soldados, deseosos de turbulencias, que hallaban su ganancia en las discordias civiles; con cuya liberalidad fué increíble el número de hombres venales que atraxo á su partido, dispuestos á todo género de atentados.

En esta vil turba se hallaban algunos sacerdotes, sumamente sediciosos, tanto mas detestables quanto mas olvidados estaban de la dignidad de sus personas, y de las obligaciones de su ministerio. Pero noticiosa la Audiencia de Lima de esta sublevacion, y de que ya amenazaba una guerra civil; para ocurrir con tiempo á tan grave mal, comenzó con grande actividad á juntar soldados, buscar caballos, prevenir armas, y todo lo demas necesario para la guerra. Estaba Giron resuelto á acometer ántes de ser acometido, y sacando sus tropas del Cuzco en la estacion del invierno, se puso en marcha á Lima. Los Realistas le saliéron al encuentro, y se acamparon en lugar oportuno para esperarle y derrotarle en una sola batalla. Mas penetrando Giron su intento, y viendo que si pasaba adelante le era preciso pelear con un enemigo superior á él en fuerzas, regresó al Cuzco aceleradamente desde la mitad del camino. Siguióle Meneses á largas jornadas con un expedito esquadron

destacado del ejército Real, y le tomó parte de sus bagages, y una grande cantidad de oro. Avisado Giron por un desertor del corto número de enemigos que le perseguia, les hizo frente y derrotó á Meneses en un combate. Este pues habiendo perdido cincuenta soldados entre muertos y prisioneros, se volvió al campo con su esquadron muy debilitado con las heridas.

Los que mandaban en el ejército Real estaban discordes en sus pareceres, y no resolvian de comun acuerdo cosa alguna. Unos creian que se debía usar de la fuerza, y otros de medios suaves. El Arzobispo de Lima y Santillana Presidente de la Audiencia, tenían opuestas ideas. Los Capitanes y los soldados á su exemplo, como si estuviesen inspirados de un maligno espíritu, estaban tambien encontrados y dispuestos á fomentar la discordia con increíble pertinacia. Pero entretanto que estos procedian con tanta lentitud, juntó Alvarado un ejército, y marchó al Cuzco contra Giron. Luego que se avistáron, hubo algunos ligeros combates, y muchas deserciones de una y otra parte, sin respeto alguno al juramento militar. Alvarado, contra el dictámen de los otros cabos, se habia obstinado en dar una batalla decisiva. Quánaventurado sea esto lo confirma con muchos exemplos la experiencia, pues los hombres caprichosos suelen obrar con mucha negligencia, si no se sigue su parecer, sin hacer aprecio alguno de la utilidad pública. Con efecto, habiendo dado la batalla al paso de un rio, peleó desgraciadamente, y miétras estaban en lo mas fuerte del combate, se apoderáron los Indios de los bagages de uno y otro ejército. No obstante fué benigna la victoria, y para atraer con la clemencia á los contrarios á su partido, hizo enterrar á los muertos y curar cuidadosamente á los enfermos y heridos, y finalmente trató á todos con mucha humanidad.

A este tiempo mudáron de semblante las cosas con la llegada á los Reales de los quatro Oidores de Lima, pues habiéndose puesto en marcha las tropas, obligáron á Giron, que se habia detenido en Andaguailas, á ponerse en fuga. Siguieronle con mucho te-

son, y sin detenerse en el Cuzco le alcanzaron cerca de Puchara. Luego que estuviéron á la vista hubo algunos ligeros combates de poca importancia; pero avisados los Oidores por un desertor de que serian acometidos de noche, sacaron del campo el ejército con gran silencio, y se encaminaron al lugar señalado, para rechazar á Giron que estaba muy ageno de esto. El suceso fué conforme á la esperanza, y pelearon en las tinieblas y obscuridad de la noche con mayor confusion que daño. Quedó Giron muy consternado y se retiró, ó mas bien huyó á su campo habiendo perdido ciento y cincuenta soldados. Durante la pelea, fué saqueado el campo de los Realistas por los Negros; pero acudió prontamente la caballería que los auyentó y pasó á cuchillo á muchos, y fué recobrada la presa. Apenas amaneció desampararon á Giron sus principales Capitanes, y se pasaron al ejército del Rey. Para impedir estas deserciones se puso de noche en marcha con silencio, y mientras se recogian los bagages, le abandonaron tambien un gran número de soldados. A vista de esta perfidia de los suyos, aceleró Giron su fuga, y Meneses le seguia muy de cerca para extinguir de una vez las reliquias de la guerra, habiéndose vuelto á Lima los Sacerdotes y Oidores. Despues de un largo camino, hizo prisionero á Diego de Alvarado, teniente de Giron, y á cien soldados y Negros, los cuales perecieron en la horca con los principales partidarios. Giron intentó huirse á Quito por caminos extraviados y largos, á fin de engañar al que le perseguia. Escapáronse los mas de los suyos, y eran muy pocos los que seguian su fortuna, de los que finalmente se halló desamparado, y peleando solo cerca del Tambo de Atunsaupa (así llaman en el Perú los mesones) fué hecho prisionero por Gomez Arias. Conduxéronle á Lima, y el dia seis de Diciembre de mil quinientos cincuenta y quatro le cortaron la cabeza. Su casa fué arrasada, y en su lugar se puso una columna con una inscripcion para que pasase á la posteridad la noticia de este infeliz suceso.

En ausencia de Valdivia fué turbada la tranquilidad de Chile, por la contumacia de los soldados y la insolencia de los Indios, y fué preciso el ocurrir con la fuerza á uno y otro mal. Luego que regresó Valdivia, peleó prosperamente con los bárbaros que aun se hallaban enfurecidos. Descubrió despues algunas regiones opulentas en hombres, armas y metales, y estableció colonias en ellas. Fortificó con mayor cuidado la ciudad que llamó Imperial en obsequio del Cesar, y la guarneció tambien con una fortaleza. Pero como quisiese obligar á aquellos hombres libres, y belicosos á padecer una total servidumbre, se levantaron contra él los habitantes del valle de Tucapel, y mostraron en esta ocasion lo mucho que se aventajaban á los demas en valor y en talento. Reflexionando estos con racional discurso sobre la mortalidad y flaqueza humana, hallaron que podian vencer á los caballos y sus ginetes, si no les dexasen en el combate tiempo alguno para respirar. Así pues, habiendo trabado la pelea, no acometiéron con todas sus fuerzas con estólida audacia, como acostumbran los bárbaros, si no que dividiendo su ejército en esquadrones, se sucedian en la batalla los unos á los otros. Quebrantadas las fuerzas de los Españoles con este género de combate, quedó al fin vencido y prisionero Valdivia, sin que se escapase de aquella calamidad ninguno de los suyos, á excepcion de un muchacho de Chile, que refirió puntualmente todo el suceso á Diego Maldonado, Gobernador del valle de Arauco. El General bárbaro Caupolican que tenia sentimientos de humanidad, creyó que convenia guardar al cautivo Valdivia; pero habiéndose sublevado sus soldados, le arrebataron al suplicio, que fué correspondiente á su culpa, pues le derramaron en la boca oro derretido, para que así como su ánimo se habia abrasado con la codicia del oro, fuese tambien con el oro quemado su cuerpo.

Luego que los Españoles tuviéron noticia de la desgracia de su General, se retiraron á la Concepcion, que estaba bien fortificada, sin atreverse á hacer

frente á los vencedores. Atravióse Villagran á acometerles; pero le costó caro, porque habiendo peleado con teson la mayor parte del dia, no pudo jamas romper el esquadron de los Indios, que combatiendo con gran denuedo y muy apiñados, rechazaban con sus picas á los caballos, que eran la principal fuerza de los Españoles. No pudo Villagran retirar de allí á su gente, que fatigada y llena de heridas apenas podia tener las armas en la mano, persiguiéndole los bárbaros con mucho estrago. De este modo habiendo perdido la mayor parte de sus soldados, se retiráron los demas con ignominia á la Imperial, que despues tuviéron que abandonar, por las continuas incursiones de los Indios. No podian estos permanecer quietos porque indignados de que se detuviesen tanto tiempo aquellos huespedes en su provincia, procuráron arrojarlos de ella por medio de mil peligros, llevando por General á Lautor valeroso Araucano. A estos males se juntaba la discordia de los Capitanes Españoles, que arrebatados de la ciega ambicion de mandar, pusieron aquellas Colonias en próximo peligro de su total ruina. En esta situacion tan crítica, sirvió de grande auxilio Villagran, que no se habia olvidado del honor Español. Resuelto pues á borrar la anterior mancha con su sangre ó la de los enemigos, acometió á los bárbaros con un pequeño esquadron ántes de amanecer, y mató un gran número de ellos junto con su Capitan, y quebrantados con esta pérdida, desistieron del deseo de pelear. Por este tiempo habian sido descubiertas por las armas de los Españoles mil y doscientas millas en aquella region por la parte que se extiende desde el septentrion al Austro hasta cincuenta y un grados sobre el equador, y ciento y veinte millas entre el océano y los montes. Todo este territorio abunda en extremo de metales, frutos y ganados, y sus valles son de una fertilidad admirable. En el temple del clima, en la calidad de su suelo, y en el carácter belicoso de sus habitantes es muy semejante á España el reyno de Chile. Solorzano le hace nuestro antípoda, no se si

con razon. Los naturales tienen la frente llena de cabello; en lo qual se distinguen de todos los demas hombres, y son muy feroces y amantes de su libertad. En la paz y en la guerra se gobiernan por los consejos de los ancianos: nunca han tenido Reyes, y á costa de muchas pérdidas hemos experimentado quán indociles son en sufrir el yugo de la sujecion. Pero basta lo que llevamos dicho de la América Meridional, en cuyos sucesos, sin faltar á la brevedad que nos hemos propuesto, no hemos omitido cosa alguna de importancia.

Por la parte opuesta Francisco Ibarra introduxo con favorables auspicios el nombre Español en lo mas remoto de la América Septentrional. Habiendo resuelto el Virrey de México Don Luis de Velasco sujetar á los Chichimecas y Zacatecas (nombres ingratos) que habitaban en los confines de la Nueva España, y la molestaban de continuo con sus latrocinios, estableció presidios en los parages oportunos de las fronteras, para que no quedase sin castigo la inclinacion que aquellos bárbaros tenían al robo. Uno de estos presidios fué el de San Miguel á ciento y sesenta millas de México, en una tierra pingüe, y muy abundante de pastos para el ganado vacuno. Desde allí envió á Ibarra, hombre industrioso y activo con un ejército y mucho ganado, para explorar lo interior de aquella region, á fin de que no quedase parte alguna que no fuese descubierta por las armas Españolas. Habiendo llegado á la dilatadísima provincia de Sinaloa, reparó la colonia de San Juan, que se hallaba casi desierta, estableciendo nuevos moradores con grande provision de víveres; y fundó otros pueblos en lugares convenientes, para que sirviesen de fortalezas en aquella region. Pasó despues á otra provincia llena de ásperos montes, á la que no sin razon llamó nueva Vizcaya, y habiendo trabajado las minas de plata que hay en ella, recompensó los gastos y los trabajos del viage. Los bárbaros que la habitan son de un feroz carácter, y en todo semejante á su clima. El frio es lo que principalmente molesta aque-

llas tierras. Envió Ibarra á su Teniente Alfonso Durango, con un esquadron expedito, para explorar los parages mas lejanos, y en un valle, que llamó Guadiana, estableció una Colonia, á la qual dió el nombre de Durango. Finalmente habiendo atravesado unos montes altísimos con un trabajo imponderable, llegó á una provincia la mas distante de todas las que se pueden descubrir con las armas. Los bárbaros la llaman Topia, y el frio es tan intenso, que mataba á los caballos, por lo qual sus habitantes recibieron muy gustosos el uso de los vestidos. Establecióse allí una Colonia con mucha utilidad por la abundancia que hay de minas de plata. Los Religiosos Franciscanos tomaron á su cargo la predicacion del Evangelio en aquellas partes, y poco á poco se civilizaron, y se bautizó un gran número de Indios. Las cosas de México se hallaban en estado floreciente, y no se oia ruido de armas, ni sedicion alguna, y todo el cuidado se dirigia á la propagacion del Christianismo, á cuyo fin se celebró un sínodo por estos tiempos. Los Franceses habian fixado el pie en el Brasil baxo la conducta de Nicolas Durando Señor de Villagan, caballero de Malta. Llegaron al rio Janeyro con tres navios muy bien equipados, y ocuparon en él una pequeña isla, en la qual edificaron á la ligera una fortaleza, á la que diéron el nombre de Colonia en obsequio del Almirante de Francia Coligni, y la proveyeron de todo lo necesario para la guerra. Despues fuéron enviados algunos ministros Calvinistas, para que propagasen la secta. Pero no duró mucho tiempo esta Antartica Francia tan decantada, habiendo destruido los Portugueses á los Franceses, y á los bárbaros que los auxiliaban.

CAPITULO V.

EL TURCO HACE LA GUERRA A LOS PORTUGUESES EN LA INDIA Y ES DERROTADO. HORROROSO NAUFRAGIO DE MANUEL DE SOUSA EN LA COSTA DE AFRICA, Y OTROS SUCEOS DEL ORIENTE.

En la India Oriental, además de los naturales que no podían acostumbrarse á sufrir el yugo, molestaban también á los Portugueses los Turcos, irridados de las anteriores pérdidas. Para este efecto salió Peribec por mandado de Soliman del mar Bermejo al Océano con una armada de veinte y cinco galeras y algunas naos de carga. Su primera empresa fué la toma de la fortaleza de Mascate, situada en las costas de la Arabia, y quebrantando la palabra que habia dado á los soldados de la guarnicion, puso al remo á sesenta que se le entregáron, digno castigo de su cobardía. Despues saqueó con mucha codicia á Ormuz, que halló desierta por la ignominiosa fuga de sus habitantes; pero sin embargo no pudo expugnar la fortaleza que defendia Alvaro de Noroña. Finalmente, habiendo embarcado la presa que hizo allí, y en otros parages, conduxo su armada á Bassora, ciudad situada en el centro del golfo Pérsico. Mas al tiempo de regresar al mar Bermejo de donde habia salido, fué acometido Peribec por Fernando de Noroña, hijo del Virrey, y le puso en fuga, y dispersándose su armada, que pereció casi toda con varias desgracias, escapó él con solas dos galeras. Noticioso Soliman de este mal suceso le hizo cortar la cabeza. También se refieren otras batallas navales tenidas por este tiempo con los Turcos, las que paso aqui en silencio, porque en su narracion se hallan discordes los

Historiadores, y no sé cuál de ellos merece mayor crédito.

Solicitáron los Paravas el auxilio del Gobernador de Cochin contra los Malabares y Turcos, y los socorrió Gil Carballo, armando á sus expensas cinco galeras, por no haber caudales en el tesoro público para costearlas. Los enemigos habian tomado poco ántes á los Portugueses la ciudad de Punicala, y obligaban con el terror á los nuevos convertidos á abjurar la Religion Christiana. Acometió Gil Carballo quando estaban descuidados, y con tan pequeña esquadra derrotó su grande armada, y se hizo terrible á los que poco ántes eran tan formidables, quemándoles los edificios y todo quanto podia servirles de algun uso. Alabó el Virrey la piedad y valor de Carballo, y le satisfizo benignamente del tesoro Real todo lo que habia gastado en la expedicion.

Siguióse á esta el horrendo y memorable naufragio de Manuel de Sousa en las costas de Africa. Este pues habia navegado con felicidad hasta el cabo de Buena Esperanza; pero levantándose una cruelísima tormenta por la parte del occidente, despues de haber fluctuado algunos dias al arbitrio de las olas desenfrenadas, volvió la proa ácia las costas del Africa. Echadas las áncoras, se apresuráron á saltar en tierra en las chalupas; pero estas se hicieron pedazos en breve tiempo, y los demas pasajeros para no perecer juntamente con el navío, que ya comenzaba á anegarse, sugiriéndoles la desesperacion otro mayor peligro, se arrojáron al agua en las tablas y caxas que halláron á la mano. Mas de cien personas se ahogáron, y los demas salieron á tierra muy maltratados y heridos. Sumergido el navío con las mercaderías de todos, se pusieron en camino los náufragos ácia el oriente, y despues de haber andado errantes largo tiempo, llegó al quarto mes cerca del rio del Espíritu Santo, donde un Reyecillo, de carácter humano para con los extrangeros, recibió benignamente á aquel esquadron de miserables, y los socorrió segun sus facultades. Exhortó á Sousa que no pasase ade-

lante; pero este, que parecia estar resuelto á perecer, no quiso seguir su consejo; por lo qual atravesó el río en unas barcas, y continuó su marcha. Habíase disminuido notablemente el número de sus compañeros, porque en el camino perecieron doscientos y sesenta, y despues de haber andado no muchas millas, llegaron á una region estéril, en la qual para colmo de las miserias no halláron ninguna agua dulce. Desesperado Sousa, siguió con los suyos á unos Cafres que le saliéron al encuentro, ofreciéndole por señas el hospedage y alimento necesario. Al acercarse al pueblo se viéron obligados á dexar las armas por mandado del Reyecillo, rehusándolo mucho Leonor, muger de Sousa, como si adivinase lo que iba á suceder. Inmediatamente que estuviéron todos desarmados, fuéron presa de los Bárbaros, que los despojáron de quanto tenían, sin perdonar á los vestidos, excepto algunos pocos. Al dia siguiente, arrojados de allí á palos, y caminando á la ventura por el reyno de Vommo, que toma el nombre de un río, casi consumidos ya con el hambre y la miseria cayéron entre las manos de otros Cafres armados, y de horroroso aspecto, que acabáron de robarles lo que les habia quedado de los vestidos. Resistióse Leonor hasta el extremo, sin olvidarse en aquella calamidad de su nobleza, y del pudor de su sexò, pero todo fué en vano. El dolor y sentimiento de esta ignominia la dexó quasi muerta, y no quedándola otro medio de cubrir sus honestísimos miembros, enterró su cuerpo en la arena hasta la mitad, y lo restante lo cubrió con el cabello. Despues volviéndose ácia sus compañeros, les dice con moribundas voces: Id, y buscad, si es que os ha quedado algun camino ó medio para salvar la vida; que á mí me servirá de consuelo, lo una muerte funesta. Lo único que os ruego es, que si alguno de vosotros tuviese la felicidad de volver á nuestra patria, diga el estado miserable á que me han reducido mis pecados, y los de mi marido. Quería continuar, pero se le pegó la lengua al paladar, y supliéron las lágrimas y gemidos,

aunque el Cielo se hacia sordo á sus lamentos. Baxó Sousa los ojos , y fixándolos en la tierra , se quedó atónito , y como fuera de sí , sin poder hablar ni una sola palabra , porque el dolor le habia cerrado la boca , y enagenado el juicio. Al otro dia despues de haber enterrado á su muger , y dos hijos , ayudándole las criadas , se desapareció de aquel lugar , y no volvió á verle jamas ninguno de sus compañeros. De cerca de seiscientas personas que iban embarcadas en el navio , solo veinte y seis volviéron á Portugal , con increíbles calamidades y trabajos.

Fué nombrado sucesor del Virrey Noroña Pedro Mascareñas , varon de gran piedad , el qual se dedicó con el mayor desvelo á extirpar en Goa las reliquias de la antigua supersticion , y en favorecer con todo género de beneficios á los nuevamente convertidos. Algunos autores afirman que Fray Gaspar de la Cruz , Portugues de nacion , y religioso del Orden de Santo Domingo , inflamado del deseo de propagar el Evangelio , habia penetrado en el Imperio de la China , en el año de mil y quinientos cincuenta y seis. En estos tiempos fué introducido el nombre de Christo en muchas regiones del Oriente por el zelo de los Misioneros ; cuyos frutos hubieran sido mucho mas abundantes , si no los hubiese inutilizado el perverso exemplo que daban los Portugueses , porque posponian el cuidado de propagar la religion , y la verdadera piedad , á la detestable ambicion de adquirir riquezas. Estos desórdenes no los oculta Faria , y aun se lamenta de ellos mas de una vez , aunque tan apasionado de la gloria de sus compatriotas. Además del naufragio de Sousa se refieren otros muy lastimosos de aquel mismo tiempo. De cinco navios que volvian á Portugal baxo del mando de Fernando Cabral , solo uno entró en el puerto de Lisboa. Habiéndose hecho pedazos la capitana en el Cabo de Buena Esperanza , se salváron únicamente veinte y tres pasajeros , los quales fuéron rescatados con dinero por algunos mercaderes que llegóron á aquellas partes , y consiguieron restituirse á Portugal. Los de-

mas navíos perecieron, sin que se pudiese saber su paradero. La misma desgracia acometió á Noroña en su navegacion á Portugal. Perdió un navío con todas sus mercaderías y pasajeros, entre lo quales pereció Carvalho, hombre ciertamente digno de mejor suerte; pero los juicios de Dios son impenetrables, y ningun mortal puede escudriñar sus arcanos. Mascareñas murió á los diez meses de su gobierno, y habiéndose abierto la Real Cédula, fué declarado por su sucesor Francisco Barreto, el qual arrojó á los Mahometanos, que con varios cuerpos de tropas intentaban impedir la entrada de víveres en Goa. La isla de Ceylan se hallaba todavía algo inquieta por no haberse extinguido del todo la llama de la guerra anterior. El Padre Juan Barreto, de la Compañía de Jesus, pasó á la Abisinia con el carácter de Patriarca, pero no pudo reducir á la verdadera creencia al Rey Claudio, obstinado en su antigua supersticion por los cismáticos de Alexandria, y viendo que eran inútiles sus conatos con un hombre que á cada momento le engañaba, se partió de allí á la India con sus compañeros, para ganar almas á Dios, y no perder el tiempo en vanas demoras. Luego que el Rey de Portugal tuvo noticia de la muerte de Mascareñas, confirió el virreynato de la India, con amplísimas facultades, á Constantino hijo de Santiago, Duque de Berganza. Pero despues de tan larga peregrinacion volvamos ahora á la Europa.

CAPITULO VI.

CONTINUA LA GUERRA ENTRE LOS ESPAÑOLES Y EL PAPA, Y SUS VARIOS SUCESOS HASTA QUE SE AJUSTÓ LA PAZ. CEDE EL RET DON FELIPE EL DOMINIO DE SENA AL DUQUE DE FLORENCIA.

Habiendo regresado á Nápoles el Duque de Alba, puso todo su cuidado y atencion en fortificar sus fronteras, encargando su defensa á los principales del ejército; y aumentandose mas y mas la fama de los preparativos del Frances, sacó las guarniciones Españolas que habia en la campaña de Roma, á las quales juntó dos mil Alemanes que habia conducido por mar Gaspar Felsio, para que se hallasen mas seguros todos los puestos que corrian mayor peligro. Entretanto se concluyéron las treguas, y volvió á comenzar la guerra con mas furor que ántes. Estroci puso sitio á Ostia ántes que hubiera sido fortificada; y miéntras que Antonio Monluc, hijo de Blas, exploraba si podria con ardid ó con la fuerza invadirla, fué atravesado de una bala; y habiendo sido llevado al campo, espiró al instante. Siguióse inmediatamente la entrega que hizo Juan Dávila, ganado con dinero; y de allí á dos años pagó en Bruselas con la cabeza la pena de su perfidia.

El Rey Enrique envió á Italia al Duque de Guisa con un poderoso ejército, con el pretexto de socorrer al Pontífice, y dando por nulas las treguas, descubrió su ánimo, muy distante del deseo de guardar la paz. Mandó tambien marchar á las fronteras de Flandes con tropas á Coligni, hombre inquieto y belicoso, para que emprendiese alguna hazaña digna de su persona, y que no fuese inútil el haber suscitado de nuevo la guerra. Este pues, asaltó con es-

1557. calas á Dovay en la noche siguiente á la fiesta de los Reyes de este año de mil quinientos cincuenta y siete, como si se avergonzase de la luz, creyendo que la guarnicion se hallaria sumergida en el vino y en el sueño, por haber tenido grandes banquetes el día anterior, y como otro Pandaro, quebrantó el tratado de las treguas que él mismo habia pactado y jurado en nombre del Rey. Pero le sucedió muy al contrario de lo que se habia imaginado; porque habiendo gritado las centinelas, acudieron á las armas las tropas, y arrojaron á los que intentaban escalar el muro. Habiéndosele desgraciado esta empresa, acomete á viva fuerza á Lens, la que tomó, y despues de sacar el botin, la pegó fuego. Clamaban los Españoles, que se habia quebrantado el derecho de las gentes, haciendo la guerra á los que se creian seguros con el tratado de las treguas, y sin que hubiese sido anunciada con declaracion alguna; y que los Franceses no tenian respeto al juramento, y robaban por todas partes como piratas. A esto respondieron los Franceses, que además de la guerra que los Españoles habian declarado al Papa, intentaron matarle con veneno; que se le habian dado á Roberto de la Marka, proyectando en secreto apoderarse de Metz, quebrantando el juramento de las treguas, y otras acusaciones semejantes, forjadas con intento de hacer odiosos á los Españoles. Pero todo esto fué en vano; porque es cosa muy comun que no se guarda fé ni palabra alguna quando se trata de extender ó conservar el imperio; lo que es ciertamente una gran perwersidad.

Entretanto introduxo el Duque de Guisa tropas en Italia, y tomó á Valenti, pueblo situado no léjos del confluente de los rios Tánaro y Pó, por la traicion y avaricia del Gobernador Spolverini, el qual padeció la pena de muerte en Pavia en castigo de su maldad, y fué diezmada la guarnicion que se componia de Alemanes, Italianos y algunos pocos Españoles. Desde allí marchó Guisa á tratar con Hércules de Ferrara su suegro sobre el modo de hacer la guer-

ra; y no les pareció innovar cosa alguna en las condiciones de la alianza contrahida; porque Brisac quería acometer á la Lombardia y Stroci á Sena, incitado cada uno por sus particulares esperanzas. Convinieron pues, en que el de Ferrara sacase sus tropas para aterrar al de Parma y al de Toscana, á fin de que no pudieran moverse, y que Brisac marchase contra la Lombardia. Hecho este convenio, partió Guisa á Bolonia, y despues á Rimini por la Marca de Ancona, habiéndole socorrido el de Ferrara con artillería, y miéntras tanto el Duque de Alba juntaba tropas en Tiano, y enviaba guarniciones numerosas y viveres á los lugares fortificados. Encargó al Conde de Santa Flor la defensa de Civitela, que se hallaba en peligro como situada en las fronteras; y él mismo puso su campo en las riberas del rio Fuman, á fin de ocurrir adonde le llamase la necesidad. Orgullosos el de Guisa con sus fuerzas, y con la esperanza de la victoria, dió muestras al principio de querer dar batalla; pero la rehusó el de Alba con prudente consejo, no ignorando la desigualdad del peligro, si se expusiese á la fortuna. No consiguiendo el Frances sus deseos, acometió y tomó á Campoli, y despues de haber entrado con espada en mano, la entregó al saqueo, que fué muy considerable. Despues fué sitiada con todas las tropas Civitela, porque Estroci y Antonio Carrafa habian juntado las del Pontífice, y la batiéron inutilmente por espacio de veinte y dos dias. Atribuyóse la culpa á los Pontíficos, que por avaricia no habian hecho todas las prevenciones necesarias para la empresa; por lo qual habiendo recogido el Frances sus equipages, se retiró de allí, no sin mengua de su fama. Originóse de esto la discordia entre los capitanes, y irritado Antonio Carrafa, partió á Roma para hacer la guerra segun su propio dictámen. Pero Colona con tres mil Españoles y Alemanes que le entregó el Duque de Alba (pues por este tiempo habian llegado á Nápoles seis mil Alemanes mandados por Waltero) impedia la entrada de viveres en Paliano, en la campaña de Romá,

habiendo tomado los caminos. Para socorrer su necesidad, conducian Julio Ursino y Antonio un gran número de carros cargados de trigo, y se vieron obligados á disponer su gente en orden de batalla. Trabado el combate, los Españoles rechazaron á los Italianos, y los Alemanes á los Suizos: Antonio se escapó con la caballería, y Ursino fué herido, y hecho prisionero por los enemigos. Es cosa admirable, si es cierto lo que dice un autor Español, que entre tanto estrago no murió ninguno de los vencedores, y fué muy corto el número de los heridos. Recogieronse los despojos, y Felsio con un admirable ardid se apoderó de la fortaleza de Máximo, situada en un elevado cerro, por entrega de Juan Ursino.

Juntáronse las tropas Españolas, y Colona las conduxo contra Segni, ciudad bien guarnecida. Mientras que la artillería batia las murallas, los sitiados llenáron de materias combustibles el foso que entraba en la ciudad; colocáron á sus costados seis piezas de artillería, y por la parte interior cien hombres armados, para que rechazasen con las picas á los que intentasen la entrada. Pero no pudiendo tolerar los Españoles que se les dilatase la victoria, al caer la tarde, y sin orden alguna de sus capitanes se acercan con silencio á la brecha del muro, y de improviso levantáron el grito en ademan de dar el asalto. Los enemigos consternados al oír este clamor, pusieron fuego á la artillería, y á los demas combustibles que tenian dispuestos; y habiéndose desvanecido en el ayre todo aquel aparato, saltáron los Españoles sin peligro el foso, arrojáron de allí á los cien armados, y se hicieron dueños de la ciudad, siguiéndolos de cerca los Alemanes. Entráron en ella á fuego y sangre, hiriendo y robando sin distincion alguna entre lo sagrado y lo profano, y cometiendo todo género de excesos, á pesar de las órdenes de Colona, y finalmente pusieron fuego á las casas.

Habiéndose aumentado el ejército del Duque de Alba con quatro mil Españoles mandados por Don Fernando de Toledo, y Don Sancho Londoño, atra-

vesó el rio Tronto , y expugnó , saqueó y incendió á Ancarano , sin que el Duque de Guisa hiciese el menor movimiento. Hizo varias correrías en los dominios Pontificios , y inspiró terror á Ascoli , ciudad principal de la Marca de Ancona , habiendo trabado combate con la guarnicion , que hizo una salida , y fué tanta la consternacion de la ciudad , que sacáron fuera de ella por una puerta secreta á los niños , viejos y mugeres , para enviarlos á otro parage mas seguro.

Por este tiempo abrasaba al Duque de Alba el cuidado de defender las costas de Nápoles , por haberse divulgado que dentro de pocos dias llegaria á ellas la armada Otomana ; pero este miedo se desvaneció , habiéndosela negado Soliman á los Embaxadores Franceses , á los quales manifestó su disgusto por la desvergüenza con que le importunaban. Tampoco se hallaba quieta la Toscana. Los Franceses tenian á Montealcino , y los Españoles á Sena , y habia entre ellos algunos leves encuentros , segun las fuerzas de cada uno. Pero no hay necesidad de referirlos en particular , del mismo modo que la guerra suscitada en la Romania entre los fronterizos , que duró poco tiempo. Apoyado el de Ferrara en el auxilio de los Franceses , sitió con mayor ánimo que fuerzas á Guastala defendida por el Español ; pero con mucha desgracia , pues además de haber sido arrojado de allí con ignominia , entró el Duque de Parma en sus dominios con las tropas conducidas de la Lombardia y Toscana. Taló los campos de Módena y de Regio en venganza de haber movido la guerra ; pero Cosme que favorecia ocultamente al de Ferrara , dispuso las cosas de manera que no fuese despojado de la mayor parte de su territorio ; y finalmente consiguió reconciliarle con el Rey Don Felipe.

En el Piamonte sostenian los Españoles la guerra con mucha fatiga , hallándose sus fuerzas divididas en tantas partes , por lo qual tomó Brisac á Válfanera , y la destruyó , y despues á Quierasco , baxo de ciertas condiciones , y la conservó , y en fin aco-

metió á Cuni , pero desgraciadamente , y con gran estrago de los suyos , y la socorrió Pescara con vi-veres , abriéndose camino por medio del campo ene-migo. Levantó el Frances el sitio , y conduxo las tropas en muy mal estado á sus propias plazas. De esta suerte , casi toda Italia se hallaba en armas , y la guerra se hacia en muchos lugares á un mismo tiempo , alternando las pérdidas de una parte y otra. Consternado el Papa con la cercanía de los Colonas , que iban arrasando todo quanto encontraban , llamó al Duque de Guisa para mudar el plan de la guerra , pues habia sido tan desgraciado en la Marca de An-cona. Despues de un largo rodeo , llegó Guisa á Tiboli , y distribuyendo sus tropas por los pueblos inmediatos , se encaminó á Roma á conferenciar con el Pontífice. Entretanto el Duque de Alba dexó á Trevisano con un poderoso esquadron en las fronteras del Reyno , y conduxo su ejército á la campaña de Roma , acercándose á la ciudad , para ver si de aquel modo podia atraer al Pontífice á unas justas condiciones de paz ; y se valió tambien de la astucia para inspirarle mas terror. Levantaba con frecuencia su campo , disponia la artilleria , y demas instrumentos de batir , mandaba hacer marchas , y aun envió delante á Ascanio de la Corne con escalas , como si tuviese premeditado dar un asalto de noche. Pero despues de haber intimidado á los Romanos , conduxo las tropas á Colona , pueblo grande y principal. De este modo variaban las cosas prósperas con las adversas , quando entre otras tentativas se divulgó la pérdida de San Quintin. Con esta noticia quedáron en extremo consternados los Franceses , y los Pontíficos , sin saber qué partido abrazarian , y hallándose todos faltos de consejo , llegóron á Guisa órdenes del Rey Enrique para que dexándolo todo , se volviese prontamente con las tropas á Francia , á fin de socorrerla en tan grave calamidad , y que además amonestase al Pontífice que ajustase la paz con el Español , del mejor modo que pudiese.

El Rey Don Felipe habia intentado muchas veces

por medio de los Venecianos mover su ánimo para que desistiese de una guerra, que él seguía contra su voluntad cuidadoso de lo que podría juzgar la fama. Mas nunca pudo reducir á aquel feroz viejo á dexar las armas, alegando para ello varios pretextos, aunque la Congregacion de Cardenales, en el tiempo de las desgracias de la guerra, le habia exhortado seriamente á la paz. Pero perdida la esperanza de los socorros del Frances, y no pudiendo soportar los gastos porque tenia agotado el erario, se inclinó finalmente á la paz por la mediacion de los Embaxadores de Venecia y Toscana, y de algunos Cardenales. Ajustóse esta con honrosas condiciones, las que firmaron Carrafa y el Duque de Alba en el campo de Palestrina. El contenido de ellas fue: Que el de Alba pidiese primeramente perdon al Pontífice de la guerra que le habia hecho: que le restituyese mas de cien castillos y pueblos tomados en la guerra, destruyendo las fortificaciones: que Paliano se entregase en depósito al noble Napolitano Juan Carboni baxo de ciertas condiciones: que renunciase el Pontífice á la alianza con el Frances: que fuesen restituidos recíprocamente los bienes, que segun la costumbre de la guerra se hubiesen aplicado al Fisco; y que el Pontífice dispusiese de Colona y Corne que perseveraban contumaces. En la noche en que fué concluida la paz creció extraordinariamente el Tiber, y causó grandes estragos en Roma; pero en aquella inundacion acaeció una cosa feliz, pues habiéndose arruinado el templo de San Bartholomé con otros edificios, se encontró el cuerpo de este glorioso Apóstol, y fué conducido con gran pompa á la Iglesia de San Pedro. El Duque de Alba entró en Roma con extraordinaria alegría y regocijo de todo el pueblo, besó el pie al Pontífice, y le pidió la paz y el perdon, y su Santidad le absolvió y abrazó con muchas señales de benevolencia y amor. Los prisioneros fuéron puestos en libertad gratuitamente, y lo mismo se hizo con todos los encarcelados, para aumentar la alegría. Pero esta se disminuyó mucho con los estragos que hizo el Tiber en todos los

campos de la Romanía. Igual calamidad afligió gravemente á otras provincias , porque la continuacion de las lluvias hizo salir de madre todos los rios.

Habiendo concluido el Duque de Alba tan felizmente esta guerra con el ajuste de la paz , conduxo su ejército sano y salvo á Nápoles , y á la mitad del otoño se restituyó á España , encargando el gobierno del reyno á su hijo Don Fadrique. Luego que el Duque de Guisa recibió la noticia de la pérdida de San Quintin , embarcó su ejército con la celeridad posible en la armada Francesa , que poco tiempo ántes habia llegado al puerto de Civita-Vechia. Entregó el Duque de Ferrara algunas compañías , y Aumale con la caballería atravesó la Romanía para llegar quanto ántes á Francia con los Grisones y los Suizos ; pero se adelantó Guisa , mudando freqüentemente los caballos en su viage. Entretanto el Rey Don Felipe para satisfacer á Cosme las cantidades que á él y á su padre el César habia prestado , y le pedia en esta ocasion tan importuna , y deseoso de no alejarle de sí , quando su amistad le era mas necesaria , trató con los de su consejo de entregarle el dominio de Sena. Y aunque algunos fuéron de dictámen que debian buscarse otros medios de pagar aquellas deudas , perseveró el Rey en su propósito ; y de este modo adquirió Cosme el dominio Senense , baxo de ciertas condiciones , y le hizo su entrega Don Juan de Figueroa con la potestad de transferirlo á sus hijos , exceptuando las ciudades marítimas , que por justas causas se reservó el Rey Don Felipe.

CAPITULO VII.

*EL REY DON FELIPE DECLARA LA GUERRA AL
FRANCES. SITIO DE SAN QUINTIN , Y BATALLA
MEMORABLE GANADA POR LOS ESPAÑOLES. DE-
TERMINA EL REY LA FUNDACION DEL MO-
NASTERIO DEL ESCORIAL. MUERTE DEL
REY DON JUAN DE PORTUGAL.*

Habiendo quebrantado los Franceses la paz, volvió á encenderse la guerra con mas furor en las fronteras de Flandes , como si las treguas se hubiesen pactado unicamente para disponer con mas tiempo los preparativos. El Rey Don Felipe deseoso de vengar esta injuria , entregó un ejército muy poderoso á Philiberto de Saboya , que sucedió á Doña María en el gobierno de Flandes , para que executando alguna empresa memorable, adquiriese la fama que tanto contribuye al buen éxito de las guerras ; pues sabia muy bien que los primeros sucesos suelen inspirar el terror ó la confianza , que decide de lo principal. Además de los Príncipes confederados de Alemania , se habia conciliado tambien la alianza de los Ingleses por medio de su esposa , la qual despues de haber prevenido la armada y las tropas , declaró la guerra al Frances con universal beneplácito de los Estados del reyno. Los Franceses guarnecian en su frontera con el mayor cuidado y diligencia la plaza de San Quintin , situada en un parage muy pantanoso cerca del rio Somma , donde estuvo en otros tiempos Augusta de los Veromanduos. Deseaba Filiberto apoderarse de ella , á fin de abrirse la entrada por aquella parte á lo interior de la Francia , y fingiendo unas veces acometer á Mariemburgo , y otras á Guisa , la cercó de repente por todas partes con sus tropas , para que por ningun lado pudiesen los Franceses

socorrerla. Venia ya cerca Monmorenci para observar los movimientos de Filiberto, y habiendo recibido la noticia de lo que pasaba, aceleró su marcha con grande inquietud de ánimo, para socorrer á la ciudad en tan inminente peligro. Luego que llegó á Fera, castillo muy fortificado cercano á San Quintin, se adelantó Coligni con un valeroso esquadron, y acometiendo por la parte que tenian ménos guardada los sitiadores, rompió al fin por medio de ellos, y llegó salvo á la ciudad. Intentáron despues hacer lo mismo otros capitanes, pero fuéron rechazados con pérdida suya por el Español Navarrete, que estaba encargado de defender aquella entrada.

Entretanto el Saboyano estrechaba mas y mas el sitio, auxiliado de las tropas Inglesas, que habia conducido el Conde de Pembrok, las que se componian de nueve mil hombres. Sin embargo sostenia Coligni las esperanzas de la guarnicion, habiéndole ofrecido Monmorenci por medio de algunos mensageros, que le enviaria á toda costa socorros, aunque fuese aventurando una batalla. Para cumplir pues su palabra, y hacer levantar el sitio si se le presentase ocasion, puso en movimiento su ejército, que constaba de veinte y tres mil hombres, el dia de San Lorenzo, y habiendo explorado todos los parages, mandó poner la artillería en una altura, para que tirase continuamente sobre el campo enemigo, que estaba situado de la otra parte del rio. Al mismo tiempo Andelot, hermano de Coligni, intentaba con barcas introducir socorros por la laguna; pero no tuvo efecto alguno este ardid, y acarreó el lance de la batalla, pues Andelot escapó herido con muy pocos á la ciudad, y los demas se dispersáron en la fuga. Noticioso Filiberto por sus espías, de las fuerzas que tenia el enemigo, determinó dar una batalla decisiva, aprovechándose con mucha prudencia de una ocasion tan oportuna. Egmont con dos mil caballos ligeros acomete por una parte á los Franceses: Ernesto y Enrique de Brunsvik por otra con otros tantos corazas embistiéron á los coraceros Franceses, y con el ímpetu desbaratá-

con sus esquadrones : por el frente con el resto de la caballería los Condes de Mansfeld , Villani , Holstein y otros Capitanes con igual ardor y ánimo. La batalla fué sumamente reñida , no habiéndose olvidado los Franceses de su antiguo valor ; pero al fin no pudieron sostener el furor de los que los acometían , y se pusieron en tan precipitada fuga , que habiendo venido á dar temerariamente en su misma infantería , causaron en ella un horrible estrago. Amedrentados los infantes con esta pérdida , y viéndose despojados del auxilio de los caballos , se entregaron unos echando armas á tierra , y otros huyendo á los bosques y demas parages donde podian esconderse , siguiéndoles el alcance la caballería victoriosa. Por todos aquellos campos no se veia otra cosa que soldados fugitivos , muertos y heridos , que formaban un lastimoso y miserable espectáculo. El Duque de Nevers , el Príncipe de Condé , Sanserre , Villars y otros hombres principales se refugiaron en la Fera , y los demas se derramaron por otras partes , como sucede en una general derrota. Algunos Historiadores dicen que murieron cerca de diez mil Franceses , entre los quales cuentan al Vizconde de Turena , de Monmorenci , el hijo del Conde de Pompignan , Claudio de la Rochechovard , y otros muchos. Juan Duque de Enguien , hermano del Principe de Condé , despues de haber dado ilustres pruebas de su valor , fué atravesado de un balazo , y habiéndole llevado al campo victorioso , espiró miéntras le hacian la primera cura. Quedaron prisioneros el Condestable Monmorenci General del ejército , que fué herido en un muslo , su hijo menor Monpensier , Longueville , Luis Gonzaga hermano del Duque de Mantua , el Mariscal de San Andres , Rochemen , y el Ringrave Coronel de los Alemanes. Natal Comite asegura que fueron hechos prisioneros dos mil nobles , y quatro mil soldados , y que se tomaron veinte cañones de todos tamaños , noventa banderas , y trescientos carros cargados de víveres , municiones y bagages. Esta victoria costó muy poco á los Españoles á excepcion de la muerte de Beuni-

cur. Los heridos fueron Mansfeld , Enrique de Brunswick , Mombré , y algunos pocos , quedando en la memoria de todos los siglos los nombres de los que se hallaron en esta batalla , unos por la grandeza de la victoria , y otros por la grandeza de la derrota. La infantería llegó despues de haberse concluido el combate para tener parte en la presa , ya que no habia participado de la gloria. Este día fué muy gozoso para el Rey Don Felipe , y á fin de que quedase un eterno trofeo , edificó en el Escorial un magnífico Templo con la advocacion de San Lorenzo , y un Monasterio para los Religiosos de San Gerónimo.

A pesar de la pérdida de los Franceses permanecia Coligni en la defensa de la ciudad , sin dar señal alguna de temor. Su designio era entretener á los sitiadores , para que el Rey tuviese tiempo de reparar sus tropas , con las cuales se opusiese á los progresos del enemigo , y evitase que la Francia consternada padeciese otra nueva calamidad. Tenia su principal esperanza en un escuadron de nobles , que habia introducido consigo en la plaza , tan amantes y adictos á su Rey ; que estaban resueltos á pelear por él hasta la muerte. Entretanto que unos se fortificaban , y otros peleaban con sumo esfuerzo , llegó á su campo el Rey Don Felipe con Gonzaga , que mucho tiempo ántes habia sido llamado de Italia. Este pues era de dictámen que se persiguiese á los vencidos , que todo sucederia felizmente á los vencedores , y que debian encaminarse á la capital del reyno , alegando el exemplo de los Ingleses , que en otro tiempo se apoderaron de ella : que de ningun modo convenia dar tiempo á los vencidos para que se rehiciesen , sino aprovecharse de la fortuna , que se mostraba propicia , y coger el fruto de tan ilustre victoria. Otros capitanes decian que era opuesto á la disciplina militar introducirse en lo interior del reyno , lo que tantas veces se habia intentado infelizmente , y dexarse á la espalda tantas plazas fortificadas : que lo que convenia era expugnar esta plaza para abrirse un camio seguro , pues si se exponia incautamente , era muy temible que

perderian el fruto de la victoria , y la obscurecerian con una torpe retirada. Noticioso el César en Yuste del suceso de San Quintin , se dice que preguntó si el Rey Don Felipe estaba ya en París ; pero creo que esto sea una ficcion vulgar. Lo que se sabe con certeza es, que habiendo consultado á su padre, le respondió éste : Que dexase de pedir consejo á un hombre retirado del mundo , quando tenia consigo tantos varones fuertes , cuyo dictámen debia tomar en las cosas mas dificiles. Pero el Rey Don Felipe , á quien agradaban mas los consejos seguros que los precipitados , mandó estrechar mas fuertemente á los sitiados con la artillería y con las minas. Habiendo sido arruinado el muro por tres partes , embistiéron los soldados por las brechas distribuidos por naciones , á fin de que el deseo de la honra diese nuevo fomento á su emulacion. Los Franceses no pudiéron resistir su ímpetu , y al momento fué tomada la ciudad. Coligni que se vió perdido , procuró caer entre los Españoles , temeroso de la crueldad de los Alemanes. Los Españoles que custodiaban á su hermano Andelot , se dispersáron para saquear , y dexándole solo , pudo escaparse por la laguna con increíble trabajo. Los habitantes quedáron únicamente con vida , y todos los que se hallaban armados fuéron muertos ó prisioneros. Al saqueo de la ciudad se siguió el cuidado de fortificarla , y sin dilacion comenzáron las obras con grande actividad. Recibió el Rey Enrique en Compiegne la noticia de una y otra desgracia , y sin decaer de ánimo , hizo juntar tropas de todas partes , convocó á los nobles , y mandó que los que rehusasen acudir fuesen reducidos al estado plebeyo como oprobrio de su clase : reclutó á toda costa un gran número de Esguizaros y Alemanes , y habiendo congregado los Estados Generales del reyno , impuso una contribucion para los gastos de la guerra , disponiendo con gran diligencia todos los preparativos necesarios.

El Rey Don Felipe despues que hubo fortificado á San Quintin , entregó parte de las tropas al Conde de Aremberg , y le mandó fuese con ellas contra Cas-

telet , que se halla situado entre las lagunas inmediatas. Executó el Flamenco intrépidamente esta empresa, y se apoderó del pueblo, mas pronto de lo que se habia creído, entregándole Solignac su Gobernador. Al mismo tiempo fuéron despedidas las tropas Inglesas, despues de haberlas pagado su sueldo y gratificado con ricos dones al Conde de Pembrok. Taláron los Españoles los campos, tomáron muchos pueblos y castillos, entre los quales se cuenta á Noyon, Caune y Han, muy guarnecida, y despues de tan felices sucesos, fuéron enviadas las tropas á quarteles de invierno. Pasó Gonzaga de esta vida á la otra á mediados de Diciembre : fué varon invencible en la guerra, y muy amado del César; pero habiendo sido acusado de avaricia, y perseguido con el odio de los Españoles, fué separado del gobierno, y desde entónces solo asistia á los Consejos. En este año tuviéron tambien los Franceses un desgraciado combate en el Océano, pues unas naves suyas que volvian de la Francia Antártica ricamente cargadas, cayéron entre los Españoles é Ingleses. La pelea fué cruel, y la victoria costosa á los vencedores; pero fué grande la presa.

A principios del otoño murió en Roma Don Juan de Toledo, hijo de Don Fadrique, y creado Cardenal por Julio III. Su cuerpo fué conducido á España, y sepultado en el sepulcro de sus padres. Tuvo por sucesor en el Arzobispado de Santiago á Don Gaspar de Zúñiga, que vivió poco tiempo: y despues á Don Francisco Blanco, Prelado de excelentes virtudes, que le adquiriéron una inmortal memoria. Acia fines del año murió Bona Esforcia de Aragon, muger que fué de Sigismundo Rey de Polonia, la qual dexó obscurecida su fama por su poca honestidad, como lo afirman los Historiadores Italianos. Nombró por heredero de los Principados de Rosano y Bari á Don Felipe, á quien habia ayudado con dinero en la guerra con el Pontífice, y dexó á otras personas los demas bienes. En este mismo año, y en el dia de su nacimiento falleció de una apoplejía el Rey Don Juan de Portugal á los cincuenta y cinco de su edad, con gran sentimiento

de to
neces
derad
tierna
Sebas
regia
del M
piado
dos d
cito
vento
vinci
sidad
como
venta
y fina
nefici

RECT

CAL

EN

E

Ingl
situa
cana
cient
seab
plaza
rarc
de la
to de
por
pas

de todo el reyno, pues faltó quando su vida era mas necesaria á la felicidad de Portugal, así por su moderado gobierno y buenas costumbres, como por la tierna edad con que dexaba á su nieto y heredero Don Sebastian, que solo tenia tres años. Fué sepultado con regia pompa y aparato magnifico en la Capilla mayor del Monasterio de Belen: Príncipe verdaderamente piadoso y liberal. Solicitó la ereccion de los Obispados de Portalegre, Leyria y Miranda, con beneplácito del Pontífice. Edificó muchos Hospitales y Conventos de uno y otro sexó en Portugal y en las Provincias, y les dió copiosas rentas. Fundó la Universidad de Coimbra, dotándola con treinta mil escudos como afirma Vasconcelos, y procuró atraher á ella con ventajosas condiciones á los profesores mas célebres; y finalmente no omitió gasto ni cuidado alguno en beneficio de la religion, y de las letras.

CAPITULO VIII.

RECUPERAN LOS FRANCESES EL PUERTO DE CALAIS. CELEBRE DERROTA QUE PADECIERON EN GRAVELINAS. GUERRA DEL PIAMONTE. EL EMPERADOR DON FERNANDO ES CORONADO EN AQUISGRAN.

En tiempo del Rey Eduardo III tomáron los Ingleses á los Franceses la ciudad y puerto de Calais, situada en la costa de Francia, en la parte mas cercana á Inglaterra, y la poseyéron por espacio de doscientos años, sin mas derecho que el de la fuerza. Deseaban todos los Franceses recobrar esta importante plaza; pero era mas fácil empresa deseirlo que esperar lo, quando se hallaban tan disminuidas las fuerzas de la Francia con tantas guerras. Mas habiendo vuelto de Italia el Duque de Guisa, y nombrádole el Rey por su Vicario con amplísimas facultades sacó las tropas á campaña en el mas riguroso tiempo del año, y

1558.

quando ménos se pensaba, y ganó la ciudad y los castillos con increíble presteza y con igual valor el dia ocho de Enero del año de mil quinientos cincuenta y ocho. Tan caro costó á la suspicaz nacion Inglesa el haber rehusado el auxilio que el Rey Don Felipe la ofreció en tiempo oportuno. Tambien se apoderó entónces de Guins con su fortaleza, la que despues arrasáron los Franceses, por no considerarla útil á sus designios, y pusieron todo su conato en fortificar á Calais y asegurarla con una poderosa guarnicion. El Duque de Nevers recobró al mismo tiempo con mucha íntrepidez algunas ciudades de poca importancia, que ántes habian sido tomadas por los Españoles. Habiendo juntado las tropas los dos Generales Franceses, acometiéron á Thionvila, levantando una trinchera desde la laguna hasta el foso, y consiguieron expugnarla á costa de mucho trabajo. Pero Estroci que se halló en esta empresa, cayó muerto de un balazo, al tiempo que reconocia desde cerca la abertura del muro: fué varón no ménos grande que desgraciado en las cosas de la guerra. Combatia Monluc el castillo de Arlon que estaba inmediato; pero su guarnición le pegó fuego, escapándose por una puerta excusada. Miéntras tanto el Mariscal de Thermes, Gobernador de Calais, penetró con un fuerte esquadron en Flandes por la parte que mira al mar. Los Historiadores varian en el número de las tropas, en cuyo vicio cayéron tambien los antiguos mas célebres, refiriendo diverso número de soldados en una misma expedicion. El que ménos dice que se contaban baxo de sus banderas seis mil Infantes, y mil y quinientos caballos. Con estas tropas tomó y incendió á Bergopzon y Dunkerque, y llegó hasta Nieuport con mas audacia que prudencia, entre tantos presidios de enemigos. Taló, destruyó, y robó sin distincion alguna todo quanto encontraba en su marcha, y nada quedó libre del estrago de la guerra.

El Rey Don Felipe para no dexar impune esta audacia, mandó al Saboyano que marchase prontamente con tropas á Namur, á fin de entretener á Guisa,

y impedirle que juntase sus tropas con las de Thermes; y además hizo que saliese al encuentro del mismo Thermes el Conde de Egmont, célebre por sus anteriores hazañas, y por la victoria que recientemente habia ganado. Este pues, juntando prontamente un cuerpo que se componia de diez mil Infantes y caballos, le conduxo contra los Franceses, embarazados con el botin, y que se retiraban á lugares seguros. Thermes se apresuraba quanto le era posible para llegar á Calais, temiendo verse en la indispensable necesidad de pelear. Pero el Flamenco echando por un atajo con su ejército, y habiéndose dexado la artillería para acelerar la marcha, le salió al encuentro en el camino, cerca de Gravelinas, y le provocó con las trompetas á la batalla. No decayó de ánimo el Frances, aunque se veia sorprendido, y ordenó sus tropas en la misma costa, defendiendo el ala derecha con el mar, la izquierda con los carros de los bagages, y las espaldas con el rio Aa. Colocó la artillería en la frente; y como el Flamenco carecia de ella, para recompensar esta falta mandó á la caballería acometer por medio de sus fuegos, sin que la aterrasede el estrago. Los Franceses no tuviéron tiempo para hacer segunda descarga, por la necesidad de rechazar á los Flamencos. Iba por cabo de estos Beunicur, de los Españoles Carvajal, y de los Alemanes Hildemaro, cuyo ímpetu sostuviéron los Franceses con igual ardor y ánimo; y les forzaba á pelear intrépidamente el verse privados de la esperanza de ponerse en fuga. No se presentaba á la vista, ni á los oídos cosa alguna que no fuese horrible y espantosa, mezclandose los clamores con las exhortaciones; el ruido de las armas, las muertes, las heridas, y los Generales no solo aconsejaban y mandaban, sino que peleaban tambien, y se exponian á los peligros. Matáron á Egmont su caballo, pero habiendo montado prontamente en otro, exhortaba con la voz y con el exemplo á los suyos á la victoria. Entretanto que peleaban con gran ferocidad, llegóron á la costa diez navíos Ingleses, y oyendo el ruido de la batalla, se acercáron á la boca del

rio, y disparáron de improviso su artillería sobre los Franceses por las espaldas, haciendo en ellos horrible estrago. Finalmente rechazada la caballería con su Comandante Villabon, acometiéron los Egmoncianos á la infantería, destituida de aquel auxilio; y mas bien fué una carnicería que una pelea. En esta batalla se dice que murieron cerca de dos mil de los enemigos, y con la restante multitud de ellos, se enfurecieron cruelmente los Labradores que acudieron al campo Español, y estaban muy irritados por las calamidades que les habian hecho padecer los Franceses. Otros muchos de ellos fueron sumergidos en las aguas del mar, y en el rio, de los quales libertáron doscientos los Ingleses, que tanto ayudáron á la victoria, y los conduxéron á Londres como en triunfo. Quedó prisionero Thermes, herido en la cabeza, y tambien Villabon que mandaba la caballería, Anebaldo, Senarpont, Monvillers y otros nobles, y tres mil soldados. Los pocos que se habian escapado de allí, cayéron en las manos de las mugeres, que entre las injurias y maldiciones, les hacian pagar con el hierro la pena de sus rapiñas, y de este modo, de tantos millares de hombres, apenas quedó uno solo que llevase la nueva de la derrota. De los vencedores murieron quinientos, entre los que fué contado Pele Flamenco, y otros nobles en corto número. La artillería, las banderas y los bagages, todo fué tomado y hecho presa del vencedor.

Esta batalla acaecida el dia trece de Julio, affligió otra vez á la Francia que ya se habia reparado algun tanto, y cansado el Rey de la guerra, se inclinó á admitir qualesquiera condiciones de paz. Comenzó á tratar de ella Christierna madre de Carlos Duque de Lorena, que habia venido á Perona, con deseo de ver á su hijo, acompafiándola el Obispo de Arras. Para explorar sus disposiciones, envió al Cardenal de Lorena, con el pretexto de obsequiar á aquella Princesa. Despues de cumplir unos y otros con las recíprocas atenciones de respeto, entráron en conferencia, y entre otras cosas dixo el Obispo de Arras, que se dolia mucho de la suerte de la Francia, no tan-

to por verla acometida de las armas extranjeras, quanto por las discordias de la religion, pues la heregia de Calvino iba cundiendo entre los hombres mas ilustres, y que si no se acudia á este mal con prontos y eficaces remedios, se arrepentiria el Rey de su negligencia quando ya todo estuviese perdido. El Cardenal de Lorena, que no perdía la menor ocasion de oprimir á los principales del partido contrario, se retiró de Perona, y dió cuenta al Rey muy por menor de todo, previniéndole que Andelot era el caudillo de los sectarios. No es posible referir la ira que se encendió en el ánimo del Rey, que era muy amante y zeloso de la verdadera religion. Hizo llamar á Andelot, y confesando éste intrépidamente su creencia, mandó luego ponerle en prision, y descubrió que habia otros muchos inficionados de la misma peste. De aquí comenzó á fortificarse y crecer cada dia mas el poder de los Guisas, á quienes el Rey amaba mucho, viéndose libres de sus émulos Monmorenci y Coligni, que estaban prisioneros, y Andelot procesado. Finalmente dividida en partidos la Corte, y tomando nuevo fomento sus recíprocas enemistades, produxéron éstas la centella, que por tan largo tiempo abrasó á toda la Francia, con sangrientas guerras.

Entretanto que los Magnates peleaban interiormente con sus manejos para arrojarse unos á otros de la autoridad y del favor, continuaba la guerra en diversos parages, aunque con languidez y tibieza, por la falta de fuerzas, especialmente en Córcega, donde no sucedió cosa alguna de importancia; pues ni los Franceses enviaban socorros algunos, por la reciente calamidad que padecian, ni los Genoveses podian soportar los gastos. No obstante para alexar quanto fuera posible la guerra que les amenazaba con las correrias que por el mar hacian los Franceses, enviaron á Córcega á Gerónimo Londronio con media legion de Alemanes. Pero Jordan Ursino General de los Franceses, aunque no se atrevia á emprender cosa alguna á campo descubierto, porque se lo impedía la falta de fuerzas, con todo eso procuraba conservar á San Bo-

nifacio , donde se habia retirado , y mantenerse en la defensiva , para no recibir daño alguno.

En el Piamonte se reducía la guerra á talar y saquear pueblos , estando muy amortiguada por la misma causa , y por la debilidad ó desidia de los Españoles ; pero con la llegada del Duque de Sesa , volvió á encenderse. Este pues , habiendo juntado un poderoso ejército , acometió y expugnó á Cental , ciudad bien guarnecida al pie de los Alpes , y destruyó sus fortificaciones , y con gran cantidad de trigo que sacó de allí , socorrió la necesidad de Fossano y Cuni. Después de esto se apoderó facilmente de Moncalvi , y Pescara de Rupivion , que tiempo ántes habian fortificado los Franceses. Desde allí marchó con todas las tropas al territorio de Casal , y fué asolado con todos los estragos de la guerra. Como no era fácil tomar la ciudad , que se hallaba guarnecida con mucha tropa y fuertes murallas , fortificó á San Martín , y poniendo en él una guarnición , consiguió que los Casalenses no pudiesen moverse ; y para estrecharlos mas , tomó finalmente á Pomero en el mismo territorio. Pero como apretasen los frios y hielos , y no fuese posible permanecer mas tiempo á campo descubierto , se retiró con sus tropas á quarteles de invierno. En la Romanía hubo tambien aparatos de guerra , y todos los movimientos se reduxéron á guarnecer las plazas , prevenir las armas , y hacer algunas presas : esta discordia se compuso en breve tiempo por la mediacion de Cosme , en cuyo obsequio concedió el Rey Don Felipe la paz al Duque de Ferrara , baxo de ciertas condiciones , siendo la principal el renunciar á la alianza del Pontífice , y del Frances. En el mismo estado se hallaban las cosas de Toscana. Telamon y Castillon fuéron tomadas á los Franceses por las fuerzas Españolas y Florentinas , al mando de los Generales Vitelio y Leiva.

Entretanto Don Fernando , hermano de Don Carlos , fué declarado Emperador César Augusto por los Electores , congregados en la Iglesia de San Bartolomé de la ciudad de Francfort , con grande aplauso y

regocijo de los que se hallaban presentes. Partió desde allí á Aquisgran , acompañándole los Príncipes de toda la Alemania , y recibió en aquella ciudad solemnemente la diadema del Imperio, con increíble alegría, y gozo de toda la nacion. Solo el Pontífice lo llevó á mal , como si en este hecho se hubiesen violado los antiguos derechos de la Santa Sede, y miéntras vivió, no cesó de reclamar contra esta inauguracion como viciosa ; pero no se hizo aprecio de sus quejas, y los demas Césares siguiendo el exemplo de Don Fernando , se apartáron en esto de las ideas de los Papas.

Por este tiempo causó terror y daño en las costas de Italia la armada Othomana, mandada por Cara-Mustafá, que se componia de ciento y veinte galeras. Los que gobernaban á Nápoles despues que el Rey Don Felipe llamó al Duque de Alba , no habian proveido suficientemente á la seguridad de los pueblos, aunque cada dia crecian los rumores de la venida del Turco. Ocho dias ántes que estos bárbaros arrivasen á aquellas costas, entró en la ciudad el nuevo Virrey Manrique, y los naturales intimidados de la insolencia militar, habian rehusado admitir la guarnicion Española. En medio de tan vergonzoso descuido, doblaban los Turcos el Cabo de Minerva , y navegando á la derecha , acometen al amanecer á Massa, y oprimen á sus habitantes, que se hallaban sumergidos en el sueño. Pasan desde allí á Sorrento, habiendo muerto á unos pocos que habian tomado las armas , y uno y otro pueblo fuéron saqueados á vista de los Napolitanos, quedando cautivas quatro mil personas. Atravesáron despues el golfo de Nápoles, y echando las áncoras en Elva, permaneciéron allí una noche entera ; mas no se atreviéron á emprender cosa alguna contra aquel pueblo , que estaba defendido con una poderosa guarnicion: tampoco hiciéron daño alguno en las costas de la Liguria , porque los Genoveses los aplacáron con una gran cantidad de dinero. Sintiéronlo esto mucho los Franceses , pues ya que no pudiesen recobrar á Génova á costa de los Turcos, deseaban á lo ménos que moviesen guerra en aquellas costas, para alexar del

Piamonte las armas Españolas. Pero Mustafá habiendo reparado su armada en la costa de Provenza, corrió á la isla de Menorca, y aunque intentó en vano tomar á Puerto-Mahon, se apoderó á viva fuerza de la ciudadela de Jamna, á pesar de la valerosa resistencia de los habitantes, que le matáron quatrocientos hombres. Concluida esta expedicion, dió la vela ácia el oriente con los cautivos, y la presa que habia hecho á principios del mes de Julio, sin que fuesen capaces para detenerle, los alhagos y promesas del Embaxador Frances.

Tambien causó temor y miedo en este año á la Provincia de Bretaña la llegada de las armadas enemigas, Inglesa y Flamenca. Derramáronse al saqueo las tropas navales, y lo llenáron todo de terror y confusion; pero habiéndolos acometido repentinamente Kersimont, noble Breton, con un pequeño cuerpo de gente, quando mas descuidados estaban, mató á algunos de ellos, y obligó á los demas á retirarse á las naves, abandonando la presa.

En el Africa se hizo la guerra desgraciadamente en este año por la temeridad del Conde de Alcaudete. Habia pasado á Oran el ejército reclutado en Andalucía, para tomar venganza de los Moros, que ántes acometiéron á aquella plaza; y habiendo invadido con grande esfuerzo á Quiza Xenitana, ciudad de la Mauritania Cesariense, que en los tiempos posteriores se llamó Mostagan, situada en la ribera oriental del rio Maluc; estando ya muy próxima á ser tomada, acudió Assan de Argel, con muchas tropas para socorrer á los sitiados. Viendo Don Martin hijo de Alcaudete el peligro, que les amenazaba si insistian en la empresa, aconsejó á su padre, que se retirase á Oran honrosamente. Pero el viejo arrebatado de la ira le respondió. „ No hemos venido aquí para volver las espaldas, como hacen los cobardes apenas han visto el enemigo. Por lo que á mi toca, estoy firmemente resuelto ó á ganar una ilustre victoria del enemigo, ó á morir en la pelea, concluyendo con un honroso fin los últimos dias de la vida. Acuerdate tú del va-

„valor de nuestros antepasados, y procura morir gloriosamente, y tomando venganza del enemigo.“ Animado de esta suerte aquel fortísimo Capitan, mas deseoso de una muerte honrosa que de la vida, ordenó sus tropas en batalla, y haciendo luego la señal, se trabó la pelea, que verdaderamente fué atroz y sangrienta. Los Españoles fuéron al fin oprimidos por la multitud de los enemigos; la mayor parte quedó muerta en el mismo sitio donde peleáron, y casi todos los demás fuéron hechos prisioneros. El Gobernador Alcaudete no ménos fuerte en las palabras que en las obras, murió en la batalla, y su hijo quedó prisionero con la artillería y bagages.

Falleció en este año Don Juan Giron, hermano y sucesor de Don Pedro, el día de la Ascension del Señor, que segun el cálculo cronológico (porque en él varian los autores) cayó el día diez y nueve de Mayo, varon ciertamente admirable por su piedad é inocencia de costumbres. Edificó un grandioso Templo en Osuna, fundó su Universidad y la dotó con rentas suficientes, habiendo obtenido para ello Bula del Papa Paulo III. Tambien edificó un hospital y quatro Monasterios, dos de los quales dice un autor, que fuéron fundados por Doña María su muger, hija del Duque de Alburquerque. Dexó muchos hijos, y fué heredero de sus estados Don Pedro, á quien en los años siguientes honró el Rey Don Felipe con el título de Duque. En el año anterior murió tambien Don Antonio de Fonseca, que habiendo renunciado el Obispado de Pamplona, se retiró á Toro llevado del amor de la vida solitaria; pero por su probidad le sacó de allí el Rey Don Felipe, y le nombró Presidente del Consejo de Castilla, en cuya dignidad le sucedió Don Juan de Vega, Virrey de Sicilia. Murió tambien el mismo año Don Juan Siliceo, Arzobispo de Toledo, y mandó le enterrasen en el Templo del Colegio de Doncellas, que él mismo habia edificado. Sucedióle en la silla Arzobispal Fray Bartolomé de Carranza, del orden de Santo Domingo, Varon de gran doctrina. Por este tiempo se descubrió peste en Murcia, des-

pues en Valencia, y finalmente en Burgos, la que por espacio de algunos años causó grandes estragos.

CAPITULO IX.

PREPARATIVOS DE GUERRA DE LOS RETES DE ESPAÑA Y DE FRANCIA. COMIENZASE A TRATAR DE LA PAZ, Y NO TIENE EFECTO. MUERTE DEL EMPERADOR CARLOS V. Y DE SUS DOS HERMANAS DOÑA MARIA Y DOÑA LEONOR.

Por este tiempo se ocupaban los Reyes en juntar tropas, como si en una sola batalla hubiesen de decidir todas sus discordias. Por todas partes hacian grandes reclutas, y los demas preparativos de los dos exércitos eran tan extraordinarios, que parece increíble lo que sobre esto refieren los autores. El Frances puso cerca de Amiens su campo, á donde acudieron muchos grandes y nobles. El Español habia puesto el suyo en Dulens, que estaba cercano, y vino con el Duque de Alba la principal nobleza de España é Italia, de Alemania los Principes de Brunswick, Enrique y Ernesto, el Teniente del Elector de Brandemburgo, y otros ilustres varones, acompañados de muchas tropas, finalmente Egmont y el Principe de Orange con el exército Flamenco y algunos grandes de Inglaterra. Eran Generalisimos el Duque de Guisa y Filiberto de Saboya. Uno y otro fortificaban su campo con mucho cuidado, y acaecian algunos pequeños choques, que iban haciendo concebir esperanza de la principal victoria, pero sin intención de venir á una formal batalla entre los dos exércitos; porque esto solo era un artificio con que los Principes, amenazando una grande guerra, suelen conseguir las ventajas de una paz cierta. En este estado de cosas volvió otra vez Christierno á hacer

mención de ella, porque conocia muy bien que los Príncipes estaban inclinados á abrazarla, cada uno por su propio interes. El Saboyano intentaba por medio de las condiciones de la paz recuperar sus dominios, de que le habian despojado los Franceses, ya que no tenia esperanza de conseguirlo por las armas. El Rey Enrique debilitado con las anteriores pérdidas, aborrecia la guerra, y juzgaba útil concluir-la, aunque fuese con alguna condicion gravosa, y por otra parte deseaba mucho reprimir en sus principios las discordias de religion, que se habian suscitado en Francia. El Rey Don Felipe por su carácter era inclinado á la paz, y temia que si se aventuraba muchas veces á la inconstancia de la fortuna, perderia los dones que ántes habia recibido de ella. De este modo aunque cada uno tenia distintas miras, conspiraban todos al negocio de la paz. Finalmente, por medio de los Plenipotenciarios resolvieron ajustarla, y renunciar seriamente á sus disensiones, cansados ya de una guerra tan larga, y que parecia haberse hecho hereditaria.

Por esta causa se procuró quanto ántes poner en libertad á Monmorenci y su hijo, á quienes algunos autores afirman que el Rey Don Felipe se la concedió gratuitamente, y despues fuéron tambien puestos en libertad los demas prisioneros. El Rey de Francia nombró por sus Ministros para las conferencias de la paz á Monmorenci, al Cardenal de Lorena, al Mariscal de San Andres, á Morvillers, al Obispo de Orleans, y á Aubespine su secretario; y por parte del Rey de España concurrieron el Duque de Alba, Ruy-Gomez, el Príncipe de Orange, Perenoto, Obispo de Arras y Vigli, Jurisconsulto célebre, todos hombres de experiencia y maduro consejo. Estos pues, se juntaron en un castillo del territorio de Cambray, y comenzaron á tratar de las condiciones con intervencion de los Embaxadores de la Reyna de Inglaterra y del Saboyano. Parecióles conveniente disolver los exércitos que estaban cercanos, para evitar toda ocasion de pelea, y para que por la temeridad de

los soldados , á quienes desagradaba la conclusión de la guerra , y el verse despedidos , no se descompusiese la paz á que todos aspiraban ; porque no hay cosa alguna por pequeña que sea , que muchas veces no pueda causar un gran trastorno en los negocios mas importantes , aun contra toda esperanza. Trabajaban todos en este asunto con mucho gusto y satisfaccion de los Reyes, quando por la pertinacia de los Ingleses en reclamar el puerto de Calais , faltó poco para que se desvaneciese todo. Pero á los Reyes que tanto deseaban concluir la paz , no les pareció detenerse en este escollo , sino dexar este incidente para mas adelante.

Habiendo resuelto dilatar este punto hasta principios del año siguiente , llegó miéntras tanto la triste nueva de la muerte del Emperador Don Carlos en España , y se turbó con el llanto la alegría de la paz , que estaba tan próxima á establecerse. De esta suerte suelen mezclarse en la condicion humana las cosas tristes con las alegres , alternando la fortuna con las prosperidades y desgracias. Los dos años que precedieron á su muerte , se habia dedicado enteramente á aplacar la divina Magestad , y quiso que en vida se le hiciese el funeral , á que asistió él mismo, vestido de luto. Mezclado con los Monges que cantaban el oficio de difuntos , rogó por su eterno descanso, como si ya hubiese salido de esta vida , acompañándole los circunstantes , mas con sus lágrimas que con sus voces , y puesto de rodillas encomendó humildemente su alma al supremo criador de todas las cosas. Llevado desde la Iglesia á la celda entre las manos de sus criados llorosos y afligidos , comenzó al dia siguiente á sentirse muy decaído. Habíanle cesado los dolores de la gota , pero retrocediendo al vientre este cruel humor , vino á parar en tercianas. Procuráron los Médicos cortárselas con dos sangrías, mas todos sus cuidados fuéron inútiles , y la calentura se hizo quotidiana , acometiéndole con mayor violencia. Iban poco á poco faltándole las fuerzas, hasta que al fin se perdió toda esperanza de su vida.

No se turbó con esta noticia, y habiendo limpiado las manchas de su alma con la confesion, y alimentádola con la divina víctima, prorrumpió en estas palabras: „Habitad en mí, Dulcísimo Jesus, para que yo permanezca en Vos“. Despues recibió la Sagrada Extrema-Uncion para el último combate, y quando conoció que estaba próxima su muerte, tomando en una mano un crucifixo que tenia siempre en su pecho, y en la otra una vela encendida, pidió con lágrimas perdon á todos los que estaban presentes, y con oracion fervorosa imploraba la misericordia divina. Los religiosos le ayudaban á bien morir con sus continuas preces, y en la noche que antecede á la festividad del Apóstol San Mateo, invocando en sus últimas palabras el nombre de Jesus, espiró tranquilamente aquel Principe de ánimo y cuerpo invencible, y no inferior á ninguno en virtud y piedad. No hubo en él cosa alguna que no fuese admirable; su aspecto era agradable y magestuoso, y á la blancura de su color agraciaba mucho lo encarnado de sus mexillas: su cabello rubio en la juventud, y cortado segun la costumbre de los antiguos, se llenó despues de venerables canas. En su rostro largo sobresalía algun tanto el labio inferior inverso, carácter de los Austriacos que le sucediéron: sus ojos eran azules y alegres, sus palabras pocas y modestas, aunque sazoadas con gracia, su andar lento, y tan compuesto en su traje y acciones exteriores, que se acercaba á la severidad y gravedad. Las prendas de su ánimo eran excelentes. Fué pues clementísimo y de una fortaleza y constancia invencibles. Amó extremadamente la justicia y la equidad, y fué tan liberal que no bastaban tesoros algunos á su beneficencia. Tenia gran perspicacia, actividad y inteligencia en los negocios de la guerra y de la paz, á que se dedicó enteramente, y fué tan sencillo observador de la religion católica, como vengador de ella. No siempre le favoreció la fortuna, y las veces que le fué contraria, la toleró con paciencia, ó la superó con ánimo excelso y fuerte. No solo venció á quasi todos

los que le movieron guerra, sino lo que es mas admirable, que á todos los vió prisioneros. Hizo grandes cosas, y dió muchas batallas en el dia de su cumple años. Fué principalmente parco en los delytes, y si cayó algunas veces, ocultó su culpa con sumo pudor. Principe ciertamente digno de mejor siglo; y aunque contraxo algunos defectos por la infelicidad de los tiempos en que vivió, se dedicó á hacer severa penitencia de ellos en los últimos años de su vida. Doña María de Hungría su hermana, y émula de su virtud, sobrevivió al César veinte dias solamente. Doña Leonor la otra hermana, Reyna de Portugal y de Francia, matrona respetable por la gravedad de sus costumbres, habia fallecido en el mes de Enero anterior, y el Rey Enrique su hijastro mandó hacerla en Paris magnificas exéquias. El cadaver de Don Carlos fué encerrado en una caja de plomo, y depositado debaxo del altar mayor del templo de San Gerónimo de Yuste, y despues de algunos años le trasladaron al panteon del Monasterio del Escorial. El Rey Don Felipe le hizo en Bruselas los funerales con exquisito y extraordinario aparato, adornando el túmulo magnificamente con las inscripciones de sus hazañas. Dexó cinco hijos, á saber, Don Felipe heredero de sus reynos, Doña María muger de Maximiliano, y Doña Juana, madre del Rey de Portugal Don Sebastian. Quatro años ántes de su matrimonio, habia tenido á Doña Margarita en una noble Flamenco del mismo nombre. Hallándose en Oudenarda, la vió en un sarao de mugeres principales, y alabando casualmente y sin ninguna intencion lasciva la hermosura de esta doncella á presencia de sus cortesanos, la robó uno de ellos por la noche, y se la conduxo á su Palacio. La niña que nació de estos amores fué criada con el mayor secreto por su tia Doña Margarita, Gobernadora de Flandes, hasta que se descubrió por la imprudencia de una criada, lo que causó al César mucho disgusto. Despues de la muerte de la Emperatriz Doña Isabel, tuvo á Don Juan de Austria en una muger noble de Ratisbona.

Encargó su educacion á Luis Quixada , y jamas hizo mencion de este hijo hasta poco tiempo ántes de su muerte , quando por medio de sus amigos le recomendó al Rey Don Felipe. Verdaderamente fué Don Carlos un grande exemplar de Principes en todo género de virtudes , y aun en sus mismos pecados les dexó á todos ellos una saludable ensenanza ; pues aquellos cuya vida debe servir de exemplo á los demas , si alguna vez llegan á caer por la flaqueza humana , á lo ménos deben procurar que la culpa quede sepultada y oculta. Pero no debemos admirarnos de que una fortuna tan grande y digna de la inmortalidad haya contraido algunas manchas de la flaca y mortal naturaleza , no habiendo en la tierra cosa alguna que sea enteramente perfecta.

CAPITULO X.

MUERTE DE DOÑA MARIA REYNA DE INGLATERRA. PAZ GENERAL DE LA EUROPA, Y CONDICIONES DE ELLA. MUERTE DESGRACIADA DEL REY ENRIQUE DE FRANCIA. SUCEDE EN EL REYNO SU HIJO

FRANCISCO II.

El comun deseo de todos era la paz , de que se estaba tratando tanto tiempo ántes. Los Principes la solicitaban con ardor , fatigados ya de la guerra , que suele ser la principal causa que los reduce á concordia. Además los inclinaban vivamente á ella los males que se habian originado de sus antiguas discordias , y los que amenazaba la heregía ; pues no ignoraban que todo se trastorna quando comienza á comoverse la religion , que es el vínculo de los Imperios. Impedian la conclusion de este negocio Doña María , y los Ingleses empeñados en que se les restituyese á Calais , que ántes les habian quitado los

Franceses, y el Rey Don Felipe se creia obligado á no oponerse en esta parte á su muger. Hallábase ya ésta enferma gravemente de hidropesía, y á los principios de su mal se persuadió que estaba preñada, dexándose engañar de sus deseos con excesiva credulidad, por lo qual no se la aplicáron los oportunos remedios, y despues fuéron inútiles. Consternado el Rey Don Felipe del peligro de su esposa, envió al Conde de Feria para que la visitase. Pero habiéndola acometido una ligera calentura la consumió en breve tiempo á mediados de Noviembre, con gran pesar y llanto de todos los buenos; y en el mismo dia murió tambien el Cardenal Polo, para que los que habian vivido tan unánimes y concordés en sus deseos, y habian padecido igual fortuna, no se separasen ni aun en la muerte. Miéntras que el Rey Don Felipe se hallaba ocupado en disponer los funerales de su padre, se le agravó el dolor con la noticia de la muerte de su piadosísima esposa. Sufrió no obstante con igualdad de ánimo los reveses de la fortuna, que muchas veces trastornan la constancia de los mas fuertes. Perdia con su muger para siempre la dignidad y apoyo del nombre Ingles, no habiéndole quedado de ella sucesion alguna, y no era para él ménos desgracia el que recayese el reyno en Isabel hija de Ana Bolena, muger de un carácter lleno de astucia y crueldad. Habia sido educada en la heregía, por lo qual preveia Don Felipe que en breve se destruiria en Inglaterra la verdadera piedad, que á costa de tantos desvelos habia restablecido.

Con efecto, no pasó mucho tiempo sin que el Parlamento de Londres anulase los actos de religion del reynado de Doña Maria, renovase los de su hermano Eduardo, y mandase que no se obedeciese al Romano Pontífice. Despues de esto siguiendo la Reyna el exemplo de su padre y de su hermano, comenzó á llamarse cabeza de la Iglesia Anglicana, habiéndose hecho administradora de las cosas sagradas, con desprecio del mandato del Apóstol San Pablo, que prohíbe á las mugeres hablar en la Iglesia. Entre-

tanto con el consentimiento del pueblo fuéron quitadas de los Templos las imágenes de los Santos , y cometiéron otras maldades los hereges , aboliendo enteramente el antiguo culto. Aplicáronse al Fisco las rentas eclesiásticas, con detestable avaricia , y despues fuéron concedidas á los seculares en premio de haber abjurado la religion orthodoxâ. Al mismo tiempo comenzó á tratar en secreto con el Rey Enrique para que no la excluyese de la proyectada alianza , y convino con él baxo de ciertas condiciones , y entre ellas que Calais quedaria para siempre unido al dominio de Francia. Vencido este estorbo , trabajáron eficazmente los Embaxadores en establecer la alianza , miéntras que en Francia se celebraba con mucha alegría y regocijo público el casamiento de Cárlos Duque de Lorena con Claudia hija segunda de Enrique. Despues de lo qual fuéron renovadas las fiestas , por haberse concluido la paz entre los Reyes el dia tres de Abril de mil quinientos cincuenta y nueve , como consta de una carta del Rey Don Felipe , siendo las condiciones : que hubiese paz sincera y perpetua , renunciando las partes sus antiguas pretensiones , y confirmando las alianzas : que procurasen con todas sus fuerzas mantener la religion cathólica : que se restituyesen mutuamente todas las ciudades y pueblos, tomados en los ocho años anteriores , y los bienes á los proscriptos , cortándose las causas sobre los excesos pasados de los respectivos vasallos , de cuya gracia fuéron exceptuados los Lombardos, Napolitanos y Sicilianos : que se devolviese á Guillelmo , Duque de Mantua todo lo que se le habia quitado en el Monferrato , y del mismo modo á los Genoveses lo que se les habia tomado en Córcega , y otras pequeñas posesiones á otros : que se restituyesen al Saboyano las ciudades y fortalezas situadas á una parte y otra de los Alpes , reteniendo el Frances á Turin y otras quatro ciudades , hasta que por los árbitros que se eligiesen , fuese decidido el derecho de Valentina ; y que en poder del Español quedasen Vercelli y Aste en prendas de la palabra francesa ; y para que la con-

1559.

traida amistad se asegurase mas con los estrechos lazos del amor, casase el Rey Don Felipe con Madama Isabel, hija mayor de Enrique Rey de Francia, y el Saboyano con Madama Margarita, hermana del mismo Enrique, obteniendo del Pontífice la dispensa del parentesco. A la primera se le señaló por dote quatrocientos mil florines, y á la segunda trescientos mil, con el usufructo del Principado de Beziérs. De los prisioneros no se hace mencion alguna en los autores que escribiéron mas menudamente estas cosas, y solo Mariana afirma en sus apuntamientos, que fuéron puestos en libertad todos los que lo habian sido despues de diez y seis años. En esta alianza se halláron comprehendidos el Pontífice, el César y los Príncipes, y ciudades libres de casi toda la Europa.

En medio de la universal alegría que produjo la paz tan deseada, los Senenses eran los únicos que se hallaban tristes, habiendo intentado en vano libertarse de la servidumbre. Despues que saliéron de la ciudad, mantenian pertinazmente una sombra de gobierno libre en los pueblos fortificados de su territorio, que ocupaban los Franceses; pero estos en virtud del convenio los entregáron á Don Juan de Guevara, comisionado á este fin por el Rey Don Felipe, y se embarcáron á Francia con sus propios bienes, y Guevara á nombre de su amo adjudicó perpetuamente los mismos pueblos á Cosme Duque de Florencia. Fuéron dados en rehenes (segun se convino en la alianza) el Duque de Alba, el de Arcos, Egmont, y el Príncipe de Orange; porque Enrique debia cumplir el primero lo pactado dentro de los tres meses próximos, y despues Don Felipe en el término de un mes. Este tratado se ajustó y firmó por los Plenipotenciarios en Sercamp, cerca de Cambray, y le ratificáron y confirmaron con juramento los Reyes, y sus hijos el Delfin y Carlos Príncipe de Asturias.

Entretanto celebró el Emperador Don Fernando las exéquias de su hermano en Wormes, donde habia convocado la Dieta, y en ella se trató del nego-

cio de la religion , con el mismo exito que otras muchas veces. La heregía de Lutero tomaba cada dia nuevas fuerzas , adornada y interpolada con nuevas doctrinas que manifestaban con mas evidencia su falsedad ; pero el César á pesar de todos sus conatos para que los Protestantes recibiesen los decretos del Concilio Tridentino , no pudo alcanzar de ellos cosa alguna. Pareció el mas pequeño de todos los males, confirmar el último decreto de la Dieta de Ausburg, en la que acomodándose el César Don Carlos á las circunstancias del tiempo , les habia permitido muchas cosas , á fin de que no se alterase la tranquilidad pública con nuevas turbulencias , ya que en todo lo demas se mantenian obedientes, posponiendo la religion á los intereses del estado.

El Español y el Frances, en virtud de su alianza tenian otras ideas acerca de la religion. La llama de la heregía se habia propagado de tal modo entre el ruido de las armas , como sucede comunmente , que habia penetrado hasta España. Para cortar sus progresos en todas partes , dió el Rey Don Felipe las mas eficaces providencias ; y como la Flandes estaba mas próxima al peligro , procuró preservarla del contagio con ereccion de nuevas sillas Episcopales , lo qual se intentó ántes muchas veces , y nunca pudo conseguirse hasta estos tiempos , por las graves dificultades que fué preciso vencer ; pero se origináron otras muchas, pues los ánimos de los Flamencos estaban muy dispuestos á sediciones. En España comenzáron los Inquisidores á proceder contra los hereges , y á la verdad con mas rigor que la Junta establecida á este fin en Francia. En una y otra nacion se descubrieron hombres célebres tocados de aquella peste , y muchos Sacerdotes que habian abandonado el celibato , por seguir con libertad sus desordenadas pasiones. Pero un mismo remedio produjo efectos muy distintos: en Francia se agravó el mal , y en España se consiguió extirpar del todo la heregía.

Miéntras pasaban estas y otras cosas semejantes , se ratificáron las pactadas nupcias de Don Felipe con Ma-

dama Isabel el día veinte y tres de Julio en la Corte de Paris, adonde habia ido el Saboyano con un grande y brillante acompañamiento. El Duque de Alba firmó á nombre del Rey de España, y el Conde de Egmont se recostó armado con la esposa segun la costumbre de aquellos tiempos, haciéndose todo con la magnificencia y esplendor propio de tan grandes Reyes, y disputándose una y otra nacion la ventaja en los vestidos y adornos. Los dias siguientes fuéron empleados en regocijos y juegos, con extraordinario aparato y sumptuosidad, y se hicieron torneos, que es un género de diversion que se acerca á una verdadera pelea. Habia corrido el Rey por espacio de dos dias con alabanza y regocijo de los circunstantes; pero al fin del dia tercero, habiendo quebrado con admirable arte, y no ménos valor muchas lanzas sin hierro, provocó á Gabriel, Conde de Mongomeri, que rehusaba el combate, y con fatal pertinacia (¡ó ciega mortalidad, ignorante de lo futuro!) le obligó á correr por fuerza. Excitáron á los caballos en la carrera; y habiéndose acometido con las lanzas, y quebrádas valerosamente en los pechos, vino á dar Enrique en el tronco de la de Mongomeri, sin que uno ni otro frenase su ímpetu, y al segundo encuentro tuvo el Rey la desgracia de abrirsele la zelada, y fué herido en el ojo derecho, y arrojado del caballo. Levantáronle inmediatamente los suyos, y habiéndole quitado la celada, se halló que la herida era mortal. Corrió la voz de esta desgracia, y se llenáron de consternación todos los expectadores, convirtiéndose en llanto la alegría. Los Médicos que acudiéron al instante, no acertaban á disponer cosa alguna, fluctuando entre el miedo y la esperanza, y habiendo recibido el Rey Don Felipe esta lastimosa noticia, mandó á Andres Vesalio Príncipe de los Médicos de aquel tiempo, que marchase á Paris con la celeridad posible, pero llegó ya tarde, y mas sirvió de consuelo que de remedio, pues se le formó á Enrique una apostema en el cerebro, que le quitó la vida al entrar en los quarenta y un años de su edad. De esta suerte, en medio de tan gran-

de alegría, nacióron unas lágrimas muy verdaderas; y en un momento se mudó en tristeza el regocijo, por la suerté de la humana condicion, en la qual no hay cosa alguna constante, y que no esté mezclada de males, y donde ántes resonaban los aplausos y el contento, solo se oyéron luego los tristes suspiros y lamentos, que despues se extendiéron por toda la Francia en los años siguientes. No obstante, el dia ántes que el Rey falleciese, mandó celebrar en su Capilla las nupcias del Saboyano y Madama Margarita, para que la dilacion no impidiese con algun impensado accidente un enlace tan útil. Sucedióle en el reyno el Delfin Francisco II de este nombre, que el año anterior habia casado con María Estuarda Reyna de Escocia, hija de Jacobo V, y ni su edad ni su talento eran capaces para tan grande carga, lo qual fué causa de las muchas calamidades que padeció la Francia.

CAPITULO XI.

*MUERTE DE PAULO IV. ELECCION DE PIO IV.
CASTIGOS EXECUTADOS POR LA INQUISICION DE
ESPAÑA CONTRA LOS HEREGES. RESTITUYESE A
ESPAÑA EL REY DON FELIPE. CELEBRA EN
GUADALAXARA SU CASAMIENTO CON MA-
DAMA ISABEL DE FRANCIA.*

El Pontifice, que por este tiempo se hallaba irritado con el César Don Fernando, no quiso dar audiencia á su Embaxador Don Martin de Guzman que habia ido á Roma á cumplimentarle en nombre de su Principe. La causa de esta repulsa era que el César se habia hecho proclamar ilegalmente en Francfort, quando sin la aprobacion de la santa sede no le era lícito llamarse Augusto. Mostróse ahora inexorable contra sus parientes, á quienes al principio de su Pontificado habia favorecido mas de lo justo; porque como llegase á entender sus maldades, amonestado de

Jeremías, Varon de exemplar probidad, y Religioso del órden de los Teatinos, que el mismo Papa habia fundado en otro tiempo, despojó de sus dignidades á los hijos de su hermano, y lleno de indignacion los mandó salir de Roma, y apartarse de su presencia, amenazándolos con gravísimas penas. Despues de esto se dedicó enteramente á arreglar las cosas de Roma, á expurgar á Italia de la heregía, valiéndose para esto de hombres de conocida virtud, entre los quales sobresalia Miguel Ghislerio, Cardenal Alexandrino, que despues fué Pontífice, con el nombre de Pio V. y mereció ser colocado en el número de los Santos. Miéntas que se ocupaba con el mayor conato en estos y otros negocios semejantes, y hallándose agravado de la hidropesia y vejez, y de sus muchos cuidados, falleció el dia diez y ocho de Agosto á la entrada de los ochenta y quatro años de su edad. Su cuerpo fué sepultado interinamente en San Pedro, y trasladado despues á la Iglesia de Santa María supra Minervam, donde Pio V le erigió un magnífico sepulcro de mármol. El dia siguiente á su muerte se sublevó el pueblo Romano para saciar el odio que tenia á los Carrasas. Su estatua fué arrojada del Capitolio, y arrastrada al Tiber con vergonzosa ignominia del nombre christiano. Las armas de la familia fuéron arrancadas y borradas de todos los parages: pusiéron en libertad á todos los presos que habia en las cárceles, incendiáron las casas de los Inquisidores, y no cesaban los robos y excesos, hasta que por la mediacion de Marco Antonio Colona, y Juliano Cesarino se apaciguó la desordenada multitud, que á no ser por ellos, hubiera hecho mayores estragos. Estuvo vacante la silla de San Pedro por espacio de quatro meses y siete dias, en cuyo tiempo falleció Hércules, Duque de Ferrara; y le sucedió en el Principado Alfonso su hijo. Finalmente el dia del Proto Mártir San Esteban fué declarado Pontífice Juan Angel de Medicis, hermano de Mariñan, que tomó el nombre de Pio IV. y se coronó el dia seis de Enero del año siguiente, con grande alegría del pueblo Romano.

Entretanto perseguia en España á los Hereges el Inquisidor General Don Fernando de Valdes Arzobispo de Sevilla. En la primavera antecedente fuéron condenados Agustín Cazalla, que desde Alemania habia traído á España la impiedad de Lutero, habiéndose convertido de pastor en lobo: dos hermanos suyos; un cierto Perez y otros perversos sectarios, todos los quales perecieron en el suplicio. Cazalla con diez y nueve compañeros, entre los quales se hallaban algunas Monjas, habiendo conocido y condenado su error, padecieron la pena de garrote, y despues fuéron arrojados sus cuerpos á las llamas, y junto con los huesos de Leonor Vivero, madre del mismo Cazalla, que habia muerto poco ántes. Herreruero Leguleyo de obscuro nombre, permaneció en su falsa creencia con invencible pertinacia, á pesar de las exhortaciones de Cazalla para que se arrepintiese, y volviese al gremio de la Iglesia Catholica, y fué entregado vivo á las llamas, asistiendo á este triste espectáculo Doña Juana Gobernadora de España, y el Príncipe Don Carlos. Otros muchos fueron castigados con diversas penas, y con perpetua ignominia de sus familias, y vestidos con un saco amarillo que tenia una cruz roxa, servian de insigne escarmiento, y atemorizaban á los demas, no tanto por el rigor de los castigos como por la infamia. En Sevilla á principio del otoño una gran multitud de hombres, mugeres, Monjas y Frayles salieron en público auto para sufrir la pena que merecian. Los huesos de Constantino Ponce, hombre perversísimo, de quien se dice que se habia muerto á puñaladas en la cárcel, y los de Juan Gil Canonigo de Sevilla, con quatro personas vivas, y otros quarenta que acabaron su vida en la horca, fuéron arrojados á las llamas, siendo primer Inquisidor de aquella ciudad Don Juan Gonzalez, natural de Aragon, que despues fué Obispo de Tarazona.

Por este tiempo se disponia el Rey Don Felipe para navegar á España, y envió á Ruigomez para que saludase en su nombre á Madama Isabel su esposa, que despues se llamó Isabel de la Paz, en memoria de ha-

berse establecido ésta con aquel matrimonio , y le regaló un diamante engastado en un anillo, que según afirman valia ochenta mil escudos. Llamó de Italia á su hermana Margarita muger del Duque de Parma para que gobernase á Flandes, dándola por su Consejero á Perenoto Obispo de Arras. Encomendó á los principales de la nacion el gobierno de las Provincias, y los demas empleos públicos, y atendió al bien de los pueblos, confirmando sus inmunidades en la junta que celebró de todos los estados, á los quales por medio del Obispo de Arras encargó encarecidamente que conservasen la Religion Catholica, y el amor y respeto á su hermana. Tambien celebró en Gante capitulo del orden del Toyson de oro, y le confirió entre otros á los Duques de Mantua y Urbino, con quienes habia formado una amistad estrecha, para conservar la paz de la Italia. Envió al nuevo Rey de Francia el collar de la misma orden guarnecido de piedras preciosas, y recibió de él el collar del Orden de San Miguel, en señal de mutuo amor y benevolencia. A petición de los Flamencos, y con deseo de complacerles, mandó que volviesen á España tres mil y quinientos Españoles de las Legiones de Pedro de Mendoza y Julian Romero, que se hallaban aquartelados en las fronteras. Finalmente habiéndose juntado la armada, y hechos todos los demas preparativos para el viage, se hizo á la vela en Flesinga el dia veinte y siete de Agosto, y con viento norte, y á los doce dias arribó al Puerto de Laredo. Recibiéronle los Españoles con extraordinaria alegría, porque ardian en deseos de verle, y vino á Valladolid para fixar un domicilio cierto y permanente en España, donde habia sido nacido y criado. Como era tan zeloso en la extirpacion de la heregía, uno de sus primeros cuidados fué el castigo de los Luteranos; y á presencia suya se executó en Valladolid el dia ocho de Octubre el suplicio de muchos reos de este delito. Fuéron quemados vivos Carlos Sesé, de una familia noble de Logroño, y Juan Sanchez, y ahorcados veinte y seis, entre los quales murió un hermano de Cazalla, Cura de Pedroso cer-

ca de Toro , obligado á detestar la heregía , mas por el temor de las llamas , que por verdadera penitencia , como lo afirma un autor que se halló presente ; y los demas en número de doce fuéron castigados con otras penas mas ligeras. Predicó en este dia al pueblo Don Juan Manuel , Obispo de Zamora no ménos esclarecido por su doctrina y piedad , que por su nacimiento. En Valladolid fué demolida la casa de Cazalla , y se puso en el solar una columna con una inscripcion , que declaraba todo el suceso , para perpetua ignominia. En el año siguiente se impuso en la misma ciudad igual castigo á algunos pocos sectarios , porque los demas que se hallaban inficionados de aquella peste , se pusieron en salvo huyendo del reyno. Finalmente despues de siete años Leonor Cisneros , muger de Herre-ruelo , obtinada en el error con el exemplo de su marido , fué arrojada tambien á las llamas. De este modo se cortáron los progresos de la heregia Luterana que iba cundiendo por España ; y si no se hubiera reprimido en sus principios , sin duda habria hecho grandes estragos en todas las Provincias. A la verdad esta mala semilla se propagaba por todas partes , y aun se introduxo en algunas personas muy elevadas. Sospechese , no sin fundamento , que estaba infecto del error Don Fray Bartolomé de Carranza , Arzobispo de Toledo , por el trato que habia tenido con los hereges en Alemania y Inglaterra , donde acompañó al César , y á su hijo Don Felipe. Procedieron los Inquisidores á hacer sus secretas pesquisas , y protegidos con el favor del Rey , que acababa de llegar á España , prendieron al Arzobispo en Torrelaguna , con grande admiracion , y no ménos compasion de todos. Este hecho fué muy censurado , y dió materia en el vulgo á muchas murmuraciones. En los años siguientes fué llevado Carranza á Roma , y se exâminó su causa con gran diligencia.

Caminando á Toledo Don Beltran de la Cueva , murió en el viage , y dexó mucha fama por las ilustres hazañas que habia hecho. Fué Virrey de Aragon y de Navarra. Sucedióle en sus estados Don Francisco su

hijo, y muerto éste, recayeron en Don Gabriel, que gobernó con gran prudencia la Lombardía. Por este tiempo el Rey Don Felipe, para despachar con mayor acierto los negocios de tan vasto Imperio, y siguiendo el exemplo de su padre y de sus antepasados, llamó cerca de su persona algunos varones ilustres por su nobleza, sabiduría y experiencia, y los destinó para que cuidasen de las cosas de la Italia, habiendo erigido á este fin un Consejo permanente en la Corte, nombrando por su primer Presidente á Don Diego de Mendoza, Príncipe de Melito. Fué muy admirable el cuidado de este prudentísimo Rey en la eleccion de Consejeros, como se colige de sus apuntamientos secretos, donde tenia notadas las virtudes, y vicios de los pretendientes. En este año nombró por Virrey de Cataluña á Don Garcia de Toledo, y desde allí trasladó á Nápoles para suceder al Cardenal de la Cueva, á Don Perafan de Ribera, condecorado con el título de Duque de Alcalá de los Gazules, uno y otro hombres ciertamente valerosos, y de mucha prudencia en el gobierno de los pueblos.

A principios de Diciembre fué enviada á España Madama Isabel, en medio de los abrazos y lágrimas de su madre y hermanos, acompañándola el Cardenal Carlos, y el Príncipe de Rochechovard, los hermanos Borbones, y la principal nobleza; á quienes se juntó en la frontera el Duque de Vandoma, que se habia apropiado el título de Rey de Navarra, habiéndole mandado la Corte con astucia, que hiciese este viage aceleradamente para que los Españoles le entretuviesen en la esperanza de recobrar el Reyno, y para que apartándole del partido de los Borbones, se juntase al de los Guisas. La esposa fué recibida con magnífica pompa en Roncesvalles, que confina con ambos reynos, por Don Iñigo de Mendoza quarto Duque del Infantado, por su hermano el Cardenal de Burgos, y por una espléndida comitiva de los Mendozas, y de la principal nobleza. Despues que se hicieron allí las acostumbradas ceremonias, se retiró Vandoma con el Cardenal Carlos y la comitiva Francesa, y Rochechovard

acompañó á la Regia doncella á lo interior del reyno. No es posible explicar la alegría con que los pueblos recibieron y obsequiaron á aquella Princesa, que traía la deseada paz. En Guadalaxara ciudad principal del Duque del Infantado, la festejó éste con todo género de regalos y diversiones, y el Rey Don Felipe que se había trasladado desde Valladolid á Toledo, donde celebraba cortes de Castilla, pasó inmediatamente á Guadalaxara, y se celebraron las nupcias con aparato y suntuosidad verdaderamente regia á fines de Enero del año de mil quinientos y sesenta. Fuéron padrinos el Duque de Alba, que había acompañado á la esposa desde París, y la Duquesa su muger Señora de excelentes prendas. Dióles la bendicion nupcial el Cardenal de Burgos. Concluida esta funcion fué conducida la novia á Toledo con magnífica pompa, y en aquella ciudad se celebraron fiestas con extraordinario concurso de gentes, concurriendo de todas partes la nobleza con los mas exquisitos adornos.

1560.

CAPITULO XII.

*EXPEDICION DEL VIRREY DE SICILIA CONTRA
LOS PIRATAS DE AFRICA. TOMA DE LA ISLA DE
GELVES Y SU FORTALEZA. VIENE LA ARMADA
TURCA AL SOCORRO DEL PIRATA DRAGUT, Y
DERROTA DE LA ARMADA CHRISTIANA.*

Entretanto que España estaba entregada á todo género de regocijos, pasó á las costas de Africa Don Juan de la Cerda Duque de Medinaceli con una grande armada, para arrojar de ellas á los piratas. El Rey Don Felipe se había inclinado á esta expedicion, incitado por los ruegos de Juan de la Valeta Gran Maestre de Malta, que deseaba vivamente recobrar á Tripoli. Antes de esto atraxo á su dictámen á Cerda Virrey de Sicilia, el que en sus cartas no cesaba de

aconsejar y exhortar al Rey lo mucho que convenia al Estado apoderarse de las cercanas guaridas de los piratas, enemigos cotidianos del nombre christiano, y cuya crueldad tenia cerrado el mar á los Españoles, causándoles los gravísimos daños que era fácil conocer: que no habia otro medio de evitarlos, sino el de hacer la guerra á los bárbaros, para arrojarlos de sus asientos, y que en aquellos lugares se estableciesen colonias, que sirvieran como de freno á unos hombres tan inquietos. Persuadido el Rey con estas y otras semejantes razones, ordenó la guerra, y confirió á Cerda la potestad de ejecutarla. Este pues, habiendo juntado en el año precedente una armada de ciento y trece navíos de todas clases, entre los cuales se contaban las galeras del Pontífice, las de Toscana, y las de Malta, y embarcado en ellos un ejército de catorce mil hombres, y los víveres y municiones necesarias, se hizo á la vela en Mecina, y navegó á Siracusa para atravesar desde allí al Africa. Entretanto que se aplacaban las tempestades y la crueldad del invierno, le fué preciso detenerse en aquel puerto con la armada y el ejército; pero comenzando á sentirse enfermedades por la demasiada estancia en el mar, pasó á Malta en los dias mas cortos del invierno, y léjos de minorarse hacian cada vez mas estrago, de tal suerte que se asegura haber perecido tres mil hombres ántes que llegasen á vista de los enemigos.

Conmovidos de esta pérdida los capitanes tuvieron consejo, y determinaron navegar á los Gelves, para que subyugando esta isla, que era otra guarida de Piratas, expugnasen á Tripoli con mas facilidad. Hállase situada aquella en un golfo peligroso por los dos mares que le rodean, y casi inaccesible en el invierno, mas no obstante fueron vencidos los defensores, y tomada la isla tan funesta á los Españoles. Luego que desembarcaron las tropas, pelearon con los bárbaros, no sin alguna pérdida. Apoderaronse de algunas naves enemigas; pero los que fueron tan activos en apresarlas, tuvieron el descuido de aban-

donan
saron
gut á
ra in
de lo
ligro
el pu
socor
ro la
trario
parec
ver s
las er
que e
Por e
Tripo
aquel
vient
y vol
y ent
gado
la qu
ron e
fin er
gada
tribu
acost
mand
forta
los o
parec
con
E
cilia
dism
lipia
camp
tros.
ofrec
neces

donar en lo interior del golfo dos galeras, que causaron un gravísimo daño; pues en ellas envió Dragut á Uluc-Ali pirata intrépido á Constantinopla, para implorar el socorro de Soliman contra las fuerzas de los Christianos. Incitado el mismo Dragut del peligro que corria Tripoli, se escapó velozmente por el puente que une la isla con la tierra firme. Para socorrer la falta de agua, abrieron algunos pozos, pero la de estos era tan mal sana, y el clima tan contrario, que á cada paso morian infinitos; por lo qual pareció conveniente trasladarse al golfo menor, para ver si mudando de lugares, se aplacaba la fuerza de las enfermedades, y sucedió todo lo contrario, porque el suelo era muy pantanoso y el ayre pestilente. Por esto resolvieron otra vez tomar quanto ántes á Tripoli, pero levantadas las anclas para dirigirse á aquella ciudad, fueron rechazados á la isla por los vientos contrarios. Convirtieron el acaso en consejo, y volviéron á desembarcar las tropas con la artillería, y entretanto que limpiaban los pozos que habian cegado los Moros, diéron estos principio á la pelea, en la qual quedando ellos vencidos y derrotados, se pusieron en fuga, y pidiéron la paz y el perdon, á cuyo fin enviaron un trompeta. Inmediatamente fué entregada la fortaleza por su Gobernador, y quedó hecho tributario, obligándose á guardar fidelidad con su acostumbrado juramento, que se reduce á poner la mano sobre el Alcoran. Quiso el Virrey rodear la fortaleza con nuevas y mas firmes murallas, aunque los otros capitanes con mas saludable consejo eran de parecer que se demoliese, y se dió principio á la obra con mucha actividad.

Entretanto fueron completadas con reclutas de Sicilia y otras partes las compañías, que se hallaban disminuidas con tantas muertes. El Reyecillo de Calipia incitado por el odio que tenia á Dragut, vino al campo, y contrató alianza y amistad con los nuestros. Tambien el de Tunez, y por igual motivo les ofreció sus auxilios contra el pirata, en caso que los necesitasen. Los isleños tributarios se mantenian en

su deber con su Gobernador , pero parte de ellos por el contrario comenzáron á tramar hostilidades , matando y robando , de tal suerte que no habia cosa alguna segura fuera del campo. Las fortificaciones estaban ya tan adelantadas , que con facilidad se podian rechazar los esfuerzos de los enemigos ; por lo qual , y porque corria la voz comunicada por la Valeta de que la armada Otomana habia salido ya del estrecho de los Dardanelos , amonestaban los cabos á Cerda que se apresurase á retirarse de allí , quando podia hacerlo honrosamente , para no exponerse al encuentro de los Turcos , que navegaban con muy superiores fuerzas. Pero al paso que era mucha la necesidad de acelerar la salida , era mayor la tardanza del Virrey y la pereza de los soldados , y miéntras que perdian inútilmente el tiempo despreciando el rumor de la armada enemiga , llegó la noticia de que ésta ya se acercaba. Entonces , como suele suceder á los que se hallan sorprendidos , comenzáron precipitadamente á disponer las cosas con increíble terror y consternacion. Scipion Doria , que fué enviado á explorar el mar , apenas pudo escaparse , disparando un cañonazo en señal de haber visto la armada enemiga , y oido esto cortáron los cables de las anclas , y á vela y remo se pusieron en ignominiosa fuga cada uno por donde pudo. Mandaba las galeras de Malta el Español Maldonado , cuya presencia salvó á muchos , pues como era tan práctico en aquellos parages , se escapó por rumbos que le eran conocidos , y enseñó á otros el mismo camino. Muchos navíos que no pudieron huir por impedirselo los vientos contrarios , y la llegada de los enemigos , fuéron estrellados en la costa , y perecieron cerca de mil hombres unos ahogados y otros á manos de los Turcos. Juan Andres Doria hijo de Juanetin , despues de habersele hecho pedazos su galera , se escapó á la fortaleza de Bembo , adonde con otros se habia refugiado el Virrey , atónito de la derrota.

Los Otomanos , cuya armada se componia de ochenta galeras mandadas por Piali , la dividiéron en dos

partes, y perseguian con la una á los navíos que huian, y con la otra acometiéron, incendiáron y tomáron á los que estaban detenidos, y no habian podido evadirse. En esta confusion pereciéron diez y nueve galeras y catorce navíos, y quedáron cautivos cinco mil hombres. Los mas ilustres fuéron Don Diego Harnedo natural de Aragon, Obispo de Mallorca, que cuidaba del hospital; Gaston hijo del Virrey, que con tan funesto principio entró en la carrera de la milicia, Sancho de Leyva, y Berenger Requesens, Comandantes de las galeras Napolitanas y Sicilianas; y Flaminio Anquilara que mandaba las Pontificias, el qual falleció luego de sus heridas, Bernardino Aldana Comandante de la artillería, Don Juan y Don Fadrique de Cardona, y finalmente un gran número de nobles y capitanes de las compañías. Quedáron en el puerto siete galeras por haberles cerrado la salida el enemigo. Don Alvaro de Sande hombre de extraordinario valor, y muy perito en el arte de la guerra, defendia la fortaleza con dos mil y quinientos soldados escogidos, cuyo número se duplicó con la turba de los náufragos. Indeciso el Virrey sobre el partido que debia tomar en tan grande conflicto, juntó á los cabos para deliberar con ellos. Sus dictámenes eran varios, porque no era fácil hallar medio de superar los muchos peligros que los rodeaban. Finalmente habiendo aconsejado muchos al Virrey que se retirase por donde pudiese, se hizo una noche á la vela con siete galeras acompañado de Doria y de los principales del ejército que habian quedado, y llegó á Malta desde donde navegó á Sicilia. Esta calamidad acaeció á principios del mes de Mayo con gran daño y mayor ignominia del nombre christiano. Entretanto el magnánimo Sande comenzó á fortificar con mayor cuidado la fortaleza contra la tempestad que le amenazaba, aprovechándose de las tablas de los navíos despedazados y de las ruinas de los edificios, porque en aquel suelo arenoso no habia tierra á propósito para ladrillos. La provision que tenia de víveres era escasa, y para depurar el agua del salitre, fué preci-

so alambicarla todos los dias , cuya operacion hacia un Siciliano llamado Sebastian , aunque la cantidad siempre era ménos de la que necesitaba la guarnicion. La artillería se componia de quarenta piezas con todos sus afustes. En los Moros no habia que esperar socorro alguno , pues con su acostumbrada infidelidad seguian el partido de la fortuna , y unos se juntaban al vencedor , y otros huian y se derramaban por lo interior del Africa. Presentóse Dragut con nueve galeras , y desembarcó las tropas y artillería , habiendo enviado delante por tierra un fuerte trozo de caballería é infantería , y en breve comenzó á poner en movimiento todo género de máquinas.

Al principio parecia ostentar clemencia el Turco, ofreciendo á los Españoles honrosas condiciones si se entregaban ; pero despues manifestáron sus feroces palabras y el fuego de su artillería , que solo pensaba en vencer con las armas. Parecen increíbles los esfuerzos de valor que hicieron los sitiados , peleando no solo contra un enemigo tan poderoso , sino tambien contra la misma naturaleza. Hicieron repetidas salidas de la plaza : peleáron muchas veces , y causáron y recibiéron muchos daños , y era tal el ardor que tenian los nuestros en pelear , que no reposaban quando eran vencidos , ni quando eran vencedores , de tal suerte que los enemigos cansados ya de recibir heridas , habian resuelto concluir el sitio con la paciencia , á no ser que se viesen en la necesidad de combatir. Los socorros prometidos por el Virrey Cerda y Laveleta jamas viniéron , por lo qual , y por la escasez que padecian de agua , llegóron á tal extremo de desesperacion , que ni la crueldad de los bárbaros , ni la severidad de Sande podian contener las deserciones , porque todo lo posponian al deseo de mitigar la sed , que los atormentaba en un clima tan ardiente y en medio del estío. De la indefensa multitud que se habia libertado del naufragio , se escapaban muchos de noche con feliz audacia en buques ligeros , atravesando por medio de las galeras enemigas. Consumida la mayor parte de la gente con las heridas , el

hambre, la sed, el calor, y las demas fatigas apénas quedáron mil hombres armados, y habiéndolos juntado Sande les hizo este discurso: „Compañeros valederosísimos, ya veis que nos hallamos reducidos á tales angustias, que ni nos quedan fuerzas para defender la fortaleza, ni para sufrir el hambre, pues apénas tenemos viveres para tres dias. Perdida ya la esperanza de la vida y de mantener este puesto, debemos á lo ménos conservar la honra, tomando á este fin consejo de la audacia que en nuestro actual estado será el mejor, porque es el mas fuerte, y por consiguiente el que debe ser aprobado por vosotros. A la verdad despues que he reflexionado atentamente sobre lo que conviene al bien comun de todos, me he determinado á exponer mi cabeza á una muerte cierta por el nombre christiano y por la gloria de la guerra, y caer en medio de los enemigos peleando intrépidamente, ántes que pronunciar aquellas palabras, que despues de tantas y tan heroycas hazañas, nos reduzcan á una triste esclavitud. Yo ciertamente estoy persuadido que no hay cosa mas ignominiosa ni mas cruel que dexarnos atar las manos con las cadenas de los bárbaros, á quienes hemos derrotado en tantas peleas: estas manos que aun encadenadas son para ellos formidables, y que aunque las aten con dobles cadenas, no podrán entregarse á ellas con seguridad. Por ventura no seria mejor ántes que padecer tales cosas, degollarnos como ovejas, y acabar con qualquiera género de muerte nuestras miserias, mas bien que tolerar una vida tan calamitosa? Animo pues compañeros míos, y en esta última prueba de vuestro valor, coronad vuestras anteriores victorias, y aprobad mi consejo tan honroso como necesario á unos varones fuertes.“ Inmediatamente clamáron á grandes voces los soldados que los conduxese adonde quisiese, pues se hallaban dispuestos á perderse y perecer, y que no morirían sin tomar venganza, porque estaban tan sedientos de la sangre enemiga, como pródigos de la suya. Inflamados de esta suerte los áni-

mos, les mandó tomar algun descanso, y disponer todas las cosas para la última pelea. Saca el ejército con silencio á media noche por la puerta contraria que mira al mar, y habiendo atravesado los tres valles en que se habian encerrado los bárbaros, con muerte de muchos de estos, llegó cerca de la tienda del General. Acuden los Turcos excitados por el ruido y voces de las centinelas que gritaban al arma por todo el campo, y se traba una pelea ciega y sangrienta; pero habiéndolos cercado por todas partes una inmensa multitud de Turcos, se ven obligados á pelear en círculo, y como cayesen unos sobre otros, fuéron muy pocos los que se retiraron á la fortaleza, los quales con algunos cobardes que se habian quedado escondidos en ella hicieron la entrega baxo de ciertas condiciones, las que violaron los Turcos, y se encarnizaron contra los rendidos, haciendo esclavos á los unos y á los otros. Don Alvaro de Sande, que andaba errante entre las tinieblas de la noche, pudo escapar al mar con dos Capitanes Españoles, y se apoderó de una galera construida á la manera de una fortaleza, para pelear desde ella á pie firme. Púsose de pie en la proa con su escudo en la mano izquierda, y vibrando con la derecha la espada contra los bárbaros que le injuriaban con palabras, y admirados de su valor los Capitanes Otomanos mandaron á los suyos que no le tirasen. Un Genoves renegado le exhortó á una honrosa entrega, para que no viniese á ser el escarnio y burla de los hombres mas viles, que desde léjos le matarian con sus tiros. Respondió Sande que no se entregaria á hombre alguno si no fuese al General, y que se le permitiera presentarse á él sin peligro. Ofrecióselo el Genoves, y acompañándole para que no cayese en manos de la turba militar, y cubierto como estaba de su sangre y de la agena, se presentó al General, que le recibió y trató con bastante humanidad, compadecido de la suerte de aquel hombre tan valeroso, y le envió á la galera capitana donde eran custodiados los principales cautivos. Despues de haber arrasado Piali la fortaleza,

y rec
vela.
gunos
tes
victo
tros.

PER.
ECLL
CIA.

1
sus c
gion.
y otr
tos e
con t
much
baxa
y ha
much
los m
sigo
por l
mas
ses fo
con t
Final
Marg
aquel
pudo
nio,
rena

y recogido en sus naves toda la presa , se hizo á la vela. En las costas de Sicilia causó en su tránsito algunos daños , incendió á Syracusa , que sus habitantes habian abandonado , y regresó á Constantinopla victorioso , por el reprehensible descuido de los nuestros.

CAPITULO XIII.

PERSECUCION DE INGLATERRA CONTRA LOS ECLESIATICOS. DISCORDIAS CIVILES DE FRANCIA. CONFURACION DE AMBOISA. MUERE EL REY FRANCISCO II. Y LE SUCEDE CARLOS IX.

Empleaban por este tiempo los Ingleses todos sus conatos en extinguir el culto de la antigua religion. Los Obispos , Sacerdotes y Religiosos de uno y otro sexò , que la defendian con zelo , eran puestos en estrechas cárceles , ó desterrados y molestados con todo género de vexaciones. Resplandeció entónces mucho la admirable caridad del Duque de Feria , Embaxador de España , en proteger á estos miserables; y habiendo alcanzado permiso de la Reyna , envió á muchos á las costas de Flandes y Francia , y á otros los mantuvo en su casa , y finalmente se los llevó consigo á España. En Escocia se hallaba todo perturbado por la misma causa , y aun llegaron á tomar las armas con pretexto de religion. Los Ingleses y Franceses fomentaban diversos partidos , y los auxiliaban con tropas , que peleaban entré sí con varia fortuna. Finalmente se compuso la guerra con la muerte de Margarita , Gobernadora del reyno , que en medio de aquellas turbulencias , no dexó de defender en quanto pudo la religion católica. Falleció el dia diez de Junio , y á solicitud de su hermano el Cardenal de Lorena , fué llevado su cuerpo á Francia , y sepultado

honoríficamente. Ajustada que fué la paz, dexáron unos y otros las armas con grave detrimento de la verdadera piedad, que destituida del apoyo de los Franceses, quedó enteramente arruinada. Tomó las riendas del gobierno de este reyno María su hija casada con el Rey de Francia, muger desgraciada, que tuvo un fin muy lastimoso.

Entretanto comenzó tambien la Francia á ser agitada con civiles discordias, cuya furiosa violencia la puso muy á pique de un total naufragio. Las causas de este mal eran muchas. La edad del Rey Francisco, poco idónea para los negocios, y la cortedad natural de su talento, mas propio para ser gobernado que para gobernar. La cruel ansia de dominar de Catalina su madre, que entre todas las artes palaciegas que poseia, se aventajaba en una astucia engañosa, de la qual nacia la inconstancia, con que acomodándose al tiempo, favorecia ya á los de un partido, ya á los de otro, sin fiarse de ninguno. La desmedida ambicion de los Guisas, que querian mandarlo todo, excluyendo á los Borbones absolutamente de los empleos públicos. Antonio, cabeza de la familia, como inficionado de la heregia de Calvino, era justamente repelido de la corte con su hermano Luis, que aun le excedia en su fanatismo. A estos pues, que se hallaban irritados por el dolor de la repulsa, se juntáron los hermanos Colignis, tocados de la misma peste, Monmorenci, que fué desterrado entónces de la corte, y otros de la principal nobleza, algunos de los quales estaban imbuidos de las perversas opiniones, y todos aborrecian en extremo á los Guisas. Los sectarios llamados vulgarmente Hugonotes, indignados de los castigos que se hacian en los suyos, solo deseaban tener una cabeza para sublevarse, habiendo ya crecido tanto su número, que causaban terror, y despreciaban la corta edad del Rey Francisco. Los Borbones se determináron á armarse con el favor de estos para disponer sus asechanzas contra los Guisas, y Luis Príncipe de Condé, hombre de carácter inquieto, les ofreció ser su General en esta

empresa, lo qual fué aprobado unánimemente por los Teólogos de la secta, dando potestad á Condé para perseguir con sus armas á los Guisas. Esta tempestad, dispuesta en el conciliábulo de Nantes, rompió dentro de breve tiempo en Amboisa, no sin daño de muchos, que se atribuyéron la gloria de ser los primeros. Tomóla á su cargo Mr. de la Renaudiere, hombre perverso y malvado, y corriendo inmediatamente por todas partes, excitó los ánimos de los sectarios á tomar las armas, ocultando el nombre del General, baxo de cuyos auspicios se tramaba tan grande empresa. Habiendo pues juntado muchas tropas, partió á largas jornadas á Amboisa, ciudad fuerte, situada sobre el rio Loira, y guarnecida con una fortaleza, en donde se habia introducido el Príncipe de Condé, (como si tratase de otra cosa), para que executada la accion por los conjurados, manifestase á cara descubierta lo demas que tenian proyectado.

El Rey se hallaba entonces en Blois, pero avisado del peligro por los Guisas, se habia trasladado á Amboisa, y entretanto que se juntaban los sectarios armados, no faltó quien descubriese al Cardenal toda la conjuracion, que ya se sospechaba ántes. Este pues la notició inmediatamente á su hermano, el qual sin detencion alguna dió noticia al Rey que venia gente armada, y le exâgeró la gravedad del peligro que corria. El Rey, cuya edad ni talento no eran suficientes para resistir á esta tormenta, despues de una tumultuaria consulta, nombró por su Teniente al Duque de Guisa, con potestad suprema para que dispusiese todo quanto convenia al bien, y seguridad pública, lo qual executó con previo beneplácito de su madre la Reyna. Aunque ésta daba á los Guisas muchas muestras de inclinacion y amor, aborrecia interiormente su ambicion, y temia su excesivo poder; mas para no alejarlos del Rey en unas circunstancias tan críticas, manifestó aprobar la eleccion, quedándola el consuelo de que aunque ellos adquiriesen mucho crédito, y aplauso por conservar el reyno, se harian al mismo tiempo mucho mas odiosos en

aquellas turbulencias , lo que ella y su hijo procuraban evitar á toda costa. De esta suerte se hizo el Duque árbitro de todo el poder , y habiendo prevenido todas las cosas necesarias para la defensa , rodeó á Condé con guardias armadas para que no pudiera moverse : repartió esquadrones de caballería por todas las inmediaciones , á fin de que desde las emboscadas acometiesen á los conjurados , y puso guarniciones en los parages oportunos , para evitar qualquier sorpresa. Caminaban los conjurados con la intencion de suplicar al Rey , que permitiese á los de la nueva secta observar publicamente su religion , sin temor de ser perseguidos por los jueces , y si no lo conseguian , apoderarse de la persona del Rey y de su madre , condenar á los Guisas , formándoles causa , y disponer de todo el gobierno á su voluntad. Pero habiendo caido en las emboscadas , que les armáron las tropas Reales , pereció un gran número de caballos y infantes junto con la Renaudiere , fomentador y director de esta maldad. Los que por otra parte habian llegado á la ciudad , fuéron derrotados y muertos por la caballería , que cargó sobre ellos oportunamente: muchos quedáron prisioneros , y los demas huyéron cada uno por donde pudo. Muchos de los presos murieron en la horca , y en otros suplicios , y á los restantes se les puso en libertad , como inducidos en el error sin culpa suya propia , por la malicia de sus compañeros. Miéntrastanto estaban quietos en sus casas otros de los principales sectarios , esperando el éxito de aquella empresa , para declararse inmediatamente si sucedia con felicidad , y si por el contrario era desgraciada , no querian acompañar en el peligro á los que se habian adelantado á intentarla.

Apaciguado el tumulto , fué puesto en libertad el Príncipe de Condé con muchos halagos , á fin de ablandar aquel ánimo irritado con la prision , como si no se conociesen sus ocultas ideas : este recíproco disimulo era indispensable , para no verse el Rey obligado á proceder con mas severidad contra aquel Príncipe , cuyos amigos y cómplices podian trastornar el

reyno , suscitando una guerra civil. Finalmente despues que se disculpó con el Rey del mejor modo que le fué posible , y habiendo escapado de tan gran peligro , marchó en posta á la Guyena , donde se hallaba su hermano. Esta desgracia no aterró á los hombres perversos , que cargados de dendas y delitos , les incitaba la desesperacion á fomentar novedades , para lo qual se valiéron de otros medios , despreciando el edicto en que se concedió el perdon á los conjurados , con tal que se aquietasen y observasen la religion cathólica. Entre otros proyectos que formáron entónces , contrarios á la tranquilidad pública , fué uno de ellos el apoderarse de Leon , ciudad muy grande , situada en el confluente de los rios Rodano y Saona. Pero no pudiéron conseguir su intento , y fuéron arrojados de allí dos mil hombres armados con su Capitán Malini ; los quales se refugiáron en Ginebra por el temor del castigo , habiéndose formado causa á los ciudadanos cómplices del hecho. Conmovidos los Guisas con estos rumores , comenzáron á juntar tropas , y á fortificarse y prepararse contra la tempestad que les amenazaba , no ignorando que todo esto se hacia por consejo de los Borbones , y que llegaria la discordia á una guerra abierta , si no se precavia con tiempo , y si no hacian causa comun de su peligro con el del público.

Entretanto habia juntado el Rey en Orleans la Asamblea de los estados generales para tratar del remedio de los males del reyno , á la qual concurriéron los Príncipes Borbones , por habertos llamado el Rey con cartas muy carifiosas , y llenas de disimulo. Recibiólos con semblante poco alegre , en señal de la ira que tenia escondida en su ánimo , y habiendo reprehendido con mucha aspereza á Condé , que hubiese conspirado contra él , le mandó poner en una estrecha prision , y en otra mas cómoda á su hermano Antonio , que era ménos culpado. Los jueces nombrados para exâminar la causa de Condé , le condenáron como reo de lesa magestad , á cuyo tiempo atormentado el Rey con dolores gravísimos de cabe-

za se le pudrió un oído , por donde le supuraba una apostema, que le habia nacido en el cerebro, y murió el día quatro de Diciembre , quando apenas cumplia año y medio de su Reynado. Inmediatamente fué proclamado Rey Cárlos su hermano , nono de este nombre, no con mejores esperanzas, por su corta edad, que no pasaba de diez años y medio. Siguióse una gran mudanza de cosas , porque Monmorenci, que temeroso de las asechanzas de sus émulos , se mantenía en la obscuridad, fué llamado aceleradamente por la Reyna, la que le recibió con muchos halagos, y le atrajo á su partido. Antonio de Borbon no solo consiguió la libertad, sino que fué declarado Gobernador del reyno, por el derecho de parentesco, y aunque la Reyna fué intimidada para que le confriese esta potestad, era ella en realidad la que disponia de todo. El Príncipe de Condé fué conducido á la Fera, fortaleza muy guarnecida en las fronteras de Flandes, y de allí á poco se le puso en libertad. El cuerpo del difunto Rey fué llevado con poca pompa á San Dionisio, y colocado en el sepulcro de sus mayores. De este modo se iba preparando la semilla de los males, que por tantos años afligiéron miserablemente á la Francia, dividida en opuestos partidos.

El Pontífice no omitia medio alguno para condecorar y elevar á Cosme de Medicis con pretexto de su parentesco. A peticion suya instituyó el órden de San Estevan Papa, en memoria de la victoria que habia ganado cerca de Sena el dia dos de Agosto, siendo General Marifian, hermano del mismo Pontífice. El instituto de estos caballeros, que deben ser nobles, es pelear contra los enemigos de la religion christiana, y sus insignias son un manto blanco con una cruz roxa. Fué nombrado Cosme Gran Maestre, y sus sucesores perpetuamente, y además de las rentas que concedió el Papa para manutencion de esta órden, la dió aquel Príncipe ricas posesiones, y la edificó templo y casa en Pisa. Juan de Medicis su hijo fué elevado en edad muy tierna á la dignidad cardenalicia, y declarado Arzobispo de Pisa; pero no

obstante todas estas gracias, fueron inútiles los esfuerzos de Cosme para obtener las insignias que deseaba, y el título de Rey. Don Felipe, que tenia resuelto no salir de España, procuraba enviar á las provincias hombres idóneos y expertos que las gobernasen. Por este tiempo, habiendo llegado á su noticia que los Ministros de la Real Hacienda que habia enviado á Milan excedian los límites de su potestad, y que por un falso zelo, habian despojado de sus bienes á muchos ciudadanos, los removió inmediatamente de sus empleos, y á la verdad es máxima muy cierta y digna de un oráculo, que muchas veces daña la demasiada diligencia y cuidado. El nuevo Virrey de Nápoles Don Gaspar de Quiroga comenzó con mucho estrépito á residenciar á los Jueces y Magistrados, pero ninguno fué removido de su empleo, y todas sus amenazas se convirtieron en humo. A fines del otoño falleció Juan Andrea Doria, de edad de noventa y tres años, cuyas alabanzas escribiéron muchos autores ilustres. Los Genoveses celebraron sus exéquias en la Iglesia Catedral con regia suntuosidad y aparato. No hay necesidad de que repitamos aquí sus grandes hazafias. Fué varon muy piadoso, magnánimo y prudente, y en la ciencia naval sobrepujó á todos los de su tiempo. Fué sepultado provisionalmente, como él mismo lo dexó dispuesto, en una capilla que él habia hecho reedificar á sus expensas en la Iglesia de San Mateo. Cedió á su hijastro el Principado de Melfi, y dexó en su testamento á Juan Andres la ciudad de Tursi, y las galeras, mandándole que siguiese los auspicios del Rey Don Felipe. El dia quatro de Febrero falleció en Roma el Cardenal Pacheco, Obispo de Sigüenza, y le sucedió en la Diócesis Don Francisco de Lara, que murió tambien el mismo año: con tan precipitada carrera desanipara la fortuna á los mortales. Fué electo en su lugar Don Pedro de la Gasca, trasladado de la Iglesia de Palencia. Dos años ántes habia fallecido en Genova Don Gerónimo Doria, Arzobispo de Tarragona, con cuyo nombre se publicáron las constituciones de aquella Iglesia, di-

vididas en títulos y libros. Sucedióle Don Fernando Loaces, natural de Orihuela, Obispo de Tortosa, en el que le habia precedido Requesens, y hallándose ausente, tomó posesion el dia cinco de Agosto. Tambien fallecieron dos grandes lumbreras de la literatura, Fray Domingo de Soto, y Fray Melchor Cano, ambos del Orden de Santo Domingo, aquel en Salamanca, y éste en Toledo, donde fueron sepultados con célebre pompa. Uno y otro adquirieron gran fama con sus escritos. Pero Cano en su tratado de los lugares Teológicos, se aventajó mucho á todos los de su profesion, en la erudicion, ingenio, brevedad y elegancia. Fué electo para el Obispado de Canarias, cuya dignidad renunció. Tuvo contra sí á Paulo IV. á causa de que habia dado dictámen al Rey Don Felipe de que podia hacerle la guerra, cuyo parecer aprobó la respetable Universidad de Salamanca. Aquel siglo de Oro de nuestra literatura, no solo produjo hombres ilustres por su sabiduría, sino tambien mugeres de admirable ingenio; y omitiendo por la brevedad formar aquí un Catálogo de ellas, solo haremos mencion de Luisa Sigea, que entre otras dotes con que se hallaba adornada, mereció gran fama por su instruccion en las lenguas. Nació en Toledo, siendo su padre Diego, hombre erudito, y despues de haber vivido mucho tiempo en la corte de Portugal, volvió á Castilla con su marido Alonso de la Cueva, noble Burgales, con quien se habia casado, y falleció en su juventud, como otros muchos grandes ingenios, el dia quince de Octubre, habiendo dexado un hijo. Paulo III. hizo extraordinarios elogios de las cartas que le escribió en latin, griego, hebreo, siriacó y árabe, como lo refiere Juan Vaseo, Escritor fidedigno de su tiempo: y lo que mas digno de admiracion es, que á los veinte y un años de su edad habia ya adquirido tan grande erudicion y doctrina, como lo atestiguan Andres Resende y Fernando Ruiz de Villegas, poeta elegantísimo, en su epitafio. Escribió muchas obras doctas y piadosas en prosa y verso. Un Herege Holandes

publicó á nombre de Luisa un libelo infame con el titulo de satira sotádica lleno de las mas detestables obscenidades. Pero esta ficcion no perjudicó á la buena fama de aquella casta matrona , pues su autor era un impio sectario muy desemejante á ella , no ménos en las costumbres que en la doctrina.

CAPITULO XIV.

ENVIA EL MARQUES DE CAÑETE VIRREY DEL PERU, A SU HIJO DON GARCIA CON TROPAS PARA SUJETAR A LOS INDIOS DE CHILE. SUCESSOS DE ESTA GUERRA.

Los Portugueses tenian puestas todas sus esperanzas en el jóven Don Sebastian , que se educaba baxo de la tutela de Doña Catalina su abuela, Gobernadora del reyno , y entre tanto no acaeciò turbacion alguna , ni los hereges que volaban por todas partes, podian propagar su doctrina ; pues la sagacidad y vigilancia de los Inquisidores los descubria en sus mas ocultas guaridas, y les imponia el merecido castigo. Tampoco se hizo entonces cosa alguna memorable en el Africa , hallándose ocupados los Xerifes en otros cuidados. En el nuevo mundo apenas ocurriò por este tiempo suceso alguno digno de referirse. Administrábase la justicia con vigor en Nueva-España , y los bárbaros fuéron reducidos de grado ó por fuerza á la obediencia del Rey en todas las regiones donde habia penetrado el nombre Español. Todos los cuidados se dirigieron á instruir sólidamente en la Religion Christiana á los Indios, que fácilmente la abandonaban, por no estar enteramente libres de sus antiguas supersticiones. En el mismo estado se hallaba el Perú despues que cesáron las sediciones , que por tan largo tiempo le habian agitado. El año de mil quinientos cinquenta y seis pasó á gobernar este reyno Don Andres de Mendoza Marques de Cañete , llevando solo de su nume-

rosa familia á Don García, jóven de excelsa índole, y á Felipe, habido fuera de matrimonio. Todas las Provincias descansaban de la guerra, á excepcion del reyno de Chile, donde las cosas de los Españoles se hallaban en mayor peligro que nunca se habian visto, no atreviéndose á emprender cosa alguna contra los bárbaros, que estaban muy feroces con las anteriores victorias. Movido el Virrey de las súplicas de los Españoles, envió á su hijo Don García con un ejército en quatro navíos, mandados por Juan Ladriero. La caballería se puso en marcha por los desiertos que se extienden entre el mar y los Andes, siendo su Capitan Luis de Toledo. Luego que llegó García á la Serena, incendiada por los Indios, y juzgando que convenia remover de allí á Villagran y Aguirre, por las antiguas discordias que entre sí tenían, los embarcó en un navío y los remitió á Lima con segura custodia. Despues de lo qual continuó su navegacion ácia el Austro; pero habiéndose levantado una tormenta, estuvo muy próximo á padecer naufragio. Finalmente arribó á la Concepcion, Colonia desierta por el miedo de los bárbaros, y desembarcando sus tropas y artillería, puso su campo en un parage elevado, y le fortificó quanto le fué posible. Tenia solamente doscientos soldados, porque aun no habia llegado la caballería, que era la que causaba gran terror á los Indios. Noticiosos de esto los Araucanos, que entre todos los Chilenos son los mas belicosos, acometieron en gran número al campo. La artillería hizo en ellos mucho estrago, pero irritados mas bien que escarmentados, redoblaron sus esfuerzos, venciéron el foso y la trinchera, y peleáron acérrimamente á pie firme. Felipe de Mendoza despues de haber herido en un brazo á Tucapel, Araucano valeroso, le abrazó por medio del cuerpo, y intentó en vano derribarle á tierra. Su hermano Don García cayó aturdido de una pedrada que recibió en la cabeza; pero volviendo luego en sí, peleó heroicamente. Los marineros salieron á tierra para participar del peligro, y fueron acometidos por Feniston intrépido Araucano, con un fuer-

te dest
petu p
un nav
pero si
multitu
chas, c
veces a
ró la p
unos á
No obs
cho cu
El
les mu
á pele
mucho
gar su
neral
nos p
llero a
á los
Toled
cien
minad
al car
fuerza
con l
llegad
vo as
ños e
á can
con l
que s
la In
marc
descu
leó c
rer le
das s
tiéro
el ca

te destacamento sacado del ejército. En el primer ímpetu peleáron atrozmente, y Valenzuela Capitan de un navio, atravesó con su espada al General bárbaro; pero siendo tan pocos los Españoles para resistir á la multitud de los enemigos, fuéron rechazados á las lanchas, despues de haber recibido muchas heridas. Tres veces acometiéron al campo con inútil esfuerzo, y duró la pelea por seis horas, sucediéndose los bárbaros unos á otros, y murieron dos mil de los mas audaces. No obstante veláron los nuestros aquella noche con mucho cuidado, haciendo la ronda el mismo Don García.

El dia siguiente exhortó á sus soldados (de los quales muchos habian sido heridos, y ninguno muerto) á pelear valerosamente, previniéndoles que no estarian mucho tiempo ociosos, pues el enemigo deseaba vengar su derrota. No se engañó en su conjetura el General, quien noticioso de los intentos de los Araucanos por un Indio fiel á los Españoles, envió á Ladrilero al rio Maule, para que mandase acelerar el paso á los mas expeditos de la caballería. Su Comandante Toledo luego que recibió este aviso, envió delante cien caballos que atravesáron el rio, y habiendo caminado cien millas en tres dias, llegáron felizmente al campo. Los Araucanos que habian juntado todas las fuerzas de la Provincia, y estaban resueltos á acabar con los Españoles en una sola batalla, noticiosos de la llegada de los caballos, quando se disponian á dar nuevo asalto al campo, se retiráron dispersos en pequeños esquadrones. Salió Don García de sus trincheras á campo descubierto, y á los cinco dias llegó Toledo con los otros doscientos caballos y los bagages, á los que se juntáron cincuenta que habia mandado venir de la Imperial. Reunidas en un campo todas las tropas, marchó al enemigo, y habiendo pasado el rio Biobio, descubrió las emboscadas que le tenian puestas, y peleó con los que le saliéron al encuentro. Para socorrer los Araucanos á los suyos, iban á la batalla con todas sus fuerzas, obstinados en vencer ó morir. Combatieron por espacio de cinco horas continuas, y todo el campo se veia cubierto de cadáveres. Pocos de los

Españoles fuéron heridos , y solo se perdiéron algunos caballos , que fué una especie de prodigio en una pelea tan sangrienta. En ella quedó prisionero Galvarino , bárbaro de conocida perfidia , y en pena de su rebelion le cortáron las manos ; pero con esta severidad estimuló el Español , y no reprimió el furor de los Araucanos. Taláron tambien los campos , aunque sin tocar á sus casas , para que la desesperacion no los encendiese mas el deseo de pelear. Despues de esto , penetráron los Españoles en lo interior del valle de Arauco , siguiendo las naves la costa con los viveres y provisiones. Los batidores encontráron en una tierra abandonada de sus habitantes un cañon , que habia perdido Villagran en un combate desgraciado , y fué conducido al campo.

Los bárbaros que desde los campos se habian refugiado á lugares seguros con sus hijos y mugeres , se juntáron en gran numero , y para oprimir repentinamente á los Españoles , se acercáron una noche á su campo con el mayor silencio , y como al rayar el alba oyesen la señal que los Españoles acostumbran hacer á tal hora , persuadiéndose los Indios que habian sido descubiertas sus asechanzas , y que aquello era llamar al soldado á tomar las armas , ellos tambien con trompetas , caracoles , y grande estrépito , diéron la señal para la batalla , con la qual excitados tambien los Españoles , corriéron prontamente á las armas y marcháron contra el enemigo. Hallábanse ordenados los bárbaros en tres esquadrones , y el primero de ellos acometió al ala derecha de los Españoles , y recibido por estos con la artillería y todo género de tiros , se abatió mucho su ferocidad. La caballería embistió contra otro esquadron armado de picas , el qual no pudo ser derrotado ni abierto , y viendo García que por ninguna parte se movia de su puesto , mandó dispararle por el costado la artillería , con lo qual fué desordenado el esquadron , y los caballos hicieron en él grande estrago. Miéntras tanto se peleaba atrozmente en la ala derecha , y unos y otros tenian esperanza de vencer , hasta que decayendo las fuerzas de los Arauca-

nos , y
cedió r
quadro
hibió
desespe
no ; ni
despues
espacio
de los e
pañoles
caballo
mas , fi
cautivo
cortado
con atr
el dia
biendo
donde
cuyo lu
có el n
bárbaro
cuenta
nombro
llos ob
sa mul
de los
Puren
cuya in
enemig
veres
Qu
se atra
lla , y
jaban
conspi
moso
tillo de
sela. E
colo
gente,

nos, y muertos los mas intrépidos de los suyos, retrocedieron en buen orden para juntarse con el tercer esquadron, que no habia intervenido en la batalla. Prohibió García á los suyos que los persiguiesen, pues la desesperacion podia excitarlos á perecer con daño ajeno; ni tampoco tenia muchas fuerzas para seguirlos, despues de haber sostenido tan terrible combate por espacio de ocho horas. Quedáron muertos quatro mil de los enemigos, y ochocientos prisioneros. De los Españoles hubo muchos heridos, y perecieron algunos caballos; y á fin de causar terror y miedo á los demas, fuéron ahorcados de los árboles algunos de los cautivos, entre los quales Galvarin, levantando sus cortados brazos, exhortaba á los suyos á la venganza con atrocisimas palabras. Acaeció la batalla anterior el dia diez de Octubre, y ésta á fin de Noviembre. Habiendo levantado García sus Reales, llegó al campo donde fué hecho prisionero, y muerto Valdivia; en cuyo lugar mandó se reedificase el castillo que edificó el mismo Valdivia, y habia sido destruido por los bárbaros, y el año siguiente de mil quinientos cincuenta y ocho fundó allí una ciudad, á la que dió el nombre de Cañete. Combatió otras veces con aquellos obstinadísimos enemigos, y derrotó á una inmensa multitud de ellos, aventajándose mucho el valor de los capitanes Remon y Quiroga. En la angostura de Puren peleáron esforzadamente Velasco y Reynoso; cuya intrepidez reprimió la astucia y ferocidad de los enemigos, y fuéron conducidos al campo muchos víveres que se les tomaron.

Quebrantados los bárbaros con tantas derrotas, no se atrevian ya á hacer frente á los Españoles en batalla, y solo acometian con asechanzas á los que se alejaban de los Reales. Los principales de los Araucanos, conspiráron contra García, y le enviáron un Indio famoso por su audacia llamado Metical, con un canastillo de fruta, para asesinarle al tiempo de presentársela. Pero habiéndole dado aviso de esta trama Colocolo hombre de esclarecida fidelidad entre aquella gente, y que aborrecia las traiciones, se libertó del

peligro. Hizo prender al bárbaro, á quien se le encontró un puñal, y confesó fácilmente los autores del atentado, y habiéndolos hecho llamar García, los reprehendió ásperamente por medio de un intérprete, y los despidió sin imponerles castigo alguno, con cuya benignidad adquirió gran fama entre los bárbaros. Para perpetuar la memoria de su abuelo materno, dió principio el dia veinte y siete de Marzo á la ciudad de Osorno, situada á los quarenta grados sobre el Equador. Su terreno es fértil en todo género de frutos, especialmente en exquisita miel, y abunda de minas de oro y plata. Envió cincuenta caballos á la ciudad de la Concepcion, y extendió su poblacion con nuevos habitantes. Los de Villa-Rica que se habian dispersado por la guerra, volviéron á ocuparla luego que cesó el peligro de los bárbaros, para no perder el derecho á sus tierras.

A fines de Julio se hizo Ladrillero á la vela de la Concepcion con dos navíos de órden del Rey, para explorar por aquella parte el mar del Sur. Despues de una larga navegacion, llegó á la extremidad de las costas del nuevo mundo, y comenzáron á faltarle los viveres. No hallaban socorro alguno en los bárbaros derramados por aquellas partes, que mas parecian fieras que hombres, y para colmo de los males, se juntó al hambre una horrible tempestad, en la que estudiéron muy próximos á sumergirse los navíos. Finalmente al cabo de diez meses llegó uno de ellos muy maltratado á Valdivia, con solos tres marineros y el Capitan: otro en que iba Ladrillero arribó á las costas de Chile, y habiendo desembarcado á tierra los soldados, marineros, y los negros, pereciéron todos dentro de pocos dias; y de este modo no correspondió el fruto de aquella navegacion á la pérdida de sesenta hombres que costó. Entre tanto recorría García las Provincias, visitaba las Colonias, y arreglaba todas las cosas públicas. Pero Reynoso que gobernaba en Cafiete excitaba á los bárbaros con engaño á la guerra, y los derrotó en una gran batalla. Despues Pedro Avendaño con cincuenta Españoles venció á Caupoli-

can, le
de se ha
su derr
Arauca
dos Va
fortuna
mente l
tes de n
podian
largo ti
tillo, F
sacudir
oportun
torce n
cia arro
artiller
aterado
fuegos o
por la é
dose á
quedárc
te sacá
batalla
Trabós
su cam
mezclac
por tod
renovar
za de s
arrojad
fuga. I
dia de
enemig
los Esp
y much
rota de
migo
para la
De
Arauca

can, le hizo prisionero y le sacó de los montes adonde se habia refugiado con sus compañeros despues de su derrota. Este hombre valeroso fué General de los Araucanos en toda la guerra en que quedáron vencidos Valdivia y Villagran; pero desamparándole la fortuna, le derrotó García muchas veces, y finalmente le condenó al último suplicio, y recibió ántes de morir el sagrado bautismo. Los Araucanos no podían tolerar que los Españoles se detuviesen tan largo tiempo en su valle, y levantasen en él un castillo, por lo qual volviéron á tomar las armas para sacudir el yugo, y fortificáron su campo en parage oportuno, segun la disciplina militar. Juntáronse catorce mil hombres armados, á los que procuró García arrojar de aquel puesto, disparando contra ellos la artilleria y otros fuegos arrojadizos. Parte de ellos aterrados con el estruendo de los cañones, y con los fuegos que les disparaban los Españoles, se escapáron por la espalda de su campo aquella noche, retirándose á los montes y bosques, y con los demas que quedáron hubo muchos pequeños combates. Finalmente sacáron á campo raso todas sus tropas en orden de batalla, estando resueltos á hacer el último esfuerzo. Trabóse con efecto la pelea, y fuéron rechazados á su campo, en el qual se introduxéron los Españoles mezclados con ellos, y como se viesen estrechados por todas partes, volviéron con mucha intrepidez á renovar el combate, para no morir sin tomar venganza de sus enemigos; pero al fin fuéron vencidos y arrojados de sus trincheras, y se dispersáron en la fuga. Duró la batalla quatro horas seguidas, y acaeció dia de Santa Lucía, habiendo muerto dos mil de los enemigos, y quedando gravemente heridos treinta de los Españoles. Recobráronse cinco cañones de bronce y muchos arcabuces, que se habian perdido en la derrota de Villagran. Hallóse tambien en el campo enemigo gran cantidad de víveres, que habian juntado para largo tiempo.

Despues de estos sucesos, se ajustó la paz con los Araucanos por la mediacion de Colocolo, hombre de

carácter muy ageno de la barbarie, y se edificó un castillo, para defensa de ellos mismos. El Gobernador García, libre de los cuidados de la guerra, se dedicó enteramente á los de la paz: reedificó los templos que habian sido destruidos en las anteriores calamidades, y con el dinero que pudo recoger, levantó uno muy magnífico desde los cimientos en la ciudad de Santiago, poniendo en él algunos Sacerdotes de los que habia llevado consigo del Perú. Fundó la colonia llamada de los Infantes, y procuró establecer otras por medio de Capitanes valerosos, entre las cuales fué una la ciudad de Mendoza edificada por Pedro Castillo á la otra parte de los montes, distante treinta y tres grados del Ecuador, en cuya situacion se halla tambien la de Santiago. Fué Castillo recibido benignamente por aquellos bárbaros, que son de un natural pusilánime, entregados al ocio, de voz muy débil, y flacos de cuerpo, lo que no es de admirar, pues se alimentan de yerbas y raices. Produce aquella tierra admirablemente los frutos Españoles, y los ganados se multiplican sin término. Tambien se descubrieron en varias partes minas de oro, y una muy opulenta cerca de Valdivia en el rio de la Madre de Dios, de donde se han sacado dos millones de pesos de oro puro.

Arregladas las cosas de Chile, y quando García se disponia para restituirse á Lima, le llegó la triste noticia de la muerte de su padre, de quien se refiere que gobernó el Perú con mucha equidad y justicia. Edificó la Iglesia y Convento de los Religiosos de San Francisco, y un magnífico hospital, y levantó un puente de piedra en el rio de Lima. Tuvo por sucesor en el Virreynato á Don Diego de Zúñiga Conde de Nieva. Despues que García satisfizo por algunos dias su dolor, se embarcó con su familia en un navío, y pasó á Lima en el año de mil quinientos y sesenta. En esta guerra de Chile militó Alonso de Ercilla, Caballero del Orden de Santiago, que en su edad juvenil adquirió la gloria de las armas, y de la poesia. Su poema intitulado la

1560.

Arauc
verda
ciado
por la
poco a
dido,
una se
gos. S
virtud

La
reynal
mente
aborre
Consta
donada
armada
fortifio
Norofí
mada
biendo
niosam
compe
Portug
Turco
isla de
el har
á los
ciertas
partes
tud in
faltó
sido re
y Noro
Deza h
las Mo
familia
veneno
inmedi
aunque
ron ve

Araucana , que anda en manos de todos , refiere con verdad los hechos de aquella guerra , y es muy apreciado , así por lo extraordinario de los sucesos , como por la sublimidad de sus versos. En él se manifiesta poco afecto á García , de cuya severidad estaba ofendido , pues le condenó á muerte por haber excitado una sedicion , aunque le perdonó á ruegos de sus amigos. Sucedió Villagran en el gobierno de Chile en virtud de Real Decreto.

La cruel ambicion de dominar y enriquecerse , que reynaba en la India Oriental , era causa de que fácilmente se suscitasen guerras entre unas gentes , que se aborrecian con odio inveterado. El nuevo Virrey Constantino se apoderó de la ciudad de Damam abandonada por sus habitantes , á quienes el terror de una armada de cien navíos habia puesto en fuga , y la fortificó con una guarnicion al mando de Diego de Noroña. Luis de Melo peleó prósperamente con la armada de Calicut cerca de la costa de Malabar , y habiendo tomado seis navíos , huyéron los demas ignominiosamente. Los bárbaros afeminados y flojos no podian competir en el valor ni en la pericia militar con los Portugueses ; pero no les fué tan fácil vencer á los Turcos , con quienes peleáron con varia fortuna en la isla de Baharen. Finalmente fuéron derrotados mas por el hambre y las enfermedades que por la espada , y á los que quedáron vivos , se les dió libertad baxo de ciertas condiciones , y se concluyó la guerra. En otras partes hubo algunos pequeños combates. Una multitud innumerable de bárbaros acometió á Cananor , y faltó poco para que no la tomasen ; pero habiendo sido rechazados y derrotados valerosamente por Melo y Noroña , pagáron la pena de su audacia. Eduardo Deza hombre cruel y avaro gobernaba tiránicamente las Molucas : puso en prision al Régulo con toda su familia , y faltó poco para quitarle la vida con un veneno , de lo qual noticiosos los isleños , corrieron inmediatamente á las armas. No venció la causa justa , aunque muchas veces la favorece el cielo , pues fuéron vencidos y derrotados los bárbaros con gran pér-

dida por unos pocos Portugueses. Pero avergonzados estos despues de las maldades de Deza , le metieron en una prision sin respeto alguno al juramento militar , y le pusieron las cadenas que quitáron al Régulo. Estas discordias fuéron muy largas , y produxéron muchos males que jamas se remediáron. Por este tiempo fué introducido el evangelio por los Jesuitas en las extremidades del Oriente á costa de mucha sangre y fatigas , y recogieron copiosos frutos , habiendo hecho Dios grandes milagros en apoyo de su doctrina , como se refiere en las cartas que dirigieron á la Europa. Los Portugueses que habian quedado en la Abisinia con motivo de la guerra , se pasáron al Turco contra quien habian peleado tantas veces , con la ignominia y oprobrio que se dexa considerar , y no es necesario decir. Vencido el Abisinio en una batalla por los Turcos , no quiso nunca de allí adelante valerse del socorro de los Portugueses. El Virrey Barreto , despues de cumplido el tiempo de su gobierno , se embarcó en la armada para restituirse á Portugal , pero obligado por la violencia de las tempestades , retrocedió á Goa desde la mitad del viage. Salió segunda vez , pero con la misma adversa fortuna , y quiso mas ceder al enfurecido Océano que pelear con él. Finalmente se hizo á la vela por la tercera vez , y arribó con felicidad á Portugal , habiendo libertado su armada de tantos peligros.

D

EZ

FE

CA

DE

CI

sin

auz

se

su

des

y

los

los

Sa

Pa

la

me

qu

rab

pa

Fr

CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA:

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

EMBAJADA DEL REY DON FELIPE AL DE FRANCIA. HACE CAUSA EL PONTIFICE A LOS CARRAFAS. CONCEDE UN SUBSIDIO AL REY DE ESPAÑA. VUELVESE A JUNTAR EL CONCILIO EN TRENTO. MAXIMILIANO ES NOMBRADO POR SUCESOR EN EL IMPERIO.

Florencia la paz en España y en sus provincias; sin que la inquietase movimiento alguno, y con su auxilio hacia grandes progresos la piedad, á la qual se dedicaba tanto el Rey Don Felipe, que parecia su reynado en España lo que en Roma el de Numa despues de Rómulo. Edificábanse en muchas ciudades y pueblos Templos, Monasterios y Hospitales; entre los quales es digno de memoria el célebre Colegio de los Jesuítas erigido en Madrid con la advocacion de San Pedro y San Pablo, cuyo primer Rector fué el Padre Eduardo Pereyra. El año siguiente se edificó la Iglesia y Convento de la Santísima Trinidad en medio de la misma Villa, promoviéndo el Rey, quien hizo el plan de toda la obra, porque no ignoraba la geometría, y contribuyó con mucho dinero para los gastos de ella, siendo su primer Ministro Fray Diego de Medina; y en otras partes erigió otras

1561. muchas Iglesias , cuya relacion seria muy prolixa. Como el Rey Don Felipe era tan zeloso y amante de la verdadera religion , llevaba muy á mal que en Francia se hallase tan alterada por los Hugonotes ; y para resistir en quanto le era posible á su protervia , envió á su cuñado Cárlos , á Don Juan de Lara , hombre de grande talento y experiencia , y esclarecido por su nobleza. Este pues llegó á Paris á mediados de Enero de mil quinientos y sesenta y uno , y expuso al Rey las causas de su embaxada. Reduciase ésta á pedirle que no confriese empleo alguno público á los Hugonotes , pésima generacion de hombres , nacidos para trastornar todo lo divino y humano : que recibiese los decretos del Concilio Tridentino , tan saludables para él , como para todo su reyno ; y que los mandase observar á sus vasallos , castigando á los contraventores. Intentó con un largo discurso persuadir uno y otro á la Reyna , en quien residia todo el poder ; pero todo fué en vano , pues posponia la religion á la ambicion de dominar , y todo su cuidado era entretener los diversos partidos , y favorecer alternativamente á uno y á otro , para no ser oprimida por ninguno de ellos. Habia entónces en la Corte de Francia dos Triunviratos. Monmorenci , el Duque de Guisa , y el Mariscal de San Andres defendian con todo esfuerzo la religion cathólica , á la qual era el Rey muy adicto ; y por el contrario Condé , Gaspar Coligni y Andelot su hermano sostenian la heregía de Calvino. De este modo , de las discordias de la Corte nacidas de la ambicion , pasáron á las discordias de religion , y despues levantáron exércitos , y tomáron las armas para pelear una parte del reyno contra la otra , hasta destruirse mutuamente.

La misma llama volaba por otros pueblos y ciudades , y no habia cosa alguna que pudiera detener sus progresos. Los pueblos de la Saboya inmediatos á Francia estaban inquietos contra su Soberano , y tocados de la misma peste , que cundió hasta las estremidades de Italia. Salvador Espinel noble Napolitano , armado con el favor del Virrey , fué el primero que

se opuso á este mal , y despues de haber aplicado en vano remedios suaves , arrasó algunos pueblos de sus estados , queriendo mas privarse de sus rentas , que dexar sin castigo la perfidia , y en la capital fuéron algunos condenados á las llamas , con gran terror y espanto de todos.

En Flandes habian llegado las cosas á tal extremo , que era quasi imposible curar con los acostumbrados remedios á los hombres perversos ; y si se ponian en práctica los mas fuertes , corrian las provincias el peligro de una general sublevacion. El Pontífice no omitia cosa alguna para cortar tantos males. Exhortaba á los Príncipes por medio de sus Legados á que mantuviesen el culto de la verdadera religion , que profesáron sus mayores ; pero sus officios fuéron inútiles con los Protestantes de Alemania , que cada dia se precipitaban de uno en otro en mas detestables errores , y la Reyna de Inglaterra prohibió por un edicto que entrasen en su reyno los Legados Pontificios. Además convocó á los Obispos para que continuasen el Concilio , que habia sido interrumpido , y el año siguiente concurriéron muchos. Entretanto á ruegos de Doña Margarita , que se lo pidió con grandes instancias , confirió la púrpura cardenalicia á Antonio Perenoto nombrado Arzobispo de Malinas , que despues se llamó el Cardenal de Granvela. Hizo formar causa á los Carrafas como reos de muchos y atroces delitos. El Cardenal fué ahorcado dentro del castillo de San Angel , y degollados en otras partes el nuevo Duque de Paliano , Fernando Carlon Conde de Alifano , y Leonardo Candena. Antonio Carrafa temeroso del mal que le esperaba , se habia puesto en salvo ; pero su hijo Alfonso Arzobispo de Nápoles , acusado de malversaciones , no salió de la cárcel hasta que pagó cien mil ducados en que fué condenado , aunque el Papa le perdonó veinte y cinco mil. Marco Antonio Colona llegó al fin á recobrar á Paliano por la mediacion del Rey Don Felipe.

Por este tiempo comenzáron las Iglesias de España á contribuir los subsidios que para la guerra ha-

bia concedido el Pontífice al Rey , á fin de que con este dinero se armasen sesenta galeras , para arrojar de nuestras costas á los piratas Mahometanos , enemigos quotidianos é irreconciliables. Este dinero se empleó despues por sus sucesores en otros usos , y los Moros vuelan impunemente por todas partes en ligeros buques , con grave daño de la christiandad. En Valladolid acaeció un terrible incendio , que propagándose por la parte alta de la ciudad , reduxo á cenizas quatrocientas casas. No se pudo saber con certeza el origen de este estrago , que tal vez fué casual , y compadecido el Rey de la triste suerte de los ciudadanos , los socorrió con una gran suma de dinero. Poco tiempo ántes habia trasladado su Corte de Valladolid á Toledo , y se cree que no le agradó mucho esta ciudad , pues al cabo de pocos meses se transfirió á Madrid , y determinó establecer en esta villa su domicilio , erigiendo hermosos edificios los Grandes , que de todas partes concurrían á fixar su habitacion en ella. Vino tambien Francisco , hijo mayor de Cosme de Medicis , para ser educado en ella con la severa disciplina de los Españoles , á la qual su padre era muy adicto.

El pirata Dragut se apoderó en las islas de Lipari de siete galeras Sicilianas que navegaban á Nápoles , y fuéron parte de la presa Nicolas Caraciolo Arzobispo de Catania , y Francisco Aragon Obispo de Cefalonia. El primero consiguió su libertad á muy alto precio , pero el segundo cargado de años acabó su vida entre los mismos bárbaros. Procuró el Rey Don Felipe que fuese rescatado el Obispo de Mallorca , que , como ya diximos , quedó cautivo en los Gelves , encargando á Guillelmo Rocaful Virrey de aquella isla , que recogiese de las rentas eclesiásticas la cantidad competente , y con efecto fué puesto en libertad por la suma de cinco mil y quinientos pesos.

El año de mil quinientos y sesenta y uno se juntáron en Trento los Prelados Españoles , entre los quales fuéron los mas célebres por la fama de su sabiduría Don Pedro Guerrero Arzobispo de Granada,

Don Andres Cuesta Obispo de Leon , Don Martin de Ayala de Segovia , Don Diego de Covarrubias de Ciudad Rodrigo , escritor bien conocido , y aquel grande hombre Don Antonio Agustin de Lérida. Tambien concurriéron de Francia algunos Obispos con el Cardenal de Lorena , y muchos embaxadores de los Príncipes cathólicos y ciudades libres. Volvió á continuarse el Concilio con gran número de Prelados , y se concluyó el año siguiente. Asistiéron en calidad de Legados Pontificios los Cardenales Juan Moron, Hercules Gonzaga , Gerónimo Seripando , Estanislao Hossio , Luis Simonetta , Bernardo Naugerio y Marcos Altaemps , hombres muy doctos y virtuosos. El Rey Don Felipe envió por su embaxador á Don Fernando Quifiones Conde de Luna , en lugar de Don Fernando Dávalos , que poco ántes habia fallecido en Trento. Miéntras que los Padres deliberaban en esta ciudad sobre las materias de la religion, pactó el César Don Fernando con el Otomano treugas por ocho años , en las quales con la permuta de los cautivos alcanzaron su libertad Sande , Requesens, Leyva y Cardona. Habiéndose suscitado disputa entre los Bárbaros al repartir la presa sobre la persona de Cerda , fué muerto con un veneno , para que ni unos ni otros le poseyesen. Al tiempo que regresaban á su patria nuestros cautivos, murió Requesens de una enfermedad , cerca de Ragusa , y Don Alvaro de Sande recibió en España los sueldos devengados hasta aquel dia , y en premio de su valor fué remunerado magnificamente con regia liberalidad. Tambien fuéron puestos en libertad los cautivos nobles á solicitud del gran Maestre de Malta , quien pagó su rescate. Parte de ellos pereciéron entre los Bárbaros, consumidos de las heridas y de los trabajos.

Viendo el César Don Fernando la buena voluntad que le mostraba el Pontífice , procuró olvidar la injuria que le habia hecho su antecesor , y habiendo convocado una Dieta en Francfort , señaló por su sucesor en el Imperio á Maximiliano su hijo , para lo qual contribuyéron mucho los buenos oficios que en

esta ocasión hizo el Rey Don Felipe. Después de haber tomado la Diadema de manos del Obispo de Herbiópolis, se trasladó á Passau, ciudad situada en las fronteras del reyno de Hungría, y fué proclamado Rey de aquella nación en una numerosa asamblea de la nobleza. Celebráronse magníficos juegos de á caballo, segun la costumbre de aquellos tiempos, y otros muchos regocijos, con extraordinaria alegría y concurrencia de gentes.

CAPITULO II.

JUNTA EL REY DON FELIPE UNA PODEROSA ARMADA CONTRA LOS MOROS PIRATAS. PERDIDA DE VEINTE GALERAS ESPAÑOLAS. GUERRA CIVIL EN FRANCIA ENTRE LOS CATHÓLICOS Y HUGONOTES.

Entretanto el Rey Don Felipe hacia construir con inmensos gastos una numerosa armada para limpiar el mar de los Piratas, que infestaban todas las costas. Miéntras que Don Juan de Mendoza recorría las de Andalucía con veinte galeras, arrebatado de una horrible tormenta que se levantó una noche, fué sumergido en las olas con toda su armada cerca de Almuñecar, en el puerto llamado de la Herradura. ¡Calamidad grande y lastimosa en extremo! y tanto mas sensible, quanto se necesitaban mayores fuerzas para reprimir á los Bárbaros, que se hallaban muy poderosos en el mar. El año siguiente sitiáron á Oran con increíbles preparativos, y faltó muy poco para que se apoderasen de su puerto; pero se anticipó Doria de orden del Rey Don Felipe, y fortificó cuidadosamente con nuevas tropas, y todas las demas cosas necesarias para la guerra, las fortalezas situadas en las costas de Africa, y despues recorrió los mares que infestaban los Piratas. Lo mismo executó Don

Bernardino de Avellaneda con la armada Napolitana, no sin algun fruto. Es imponderable lo mucho que se gastó en estos armamentos, por lo qual fué preciso imponer nuevas contribuciones á los pueblos de España, que concluida la guerra de Francia esperaban tener algun alivio. Juntábase á esto las usuras de los Genoveses, que por medio de sus Banqueros establecidos en diversas partes, prestaban dinero con tan exorbitantes ganancias, que absorbían todos los tesoros de América. En Milan se originó una nueva causa de exigir grandes sumas para la obra de la fortaleza mandada ensanchar por el Rey á persuasión de su Gobernador Don Alfonso Pimentel, con mucho disgusto de los habitantes, á quienes se impuso otra contribucion.

No obstante, se hallaba todavía mucho mas afligida la Francia, implicada en una funesta y intestina guerra, á la que habiendo acudido tarde con los remedios, mas sirviéron de daño, que de provecho. El edicto en que se prohibió con severas penas la secta de los Calvinistas, produjo furios civiles, que despedazaron y trastornaron el reyno por largo tiempo. En los principios de estas turbulencias se apoderaron de muchos pueblos, entre los quales fué uno la célebre y opulenta ciudad de Ruan, la que, habiendo sido sitiada por los Cathólicos, mientras que Antonio de Borbon reconocia los muros para dar el asalto, fué herido de una bala perdida, y murió sin que se supiese qual era su religion. Dexó dos hijos, Enrique, que llegó al fin á obtener el reyno, y Catalina. Inflamados de esta suerte los ánimos, procuró cada uno de los partidos buscar socorros. Los Calvinistas los recibieron de Inglaterra y Alemania, y el Rey Don Felipe envió á los Cathólicos tres mil Españoles escogidos, baxo del mando del capitan Juan de Solís, hombre de gran valor. Entretanto los Hugonotes, quitándose la máscara, determinan prender al Rey mismo, y á no ser por el Duque de Guisa, que previniendo con gran celeridad sus intentos, le conduxo repentinamente á Paris con la Reyna su madre, hubiera

caído sin duda en manos del Príncipe de Condé y de los conjurados. Después que perdiéron la esperanza de apoderarse del Rey, dirigieron su marcha ácia Orleans, y establecieron en aquella ciudad el arsenal de la guerra. Desde allí con todas sus tropas se encaminaron á la capital, inspirando terror en todos sus contornos; pero el ánimo generoso del Duque de Guisa no pudo sufrir esta ignominia, y marchó contra el enemigo. En el mes de Noviembre pelearon cerca de Dreux con grande encarnizamiento, y en el principio se mantuvo indecisa la batalla. El Mariscal de San Andres fué hecho prisionero, y después le mataron de un balazo, y tambien cayó en manos de los enemigos el Condestable Monmorenci, pero le conservaron la vida; y de los Hugonotes fué preso y herido el de Condé. Peleando con mucha constancia los Españoles juntos con la infantería Francesa, arrebataron al enemigo la victoria, que estaba muy inclinada á él, y fueron muertos ocho mil de una y otra parte, como refiere Dávila. El Almirante Coligni se restituyó á Orleans con las reliquias del derrotado ejército. En Italia, Francia y España se hicieron procesiones en acción de gracias, quando llegó la nueva de esta victoria. Luego que el Duque de Guisa recogió los despojos, pasó á poner sitio á Orleans, donde fué muerto á traición por Juan Poltrot, el qual se escapó, pero habiéndosele aprehendido, pereció miserablemente á los tres dias desquartizado por quatro caballos. A la muerte de Guisa se siguió una paz vergonzosa, con la que consiguieron la libertad Condé y Monmorenci, y se permitió á cada uno vivir en la religion que mas le agradase.

En Flandes no se observaba todavía ningun movimiento, pero se esparcian las semillas de los grandes males, que después sobreviniéron. Murmurábase altamente de la erección de los nuevos Obispos, instruidos para extirpar la secta predilecta. Con el mismo objeto erigió en este año el Rey Don Felipe una Universidad en Dovay, con las mismas leyes y constituciones que la de Lovayna, habiendo obte-

nido
Este
Flan
á la
lor á
terrib
los,
serva
nocin
ces E
cuyas
y el
muy
cesivo
to el
vela
nado
Marg
cion
solam
exem
y em
perve
tar c
de lo
secre
lo ig
cio d
mone
nay
dore
tum
castig
mida
dienc
toma
desid
extre
hereg
mada

nido para ello amplísimas facultades del Papa Pio IV. Este establecimiento , dirigido á que en la parte de Flandes , que usaba la lengua Francesa , se enseñase á la juventud la verdadera doctrina , causó gran dolor á los novadores. Finalmente , fué para ellos un terrible golpe los edictos del Emperador Don Carlos , en que prohibia que en toda la Flandes se observase otra religion que la Cathólica , y que el conocimiento de estas causas fuese privativo de los Jueces Eclesiásticos , con inhibicion de los seculares , á cuyas leyes añadiéron otras mas severas el Pontífice y el Rey. Esta fué la causa , dice un autor Flamenco muy verídico , de todas las calamidades que en lo sucesivo padeciéron aquellas provincias. Juntábase á esto el ódio que tenian los Nobles al Cardenal de Granvela , Arzobispo de Malinas , que presidia en el Senado , y de cuyos consejos y avisos se valia Doña Margarita por mandado del Rey , en la administracion y gobierno público. Así pues , no nació el mal solamente de las discordias religiosas , sino que á exemplo de la Francia , tuvo mucha parte la envidia y emulacion , que persiguen siempre al poder: vicios perversos de las cortes , que jamas se han podido evitar con remedios algunos. Era grande la inclinacion de los ánimos á la nueva secta , y la favorecian en secreto algunos de los grandes , aunque el vulgo no lo ignoraba. De aquí se siguió que con gran desprecio de las leyes, y de los Magistrados, predicaban sermones sediciosos, por los campos y arrabales de Tornay y Valenciennes, los que se jactaban de reformadores de la religion, cuya insolencia suscitó algunos tumultos. Doña Margarita procuró cortarlos con el castigo de los culpados, y de algun modo fué reprimida la audacia popular; pero como el mal iba cundiendo, y los Magistrados no sabian ya qué partido tomarian contra tanta multitud de delinquentes, su desidia inaccion y connivencia llevó las cosas al extremo de que, una vez encendida la llama de la heregía, no se pudo apagar con mucha sangre derramada.

En la Lombardia causó tambien grande inquietud el nombre de la Inquisicion Española , que á instancias del Papa , habia resuelto el Rey Don Felipe establecer en Milan : por lo qual , y para que no se originase otro mayor mal , sobreyó con prudente acuerdo de su intento. Hizo el Pontifice inútiles esfuerzos con los Venecianos á fin de que admitiesen las leyes de la Inquisicion , para reprimir la heregia en las fronteras de Italia ; pues aquellos hombres nacidos en una ciudad libre , persistieron en no alterar cosa alguna de la antigua forma , con que en otros tiempos se habian procurado evitar las opiniones perversas en materia de religion.

En este año declararon los Moros guerra á los Portugueses , dándoles motivo para conseguir una ilustre victoria. Alvaro Carvallo , hombre no ménos fuerte que prudente , defendia con una pequeña guarnicion á Mazagan , sitiada con un poderoso ejército por Mahomet , nieto del Xerife , que poco ántes habia sido muerto. Levantaron los Moros un gran terraplen , en el que colocaron veinte y quatro cañones , que disparaban balas tan enormes , que tenian seis palmos de circunferencia , y además de esta terrible batería , abrieron minas para derrivar los muros por sus cimientos , pero los Portugueses los interceptaron con una contramina que llegó hasta debaxo del terraplen , y habiéndole volado con mucha cantidad de pólvora , destruyeron en un momento el trabajo de muchos dias , con grande estrago de los Moros que estaban encima. Volvieron estos á repararle con insignificante constancia , y fué otra vez deshecho , con igual felicidad y mayor ruina que la primera vez. Viendo pues los Moros que nada adelantaban con sus máquinas , acudieron á la fuerza , aunque sin efecto alguno , porque los Portugueses los rechazaron con extraordinario valor , y escarmentados los Bárbaros , levantaron el sitio , y se retiraron á los tres meses. En este tiempo resplandeció admirablemente la actividad y zelo de la Gobernadora Doña Catalina , pues además de los socorros que enviaba á los sitiados , dis-

ponia e
das y t
pues de
habiendo
bierno
el resto
dose en
Dos
na Don
de Tor
Santo I
y final
bó sus
Jayme
Guillel
Roma
tolomé
que, O
su pied
sepulta
su epit
bienave
de San
Restaur
dad , y
se halla
tado en
de mila
biendo
Clemen
ma har

ponia ella misma por sus propias manos las hilas, vendas y todo lo necesario para curar á los heridos. Después de esto , aquella muger de singular santidad, habiendo convocado cortes en Lisboa, entregó el gobierno del reyno al Cardenal Don Enrique , y pasó el resto de su vida en una casa retirada , dedicándose enteramente á obras de piedad.

Dos años ántes habia sido trasladado á Tarragona Don Fernando Loaces, y le sucedió en el Obispado de Tortosa Fray Martin de Córdoba del Orden de Santo Domingo , que pasó á la Iglesia de Plasencia, y finalmente á la de Córdoba su patria, donde acabó sus dias. A principios del año anterior falleció Don Jayme Cazador , Obispo de Barcelona, y le sucedió Guillermo su sobrino, que habia sido su coadjutor. En Roma murió á últimos de Julio de este año D. Bartolomé de la Cueva , hijo del Duque de Albuquerque, Obispo de Córdoba, y Cardenal, esclarecido por su piedad y liberalidad para con los pobres, y fué sepultado en Santiago de los Españoles, donde se lee su epitafio. Tambien pasó de esta vida á la eterna bienaventuranza San Pedro de Alcántara, del Orden de San Francisco, á los sesenta y tres años de edad. Restauró con todas sus fuerzas la primitiva austeridad, y la mas severa disciplina de su instituto, que se hallaba muy decaído. Fué un varon muy exercitado en todo género de virtudes, y ilustre en el don de milagros, á quien veneramos en los altares, habiendo sido canonizado en nuestros dias por el Papa Clemente IX, y los que abrazaron su austera reforma han adquirido gran fama de santidad.

CAPITULO III.

SITIAN LOS MOROS LAS PLAZAS DE ORAN Y MAZALQUIVIR, Y SON DERROTADOS POR LOS ESPAÑOLES. CONCLUSION DEL CONCILIO DE TRENTO. TOMA DE LA FORTALEZA DEL PEÑON.

Divulgóse por este tiempo el rumor de que en Africa se disponia guerra contra las fortalezas que el Rey Don Felipe tenia en aquella parte del estrecho; con cuya noticia mandó inmediatamente á los Moriscos Valencianos, y á los demas esparcidos por nuestras costas, que entregasen las armas, temeroso de la perfidia de aquella gente, siempre dispuesta á unirse con los Africanos á la primera señal de guerra. El Virrey de Valencia Don Alfonso de Aragon executó esta orden con mucho acierto, habiendo dado la comision á hombres valerosos y diligentes, que en un solo dia despojáron á todos de las armas, y si no se hubiera tomado esta precaucion oportuna, habria sido preciso pelear con el enemigo doméstico, no ménos que con el extraño. Entretanto vino la armada de Italia para defender las costas, pues habiéndose perdido el año anterior la armada Española, volaban impunemente los Bárbaros por todas partes. Proveyóse á la seguridad de todo con la posible diligencia, y en la primavera de este año de mil quinientos sesenta y tres se juntáron los Piratas mandados por Dragut, y comenzáron á combatir con extraordinario furor por mar y tierra á Oran y Mazalquivir, que es el mismo que los Romanos llamaban Puerto Magno. El ejército de los Bárbaros se componia de cien mil infantes, y quarenta mil caballos, con los preparativos militares correspondientes á tanta multitud. Era Gobernador de Mazalquivir Don Martin de Cór-

dova, q
de Oran
tres uno
mayores
del baili
pueblo c
radiéron
mente,
mil hom
y se pel
con tan
les. La
por una
curso al
alli, co
tiados,
chos tr
diez ga
luntari
ra que
igual á
treinta
cisco d
enemig
Dragut
vela te
rojando
celerid
fioles
En me
con pa
cos, c
bander
ga de
bien c
los nu
dia. I
ducida
que re
dias

dova, que poco tiempo ántes habia sido rescatado, y de Oran el hermano del Conde de Alcaudete, ilustres uno y otro por sus propias hazañas, y las de sus mayores. Despues que los Bárbaros se apoderaron del baluarte que domina á Mazalquivir, batiéron el pueblo con la mayor fuerza de su artillería, y le invadiéron por las ruinas del muro, pero desgraciadamente, pues fuéron rechazados con muerte de dos mil hombres. Reiteráron hasta diez veces el asalto, y se peleó en la brecha con increíble ardor, para que con tan multiplicadas victorias triunfassen los Españoles. La armada que iba á socorrerlos, se vió obligada por una tormenta à retroceder desde la mitad de su curso al puerto de Cartagena, y miéntras se detenía allí, comenzáron á padecer escasez de viveres los sitiados, que además se hallaban fatigados de otros muchos trabajos. Entretanto se disponian á toda priesa diez galeras, en las que se embarcáron muchos voluntarios de la nobleza Castellana y Valenciana, para que con este suplemento fuese nuestra armada igual á la de los Bárbaros. De esta suerte se juntáron treinta y quatro galeras á las órdenes de Don Francisco de Mendoza, y marcháron intrépidamente al enemigo con grande esperanza de vencer. Luego que Dragut descubrió la armada que venia contra él á vela tendida, se puso en fuga inmediatamente, arrojando al mar su artillería, para escaparse con mas celeridad. No obstante fuéron tomados por los Españoles algunos navíos, y otros quedáron destruidos. En medio de esta confusion hizo Córdoba una salida con parte de sus tropas, y mató á muchos de los Turcos, que se refugiaban á las naves, y les tomó dos banderas. Por otra parte Assan, noticioso de la fuga de sus socios, abandonó su campo, y huyó tambien con toda la presteza que pudo, y siguiéndole los nuestros hicieron mucho estrago en su retaguardia. Despues de saqueado el campo enemigo, y conducida al pueblo la artillería, el vencedor Córdoba, que resistió con tan heroyca constancia noventa y dos dias (aunque otros minoran este número) el sitio y

ataques de los Bárbaros , regresó á España con mucha gloria.

Deseosos los Piratas de resarcir esta pérdida , voláron á la Italia que estaba desnuda de fuerzas navales , y cometieron impunemente muchos latrocinios , recorriendo todas sus costas. Los Venecianos , que estaban ménos expuestos á sus invasiones , los persiguieron y maltratáron , y al fin los arrojáron del Golfo. En este intermedio los caballeros de Malta , enemigos capitales de los Otomanos , habian entrado con sus galeras en el Archipiélago , y con increíble audacia , y casi á la vista de Soliman , apresáron muchas naves con sus mercaderías y pasajeros. Irritado en extremo el Bárbaro de verse tan despreciado , comenzó á juntar muchas tropas , y hacer grandes preparativos para declarar la guerra á los Malteses.

En el Abruzzo causaba turbaciones Marcon , noble Cosentino , desterrado de su patria , habiendo juntado un esquadron de foragidos , que se componia de seiscientos caballos , y mayor número de infantes , con los que robaba y talaba por todas partes. Fastidiado Marcon del titulo del General , tomó el nombre de Rey , y en una entrada que hizo en Cosencia , ciudad célebre y grande , executó en ella muchos actos de Magestad : exigió tributos , y expidió títulos de capitanes , autorizándolos con el sello Real. Pero no le duró mucho tiempo este reyno imaginario y de farsa , pues habiendo sido preso por los Españoles , fué ahorcado con la corona y insignias Reales , con muchos de sus compañeros.

Despues de concluida la feliz empresa de Mazalquivir se armáron en España cincuenta galeras , para tomar la fortaleza llamada del Peñon , que ántes se habia intentado en vano , á fin de arrojar de aquella guarida á los Piratas. Entretanto que se disponia lo necesario para esta expedicion , falleció Don Francisco de Mendoza , hijo de Don Antonio , Almirante de la armada , y le sucedió en el mando Don Sancho de Leyva. Este pues , arribó á la costa de Africa ; pero habiendo tenido noticia de sus

designios los que guardaban la fortaleza, no pudo llevarlos á efecto. Para sacar algun fruto de tan costosa expedicion, entregó el pueblo, que estaba opulento con las muchas presas que por largo tiempo se habian recogido allí, al saqueo del soldado, y regresó á las costas de España, sin conseguir su principal objeto.

El Rey Don Felipe llamó á estos reynos á Rodolfo y Ernesto, hijos de Maximiliano, los quales habiéndose embarcado en Génova en la armada que mandaba Adan Centurion, llegaron á Barcelona en el invierno de este año con navegacion adversa. Desde allí marcháron á Madrid, siendo muy festejados en todos los pueblos del camino; y fuéron recibidos de su tio con sumo regocijo. El motivo que tuvo el Rey Don Felipe para traer á España á estos excelentes jóvenes, que la poca salud de su hijo el Príncipe Don Carlos, para que si Dios se le quitaba, estuviese instruido en los usos, costumbres y lengua de la nacion Española, el que destinaba por sucesor en el reyno. Parece que adivinaba la desgracia que en breve tiempo hubiera padecido, si Dios no le favoreciese con un milagro; pues hallándose estudiando en Alcalá de Henares el Príncipe Don Carlos, rodó de una escalera, y fué el golpe tan grande, que quedó sin sentido alguno, y se creyó que habia muerto. Desahuciado pues de todo humano auxilio, y estando ya para espirar, fué llevado al enfermo el cuerpo del Venerable Fray Diego, del Orden de San Francisco, que habia muerto con grande opinion de santidad, y se conservaba íntegro y incorrupto, á fin de que por su intercesion consiguiese de Dios la salud; y á la verdad, luego que tocó el Príncipe el milagroso cuerpo con gran confianza y devocion de los que se hallaban presentes, recobró inmediatamente los sentidos, y por singular beneficio de Dios, como todos creyéron, convaleció en muy poco tiempo. Por tanto á instancias del Rey Don Felipe fué puesto Fray Diego en el número de los Santos, como diremos en su lugar. En este año echó el Rey

los cimientos de la inmortal y magnífica obra del Escorial, que apuró por largo tiempo las fuerzas del reino, y que se halla distante siete leguas de la corte, á la parte del Occidente, situada á la falda de unos montes, en parage saludable, pero frio y expuesto al sol del mediodia, siendo su principal arquitecto Juan Bautista Toledo. No hay necesidad de detenernos en describir por menor este edificio, quando otros lo han hecho de propósito en voluminosos libros; y solo dirémos que no hay en él cosa alguna que no llene de admiracion y deleyte.

Por este tiempo era Embaxador en Roma Don Luis de Requesens, el qual, no pudiendo tolerar que el Pontífice le pospusiese al Embaxador de Francia, se retiró muy irritado de aquella capital, para que no se creyese que le cedia la preferencia. Pero el Rey Don Felipe, despues de muchos debates y contestaciones de una parte á otra, como era tan piadoso y amante de la paz, creyó que convenia disimular este agravio, para evitar que el Sumo Pontífice no se hiciese mas odioso á los Franceses, en un tiempo en que era tan despreciado por los sectarios. La contienda excitada entónces sobre esta vana sombra de honor, ha continuado hasta nuestros dias, con grande empeño de una y otra nacion, y todavia se halla indecisa. Entretanto no cesó el Rey de aumentar las armadas navales, haciendo fabricar muchas galeras, y equipándolas de todo lo necesario. Juntó pues mas de cien baxeles, persuadido de que no podrian estar bien defendidas las provincias sin una armada fuerte y numerosa, y confirió el mando de ella á Don García de Toledo, que gobernaba la Cataluña, enviándole por Virrey de Sicilia, para que con estas fuerzas navales refrenase al Otomano en aquellas partes donde era mayor el peligro.

A fines de este año, y en el dia quatro de Diciembre se finalizó el Concilio Tridentino por la autoridad y desvelos del Papa Pio IV. á los veinte y siete años de su apertura, y despues de celebradas veinte y cinco sesiones; confirmole el mismo Ponti-

fice el año siguiente de mil quinientos sesenta y quatro. El Rey Don Felipe fué el primero de todos los Príncipes cathólicos, que mandó obedecer sus decretos en toda la extension de sus dominios, y exhortó á los Obispos á que juntasen Sínodos, para arreglar en ellos todo lo concerniente al culto divino, á la disciplina eclesiástica, y á la correccion de las costumbres. Pero á fin de que no se creyese, que siendo cuidadoso y diligente en las cosas ajenas, abandonaba las suyas propias, celebró Cortes en Monzon y Barcelona, y despues en Valencia, en las quales acordó muchas cosas útiles al bien de los pueblos.

Miéntas se detenía en esta última ciudad, corrió las costas con seis galeras Cará Mustafá, Gobernador del Peñon de Velez, y hizo algunas presas impunemente, por hallarse tan lejana la armada. Ofendido el Rey de la audacia del Pirata, mandó á Don García que dexándolo todo, pasase á tomar por fuerza de armas el Peñon. Inmediatamente juntó socorros de toda la Italia, y navegó al Africa con una poderosa armada, á la qual se unió la Portuguesa, mandada por Francisco Barreto. Habiendo desembarcado en tierra trece mil soldados, infundiéron tanto miedo á los bárbaros, que en breve se concluyó la empresa, mas con el terror, que con la fuerza, poniéndose en fuga la guarnicion. Luego que Doria tuvo esta noticia por un renegado Albanes, corrió á la fortaleza con un pequeño esquadron, y halló á la puerta al Alferez, y algunas pocas centineles que le ratificáron la fuga de sus compañeros; por lo qual se les concedió la libertad. Envió al punto Doria á Juan Zanoguera, para que diese noticia de todo el suceso á Don García, y firmase éste las condiciones, y fué entregada la fortaleza un mártes á cinco de Septiembre. En ella y en el pueblo se halláron víveres y municiones para un año entero, y veinte y cinco piezas de artillería. Concluida tan felizmente esta empresa, se retiráron de allí alegres, y sin heridas los Portugueses y Malteses. Los Moros, luego que supiéron el peligro, que corrian los suyos con

la llegada de la armada, acudieron á socorrerlos con gran número de caballos y infantes, pero vinieron tarde, pues ya estaba tomada la fortaleza, y fortificada con guarnicion, y todo género de provisiones para su defensa, quedando por su Gobernador Diego Perez Arnalte. Hubo en la retaguardia algunas escaramuzas mientras se embarcaban las tropas, y los bárbaros llenos de furor hicieron los mayores esfuerzos. Don Luis Osorio, nieto del Marques de Astorga, cayó atravesado de una bala, y Don Pedro de Guzman murió en Málaga de resultas de una herida, que recibió entónces. A Doria le matáron el caballo, pero los enemigos padecieron tambien alguna pérdida. Don Alvaro de Bazan dió otro golpe á los Moros, pues habiendo pasado á Tetuan con su armada, cerró la embocadura de aquel rio con los despojos de las naves, que habia destrozado, y quitó á los Piratas aquella guarida, á pesar de los esfuerzos que hicieron los bárbaros para impedirselo.

CAPITULO IV.

GUERRA DE CÓRCEGA. MUERTE DEL EMPERADOR DON FERNANDO, SUCEDELE SU HIJO MAXIMILIANO. EXPEDICION DE PEDRO DE UR-SUA EN BUSCA DEL DORADO. CRUELDADES DE LOPE DE AGUIRRE: SUCESOS DE LA INDIA ORIENTAL.

Habiendo regresado Don García á las costas de España con la armada y ejército, sanos y salvos, fué recibido con las mayores demostraciones de alegría, y dexando aquí una parte de las galeras, mandó á Leyva que con la otra fuese á socorrer á los Genoveses, maltratados en Córcega por Sampetro, que habia suscitado contra ellos un tumulto. Este pues, con pretexto de precaverse de los Piratas, habia co-

menzado á edificar una casa muy fortificada, y los Genoveses le prohibiéron concluir-la. Si fué con justicia ó sin ella, lo disputarán otros, pero lo cierto es, que esta fué la causa de la guerra. Los Corsos para defender á su conciudadano tomaron las armas contra los Genoveses, á quienes aborrecian en extremo. Los Franceses enviaron ocultamente socorros á este hombre, que en la anterior guerra habia seguido su partido, y el Rey Don Felipe auxilió á los Genoveses con dos mil Españoles, y de este modo se renovó la guerra en Córcega. Leyva rechazó á los rebeldes hasta los bosques, y habiendo castigado su audacia, partió poco despues á invernar en Nápoles.

Algunos hombres ilustres por sus hazafias y nobleza, que habian quedado cautivos en Gelves, conducian en una galera materiales para levantar una fortaleza en el Estrecho de los Dardanelos, y ostigados de su miserable esclavitud, mataron á los que los custodiaban, y precipitando á otros en el mar, se escaparon á Italia, por el heroyco valor de Diego de Mendoza, Juan Bautista Doria, y Antonio Olivera. Habia además diez y seis capitanes, y otros ciento y treinta cautivos, que con tan feliz arrojo se pusieron á sí mismos en libertad; pero otros setenta que desconfiaron del buen éxito de la empresa, se arrojaron al mar, y llegaron á nado á la costa, para tolerar una perpetua servidumbre en pena de su cobardía.

Por este tiempo se hallaba en gran tristeza la corte de Alemania, habiendo fallecido el Emperador Don Fernando, despues de una larga enfermedad. Fué ciertamente Principe de admirable humanidad, y de singular prudencia; y entre otras prendas muy dignas de inmortal alabanza, resplandeció en él el amor á la religion cathólica, y su incesante zelo en conservarla. Embalsamaron su cuerpo, y despues de haberle hecho las exêquias en la Catedral de Viena, fué llevado á Praga con espléndida pompa, y sepultado en un magnífico túmulo. Tuvo por sucesor en el Imperio á Maximiliano su hijo, que algun tiempo ántes habia sido electo Rey de Romanos.

El día diez y nueve de Mayo pereció en Ginebra Juan Calvino, autor de la impia secta de su nombre, y de todos los males que de ella se siguiéron, y le sucedió en el Magisterio Theodoro Beza, hombre no ménos perverso. Quales eran sus costumbres, lo demuestran suficientemente los versos amatorios que dexó escritos, y era en una palabra digno Patriarca de tal secta. El mes de Abril del año anterior falleció en Trento con grande opinion de santidad y sabiduría Fray Pedro de Soto, del Orden de Santo Domingo, acérrimo impugnador de todos los hereges. Castaldo, célebre soldado de Carlos y Fernando, despues de muchas hazafias ilustres en la guerra, murió en Milan, y fué sepultado allí provisionalmente. Tambien falleció á mediados de Mayo Don Francisco de Navarra, Arzobispo de Valencia, y fué sepultado en el sepulcro de los Canónigos. Entre otras constituciones útiles, estableció un método muy arreglado y expedito, para que los Canónigos votasen en los capitulos. Dicese que escribió una historia de España, cuyo paradero se ignora enteramente. Su sucesor D. Acisclo de Contreras, Obispo de Vich, falleció en breve el año siguiente, ántes de tomar posesion, y fué electo en su lugar Don Martin de Ayala, trasladado de la Iglesia de Segovia.

La América se hallaba quieta, y tranquila, y con el beneficio de la paz se propagó, y extendió en gran manera la religion christiana. Es de admirar lo que se refiere de Fray Agustin de Coruña, del Orden de San Agustin, y Obispo de Popayan, que en un solo dia bautizó á tres mil catecúmenos. Por estos tiempos el Reverendo Padre Fray Luis Beltran, del Orden de Santo Domingo, natural de Valencia, se ocupaba en la predicacion de la divina palabra, en las Provincias de Cartagena, y Santa Marta, y aunque hablaba la lengua Española, le entendian los Indios como si les predicase en su mismo idioma. Obró Dios por su intercesion muchos milagros: entre otros se refiere, que habiéndole dado un veneno, hizo sobre el vaso la señal de la cruz, y lo bebió sin daño alguno,

y tambien resucitó algunos muertos. Finalmente permaneció en aquellos países por espacio de siete años, con increíble utilidad de las almas, y se restituyó á su patria. Don Diego de Magiscazin Gobernador de Tlascalala, obtuvo un decreto del Rey Don Felipe, para que no fuesen enagenados los Indios, especialmente los de su jurisdiccion; en lo qual siguió las intenciones del Emperador su padre, que les habia dado la misma palabra.

En el año mismo en que murió el Virrey del Perú Marques de Cañete, conmovido este con la fama de las riquezas de la Provincia del Dorado, que Pizarro habia buscado en vano en otros tiempos, mandó explorarla de nuevo, y dió esta comision á Pedro de Ursua, noble Navarro. Seguíanle trescientos hombres armados, entre los que se contaban mas de quarenta de á caballo, y además cien mulatos esclavos, algunos rebaños de bueyes y ovejas, y todo lo demas necesario para la expedicion. Atravesó con estas tropas muchos rios, y comenzó á caminar por regiones desiertas; pero la aspereza del Capitan y la malicia de algunos soldados lo echó á perder todo; y habiendo formado una conjuracion, asesinaron á Ursua en la cama. Fué saludado capitan de aquella gente Fernando de Guzman, noble Sevillano; y se dice que el autor de esta maldad fué el maestre de campo Lope de Aguirre, cuyas crueldades y delitos seria largo referir. Dispuso pues, que Guzman, que era un jóven de carácter sencillo, se llamase Rey del Perú, y á los que no le obedecian les hizo quitar la vida, sin perdonar al Sacerdote Oñate; pero lo que es mas que todo, mandó tambien degollar al mismo Rey, que se hallaba muy descuidado y seguro. Despues de esto juntó á sus soldados, y les hizo un discurso, ofreciéndoles que se apoderaria del reyno del Perú, y se le entregaria al saqueo, con otros delirios semejantes. Oyéronle con mucho gusto, porque no se habian olvidado de sus antiguas rapiñas, y se encaminaron al grande rio de Orellana por incultos desiertos, padeciendo hambre y fatigas inmensas, y

finalmente arrivaron á la isla de la Margarita, habiendo perecido cincuenta hombres en tan calamitosa peregrinacion. Fuéron degollados cruelmente treinta y seis nobles y otros soldados, porque no podian tolerar la insolente y cruel dominacion de Aguirre. No paró aquí su detestable barbarie; pues quebrantando los derechos de la hospitalidad, mató á Juan de Villandrando Gobernador de la Isla, á algunos de sus habitantes, á dos Religiosos de Santo Domingo, y á dos mugeres. Robó el dinero público y los bienes de los particulares, y dió tantos exemplos de inhumanidad, que muchos soldados le desampararon, escapándose por donde pudieron. Su demencia llegó á tal extremo, que en el mes de Setiembre de mil quinientos sesenta y tres escribió una carta al Rey Don Felipe, en la que, entre otras cosas, confesaba su rebelion, y le amenazaba que le quitaria á fuerza de armas el reyno del Perú: cuya carta asegura Herrera haberla visto. Este hombre tan arrogante era de pequeña estatura, y del todo despreciable. Habiendo pues, pasado Aguirre al Continente, para dirigirse al nuevo reyno de Granada, y entrar desde allí en el Perú, le salió al encuentro con un esquadron de gente armada el Gobernador de la Provincia de Venezuela Don Pablo Collado, el qual, por medio de García de Paredes que le acompañaba, ofreció el perdon á los soldados de Aguirre que le abandonasen, y con efecto lo hicieron, por el grande odio que tenian á una fiera tan abominable. Entretanto agitado por los remordimientos de su propia conciencia, bramaba y rugia como un leon, y enviando al diablo á los pocos que le habian quedado, degolló por su misma mano, con crueldad mas que bárbara, á una hija única que tenia, compasera de su peregrinacion, para que si le faltaba su padre, no viviese expuesta á los agravios y injurias que él merecia. Finalmente fué preso con algunos de sus compañeros, y despojado de las armas, cayó muerto de las muchas heridas que habia recibido. Despues de esto fuéron castigados en varias partes los mas culpados, de los quales padecieron ocho el último suplicio.

Gobernaba la India con gran rectitud y prudencia el Virrey Constantino de Berganza, cuyo zelo por la propagacion de la religion christiana, no perdonaba gasto ni trabajo alguno en tan santa obra. Miéntras se ocupaba en estos cuidados, tuvo noticia de que los Indios Neophitos esparcidos por el Cabo de Comorin, que los Portugueses habian recibido baxo de su proteccion, eran molestados por los Badagas sus confinantes, y por el Régulo de Janapatan. Aquella parte de la costa que se estiende ácia el Medio-dia por espacio de doscientas millas, se llama de la Pesquería, á causa de que sus habitantes viven principalmente de la pesca de las perlas, y son muy pacíficos y pusilánimes. Contra estos pues, saciaban los comarcanos su odio con obras y palabras; y el Régulo procuraba retraherlos del christianismo con el terror y los castigos, sin respeto alguno á los Portugueses. No pudiendo tolerar esto el piadoso Virrey, se puso en marcha con una armada bien equipada, para socorrer á aquellos miserables tan beneméritos del christianismo. El bárbaro Régulo, que no tenia fuerzas suficientes para resistir la tempestad que le amenazaba, ni queria abandonar sus malos designios, á la llegada de la armada se puso inmediatamente en fuga, refugiándose en los montes y bosques. Desembarcó sus tropas Constantino, y hallando desierta la ciudad, se hizo dueño de ella; pero aquel clima fué tan contrario á los Portugueses, que murieron y enfermáron muchos de ellos. Sentia esto en extremo el Virrey, pues para socorrer á los suyos se veia obligado á retirarse, y dexar á los Neophitos expuestos á las injurias de los bárbaros. Pero miéntras discurria el medio de acudir á uno y otro mal, le pidió el Régulo la paz y el perdon, prometiéndole que executaria todo quanto le mandase, y en prenda de su palabra le envió á su hijo mayor. Obligado el Virrey de la necesidad, le concedió la paz, baxo la condicion de que pagase el tributo acostumbrado al Rey de Portugal, y que no hiciese injuria alguna á sus súbditos, que voluntariamente quisiesen

abrazar el christianismo. Finalmente para que no quedase sin castigo si faltaba á su palabra, le quitó la isla de Manar, separada de tierra firme por un rio; y observando que tenia un cielo mas saludable, levantó una fortaleza, que dominaba al estrecho, y la fortificó con una guarnicion: y todo género de provisiones, dexando tambien diez navíos, para que como otras tantas cadenas contuviesen al bárbaro en su deber, de grado ó por fuerza. De esta suerte, habiendo restituido la libertad á aquellos naturales, se propagó y extendió admirablemente el christianismo en toda la costa; y concluida esta expedicion tan felizmente, regresó á Goa con próspero viage. Tuvo varios combates con Hidalcan, y los confinantes, en los que con sus heroicas hazañas y victorias, adquirió nuevo lustre el nombre Portugues. Constantino mereció tanta fama con su admirable conducta en la posteridad, que á los Virreyes que pasaban á la India, se les proponia como el único exemplar que debian imitar, segun lo afirma Mafei. Dexó en Goa un insigne monumento de su piedad, en el magnífico templo que edificó al Apóstol Santo Tomas, adonde se trasladáron sus sagradas reliquias. Finalmente regresó á Portugal con una navegacion muy próspera y alegre, del mismo modo que la tuvo quando pasó á la India, para que en todas sus cosas tuese feliz y venturoso.

CONF
CIA,
RETT
PAR.
TOS I

ciqua
emba
dade.
que
paso
ocult
disin
que
el pi
no v
para
dade
Prin
que
una
cret
dios
ofrec
bló
brién
tado
sus á
tuno
lueg
los
la F

CAPITULO V.

CONFERENCIA EN BAYONA DEL REY DE FRANCIA, Y LA REYNA CATHALINA, CON SU HIJA LA REYNA DE ESPAÑA, Y MEDIOS QUE ACORDARON PARA DESTRUIR A LOS HUGONOTES. MOVIMIENTOS DE FLANDES. SITIO DE MALTA POR LA ARMADA TURCA, Y SUCEOS DE ESTA GUERRA.

Aunque al parecer se hallaban en Francia apaciguadas las discordias con el anterior convenio, sin embargo no habia esperanzas de conseguir una verdadera tranquilidad, siendo tanta la multitud de los que estaban imbuidos en perversas opiniones; y al paso que recíprocamente se temian unos á otros, ocultaban todos sus designios con la máscara del disimulo; por lo qual, los mas prudentes juzgaban que esta calma duraria poco tiempo. La Reyna con el pretexto de arreglar las cosas públicas, determinó visitar el reyno, llevando consigo al Rey su hijo para ganarle el afecto de los pueblos; pero su verdadero objeto era fortificarse con el apoyo de los Príncipes Cathólicos confinantes, contra los males que amenazaban. De esta suerte, habiendo pasado de una á otra provincia, tuvo en las fronteras una secreta conferencia con el Saboyano sobre los medios de reprimir á los Hugonotes, para cuyo fin le ofreció aquel Príncipe sus auxilios. En Avignon habló tambien con los Ministros del Pontifice, descubriéndoles sus intenciones, y les dixo que habia tratado con blandura á los Hugonotes, para adormecer sus ánimos, entretanto que disponia los remedios oportunos, para lo que tenia pensado executar; y que luego que quebrantase sus fuerzas, procuraria que los Decretos del Concilio fuesen recibidos por toda la Francia. Pero que en el interin convenia llevar

adelante este negocio, mas con el arte, que con la fuerza. Desde allí pasó á Bayona, para visitar á su hija Doña Isabel Reyna de España, manifestando que este solo era el objeto de su viage, y como si en su interior no tuviese otro cuidado alguno. La Reyna se apresuró á venir á aquella ciudad con grande acompañamiento de Grandes del Reyno, entre los que se distinguian el Duque de Alba, el del Infantado, el de Osuna, el Conde de Benabente, el Cardenal de Burgos y otros; y se diéron mutuamente muchas señales de amor y benevolencia. El Duque de Alba presentó al Rey el Toyson de Oro, engastado en piedras preciosas, que le enviaba el Rey Don Felipe en prueba de su cariño. Hubo juegos, y espectáculos de diversos géneros, y entretanto que se divertian en ellos, comenzáron á tratar de los negocios del estado. Los dos Reyes se unieron con mas estrecha amistad, conspirando ambos en la ruina de la heregia; pero disentan en los medios de llevarla á efecto. El Duque de Alba, como tan zeloso de la mas severa disciplina, propuso que se debian cortar las principales cabezas de aquella gente, persiguiéndolos á fuego y sangre, y que á un mal tan arraygado convenia aplicar los mas fuertes remedios. La Reyna Catalina pensaba de distinto modo, ó por natural timidez, ó por el conocimiento que tenia del carácter de la nacion, ó finalmente porque estaba demasiado confiada en sus manejos, en los quales esperaba concluir felizmente esta empresa sin derramar sangre alguna, á lo qual parecia muy opuesta. Despues de muchas conferencias y discursos de una parte y otra, conviniéron al fin en que los Reyes se prestasen mutuos auxilios para restablecer la antigua religion, destruir la heregia, y mantener á los súbditos en su deber, por los medios que á cada uno le pareciesen mas oportunos. Esto último interesaba mucho á ambos Príncipes; pues al mismo tiempo que la Francia se hallaba agitada miserablemente con estos males intestinos, comenzaba á encenderse en Flandes otro igual incen-

dío,
cipe

E

goña
cios

que n

Flan

ros p

y los

tres b

vez c

Para

en p

Rey

buen

„ Qu

„ la

„ deb

cebid

á la

nó u

despu

lize,

confi

luego

A

quini

Cons

é la

todas

titud

dos.

de H

no d

Gene

les e

Malt

impe

daños

Turq

dío, siendo los autores de la sublevacion el Príncipe de Orange, y los Condes de Egmont y Horn.

El Cardenal de Granvela habia pasado á la Borgoña de órden del Rey, por causa de ciertos negocios propios, con mucha alegría de los envidiosos, que no dexaban piedra por mover para arrojarle de Flandes. Además rehusaban admitir los edictos severos publicados contra la heregía, los nuevos Obispos, y los Decretos del Concilio Tridentino, que eran los tres baluartes de la religion Cathólica, los quales una vez destruidos, quedaba expuesta á una total ruina. Para solicitar la derogacion de estas tres cosas, vino en posta á España el Conde de Egmont, á quien el Rey Don Felipe, despues de haberle manifestado su buena voluntad y amor á los Flamencos, respondió: „Que no les pedía otra cosa que la observancia de „la religion cathólica, y el obsequio que á él era „debido“ Esto mismo les repitió en una carta concebida en términos muy graves, y sirvió de pretexto á la conjuracion que se siguió, y de la que se originó un diluvio de calamidades. La Reyna Catalina, despues de concluido el convenio con el Rey Don Felipe, y habiéndose despedido de su hija dentro de los confines de España, se volvió á Bayona, y marchó luego á París con el Rey su hijo.

A la entrada de la primavera de este año de mil quinientos y sesenta y cinco, se hizo á la vela desde Constantinopla la armada Otomana, tan formidable á la christiandad. Componiase de doscientos navios de todas clases, en los que, sin contar la restante multitud, iban embarcados cinco mil y quarenta soldados. Las tropas marítimas las mandaba Piali, natural de Hungría, y las de tierra Mustafá, primo hermano de Soliman, hombre de mucha edad, y ambos Generales eran de la primera grandeza. A estos pues, les encargó Soliman que quitasen á los Caballeros de Malta la isla de su domicilio, y la agregasen á su imperio. Excitaron la ira del bárbaro los muchos daños que los Malteses habian hecho en los mares de Turquía, y las exhortaciones del Mufti ó cabeza de la



secta mahometana, el qual predicaba, que no se aplacaría la colera de Dios, si no se tomaba venganza de las injurias hechas por los Malteses á los Musulmanes. Todo esto lo sabia el Gran Maestre por medio de las espías que mantenía en Constantinopla; por lo qual suplicó al Pontífice, y al Rey Don Felipe, que le ayudasen con socorros oportunos en aquella ocasion, en que se hallaba en peligro por la causa comun del christianismo. El Papa le auxilió con todo lo que pudo; y el Rey mandó á Don García, que no omitiese diligencia alguna para conservar una isla que era el baluarte de la Italia. Está situada Malta en el mar de Africa, distante de la tierra firme ciento y noventa millas, y sesenta del Promontorio de Paquino en Sicilia, y solo tiene ciento de circunferencia. Su terreno es muy fértil, y en sus costas hay muchos puertos. La isla de Gozo, separada de ésta por un pequeño estrecho, tiene de circuito treinta millas, y la defiende una fortaleza muy guarnecida.

Entretanto el Gran Maestre juntaba tropas, víveres, armas, y todo lo demas necesario para la guerra, sin perdonar cuidado ni fatiga alguna. Otro tanto hacia Don García para juntar y disponer la armada, y inmediatamente navegó á Malta, reconoció sus fortificaciones, y previno al Gran Maestre que añadiese otras obras en ciertos parages; las que en breve se executáron con suma actividad. Despues de asegurarle con la esperanza de sus socorros, pasó Don García á la Goleta, y la proveyó de todo, y aumentó su guarnicion con quatro compañías de Veteranos, para evitar qualquiera sorpresa del bárbaro, pues amenazando á una parte, podia acometer á otra. Tenia el Gran Maestre baxo de sus banderas ocho mil y quinientos soldados de diversas naciones, entre los quales se hallaban quatrocientos Españoles, enviados poco tiempo ántes de Sicilia, endurecidos en muchas guerras; y habian acudido tambien quinientos y quarenta cruzados, que componian un esquadron de gran fuerza. Procuró que



fuese transportada á Sicilia toda la multitud inutil para la guerra; y á los demas habitantes los encerró en lugares fortificados, y mandó á Juaneton Torrella, noble Mallorquin, que defendiese á Gozo con una guarnicion de ochenta hombres armados. Mientras se hacian estos preparativos, arribó la armada Otomana el dia veinte y uno de Mayo, y desembarcó su ejército en un parage remoto de la ciudad, donde hubo algunos combates favorables á los nuestros. Comenzó la multitud de los enemigos á levantar trincheras de órden de Mustafá, que ignoraba todavía el valor de los sitiados, no sin disgusto de Piali, General experimentado, que tenia grandes pruebas de lo mucho que podian con las armas en la mano, y desconfiaba del buen éxito de la empresa, declarando que habia sido enviado á morir, y no á pelear.

La primera tempestad cayó sobre la fortaleza de San Telmo, situada entre ambos puertos, en un promontorio que se extiende en el mar en forma de una lengua, y era su Gobernador Luis Brolla, Saboyano, hombre de ilustre nacimiento. Por la parte del mar no podia recibir daño alguno, pues el capitan Francisco Zanoguera, habia cerrado la entrada del puerto con una cadena de hierro, para alejar á la armada enemiga; pero por la parte de tierra batian sus muros con muchos y grandes cañones, que arrojaban balas de ochenta libras de peso, y algunas de ciento y sesenta. A este mismo tiempo llegó Dragut con mil y quinientos soldados en quince galeras. Habia mandado Soliman que dirigiese la empresa, y aunque no aprobaba el proyecto de batir los muros, continuó sin embargo lo comenzado, y aun añadió una nueva bateria de cañones contra el otro extremo del puerto donde se hallaba la Iglesia de Santa Maria, con lo qual en breve tiempo arruinó gran parte de las fortificaciones. Hecho esto, y habiendo atravesado los bárbaros el foso por un puente construido de mastiles de navíos, diéron el asalto, y de una parte y otra peleáron atrozmente con gran pérdida de los que

acometian. Arrojados de allí á viva fuerza, volviéron otra vez á batir con la artillería, renovando el impetu con tanta obstinacion, que apénas quedaba esperanza alguna de mantener la fortaleza. No por esto se desanimó Juan de Miranda, que mandaba á los Españoles, pues distribuyendo entre sus soldados el dinero que habia recibido del Obispo Don Domingo Cubel, natural de Aragon, y mucha cantidad de vires, infundió en ellos nuevo espíritu para la pelea. El Gran Maestre retiró á Brolla oprimido ya de su mucha edad y achaques, y puso en su lugar á Don Melchor Monserrat, noble Valenciano, hombre insigne en valor y piedad, y mandó á los soldados que peleasen sin dar quartel á ninguno. Siguióse de aquí tanta mutacion en los ánimos, y peleáron con tan extraordinario ardor, que parecia estar cansados de vivir. Fuéron muy dignos de admiracion los exemplos que diéron de valor y constancia. Trabajaban para fortificarse, y combatian de dia y de noche, porque la multitud de los bárbaros no les dexaba respirar un momento. Ocupábase de noche el Gran Maestre en introducir en barcas nuevas tropas de refresco, y municiones de guerra, en sacar á los heridos, y en socorrerlos con todo género de auxilios. Observáron esto los bárbaros, y poniendo centinelas continuas por todas partes, impidiéron que ni aun á nado pudiera pasar persona alguna. Entretanto, y estando Dragut un dia señalando el sitio donde habia de colocarse una batería, vino una bala (no convienen los autores de qué parte fué disparada), y habiendo dado contra la trinchera, arrancó de élla una piedra que le hirió en una sien, y le derribó á tierra sin sentido. Lleváronle los suyos á su tienda, y habiendo perdido el habla, espiró dentro de pocos dias. Despues de una infinita multitud de balas disparadas de todas partes, diéron los bárbaros el asalto con todas sus fuerzas. Monserrat cayó de frente peleando, Eguiara, noble Aragones, que le sucedió, y Miranda, fuéron heridos, pero no se retiráron de la pelea, hasta haber rechazado al enemigo, y duró el

combate por espacio de seis horas enteras.

El dia siguiente al amanecer volviéron los enemigos con horrible griteria, y acometiéron la fortaleza, y llevado Miranda en manos de sus soldados y puesto en una silla, peleó con su lanza hasta el ultimo aliento. Los enemigos fuéron derrotados con grande estrago; pero despues de haber tomado algun descanso, volviéron á pelear con increíble pertinacia, estando resueltos á vencer ó morir. Eguiara, sin detenerle su herida ni sus muchos años, fué el primero que hizo frente á los que acometian, armado con una hacha de dos filos, y combatió largo tiempo sin cuidado alguno de su vida, hasta que oprimido por la multitud de los enemigos, pereció con una gloriosa muerte. No se portó con ménos intrepidez Pedro Massio, uno de los principales cruzados, de nacion Frances, el qual con una grande espada que manejaba á diestra y á siniestra, mató á muchos enemigos, y él mismo perdió la vida. De este modo fuéron muriendo en los combates otros muchos hombres valerosos, y al cabo de un mes de una cruelísima espugnacion, fué tomada la fortaleza con inexplicable dolor del Gran Maestre, que tenia en ella puesta la esperanza de sostenerse hasta la venida de Don Garcia. Ensangrentáronse inhumanamente los bárbaros en los enfermos y heridos, pero les costó la victoria seis mil de los mas intrépidos. De los nuestros fuéron muertos mil y novecientos, y ciento y diez nobles cruzados de diversas naciones, cuya memoria será elogiada en todos los siglos.

La otra fortaleza, llamada de San Miguel, la defendia Garceran Ros, Catalan, hombre de valor y prudencia. Hállase situada esta fortaleza en un escollo que domina á la embocadura del puerto principal. Inmediatamente la acometiéron los bárbaros con parte de su artillería, y con el resto batiéron la ciudad, causando mucho estrago en sus murallas. Mientras tanto llegó Juan de Córdova, enviado por Don Garcia con quatro galeras, en que conducia setecientos soldados veteranos, mandados por el maestre de cam-

po Don Melchor Robledo, caballero del Orden de Santiago, entre los quales venian quarenta cruzados, y algunos nobles Españoles voluntarios, y artilleros. Habiendo desembarcado en la parte opuesta á los reales, se encamináron á la ciudad por una peligrósísima costa, y llegóron felizmente, sin ser sentidos de los enemigos, lo que fué una especie de prodigio, hallándose tan cercanos. Encargóse á estos la defensa de los parages mas próximos al peligro; lo que en la guerra se mira como el mayor premio del valor. A este tiempo arribó el Argelino Asan con veinte y ocho galeotas, y un fuerte esquadron de piratas; y los bárbaros con su acostumbrada gritaría acometiéron por mar y tierra por diversos parages. Por la parte que defendia Francisco Zanoguera, fué el combate cruel y sangriento, y peleando él mismo acérrimamente entre los primeros fué hecho pedazos con una bala. Igual desgracia acaeció á Don Fadrique de Toledo, hijo de Don Garcia, jóven de grande esperanza, á Santiago Zanoguera, y Francisco Ruiz. Tambien fué viva la pelea en el puesto donde estaba Robledo; y rechazados por su esfuerzo los enemigos con pérdida, acometiéron al puesto mas cercano, donde cayó muerto Simon Melo, Portugues, y otros Españoles. Despues de pelear seis horas con el mayor encarnizamiento, disparando infinita multitud de tiros y fuegos, alucinadas las legiones enemigas con el miedo y el terror, echáron á huir precipitadamente, habiendo recibido mucho daño. En esta pelea murióron quarenta y dos cruzados, y doscientos soldados, y fuéron tomadas en diversos parages las banderas de los enemigos, las quales se colgáron en el templo, y se diéron gracias á Dios solemnemente por la victoria. Seria cosa muy prolixa referir por menor todos los sucesos de esta guerra: el enemigo repitió muchas veces el asalto con todas sus fuerzas, pero fué rechazado y derrotado por los nuestros: su artillería nunca estaba ociosa; y del mismo modo se les correspondia, molestándole tambien en su campo con frecuentes sa-

lid.
En
Ma
nin
ria
nas
las
una
tro
cru
espa
y e
tan
los
pod
acon
Rob
dar
mur
que
mo,
gre
exem
neces
centi
á tod
sager
en q
rase
Pedr
roso,
mada
Torre
cuya
ban f
pues
Maes
mil y
lugar
To

lidas. En una de éstas murió peleando valerosamente Enrique de la Valeta; y noticioso su tío el Gran Maestre, dixo á los que estaban presentes, que en ningun otro lugar podia perder la vida con mas gloria de su hermano.

Entretanto no cesaban los bárbaros de abrir minas, y los nuestros les interceptaban sus trabajos con las contraminas, pues por medio de los desertores de una y otra parte se sabia todo quanto pasaba, así dentro de los muros, como de los reales. Fué tanta la crueldad del asedio, que alguna vez duró la pelea por espacio de doce horas. Peleábase de dia y de noche, y en un solo dia hubo siete combates con gran mortandad; por lo qual se amedrentáron de tal manera los Turcos con el estrago de los suyos, que apénas podian sus capitanes á fuerza de golpes obligarlos á acometer por la brecha del muro. Habia perecido Robledo de un balazo, y el Gran Maestre procuró dar á su cuerpo la mas honrosa sepultura: tambien murió Fernando su sobrino en la flor de su edad. Aunque las cosas habian llegado al mas peligroso extremo, acudia el Gran Maestre á todas partes con alegre semblante, exhortando á todos con la voz y el exemplo á pelear fuertemente. Enviaba socorro á los necesitados: visitaba armado, y hacia la ronda á las centinelas; y con grande ánimo dirigia sus cuidados á todas partes. Enviaba á Don Garcia continuos mensajeros con cartas, en que le daba noticia del estado en que se hallaban las cosas, á fin de que se apresurase á venir con el socorro. Para esto fué muy útil Pedro Mezquita, Portugues, hombre activo y valeroso, que era Gobernador de la antigua ciudad llamada Medina distante ocho millas tierra adentro; y Torrella que, como ya diximos, mandaba en Gozo, con cuya industria iban y venian los correos, y se burlaban fácilmente de las centinelas enemigas. Instado pues Don Garcia de las continuas súplicas del Gran Maestre, pasó á Malta, llevando en sus galeras ocho mil y quinientos soldados, y los desembarcó en un lugar distante del campo enemigo, siendo sus Gene-

rales Don Alvaro de Sande y Ascanio de la Corne que estaba preso en el castillo de San Angel, y á petición de Don García le puso el Papa en libertad. Inmediatamente regresó á Sicilia, para transportar en otro viage el resto del ejército.

CAPITULO VI.

PROSIGUE LA GUERRA DE LOS TURCOS EN LA ISLA DE MALTA, Y SON DERROTADOS. INTENTAN LOS MOROS APODERARSE DEL CASTILLO DE MELILLA. MUERTE DEL PAPA PIO IV. Y ELECCION DE PIO V. TUMULTOS DE FLANDES SUSCITADOS POR LOS HEREGES.

Seria obra muy larga formar un catálogo de todos los que se ocupáron en tan piadosa guerra. Acudieron á ella muchos Italianos y Españoles de la principal Grandeza, á los que seguia un fuerte esquadron de nobles, y veteranos retirados. Viniéron tambien Franceses y Borgoñones: muchos voluntarios y cruzados de diversas naciones; y treinta y tres Caballeros de la Orden nuevamente instituida con la advocacion de San Esteban. Desembarcáronse con el ejército víveres para quarenta dias; y habiéndose puesto en marcha á Medina, estableció su campo cerca de esta ciudad. Luego que llegó á los enemigos la noticia de su venida, comenzáron á toda prisa de dia y de noche á recoger sus bagages, y conducirlos á sus navios, con gran alegría y regocijo de los sitiados; y aunque deseaban estos perseguir á los que manifestaban tanto miedo, lo prohibió el Gran Maestre con prudente y saludable consejo, rezeloso de caer en alguna emboscada. Entretanto Mustafá marchó contra los nuestros con doce mil hombres, que eran los únicos que le habian quedado, mas con intento de explorar que de pelear, pues conocia la cobardía de los suyos. No

obstante hubo algunas escaramuzas ; y algunos pocos de los nuestros rechazaron de sus puestos á los Bárbaros , y Mustafá para animarlos , poniéndose á igual peligro , se apeó del caballo , y le desjarretó con su alfange. Mas no por eso pudo detener la fuga de su ejército , y faltó muy poco para que él mismo no fuese hecho prisionero. Habia introducido Piali la armada en la ensenada de San Pablo para recibir las tropas , y era tanta la confusión y atropellamiento con que se embarcaron , que muchos de ellos perecieron ahogados en el mar , y otros fueron muertos por los nuestros , que deseosos de herir se entraban en el agua. Desde allí navegó la armada Otomana ácia el Oriente , y Assan al Occidente ; y todos con mucha pérdida y ignominia. Hallándose Don García próximo á conducir las demas tropas , avistó la armada enemiga desde una alta torre de la Catedral de Syracuse , desembarcó los soldados y los despidió ; y navegó á Malta á recoger el ejército. Recibióle el Gran Maestre con admirable regocijo , y le dió gracias con las mas expresivas palabras. Embarcó al punto Don García sus tropas , y determinó seguir al enemigo fugitivo , por si se le presentaba ocasion de molestarle. Pero temerosos de esto los Turcos navegaban muy unidos , para evitar que las naves separadas unas de otras , no fuesen expuestas á una invasion. Viendo pues , Don García frustrados sus deseos , se restituyó á Sicilia , y envió las tropas á los presidios. Todo esto sucedió en el espacio de quatro meses. De los enemigos , se asegura , que con el hierro , el fuego y las enfermedades perecieron mas de treinta mil. Muriéron tres mil de nuestros soldados , y seis mil de la multitud que defendia la ciudad : ciento treinta y un Cruzados , y quinientos esclavos que se sacaron de las galeras , para las fortificaciones , además de la guardacion de la fortaleza de San Telmo , que fué pasada á cuchillo. Un cañon de extraordinaria magnitud , que no pudo ser conducido á las naves , por haberse roto la cureña , se conserva junto á la puerta de la ciudad , para perpetua memoria.

Libres ya Don García y el Gran Maestre de tan grandes cuidados, envió el primero á Don Alvaro de Bazan á la Andalucía con las galeras Españolas, y restituyó las suyas al Saboyano, al Florentino, y al Pontífice. Aunque para esta guerra tuvo mas de cien galeras, y sesenta navíos, procuró únicamente hacer levantar el sitio, y no pelear en campo abierto, pues si perdía la victoria quedaria desnuda la Italia de las guarniciones de mar y tierra, y expuesta á las invasiones de los Otomanos, con grave daño del orbe christiano. El Gran Maestre envió Embaxadores al Pontífice y al Rey Don Felipe, para que en su nombre y en el de aquella nobilísima Orden les diesen las gracias. Despues de esto comenzó á igualar las ruinas, y reparar las murallas y fortificaciones destruidas por tantas partes, y proveyó por todos los medios posibles á la seguridad de la isla, estimulado de la voz que corria, de que el año siguiente volveria el Turco á vengar su ignominia; y en toda la christiandad se diéron á Dios solemnes gracias por el feliz éxito de esta empresa.

Miéntras se hallaba en su mayor fuerza el sitio de Malta, intentáron los Moros apoderarse por encantos de Melilla, fortaleza muy respetable situada en las costas de Africa. El autor y móvil de este hecho fué el Morabito Ademahamet Bualat, que se jactaba de ser inspirado por Dios, y predicaba á los suyos que nada tenían que temer de los christianos, pues con sus oraciones les impediria que hiciesen daño. Como los Moros son tan inclinados á semejantes delirios, diéron crédito al impostor, y le siguiéron diez mil hombres desarmados, sin sospechar el menor fraude; pero tuvo noticia del intento Don Pedro Venegas Gobernador del presidio, hombre astuto y diligente. Este pues, habiendo dispuesto todas las cosas conforme á la disciplina militar, luego que se presentó á la vista aquella necia multitud, fingió que no tenía fuerzas, y mandó tapar las bocas de los cañones, y que disparasen pólvora los soldados, que estaban repartidos por el muro, aparentando en

todo mucha floxedad. Viendo esto desde léjos los Bárbaros , y animados con los discursos de Bualat, se acercáron con mucha intrepidez á la fortaleza , y de repente dió el Gobernador la seña para hacer contra ellos una general descarga. Bualat perdió un brazo que le atravesó una bala ; y cayendo unos sobre otros , se dispersáron y pusieron en fuga. Despues de esto viniéron algunos Judíos á comerciar, y fingiendo Venegas el peligro en que habia estado de perder la fortaleza , les refirió por menor todo el suceso , y que habiéndose abierto las puertas por una fuerza oculta , se quedáron los soldados atónitos con los encantos de los Moros , como si hubieran visto la cabeza de Medusa. Finalmente que habia vuelto los ojos á Dios , y recobrando los animos derrotáron á los Moros ; y todo esto lo dixo con mucha seriedad , y con semblante muy grave. Los Judíos lo refrieron inmediatamente á los Moros , y entretanto no cesaba Bualat de reprehender la cobardía de los suyos , y su poca fe en Mahoma , y los exhortó á que le siguiesen con mayor confianza que ántes , que no serian vanos sus esfuerzos. Añadióse á esto la fábula de los Judíos , que confirmó mucho sus animos ; y asi pues se dispusieron con sus acostumbradas expiaciones , determináron castigos , concibiéron lisonjeros deseos , y llenos de buenas esperanzas se pusieron otra vez en camino. Noticioso de ello el Gobernador , fingió como ántes miedo , y alzando las puertas de la empalizada del foso , dexó entrar en él á los Moros ; pero baxando de improviso las puertas , hizo disparar la artillería contra los que se hallaban apiñados y encerrados , y fué mucho mayor el estrago que la vez primera. Por otra parte , la caballería acometió al resto de la multitud , y la destrozó impunemente hasta que el Gobernador mandó tocar la retirada. Quatrocientos que quedáron cautivos fuéron destinados al remo , y de esta suerte con la segunda derrota dexáron de ser necios.

En la isla de Córcega lo revolvía todo Sampetro,

contra el qual envió Don García parte de la armada de orden del Rey Don Felipe, porque los Genoveses no se atrevían á pelear con él en campo abierto; y con este socorro se reprimió la audacia de los rebeldes, y se les arrasó su territorio. En este año fué trasladado de Francia á España con solemne pompa el cuerpo de San Eugenio primer Arzobispo de Toledo, y colocado en su Catedral; y porque Mariana refirió por menor esta traslacion en su historia, no hay necesidad de repetirla aquí. Falleció Don Luis de Beaumont, Conde de Lerin, Condestable de Navarra, sin dexar ningun varon, y Brianda su hija mayor y heredera de sus estados casó con Don Diego de Toledo, hijo menor del Duque de Alba. De este modo se extinguió el nombre de aquella esclarecida familia, que descendiendo de los Reyes de Navarra, les fué odiosa por largo tiempo.

A fines del año el Cesar Maximiliano envió á Italia con ilustre y espléndida comitiva á sus dos hermanas Juana y Bárbara, que tenia prometidas en casamiento á los Duques de Florencia y Ferrara, y en Trento las obsequió el Cardenal con ricos presentes. En medio de los regocijos de estas bodas, fué acometido el Papa de una calentura que á los ocho dias le quitó la vida. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano, en un sepulcro erigido para él. Traxo á Roma á sus parientes, y los colmó de riquezas; pero no los admitió al gobierno ni á los grandes empleos, escarmentado con los errores de su antecesor. Levantó muchos y excelentes edificios. Rodeó de murallas la ciudad de Borgo. Mandó construir el camino y la puerta llamada Pia en memoria de su nombre; y hizo otras muchas obras en Roma y otras partes, excitado de la pasión que tenia á edificar. La silla de San Pedro estuvo poco tiempo vacante, pues el dia siete de Enero del año siguiente de mil quinientos sesenta y seis fué declarado Sumo Pontífice Miguel Gislerio, Cardenal Alexandrino Religioso Dominico natural de Lombardía, de una pobre

familia , y varon de costumbres santísimas. Rehusó quanto pudo la suprema dignidad de la Iglesia ; pero vencido al fin por los ruegos de sus amigos , y mas por la razon que por el honor , la aceptó por el bien público. En su coronacion se llamó Pio , y fué el quinto de este nombre. Como tan zeloso y amante de la providad y de la modestia , ordenó y reformó su familia , alejando la vanidad y el fausto , tan ageno de su sacrosanta persona y ministerio , que debe ser respetado mas por la santidad , que por la regia opulencia. Siguiéron su exemplo los Cardenales ; y siendo acerrimo observador de lo justo y de lo recto , castigó severamente los delitos ; pero procuró aliviar al pueblo de los tributos que le oprimian.

El Rey Don Felipe noticioso de que en Constantinopla se disponia una nueva armada , hizo reclutar tropas en Alemania , y las envió á Nápoles y á la Goleta para aumentar con ellas sus guarniciones. Además de otros auxilios que concedió al Gran Maestre de Malta , mandó pasar á esta isla tres mil peones de Sicilia para trabajar en la fortaleza que aquel levantaba , y por su nombre se llamó la Valeta , á fin de rechazar á los Turcos si volvian , enviándole para el mismo efecto una considerable suma de dinero ; y tambien le socorriéron con otra el Pontífice y el Rey de Portugal. Pareció lugar muy oportuno para edificar la nueva ciudad aquel donde diximos se hallaba situada la fortaleza de San Telmo , á saber , el promontorio que se extiende en el mar entre uno y otro puerto. Acaeció entónces una cosa admirable , pues abriendo sus cimientos salió de una peña viva una fuente muy abundante , con grande admiracion y alegría increíble de todos. Pero miéntras el Gran Maestre se ocupaba en adelantar la obra , cayó enfermo , y no hubo remedios algunos que pudiesen contener la fuerza del mal. Finalmente habiendo recibido los Sacramentos con mucha piedad , rindió á Dios el espíritu á los sesenta y ocho años de su edad , dexando inmortal fama este hombre , no ménos esclarecido por su nacimiento que por sus hazañas. Fué electo

en su lugar Pedro del Monte, natural de Florencia, que procuró con grande ánimo concluir la obra comenzada, sin aterrarle el trabajo ni el gasto.

Por estos tiempos se hallaba afligido Milan con tantos asesinos y ladrones, que ninguna persona tenía segura su vida ni sus bienes; y para refrenar su audacia el Gobernador de la Provincia Don Gabriel de la Cueva determinó perseguirlos con la mayor actividad y diligencia; y habiéndolos sacado de sus guaridas y escondrijos, los castigó severamente, y de este modo restituyó la quietud y seguridad publica. La Pulla fué molestada con las hostilidades de los Turcos, corriendo Piali sus costas con una armada de ochenta galeras, despues que se apoderó de la isla de Chio en el Archipiélago, famosa en otros tiempos por la suavidad de sus vinos; y hizo un infinito número de cautivos. Consiguió Don Garcia arrojar al enemigo de las costas de Nápoles y Sicilia, y desde Mecina navegó al Golfo Adriático con una armada de ochenta y cinco galeras. Pero no presentándosele ocasion de tomar venganza de los Turcos, porque se apresuraron á retornar á la Grecia, se restituyó al puerto sin haber hecho cosa alguna memorable. Entretanto rompió la paz Soliman, y marchó en persona con un poderoso ejército contra Zigeto, ciudad de Hungría; y acometido en su campo de una diarrea, pereció el dia cinco de Septiembre. Estuvo oculta su muerte, por el cuidado del Visir Mahomet, que habiendo sacado fuera de la tienda al Médico, que le habia asistido, le mandó ahorcar inmediatamente, á fin de que no lo divulgase en el ejército; y al punto envió correos á Selim, hijo del difunto, para que se apresurase á ocupar el solio vacante, y procurase mantener á los pueblos en su deber, en caso que la muerte de su padre suscitase alguna inquietud. Continuaban en el campo las fatigas militares como si nada hubiese acaecido: y peleáron muchas veces en la brecha del muro; y finalmente fué tomada la ciudad, y incendiada quasi toda ella, con muerte de su guarnicion.

La
dian
habe
fia el
los Fl
en ello
cada d
conniv
garita
formic
lugar
rocida
Barlen
ciendo
tado e
mendi
só con
los cor
allí ad
tuvo p
bles jó
des los
fué ca
ta Ald
nombro
dades
gunos
ble dis
dio no
años,
Entret
to Con
ngal,
nuel, y
que án
Conde
hanque
admira
racion
hombre

Las cosas de Flandes una vez conmovidas, no podían restituirse á la tranquilidad, sin embargo de haber sido removido del gobierno y llamado á España el Cardenal de Granvela; pues aunque se quitó á los Flamencos la causa de sus quejas, permanecia en ellos el deseo de trastornarlo todo. Crecia el mal cada día mas y mas con la audacia de los pueblos, y la connivencia de los Grandes; y hallándose Doña Margarita consternada, y sin fuerzas para resistir á tan formidable tempestad, pensaba en retirarse de allí á lugar mas seguro, quando uno de los Grandes de conocida fidelidad al Rey (que segun se asegura fué Barlemont) la exhortó á que recobrase el ánimo, diciendo en presencia de la multitud que se habia juntado en la plaza, que no temiese á unos hombres mendigos y despreciables embusteros; lo qual expresó con la palabra Flamenca *Gueux*, que tomada por los conjurados como de buen agüero, quisieron de allí adelante ser llamados Gueusios. La conjuración tuvo principio á fines del año anterior por seis nobles jóvenes, que habian aprendido fuera de Flandes los errores de Calvino; y se creyó entónces que fué cabeza de ellos Felipe Marnissio, llamado de Santa Aldegunda, por un señorío que poseia de este nombre. Estos pues procuráron esparcir por las ciudades la fórmula de la conjuración subscripta por algunos pocos; y á la verdad fué esto un rayo terrible disparado contra la antigua religion, cuyo incendio no pudo extinguirse con una guerra de quarenta años, que inundó de sangre los campos Flamencos. Entretanto fué conducida á Flandes por Pedro Ernesto Conde de Mansfeld la Infanta Doña María de Portugal, hija de Eduardo, y nieta del Rey Don Manuel, y contraxo matrimonio con Alexandro Farnesio, que ántes habia regresado de España acompañado del Conde de Egmont, celebrando todas estas bodas con banquetes, bayles, y todo género de regocijos. Es de admirar quanto se promovia el negocio de la conjuración, que con tanto ardor fomentaban aquellos hombres perversos, especialmente en sus particulares

convites y borracheras, como si deliberasen sobre una cosa de ninguna importancia, segun la costumbre de esta nacion, que entre la alegría del vino suele tratar de los negocios públicos y domésticos; y no es necesario referir el desprecio con que hablaban de la religion cathólica, y del Príncipe Farnesio. Juntabáanse con mucha frecuencia en la casa del Conde de Culemburg, y allí se agitaban los proyectos contrarios á la Religion y á la autoridad Real; y los que despues cayéron sobre las cabezas de sus mismos autores, alcanzando tambien la pena á la misma casa. Octavio padre de Alexandro, que habia concurrido á las bodas, despues de pasada la alegría de ellas, se volvió á Italia con su hijo y la nueva esposa. La Gobernadora Doña Margarita, á instancia de los Flamencos, envió al Rey Don Felipe, al Conde de Berghes y al Señor de Montigni con una representacion que habia compuesto Enrique Brederodio á nombre de los conjurados, en que solicitaban se aboliese la Inquisicion, con otras peticiones no ménos absurdas, deseosa de disipar el torbellino de la sedicion, que estaba próxima á un rompimiento. Habian dado palabra de que permanecerian tranquilos hasta que el Rey determinase sobre estos puntos; lo que de ningun modo cumplieron aquellos hombres, que no tenían religion ni fidelidad: ántes por el contrario comenzaron á sublevar la multitud en sermones sediciosos contra los cathólicos y la antigua creencia, sin tener respeto alguno á los Magistrados. Quejábanse amargamente, y con muchas calumnias del Príncipe Farnesio, y de los Grandes que gobernaban las provincias, aunque estos clamores fueron inútiles, como destituidos de fuerza: pero creciendo mas cada dia la audacia con la impunidad, se declaró repentinamente la guerra á la religion cathólica. En la mayor parte de Flandes los templos y altares fueron arruinados, y violadas y destruidas todas las cosas santas, sin horror ninguno de aquella impia gente. En algunos pocos pueblos se opusieron los hombres piadosos á estos furores, y acometieron á los sacrile-

legos, no sin muertes y derramamiento de sangre. Las provincias de Artois, Hainault, Luxemburgo, Namur, y parte del Brabante, donde no habia echado raices la heregía, se conservaron intactas por el zelo de sus habitantes; y en medio de tantos tumultos pudieron algunas ciudades preservarse por su propio esfuerzo de la rabia de los Gueusios. Entre estas se distinguió Nimega, cuya piedad es muy elogiada por los Escritores, al mismo tiempo que reprehendido el detestable desenfreno de los de Amberes, que no tuvo igual en todo Flandes. Finalmente en todas las partes donde entraron los Gueusios, fué tal su furor en arruinar, destruir, y robar, que en solos diez dias hicieron un estrago tan horrible y espantoso, que apenas podian creerlo los mismos que lo veian. Despues que se apaciguó algun tanto el furor de los Iconoclastas, se dedicaron los Magistrados á sosegar los tumultos, aterrando á aquellos perversos hombres con la amenaza de los castigos; y viéndose Farnesio rodeado de tanta multitud de peligros, capituló con los Gueusios del mejor modo que pudo, (lo que despues se le reprehendió) para évitarse que el estado padeciese mayores daños. Atraxo á su deber con halagos á los Grandes, que entretanto se mantenian en inaccion; y á fin de precaverse mas contra la inquieta multitud, que habia quebrantado el freno, rodeó su persona de un gran número de tropas, que sacó de las fortalezas; y de este modo fué apaciguada de alguna manera la plebe, que con insolente desvergüenza trastornaba y confundia todas las cosas sagradas y profanas, habiéndose concedido permiso á los Hereges para predicar impunemente en algunas ciudades.

CAPITULO VII.

PREPARATIVOS CONTRA LOS SUBLEVADOS DE
FLANDES. CONCILIOS CELEBRADOS EN ESPA-
ÑA Y PORTUGAL. FIN DE LA GUERRA DE
CÓRCEGA. CONTINUACION DE LAS TURBU-
LENCIAS DE FRANCIA.

TLas turbulencias de Flandes, y el miedo de mayores males, conmovieron de tal suerte al Rey Don Felipe, que pensó seriamente en marchar á aquellas provincias, aunque ántes se habia negado á las instancias de muchos que lo solicitaban; y tenia esperanzas de que con su presencia se desvaneceria la tempestad. Pero sin embargo no llevó á efecto este viage, alegando que habian sobrevenido muchas causas para suspenderlo. En una carta que escribió al Príncipe de Orange y á otros Grandes se disculpa con la guerra de los Turcos, que temia, en venganza de las recientes pérdidas que habian padecido. Y para no hallarse desprevenido en el caso de alguna invasión repentina, envió á las fortalezas de Africa veinte navios cargados de víveres y todo genero de municiones de guerra, los cuales fuéron apresados por los Bárbaros, que tenian tomado el estrecho con once galeras. Por tanto fué preciso enviar á aquellas partes nuevos socorros, para que por falta de las cosas necesarias no estuviesen expuestas á las incursiones del enemigo. No obstante amonestó en secreto á Doña Margarita, que en las provincias que no habian mudado el culto cathólico, y en Alemania juntase un ejército, y procuró enviarla dinero para los gastos. Esta noticia causó mucho temor á los conjurados, el qual se aumentó con una carta de Montygny al Conde de Horn, en que le significaba, que amenazaba á Flandes la ida del Rey y del Senado,

por las turbulencias suscitadas con motivo de la religion, por cuya causa seria abolida la antigua forma del estado, y seria reducido á una simple provincia. Asi pues, para fortificarse los sublevados, tomaron las armas, y diéron principio á una especie de guerra tumultuosa.

Mientras tanto nació al Rey Don Felipe una hija en el bosque de Segovia, la que en el bautismo fué llamada Isabel Clara Eugenia, y la amó su padre mas que á todos los demas hijos. Por este tiempo se celebráron Sínodos en España, en que se decretáron muchas cosas útiles acerca de la decencia del culto divino, y de la vida y costumbres de los Clérigos, con otros puntos semejantes. Don Christobal de Sandoval Obispo de Córdoba presidió el Concilio de Toledo, por hallarse impedido el Arzobispo Carranza, que habia sido llamado por el Papa á Roma, adonde llegó en la primavera del año siguiente. D. Gaspar de Avellaneda Arzobispo de Santiago celebró tambien un Concilio en Salamanca, que fué llamado Compostelano Provincial; y en Granada le congregó su Arzobispo Don Pedro Guerrero. Fué celebrado el de Braga por los Obispos de Portugal. En el de Eborá presidió Don Juan de Melo. En el de Zaragoza Don Alfonso de Aragon; y Don Martin de Ayala el de Valencia; todos los quales se celebráron en este año y en el anterior, y de ellos escribió copiosa y elegantemente el Cardenal de Aguirre. Despues fuéron aprobados sus Decretos por la Santa Sede Apostólica, que por su autoridad suprema en las cosas sagradas debe sancionar los estatutos de los Concilios. En este mismo año falleció el Arzobispo de Valencia Ayala, y su sepulcro de marmol se reconoce en la capilla de San Pedro de la Iglesia Catedral. Sucedióle Don Fernando Loazes Patriarca de Antioquia, trasladado de la Metròpoli de Tarragona. Falleció en Roma Don Miguel de Silva, Cardenal Portugues, y fué sepultado en la Iglesia de Santa María trans Tyberim. Don Luis de Mendoza, despues de haber adquirido mucho nombre con sus

ilustres hazañas dentro , y fuera del reyno , se retiró de los negocios del siglo , para dedicarse únicamente á los de su alma , y habiendo pasado algun tiempo en Mondejar ocupado en piadosos exercicios , murió con fama de varon exemplar , y fué sepultado en el Convento de San Francisco en el sepulcro de sus antepasados. En estos dos años cundió por España una peste que hizo grandes estragos.

1567.

Resonaba todavía el ruido de las armas en Córcega cuya guerra seguia con mucha lentitud el Senado de Génova ; y viéndose libre el Rey Don Felipe del cuidado que le daba el Turco , determinó concluir la en este año de mil quinientos sesenta y siete, deseoso de la quietud de Italia. La armada de Nápoles acometió de orden del Rey las costas de la Isla , y en breve se apoderó de algunos puestos de los enemigos. Raphael Justiniano , á quien el Senado de Génova habia confiado el mando de las tropas de tierra , los estrechó por otra parte con mucha actividad , y habiendo armado una emboscada á Sampetro , cuyo valor y experiencia en la guerra sostenia á los facciosos , pereció este con sus compañeros. Algunos refieren que fué entregado por los suyos ; pero todos concuerdan en que le mató Miguel Dordano , hermano de su muger , á la qual y á sus propios hijos habia quitado la vida con sus mismas manos este hombre cruel por una leve causa. Su cabeza fué llevada á Génova , y expuesta en la plaza á la vista de todo el pueblo , y á Dordano se le levantó el destierro que padecía , en premio de haber muerto al enemigo público. Los isleños luego que faltó Sampetro decayéron de ánimo , y se les concedió la paz , habiendo prometido que executarian todo quanto se les ordenase. Los principales cabezas de partido fueron despojados de sus bienes , y condenados á destierro , como se acostumbra siempre en semejantes casos , para asegurar la tranquilidad de los pueblos , que han sido agitados con sediciones.

Quando todo se hallaba tranquilo en Italia , rehusaban los Casalenses permanecer sujetos al dominio

de Guillelmo Duque de Mantua , con pretexto de que habia quebrantado sus inmunidades y privilegios. Convenia al Rey Don Felipe evitar en esta parte toda novedad ; por lo qual habia prevenido ántes en sus cartas á Don Gabriel de la Cueva Gobernador de la Lombardia , que procurase oponerse á qualquier tumulto , ó que , aunque fuera con el terror de las armas , contuviese en su deber á los Casalenses. Pero habiendo crecido el peligro en este año , acudió inmediatamente con tropas Vespasiano Gonzaga , quien con astucia sacó al Duque de las manos de los conjurados , y reprimió la sedicion que estaba próxima á romper , castigando con el último suplicio á algunos de los ciudadanos mas culpados. Apaciguada esta turbulencia se volvió el Duque á Mantua , y se detuvo Gonzaga en el Casal á fin de extinguir las reliquias de la sedicion. Puso freno á la ferocidad de los soldados Italianos que habia llevado consigo , los quales á cada paso peleaban entre sí mismos , prohibiendo en un edicto que ninguno sacase la espada dentro de la ciudad , pero fuera de ella les permitió el desafio , y impuso una grave pena á los que intentasen separarlos , y de este modo dexáron de refir aquellos fanfarrones , viéndose en la necesidad de pelear sin que nadie se interpusiese.

En Francia se renovó la guerra por los Hugonotes , cuyo principal deseo era coger al Rey descuidado. Juntáronse pues con increíble silencio , caminando de noche en pequeños esquadrones ; y el Rey que solo pensaba entónces en la caza , apenas tuvo tiempo para juntar seis mil Esguízaros , que tenian cerca su campamento , mandados por Luis Fifer , hombre valeroso y de incorrupta fidelidad. Este pues habiendo recibido en medio de sus tropas al Rey , y á la Reyna madre , marchó con ellos á Paris en órden militar. El Duque de Nemours se habia adelantado con la caballeria de Guardias para explorar los caminos , y despues de los primeros seguia Monmorenci con la comitiva de la corte. Saliéron al encuentro Condé y Coligni con su caballería ; pero lle-

gáron tarde, y se les escapó la ocasion de poder executar su intento. Los Esguizaros doblando la rodilla segun su costumbre, fixéron en tierra sus lanzas con las puntas enarboladas, para oponerse al impetu de los caballos. Parte de ellos descargó una lluvia de valas sobre los enemigos, y viendo estos que á pesar de todos sus esfuerzos no podian vencer la constancia de la infantería, y que el combate de la caballería no producía el efecto que esperaba, mudan de parecer, y se resolvieron á sitiar á París. Entre tanto se trató de composicion; pero la insolencia de los Hugonotes, que no querian moderarse en cosa alguna, y que despreciaban todo lo divino y humano, fué causa de que no llegase á efecto. Viendo pues que era preciso recurrir á las armas, juntó de todas partes el Condestable un poderoso ejército, y le sacó á campaña el dia diez de Noviembre, á fin de hacer levantar el sitio, aunque fuese á costa de una batalla. Las tropas reales á vista de que no podian evitar la pelea, marcháron con gran presteza contra el enemigo, y peleáron acérrimamente, porque la caballería de los contrarios era muy fuerte. El Condestable, que tenia cerca de ochenta años, cayó peleando en medio del combate atravesado de heridas; y como si hubiese sacrificado su vida por el ejército, quedó la victoria por los suyos. En el número de los muertos varian de tal suerte los Historiadores, que es imposible averiguar la verdad. Los vencidos se refugiáron en San Dionisio; pero no teniéndose allí por seguros, se retiráron mucho mas léjos. De este modo se encendió otra vez el fuego de la guerra, que afligió á la Francia con grandes calamidades. Por la muerte del Condestable Monmorenci confirió el Rey el mando del ejército á su hermano Enrique, jóven de excelsa índole, y de grandes esperanzas, que derrotó muchas veces á los Hugonotes.

En Flandes se oyó el primer estrépito de las armas cerca de Amberes, y habiendo desembarcado Jacobo Marnisio una tropa de gentes perdidas, marchó contra ellos Beavor, y los derrotó. Los de Am-

ber
el
de
llen
uni
de l
Cal
cer
tos
que
dad
arri
nom
tant
gari
cies
se
para
sen.
mo
crei
y ve
chas
pote
de a
men
su d
no.
este
inci
ante
Esp
del
men
reli
nos
clui
más
aque
Alb
T

beres miraban la pelea desde las murallas , porque el Príncipe de Orange les prohibió salir al socorro de los suyos, y tomando las armas se subleváron, llenándole de injurias y maldiciones. Este pues se unió á los Magistrados , y levantando un esquadron de los buenos ciudadanos , infundió tanto temor á los Calvinistas , que los obligó á dexar las armas, y encerrarse dentro de sus casas. Noticioso el Rey de estos y otros excesos semejantes, fué grande la ira que concibió en su ánimo al ver despreciado el verdadero culto de Dios, y su autoridad. Era cosa muy arriesgada intentar remediarlo con la fuerza, y ignominioso el dexar sin castigo tan graves injurias. Por tanto respondió el Rey Don Felipe, que Doña Margarita con sus consejeros deliberasen lo que les pareciese mas conveniente. Algunos eran de dictámen que se debian usar los medios de suavidad y clemencia, para dar tiempo á los culpados á que se arrepintiesen. Ruigomez se prometia conseguirlo, y del mismo parecer fué Figueroa Duque de Feria. Otros creian que debia defenderse la magestad del imperio, y vengar con el terror de las armas las injurias hechas á Dios: que de este modo se consolidaria la potestad regia, quitando á los Flamencos el arbitrio de abusar de su libertad, con cuyo exemplo escarmentarian las otras provincias, y se mantendrian en su deber, haciéndose mas prudentes con el mal ageno. El Duque de Alba fué autor y promovedor de este consejo, que adoptó el Cardenal de Granvela incitado del odio que tenia á los Flamencos por los anteriores motivos que ya diximos, y el Cardenal Espinosa deseaba establecer en Flandes los derechos del Rey y de la Inquisicion; lo qual aprobó finalmente Don Felipe, como tan zeloso de la verdadera religion, y de su propio decoro. Pero pareciendo menos conveniente su clemencia y facilidad para concluir con buen éxito este negocio, y habiendo además otras cosas, que le disuadian el ir en persona á aquella expedicion, confirió el mando al Duque de Alba con amplísimos poderes, y dió orden tambien

para que los veteranos sacados de los presidios de Italia se condujesen por mar á las costas de Génova, y marchasen á la Lombardia, y que se supliesen los que faltaban, con las nuevas reclutas hechas en España. No se ocultaba á los Grandes de Flandes el intento á que se dirigia esta guerra, y temian el castigo de sus anteriores excesos; por lo qual se juntáron en Dendermunda para deliberar sobre lo que deberian hacer en una situacion tan crítica, y fuéron varios los pareceres de los que concurrieron á esta junta. El de Orange discurria que debia atenderse á la seguridad de todos en el comun peligro. Su hermano Luis y el Conde de Horn, que debian rechazarse las fuerzas extrangeras con las fuerzas propias, y que en breve les vendrian socorros de los Príncipes de Alemania, con quienes se hallaban ligados por el parentesco y por la religion. A otros les parecia mejor el salirse de Flandes, y dar lugar á que se aplacase la ira; y que con el tiempo y los medianeros se compondrian sus cosas, estando persuadidos de que este era el menor de los males que podian sucederles. El Conde de Egmont no pudo ser persuadido á que desconfiase de la clemencia del Rey, á la que por natural carácter le conocia muy inclinado, y aseguró con mucha confianza que estaba resuelto á ponerse en sus manos. De este modo se disolvió la junta sin haber convenido en cosa alguna; y despues muchos nobles, renunciando á la confederacion, volviéron á la gracia del Príncipe Farnesio, incitados del exemplo de Egmont, que se habia separado del partido de los Gueusios, por estar muy irritado de su perfidia é impiedad. La audacia de estos hombres perversos habia llegado á tal extremo, que los habitantes de Valencienes, ciudad muy populosa, obstinados contra las órdenes de Farnesio, tomaron las armas para rechazar la guarnicion que se les enviaba. Noicarm Teniente del Conde de Berfied, Gobernador de la provincia de Hainault, intentó en vano con sus discursos reducir á aquella ciudad, y fué preciso recurrir

á las armas. Pero miétras las disponia, vino á Tornay, noticioso de que esta ciudad comenzaba á sublevarse contra la autoridad legítima, y mandó ahorcar en ella á los hereges declamadores, y á otros cómplices de la misma culpa; y dexando arregladas todas las cosas, se volvió al campo. Doña Margarita envió delante á Valencienes á Egmont y Arescot para que ofreciesen el perdon á los ciudadanos, con tal que volviesen á su deber; y habiendo sido inútiles todas sus razones y esfuerzos, proscribió á los contumaces. Pero como es cosa mas fácil rebelarse que pelear, luego que viéron derribar con la artilleria una parte del muro, se entregáron inmediatamente al arbitrio del vencedor, para hacer por fuerza lo que habian resistido de buena voluntad. El golpe del castigo recayó contra los autores de la sedicion, y los Hugonotes que de la cercana Francia habian pasado á socorrer á los de Valencienes: unos fuéron depuestos de sus empleos, otros aplicados á las armas, y arrojados los sectarios; y finalmente quedó asegurada la ciudad con una guarnicion. Esta calamidad causó tanta mutacion en los ánimos, que las otras ciudades á porfia volvian á la debida sumision, expeliendo á los hereges suscitadores de los tumultos, y en algunas se pusieron guarniciones, y se les quitáron las armas. Obligado Bredero dio á salir de la Holanda, por haber sido arrojados de allí sus compañeros, y convertido en desterado de cabeza que ántes era de los sediciosos, le acometió un accidente que le dexó frenético, y pereció miserablemente en Alemania.

Despues que se restableció la tranquilidad en Amberes con la expulsion de muchos hereges de varias sectas, y habiendo recibido una guarnicion mandada por Carlos Mansfeld hijo de Ernesto, se trasladó Farnesio á esta ciudad acompañado de muchos nobles, para arreglar las cosas que estaban desordenadas por los anteriores tumultos. Hizo morir en ella á las cabezas de la sedicion y de los alborotos, y atendió con gran cuidado al bien de la religion, y pro-

movió el culto divino. Hecho esto pasó á Bruselas con muchas esperanzas de que en adelante cesarian las turbulencias, habiendo intimidado á los Flamencos con el terror de las armas. Miéntras tanto se hizo á la vela el Duque de Alba en el puerto de Cartagena á principios de Mayo, y llegando á Génova en breve tiempo, se puso en camino para la Lombardia, donde fué recibido por Don Gabriel de la Cueva con todo género de obsequios. Pasó revista al ejército entre Alexandria y Aste, y en él se contaban ocho mil y setecientos Españoles de infantería, mandados por Alfonso de Ulloa, Gonzalo de Bracamonte, Julian Romero, y Sancho Londoño Capitanes veteranos. Los caballos eran cerca de mil y quinientos, la mayor parte Españoles, y nombró por General de ellos á Don Fernando, su hijo natural. Mandó tambien que le siguiesen los esquadrones de las milicias nuevamente reclutadas, y de los retirados, entre los quales se distinguian Chapin Vitelio, Gabriel Cervellon, Sancho Dávila, Gerónimo Salinas, Juan Despuche, y Andres Salazar, para valerse de sus obras y consejos. Obtuvo del Saboyano el Director de la artillería Pacioto de Urbino, hombre de grande ingenio; y trató largamente de las cosas de Flandes con aquel Príncipe, el qual unido con el Papa, intentó en vano, segun se creyó entónces, que el Duque de Alba recobrase al paso á Ginebra, y apresuró su marcha, despues que convalació de una leve calentura. Habiendo recibido en la Borgoña quatrocientos caballos muy bien guarnecidos, se encaminó á la Lorena, y desde allí á Namur en la frontera de Flandes, donde aguardaban su venida quince mil Alemanes nuevamente reclutados, baxo el mando de Alberico Londronio.

CAPITULO VIII.

CONDUCTA DEL DUQUE DE ALBA EN FLANDES.
PRISION Y MUERTE DEL PRINCIPE DON CAR-
LOS. MUERTE DE DOÑA ISABEL REYNA DE ES-
PAÑA. REBELION DE LOS MORISCOS
DE GRANADA.

Uuego que se divulgó la llegada del Duque de Alba á Flandes, los Grandes temerosos del mal que les amenazaba, se retiráron de allí como lo tenían resuelto. El Príncipe de Orange no pudo atraher á su dictámen al Conde de Egmont, aunque le amonestó el peligro que corria; deseábalo con mucho ardor por la conexion que entre ambos habia, y principalmente porque con su autoridad y riquezas apoyase el partido, y la empresa que tenia apoyada en su ánimo. Muchos nobles y un gran número de plebeyos con sus hijos y mugeres se desterráron voluntariamente para poner á salvo sus cabezas. Grande era el pavor y consternacion de todos, porque el vulgo exâgeraba las cosas mucho mas de lo que en realidad eran. En medio de tan crítica situacion fué recibido el Duque de Alba espléndidamente por Egmont y otros Grandes, y marchó á Bruselas á visitar á Doña Margarita. Despues de saludarse recíprocamente, le declaró aquella muger prudentisima el estado en que se hallaban las cosas: que todo podría componerse con la clemencia, y que muchos se mantendrian en su deber, si el crimen de la rebelion y su castigo se atribuyese á algunos pocos, y no al público. Pero que por el contrario si se exâsperaban los ánimos con una severidad importuna, iria la cosa de mal en peor, como sucede muchas veces. Oyó estas reflexiones con disgusto aquel hombre de caracter tan severo, que estaba altamente persuadido de que Doña Margarita habia cometido muchos errores

en su gobierno, por su excesiva indulgencia nacida del temor, y que esto debía corregirse con remedios contrarios. Declaróla despues las ordenes que trahia, habiéndola ocultado sus amplios poderes, lo que llevó á mal la Parmesana que no los ignoraba, y que siendo hermana del Rey, la hubiese dado una potestad incompleta y reducida en mas estrechos límites. Por esto pues, y viendo que Alba conferia los gobiernos sin consultar con ella, determinó retirarse á Italia, para no sufrir una cosa tan contraria á su decoro. Despues de esto fuéron distribuidas las tropas por las ciudades, para que los habitantes no pudieran moverse, y se reformáron y despidiéron las guarniciones Flamencas. Acudieron los Grandes llamados con pretexto de conferenciar con ellos, y vino tambien el Conde de Horn, persuadido por las ofertas que le hizo en sus cartas Egmont, hombre de un natural sencillo. Despidiólos Alba despues del fingido coloquio, y habiendo mandado prender á Egmont y Horn por medio de gente armada, fuéron encerrados en la fortaleza de Gante, y se confió su custodia á solos los Españoles: otros muchos hombres de inferior condicion fuéron igualmente encarcelados en diversas ciudades por el ministerio de los Españoles. Executadas estas cosas á medida de su deseo, renovó los edictos del César Don Carlos, y del Rey Don Felipe su hijo contra las heregias, habiendo establecido un tribunal compuesto de doce Jueces entre Flamencos y extrangeros, que por su severidad fué llamado vulgarmente el Tribunal de la Sangre, y quiso él mismo presidirle. Propuso en él un grande edicto de proscripcion, por el que eran condenados todos los que habian turbado la religion cathólica con tumultos y sediciones, declarándolos reos de lesa magestad divina y humana. Esto pues infundió en todas partes nuevo terror y espanto, ausentándose de Flandes mas de treinta mil hombres que se hallaban culpados de aquellos delitos; y valiéndose del ingenio de Pacioto, mandó levantar en Amberes una fortaleza con cinco baluartes, obra de admirable artifi-

cio. Algunos sediciosos, que en los tiempos anteriores habian sido puestos en prision por la Parmesana, fuéron ahora condenados al último suplicio. En Alemania y en Flandes se hicieron reclutas de soldados católicos, porque habia apariencias de que seria preciso reprimir con la fuerza á los Grandes confederados. En el mes de Diciembre los mandó citar por voz de pregonero, para que viniésen á responder á los cargos que se les hacian, que fué lo mismo que tocar la trompeta para comenzar la guerra. Poco despues los proscribió como rebeldes, aplicó al Fisco sus bienes, y remitió á España con segura custodia á Guillelmo, hijo menor del Príncipe de Orange, que estudiaba en la Universidad de Lovayna. En virtud de la alianza contrahida con el Rey Carlos IX, le envió el Duque de Alba auxilios contra los Hugonotes, que habiendo alcanzado socorros de Alemania y Inglaterra, caminaban á perder á la Francia, y tambien le enviáron otros no pequeños el Pontífice, y el Saboyano. La Parmesana, que no podia sufrir compañero en el gobierno, obtuvo, aunque con dificultad, el permiso del Rey Don Felipe para retirarse, y luego que dió noticia de ello á los Estados de Flandes, se puso en camino para Italia á fin del año, acompañándola una espléndida comitiva.

En España causó gran regocijo el parto de la Reyna, que habia dado á luz una niña, á la que en el bautismo se puso el nombre de Cathalina. Pero á esta alegría se siguió, por la inconstancia de las cosas humanas, una grave tristeza y desolacion con la calamidad del Príncipe Don Carlos, á quien su padre mandó encerrar en una prision, obligándole á esta severidad el bien del público, con el dolor que puede considerar qualquiera que lo juzgue con rectitud. Los motivos de este hecho se refirieron con mucha variedad, porque el Rey no los descubrió á persona alguna. Noticioso pues Don Felipe de la fuga que su hijo tenia dispuesta para el dia siguiente, llamó al Conde de Feria, Ruigomez, Don Juan Manrique, Don Antonio de Toledo, y Don Luis

1568. Quixada, cuya fidelidad le era muy conocida, y á algunos de sus domésticos, y á la media noche del día diez y ocho de Enero del año de mil quinientos sesenta y ocho entró en el quarto donde dormía su hijo, á quien llenó de pavor una visita tan inesperada, revolviendo en su imaginacion mil pensamientos. Mandole tuviese buen ánimo, y habiendo hecho sacar de allí las armas y todo género de instrumentos de hierro, y clavar las ventanas, le entregó para su custodia á algunos caballeros con una guardia de soldados armados: esto irritó de tal manera á aquel feroz jóven, que en sus palabras y acciones parecia haber perdido el juicio. El día siguiente convocó el Consejo, y refirió que se habia visto obligado á acelerar el encierro de su hijo por causas gravissimas, las que indicó no era conveniente manifestar por entónces. Escribió cartas de un mismo tenor al César, al Pontífice, y á las principales ciudades, en las que decia: que como padre de un hijo muy amado y educado para sucederle en la corona, le habia impuesto Dios la obligacion de corregirle, y que debia hacerlo por el bien publico: que era indispensable reprimir con la severidad las perversas costumbres y desordenadas inclinaciones de aquel jóven, para impedir los males que podia ocasionar, y que él cuidaria de que no recibiesen detrimento alguno los reynos, que Dios le habia confiado. Esto es lo único que quiso el Rey se supiese de este suceso, y quizá calló lo demas por vergüenza. No obstante se divulgó entónces que habia proyectado el Príncipe invadir las provincias del imperio Español, y que mas queria arrebatarse el cetro á su padre, que heredarle despues de su muerte. Pero no se descubrió ninguno de los cómplices de este atentado, por la prudente cautela de Don Antonio de Toledo, que habiendo hecho pedazos ocultamente las cartas, que se encontraron á Don Carlos, puso á salvo de esta manera la vida y la fama de muchos, como lo dice un historiador Español. Los extrangeros refieren muchas cosas vanas, absurdas, y que deben tenerse

por s
perve
much
te e
al Co
mas c
descu
Austr
do de
Garcí
diente
grand
te, á
norat
na, á
las let
tenia
derada
exceso
guno
fuerza
cayó e
cos de
este e
ves,
ma y
das su
co y
arrep
Julio
fué de
las M
zuga
pe Do
que lo
cia llo
te de
su juv
Lloró
sima

por sueños. Un Italiano hace á Egmont autor de este perverso designio , porque habló con el Príncipe muchas veces en secreto, quando se hallaba en la corte en calidad de Diputado de Flandes. Otro nombra al Conde de Berghes y á Montigni , y acaso será lo mas cierto. Todos concuerdan en que el negocio fué descubierto al Rey Don Felipe por Don Juan de Austria , á quien poco ántes habia conferido el mando de la armada , nombrándole por sucesor de Don García. Mas como aquel jóven , de un carácter ardiente , soberbio y ambicioso , no pudiese tolerar tan grande ignominia , se obstinó en acelerarse la muerte , á pesar de las amonestaciones y ruegos de Honorato Juan , hombre insigne en piedad y doctrina , á quien habia sido entregado para instruirle en las letras humanas. Para conseguir su intento se abstenia unas veces de la comida , y otras comia inmoderadamente , y bebia agua de nieve con mucho exceso : con lo qual , y otras cosas semejantes (alguno escribió falsamente que intervino tambien la fuerza) se le debilitó de tal modo el estómago , que cayó en una enfermedad tan peligrosa , que los Médicos desconfiaron de que viviese mucho tiempo. En este estado llamó á su confesor Fray Diego de Chaves , del Orden de Predicadores , varon de gran fama y santidad , y habiendo comunicado con él todas sus cosas , se confesó , recibió el sagrado Viático y la Extrema-Uncion con muchas muestras de arrepentimiento , y murió el dia veinte y quatro de Julio á los veinte y tres años de su edad. Su cuerpo fué depositado provisionalmente en la Real Iglesia de las Monjas de Santo Domingo. Aun no se habian enxugado en parte las lágrimas por la muerte del Príncipe Don Carlos, quando acaeció otra nueva calamidad que lo llenó todo de luto y tristeza. España y Francia lloraron con lágrimas comunes la temprana muerte de la Reyna Doña Isabel, arrebatada en la flor de su juventud , quando solo tenia veinte y tres años. Lloró Don Felipe la cruel desgracia de su amantísima esposa , aunque en los otros males manifestó

un ánimo invencible. Atribuíase la culpa de su muerte á la imprudencia de los Médicos, pues hallándose preñada la Reyna, la diéron los remedios que acostumbran aplicarse á los hidrónicos, los que causaron la pérdida de la madre, y del hijo que tenia en sus entrañas. Quitóles Dios entónçes el conocimiento por una causa impenetrable á los mortales. Su cuerpo fué depositado en la Iglesia de las Descalzas Reales, para trasladarle despues á otra parte. Mandó el César á su hermano Don Carlos que pasase quanto ántes á España, para consolar al Rey Don Felipe en esta calamidad; y el Rey de Francia hizo otro tanto, enviándole el Cardenal de Lorena, cuyas demostraciones de uno y otro fuéron muy gratas á este Príncipe de carácter fácil y suave. Pero de ningun modo quiso dar oídos á Carlos, que en nombre del César le exhortaba á que sacase de Flandes á los Españoles, para evitar mayores males que amenazaban por las conexiones del Principe de Orange, con los protestantes de Alemania: ántes por el contrario, habiendo escrito cartas á los Príncipes de aquella nacion, de tal modo les probó en ellas la justicia de su causa, que al parecer, desde entónçes, se entibió mucho el afecto que tenian á los rebeldes Flamencos. En otras cartas escritas de su propia mano exhortó al César á que defendiese la religion cathólica, que intentaban destruir sus adversarios, solicitando con grande esfuerço que se admitiese en el dominio Austriaco la confesion de Ausburgo. Despues de haber tratado con Carlos de los negocios públicos, tratáron tambien de los domésticos, de que hablaremos despues; y habiéndole regalado cien mil ducados, y muchas alhajas preciosas, le permitió volverse á Alemania.

Por este tiempo movido el Rey Don Felipe de aquella piedad que tanto en él resplandecia, encargó á algunos varones ilustres en virtud y doctrina, que exáminasen la vida y costumbres de los eclesiásticos, para restituir á su primitivo vigor la disciplina, si en algunos puntos la hallasen relajada; y de resultas de

esta
cano
ros y
ligio
auste
pe la
rhóli
Brev
Regu
te de
de S
estad
locán
gre p
los p
seles
en C
por
sang
la O
tuvo
se re
que
ratas
todas
Gole
de co
terru
quar
I
en el
homo
gado
pena
la v
su in
ment
largo
sus a
cios

esta visita fuéron desterrados de España los Franciscanos, llamados vulgarmente Claustrales. Sus conventos y Iglesias se entregáron el año anterior á los Religiosos del mismo órden, que conservan la antigua austeridad y observancia. En esto imitó Don Felipe la piedad de su predecesor Don Fernando el Cathólico, que, setenta años ántes, en virtud de un Breve del Papa, hizo una severa reforma de aquellos Regulares, que vivian con sobrada licencia. El dia siete de Marzo fuéron trasladadas las sagradas reliquias de San Justo y Pastor desde Huesca, donde habian estado largo tiempo, á Alcalá de Henares, y se colocáron en el mismo lugar en que derramáron su sangre por Jesu-Christo. En este año fuéron perseguidos los piratas, con no poca pérdida de ellos, habiéndoseles tomado diez galeras en el Estrecho, en Ibiza, y en Córcega. Otras fuéron apresadas en otras partes por los caballeros de San Estevan, despues de una sangrienta pelea. La armada de Doria salió contra la Otomana, que habia arribado á Aulon, pero no tuvo efecto alguno su empresa, porque los Turcos se retiráron á toda priesa á Constantinopla. Luego que Don Juan de Austria limpió el mar de los piratas que le infestaban, y habiendo socorrido con todas las provisiones necesarias al presidio de la Goleta, se restituyó á las costas de España, donde comenzaba á turbarse la alegre paz, que sin interrupcion habia florecido en ella por espacio de quarenta y ocho años.

Despues de las anteriores guerras habia quedado en el reyno de Granada una grande multitud de Mahometanos, que por un exceso de piedad fuéron obligados á abrazar el christianismo, para libertarse de la pena de destierro que se les habia impuesto. Como la voluntad no tenia parte en su conversion, y en su interior eran Mahometanos, despreciaban facilmente la religion christiana; y no pudiendo durar largo tiempo el disimulo, volvian públicamente á sus antiguas supersticiones, y daban muchos indicios y señales de la obstinacion de sus ánimos. Cas-

tigáronse pues sus perversas costumbres; y habiendo mandado el Rey que dexasen la lengua y el traje Arabe, y usasen solo del Español, lo llevaron tan á mal aquellos hombres de poca lealtad, y natural inconstante, que resolviéron morir ántes que sufrirlo. Juntábase á esto el grave peso de los tributos, y el rigor de los recaudadores; y irritados con estos males se echáron primero á robar, lo que executaban impunemente en unas tierras tan quebradas y montuosas. Despues de esto, habiendo formado entre sí una conspiracion, y comunicándose mutuamente sus proyectos, diéron principio á su rebelion en Cadiar, pueblo situado entre Granada, y el mar, al pie de un monte, siendo el autor Farax, hombre valeroso, de la familia de los Abencerrages, habiendo saludado por Rey á Mahomet Abenhumeya, descendiente de los Reyes de Córdoba. Luego que llegó esta noticia á la ciudad, causó en todos sus habitantes una general consternacion, y espanto, pues se creia, que los Moros que vivian en el Albaicin, habian conspirado con los demas, y que tenian á los enemigos dentro de los muros. A la verdad, una noche se introduxo Farax en aquel barrio, para excitar con amenazas y promesas á sus compatriotas á que tomasen las armas; pero no consiguió de ellos cosa alguna, porque los principales Moriscos rehusáron abrazar sus precipitados consejos, y se retiró con sus compañeros ántes de amanecer, persiguiéndole en vano el Gobernador Mondejar con la gente que pudo recoger á la ligera. Habiéndose huido los Moros, y permaneciendo quietos los que habitaban en la ciudad, se desvaneció la mayor parte del miedo; mas el Gobernador informó al Rey en sus cartas de todo lo sucedido, á fin de que pusiese los remedios oportunos para cortar la sedicion. Miétras tanto los Mahometanos cometian muchas muertes en diversos lugares, y se ensangrentaban en los christianos, sin perdonar ninguna edad ni sêxo; pero principalmente exercitaban su rabia y crueldad en los eclesiásticos, á los quales sacaban de las Iglesias y asilos donde se

había
ro de
tres
sitos
y lo
la re
algu
esto
mos
I
pasa
Dáv
con
una
los
Astr
lla
naci
terr
petu
su n
de l
de
Loa
hab
se o
nón
llev
nifi
de
Ob
seis
tul
da
ca
gra
el
ria
mi

habían refugiado, y les quitaban la vida con todo género de tormentos. Se asegura que perecieron entónces tres mil christianos de todas condiciones de exquisitos suplicios. Profanaron y destruyéron los templos, y todas las cosas sagradas, en odio y vilipendio de la religion que habian abjurado y no hubo exemplo alguno de impiedad y furor que no cometiesen. Todo esto acaeció á fines del año; y lo demas lo referiremos en su lugar.

Falleció entónces Don Fernando de Valdés, que pasaba de noventa años, como escribe Gil Gonzalez Dávila, habiendo sido condecorado en su larga vida con muchos empleos eclesiásticos, y políticos. Dexó una gran suma de dinero para que se distribuyese á los pobres. Erigió en Salamanca un Colegio para los Asturianos; en Oviedo una Universidad; y en una villa de aquel territorio llamada Salas, donde habia nacido, edificó una iglesia, en la que quiso ser enterrado, dotándola con seis capellanes, para que perpetuamente hiciesen sufragios por su alma. Antes de su muerte fué nombrado para sucederle en la dignidad de Inquisidor General, Don Diego Espinosa, Obispo de Sigüenza, y Cardenal. A fines de Febrero murió Loazes, Arzobispo de Valencia, de mucha edad, sin haber cumplido un año entero en esta diócesis. Dícese que fué doctísimo en la jurisprudencia civil y canónica, y que escribió varias obras. Su cuerpo fué llevado á Orihuela su patria, y sepultado en el magnífico colegio que habia edificado para los Religiosos de Santo Domingo. Sucedióle Don Juan de Rivera, Obispo de Badajoz, hijo de Perafan, á los treinta y seis años de su edad, y el Pontífice le confirió el título de Patriarca de Antioquia por su admirable piedad y doctrina. Tambien falleció Don Pedro de la Gasca, dexando inmortal fama en la posteridad, por las grandes cosas que hizo en el Perú, y por su zelo en el ministerio episcopal, y fué sepultado en Santa Maria Magdalena de Valladolid, en el sepulcro que él mismo se habia erigido.

CAPITULO IX.

SUCESOS DE LA GUERRA MOVIDA EN FLANDES POR LOS REBELDES, Y VICTORIAS QUE LES GANARON LOS ESPAÑOLES. DISCORDIA ENTRE LA RETNA DE INGLATERRA Y EL REY DE ESPAÑA SOBRE LA PRESA DE TRES NAVIOS.

El Duque de Alba castigaba en Flandes con gran severidad los excesos cometidos en los tiempos anteriores. Hizo derramar mucha sangre en aquellas provincias, confiscó los bienes de muchos, y disminuyó sus privilegios. Las magnificas casas del Conde de Culemburg, que habian sido la oficina de la conjuracion, fuéron arrasadas, y en su lugar se levantó una columna con una inscripcion, para que conservase en la posteridad la noticia de aquel impio atentado. Con este rigor se adquirió el Duque un odio implacable, que llegó al extremo de ponerle asechanzas para matarle; pero no produxéron efecto alguno. A estos castigos que tanto irritáron á los Flamencos, se juntaba el haberles quitado la libertad de religion, y las contribuciones extraordinarias para levantar fortalezas, y reclutar tropas para sujetar á los mismos que las pagaban. Tal ha sido en todos los siglos la calamidad de los rebeldes, que quando toman las armas para conseguir su libertad, vienen á caer en una total servidumbre. Entretanto tenian freqüentes juntas los Grandes para conferenciar sobre los medios de hacer la guerra: pedian socorros á los Príncipes de Alemania: juntaban soldados, y disponian todo lo demas necesario. Por las ciudades, y por los campos se divulgó el rumor de que en breve llegarían los vengadores de la libertad, y los libertadores de la patria; pero á los sediciosos que estaban tan confiados, les engañó su esperanzá y su

opini
dos r
bante
Dávi
quevi
Artoi
Mas
Soma
Rey
habié
gunos
de A
de F
sau,
trar
aunq
tanci
incon
preci
muer
ta ba
ron a
Adol
que u
H
po E
clare
ro au
traic
to el
de la
la pl
dos c
de E
que
mejo
menc
once
Bavi
herm

opinión; pues habiéndose atrevido un esquadron de dos mil desterrados á invadir las fronteras del Brabante, fuéron muertos casi todos por Londoño, y Dávila, y quedó prisionero su capitan Villers. Coqueville amenazaba por otra parte á la provincia de Artois con un gran número de Hugonotes y Gueusios. Mas fué rechazado San Valeri á la embocadura del Soma por Cosse, Maestre de Campo, á quien el Rey de Francia habia mandado le persiguiese; y habiéndole hecho prisionero, fué degollado con algunos Gueusios. Mandó el Duque de Alba al Conde de Aremberg, que poco ántes se habia restituido de Francia, que saliese al encuentro á Luis de Nasau, que con un poderoso ejército se atrevió á entrar en la Frisia. Esta empresa fué desgraciada, y aunque los autores varian en muchas de sus circunstancias, concuerdan en que el mal se originó de la inconsiderada audacia de los Españoles, y del desprecio que hicieron del enemigo. El General cayó muerto peleando intrépidamente, y perecieron en esta batalla quinientos soldados muy valerosos, y fuéron ahorcados los Españoles prisioneros. Cuéntase que Adolfo, hermano de Luis, acometió á Aremberg, y que uno y otro perecieron con recíprocas heridas.

Habiéndose apoderado el vencedor Nasau del campo Español, sitió á Groninga, ciudad opulenta, y esclarecida por el nacimiento de Rodulfo Agrícola; pero aunque algunos ciudadanos intentáron entregarla á traicion, fuéron inútiles todos sus conatos. Entretanto el Duque de Alba, sin comoverse con la noticia de la desgracia referida, hizo degollar en medio de la plaza de Bruselas á diez y ocho nobles, condenados como reos de lesa magestad; y despues al Conde de Egmont, con grande compasion de los ciudadanos, que le amaban mucho, y ciertamente era digno de mejor fortuna. La noche ántes de su suplicio recomendó con mucha instancia al Rey Don Felipe sus once hijos, y Sabina su muger, hija del Duque de Baviera. Finalmente fué degollado el Conde de Horn, hermano de Montigni, que se hallaba en España. Am-

bos se dispusieron christianamente, haciendo una illustre confesion de la fe catholica, que les dictó el Obispo de Iprés, varon docto y exemplar. Tambien fueron castigados otros muchos con diferentes suplicios en diversos lugares y tiempos. Libre ya de este cuidado el Duque de Alba, marchó con las tropas á Frisia; y á su llegada levantó el sitio Nasau, y fortificó sus reales en un parage oportuno, resuelto á no pelear mientras no recibiese auxilios de su hermano el Príncipe de Orange. Para impedirlo Alba, y conociendo que el buen éxito dependia de la prontitud, envió delante un cuerpo de Españoles ligeros, y acometió al campo enemigo. Despues de vencida por los nuestros la estacada y el foso, fué mas bien una carniceria, y una torpe fuga, que una batalla. Habiendo saqueado los reales, determinó Alba seguir á los enemigos fugitivos: pero mientras que se detuvo dos dias para dar algun descanso á sus soldados, recibió Nasau los socorros y se acampó en un buen parage; y á fin de alejar al Español, mandó alzar los diques de un rio inmediato, inundó los campos, y cerró con artillería la entrada de los reales. Todo esto fué en vano, porque habiéndose dado orden á los Españoles para que acometiesen al enemigo, y no deteniéndoles cosa alguna, se apoderaron del campo, y hicieron un grande estrago con increíble celeridad, tomando completa y cruel venganza de la anterior ignominia que habian padecido, mas por la desigualdad y mala situacion en que estaban, que por el valor de los enemigos. La caballería siguió con mucho teson á los que huian, y mató á un gran número de ellos; y se asegura que perecieron entónces siete mil de los enemigos, y que Luis de Nasau se escapó por el rio en una lancha. Del ejército real fueron muertos cerca de cien soldados, y la presa se repartió á las tropas como don gratuito.

Mientras pasaban estas cosas, llegaron de España quarenta mil pesos por el Océano, y dos mil y quinientos soldados que conducia Don Fadrique, hijo del Duque de Alba, y teniente del Gran Maestre de Ca-

atrava; de estas nuevas tropas se compuso el regimiento que se llamó de Flandes. Pero el Príncipe de Orange, habiendo juntado en Alemania un ejército, en que se contaban diez y ocho mil infantes, y cerca de diez mil caballos, auxiliado por algunos Príncipes y ciudades libres, invadió la Flandes, atravesando de noche, y con gran silencio, por la parte inferior de Mastrik el rio Mosa, que llevaba poca agua, con grande admiracion del Duque de Alba, que estaba acampado allí cerca. En el principio tuvieron algunas pequeñas escaramuzas, por los ardides de los Generales, pues cada qual se mantenía adicto á su parecer. Deseaba Orange dar la batalla, por la grande esperanza que tenía de vencer, confiado en que el odio que los Flamencos tenían á los Españoles, y el amor de la libertad los moverían á sublevarse, y tomar inmediatamente las armas. Pero no sucedió ni lo uno ni lo otro; porque noticioso Alba del estado de las cosas del enemigo, que no tenía dinero para la paga de la tropa, ni víveres para mucho tiempo, había resuelto abstenerse de dar batalla, inventando un nuevo modo de vencer al enemigo con no acometerle; y de esta suerte aseguró la quietud de los pueblos, de tal manera que no pudieran moverse sino para su dafio. Viendo pues Orange frustrados sus deseos, levantó de allí su campo á fin de unirse con Genlis, enviado por el Príncipe de Condé con tropas auxiliares. Siguióle el general Español, enviando delante á Don Fadrique su hijo mayor, para que acometiese á la retaguardia al tiempo de pasar el rio. El suceso correspondió á sus esperanzas, pues habiendo trabado pelea, fuéron muertos mas de tres mil de los enemigos, y solo ochenta de los Españoles.

Después de tan grave pérdida, no pudiendo Orange hacer frente al Español, ni volverse con seguridad á Alemania, desesperando tambien de sublevar á los Flamencos, y no siéndole finalmente posible permanecer en el campo por falta de víveres, se juntó con Genlis, el qual fué llamado por el de Condé para que le socorriese, porque había vuelto á tomar las armas

con un nuevo pretexto, y caminó á Francia á largas jornadas. Seguiale el Español, segun su costumbre, buscando todas las ocasiones de molestarle, y con efecto le hizo no poco daño en la retaguardia. Muchos Alemanes que los nuestros hicieron prisioneros, no solo fuéron puestos en libertad sin ninguna molestia, sino socorridos con dinero. A la entrada de Orange en Francia, le salió al encuentro un nuevo enemigo, que fué Aumale con Cosse, cuyas fuerzas se habian aumentado con quatro mil y quinientos soldados armados, que le envió el Español; y á vista de que no podia penetrar en lo interior de la Francia, para juntarse con el Príncipe de Condé, atravesó el rio Mosela, y se retiró á Alemania, y pagó á su ejército que se hallaba muy disminuido con los males de la guerra. Perecieron muchos de los nobles desterrados, entre los quales se cuenta al Conde de Hachstratan, que falleció de una herida haciendo profesion de la fe cathólica. Apaciguada la Flandes, y rechazado el enemigo á costa de muy poca sangre del ejército, se volvió el Duque de Alba como en triunfo á Bruselas con grande alegría y regocijo de todos los buenos.

Por este tiempo suscitó una discordia la Reyna de la Gran Bretaña, muger codiciosa, y enemiga implacable del nombre Español. Habian arribado al puerto de Hampton en Inglaterra, para libertarse de los piratas, que tenian infestado el Océano, unas naves Españolas que conducian á Flandes mas de quatrocientos mil ducados; y noticiosa de ello la Reyna, se apoderó inmediatamente de esta cantidad, á pesar de las reclamaciones del Embaxador Español. Procuró el Duque de Alba que la Reyna restituyese un dinero interceptado contra todo derecho y justicia; pero no pudiendo adelantar cosa alguna con officios amistosos, mandó pagarla en la misma moneda, habiendo puesto en prision á los comerciantes Ingleses que pudo hallar en sus dominios, y confiscándoles sus caudales, y mercaderías. La Reyna hizo otro tanto con los Españoles, y aun puso en segura custo-

dia a
la ast
la Re
violer
llevar
Reyn
vano,
to el
Fland
con m
honor
mulgó
glater
Alba
por s
bendit
cia,
bidas
Diput
taron
fué en
tuvo
en est
ro cos
haber

sb
-300
sb 20
no 20
-31
-300
no 31
-300
obusio
la al
simo
-01

día al Embaxador. Esta discordia era fomentada por la astucia y mala fe de Roberto Dudley, Ministro de la Reyna, y muy favorecido suyo, y por el carácter violento del Duque de Alba, queriendo uno y otro llevarlo todo por la fuerza. Este pues envió á la Reyna dos Embaxadores, y viendo que todo era en vano, se irritó de tal modo, que prohibió por un edicto el comercio con Inglaterra, y todo el tráfico de Flandes se trasladó á Hamburgo, y otros puertos, con mucha pérdida de la nacion Inglesa, y con poco honor de la Española. Por este mismo tiempo excomulgó el Santo Pontífice Pio V. á la Reyna de Inglaterra por el crimen de heregia; y al Duque de Alba como vengador de la piedad cathólica, le envió por su Nuncio Apostólico el sombrero y la espada bendita, con muchas muestrás de amor y benevolencia, habiendo el Duque dado á uno y otro las debidas gracias. En España falleció el Conde de Berghes, Diputado de Flandes, y creyeron muchos que le quitaron la vida con veneno. Su compañero Montigni fué encerrado en el alcazar de Segovia, donde estuvo preso largo tiempo con parte de su familia; y en este año le condenó el Consejo á muerte. Tan caro costó á los Flamencos su vana supersticion, y el haber tomado las armas contra su mismo Rey.

CAPITULO X.

VIAGE DE MIGUEL DE LEGASPI AL MAR DEL SUR, Y PRINCIPIO DE LA POBLACION DE LAS ISLAS PHILIPINAS. ENTRADA DESGRACIADA DE LOS FRANCESES EN LA FLORIDA. COMBATE DEL INGLÉS JUAN DE AQUINS EN EL PUERTO DE VERA-CRUZ. DESCUBRE ALVARO DE MENDAÑA LA ISLA DE SALOMÓN. SUCESOS DE LA INDIA.

Había ya largo tiempo que los Españoles deseaban llevar adelante sus navegaciones, y explorar las mas remotas partes del Orbe, indignándose de que les faltasen tierras que descubrir. Movido pues, el Virrey de México Don Luis de Velasco, del deseo de extender el imperio Español, ó mas bien de que no tuviese otros limites que los del mundo, envió á Miguel de Legaspi, natural de Vizcaya, con dos grandes navíos de carga, y otros dos pequeños, para que navegase por el mar del Sur ácia poniente, siguiendo el mismo rumbo que en otro tiempo llevó Magallanes. Hizose á la vela en el puerto de la Natividad, y con próspera navegacion arribó á una de las islas de los Ladrones. Inmediatamente se le acercaron los bárbaros con suma confianza, desnudos de todo el cuerpo, vellosos, ágiles, y muy diestros en nadar, y no del todo ignorantes del arte náutica. Recibió de ellos algunos víveres á cambio de otras cosas, y solo podían entenderse por señas. Reconoció Legaspi otras muchas islas, sirviéndole de intérprete un bárbaro marinero de un navio, que habia apresado. Entre éstas hay una llamada Cebú, donde habiendo encontrado una imágen del niño Jesus, perdida tal vez en la expedicion de Magallanes, dió su nombre á una Iglesia, que comenzó á edificar para los Religio-

zos de San Agustin , sus compañeros en aquella trabajosa navegacion ; y tambien fundó otro pueblo con el nombre de San Miguel. Desde allí pasó á Manila, situada en la isla de Luzon , la qual tomó á fuerza de armas , y se apoderó de otros muchos lugares , sucediéndole todas las cosas á medida de su deseo. Envió al Virrey Velasco un navío cargado de ricas mercaderías , para que tuviese noticia de la prosperidad de su empresa , y de lo que en ella habia executado ; y se dice que navegó este buque setenta mil y setenta y tres millas. Un autor afirma que estas islas son las que Ptolomeo llama Barussas ; pero habiéndose descubierto por los Españoles en el Reynado de Don Felipe , se llaman ahora Philipinas , y son tenidas en grande estimación desde que se estableció en ellas el culto del verdadero Dios. No puedo menos de trasladar aquí lo que dexó escrito el célebre Tomas Bozio al principio del libro VIII. de *signis ecclesie* : „ desde que Adan tuvo hijos , dice , no ha „ habido nacion alguna que haya atraído á tantas na- „ ciones , tan diferentes en sus costumbres , y en su „ culto , al conocimiento de la única religion verda- „ dera , ni que las haya reducido á la observancia „ de unas mismas leyes , como lo ha hecho la nacion „ Española. Apénas podrá ninguno numerar la varie- „ dad de gentes , y de costumbres enteramente opues- „ tas entre sí , que los Españoles subyugaron á su „ imperio , y á la religion de Jesu-Christo , y al cul- „ to de un solo Dios. “ Pero esto nadie hay que lo ignore.

Los Franceses navegaban á la Florida , no solo con permiso , sino con beneplácito de su Rey Carlos , que de este modo queria purgar el estado de hombres facinerosos. En el puerto de Dieppe se hizo á la vela Juan Ribaus con dos navíos , y habiendo robado en su viage todo quanto encontraba , arribó al fin á la Florida , y levantó una fortaleza en Puerto Real , para establecer despues Colonias en los parages que habia reconocido. Mas como para esto necesitaba de mayor número de tropas , le fué preciso regresar á

Francia, y en breve le siguiéron los presidiarios que habia dexado allí, los quales abandonáron la fortaleza, y en el viage les apretó el hambre de tal modo, que se comiéron á uno de sus compañeros. Miéntras tanto Renato Laodomer llegó al cabo de Santa Elena con tres navíos bien equipados á costa de la Reyna Madre, y edificó una fortaleza que dominaba el rio Mayo, á distancia de treinta y un grados del Equador; y en el año siguiente arribó á la misma costa Ribaus con siete navíos. Luego que llegó á España la noticia de estos atentados, navegó de órden del Rey Pedro Melendez con ocho navíos, para arrojar de la Florida á los Franceses. Desembarcó en aquella provincia quinientos soldados armados, y habiendo acometido á los Franceses, que estaban muy descuidados en la fortaleza, mató á ciento y cincuenta de ellos: los demas se huyéron á los montes, y á los navíos que se hallaban fondeados en el rio, de los quales tomáron tres los Españoles inmediatamente, y destrozáron otros con la artillería que halláron en la fortaleza. Apoderáronse tambien de todos los repuestos que tenian los Franceses para establecer las Colonias de su nuevo imperio. Marchó despues Melendez con parte de las tropas, y dió sobre unos Franceses que tuviéron la desgracia de hacerseles pedazos el navío entre los peñascos, y con gran dificultad escapáron á tierra. Conservó la vida á los que profesaban la religion cathólica; pero á los demas, en número de ciento y once, los pasó á cuchillo el dia de San Miguel, en ódio de la nueva secta. Entre estos pereció Ribaus, y Laodomer se restituyó á Francia con los demas navíos. Al cabo de un año se vengáron del Español, con la llegada de Domingo Gurgio con dos navíos muy bien provistos. Apoderáronse los Franceses de los lugares fortificados, auxiliándoles con mucha actividad los naturales, y matáron á los soldados de la guarnicion; pero Melendez consiguió escaparse, como refiere el Flamenco Juan Laet.

En este intervalo de tiempo Monluc el hijo, y

Pompadur , nobles Franceses , navegáron con tres navíos á la isla de la Madera , y habiendo saltado en tierra , tuviéron algunos combates con los Portugueses , en los que se hiciéron reciprocos daños , alternando la fortuna los sucesos de la guerra. Monluc pereció de una herida , y rechazados á los navíos Pompadur con los demas compañeros , despues de haber perdido la presa , se retiráron á Francia muy tristes y derrotados. Sin embargo de estos agravios , no fué quebrantada la paz entre los Reyes de las dos naciones , convirtiendo la necesidad en virtud , pues uno y otro tenia sobrada ocupacion en sus estados para defender la Religion.

Por estos mismos tiempos abordó á las costas de América el Ingles Juan Aquins con nueve navíos. Vendió en Margarita y Santa Marta algunos Negros esclavos , que en aquellas regiones se aplican á la labor de las minas , y al cultivo de los campos. En otras partes le prohibiéron salir á tierra teniéndole por enemigo ; pero habiendo arribado al puerto de Vera Cruz , obtuvo permiso del Virrey de México para carenar libremente sus navíos. Miétras executaba esta obra con mucha diligencia , teniendo dispuesta la artillería en la costa contra qualquiera invasion extraña , llegaron trece navíos de la armada Española , que conducian al nuevo Virrey Don Martin Enriquez , sucesor del Marques de Falces Don Gaston de Peralta , el qual desembarcó en tierra , y se puso en camino para México , sin sospechar fraude alguno de parte de los Ingleses. Pero Francisco Luxan que mandaba la armada los juzgó piratas (como en realidad lo eran) á vista de la multitud de hombres armados que corrian por las calles , y sin respeto alguno á la palabra dada , mandó matar á los Ingleses , que estaban descuidados en la playa , en medio de la alegría de un convite , á que asistiéron los Españoles llevando ocultas sus armas. Apoderáronse despues de la artillería , y las naves Españolas comenzáron á disparar contra las Inglesas , y aunque estas fuéron sorprendidas , no dexáron de corresponderlas intrépi-

damente. Entretanto que peleaban con el mayor furor, se escapó del combate Francisco Drak, y embarcándose en una nave en que estaba recogida la mayor parte del oro, huyó velozmente por el Océano. Aquins resistió con mucho esfuerzo casi todo el día á los Españoles; pero finalmente, viéndose muy desigual en fuerzas para contrarrestar las del enemigo, pegó fuego á la Capitana, y encubierto con las tinieblas de la noche se puso en fuga en la Vice-Capitana, siguiéndola otro navio, y dexando todos los demas por presa á los Españoles. El navio que le seguia no pudo continuar su carrera, y quedó hecho pedazos en el rio de Panuco, y su tripulacion en número de setenta personas fué conducida á México, y tratada con humanidad. Aquins despues de haber perdido en su viage muchos compañeros por el hambre y las heridas, se escapó por el canal de Bahama entre la Florida y las islas Lucayas, y lleno de tristeza arribó á Inglaterra, adonde se habia adelantado Drak: y para colmo de sus miserias, no pudo sacar á este ni una pequeña parte del oro, que habia traído de aquellas regiones, excusandose con maliciosos pretextos.

En el Perú se hallaban ya olvidadas las discordias de los anteriores tiempos, y Don Lope de Castro, que exercia interinamente el empleo de Virrey, determinó explorar el inmenso Océano austral por no estar ocioso, y extender el imperio Español mientras que sus dominios gozaban de tan profunda paz. Así pues, en el día diez de Febrero despachó del puerto de Lima á Don Alvaro de Mendaña su sobrino, hijo de una hermana suya, con dos navios bien equipados, y le mandó navegar ácia el occidente. Con mar tranquilo y favorable viento arribó á unas islas, en las que no se detuvo, porque el piloto le aseguró que en reconocerlas no sacaria fruto alguno. Despues de haber navegado continuamente á vela tendida en aquel vasto pielago por espacio de diez y seis dias, llegó á una isla que tiene de circunferencia mas de ochocientas millas, á la que el Virrey dió el nombre

de Isla
se de
dia fu
el mi
se ret
ron a
naves
magn
seoso
cosas
ducid
los bé
y det
manej
nido c
como
comer
cencia
la paz
ley, y
costun
tua be
tad. I
desead
tropó
máron
nial d
costas
navios
nocido
ligenci
que se
ménos
que isl
décim
crian
de una
mas y
y aden
armas

de Isabela , y entró en un puerto que quiso se llamase de la Estrella , á causa de que á la hora de medio dia fué vista allí una refulgente estrella , ó porque el mismo puerto tiene esta figura , pues uno y otro se refiere por los Historiadores. Los bárbaros quedaron admirados , y llenos de temor á vista de aquellas naves tan grandes , de sus velas hinchadas , y de la magnitud de sus palos y mastiles. Sin embargo deseoso el Cacique llamado Viley de exâminar estas cosas desde mas cerca , acudió inmediatamente , conducido en una canoa , y adornado á la manera de los bárbaros. Quedóse inmóvil mirando la Capitana , y detuvo los remos , como si el miedo le impidiese manejarlos ; pero habiendo oido de improviso el sonido del tambor , subió al navío intrépidamente , y como si le hubiese arrebatado una especie de locura , comenzó á danzar , no sin gracia , con mucha complacencia de los Españoles. Finalmente habiéndose hecho la paz por señas , tomó Mendaña el nombre de Viley , y éste el de Mendaña , cuya permuta , segun la costumbre de aquellas gentes , es una muestra de mutua benevolencia , y una prenda muy segura de amistad. Pero estas apariencias tan bellas carecieron del deseado afecto , pues aquellos hombres feroces y antropófagos , cuya lengua no se podia entender , tomaron luego las armas , con la inconstancia tan genial de todos los bárbaros. Para reconocer aquellas costas se fabricó una galera , á fin de no exponer los navios á un gran peligro en aquellos parages desconocidos. Executóse este reconocimiento con gran diligencia , y habiendo descubierto veinte islas , á las que se pusieron diversos nombres , omitiendo otras ménos considerables , y que mas parecian escollos que islas. Todas estan situadas entre el séptimo y el décimo grado de esta parte del equador. En ellas se crian perlas , y las diéron á los Españoles en cambio de una canoa que habian tomado. Abundan de palmas y de los demas frutos que produce la América , y además en nogales y almendros. Sus vestidos y sus armas no se diferencian de las de los otros Indios,

y en fuerzas y estatura son iguales á los de la Florida. Alimentanse principalmente con la carne de puerco y gallinas, y tambien viven de la pesca, y de las frutas y raices. La isla Isabela dista del Perú seis mil y setenta y quatro millas. Pereciéron muchos de los Españoles con enfermedades, nacidas del clima mas bien que de otra causa; y no es posible referir las miserias y peligros que padeciéron en su regreso, habiéndose conjurado contra ellos el cielo y el mar. Finalmente al cabo de un año entero arribó la Capitana al puerto de Acapulco en la Nueva España, y á los tres dias la segunda Capitana, una y otra sin mastiles y sin velas, en cuyo lugar traian las mantas de las camas, y desde allí pasáron al Perú. Diéron á estas islas el nombre de Salomon, por haber creído sin fundamento, que sacó de ellas sus grandes tesoros aquel Rey sapientísimo, enviando su armada por el mar Roxo.

Despues que Constantino Virrey de la India se restituyó á Portugal gobernáron aquellos dominios Francisco Coutiño, y Juan de Mendoza, y fué muy breve el mando de uno y otro, pues el primero murió de repente, y el otro se retiró por la llegada de su sucesor. Este fué Antonio de Noroña, el qual edificó la fortaleza de Mangalor: defendió prósperamente el dominio Portugues, acometido por diversas partes, y castigó á los bárbaros que estaban muy insolentes; pero no pudieron tomar ni vencer la fortaleza de Cananor. Finalmente vencidos muchas veces en el mar con grave daño y pérdida por Pedro de Silva y Pablo de Lima, y fatigados ya de la guerra, recibieron la paz. Embarcóse Noroña para Portugal y murió en el viage, y su cuerpo fué arrojado al mar. En el año de mil quinientos sesenta y ocho entró en el gobierno Luis de Atayde, y navegó con una grande armada para sujetar á los bárbaros, que rehusaban pagar el tributo, y lo consiguió por medio de algunos valerosos Capitanes. Pedro de Silva, y Francisco Mascareñas, peleando con los bárbaros, les quitáron las fortalezas de Brazalor y de

1568.

Onor,
dientes
sus la
algun
gracia
homb
nomb
con un
fortale
doscien
derarse
á viva
nomin
dias se
hijo y
contin
gulo d
ahora á

CONTI
GRANA
DE EL
DE A

largo ti
á princi
nueve l
otra vez
les. Hab
nas pequ
luntarios
pueblo b
cerrado

Onor, con cuyas desgracias se mostraron mas obedientes. Los Malabares que infestaban los mares con sus latrocinios, fueron castigados y reprimidos por algun tiempo. Una sola vez pelearon con ellos desgraciadamente los Portugueses con pérdida de sesenta hombres. El Régulo de Achen, enemigo perpetuo del nombre christiano hizo la guerra á los de Malaca con una armada de doscientos navios. Defendia la fortaleza Leonisio Pereyra con una guarnicion de doscientos habitantes, y no pudiendo el bárbaro apoderarse de ella con sus ardides, determinó combatirla á viva fuerza, aunque con vano esfuerzo, y con ignominioso éxito, porque despues de treinta y siete dias se vió obligado á retirarse, con pérdida de su hijo y de tres mil soldados. Esta guerra era casi continua, pues unas veces combatia á Malaca el Régulo de Achen, y otras el de Teva. Pero volvamos ahora á nuestro emisferio.

CAPITULO XI.

CONTINUA LA GUERRA DE LOS MORISCOS DE GRANADA. NOMBRA EL REY POR GENERAL DE ELLA A DON JUAN DE AUSTRIA. MUERTE DE ABENHUMEYA, Y ELIGEN LOS MOROS PARA SUCEDERLE A ABEN-ABOO.

Despues que las armas habian estado quietas largo tiempo en lo interior de España, se encendió á principios de este año de mil quinientos sesenta y nueve la llama de la guerra de Granada, y volvió otra vez á renovarse el cúmulo de los anteriores males. Habiendo juntado el Marques de Mondejar algunas pequeñas tropas, cuya mayor parte eran de voluntarios, tomó por fuerza de armas á Poqueyra, pueblo bien fortificado, donde los Moros habian encerrado sus riquezas. La presa fué grande, y toda se

1569.

repartió al soldado. También se halló una gran cantidad de trigo, de la qual se reservó lo necesario para el consumo, y todo lo demas se reduxo á cenizas. Como los Moriscos estaban divididos en muchos esquadrones, fué preciso hacer la guerra á un tiempo en muchas partes. El Gobernador de Almería Don García Villarroel, hombre activo y diligente, acometió de improviso á los que estaban descuidados, y hizo en ellos una terrible carnicería: huyéron los demas vergonzosamente, y fuéron ahorcados los que cayéron prisioneros. Pedro Arias, Gobernador de Guadix libertó del peligro en que se hallaba la fortaleza de Calahorra con mucho estrago de los Moros que la tenian sitiada; y el Marques de los Velez, Gobernador de Murcia se introduxo de órden del Rey con un ejército en el territorio de Granada. Hizo la guerra prosperamente Mondejar en diversas partes; y enriquecidos con la presa, y los cautivos los soldados, que se habian reclutado á la ligera, se volvian á sus casas, disimulándolo los Capitanes, porque de todas partes acudian á alistarse nuevas tropas. El Marques de los Velez habiendo ganado las alturas, venció en batalla los enemigos en Oan, no léjos de Almería, y los obligó á retirarse fugitivos á los montes con algun estrago. Tomáronse las banderas, y mil y seiscientas personas de la multitud indefensa, con otra presa, que fué repartida á la tropa, y se le concedió el saqueo del pueblo en premio de su valor.

A pesar de tantas pérdidas, no se daba por vencida la obstinacion de los Moros, ántes por el contrario se aumentaba cada dia el número de los sublevados, que abandonando los campos por el deseo de la libertad, se escapaban á los montes y lugares ásperos, sin que aterrasede el miedo de tantos peligros á estos hombres de carácter tan duro y terco. Entretanto recorría la costa de Andalucía la armada de Italia mandada por Don Gil de Andrade, hombre muy experimentado en las cosas del mar, para perseguir á los piratas Africanos, que transportaban á

España armas y soldados para fomentar la sedicion, como lo habian hecho hasta entónces, sin que nadie se lo impidiese. Francisco de Córdova enviado poco ántes por el Rey á esta guerra, expugnó con grande ánimo los parages montuosos, que ocupaban los Moros : mató á quatrocientos de ellos , y los demas se pusieron en salvo en los riscos y asperezas, habiéndoles tomado la bandera, y mil y setecientas mugeres y niños, con mucha ropa, ganados y viveres, en todo lo qual se derramó muy poca sangre de los christianos. ¿Qué mas dirémos? En el espacio de un solo mes peleó Mondejar ocho veces felizmente, y hubo tambien algunos combates adversos, por la mala conducta y insolencia de los soldados, que tenian mas cuidado de la presa, que de vencer á los enemigos. Cometian á cada paso latrocinios, muertes y otros excesos ; y muchas cosas se hacian mas por el antojo de los soldados, que por las órdenes y consejos de los Capitanes.

Quebrantadas las fuerzas de los Moros con tantos males comenzaron á desear el descanso : pero convenia prender al Reyecillo para que se acabase la guerra ; y aquellos á quienes se confirió esta comision procedieron con mucho desorden, pues por la necia confianza de los Capitanes, le acometieron á fuerza abierta, en lugar de apoderarse de él por medio de asechanzas, y pospusieron todo lo demas á la codicia de la presa. No pasó mucho tiempo sin que pagasen la pena de su falta de obediencia, porque habiendo caido en una emboscada de los Moros, los mataron éstos á flechazos, junto con los capitanes Antonio de Avila, y Alvaro de Flores, siendo tanto el apego que tenian á la presa, que embarazados en llevarla, quisieron mas morir que pelear. El Reyecillo se puso en salvo por la fuga, y no se creia seguro en parte alguna, ni se confiaba de nadie. Entónces el miedo de los nuestros se convirtió en crueldad, y pasaron á cuchillo á muchos de los principales Moros; lo que llevó muy á mal el Marques de Mondejar, que por medio de

ellos esperaba concluir en breve tiempo el negocio por su propia persona, y ántes que llegase Don Juan de Austria, á quien el Rey Don Felipe habia encargado esta guerra. Finalmente, habiéndose retirado del campo por mandado del Rey, dexando en él á Don Juan de Mendoza para que sostuviese la guerra, se volvió á Granada á fin de recibir honoríficamente al Austriaco, y consultar con él sobre los medios de continuar aquella empresa.

Miéntas estuvo ausente Mondejar, no habia en los reales mas orden, ni disciplina, que el militar desenfreno, y irritaban con las muertes y robos á los Moros, que se hallaban ya medio apaciguados, como si á cada soldado raso le fuese licito castigar á su arbitrio las cosas pasadas. Irritábanlos de intento á que tomasen las armas, para que concluida la guerra no se concluyese el saqueo; y aquellos miserables no hallaban refugio alguno en los Capitanes, pues éstos participaban de las rapiñas del soldado. Pero ¿qué habian de hacer éstos nuevos reclutas á quienes no se daba estipendio alguno? Consternados pues, los Moros, volviéron á tomar las armas en muchas partes, y se renovó con mas furor la guerra. En unas emboscadas fuéron muertos doscientos y cincuenta christianos con su Capitan, habiéndose escapado solo dos con vida; con lo qual, cobrando ánimo el Reyecillo, juntó un ejército, que se componia de diez mil hombres armados. En vano solicitó auxilios del Africa, por hallarse Uluc-Alí, Gobernador de Argel, implicado con la guerra de Tunez. El Sultan de Turquía Selim, que meditaba la guerra de Chypre, no le dió otra cosa que buenas palabras, con el deseo de que tuviese ocupadas las fuerzas de España en la guerra doméstica, á fin de impedir que se juntasen con las Venecianas; y de este modo alejaron los cielos aquella peste que nos amenazaba. Sin embargo no faltaron piratas, que con su mismo peligro, introduxéron en las costas de España armas, y provisiones de guerra, y un esquadron de Turcos, sin haber sido vistos por la armada.

Intentó el Reyecillo inútilmente apoderarse de Almería, por ardid ó por fuerza, á cuyo tiempo, que era á mediados de Abril, llegó á Granada el Austriaco, acompañándole el Duque de Sesa, Requesens, y Quixada su ayo, hombres valerosos y prudentes, á los cuales se juntó el Marques de Mondejar, que tenía gran conocimiento de aquellas gentes, y lugares. Vencidos los Moros, se sacaron de la ciudad tres mil y quinientos, y mayor número de mugeres, y fueron conducidos con guardias á lo interior de Andalucía, asegurándose la ciudad con una guarnicion mas fuerte. Y porque habia corrido la voz de que intentaban los Moros incendiarla, se sublevó el pueblo, y pasó á cuchillo sin misericordia á ciento y cincuenta que se hallaban presos. El miedo era mayor, que la causa que habia para tenerle; y en todas las Iglesias se hacian rogativas publicas, como se acostumbra quando amenaza guerra. Mientras tanto que conferenciaban sobre las providencias que debian tomar, llegaron órdenes muy severas del Rey, por lo qual se comenzó á perseguir con todo esfuerzo á los Moros. Apoderóse Requesens del Peñon de Frigilliana, situado en lo mas alto del monte de Bentomiz, cuya empresa habia intentado ántes desgraciadamente Suazo. Con las tropas que Arévalo sacó de Málaga, se juntaron mil soldados que habia conducido de Nápoles en la armada el Capitan Pedro de Padilla, y ochocientos soldados de marina, y aunque los Moros defendieron el puesto valerosamente, arrojando desde lo alto del monte peñas, y flechas contra los que subian, vencieron sin embargo la aspereza del lugar, y llegaron á lo mas elevado. Quedaron muertos en la pelea dos mil de los enemigos sin contar los muchos que perecieron en la fuga por los riscos y precipicios. La victoria fué muy sangrienta para los nuestros, pues murieron en ella ochocientos soldados, y muchos nobles; y quedaron heridos Leyva, Avellaneda, Zúñiga, que poco despues obtuvo el título de Conde de Miranda, y el Virrey de Nápoles. Fueron parte del saqueo

tres mil cautivos, los cuales se vendieron en pública subhasta, y su importe se distribuyó por los Tesoreros del ejército entre las tropas. Andrade saltó en tierra con un escuadrón de la armada, y arrojó de unos peñascos á otra multitud de Moros, y se volvió á las naves con una presa considerable, y mil cautivos, habiendo sido muy corta la pérdida de los suyos.

Por este tiempo venció el Marques de los Velez al Reyecillo que habia caído en una emboscada, en la que perecieron mil y quinientos de los enemigos, y veinte y quatro de los nuestros, y conduxo á su campo diez banderas, y un botín importante. Acaeció esta pelea en el territorio de Berja. Marchó despues á Adra, villa marítima, situada cerca de las ruinas de la antigua Abdera; y habiendo recibido del Austriaco seis mil hombres armados, se dice que compuso un ejército de doce mil infantes, y setecientos caballos. No habia procurado recoger dinero para la paga de ellos, ni tenia provision de víveres y granos en los almacenes, para mantener al soldado en el campo, y apenas se traía por mar y tierra lo necesario para el dia. En una palabra todo estaba desordenado, por las disensiones que habia entre los Grandes. La potestad estaba dividida entre Don Juan de Austria, y Quixada, y aun era mayor la autoridad de éste. Unos rehusaban obedecer á éste, y otros á aquel, con insolente pertinacia, como acontece siempre que mandan muchos. De aquí se originó la total corrupcion de la disciplina militar en el campo del Marques de los Velez, que no queria hacer la guerra baxo las órdenes del Austriaco. El soldado comenzó á afloxar con el ocio y la desidia, y á pervertirse unos á otros con sus vicios, detestando todos el excesivo orgullo de su General. Juntábase á esto las enfermedades, y el hambre; y viendo que desertaban, y abandonaban á cara descubierta las banderas, sin que los contuviese el miedo, ni el pudor, intentó su hijo Don Diego oponerse á la fuga de los soldados, reprehendiéndoles esta maldad con

palabras muy ásperas. La respuesta que le diéron fué una lluvia de balas, con las que le hiriéron en la mano, y en el costado. No obstante habiendo el Marques trabado batalla con el Reyecillo, le derrotó, y le puso en fuga, y impidió que le persiguiesen la aspereza, y fragosidad de aquellos lugares. Peleó desgraciadamente con los habitantes del Valle de Bolidina, porque el soldado mas codicioso de retener la presa, que de pelear, se retiró de allí con pérdida é ignominia, despreciando el mandato de su General.

Entretanto el Reyecillo no pudo con sus fuerzas apoderarse de Adra; y tambien intentó en vano tomar otros pueblos; pero taló á fuego y sangre una parte del dominio del de los Velez. Finalmente, para decirlo todo en pocas palabras, irritados los Turcos contra el Reyecillo por las calumnias de los Moros, determináron quitarle la vida. A la verdad se habia hecho tan aborrecido de los suyos con sus rapiñas, disoluciones, y crueldades, que parecia no poder ya tolerar tantas injurias. Oprimido pues, por la conspiracion de los Turcos, declaró al tiempo de perder la vida que queria morir christiano; y que se habia rebelado solamente por los agravios que los Ministros Reales le habian hecho á él y á su padre. Perreció ahogado en la cama á los veinte y quatro años de su edad, y su cuerpo fué arrastrado á un muladar, y enterrado en él con la mayor ignominia. Sucedióle su pariente Abdalla Aben-Aboo, habiendo tomado las insignias reales, y levantado en hombros de los suyos, segun la costumbre de aquella nacion, fué proclamado Rey este hombre de la mas baxa esfera, audaz, pérfido, suspicaz, y de pésimas costumbres. Envió á Argel y Constantinopla á unos hombres de su confianza con muchos regalos, pidiendo se le concediesen armas, navios, y un poderoso auxilio de gente armada, pues que hacia la guerra en defensa de la secta mahometana, y de la libertad de la nacion. Y á fin de adquirirse miéntras tanto fama con alguna accion memorable, puso repentinamente sitio á Orbiga, que al principio de la

sublevacion habia preservado del peligro el Marques de Mondejar , hallándose Abdalla con diez mil hombres , entre los quales se contaban los socorros , que le habian venido de Argel. Todas sus tentativas para apoderarse del pueblo fueron vanas , rechazándole intrépidamente los soldados de la guarnicion con su Capitan Franciscó de Molina. Intimidado de la llegada del Duque de Sesa con nuevas tropas , levantó el sitio con pérdida de quinientos de los mas audaces. Puso Abdalla algunas emboscadas , en las que cayéron temerariamente los nuestros , y pagáron la pena de su descuido con la muerte de cien soldados. Recorrieron despues uno y otro General las villas y aldeas , talando y robando quanto encontraban , y á principios del Otoño se volvió el de Sesa á Granada. La villa de Orbiga fué abandonada de orden de Don Juan de Austria , y Molina con la guarnicion y los equipages se retiró á lugares seguros , dexando enterrada la artillería , para que no viniese á poder de los enemigos. En este intervalo de tiempo hubo otros combates , se pusieron emboscadas unos á otros , y se hicieron recíprocos daños , cuya relacion individual seria demasiado pròlixa.

CAPITULO XII.

*VUELVEN LOS HUGONOTES A TOMAR LAS ARMAS EN FRANCIA. BATALLAS DE JARNAC Y MON-
CONTOUR , Y VICTORIAS DE LAS ARMAS CATHO-
LICAS. SUCESOS DE FLANDES. EL DUQUE DE
FLORENCIA ES DECLARADO GRAN DUQUE DE
TOSCANA. EXPEDICION DE ULUC-ALI CON-
TRA LA GOLETA.*

Las cosas de Francia iban cada dia de mal en peor , y parece que habian dexado las armas , ménos por el deseo del descanso , que para volver á tomarlas con mayor esfuerzo. El pretexto era la religion

y la libertad de opinar cada uno lo que quisiese; pero el verdadero motivo era la ambicion de los Grandes, y el odio inextinguible que de ella habia nacido, encubriéndose los cathólicos con el velo de una aparente piedad; por lo qual con leve impulso volvia á encenderse la llama que abrasaba la miserable Francia. Desconfiado el Rey de la sinceridad de los Hugonotes, no habia querido despedir el ejército, y estos para precaverse de que el Rey los oprimiese repentinamente, no querian sacar las guarniciones de los pueblos fortificados, como lo habian ofrecido. De esto pues se originó el volver á tomar las armas; y habiendo hallado el Rey la ocasion de oprimir á sus adversarios, mandó guardar los pasos de los rios, á fin de que no llegaran á juntar las fuerzas, que tenian divididas. Executáron los cathólicos esta orden con descuido, por sus fines y particulares intereses, y proporcionáron á los Hugonotes el ponerse á salvo por medio de la fuga. Habiéndose escapado Odet, que ántes se llamaba el Cardenal de Chatillon, hermano de Gaspar Coligni Almirante de la armada, el qual abjurando la verdadera piedad y la sagrada púrpura habia abrazado la milicia y la secta de Calvino, pasó á Inglaterra. Recibióle la Reyna Isabel con mucha humanidad, y le ayudó benignamente con socorros para sostener el partido, faltando en esto á la palabra que tenia dada al Frances de que no protegeria á los Hugonotes. El Principe de Condé y el Almirante se huyéron á la Rochela, donde fixáron el asiento de la guerra; y habiendo llamado á sus mas zelosos partidarios, renováron todos los anteriores males de la guerra, quando apénas habian pasado quatro meses despues de la publicacion de la paz. Expugnáron algunas ciudades y pueblos, y con horrenda impiedad arruináron los Templos y todas las cosas sagradas; porque no contentos con emplear sus detestables armas contra el Rey, declaráron tambien la guerra á Dios y á sus Santos. El Duque de Anjou, hermano del Rey, habiendo juntado tropas, marchó contra los rebeldes, y en el camino derrotó

á un fuerte esquadron del Príncipe de Condé, y tuvo además algunas felices batallas. Entretanto abolió el Rey los edictos, que habia publicado á favor de la tolerancia de la secta, y por medio de sus Embaxadores exhortó á los Príncipes cathólicos á que defendiesen con la fuerza y con las armas la religion, que se hallaba lastimosamente combatida en Francia. No fuéron vanos sus deseos, pues muchos se prestáron desde luego á su defensa. El sumo Pontífice, además de otros auxilios, le envió cinco mil y quinientos caballos y infantes, á los quales juntó el Duque de Florencia mil y setecientos, mandados por el Conde de Santa Flor: el Rey Don Felipe tres mil infantes y dos mil caballos del ejército de Flandes, baxo el mando de Pedro Mansfeld, Capitan veterano y valeroso guerrero: los Venecianos cien mil escudos de oro para los gastos de la guerra; y el César y los Príncipes Orthodoxos le permitieron levantar tropas en Alemania. Mas no pudo impedir á Volfrango de dos Puentes, que hiciese tambien reclutas para socorrer á los Hugonotes, ni el que fuesen introducidas en Francia, aunque envió á Aumale y Nemours con tropas, para que las cerrasen la entrada.

El Duque de Anjou ardía en deseos de dar batalla al enemigo, y los Hugonotes por el contrario deseaban que se les juntasen las tropas Alemanas que esperaban de un dia á otro, ántes que se viesen en la necesidad de pelear. Miétras tanto que aquel estrecha, y estos procuran evitar el combate, se viéron al fin obligados á venir á las manos, porque los Realistas pasáron el rio, lo que de ningun modo habian creído sus adversarios, los quales para no pelear, se apresuraban á retirarse. El Almirante Coligni fué de improviso rodeado por las tropas Reales, y no pudiendo resistir su ímpetu y fuerza, llamó en su auxilio á Condé. Acudió éste con la caballería, y peleó con el mayor esfuerzo, para liberrar de aquel peligro á los suyos. Pero habiendo caido á tierra con su caballo, fué hecho prisionero; quitá-

ronle el morrion, y reconociendo quien era, le tiró Montesquiou escudero del Duque de Guisa un pistoletazo á la cabeza, y de este modo pereció aquel hombre insigne por su valor y destreza militar, si no hubiera obscurecido los dotes de la naturaleza y del arte con la impia secta, y con su obstinacion contra el Rey. Fué hombre de ánimo inquieto y feroz, y muy ambicioso; cuyos vicios le precipitaron en el partido de los Hugonotes. Esta victoria se llamó de Jarnac por el pueblo inmediato al campo de batalla, y fué mayor por la fama, que por los efectos que produjo. Habiéndose escapado el Almirante, y Andelot, recogieron prontamente sus tropas dispersas, miéntras que el Duque de Anjou, que debía completar la victoria siguiendo el alcance á los enemigos casi derrotados, se detuvo imprudentemente en expugnar, y pasar á cuchillo la guarnicion. Miéntras tanto murió Andelot de una herida, ó con un veneno, segun se divulgó entónces.

Por la muerte de Condé fué nombrado General de las tropas de los Hugonotes Enrique Príncipe de Bearne, y Coligni su Teniente. El Duque de dos Puentes introduxo las tropas en Francia, y falleció poco despues. Fortificados los Hugonotes con este auxilio combatiéron con gran vigor á Poitiers, pero fuéron vanos sus conatos. Juntáronse al Duque de Anjou las tropas Españolas y Italianas, con las quales compuso un ejército de diez y seis mil infantes, y diez mil caballos. El número de los enemigos, que era menor, se disminuyó no poco con la desgraciada empresa de Poitiers; por lo qual rehusaba Coligni aventurar una batalla, aunque aparentaba lo contrario. Los Alemanes ostigados de una milicia de que sacaban poca utilidad, le amenazaban que se volverian á su patria, si no los conducia á pelear con el enemigo; y habiéndole acometido el Duque de Anjou, no pudo evitar la suerte de la batalla. Peleó una parte de las tropas con la otra, y á la entrada de la noche se pusieron en fuga los Hugonotes, pero el dia siguiente se renovó el combate. Los jó-

venes Príncipes de Bearne y Condé fuéron sacados del peligro de la pelea , y enviados con una escolta de caballería á lugar seguro. La accion fué cruel y sangrienta , y Coligni despues de haber sido herido en la cara , estuvo muy próximo á quedar prisionero. El Duque de Anjou fué arrojado del caballo , y apénas pudieron los suyos levantarle , por la multitud de enemigos que acudió á oprimirle , con lo qual se enardeció mas la pelea. Finalmente ganaron la victoria los Orthodoxos , y se dice que perecieron diez mil de los enemigos , y quinientos infantes y caballos de los Realistas. Las tropas Pontificias y Españolas merecieron grande alabanza por haber ganado las banderas enemigas , y Pedro Ernesto de Mansfeld fué herido peleando intrépidamente. La crueldad de los vencedores concebida por el odio que tenian á la secta , hizo poco humana la victoria. Acaeció esta batalla en los dias dos y tres de Octubre , cerca de Montcontour ; y en otra pelea fué tomado el campo y los bagages de los enemigos , y los puestos fortificados sin dificultad alguna , y en muchas partes se diéron á Dios solemnes gracias por tantas victorias.

En Flandes descansaban las armas , y se peleaba con opuestos dictámenes en la junta de los Estados convocados por el Duque de Alba. Pedía pues , que para los gastos de la próxima guerra se exigiése á las provincias un triplicado tributo , por todo el tiempo que permaneciese esta causa. Pareció esto muy duro á los Flamencos , como acostumbrados á ser tratados por sus Príncipes mas con un imperio precario , que con regia autoridad. Despues de muchos debates de una y otra parte , no se resolvió cosa alguna , porque los Procuradores de las provincias se resistieron con mucha firmeza á que se aumentase en lo mas mínimo la antigua contribucion. A la verdad parecia muy arduo , y arriesgado exigir dinero á los Flamencos , quando se hallaban tan irritados. Inclinábanse algunos al dictámen del Duque de Alba , pero sin embargo nada pudo conseguir de los mas obstinados , aunque suavizó la forma de la contribu-

cion. Habiéndose dexado indeciso el negocio para otro tiempo, perseveraron los mas de ellos en su dictámen con mayor obstinacion, y con ánimos mas irritados. Bramaba el Duque de Alba, acostumbrado á llevar adelante las empresas arduas con próspero suceso, y no se abstenia de proferir amenazas, declarando que pensaria en lo que habia de executar contra los que rehusasen obedecer sus mandatos. Pero todo se convirtió en humo, y solo se les exigió algun dinero de la centesima de los bienes raices, habiendo dado principio por los habitantes de la provincia de Hainault, que eran los mas obedientes. Los mas se resistieron á consentir en la décima y veintena de los bienes vendibles y muebles, con increíble pesar del Duque de Alba, que tenia el dinero seqüestrado en Inglaterra, y le negaban en Flandes con indecible pertinacia lo necesario para tantos gastos.

Miéntas tanto llevó á efecto el Pontifice lo que sus predecesores habian intentado, enviando una Bula al Florentino, en que le dió el titulo de Gran Duque de Toscana, condecorándole con las insignias regias. Habia hecho esclarecidos méritos para con la Sede Apostólica, y no omitió cosa alguna que pudiese contribuir á ganarse la benevolencia del Papa. Causó esta gracia una alegría extraordinaria á aquel hombre tan codicioso de honores, y algunos Príncipes se manifestaron muy quejosos. El Rey de Francia, que se hallaba obligado del Duque por el reciente beneficio que de él habia recibido, le envió un Embaxador para congratularle de una gracia digna de un Príncipe tan benemérito de la piedad christiana. Por el contrario, el Rey Don Felipe por medio de su Embaxador dió muchas quejas al Pontifice, lo uno de que hubiese pensado en condecorar á su feudatario por el dominio de Sena, sin haberlo consultado con él; y lo otro porque con el deseo de restablecer la disciplina eclesiástica, y defender la dignidad de la Sede Apostólica, habia deprimido las inmunidades y privilegios Reales en Nápoles, Milan y otras partes, y especialmente en Sicilia, enviando á

Pablo Odescalco con potestad de Legado á Latere, donde lo son los Reyes por privilegio de Urbano II. Disputáron ambos con mucha modestia, y el Papa aplacó fácilmente al Rey con una prudente respuesta, derogando además algunas constituciones, y el Rey como tan piadoso creyó que debía ceder en todo lo demas en obsequio de aquel santo Pontífice, dando este loable y religioso exemplo á los Príncipes.

En el Africa hubo por este tiempo algunas turbaciones, pues habiendo hecho Amida Regulo de Tunez, alianza con Don Alfonso Pimentel, Gobernador de la Goleta, temeroso del poder de los Turcos, excitó contra sí mas y mas el inveterado odio de sus adversarios. Por esta causa le declaró la guerra Uluc-Ali de orden del Sultan Selim, en la qual fué vencido y derrotado Amida, ménos por la audacia del pirata, que por la perfidia de los suyos; y finalmente arrojado de su misma Corte, se refugió en la Goleta con sus hijos. Pero mientras que el pirata, desconfiado de sus fuerzas, intentaba tomar con ardid esta fortaleza, hiciéron una salida Segura, y Salazar con las tropas de su guarnicion, le pusieron en fuga, y le incendiáron los navios que tenia prevenidos en la laguna, con poco ó ningun daño de los Españoles.

PIDE

A DO

CEDE

ABEN

R.A.

rebel

habita

vados

la ira

ta el a

cer ro

paso u

tadas

con in

Rey la

Velez

que le

guerra

apoder

fácil

sus pe

no Do

presid

Baza,

nada c

pios d

mural

y se a

en las

sangre

CAPITULO XIII.

*VIDEN LOS MORISCOS DE GRANADA LA PAZ
A DON JUAN DE AUSTRIA, Y SE LA CON-
CEDE. VUELVEN A REBELARSE. MUERTE DE
ABEN-ABOO, Y CONCLUSION DE ESTA GUER-
RA. CASAMIENTO DE LOS REYES DE ESPAÑA
Y FRANCIA. ESTE DA LA PAZ
A LOS HUGONOTES.*

T Los Moriscos de Granada perseveraban en su rebeldia, confiados en la aspereza de los lugares que habitaban, y confirmados en sus ideas con los depravados exemplos de los nuestros. A estos les incitaba la ira y el odio, que tenian á aquella nacion, y á esta el amor y adhesion á su secta, y el deseo de hacer robos y defenderlos, les movia á pelear á cada paso unos y otros. La emulacion y discordias suscitadas entre nuestros Generales, prolongaban la guerra con increíble ignominia y daño; y para dirimir el Rey las contiendas que tenian los Marqueses de los Velez y Mondejar, llamó á éste á la Corte á fin de que le informase individualmente del estado de la guerra. Despues que aquel intentó con poca fortuna apoderarse de Galera, pueblo muy fortificado, obtuvo fácilmente permiso del Austriaco para volverse, con sus pequeñas tropas, adonde habia venido. Determinó Don Juan de Austria expugnar por su persona este presidio, que estaba situado en los montes cerca de Baza, en el camino de Cartagena, y salió de Granada con un ejército de diez mil hombres á principios del año de mil quinientos setenta. Arruinó las murallas con la artillería, y las minas subterráneas, y se abrió paso al pueblo, y peleáron muchas veces en las continuas salidas que hicieron, con mucha sangre de una parte y otra; pues los Turcos y Mo-

1570.

ros se resistian , no tanto para vencer , quanto para perecer , no teniendo esperanza alguna de conservar la vida . Finalmente se introduxéron los christianos en el pueblo abriéndose camino con la espada , y combatiéron acerrimamente en las calles y plazas , donde á cada paso tenian que superar nuevos obstáculos . Pereciéron dos mil y quatrocientos Mahometanos , y el ciego furor del soldado pasó á cuchillo quinientas mugeres , conservándose la vida á quatro mil con sus hijos pequeños . De los nuestros quedáron muertos ochocientos , entre los quales se contaban quinze Capitanes , y muchos Alfereces y nobles , y fuéron heridos quinientos . El botin , que fué opulento , se repartió á los soldados , y se halló una cantidad de trigo suficiente para alimentar la multitud por espacio de un año , y el pueblo fué arrasado de orden del Austriaco . El Rey Don Felipe pasó desde Madrid al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en accion de gracias por la victoria ; y porque corria peligro Cartagena , si los Turcos enviasen una poderosa armada para socorrer á los Moriscos , envió por Gobernador de aquel puerto á Vespasiano Gonzaga , hombre muy experto en las cosas de la guerra . Desde Guadalupe se puso en camino á Córdoba donde habia convocado Cortes .

Entretanto el Duque de Sesá con un valeroso escuadrón talaba á fuego y sangre las tierras del enemigo . Despues de esto , emprendió la expugnacion del castillo de Hierro , ayudándole Andrade por la parte del mar . A este mismo tiempo llegaban los socorros que venian del Africa en catorce navios largos ; pero habiendo oido el estruendo de nuestra artilleria , torcieron las proas , y se retiráron á Argel . Finalmente se apoderáron del castillo , habiéndose puesto en fuga su guarnicion . El Reyecillo , para vengarse de esta pérdida , y abrirse una puerta para recibir los socorros que le enviasen por mar , intentó á un mismo tiempo escalar á Almuñecar y Salobreña ; pero fué rechazado de una y otra parte por el valor y industria de Lope de Valenzuela y Diego Ramirez , que

defend
Silva
en una
dido
pos de
gostur
una es
llegar
quadre
fué ta
boscad
lugare
varia
sado á
mó á
un bal
dolor
breve
cer á
De
no qu
guerra
que ex
te , y
miento
que de
tregan
blica
campo
mal a
por m
da en
una g
uerte
lo , qu
perder
á subl
que pa
entreg
monta

defendian aquellos pueblos. El Portugues Lorenzo de Silva, Marques de Fabara, cayó desgraciadamente en una emboscada de los Moriscos; y habiendo perdido la infanteria, atravesó por medio de los cuerpos de guardia, con que el enemigo ocupaba las angosturas de los montes, y con solos cien caballos, y una escolta de los habitantes de Guadix, pudo al fin llegar al campo de Don Juan de Austria. Otro esquadron que el Duque de Sesa enviaba á Calahorra, fué tambien derrotado por los Moros desde una emboscada, como tan ligeros y prácticos en aquellos lugares frágosos, y hubo otros muchos combates con varia fortuna. El Austriaco, despues de haber arrasado á Galera, arrebatado de una suerte feliz, tomó á Tijola y Seron, donde Quixada fué herido de un balazo, y falleció de allí á poco tiempo con gran dolor de aquel Príncipe, y tambien se tomó en breve otros pueblos, que habian dado mucho que hacer á las armas christianas.

Derrotados los Moriscos con tantas pérdidas, y no quedándoles ninguna esperanza de sostener la guerra, les pareció mejor darse por vencidos, ántes que exponerse ellos, sus mugeres y hijos á la muerte, y á la esclavitud. Movidos pues de este pensamiento, pidieron composición al Austriaco, y éste que deseaba concluir la guerra, les concedió que entregando las armas, y asegurados con su palabra pública por escrito, se volviesen con seguridad á sus campos, sin temor de que en adelante se les hiciese mal alguno. Habiendo juntado el Duque de Arcos por mandado del Rey un esquadron de gente armada en las montañas de Ronda, publicó el perdón á una gran multitud de Moriscos. Compuestos de esta suerte aquellos movimientos, se hallaba todo tranquilo, quando por la perfidia de Aben-aboo, que temia perder la cabeza por sus maldades, volviéron otra vez á sublevarse, y á renovar la guerra con las armas, que para qualquier trance habian ocultado los que se entregaron. El Austriaco entró por una parte en las montañas, y por otra Requesens, con un poderoso

trozo de gente. Divididos los soldados en muchos esquadrones, y corriendo por todas partes, saqueaban, mataban, y cautivaban á los Moros armados y desarmados, sin dexar guarida alguna que no escudriñasen, y no perdonando ni aun á los que se rendían. Los despojos fuéron vendidos, y su importe se repartió por los tesoreros entre la tropa. Las importunas vexaciones de los soldados, que mandaba Antonio de Luna, exâsperâron á los Moriscos que el Duque de Arcos habia recibido benignamente, y con ánimo pacífico, y conmovidos tambien por las exhortaciones de Melqui, hombre de grande autoridad entre ellos, volviéron otra vez á las armas. Marchó contra ellos inmediatamente el de Arcos, y en el mismo lugar donde en otro tiempo fuéron derrotados por los Moros el Conde de Ureña su abuelo, y Don Alfonso de Aguilar, asistido él de mas favorable fortuna, los arrojó de sus puestos fortificados, y mató á Melqui, autor de la sublevacion, recogiendo un considerable botin. Los Moros, que por culpa agena habian sido precipitados en este exceso, pidieron de nuevo la paz y el perdon, y porque Aben-aboo no queria sujetarse á la necesidad, fué abandonado de todos los suyos, y pereció á manos de Algeniz con quien tenia antigua enemistad. Su cuerpo fué llevado á Granada, y quemado en la plaza, y su cabeza se colgó en un parage público. Algeniz en premio de su hazafia obtuvo una pensión anual de cien mil maravedís. Concluida la guerra, y habiendo nombrado por Gobernador del Reyno de Granada á Don Pedro Deza, Presidente de la Chancillería, se restituyó el Austriaco á Madrid. El Rey Don Felipe, despues de haber celebrado Cortes en Córdoba, donde se detuvo poco tiempo, se volvió á Castilla por Jaen, Ubeda y Baeza, acompañado de Ernesto y Rodulfo, hijos del César. A los Moriscos se les concedió el perdon de todo lo pasado, y á los Turcos y Africanos, que con ellos habian pasado á la Andalucía, se les permitió restituirse á Argel. Pero á fin de quitar á los Moriscos el deseo de rebelarse, fuéron trans-

portad
á sus
cobró
Co
que co
dado s
Este e
ya se
herman
Rey I
de Ma
Doña
Austria
barcó
Duque
manos
Españ
con to
Zúñiga
Sevilla
Bexar.
to del
via el
lencia
regoci
Ca
Corte
nupcia
Comp
de su
dado
Hugon
y para
temor
rándo
trábas
algun
que d
unos
la per

portados á lo interior de Castilla, y se trasladaron á sus tierras Asturianos y Gallegos, con lo qual recobró España á fines de este año su antigua paz.

Convenia mucho persuadir al Rey Don Felipe que contraxese nuevas nupcias, por no haberle quedado sucesion masculina de la difunta Doña Isabel. Este era el deseo de todos por el bien público, y ya se trataba de ello quando llegó á España Carlos, hermano del César; y al fin conviniéron en que el Rey Don Felipe casase con Doña Ana, hija mayor de Maximiliano, y el Rey de Francia Carlos con Doña Isabel su hermana. Ambas pues salieron del Austria, y la una vino á Francia, y la otra se embarcó en Flandes en una armada dispuesta por el Duque de Alba, con Alberto y Wenceslao sus hermanos, y á los nueve dias de navegacion arribó á España. Fué recibida magníficamente, y festejada con todo género de obsequios por Don Gaspar de Zúñiga, hijo del Conde de Miranda, Arzobispo de Sevilla, y por Don Francisco de Zúñiga, Duque de Bexar. Habiendo dispensado el Papa el impedimento del parentesco, se celebráron las bodas en Segovia el dia doce de Noviembre con aparato y opulencia régia, y hubo fiestas públicas con admirable regocijo y aplauso de todos.

Casi en los mismos dias se hallaba tambien la Corte de Francia con igual alegría por las Reales nupcias celebradas en Meziers, cerca del rio Mosa. Compadecido poco ántes el Rey Carlos de los males de su réyno, afligido con tantas calamidades, habia dado la paz, y tratado con mucha blandura á los Hugonotes, que estaban muy próximos á su ruina; y para asegurarles su palabra, y libertarlos de todo temor, les dexó algunas ciudades fortificadas, admirándose todos de tan extraordinaria benignidad. Mostrábase severo contra los cathólicos quando cometian alguna culpa, y muy blando con los hereges, lo que dió motivo á muchos y varios discursos: pues unos reprehendian su demasiada facilidad, y otros la perfidia de sus consejeros, de los quales algunos

eran hereges, y se creia que favorecian ocultamente á la secta. Algunos de los cortesanos del Rey sospechaban que habia maquinacion oculta, y cada uno juzgaba segun sus luces y afectos, de una mudanza tan absoluta y repentina. El Papa y el Rey de España le exhortaban por medio de sus Embaxadores á que extinguiese las reliquias de la impiedad, ofreciendole á este fin sus auxilios. Pero el Rey Carlos respondió, que los pueblos de Francia estaban afligidos con los remedios asperos, y que no solo se hallaba exhausto el erario, sino cargado de muchas deudas, con otras excusas semejantes. En medio de tan profundo disimulo, se observó alguna vez, que arrebatado de la ira, á que era propenso, elogiaba entre dientes el consejo que le dió el Duque de Alba en la conferencia de Bayona; pero no se confiaba de nadie. Hallábase continuamente á su lado la Reyna Madre, que era la arbitra de todas sus deliberaciones, de cuya voluntad parecia depender enteramente, y la que le enseñaba á disimular en su semblante, y en sus palabras. Con este aparente ocio se fraguaba una cruel venganza, que habia de romper á su tiempo.

El Duque de Alba reparaba con sus edictos en Flandes el gobierno público, que se hallaba en un general trastorno; y comenzaron á restablecerse las Iglesias, imágenes, y demas cosas sagradas, destruyéndose las capillas de los Calvinistas. En Malinas y Cambray celebraron sínodos los nuevos Obispos, para restaurar la antigua piedad, y reducir á su vigor la disciplina eclesiástica. Entre tanto llegó un decreto del Rey (que fué publicado por el Duque de Alba en un tablado erigido en la plaza de Amberes) en el qual concedia indulto, y perdon general á todos, exceptuando á los que habian sido incitadores y cabezas de los tumultos, á los que habian profanado los templos y altares; y á los que al principio de la sedicion hubiesen firmado el libelo que se entregó á la Parmesana, y á otros semejantes. Aprovecháronse muchos de la régia benignidad, y se volvieron á sus casas; y habiendo dado muestras de su fidelidad,

fué
may
tierr
despe
Pont
con l
las c
na en
las v

DISP
CONT
A M
PRE
CONT
M

peric
año
vióle
amen
te,
fué,
que
cia;
juria
despe
menz
neces
deber
corri
curó
guerr

fuéron restituidos en sus bienes y honores; pero la mayor parte permaneció obstinadamente en el destierro. Las tropas Españolas auxiliares del Frances, despedidas por éste, se volviéron á Flandes, y las Pontificias á Italia, muy derrotadas y aniquiladas con la falta que padecian de todo lo necesario, y con las calamidades de la guerra, segun lo afirma Mariana en sus apuntamientos como testigo ocular, pues las vió al tiempo que pasaba desde Sicilia á Francia.

CAPITULO XIV.

DISPONE EL TURCO UNA GRANDE ARMADA CONTRA LOS VENECIANOS, Y PIERDEN ESTOS A NICOSIA Y FAMAGUSTA EN LA ISLA DE CHIPRE. ALIANZA DE LOS PRINCIPES CHRISTIANOS CONTRA EL OTOMANO. DERROTA DE LA ARMADA DE ESTE EN LA CELEBRE BATALLA DE LEPANTO.

Deseoso el Gran Turco Selim de unir á su imperio la fertilísima isla de Chipre, declaró en este año una sangrienta guerra contra los Venecianos. Envióles ántes una embaxada pidiéndoles esta isla, y amenazándoles que si no se la restituian prontamente, tomaria venganza con las armas. La respuesta fué, que de ningun modo le entregarían una posesion, que por legítimo derecho era del dominio de Venecia; y que si les movia la guerra, repelerian la injuria con sus armas y con sus riquezas. Habiendo despedido los Venecianos al Embaxador Turco, comenzaron con grande actividad á disponer todo lo necesario para la defensa. No faltó el Pontífice á su deber en esta ocasion, pues además de haberles socorrido con todo el dinero que pudo recoger, procuró hacer una alianza de los Principes para esta guerra. Rogó principalmente al Rey Don Felipe, que

mirase por el bien comun en el peligro tan grande que amenazaba á la christiandad , y le dió facultad para exigir una considerable suma de las rentas eclesiásticas por via de subsidio. Mandó tambien equipar doce galeras , para que no se dixese que solo les ayudaba con palabras. El Rey Don Felipe , como tan zeloso de la defensa del nombre christiano , envió al Oriente la armada de Doria compuesta de quarenta y nueve galeras. Miéntas tanto los Generales Turcos Piali y Mustafá arribáron á Chypre con una grande armada de doscientos y noventa navíos de todos géneros , y conduxéron su exército á la ciudad de Nicosia , situada á treinta millas del mar , la qual se hallaba defendida por Nicolas Dandalo con una corta guarnicion. No fué posible resistir mucho tiempo á la multitud de los enemigos , que se abrieron la entrada á costa de mucho estrago. En el último combate pereció Dandalo peleando valerosamente ; y fué grande el botin que recogieron. A este tiempo se juntó la armada de los aliados en la isla de Candía , adonde se habia adelantado la de los Venecianos mandada por Gerónimo Zani. Contábanse en ella doscientas y once galeras ; y habiendo tenido un consejo de guerra , acordáron despues de muchos debates , marchar contra el enemigo , que creian se hallaba ocupado en la conquista de Nicosia. En el viage recibieron la noticia de estar ya tomada por los Turcos , lo que causó en los ánimos de todos una extraordinaria consternacion. En aquella noche dispersó una tempestad las galeras , pero habiéndose aplacado el mar , se reunieron todas en breve tiempo. Los Generales estaban discordes en sus dictámenes. Decian algunos que el provocar en batalla á un enemigo tan poderoso con la toma de Nicosia , y que tenia tan superior armada , y tan excesivo número de tropas , parecía una gran temeridad , que podria tener el mas desgraciado éxito : que la fortaleza de Famagusta , que era otra de las principales defensas de la isla , podria sostenerse por mas tiempo con una poderosa guarnicion , proveyéndola cuidadosamente

de todo lo necesario; y que de ningun modo se debía exponer la armada á un mar tempestuoso, y en una estacion tan importuna, con vano esfuerzo y peligro gravissimo. Este dictámen fué seguido de todos. La armada Otomana, dexando algunas pocas galeras, y un escuadron de soldados cerca de Famagusta, para que impidiesen la entrada de víveres, se volvió á Constantinopla á la mitad del Otoño. La Veneciana arribó á Canea muy disminuida de gente, por las enfermedades que la afligiéron. Navegaron á Italia por diversas partes Doria, y Colona que mandaba las galeras Pontificias, y combatido este último por una tormenta, se halló á pique de perecer, habiéndole incendiado un rayo la galera Capitana. Pasó despues á otra, que fué estrellada contra la costa por la fuerza de los vientos, y se refugió en Ragusa; donde pudo ocultarse, y se burló de la diligencia de los Turcos que le reclamaban, en lo qual se distinguió mucho la fidelidad de los habitantes. Finalmente llegó á Italia despues de haber padecido nuevas calamidades, y Doria entró en Mecina con su armada íntegra y salva. De las quatro galeras que habia enviado el Gran Maestre de Malta, para que se juntasen á la armada, baxo las órdenes de Pedro Justiniani, dos fuéron tomadas por Uluc-ali en un combate, y las otras se salváron por la fuga. Tal fué el éxito que tuvo aquella expedicion, emprendida al parecer contra la voluntad del cielo.

Los Venecianos que habian quedado en Candia consultaban entre sí sobre el modo de socorrer la ciudad sitiada, y habiéndose resuelto á ello, entregáron á Marco Antonio Quirini doce galeras y quatro navios de carga con tropas, víveres, y todo género de municiones de guerra. Este pues se hizo á la vela á mediados de Enero de mil quinientos se-

1571.

cosas que llevaba, y animado á la guarnicion con la esperanza de nuevos socorros, regresó á Candia con su armada en buen estado. Entretanto se dedicaba el Pontífice con el mayor conato en establecer la alianza para la guerra contra el Otomano, y pudo tanto con sus fervorosas y piadosas oraciones, y con los buenos officios que practicó, que vencidas todas las grandes dificultades de este negocio, nacidas de las recíprocas pretensiones sobre el mando, y sobre lo que habia de contribuir cada uno, lo llevó felizmente al deseado efecto. Fué firmada la alianza por el Cardenal Pacheco, y Don Juan de Zúñiga, Embaxador á nombre del Rey Don Felipe, porque el Cardenal de Granvela, que era el Ministro Plenipotenciario de España, habia marchado de Roma, para suceder en el Virreynato de Nápoles á Don Perafan, que falleció en el mes de Abril. Por los Venecianos la firmáron Miguel Suriani y Juan Soranci; y finalmente la subscribió el Pontífice y algunos Cardenales. Esta alianza contenia muchos capítulos, y el principal era que la guerra se hiciese á expensas de los tres, disponiendo que el Rey Don Felipe contribuyera con la mitad, los Venecianos con la tercera parte, y el Pontífice con la sexta. Dióse orden para que se juntasen todos en Mecina, y fué nombrado Generalísimo para esta empresa Don Juan de Austria, el qual habiéndose hecho á la vela en Barcelona con quarenta y siete galeras, navegó á Génova acompañado de Requesens, Comendador mayor de Castilla, y de la principal nobleza. Llevaba consigo á Rodolfo y Ernesto hijos de su hermana, y desde Génova los envió á Alemania, adonde los llamaba el César su padre. Mandó á Don Miguel de Moncada, de cuyo valor se habia servido en la guerra de Granada, que pasase prontamente á Venecia para dar noticia al Senado de su llegada á Italia.

Recogida pues la armada Italiana, pasó de Génova á Nápoles, y inmediatamente á Mecina donde le esperaban con ansia. Habiendo fallecido tiempo ántes el Marques de Pescara Virrey de Sicilia, fué nom-

brado por su sucesor interino el Duque de Terranova, el qual, y los Almirantes de las armadas recibieron á Don Juan de Austria con admirable alegría y regocijo. Mandaba la Veneciana Sebastian Venieri, porque acusado Zani de su mala conducta en la desgraciada expedicion del año anterior, habia sido puesto en prision, en la que murió. Viendo el Austriaco el corto número de soldados, y la escasez que padecia de muchas cosas el Almirante Veneciano, procuró suplirle con los que á él le sobraban, y proveyéndole además de víveres y municiones de guerra. Contábanse en la armada Veneciana ciento y ocho galeras; seis galeazas, que son unos navíos mucho mas grandes, y que siempre navegan al remo, armados de dos órdenes de cañones; dos naves de carga, y algunas fragatas. La armada Española se componia de ochenta y una galeras, y veinte y dos naves de carga armadas en guerra, en las que iban embarcadas las tropas Alemanas. Del Pontífice fuéron solamente doce galeras mandadas por Marco Antonio Colona, á las que se juntáron tres de Malta, y otras tantas del Saboyano, y las seguian otros muchos buques ligeros. El número de soldados pasaba de veinte mil, y dos mil voluntarios Españoles y Italianos de la principal nobleza, entre los quales se distinguian los hijos de los Duques de Parma y Urbino, jóvenes de excelsa índole.

A mediados de Septiembre se hizo á la vela toda la armada del puerto de Mecina. Miéntas tanto Famagusta, que se cree ser la antigua Salamina, combatida vigorosamente por largo tiempo, y no pudiendo ya sostenerse despues de once meses de sitio, fué entregada á Mustafá por Marco Antonio Brodagini baxo de ciertas condiciones, obligándole á ello la falta de las cosas mas indispensables. Pero el bárbaro con una perfidia mas que púnica, despues de haberle cortado las orejas y las narices, le mandó desollar por mano de un Judío, miéntas que el infeliz llamaba á Dios como testigo y vengador de tan horrible engaño y maldad: y habiendo extendido la

piel sobre una estera, la hizo colgar en la antena de una galera, para que sirviese de público espectáculo. Astor, Balleoni, y los demas que se habian entregado, unos fuéron pasados á cuchillo y otros llevados cautivos. Entre tanto la armada Turca, mandada por el Almirante Ali, invadió las costas del dominio Veneciano, donde hizo y recibió muchos daños. La confederada, cuyos Generales estaban ya resueltos á dar la batalla, vino á las Islas Echinas, situadas cerca de la desembocadora del rio Achelois. La armada Otomana salió del Golfo de Lepanto donde habia entrado, y se componia de doscientas y sesenta galeras, seguidas de otros muchos buques de diversas formas. Estaban discordes entre sí los Capitanes Turcos; pero habiéndose publicado una cédula del Sultan, venció el dictámen de que se diese la batalla. Ordenáronse pues para la pelea con admirable ardor en aquel fatal golfo, tan célebre por otros combates navales, animando á unos y otros la esperanza de la victoria. Ocupaba Doria el ala derecha, Agustin Barbarigo la izquierda, y Don Juan de Austria el centro. En el frente se colocáron las seis galeazas al mando de Francisco Duodo, Capitan experimentado, para que con la multitud de la artillería que llevaban, destrozasen y desordenasen la armada enemiga. Don Alvaro de Bazan, á quien el Rey Don Felipe habia condecorado con el titulo de Marques de Santa Cruz, iba con treinta galeras auxiliares, para acudir adonde lo exigiese el peligro.

Luego que Don Juan de Austria dió vista á la armada enemiga, mandó enarbolar en lo mas alto de su galera la bandera de la santa cruz; y con un cañonazo hizo la señal de que se previniesen todos á la batalla. Inmediatamente entró en una galera mas pequeña, y recorriendo toda la armada, exhortó á todos á pelear valerosamente, diciéndoles, que en aquel dia se trataba de la suerte de la religion, y de la patria, y de los padres y parientes: que en su diestra llevaban la victoria; y que el no conseguirla seria ignominioso á unos hombres tan fuertes; por lo qual era

preciso vencer valerosamente, ó perder la vida con honra. Habló en particular á cada una de las naciones, las recordó sus mas heroicas hazafias, y las animó á la pelea. Otro tanto hicieron los Generales de las armadas; y al mismo tiempo se publicó por los Sacerdotes la indulgencia plenaria concedida por el Pontífice á todos los que muriesen en tan piadosa empresa. La armada Otomana navegaba en forma de media luna con viento en popa; pero la incomodaban mucho los rayos del sol que les daba de frente. Mandaba el ala derecha Mahomet Siroc, la izquierda Uluc-ali, y el cuerpo del centro Ali. Amurates fué destinado para que sirviese de auxilio con algunas galeras y treinta fragatas, que tenian muy pocas fuerzas. Al tiempo mismo de dar el combate, advirtió Don Miguel de Moncada al Austriaco, que en aquel día se celebraba con mucha devocion la fiesta de nuestra Señora de los Remedios en la Iglesia de los Trinitarios de Valencia. Como aquel Principe era tan devoto de la Madre de Dios, se encomendó á ella con fervorosa piedad, y habiendo hecho el enemigo la señal de la batalla, le correspondió con un cañonazo; y dispuestas ya todas las cosas, se encaminaron á la pelea. Luego que estuvieron á tiro de cañon, las seis galeazas Venecianas descargaron su artillería sobre la armada enemiga, y la desordenaron, haciendo en ella grande estrago, echando á fondo algunas galeras, y destrozando otras.

Para evitar los Turcos tan terrible ímpetu, y la lluvia de balas que caia sobre ellos, dividieron su armada en muchas esquadras; y juntándose otra vez, acometieron con una feroz gritería, y los nuestros los recibieron con mucho ruido de trompetas. Las naves capitanas trabaron una pelea atroz y sangrienta, y á su exemplo las galeras se embistieron unas contra otras, con grande estruendo de la artillería. El humo de la pólvora formó una niebla tan espesa, que obscureció enteramente el sol, y el día parecia noche. Acaeció entónces una cosa admirable, y fué, que de repente calmó el viento que soplabá á los Turcos por

la popa , y levantándose el de poniente , que era favorable á los nuestros , arrojó el humo ácia el enemigo. En el espacio de hora y media fuéron rechazados por tres veces los Jenizaros por los Españoles de la capitana , haciendo en ellos mucha mortandad ; pero entrando por la popa otros de refresco en lugar de los heridos , rechazáron á los Españoles otras tres veces. Cayó el Almirante Ali herido en la frente de un balazo , y los Españoles renováron el combate con mucha gritería ; derribáron y destrozáron todo quanto les servia de estorbo para la victoria , y se apoderáron de la capitana enemiga. Un Historiador dice, que al tiempo que un Español se aceleraba á llevar al Austriaco la cabeza de Ali , fué arrojada al mar ; pero otros muchos afirman , que se clavó en la punta de una lanza , para que sirviese de espectáculo á todos , y este unánime testimonio me parece digno de mayor crédito. Fuéron hechos cautivos los dos hijos de Ali, el uno de diez y siete años , y el otro de trece. Levantóse en toda la armada un gran clamor de los que con ánimo alegre proclamaban la victoria , aunque todavía se peleaba atrocemente en muchos parages. Todo quanto se ofrecia á la vista era triste y lastimoso ; pues por todas partes solo se oían los gritos de los que peleaban , y los gemidos de los que caían ; no se veía otra cosa que muertos , heridos , y sangre , galeras apresadas en gran número , y otras despedazadas y echadas á fondo con sus defensores y remeros. Peleaban los Venecianos intrépidamente en el ala derecha ; pero habiendo sido herido Barbarigo en un ojo con una saeta , se abatiéron de tal suerte los animos de los soldados , que estuvo muy á pique de ser tomada su galera. El Marques de Santa Cruz, conociendo el peligro en que se hallaban sus socios , acudió prontamente al socorro ; y reprimió el furor de los enemigos , que ya habian derrotado ocho galeras. Reanimáronse los Venecianos con su exemplo , y peleáron con nuevo esfuerzo ; y habiéndose mudado la fortuna , se apoderáron de muchas galeras enemigas ; otras huyéron ácia tierra , de las cuales enca-

lláron veinte en la playa, y abandonándolas sus tropas, las incendiáron los vencedores. Doria que en el ala izquierda hacia frente á Uluc-ali para pelear, habia extendido su esquadra (separada de la armada) para evitar que le rodease el enemigo. Este, para librarse de la artillería de las galeazas, que tenia mucho alcance, se retiró del lugar de la pelea, y acometiendo repentinamente á nuestras galeras dispersas, apresó doce de ellas, con mucho estrago de su gente. La capitana de Malta fué muy maltratada: perecieron casi todos sus soldados y cincuenta Caballeros, y su Capitan Justiniani recibió muchas heridas, y perdió la bandera. Pero viendo Uluc que venia contra él la esquadra de Doria, echó á huir en alta mar para evitar la pelea, y abandonó la presa. Salióle al encuentro Don Juan de Cardona con ocho galeras Sicilianas, de las que era Almirante, para que no quedase impune su audacia. La pelea fué desigual con un enemigo que se hallaba con muy superiores fuerzas, y Cardona hubiera pagado su temeridad; pero el Bárbaro viendo que se dirigia ácia él la esquadra vencedora del Austriaco, se puso en fuga á vela y remo, dexando libre á Cardona. Los vencedores procuráron seguirle el alcance, mas no pudiendo conseguirlo, se tornáron á recoger los despojos.

CAPITULO XV.

*REPARTIMIENTO DE LA PRESA GANADA EN LE-
PANTO. VARONES ILUSTRES QUE MURIERON EN
ESTA MEMORABLE BATALLA. TOMAN LOS ES-
PAÑOLES LA FORTALEZA DE FINAL.*

A esta feliz batalla se siguió el saqueo de las naves enemigas, en las cuales encontráron gran cantidad de oro y plata en moneda, y muchos vestidos y otras cosas de valor. Fuéron hechos cautivos siete mil novecientos y veinte de los enemigos, sin con-

tar los que ocultó el soldado; y las naves apresadas ciento setenta y siete, algunas de las cuales quedaron enteramente inútiles; las despedazadas y quemadas pasaron de setenta; y mas de trece mil cautivos christianos que estaban al remo fueron puestos en libertad. La armada vencedora perdió diez y siete galeras, y siete mil setecientos cincuenta y seis hombres; y es constante opinion que el número de los enemigos muertos en el combate, abrasados y sumergidos, llegó á treinta y cinco mil. Sucedió esta batalla un Domingo á siete de Octubre, la que se sostuvo con suma fuerza desde la hora de sexta hasta la de nona, á cuyo tiempo comenzaron á decaer los Turcos; y desde aquella hora mas fué una carnicería que un combate. Refiérese que las aguas del mar se tificaron de sangre, y que todo él se hallaba cubierto de antenas, mástiles, cadáveres y todo género de instrumentos navales. Congratulábanse mutuamente los vencedores, y se elogiaban unos á otros sus hazañas, valor y audacia; y el Austriaco dió á todos muchas gracias con las mayores muestras de alegría, y especialmente á Duodo que mandaba las galeazas, por su admirable pericia, habiéndole dado cartas para que sirviesen de testimonio de su valor y destreza; pues como dice un Autor Italiano de aquel tiempo, sin estas galeazas, ó no hubieran vencido los nuestros, ó hubieran vencido con mucho trabajo. Por el contrario las de los Turcos, que eran mucho mas altas, hicieron poco daño en las nuestras, porque la mayor parte de sus balas pasaban sobre ellas quasi sin tocarlas. Los galeotes christianos, libres de sus cadenas, pelearon como hombres valerosos, para conseguir la libertad que se les habia ofrecido en premio. Pero los Christianos que remaban en la armada enemiga, luego que los nuestros proclamaron la victoria, rompiéron sus cadenas, y tomando las armas, de que habia mucha copia en las galeras, se apresuraron á ponerse en libertad.

Perecieron en esta batalla hombres esclarecidos por sus hazañas y nacimiento: Barbarigo atravesado

de una saeta : Don Bernardino de Cárdenas de una bala , y otros. A Don Alvaro de Bazan le libertó la vida su escudo , y Venier fué herido de una saeta en una pierna. De los Turcos muriéron muchos antiguos Capitanes , Gobernadores de Provincias , y gran número de Pyratas muy célebres. Viendo Amurates el mal estado de la batalla , se puso en salvo por la fuga ; y Partan otro de los Grandes , habiendo perdido la galera , se escapó en una fragata ligera. Reservóse para sí el Austriaco quarenta y siete cautivos de los mas principales , y los hijos del muerto Ali , los que despues envió con Colona al Pontifice , y el mayor de ellos murió de tristeza. Para evitar las contradicciones que se encuentran en los Historiadores de este suceso , hemos seguido en las mas de las cosas á Gerónimo de Torres , que se halló en la batalla , y escribió con mucho cuidado y diligencia. Recogidos los despojos , fué conducida la armada en aquella noche al puerto que en otro tiempo se llamó Regia Fuente , situado en la tierra firme enfrente de Corfú ; lo que fué muy oportuno , pues habiéndose levantado una tempestad , turbó extraordinariamente el mar , y arrojó á la costa todos los fragmentos de las naves despedazadas en la batalla. Allí se repartió la presa conforme á lo pactado en la alianza ; y tocáron al Papa veinte y siete galeras , quarenta y seis piezas de artillería de todós calibres , y mil y doscientos cautivos : al Rey Don Felipe ochenta y una galeras , con la capitana que habia sido apresada , doscientos quarenta y ocho cañones , y dos mil y seiscientos cautivos : á los Venecianos cincuenta y quatro galeras , ciento veinte y ocho cañones , y dos mil y quatrocientos cautivos : y á Don Juan de Austria la décima parte de toda la presa , conviene á saber , diez y seis navíos , y setecientos y veinte cautivos ; y por entónces no se le adjudicó ninguna artillería , por haberse suscitado controversia sobre esto , cuya decision quedó al arbitrio del Pontifice. Envió aquel Príncipe con dos galeras á Lope de Figueroa al Rey Don Felipe con cartas en que le anunciaba la victoria ; el Conde

de Priego al Papa, y Don Pedro Zapata al Senado de Venecia. Finalmente envió á Ascanio de la Corne á Leucata para que reconociese las fortalezas de la ciudad, y si podria ser tomada por asalto ó en pocos dias. Volvió Ascanio de su comision, y le informó que la ciudad estaba muy guarnecida, y situada en un lugar pantanoso, y que no podia ser conquistada en poco tiempo: por lo qual, temeroso el Austriaco de las tempestades del Otoño, y de que le faltasen viveres, desistió de aquella empresa, y se dirigió á Corfú donde se hallaban detenidos algunos navios, que por los vientos contrarios no habian podido seguir la armada. Regaló á los soldados con las provisiones que tenian estos buques, y habiendo despedido á sus socios, navegó á Mecina, y entró en el puerto con una especie de triunfo, llevando las banderas cautivas arrastrando por el agua y las galeras á remolque. Desde el puerto pasó á la ciudad en medio de las festivas aclamaciones, y extraordinario regocijo de sus habitantes. Lo primero que hizo fué dar gracias á Dios por tan insignes beneficios, y lo mismo se practicó con gran solemnidad en todo el orbe christiano. Para cumplir el voto que habia hecho, mandó Don Juan de Austria á Moncada que diese orden para entregar cien escudos á la Iglesia de nuestra Señora de los Remedios de Valencia, y otra igual ofrenda hizo á la Virgen en Mecina. Pero deseoso Moncada de extender el culto de la Madre de Dios, y de enriquecer con tesoros espirituales aquel Templo, que para sepulcro de los Moncadas habia edificado su tio Don Guillelmo Obispo de Tarazona, marchó á Roma y obtuvo una Bula del Santísimo Pontífice Pio V, por la que concedió muchas Indulgencias á los que confesados y comulgados dignamente hiciesen oracion en aquella Iglesia en el dia en que se ganó esta victoria; cuya Bula traduximos ántes de ahora en lengua Española, y la hicimos colocar sobre la pila del agua bendita, para que todos puedan leerla. Finalmente llegó Moncada á Valencia y entregó los cien escudos á Fr. Juan Ruesta, Ministro del

Conve
bien l
colgad
ria' ga
al tien
oro co
él un f
mayor
de Oc
ta vict
blo; y
suceso

Go
gre nu
atribu
en tod
litana
moria
los Tu
de An
con ri
un hij
nando
deseab
costas
tes co
daba
de la
que d
brino
una li
Juan
á defe
se á
acostu
y hec
pitan
ciento
Albur
de la

Convento, como consta de su recibo auténtico. También llevó la bandera de la alianza, para que fuese colgada en la media naranja en memoria de la victoria ganada, y el vestido de escarlata que llevaba Ali al tiempo de dar la batalla, bordado de cipreses de oro con admirable artificio, para que haciendo de él un frontal, se dedicase al culto divino en el altar mayor: lo qual se manifiesta al público el dia siete de Octubre, en que se celebra el aniversario de esta victoria con extraordinaria concurrencia del pueblo; y el Predicador refiere en su sermon todos los sucesos de la batalla.

Gozoso en extremo el Rey Don Felipe con la alegre nueva, dió humildes gracias al Señor, á quien atribuía tan grande beneficio, y mandó que se diesen en todas las Iglesias de España, y que en la Metropolitana de Toledo se celebrase perpetuamente la memoria del dia en que fué derrotada la armada de los Turcos. Al mismo tiempo llegaron á las costas de Andalucía las Flotas de Nueva España y del Perú con ricos tesoros; y para colmo de alegría le nació un hijo, que en el bautismo fué llamado Don Fernando. Habia alguna sospecha de que los Franceses deseaban apoderarse de Final, ciudad situada en las costas de Génova, habiéndose sublevado sus habitantes contra el Marques Carreto. Esta novedad incomodaba mucho á los Españoles, que se hallaban dueños de la Lombardia; y para oponerse á ella, envió el Duque de Alburquerque á Don Beltran de Castro su sobrino, hijo de su hermana, con tropas, y despues de una ligera expugnacion fué entregada la fortaleza por Juan Carreto, pariente del Marques, que habia ido á defender su causa á presencia del César. Concedióse á Juan la facultad de sacar sus bienes, como se acostumbra con los que se entregan voluntariamente; y hecho esto se confió la fortaleza al mando del Capitan Antonio Olivera, con una guarnicion de doscientos Españoles. Poco despues falleció el Duque de Alburquerque, y le sucedió Requesens en el Gobierno de la Lombardia.

CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA:
LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

*NUEVAS REBELIONES DE LOS HEREGES EN
FLANDES, Y PIRATERIAS DE LOS GUEUSIOS.
MUERTE DE SAN PIO V., Y ELECCION DE
GREGORIO XIII. EXPEDICION DE LOS VENE-
CIANOS Y DE DON JUAN DE AUSTRIA CON-
TRA EL TURCO.*

El principal cuidado que tenían en Flandes los rebeldes era el impedir que los arrojasen fácilmente de su patria, como habia sucedido en los años antecedentes, establecerse en un lugar fortificado, y asegurar su partido. Tomó á su cargo esta empresa Hermano Ruiter, hombre astuto y audaz, natural de Bolduc, que habiendo juntado un esquadron de hombres perdidos, tomó por ardid la fortaleza de Lovestein, situada en la isla de Bomel que forma el confluente de los rios Mosa y Vahal, y pasó á cuchillo su guarnicion; cuyo hecho encendió la llama de la guerra, y incitó los ánimos de otros, que en los años siguientes la fometáron con mas ardor. Gozosos los desterrados con este suceso, juzgaban que aquel puesto era oportuno para el asiento de la guerra; pero los Españoles que se hallaban de guarnicion en Bolduc inutilizarón sus designios, pues inmediatamente en-

vió Don Rodrigo de Toledo á Lorenzo Perea con
 doscientos soldados expeditos , el qual acometiendo á
 la fortaleza, la recobró ántes que les llegasen los so-
 orros que esperaban. Quedó muerto Ruyter con al-
 gunos de sus compañeros; y su cabeza fué llevada á
 Bolduc y clavada en un palo en medio de la plaza.
 Los pocos que fuéron presos pereciéron ahorcados, y
 rotas las piernas en diversos lugares. Entre tanto
 arrojados de Flandes los Gueusios, y confiscados sus
 bienes, se dedicó la mayor parte de ellos á la pira-
 teria para sustentar la vida, habiéndoselo permitido
 el Príncipe de Orange baxo la condicion de que le
 darian la quinta parte de las presas. A estos Gueusios
 llamados vulgarmente Aquáticos, comenzáron á per-
 seguir los Reyes de Dinamarca y Suecia como á pú-
 blicos ladrones y enemigos del género humano, y
 la Reyna de Inglaterra, á petición del Duque de
 Alva, les prohibió la entrada en los puertos de la
 isia. Creciendo pues la audacia de estos hombres con
 la multitud que se les juntaba, causáron graves é
 irremediabes daños, tal vez por la errada conducta
 del Duque de Alva, que no procuró como debía,
 quitarlos del mar con una poderosa armada quando
 se hallaba tan superior á ellos en fuerzas terrestres,
 que de ningun modo se atrevian á hacerle frente. Pe-
 ro apenas los habia quebrantado, y no derrotado,
 hizo colocar por este tiempo en la fortaleza de Am-
 beres su estatua, fabricada del dinero confiscado,
 con varios símbolos y inscripciones griegas y latinas
 de sus hazañas: cosa á la verdad intempestiva, y
 que fué censurada por los Historiadores Flamencos y
 extrangeros, segun el afecto que dominaba á cada
 uno. No obstante permaneció allí poco tiempo la es-
 tatua, habiendo sido quitada de orden del Rey Don
 Felipe por Requesens, que sucedió en el Gobierno al
 Duque de Alva, cuya arrogancia fué tácitamente re-
 prendida.

En España, despues que fuéron sujetados los Mo-
 riscos, se hallaban tranquilas todas las cosas. El Car-
 denal Zúñiga, que caminaba á Sevilla luego que se

concluyéron las bodas del Rey , murió de repente en Jaen , y su cuerpo fué conducido á aquella capital. Sucedióle en el Arzobispado Don Christobal de Sandoval , trasladado que fué de la Iglesia de Córdoba ; y Don Francisco Blanco fué electo Arzobispo de Santiago , en lugar de Don Christobal Vertodano , muerto poco ántes. Tambien falleció en este año el Cardenal Espinosa , y se confirió la Presidencia del Consejo Supremo de Castilla á Don Diego de Covarruías Obispo de Segovia , el mayor Jurisconsulto de aquellos tiempos , como le llama un Italiano que le antepone á Budeo , y Cujacio. Murió al mismo tiempo Mufatones Obispo de Segorve , despues de haber concluido un puente de piedra cerca de Xerica , sobre el rio llamado Uduba por Plinio , que desde allí atraviesa los campos de Segorve y Morviedro , y desemboca en el mar ; obra de gran comodidad para los caminantes. Tuvo por sucesor á Don Francisco de Salazar. En este año erigió el Rey una nueva Audiencia en la isla de Mallorca , para administrar justicia á todas las inmediatas , y fuéron nombrados seis Oidores de mucha providad , Isleños , y Catalanes.

Entre tanto el Pontífice hacia todos sus esfuerzos por medio del Cardenal Alexandrino , y del P. Francisco de Borja , Prepósito General de la Compañía de Jesus , á fin de que los Príncipes cathólicos hiciesen alianza para la guerra sagrada. El Portugues deseaba con ardor destruir la impia y cruel secta Mahometana , y intentó atraher al Frances á esta guerra , ofreciéndole que casaria con Margarita su hermana , y que el dote seria la alianza que él hiciese contra el Turco. Pero el Rey Cárlos le respondió , que no convenia á la Francia implicarse en guerras extrañas , quando en lo interior del Reyno habia tantos súbditos rebeldes ; y que no podia ya disponer cosa alguna de su hermana , por haberla prometido al Príncipe de Bearne , á quien habia recibido en su gracia. Sigismundo Rey de Polonia pedía muchas cosas absurdas , atendiendo solo á sus

particu
na jura
pedia
embaxa
tase co
pero to
uno á s
sion de
diverso
dispon
seria fa
de chri
pedido
liberta
esto to
á aque
dispues
raba la
to Pont
quien
edad ,
tiano ,
ciencia
biendo
cramen
hasta q
Iglesia
de se c
costó á
Clemen
de los
Par
Colegio
ber ent
crearon
ral de
dos rec
tés. En
XIII. d
corrió l

particulares intereses. El Cesar alegaba que la alianza jurada que habia contrahido con el Turco, le impedía hacerle guerra. Los Venecianos enviaron una embaxada al Rey de Persia, exhortándole á que juntase con ellos sus armas contra el comun enemigo; pero todo fué en vano. De este modo mirando cada uno á sus conveniencias domésticas, se escapó la ocasion de oprimir al tirano. Los confederados tenian diversos pareceres y proyectos, y cada qual queria disponer las cosas á su arbitrio. Creian algunos que seria fácil apoderarse de la Morea, que estaba llena de christianos, los quales poco tiempo ántes habian pedido secretamente á Don Juan de Austria que los libertase del yugo de los Turcos, ofreciéndole para esto todas sus fuerzas; cuya propuesta no desagradó á aquel jóven deseoso de reynar. Estando ya todo dispuesto para la navegacion, y mientras que esperaba la órden del Rey Don Felipe, falleció el Santo Pontífice Pio V. el dia primero de Mayo de mil quinientos setenta y dos á los sesenta y ocho de su edad, con grave sentimiento de todo el orbe christiano, despues de haber tolerado con admirable paciencia los cruelísimos dolores de la piedra, y habiendo recibido con exemplar devocion los Santos Sacramentos. Su cuerpo fué depositado en el Vaticano hasta que el Papa Sixto V. le mandó trasladar á la Iglesia de Santa María la mayor, en la capilla donde se conserva el pesebre donde la Virgen María recostó á Jesus recién nacido; y finalmente el Papa Clemente XI. le colocó solemnemente en el número de los Santos.

1572.

Para reparar tan grave pérdida, se congregó el Colegio de los Cardenales, y al dia siguiente de haber entrado en cónclave, que fué el trece de Mayo, crearon Sumo Pontífice á Hugo Boncompagno natural de Bolonia, y con extraordinaria alegría de todos recibió la sagrada thiara en el dia de Pentecostés. En su coronacion se llamó Gregorio, y fué el XIII. de este nombre. Al principio de su Pontificado corrió la voz de una próxima guerra entre los Prin-

cipés christianos , y procuró con el mayor cuidado que no se impidiese llevar á efecto la alianza contrahida. Habíase extendido por todas partes este rumor ; y el Duque de Alba y Requesens temian la invasion de Flandes y de la Lombardia ; porque á la verdad habia indicios nada oscuros de que el Frances se disponia para introducir la guerra en una y otra parte. Por tanto dió el uno aviso del peligro á Don Juan de Austria , y el otro suplicó al Frances que no enviase socorros á los Gueusios. Tambien le escribió cartas el Rey Don Felipe para retraherle de la guerra , recordándole el parentesco de afinidad que entre los dos mediaba , y los beneficios que le habia hecho. Pero todo parecia en vano , porque el viejo Monluc aconsejaba y persuadia al Rey Cárlos , que convenia volver sus armas contra España : que de otro modo nunca estaria quieta la Francia : que abrazarian su partido muchos Príncipes , á quienes importaba mucho quebrantar la potencia Española , para impedir que una sola nacion se hiciese árbitra de todas. Estas y otras cosas semejantes decia Monluc , y ciertamente Isselmo , apoyado en la autoridad de otros escritores , asegura de Cosme que habia firmado en secreto la alianza con el Frances ; y que se habia tratado con el Principe de Orange de dividir la Flandes baxo de ciertas condiciones. No obstante , otros quieren persuadir que esto fué una guerra simulada , y una astucia para hacer caer en el lazo á los Hugonotes. Pero es obra muy dificil escudriñar los secretos de los Príncipes , por lo qual muchas cosas jamas llegan á saberse con certeza. Finalmente , noticioso de todo el Rey Don Felipe por las cartas de Don Francisco de Alaba su Embaxador en la corte del Rey Cárlos , y de que en Flandes agitaban la guerra con mayores fuerzas los Gueusios y los Hugonotes , mandó á Don Juan de Austria que sostuviese la guerra contra el Turco , y que previniese la armada y el ejército , á fin de acudir prontamente al socorro de la Lombardia , en caso que fuese invadida. Conmovido gravemente el Pontífice

con esta nueva , amenazó que revocaria la concesion de las rentas eclesiásticas , destinadas solo para los gastos de la guerra Otomana , si con este pretexto se impidiese la proyectada expedicion. Tambien se quejaban los Venecianos de que con la fingida guerra Francesa se inutilizaba la alianza , y que con esta demora se perdian los gastos , con poco ó ningun fruto. Don Juan de Austria hizo por su parte los buenos oficios que pudo en favor de la causa comun , incitado por su propia esperanza , pues amonestó con disimulo á su hermano del peligro que amenazaba á la Italia , si no salia al encuentro del Turco con una armada.

El Rey Don Felipe , aunque no ignoraba que los designios del Senado Veneciano en aparentar una guerra formidable , ó en derrotar otra vez la armada enemiga , eran el conseguir del Turco la paz con equitativas condiciones , pues tenia noticia de que al mismo tiempo se trataba de ella en Constantinopla por el Embaxador de Francia ; no obstante para cumplir con la palabra , y atender á su fama aunque fuese con su propio peligro , ofreció á Antonio Tiepolo Embaxador de Venecia sesenta y cinco galeras , con algunas naves de carga , para que se juntasen á la armada confederada. Entre tanto á instancia del Pontifice habia enviado Don Juan de Austria al Marques de Santa Cruz á la isla de Corfú con quatro navíos , en que conducia los víveres y municiones. Despues entregó á Colona veinte y cinco galeras al mando de Andrade , para juntarlas tambien á la armada , dándole palabra de que en breve se haria á la vela con las demas. Uluc-ali , que en el año anterior fué creado Almirante del mar , dispuso con increíble celeridad una armada compuesta de doscientos y ocho navíos de todos géneros , con la qual desembocó el estrecho de los Dardanelos á tiempo oportuno para defender la Morea , que iba á ser invadida por los enemigos. Colona , y Jacobo Foscarini que mandaba aquel año la armada Veneciana , salieron de Corfú sin esperar la llegada de Don Juan

de Austria, y habiendo descubierto á la armada enemiga en el promontorio de Malea, se ordenáron en batalla para pelear, aunque era muy inferior el número de sus navios. El bárbaro para no perder su fama dispuso toda su armada, y se mostró pronto á combatir; y alegres los nuestros con la esperanza de la victoria, se dirigieron contra él, y comenzáron desde luego la pelea, con grande estruendo de la artillería. Pero el enemigo que tenia muy distintas ideas, para evitar el encuentro, volvió la proa de sus galeras ácia los nuestros, y encubierto con el mucho humo que hacia la artillería, se puso en salvo, y se retiró á Tenaro. Burlados de este modo los nuestros por el bárbaro, y no pudiendo seguirle porque ya era de noche, se recogieron á la isla de Cytrea distante cinco millas del promontorio de Malea, para observar desde allí los movimientos del enemigo.

Despues que Don Juan de Austria recibió las órdenes de su hermano, mandó á Doria que se quedase en Sicilia con parte de la armada y del ejército, á fin de acudir adonde le llamase el peligro, y navegó á Grecia con el resto de los buques muy bien equipados, y provistos. Luego que arribó á Corfú, llamó á Colona, para que no se hallase expuesto al encuentro del enemigo, que navegaba con duplicado número de velas. Al tiempo que la armada confederada volvía á Corfú, fué descubierta por los Turcos desde lo alto de un monte; y dexando inmediatamente la aguada, salió la armada Otomana ordenada en batalla. Los nuestros se encamináron intrépidos á la pelea con viento favorable, pero cesando este de improviso, se colocáron de frente los navios á remolque, formando una especie de muro. Algunos que se adelantáron tuvieron algunas escaramuzas miéntras llegaban los demas que estaban detenidos por la calma; y temiendo el bárbaro su encuentro, procuraba con ardid apoderarse de las naves, que se hallaban separadas de las galeras, extendiendo á este fin las alas de su armada. Soranzo que mandaba el ala derecha trabó desde léjos la pelea con incon-

sider
vios
conc
algu
torio
sin r
que
volv
fuér
poco
tido
Disc
cibic
nave
to y
guia
que
es la
de c
das
verg
arma
Pylo
cer,
á M
lor d
paba
en v
pelea
pose
naví
nesic
impi
much
Aust
con
rand
rian
recia
bres

siderada audacia. Pero habiéndose retirado á los navíos, de los quales era poco seguro el separarse, se concluyó el combate con la pérdida de una galera, y algunas maltratadas. El bárbaro se retiró al promontorio de Malea con trece de las suyas derrotadas y sin remos, habiéndole seguido en vano los nuestros, que pasáron aquella noche en Cytrea. Desde allí se volviéron á Corfú, como les era mandado, donde fuéron recibidos por Don Juan de Austria con rostro poco alegre, porque sin esperarle á él habian acometido al enemigo, que tenia mas numerosa armada. Disculpáronse lo mejor que pudiéron; y habiendo recibido un esquadron de soldados para mayor defensa, navegáron á Cefalonia. Componíase la armada de ciento y setenta navíos, galeras y galeazas, á las que seguian otros buques menores. Tuviéron noticia de que el enemigo se hallaba anclado en Novarino, que es la antigua Pylos, patria de Nestor, y se resolvió de comun acuerdo apoderarse de noche de las entradas del puerto. Pero se desgració la empresa por un vergonzoso error de los pilotos, pues dirigieron la armada á la isla de Proudó distante ocho millas de Pylos. Habiéndola reconocido los enemigos al amanecer, saliéron de allí inmediatamente, y se retiráron á Modon puerto muy fortificado, con increíble dolor de Don Juan de Austria al ver que se le escapaba la victoria, que tenia entre las manos. Intentó en vano con varios ardidés atraer al bárbaro á la pelea. Los Venecianos deseaban tomar á Pylos para poseer en el continente un puerto capaz de muchos navíos, y se encargó este negocio á Alexandro Farnesio, dándole un buen esquadron de gente. Pero lo impidiéron las copiosas y pertinaces lluvias, y con mucho trabajo se retiráron las tropas. Don Juan de Austria propuso en un consejo de guerra acometer con todas las fuerzas al puerto de Modon, asegurando que á costa de algunas pocas galeras conseguirian del enemigo una ilustre victoria, si los favorecia la fortuna que siempre era propicia á los hombres audaces. Este proyecto no llegó á tener efecto,

por considerarlo muy peligroso los demas Capitanes. Detúvose todo un dia delante del puerto provocando á la batalla, para que este que tantas veces habia huido se confesase vencido. Una sola galera peleó en singular combate, y fué apresada por el Marques de Santa Cruz. Finalmente no pudiendo el Austriaco saltar á tierra, por la mucha caballería enemiga que se lo impedia, ni teniendo tampoco ocasion de pelear en el mar, se hizo á la vela para el Occidente el dia diez y siete de Octubre. Una galera del Pontífice pereció encallada en los baxos de la isla de Paxin, distante cinco millas de Corfú, y se salvó del peligro la mayor parte de su tripulacion. Los Venecianos se detuviéron en Corfú: Colona llegó sano y salvo á Roma; y Don Juan de Austria entró felizmente en el puerto de Mecina.

CAPITULO II.

CASAMIENTO DE ENRIQUE PRINCIPE DE BEARNE. MUERTE DE SU MADRE EN PARIS, Y DEL ALMIRANTE COLIGNI. MEMORABLE MORTANDAD DE HUGONOTES COMENZADA EN EL DIA DE SAN BARTOLOME. MOVIMIENTOS DE LOS HEREGES EN HOLANDA.

No se hablaba en Francia de otra cosa que de hacer la guerra á Flandes, y del casamiento del Príncipe de Bearne, y corria la voz de que Coligni seria nombrado General de las tropas. Su teniente Genlis hacia en las fronteras algunas hostilidades con un pequeño esquadron. Habiendo sido llamado por el Rey el de Bearne, se traxo consigo á Paris á Coligni, y al Príncipe de Condé, á quienes seguian mucha nobleza y gente armada. Juana su madre, aunque repugnaba estas nupcias, se habia adelantado á aquella capital para hacer los preparativos necesarios.

A la verdad parecia desgraciado este casamiento, no habiendose obtenido ántes la dispensa Pontificia; y lo cierto es que despues se justificó con muchos documentos que habia sido nulo. Para decirlo todo en pocas palabras, Juana murió repentinamente, y se creyó no sin fundamento, que la habian dado un veneno, que la trastornó el cerebro. No obstante dió el Rey muchas señales de dolor, y despues de concluidas sus exéquias, se celebró el matrimonio con magnífica pompa. Pero el comun regocijo se convirtió en llanto con la calamidad de Coligni, á quien un criado del Duque de Guisa disparó un balazo por una ventana. Conmovidos en gran manera con este suceso los de su partido, comenzaron á desconfiar del Rey; el qual habiendo llegado á saberlo manifestó mucho disgusto en su semblante y palabras. Clamaban los Hugonotes que tomarian á mano armada satisfacion de esta maldad, si el Rey no se adelantaba á hacerlo; y estas amenazas las proferian á presencia del mismo Rey, á quien se presentáron en gran número. La insolencia de estos hombres aceleró la matanza executada en la famosa noche de San Bartolome, para la qual dió el Rey permiso en secreto á Guisa y Aumale. Estos pues movidos por el zelo de la religion, y incitados de sus odios particulares, acometiéron con un esquadron de gente armada á la casa de Coligni, y derribando la puerta del aposento, arrojáron por una ventana á aquel viejo, que ya estaba tan cercano á la muerte. Entre tanto el pueblo dividido en compañías baxo la conducta de ciertos Capitanes, habiendo oido el sonido de una campana, corria por las calles y por las plazas, registraba las casas de los Hugonotes, y arrastraba y degollaba todos los que encontraba, sin distincion alguna de edad ni dignidad: en el patio mismo del palacio Real fuéron asesinados muchos sequaces de los Principes Borbones; el estrago duró en todas partes por espacio de tres dias seguidos. El cuerpo de Coligni fué llevado arrastrando á la horca, y le colgáron de los pies. Un escritor de aquel tiempo

afirma que perecieron en París mas de diez mil personas, y entre ellas quinientos nobles, y que en el resto de la Francia llegaron á sesenta mil, alcanzando la mortandad á todas las ciudades por mandado del Rey. Los dos Príncipes Borbones se libertaron de la muerte, y uno y otro fueron puestos en libre custodia, ofreciendo que se emendarian de allí adelante, y el Cardenal y el Jesuíta Maldonado pusieron todo su conato en instruirlos. Finalmente fueron recibidos en el gremio de la Iglesia con los hermanos de Condé, los cuales perseveraron constantemente en la verdadera religion, pero los Borbones, despues de haber obtenido su libertad, volvieron otra vez á sus antiguos errores.

El Duque de Alba se esforzaba en Flandes á exigir los tributos impuestos á pesar de la repugnancia de los Estados; y aunque enviaron cartas y Diputados al Rey, exponiéndole el excesivo rigor de estas providencias, no alcanzaron alivio alguno con gran dolor y llanto de los Flamencos; por lo qual el incendio que estaba mal apagado, volvió á tomar nuevo aumento, para no extinguirse jamas. La primera chispa cayó sobre la isla de Walkeren en la Zelanda, habiendo sido tomado Brill por Guillelmo de la Marca, Señor de Lume, con el auxilio de un esquadron de piratas, y los Españoles mandados por Don Fernando de Toledo no pudieron recobrar esta ciudad, que se hallaba muy fortificada. Gobernaba aquella provincia Maximiliano Conde de Bosú, hombre de no menor valor que talento, que no pudiendo alcanzar por medios suaves de los habitantes de Rotterdam, que recibiesen á los Españoles dentro de los muros, los introduxo al fin por la fuerza y el arte. Los soldados irritados castigaron la contumacia de aquellos con el saqueo de la ciudad; hecho á la verdad detestable y executado en el mas importuno tiempo; pues aterradas con él otras ciudades, que se hallaban fluctuantes en la fidelidad, cerraron sus puertas. Flesinga tomó las armas para impedir que entrase en ella una guarnicion de Españoles, á causa

de haberse esparcido la voz de que los enviaba el Duque de Alba para exigir los tributos impuestos. Alvaro Paric que estaba encargado de levantar la fortaleza, fué preso con engaño y padeció el suplicio de la horca. Midleburg fué acometida inutilmente por los Gueusios que acudieron de todas partes; y habiendo llegado Sancho Davila con un valeroso esquadron, hizo levantar el sitio, no sin pérdida de los enemigos.

Como la sedicion se propagó á un mismo tiempo en toda Flandes por las instigaciones y manejos de Luis de Nasau, los Gueusios mezclados con los Franceses se apoderaron casi en unos mismos dias de Mons ciudad capital de la provincia de Hainault, y de Valenciennes, aunque fué con diversa fortuna, pues habiendo retenido aquella, perdiéron esta con la llegada de Don Juan de Mendoza con tropas. Gerónimo Serasio, que mandaba en Flesinga, puso asechanzas de órden de Orange á Brujas y Gante, pero sin efecto alguno; y aunque tambien acometieron á Goetz, fuéron rechazados los Gueusios y Ingleses con ignominia y pérdida. Despues de esto se rebeló la Exclusa; y finalmente toda la Holanda, á excepcion de Amsterdam y Sconou, arruinando los sediciosos las Iglesias y edificios sagrados, con muerte de muchas gentes. La misma llama invadió á Gueldres, apartó de la obediencia del Rey no pocos pueblos, y se extendió tambien en la Frisia. Esta repentina consternacion de los Flamencos tuvo su origen en la decima impuesta; pues habia corrido la voz por las ciudades de que para exigirla eran enviados los Españoles á Holanda. El odio y envidia que se atraxo el Duque de Alba concillió tanto favor al Príncipe de Orange, que las ciudades se le entregaban á porfia como á vengador de la libertad, y de este modo sujetó una buena parte de Flandes. Tantos movimientos, y tan súbita mudanza de cosas dexáron atónito y en alguna manera confuso á aquel hombre tan magnánimo, hallándose tan perplexo, que no sabia á qué parte dirigiria primero sus armas. Despues que hubo

deliberado en consejo de guerra, mandó á su hijo Don Fadrique á principios de Julio que marchase con parte de las tropas á sitiar á Mons. Pero Genlis que no estaba léjos de allí, se puso en camino á la ligera con mas de siete mil hombres armados, para introducir socorros en la ciudad. Acometióle el Español en campo raso, y le derrotó con gran facilidad: se asegura que murieron en la pelea mil y doscientos hombres, y que fueron hechos prisioneros quatro mil con quasi todas sus banderas. Los dispersos cayéron en manos de los labradores, que se vengaron cruelmente de las injurias que habian recibido; y Genlis fué llevado á Amberes, donde murió poco despues.

A este tiempo llegó el Duque de Alba con la fuerza de sus tropas acompañado del Duque de Medinaceli nombrado por su sucesor, que poco ántes habia arribado á las costas de Flandes con dinero y gente. Habia puesto Nasau su campo al rededor de la ciudad para defenderla, y sus muros fueron batidos con mucha artillería. Entretanto habiendo juntado el Príncipe de Orange en Alemania un poderoso ejército de veinte y dos mil hombres, pasó con ellos el Rhin, y tomó á Ruremunda al segundo asalto por la traicion de algunos habitantes hereges, que le abrieron una puerta. Despues de haberse ensangrentado en los Cathólicos, y saqueado y destruido todas las cosas sagradas, atravesó el rio Mosa; se hizo dueño de Malinas, por entrega de algunos hombres perdidos, ántes que lo supiese su Gobernador, y la aseguró con una guarnicion. Para tomar á Lovayna necesitaba de mayores fuerzas, porque sus habitantes voláron armados inmediatamente á las murallas. Por esto pues, y á fin de no llegar tarde á Mons para sacar á su hermano del peligro, habiendo recibido de los Lovanieneses diez y seis mil escudos, como lo afirma Isselt que estudiaba entónces en aquella ciudad, se retiró de allí. Luego que llegó á la vista del Duque de Alba le provocó á la pelea; pero la rehusó el Español, noticioso de que las tropas no podian permanecer en el campo

por carecer de dinero y de víveres. Hubo no obstante algunas leves escaramuzas; y una noche los Españoles encamisados penetraron en el campo, y pasaron á cuchillo á muchos, y aun el mismo Orange estuvo muy próximo á perecer, como dice Estrada. Despues de esta desgracia, y viendo que no podia expugnar el campo Español, procuró hacer saber á su hermano que mirase por sí, y se pusiesé en salvo, y no tardó mucho en tomar este consejo, habiendo entregado á Alba la ciudad con ciertas condiciones. Irritado el de Orange contra su mala fortuna, y temeroso de su mismo ejército que estaba muy exâsperado por la falta de paga, se escapó como pudo á Delft, para evitar que tumultuándose los suyos le entregasen al Duque de Alba. Levantó éste su campo y marchó al Brabante, donde recobró sin tardanza á Malinas; y aunque los Sacerdotes en hábito de rogativa le salieron al encuentro para aplacarle, entregó no obstante la ciudad al saqueo de los soldados, que cometiéron todo género de excesos, absteniéndose solo de derramar sangre. Perdonó á los de Lovayna por la mediacion del Duque de Arescot, que disculpó quanto pudo el hecho.

Viendo el Duque de Medinaceli que todo Flandes ardía en sediciones mucho mas de lo que habia creído; que el de Alba rehusaba entregarle el gobierno hasta que todo estuviese arreglado; y que las cosas empeoraban mas cada dia, se volvió á España poco despues que habia llegado á Flandes. No pueden referirse sin horror las crueldades que en este intervalo de tiempo executáron los hereges con los Eclesiásticos en todas partes, y especialmente en Alcmár y Sconou, de cuyas ciudades se apoderó Lume por descuido que habian tenido los Españoles en socorrerlas. Los Gueusios mandados por Seracio acometiéron de nuevo á Goetz que defendía Don Isidoro Pacheco con quatrocientos Españoles y Flamencos. Habiendo mandado Don Fadrique de Toledo á Christobal Mondragon, hombre intrépido y valeroso que corriese prontamente al socorro de Pacheco con un esquadron

de soldados, le impedía la armada de los enemigos desembarcar en la isla. Deseoso pues de executar quanto ántes el mandato de su General, discurrió un nuevo arbitrio; digno de inmortal alabanza, que debe compararse con las hazañas de los heroes, pues faltándole navios, consiguió con su industria y constancia pasar las tropas. Consultó primero Don Fadrique á los Marineros si se podria llegar á pie á la isla; y habiéndole respondido que sí, determinó que ellos mismos con algunos Españoles hiciesen la experiencia. Asegurado de la certeza, mandó á Mondragon que vadease á pie el Océano, siguiéndole las tropas con los sacos de pólvora sobre la cabeza; lo qual executaron á fin de Octubre al tiempo del refluxo del mar, conducidos por Theodorico Blomart, que era muy práctico en aquellos parages. ¡Cosa admirable! en el espacio de cinco horas atravesaron siete millas de mar con el agua hasta los pechos, causando tanto terror á los enemigos, que abandonaron sus Reales, y se precipitaron al mar, y á los navios como unos frenéticos. Marcharon contra ellos sin enxugarse los Españoles, Flamencos, y Alemanes, que de todas estas naciones se componia aquel esquadron, y acometiendo intrépidamente á setecientos de los enemigos que habian permanecido allí, mataron á unos y obligaron á los otros á arrojarse al agua. Habiéndose apoderado de los Reales, conduxéron á la ciudad los víveres y municiones que encontraron en ellos, y nueve cañones de artillería, y fueron recibidos con extraordinario regocijo de los soldados y ciudadanos.

Concluida felizmente esta empresa, volviéron Davila y Mondragon al campo del Duque de Alba con las victoriosas tropas. Despues que este General castigó tan severamente á Malinas, para que sirviese de escarmiento y terror á las demas ciudades, recobró á Ruremunda, habiéndose escapado de ella la guarnicion; y permitió al soldado el saqueo de Zutphen, en el que se derramó poca sangre. Trató con todo rigor á los traidores, y intimidadas con estos exemplos las ciudades inmediatas que se habian rebelado,

se entregáron voluntariamente. El Conde de Berghes que estaba casado con una hermana del Principe de Orange , y el de Escovenburg , que las habian forzado á rebelarse , no atreviéndose á hacer frente á los Españoles , se retiráron á Alemania ; y de este modo todos los pueblos de la otra parte del Rhin , que se habian separado de la autoridad régia , volviéron á su deber , escapándose los autores de la rebellion , y los principales de entre los hereges. Desde el principio de las turbulencias habian acudido allí de Inglaterra , Francia y Alemania todo género de sectarios , que lo infestaban todo con sus pestilentes doctrinas. Concluidas estas cosas , entregó el Duque de Alba las tropas á su hijo Don Fadrique , y se restituyó á Bruselas á la entrada del invierno. Narda es una ciudad situada entre lagunas , y de muy difícil entrada , y confiados por la naturaleza del lugar muchos Franceses , y otros sectarios , estaban muy orgullosos al principio , profiriendo mil injurias desde los muros contra los soldados del Rey. Pero habiéndose acercado aunque con mucho trabajo la artilleria , se entregáron luego , vencidos de su cobardía. No obstante se encarnizó el furor militar en los que se habian rendido , y despues de sacada la presa , fué incendiado el pueblo , y pasada á cuchillo por el ejército la mayor parte de sus habitantes. De este modo se hallaban trastornadas y confundidas en Flandes , no ménos que en Francia , todas las cosas divinas y humanas , así por la contumacia y obstinacion de los hereges , como por la excesiva severidad de los Príncipes.

CAPITULO III.

ERECCION DE ALGUNOS OBISPADOS. MUERTE DE SAN FRANCISCO DE BORJA. APARICION DE UN COMETA. ACOMETEN LOS REYES DE LA INDIA A LOS PORTUGUESES CON PODEROSOS EJERCITOS, Y SUCEOS DE ESTA GUERRA.

Por este tiempo estableció el Santo Pontífice Pio V. nuevas Sillas Episcopales en España para la mayor comodidad de los pueblos ; y habiendo fallecido Don Pedro Agustín , Obispo de Huesca , se desmembró de esta Diócesis la parte que hoy compone la de Jaca. Su primer Obispo fué Don Pedro de Fraga , natural de Aragon , trasladado de Cerdeña , el qual asistió al Concilio Tridentino. Tambien Balbastro fué condecorado con Silla Episcopal , separándola igualmente de la de Huesca , y tuvo por primer Obispo á Fr. Felipe de Urrea , noble Aragonés , del Orden de Santo Domingo. Los que escribiéron las cosas de aquellos tiempos afirman , que una y otra ciudad tuviéron en lo antiguo Sillas Episcopales. El Papa Julio III. habia erigido en Obispado la ciudad de Orihuela en el reyno de Valencia , pero hasta el año de mil quinientos sesenta y seis no se eligió su primer Obispo , que fué Don Gerónimo Gallo á petición del Rey Don Felipe , como tan zeloso del bien espiritual de sus súbditos. Por este tiempo falleció en Roma con gran fama de santidad el Padre Francisco de Borja , tercer Preósito general de la Compañía de Jesus , á los sesenta y un años de su edad , y movido el Papa Clemente X. de sus heroicas virtudes y milagros , le colocó en el número de los Santos. Murió tambien en la misma ciudad Ascanio de la Corne , ilustre por su valor y pericia militar : su cuerpo fué llevado á Perusa , su patria , á costa del Pontífice , y sepultado allí con magnífica pompa , y

creemos justo hacer aquí por la última vez memoria de este varon tan benemérito de España.

En el mes de Noviembre apareció en la constelación de Cassiopea, no léjos de la Via Lactea, un cometa de figura enteramente redonda, y sin ninguna cola. Su magnitud aparente excedia al principio á la estrella Sirio, y aun á Jupiter, y se acercaba mucho en grandeza al planeta Venus: dexábase ver de día y aun de noche entre las nubes algo densas, y resplandecia mas que las estrellas fixas: en el mes de Diciembre se minoró alguna cosa, y insensiblemente fué disminuyéndose, hasta que desapareció enteramente en el mes de Marzo de mil quinientos setenta y quatro. A los principios era su color claro y blanquecino: despues roxo y resplandeciente; finalmente se vistió de un color de plomo semejante al del planeta Saturno, y le conservó hasta su fin. Nunca mudó lugar en el cielo, como si fuese una de las estrellas fixas, y segun las observaciones de Tycho Brahe permaneció en el grado VI. min. LIV. de Taurus, con longitud Boreal en el grado LIII. min. XLV. Nunca se le encontró paralaje, por lo qual se inclinan los Astrónomos á que habia permanecido en el firmamento. Este cometa dió motivo á Tycho para observar las fixas, y ordenar su millar, del mismo modo que la nueva estrella que apareció en tiempo de Hiparco, ciento veinte y cinco años ántes del nacimiento de Christo, le dió ocasion para numerar las estrellas á la posteridad, y inventar ciertos nombres para distinguir las, como dice Plinio en el libro segundo. De este cometa Cassiopeo escribiéron treinta y seis Astrónomos, y casi todos adoptáron como la mas meridional la observacion de Gerónimo Muñoz, profesor de lengua Hebrea y Matemáticas en la Universidad de Valencia. Se ignora del todo el dia en que comenzó á aparecer, pues Tycho la observó el dia once de Noviembre, y Muñoz, que enseñaba á sus discípulos los nombres, número y asiento de las estrellas, dexó escrito que aun no se habia visto el dia dos; y aunque de su materia y formacion dis-

curren mucho los inteligentes , sin embargo no averiguaron cosa alguna con certeza.

Gozaba la América de una profunda paz , á excepcion de que sus mares eran infestados por los piratas. En Yucatan hicieron los Franceses un desembarco : saquearon la Iglesia de los Religiosos Franciscos ; profanaron los vasos sagrados , y despedazaron las imágenes de los Santos ; y habiendo salido de Mérida Juan de Arevalo con un esquadron de gente armada , no pudo alcanzar á los piratas que se pusieron en fuga. Estos pues arribaron á la isla de Cozumel que no está muy distante , y carecia de guarnicion que la defendiese , y molestaron á los habitantes con todo género de vexaciones. Pasó á ella Gomez Castillo , y habiendo desembarcado sus tropas , sin que lo sintiesen los enemigos , los cercó , y reduxo á la necesidad de pelear. El Español victorioso recobró la presa , y á los piratas que no habian muerto en la batalla los hizo conducir á México , donde pagaron la pena de la profanacion de la Iglesia , porque el Rey Don Felipe , cuidadoso de la pureza de la fe , habia establecido dos años ántes el Tribunal de la Inquisicion en Nueva España , y en el Peru. Despues de una larga enfermedad falleció Montufar , Arzobispo de México , á la edad de sesenta y nueve años , y fué sepultado en la Iglesia de los Dominicos : tuvo por sucesor á Don Pedro Moya de Contreras.

En la India se hallaron los Portugueses muy próximos á su ruina por la conspiracion de los Reyes confinantes ; pues de comun acuerdo acometieron con todas sus fuerzas por diversas partes. Idalcan , que era el que mas se distinguia entre ellos , conduxo contra Goa cien mil hombres , cuya tercera parte era de caballeria : seguitante dos mil y cien elefantes armados , grande número de esclavos , y una artilleria tan monstruosa , que disparaba balas de cinco palmos y medio de circunferencia , y llevaba trescientos y cincuenta cañones de todos calibres. Nisamaluc con ciento y veinte mil infantes , y quarenta y quatro mil

caballos , puso sitio á Chaulo , ciudad poco fuerte, aunque con una fortaleza bien guarnecida. Tenia en su campo treinta y ocho cañones de bronce de enorme tamaño , y trescientos y sesenta elefantes armados. El Zamorin que estaba implacablemente irritado contra los Portugueses , acometió á Ciale con muchas tropas y grandes preparativos. El Virrey Ataide tenia mayor ánimo que fuerzas , y para sostener una guerra tan formidable, entregó las armadas equipadas , y provistas de todo lo necesario, y guarnecidas de escogidas tropas, á los Capitanes mas valerosos , para que socorriesen á sus socios , y causasen continuamente, y sin intermision el mayor terror y daño á los enemigos, en quanto alcanzasen sus fuerzas. El mismo Virrey defendia la isla de Goa con seiscientos y cincuenta Portugueses, y encargó la defensa de la ciudad á trescientos Sacerdotes. Armó á los esclaves, y formó compañías de los naturales, que se habian convertido al christianismo , distribuyendo armas á mil y quinientos de ellos. Parece increíble que con tan leves fuerzas pudiese resistir á una conspiracion tan espantosa. Los Bárbaros hicieron grandes esfuerzos, y derramaron mucha sangre para atravesar el rio que separa la isla del continente ; pero todo fué en vano. Peleáron con la fuerza y el ardid en diversos lugares : muchas veces introduxéron los navíos en el rio con detrimento de los enemigos, en lo qual resplandeció mucho el valor de Jorge de Meneses y Pedro de Castro. Los Bárbaros disparaban desde léjos su artillería con horroroso estruendo , y los Portugueses reparaban por la noche con tablas, vigas y céspedes el estrago que hacian los enemigos en las fortificaciones. Tampoco se descuidaban en molestarlos con sus tiros, consumiendo gran cantidad de pólvora y balas. Acometiéron una vez al campo de los enemigos , y hicieron en ellos gran carniceria. Pero como Marte es comun de todos, Fernando de Vasconcelos fué oprimido por la multitud de los enemigos , y atravesado de flechas , pereció con algunos pocos de sus soldados , despues de haber he-

cho grandes hazañas. Su cuerpo fué conducido á los Reales , y sepultado con militar pompa. El Virrey fué tambien herido de una bala , pero convalació en breve tiempo. Manuel Picoto hizo mas de una vez no poco daño en el campo de los enemigos, desbaratándoles su trinchera , y pasando el rio en barcos; otros Capitanes pegaron fuego á sus edificios , y tallaron sus tierras. Peleaban á un mismo tiempo por el rio y por la tierra , y con increíble valor impidieron que los bárbaros entrasen en la isla. Perecieron tres mil y seiscientos de los mas audaces , y quatro elefantes , y solos quince de los Portugueses, aunque fuéron muchos mas los heridos. Nisamaluc promovia con poca actividad la empresa de Chaulo. Defendia la fortaleza Luis de Andrade , que se hallaba faltó de todas las cosas ; pero llegó á tiempo oportuno Francisco Mascareñas con seiscientos Portugueses , y otros acudieron de diversas partes excitados del peligro que corrian sus socios ; juntándose allí prontamente mil y doscientos hombres. Dió el enemigo muchos asaltos , y se peleó atrozmente en la brecha del muro , quedando destruida una parte de la ciudad con el fuego y la continua lluvia de balas.

Entretanto Esteban Trellez conservó con indecible valor la pequeña fortaleza llamada Carangia , que se hallaba combatida , y la guarnecian solos setenta Portugueses ; y haciendo una salida con sesenta hombres , derrotó una inmensa multitud de enemigos , les tomó la artillería , y saqueó su campo. Temerosos los vencidos del castigo que les esperaba si volvian al campo de Nisamaluc , se huyéron juntos en un esquadron á Cambaya. Los bárbaros estrechaban con mas vigor á Chaulo. La guarnicion se hallaba afligida del hambre , que es la mas poderosa arma ; y fué preciso sacar de allí á los que no eran útiles para la pelea. El enemigo penetró alguna vez con espada en mano hasta la fortaleza ; pero fué rechazado con valeroso esfuerzo , y aun perdió algunas banderas. El Virrey Ataide , sin embargo de que apenas tenía fuerzas para hacer frente á Idalcan , procuraba enviar

socorros á los sitiados de Chaulo. Un día al amanecer acometió Nisamaluc la fortaleza con todas sus fuerzas, y se trabó un sangriento combate; pero fué vencida la multitud por los mas fuertes, y se retiró con ignominia y pérdida. Viendo pues que nada adelantaba con las armas, recurrió á los ardidés y fraudes, y comenzó á incitar á los Régulos de las pequeñas naciones contra los Portugueses, para que acometiendo á estos por diversas partes, no pudiesen socorrerse los unos á los otros. Mas le salió vano este intento, trastornándole con igual astucia Alvaro de Tabora, Gobernador de la fortaleza de Daman, que con el auxilio de un Indio muy fiel, y de talento superior al de los bárbaros, aseguró la amistad de los Régulos. Desconfiado Nisamaluc de conseguir cosa alguna por este medio, volvió otra vez á las armas y á la fuerza, y emprendió de nuevo la toma de la fortaleza, rodeándola por todas partes. Duró la pelea desde el medio día hasta la noche, pero con infeliz suceso, pues perecieron tres mil de los enemigos, y pocos de los Portugueses, aunque la mayor parte de ellos quedáron heridos. Entretanto comenzaron los bárbaros á combatir la fortaleza de Onor, que defendia Jorge de Mora. El campo enemigo fué acometido por las tropas de socorro, que habia enviado Ataide en dos galeras, y al mismo tiempo, y de comun acuerdo hizo la guarnicion una salida, y unos y otros derrotáron á los bárbaros, que se dispersáron en fuga por aquellos campos, y quedáron los Portugueses dueños de sus Reales.

Tampoco favorecia la fortuna al Zamorin en la expugnacion de Ciale, siendo mucho mas propicia á Diego de Meneses, que atravesando el campo de los enemigos introduxo en la fortaleza los soldados, víveres y municiones, que habia conducido en una armada. Despues de esto saqueó la costa Malabarica, y trabando pelea con su armada, la derróó, y tomó once navíos, y reduxo los demas á cenizas. En Goa era tanto el valor de los Portugueses, que mas biea provocaban que rechazaban al enemigo. Tomáron y

saqueáron parte del campo de los bárbaros, y les interceptáron los víveres y municiones. Finalmente quebrantado Idalcán con diez meses de inútil guerra, levantó el sitio, y pidió la paz con humildes condiciones; y no habiéndose concluido, se retiró de allí cubierto de ignominia, y con gran pérdida. Lo mismo executó Nisamaluc, habiendo perdido doce mil soldados y muchos elefantes; pero se le concedió la paz que pidió, cuya principal condicion fué, que él y el Rey de Portugal Don Sebastian tendrían los mismos amigos y enemigos. De los Portugueses murieron pocos, pero muy esclarecidos por su nacimiento y hazañas. Un autor de esta nacion asegura que conserváron tambien á Ciale, y que el Zamorin se retiró con unas condiciones muy ignominiosas. Pero consta de la narracion de Faria, que fué entregada al enemigo por capitulacion de Jorge de Castro su Gobernador, vencido de las lágrimas de su muger Felipa, de quien se dexaba dominar como viejo, por cuyo delito fué degollado de orden del Rey Don Sebastian tres años despues en la plaza de Goa. El valor y magnánima constancia de Ataíde, varon fortísimo, mantuvo firme el imperio Portugues en la India. En el mismo espacio de tiempo derrotó en Malaca Luis de Silva en una gran batalla la armada del Régulo de Achen, enemigo perpetuo de los Malacenses, habiéndole echado á fondo muchos navíos, y incendiándole otros. Perecieron en este combate mil y doscientos soldados de marina, junto con el hijo mayor del Régulo, General de la armada, y quedaron trescientos prisioneros. La fortaleza fué combatida con el mayor esfuerzo por mar y tierra, y la conservó y defendió Tristan de Vega con heroyco valor y industria. Estos sucesos acaecidos aquel tiempo en el Oriente, ni son nuevos, ni maravillosos para los que conocen la excelsa y belicosa índole de la nacion Portuguesa. Pero volvámonos ahora á las cosas de Europa.

CAPITULO IV.

VUELVE DON JUAN DE AUSTRIA A NAPOLES.
 LOS VENEZIANOS HACEN LA PAZ CON EL GRAN
 TURCO. ENVIA EL REY DON FELIPE UNA
 ARMADA CONTRA LOS PIRATAS
 DE AFRICA.

Tabiendo mandado Don Juan de Austria ha-
 cer en Sicilia todos los preparativos necesarios para
 la guerra del año siguiente, se trasladó á Nápoles,
 donde fué recibido con extraordinaria alegría y re-
 gocijo de todos. Miéntras pasaba el invierno en esta
 ciudad, volvió de Constantinopla (adonde le habia
 permitido navegar despues de la victoria de Lepanto)
 Mahomet, Ayo de los hijos del Almirante Ali, muer-
 to en la batalla, y traia regalos de mucho valor en
 una nave muy adornada. Recibióle el Austriaco con
 mucha humanidad, y le entregó Mahomet una carta
 de Fatima Cadin, sobrina del Sultan Selim, y her-
 mana de aquellos jóvenes, escrita con palabras muy
 honoríficas. Para su rescate conducia vestidos de pie-
 les olorosas, telas de seda, persianas excelentes,
 lienzos bordados de oro y seda, tapicerias exquisitas,
 armas turcas guarnecidas de oro, y piedras preciosas,
 perfumes, cuchillos Damasquinos engastados en pie-
 dras con maravilloso artificio, y otras muchas cosas
 de este género, que son muy estimadas por los Tur-
 cos. Prendado Don Juan de Austria de la urbanidad
 de la carta, rehusó admitir los regalos, diciendo que
 sus antepasados nunca acostumbraron recibir cosa
 alguna de los que se hallaban necesitados de su so-
 corro. Por tanto mandó que todas aquellas alhajas
 se envasen á Roma al cautivo Sain Boni, (porque
 como ya diximos habia muerto su hermano Mahomet
 Bey) el qual las distribuyó entre el Pontífice, los
 Cardenales, y los principales de la nobleza Roma-

na. Habiéndole pues permitido los Venecianos y el Papa dar libertad al cautivo Sain , mandó que quedase libre , junto con un enano y otras quatro personas principales que pidió. En señal de gratitud envió Don Juan de Austria á Fátima telas preciosas de seda , un collar de oro , caballos de extremada belleza , y gran cantidad de frutos exquisitos y delicados , acompañado todo de una carta muy obsequiosa. Todo esto lo encargó al cuidado de Antonio Avellano , que con el largo cautiverio que habia padecido entre los Turcos , estaba muy instruido en su lengua y costumbres.

Entretanto recibió Don Juan de Austria la noticia de la paz que Selim habia concedido á los Venecianos , que se la pidieron , la qual fué muy vergonzosa , pues la consiguieron por el ignominioso medio de vender por dinero el dominio y derechos que tenían á la isla de Chipre. Llevólo muy á mal el Austriaco , y inmediatamente mandó quitar de la capitana de la armada las banderas y insignias de la alianza , y poner en su lugar las Españolas. El General Mocenigo descubrió á los Embaxadores del Pontífice , y del Rey Don Felipe , que aquel negocio se habia ajustado en secreto con los Turcos por mediacion de los Franceses , y disculpó á la República que se habia visto obligada á condescender , por hallarse muy exhausta de dinero con la anterior guerra. Conmovido el Papa extraordinariamente con esta noticia , se quejó de que los Venecianos por su autoridad propia hubiesen quebrantado la alianza jurada , y no quiso admitir á su presencia al Embaxador. El Rey Don Felipe , que sin omitir gasto ni cuidado alguno disponia ciento y cinquenta galeras para este año , respondió al Embaxador Tiepolo : „ Que atendiendo á su deber , y „ aunque estaba ocupado con multiplicadas guerras , „ habia entrado en la alianza á peticion del Pontífice „ Pio , sin ser provocado de los Turcos , y solo por la „ causa de la religion christiana : que no reprobaba la „ paz hecha por los Venecianos por su propia utilidad ; pero que no obstante estaba prevenido á con-

„tinuar la guerra con la misma actividad que la
„habia emprendido.“

Establecida pues la paz con el Sultan á fin de
Marzo de este año de mil quinientos setenta y tres,
determinó Don Felipe dirigir sus armas al Africa
para arrojar de allí á los piratas. Habia irritado su
ánimo la maldad de Uluc-Ali, el qual arrojando de
Tunez á su legítimo Rey Amida, se habia apodera-
do de esta ciudad; y mandó á Don Juan de Austria
que hiciese la guerra á tan perjudicial pirata, y que
destruidos los muros, y arrasada la Goleta hasta los
cimientos, librase á España de aquel inmenso gasto.
Pero eran muy diversos los intentos del Austriaco, á
quien el Pontífice habia dado esperanzas de obtener
la corona del reyno de Tunez, sobre lo qual escri-
bió ántes al Rey Don Felipe solicitando su consen-
timiento. No debe admirarse que con tales apoyos
aspirase al trono aquel excelso jóven hijo del César.
Causó esto un grave disgusto á Don Felipe, que po-
co ántes le habia quitado de su lado á Juan de Soto,
porque no cesaba de inflamar su ánimo naturalmente
elevado, y que aspiraba á cosas mayores, lisonjeán-
dole con la esperanza de reynar, y habia mandado que
Juan de Escobedo le sirviese de Secretario, amone-
tándole de su deber. Conmovido Don Juan de Austria
con esta idea, se embarcó en la armada, vino á Sici-
lia, y pasó revista á las tropas. Contábanse ciento
cincuenta y dos galeras con las Pontificias y las de
Malta. Pero habiendo llegado la noticia de que la
ciudad de Génova estaba sublevada, marchó Doria al
socorro de su patria con quarenta y ocho galeras,
quarenta y quatro navíos grandes y doce pequeños,
y quarenta y siete fragatas y bergantines. El número
de las tropas embarcadas ascendia á diez y nueve mil
doscientos y ochenta soldados, sin contar los volun-
tarios. Arribó Don Juan de Austria á la Goleta, des-
pues de haber padecido algunas tormentas. Los Tur-
cos que guarnecian la ciudad de Tunez, y la multi-
tud de los habitantes, luego que víeron la armada,
se pusieron en acelerada fuga; y finalmente, sin que

1573.

nadie se lo impidiese , introduxo en la ciudad sus tropas. Concedió el saqueo al soldado , mandándole que se abstuviese de derramar sangre alguna ; y por- que en el resto de la ciudad solo habia quedado la turba de gente débil y desarmada , convocó á los bárbaros para que viniesen á habitarla , y con efecto concurrieron á ella de todas partes. Escribió al Rey su hermano , dándole cuenta de todo lo que habia executado ; pero no obedeció como debia las órdenes que le tenia dadas para destruir las fortificaciones, lo que se atribuyó á los depravados consejos de los aduladores , y á la esperanza que habia concebido de reynar , no sin tácita ofensa del Rey , que se dió por agraviado de este hecho.

Miéntas tanto arregló Don Juan de Austria el gobierno de la ciudad , nombrando para él á Hamete; y por justas causas fué sacado de allí su hermano Amida , y transportado á Sicilia por justos juicios de Dios , para que padeciese el mismo destierro, que por la ambicion de reynar habia hecho padecer á Muley Assen su padre. Mandó á Gabrio Cervellon, Caballero de Malta , y Teniente del Gran Maestre en Hungria , que levantase una fortaleza entre la ciudad y la laguna , dándole á este fin quatro mil Españoles y Italianos , y cien caballos. Pedro Zanoguera se encargó de la defensa de la isla fortificada en la laguna. Los de Viserta se entregaron voluntariamente á Don Juan de Austria , habiendo pasado á cuchillo la guarnicion de los Turcos en prueba de su fidelidad , y en la fortaleza se puso una guarnicion Española mandada por Francisco de Avila. En el puerto fué tomada una galera , y se pusieron en libertad doscientos cautivos christianos, que estaban al remo. Estando pues próximo á partir de la Goleta, nombró por Gobernador de ella á Don Pedro Portocarrero , hombre de ilustre nacimiento , pero que no era conocido por ninguna hazafia militar. Embarcadas todas las cosas , se hizo á la vela , y tuvo una navegacion desgraciada ; pues se estrelló una galera Napolitana , aunque se libertó la gente y las armas.

Inmediatamente que llegó á Palermo , despidió las armadas , y mandó á Don Bernardino de Velasco que con parte de las galeras navegase á Malta , para transportar de allí á los Españoles auxiliares , y regresó á Nápoles para pasar el invierno en aquella ciudad , llevando consigo á Amida y á su hijo. Este recibió el sagrado bautismo , y fué llamado Cárlos de Austria , y el Rey Don Felipe le señaló una renta para que se sustentase con la dignidad correspondiente. Amida su padre alcanzó por súplicas y ruegos volver á Palermo léjos de la vista de su hijo, ya que no habia podido conseguir que le enviasen á España , y poco despues acabó su desgraciada vida. Su cuerpo fué llevado por sus domésticos á Tunez, donde le sepultáron honoríficamente segun su costumbre.

Continuaban con mucho furor las discordias civiles de Génova , y todo el mal tuvo su origen en la ambicion de dominar. Los plebeyos , siempre opuestos á la prepotencia de los patricios , pedian que se gobernase la república conforme á los usos y estatutos de sus antepasados , y que se abrogasen las leyes nuevas. Los patricios para fortificarse contra la plebe habian admitido en su cuerpo á muchos nobles, pero sin darles parte alguna en el gobierno , burlándose de ellos con freqüentes repulsas quando solicitaban las magistraturas , y llamándolos por desprecio hombres nuevos. De aquí nació que dividida en dos facciones la nobleza antigua y la nueva , no podian contrarrestar á la multitud , la que finalmente tomó las armas contra los antiguos , injuriándolos con muchas calumnias. Las cosas llegaron á tal extremo , que faltó muy poco para que nó viniesen á las manos uno y otro partido. A la verdad podian mas los agraciados que los autores de la gracia , y estuvo muy á pique de que la nueva nobleza oprimiese la dignidad de la antigua ; lo qual trastornó la república de Roma en el tiempo de la dominacion de Cinna. Deseoso el Rey Don Felipe de la paz y tranquilidad de los Genoveses , que habia recibido ba-

xo de su protección, mandó á Don Sancho de Padilla, sucesor de Don Alvaro de Sande, ya difunto, en el gobierno de la fortaleza de Milan, que acompañado de Don Juan Idiaquez pasase prontamente á Génova, y procurase apaciguar aquella discordia. Arribo despues Doria, confiado de que podria ponerla con su autoridad; pero todo fué en vano, pues creciendo mas y mas el ardor de los enemigos, veia que era preciso usar de la fuerza para reducir el pueblo á la autoridad de sus Magistrados. El terror de las armas que se disponian en Lombardia, produjo tanto efecto, que aplacándose el Senado, creó á fines de Diciembre Gobernadores con potestad tribunicia, con lo que se restableció la quietud, á lo ménos en apariencia.

En Francia se renovó con mayor furor la guerra; y viendo el Rey que no podria apaciguarse el reyno mientras que subsistiese la Rochela, que era el inexpugnable asilo de los Hugonotes, mandó al Duque de Anjou que marchase contra ella con las tropas. Defendia esta plaza Nuan, hombre no ménos fuerte que experimentado y prudente, y la Reyna de Inglaterra le ayudaba con su armada, por causa de religion, y para sacar utilidad del daño ageno. Mientras que el Duque de Aumale reconocia las fortalezas de la plaza para colocar la artilleria, fué despedazado por una bala perdida, y entretanto que continuaba con actividad el sitio, llegaron Embaxadores muy ilustres de Polonia con la noticia de que en la Dieta del reyno habia sido electo Enrique de Anjou por sucesor del Rey Sigismundo, que poco ántes habia fallecido. Los pretendientes á esta corona fueron muchos, y los principales Anjou y Ernesto, hijo del César. El Gran Sultán se hallaba inclinado á aquel, y envió á su favor una embaxada á los estados del reyno, persuadido que el Frances no intentaria cosa alguna contra él, conforme á la antigua alianza. Por el contrario temia mucho mal del Príncipe Austriaco si subiese al trono de Polonia, como lo procuraba con gran diligencia el Rey Don Felipe, habiendo

envia
en su
chas
habie
dores
la,

PASA
DAM
FELL

ruina
ciuda
al Re
tenia
como
tante
de ac
ciuda
á su
dand
blo l
trada
se pu
este a
á Di
Espa
Princ
y ofe
llama
léjos
las q
yo d

enviado á este fin á Don Pedro Faxardo , para que en su nombre lo solicitase , y el César ofreció muchas cosas en beneficio de aquella nacion. Finalmente habiendo el de Anjou dado audiencia á los Embaxadores , levantó inmediatamente el sitio de la Rochella , y el Rey concedió la paz á los Hugonotes.

CAPITULO V.

PASA DON FADRIQUE DE TOLEDO A AMSTERDAM PARA RECONCILIAR CON EL REY DON FELIPE LAS CIUDADES DE HOLANDA. RESISTESE HARLEM, Y LA TOMAN LOS ESPAÑOLES.

En el año antecedente despues del saqueo y ruina de Narda , pasó Don Fadrique á Amsterdam, ciudad opulenta de Holanda , que se mantenía fiel al Rey , para arrojar de allí á los enemigos que la tenían sitiada. Y habiéndolo executado y elogiado, como era justo , la lealtad y constancia de sus habitantes , intentó reducir á la obediencia las ciudades de aquella provincia. Valióse de la mediacion de los ciudadanos de Amsterdam para que Harlem volviese á su deber , y no lo rehusó al principio ; pero mudando despues de parecer , tomó la multitud del pueblo las armas para impedir á los Españoles la entrada en la ciudad. Noticioso de esto Don Fadrique, se puso en marcha con sus tropas á fin de vengar este agravio ; pues el popular desenfreno ni respetaba á Dios ni al Rey. Temerosos los Harlemenses de los Españoles , enviaron inmediatamente Diputados al Principe de Orange , suplicándole que los socorriese, y ofreciéndole que se sujetarian á su dominio. Fué llamado Lázaro Muller , que estaba acampado no léjos de allí con diez compañías de Alemanes , de las quales solo quatro entraron en la ciudad ; en cuyo día profanaron y destruyeron las Iglesias y imá-

genes sagradas , y tomaron públicamente las armas para pelear contra su Rey. Abandonados de esta suerte á todo género de maldades , y como si estas fuesen el juramento de su nueva milicia , salieron al encuentro al Español hasta el fuerte de Sparedam, para impedirle que se acercase mas á la ciudad. Era entónces lo mas fuerte del invierno , y todas las lagunas y los rios estaban helados. No podian hacer uso de las corrientes de las aguas para rechazar al Español , el qual rodeó la fortaleza , y se apoderó de ella , habiendo pasado á cuchillo á los que la defendian. Despues de haber derrotado y puesto en fuga á Lume , que se apresuraba á introducir en la ciudad tres mil hombres, y un socorro de víveres, puso sus reales en las cercanias de ella , y batió sus murallas con la artillería. Los habitantes reparaban á porfia las ruinas , y trataban con mucha crueldad á los prisioneros que caian en sus manos , no ménos que á los vecinos de quienes tenian la mas leve sospecha. Irritadlos los del Rey con esta inhumanidad, les correspondian con otra igual , y una vez arrojaron dentro de las murallas una cabeza humana con esta inscripcion : „Cabeza del Capitan Felipe Coninxo.“ Esta injuria inflamó de tal suerte á los Harlemenses , que hicieron ahorcar á once prisioneros Alemanes y de Amsterdam , y habiéndoles cortado las cabezas , las metieron en un saco , y las arrojaron al campo del Rey con este epigrafe : „Estas cabezas se envian al Duque de Alba por el diezmo „extraordinario que ha mandado exigir , y la una „que hay de mas por la usura de la dilacion en la „paga.“ Con estas y otras cavilaciones semejantes se insultaban los unos á los otros con militar insolencia.

Entretanto peleaban con todo genero de máquinas de guerra , y con pertinacia increíble ; y además se procuraba con la mayor vigilancia impedir que pudiese entrar cosa alguna en la ciudad. Por el lago helado se les enviaba á los sitiados los víveres y municiones en muchos trinaos ó rastras , y muchas ve-

ces caian en poder de los soldados del Rey, que hacian huir las escoltas que los acompañaban; y para estorbarlo absolutamente, fuéron puestas centinelas en diversos parages. Por este tiempo falleció Lope de Acuña, Capitan de la caballeria, (despues de haber dado heroycos exemplos de valor), oprimido de los trabajos y vigiliass, y finalmente de una enfermedad, siendo digno de contarse en el número de aquellos illustres y esforzados varones de que es tan fecunda la España. Luego que comenzó á mitigarse el rigor del invierno, habiendo Bossu introducido la armada en el Lago de Harlem, peleó con feliz suceso, derrotando mas de una vez la armada enemiga; y tomándole y destruyéndole los puestos fortificados, que tenía al rededor del lago. Conmovido Don Fadrique de una carta picante que le escribió su padre desde Bruselas donde estaba enfermo, no omitió ningun cuidado ni trabajo para hacerse dueño de Harlem. Los enemigos estaban resueltos á pelear atrozmente en defensa de su libertad, habiéndoles prometido el Príncipe de Orange que los socorreria. Acometiéron una vez al campo de los Alemanes; y haciendo en ellos algun estrago, les tomaron unas banderas y las colgáron en lo alto del muro. Orgullosos con esta victoria no cesaban de provocar á los Realistas con todo género de injurias, y de insultar á los Santos. Pusieron altares en los parages mas elevados, donde imitaban el santo sacrificio de la Misa y otras ceremonias sagradas, cantando por irrision Himnos al toque de campana, como se acostumbra en las rogativas. Hacian tambien figuras de paja de los Eclesiásticos, Monjas y Españoles, y despues de azotarlas y apedrearlas, las ahorcaban con gran mofa y risa; y finalmente les cortaban las cabezas, y las arrojaban á los reales. Pero esta alegría se convirtió en breve en llanto. Las tropas reales se aumentaban cada dia con nuevos suplementos, ademas de un poderoso esquadron de Españoles que vino de la Lombardía; por lo qual todas las salidas, que despues hicieron los sitiados fuéron

desgraciadas. Los Españoles por el contrario, en un asalto que diéron, se hicieron dueños de una fortificación, y la guarnición de los enemigos se disminuyó notablemente por los muchos que perecían todos los días; y habiéndoles cerrado todos los caminos por mar y tierra, para que no recibiesen socorro alguno, como no podían enviar ni aun mensajeros, diéron aviso al de Orange por medio de unas palomas, siguiendo en esto el exemplo de los antiguos. Orange por los mismos correos les prometia mucho, y no les enviaba nada; pero incitado por las quejas de los suyos, se aventuró á enviar un socorro de gente y viveres. Juntó pues un ejército bastante poderoso, si el valor y experiencia hubiera correspondido á su número, y acometió al campo Español: pero los Realistas le rechazáron tan valerosamente, que en breve se declaró por ellos la victoria, quedando muertos mil y seiscientos de los enemigos, con su General Batemburg, y los demas se pusieron en fuga, costando muy poca sangre á los vencedores, los quales conduxéron á su campo catorce banderas, diez cañones y muchos carros cargados de viveres y municiones. Esta calamidad abatió en extremo los ánimos de los Harlemenses: añadíase á esto el hambre, domadora de la obstinacion, la que reduxo á aquellos miserables á usar de los manjares mas repugnantes. Arrojáron de la ciudad á la multitud indefensa; pero los Realistas la rechazáron al pueblo, sin moverles á compasion las lágrimas y lamentos de esta calamitosa gente. En el de Orange no hallaban socorro alguno, aunque no cesaba de engañarlos con vanas esperanzas; ni tampoco tenían medio para ponerse en fuga. Habíase introducido en todos una general consternacion y terror, y abatiéndose su contumacia y soberbia, se vieron en la necesidad de entregarse, y quisieron experimentar mas bien la misericordia, que la fuerza del vencedor. Las condiciones que el Español les impuso fueron muy duras, á saber: „Que su vida ó su muerte quedasen al arbitrio del vencedor; y que los habitantes redimie-

„sen el saqueo con doscientos mil escudos.“ Fué entregada la ciudad el dia catorce de Julio, á los siete meses de comenzado el sitio. Despues de haberles quitado las armas, se procedió á una horrible carnicería, dando principio por el Gobernador Vivaldo de Riperdá autor de todos los males. Fuéron ajusticiados los Magistrados que poco ántes habian elegido, junto con algunos pocos ciudadanos incitadores de la sedicion, y los predicantes que temerariamente blasfemáron contra los Santos, y injuriáron á los Españoles. Finalmente fuéron pasados á cuchillo dos mil hombres, la mayor parte Franceses, Escoceses y Ingleses, que habiendo sido puestos en libertad en Mons, habian prometido con juramento que no tomarian las armas contra el Español. Vindicadas de está manera las injurias hechas por la heregía, la sedicion, y el perjurio contra Dios y contra los hombres, no puede decirse con certeza, si fué mayor la pena, que la atrocidad de los delitos.

CAPITULO VI.

PROSIGUE LA GUERRA EN FLANDES Y HOLANDA. ES NOMBRADO DON LUIS DE REQUESENS POR SUCESOR DE ALBA EN AQUEL GOBIERNO. MUERTE DE DOÑA JUANA HERMANA DEL CESAR Y MADRE DEL REY DE PORTUGAL. NACIMIENTO DEL PRINCIPE DON CARLOS.

Entretanto que proseguía con ardor el sitio de Harlem, intentáron los soldados del Principe de Orange escalar y tomar á Midelburg, aunque en vano. Cerrado despues el mar de tal suerte que no podia introducirse por él cosa alguna en aquella ciudad, la socorria Dávila, Gobernador de la fortaleza de Amberes, llevando víveres y municiones en pequeños barcos, que atravesaban por medio de las naves ene-

migas con gran peligro, y poco daño. Finalmente habiendo partido con la armada, que con suma actividad juntó el Duque de Alba, y dirigiéndose á Midelburg, fué arrebatada por los vientos á Flesinga, y vino á dar entre la armada enemiga, que era muy superior en el número de navios. Trabose aquí una atroz pelea, en que murieron muchos de una y otra parte; y habiéndose concluido con pérdida de cinco navios, arribó á Midelburg y desembarcó las tropas y viveres. Poco despues executó otro tanto Beauvoir, de la familia de Lanoy, Gobernador de la Zelanda, que noticioso de haber tomado el enemigo la fortaleza de Ramek, torció el curso de su navegacion, y dando vuelta á la isla, desembarcó en un lugar secreto los viveres y municiones, y los introduxo por tierra en la ciudad, habiendo dexado por su Teniente á Mondragon, para que defendiese la isla. Por este tiempo se apoderáron con astucia los enemigos de Gertrudenburg, ciudad bien fortificada, contribuyendo á ello la cobardía de la guarnicion, y la perfidia de sus habitantes; mas los soldados pagáron la pena de su culpa, habiendo sido unos pasados á cuchillo, y otros ahorcados. El gobierno de esta ciudad se confirió á Seracio; pero poco despues le asesináron sus mismos soldados. Lume fué desterrado por los estados de Holanda, por su irregular conducta, y excesivo desenfreno en hablar.

Despues de la toma de Harlem, comenzó el soldado Español á tumultuarse, y á rehusar la obediencia á sus superiores, á causa de que no se le habia pagado su estipendio, ni dado cosa alguna por la presa redimida; y era tanto mayor su insolencia, quanto sabia que era entónces muy necesario para sujetar las ciudades de Holanda, dando un perverso exemplo, que en los años siguientes fué imitado por las demas tropas con gravísimo daño de la causa pública. No fué pequeño el que causó en este tiempo semejante maldad; porque entretanto que el soldado se negaba á pelear, se aprovechaba el enemigo de aquel espacio de tiempo para hacer sus preparativos, y fortificar

sus fronteras. Tanto como esto importa á veces el no dexar pasar la fortuna, y sacar el partido posible de los casos fortuitos, pues habiendo el Duque de Alba, despues de repartir algun dinero á las tropas, puesto sitio á Almar, que poco ántes habia sido entregada á los Orangianos, por traicion de algunos de sus habitantes, á pesar de la oposicion que hiciéron los cathólicos, la halló ya fortificada y dispuesta á resistirle mucho mas de lo que habia pensado; por lo qual se vió obligado á retirarse, no sin mengua de su fama. El principal cuidado del Duque de Alba era la conservacion de Midelburg, porque era tan útil esta ciudad por su situacion oportuna, que desde ella confiaba poder recuperar todo quanto habia perdido en aquellas partes. Habiendo intentado inutilmente los Orangianos apoderarse de ella por la fuerza de las armas, procuraban obligarla á entregarse por hambre, á cuyo fin la cerráron por mar con una armada. El General Español, para hacerles levantar el sitio, entregó á Bossú, hombre muy práctico en las cosas del mar, doce navíos de alto bordo, y él mismo con algunos nobles se embarcó en la capitana, que era de extraordinaria magnitud, y muy bien equipada. La guarnicion se componia de Alemanes y Españoles. Hubo al principio algunas escaramuzas con los enemigos, que navegaban con una grande armada; y habiéndose trabado la pelea, combatiéron unos y otros acerrimamente, igualando el valor al número de las tropas. Los enemigos reemplazaban al momento navíos de refresco en lugar de los derrotados. La nave de Bossú, destituida de todo humano auxilio con la fuga y destrozo de las demas, y acometida por muchas de los enemigos, les resistió con increíble constancia por espacio de veinte y ocho horas; y habiéndose escapado algunos pocos Alemanes que quedaban, se obstinó en pelear hasta la muerte con los Españoles que no eran muchos. Pero movido por las súplicas del Capitan Christóbal Cervera, y de la exhortacion de los enemigos, hizo la entrega con honrosas condiciones. Bossú pues con algu-

nos pocos criados, y once Españoles heridos, fué conducido á Horn, y custodiado con gran diligencia. Luego que el Duque de Alba tuvo noticia de la desgracia de Bossu, se retiró á Bruselas, y poco despues le siguió Don Fadrique su hijo, habiendo entregado el ejército á Don Francisco de Valdés, que encargado de combatir á Leyden, tomó á los enemigos una fortificacion en la embocadura del Mosa, y también hizo prisionero á Aldegunde, que en vano se le ocultaba en un cañaveral.

Por este tiempo llegó de la Lombardia Requesens, enviado por el Rey con facultades limitadas; porque movido Don Felipe de las frecuentes instancias del Duque de Alba para que le nombrase sucesor, y por el consejo de los cortesanos, que atribuian la sublevacion de los Flamencos á la severidad de aquel, á fin de experimentar todos los medios, envió en su lugar á un hombre de mas suave carácter, que con su benignidad mitigase á los que el otro habia irritado con su aspereza. Pero en vano lo intentó el Rey, porque la fuerza del mal resistia todos los remedios que le aplicaban, y la culpa de todo la hacian recaer sobre el de Alba, que con inhumana crueldad habia condenado á muerte á diez y ocho mil personas: habia oprimido la libertad de la nacion heredada de sus mayores, obligándola á admitir usos y costumbres extrangeras; y que entre otros agravios la habia arruinado con tributos intolerables. Pero no eran estos motivos los que mas apretaban; pues quando en los años siguientes se trató de hacer la paz, estaban prontos á obedecer en todo, con tal de que se les concediese libertad de conciencia. Mas el Rey cerró sus oidos á tan impia peticion, y aseguró, que ántes perderia la corona del reyno, que permitir que padeciese detrimento alguno la verdadera religion. El Príncipe de Orange, aunque ostentaba mucho zelo por la nueva secta, y procuraba con mucho cuidado que la abrazasen los pueblos, para que al odio que tenian los Flamencos al nombre Español se uniese la di-

versidad de creencia, para quitar toda esperanza de reconciliacion entre unos y otros; no obstante lo dirigia todo á sus particulares intereses, y á la ambicion de retener y vindicar la autoridad que obtenia de los rebeldes, segun la costumbre de los Príncipes que tienen erradas ideas de Dios, los cuales posponiendo la religion, solo miran á su propia utilidad. Finalmente las cosas de Flandes se hallaban en el mismo estado que las de Francia en el propio tiempo, donde con pretexto de religion lo trastornaban todo las pasiones y odios particulares, con lastimoso desprecio y menoscabo de la verdadera piedad. Despues que el Duque de Alba conferenció largamente con Requesens sobre el estado de aquellas Provincias, dispuso su viage acompañandote Don Fadrique su hijo, y una escolta de caballería; y habiéndose embarcado en las galeras en la costa de Génova, arribó finalmente á España en el mes de Marzo del año siguiente, y fué recibido con mucha humanidad por el Rey, que por largo tiempo se valió de sus consejos, así en las cosas de la guerra como en las de la paz.

El día siete de Septiembre falleció Doña Juana hermana del Rey Don Felipe, y madre del Rey Don Sebastian de Portugal, á los treinta y ocho años de su edad, llena de virtudes y buenas obras, para adquirir el premio de ellas en la bienaventuranza. Luego que murió su marido, y habiendo encomendado su hijo á Doña Catalina su abuela, se retiró á Castilla, donde en ausencia de su hermano gobernó estos reynos con mucha prudencia. Fundó dos Conventos y un Hospital, y dió muchos exémplos de caridad christiana, empleando copiosas riquezas en socorrer á los pobres, y en atraher á los bárbaros al culto del verdadero Dios por medio de varones insignes en piedad y doctrina, que enviaba á su costa. Su cuerpo fué sepultado en otro Convento que habia edificado para las Religiosas de San Francisco. Pocos días ántes le nació al Rey Don Felipe un hijo, que en el bautismo fué llamado Carlos en memoria de

su afortunadísimo abuelo. También falleció en este año Andres Resende, que habiendo dexado el hábito de Santo Domingo con dispensa Pontificia, obtuvo un canonicato de la Iglesia de Evora. Fué muy apasionado al estudio de las antigüedades, y las muchas obras que escribió en prosa y verso, manifiestan su grande erudicion.

CAPITULO VII.

ENVIA EL SULTAN UNA PODEROSA ARMADA AL AFRICA CONTRA LOS ESPAÑOLES. SITIO Y TOMA DE LAS FORTALEZAS DE TUNEZ Y LA GOLETA. DESGRACIADA EXPEDICION DEL REY DE PORTUGAL EN AFRICA. DISCORDIAS DE GENOVA. MUERTE DE COSME GRAN DUQUE DE TOSCANA.

En el Africa fué causa de una pérdida muy lamentable la falta de obediencia de Don Juan de Austria á las órdenes dadas por el Rey Don Felipe en el año anterior, de suerte que pareció habia sucedido con justa razon esta desgracia, para que los hombres no acusen injustamente á la fortuna, sino á sus propios errores y vicios. El Rey Don Felipe se habia persuadido que en Africa no convenia edificar sino destruir, pues era imposible establecer un imperio, que no estuviese sujeto á muchas calamidades entre unas naciones tan bárbaras y feroces, y de costumbres tan opuestas. Pero el deseo de reynar precipitó á Don Juan de Austria, creyendo que aprobaria el Rey su hermano lo que en realidad aborrecia en extremo; por lo qual no fué infundado el rumor que corrió entonces, de que noticiosos los Virreyes Granvela y Terranova de los designios del Rey, habian suministrado maliciosamente socorros á Cerbe-

llon para edificar la fortaleza de Tunez, despreciando las voces de que venia el Turco al Africa con su armada, para que junto con las fortalezas se arruinasen las esperanzas de Don Juan de Austria. Persuadido pues el Sultan de que el Español tenia pocas fuerzas, por haberse separado de él la armada Veneciana, mandó armar una muy numerosa, para hacerse dueño del imperio del mar. Componíase esta de doscientas y treinta galeras, y de otros setenta navios de todos géneros, que conducian quarenta mil soldados baxo el mando de Uluc-ali, y de Sinan Baxá, los quales comenzáron á navegar ácia el Africa en la primavera de este año de mil quinientos setenta y quatro.

1574.

Habiendo arribado la armada á aquellas costas, desembarcáron las tropas sin que nadie se lo impidiese, pues Hamet vendido y desamparado de sus subditos, procuró ántes guardar su cabeza que su reyno. Juntáronse á Sinan por mar y tierra poderosos socorros de los Turcos de Tripoli y Argel, y un gran número de peones para los trabajos. A un mismo tiempo fuéron combatidos los castillos de la Goleta, y el de Cerbellon que aun no estaba fortificado, al qual pasó la guarnicion que habia en Tunez, libertándola de la perfidia púnica; y de esta suerte volvió la ciudad al bárbaro, sin costarle sangre alguna, del mismo modo que la habia tomado el Español. Entre tanto Don Juan de Austria que guardaba las costas de Génova, para estar dispuesto en qualquier movimiento de guerra, solicitado por las cartas y mensageros de Portocarrero, se hizo á la vela en el puerto de Specia, y navegó á Nápoles y Mecina, para juntar de una vez toda la armada, y pasar con ella al socorro de los sitiados. Hallábase la Goleta mas fuertemente estrechada, no tanto por el valor de los enemigos, quanto por la impericia de su Comandante, que á pesar de las reclamaciones de sus Capitanes, impedía la defensa del baluarte por donde se comunicaba el mar á la fortaleza, habiendo reconcentrado dentro de ella la guarnicion, por donde en el baluarte perecian algunos. Habiéndole ocu-

pado los Turcos con mucho ardor, penetráron al foso sin ninguna dificultad.

A este mismo tiempo intentó en vano el Austriaco socorrer á los sitiados, pues una tempestad le dispersó sus galeras. Arrebatado Andrade por la fuerza de los vientos, corrió hasta Cerdeña con algunas, y no pudiendo la armada arribar á las costas de Africa, la obligó el temporal á entrar en Trepani, y faltó muy poco para que no naufragase en el mismo puerto. Defendian la Goleta dos mil Españoles: otros tantos tenia Cerbellon, é igual número de Italianos, mandados por Andres de Salazar, y Pagano Doria; y la guarnicion de Viserta, cuyo pueblo no podia defenderse por sus pocas fuerzas, fué trasladada á la Goleta con todas las provisiones de guerra. Reducidos á un pequeño número los presidiarios de la Goleta por lo riguroso del asedio, los socorria Cerbellon enviándoles por la laguna algunos pequeños navios cargados de víveres. Pero los Goletanos, á pesar de sus repetidas instancias, no pudieron conseguir de Cerbellon que desamparase su fortaleza, y se les juntase con sus tropas, porque lo creia inútil, y perjudicial á su fama. En un parage elevado de la laguna ocupaba Juan Zanoguera una pequeña fortificacion defendida por pocos soldados, y habiéndola acometido al mismo tiempo los bárbaros, no sacáron otra cosa que ignominia y heridas, por lo qual dirigieron todas sus fuerzas contra la Goleta. Derribada por la artillería una parte del muro, se abrieron camino á la fortaleza, y fuéron rechazados de allí muchas veces con admirable constancia por los nuestros, cuyo número se hallaba ya reducido á mil, hasta que oprimidos finalmente por la multitud de los enemigos, penetráron estos con espada en mano dentro de la fortaleza, despues de un combate de cinco horas continuas, en que murieron con mucha gloria sus defensores. Solos trescientos fuéron hechos cautivos, y entre ellos Portocarrero, Hamet, y Gerónimo de Torres que escribió la historia de este suceso. Los que estaban con Cerbellon, aunque veian

claramente lo que podian esperar despues de tomada la Goleta, no obstante hiciéron frente al enemigo con grande ánimo. Todas las veces que viniéron á las manos fuéron rechazados los bárbaros con mucha pérdida, y para evitar Sinan el estrago de los suyos, mandó levantar una trinchera mas alta que los muros de la fortaleza. Desde allí hacia su artillería un continuo fuego que arruinaba las fortificaciones, y con minas y todo género de máquinas trabajaba dia y noche para conseguir su empresa. Finalmente peleáron por espacio de muchas horas, y fuéron arrojados los enemigos de la brecha, y precipitados de las escalas con muerte de muchos; pero habiendo renovado el asalto con todas las fuerzas por cinco partes distintas, á fin de separar y dividir el pequeño escuadron de los nuestros, que estaba reducido á solos seiscientos hombres, se trabó una sangrienta pelea con increíble obstinacion, y no se veia otra cosa por todas partes, que armas, cuerpos muertos y despedazados, y la tierra regada de sangre, todo lo qual presentaba un cruel y horrible espectáculo. Ultimamente fué tomada la fortaleza, despues de muertos los que la defendian, el dia trece de Septiembre, y quedáron vivos solos treinta con Cerbellon, que habiendo sido conducido á la presencia de Sinan, le dió una bofetada, y le injurió con malas palabras en recompensa de su valor. Pagano fué degollado con perfidia púnica por sus mismos esclavos, en quienes habia confiado su vida con grandes promesas. Zanogueira entregó la pequeña fortificacion, habiendo conservado cincuenta soldados, con los quales llegó salvo á Sicilia en un navío Frances, para anunciar como testigo ocular tan grande pérdida. La victoria no fué de ningun modo alegre para los Turcos, pues perdiéron treinta y tres mil hombres. Despues de recogida la presa, en la que entráron quinientas piezas de artillería de todos calibres, arrasó Sinan las fortalezas. Trató con mucha crueldad á los Africanos, y especialmente á los de Viserta que se habian pasado al Español; y habiendo dexado en la ciudad de Tu-

nez una guarnicion de quatro mil Turcos , se volvió con su armada victoriosa á Constantinopla , en cuyo viage falleció Portocarrero. Desvanecidas de esta suerte las esperanzas del imaginario reyno de Don Juan de Austria , regresó triste y melancolico á Nápoles.

En el Africa Occidental tuvo principio en este año otra calamidad mucho mas lamentable , á que dió causa la repentina navegacion de Don Sebastian, Rey de Portugal. La culpa de tan inconsiderada audacia se atribuye por unos escritores á unos , y por otros á otros. Pero ¿de qué serviria entrar en esta averiguacion? Faria dice que el Rey no tenia su juicio cabal. Otros añaden que incitado con las frequentes conversaciones, que sobre estas cosas tenia con algunos jóvenes que le adulaban , emprendió la expedicion Africana : tan cruel mal es la adulacion de los cortesanos , que siempre es compañera de las grandes fortunas para conducir á la perdicion. El Cardenal su tio no pudo impedir tan precipitado consejo , ni todos los hombres de recto juicio y prudencia que habia en Portugal , y que miraban por el bien público , ni tampoco adelantó cosa alguna el Pontífice, que procuró disuadirselo en sus cartas. Despreciando pues todas estas exhortaciones , navegó al Africa con un pequeño ejército en el mes de Julio: tuvo algunos combates con los Moros que le salian al encuentro , con mayor peligro que daño , pues los bárbaros eran superiores en número , y en el arte de pelear á caballo. Por esto , habiendo reconocido la dificultad de la empresa , y siguiendo el aviso de los mas prudentes , se volvió prontamente á Portugal, divulgando la voz de que habia pasado al Africa á reconocer , y visitar las fortalezas. Pero tenia tan fuertemente impreso en su ánimo el deseo de la guerra Africana , que en los años siguientes , no pudiendo nadie por ningun medio apartarle de la idea de extirpar aquella impia nacion , se perdió á sí mismo, y perdió la flor de su reyno.

En Génova se encrudecia mas y mas el mal ca-

da dia de tal manera , que si los Embaxadores, y los ancianos no hubieran apaciguado á la sediciosa plebe, se hubieran acometido á mano armada. El desorden llegó á tal punto, que los antiguos nobles tuvieron que retirarse de la ciudad para libertarse del peligro que les amenazaba. Tampoco estaban muy acordes entre sí los nuevos nobles y el pueblo ; de tal suerte, que la ciudad se hallaba despedazada en tres partidos. El Pontífice y el César procuraban por medio de hombres prudentes apaciguar aquella discordia, pero todo fué en vano ; porque la obstinacion de los sediciosos rechazaba todos los consejos saludables , y como la multitud incitada está siempre dispuesta á creer lo peor , con qualquier rumor y sospecha recurría al instante á las armas , y lo llenaba todo de tumulto y confusion. Con la llegada de Don Juan de Austria á aquellas costas tomó nuevo cuerpo la sedicion , y el vulgo arrebatado del zelo de conservar su libertad , acudió á las armas para impedirle la entrada. No obstante el Senado le hizo todo género de obsequios , y solo se dió por ofendido el Austriaco de que envió á suplicarle, que no entrase armado en la ciudad , para que no se irritase mas el pueblo , que estaba exâsperado contra él por las falsas voces que habian corrido. Oido esto por el Austriaco , se irritó algun tanto , y respondió á los legados:

„que se admiraba en extremo de que le juzgasen por
„tan inconstante, y olvidado del honor , que con ánimo bastardo quisiese quitarles la libertad que les
„habia dado su invicto padre ; que considerasen el
„notable agravio que hacian á su propio decoro en
„formar un juicio tan injusto de su sinceridad : que
„ignoraba absolutamente haber hecho cosa alguna
„que mereciese el ser tratado tan indignamente por
„los Genoveses : que si atribuian la culpa al Rey
„Don Felipe su hermano , no podia ménos de acusar
„su desvergüenza , y las calumnias de aquellos hombres ingratos , despues que con una equidad escrupulosa , y digna de tan gran Rey , no habia perdonado cosa alguna para asegurar y defender la li-

bertad de los Genoveses : finalmente que se despedía de ellos para siempre , que cuidasen de sus cosas acordándose de los antiguos beneficios recibidos de los Príncipes Austriacos ; y que de allí adelante hiciesen otro juicio mas favorable de él y de su hermano. “ Habiendo despedido á los legados , navegó para España confiado en que su hermano le elevaria á alguna dignidad , pues no habia hecho cosa alguna que desdixese de sus mayores. Pero el Rey Don Felipe pensaba por el contrario , que debia reprimir la viveza de su espíritu y carácter , y abatir su fausto. Por tanto le pesó aunque tarde el no haber seguido los consejos de su augusto padre , el qual era de dictámen que aplicase al muchacho al ministerio eclesiástico , léjos de las armas , para que alguna dia no causase turbulencias por la ambicion de dominar. Finalmente el Duque Cárlos de Gandia marchó á Génova por mandado del Rey Don Felipe , y fué recibido honoríficamente por el Senado , habiendo concebido éste la esperanza de que se apaciguarian las discordias con la autoridad , y prudencia de este ilustre varon , y que se desvaneceria el peligro de que aquella chispa originase un gran incendio en la Italia. Por este tiempo falleció Cosme , Gran Duque de Toscana , despues de una molesta , y larga enfermedad , dispuesto christianamente. Fué hombre de grande ánimo , de grande ingenio , y muy piadoso. Embalsamado su cuerpo , y armado fué sepultado con magnífica pompa en la Iglesia de San Lorenzo. Entre los sollozos y lágrimas derramadas en sus exéquias , fué proclamado con extraordinario regocijo del pueblo por Gran Duque de Toscana Francisco su hijo ; y de este modo se convirtió el llanto en alegría , segun la acostumbrada vicisitud de las cosas humanas. Habia ya largo tiempo que conociendo su padre Cosme la buena índole y carácter del jóven , le habia confiado el cuidado del gobierno , y le pedia razon de sus providencias y determinaciones , y instruido de esta manera , se adquirió grande alabanza por su prudencia.

CAPITULO VIII.

PROYECTOS DE LOS HUGONOTES DE FRANCIA
DESCUBIERTOS Y CASTIGADOS. MUERTE DEL
REY CARLOS IX. LE SUCEDE SU HERMANO EN-
RIQUE III. SUCESOS DE LA GUERRA
DE FLANDES.

No cesaban en Francia las turbulencias, así como el mar despues de una tormenta continuá todavía inquieto. Permanecian en armas aquellos que aborrecian el nombre de la paz, la qual decian era una red con que el Rey y el Duque de Guisa oprimian á los incautos. Los que mas se distinguian eran Mombrun, Nuan, y otros que en diversas partes fomentaban el partido con todas sus fuerzas. En este tiempo se formaba otra nueva faccion llamada de los políticos, enemigos de las ideas del Rey, y de los Guisas, y nacida de la envidia, que acomete con furor á los que ensalzó la fortuna. Los cabezas de la sedicion procuráron atraer á su partido á Francisco, hermano del Rey, Duque de Alenzon, que llevaba á mal el no ser admitido al gobierno, y en cuyo lugar habia sido nombrado su hermano Enrique para hacer la guerra á los Hugonotes, y casi habian ya pervertido á aquel jóven, que ardia en deseos de dominar. Pero no se ocultó al Rey y á la Reyna su madre, que agitaba proyectos contrarios al bien del estado; por lo qual le rodeáron de centinelas, para que no pudiera escaparse. Finalmente se descubrió el nêgocio por la intempestiva aceleracion de los políticos, que enviáron á San German, donde entónces estaba el Rey, doscientos caballos para que le escoltasen en su fuga. Francisco pues, que no se habia declarado abiertamente, ni creia seguro confiar su persona á unos pocos caballos, resolvió estarse quieto con Enrique de Bearne. El Prin-

cipe de Condé se evadió intrépidamente, y se encaminó á Alemania, y el Rey, temeroso de alguna asechanza, se retiró apresuradamente á París. El de Alenzon y el de Bearne se disculpáron de tal modo, que parecia no haber cometido culpa alguna. Fuéron presos algunos de los principales del partido, que habian dado vehementes sospechas de su mala conciencia, y los reos pagáron sus delitos en el suplicio. De aquí pues volvió á encenderse la guerra en diversas partes. Mongomeri que habia herido á Enrique en un torneo, despues de varios sucesos y trabajos padecidos por la secta, fué preso y degollado en París. Poco despues se le agravó al Rey la enfermedad que le habia afligido largo tiempo, y habiendo recibido los Sacramentos, falleció el día veinte y nueve de Mayo, á los veinte y cinco años de su edad, sin dexar ningun hijo varon. Nombró por heredero de la corona de Francia á su hermano Enrique, que reynaba en Polonia, y por Gobernadora interina á la Reyna su madre.

Sintió en gran manera el Rey Don Felipe la muerte de Cárlos, porque esperaba que durante su reynado se extinguiría en Francia la heregía, y desarraygado de allí este contagio, se disminuirían las fuerzas, y deseos de los que trastornaban los estados de Flandes. Habiendo sido Enrique llamado con repetidas cartas y embaxadas á poseer el reyno hereditario, salió de Polonia á manera de fugitivo, dexando escrita una carta á los estados del reyno en que disculpaba su partida. Fué recibido con mucha magnificencia por el César, y despues por los Venecianos y los Príncipes de Italia, entre los quales se aventajó el Saboyano, deseoso de merecer su favor. El Gobernador de la Lombardia no faltó á ningun obsequio, y envió á Don Pedro de Sotomayor, para que desde las fronteras le acompañase con una escolta hasta Saboya. Desde allí pasó á Leon, y despues á Aviñon, donde falleció Cárlos, Cardenal de Lorena, hombre docto, eloqüente, y adornado de otras prendas de alma y cuerpo, y lo que es más

principal, defensor acerrimo, y observador de la piedad cathólica. Su cuerpo fué trasladado á Rems donde habia sido Arzobispo.

Luego que Requesens llegó á Flandes, puso todo su conato en socorrer con todo género de auxilios á Midleburg sitiado por los Orangianos. Previno una armada de sesenta navios de todos géneros, y confirió á Davila el mando de los buques mayores, y á Glymes, noble Flamenco, el de los menores, acompañado de Romero con los Españoles. Fué constante fama en aquellos tiempos, dice Bentivollo, que habiendo sido ganados por dinero los Pilotos, diéron en bancos de arena con nuestra armada, la qual rodeada y acometida por la de los enemigos, parte de las naves fuéron sumergidas, otras apresadas, y las demas se pusieron en fuga. Glymes murió peleando, y Romero se escapó á nado, mirando Requesens tan grave calamidad desde una fortificación inmediata. Para evitar Davila ser estrechado de los enemigos, y viéndose con muy desiguales fuerzas, conduxo su esquadra sana y salva al puerto de Amberes. Habiendo llegado los Midleburgenses al extremo de sustentarse con los manjares mas desusados, y no quedándoles esperanza alguna de socorro, por estar el enemigo apoderado del mar, entregó Mondragon la ciudad al Príncipe de Orange baxo de honrosas condiciones. El crédito de Mondragon era tan grande para con el de Orange, que salió de allí sin dar rehenes algunos, habiéndose llevado consigo á los soldados con sus equipages íntegros, y tambien á los Sacerdotes y alhajas sagradas, habiendo prometido que dentro de seis meses daria libertad á Aldegonde y á otros tres prisioneros; y que si no pudiese cumplirlo, volveria él mismo á ponerse en manos del vencedor.

Pasó pues Mondragon al Brabante, y fué recibido honoríficamente por Requesens, quien le prometió dar libertad á los prisioneros, y desempeñó con fidelidad su palabra. No les sucedió tan felizmente á los enemigos, que se hallaban muy soberbios en Wal-

chren, en la batalla terrestre que acaeció á poco despues cerca de Mock. Habiendo juntado Luis de Nasau un exercito en Alemania, habia puesto sus Reales entre Aquisgran y Mastrik, desde donde ponía asechanzas á varias ciudades. Pero le saliéron vanos sus intentos, habiendo sido descubiertos por los Españoles, y castigado á los traidores. Marchó contra Nasau Davila de órden de Requesens, acompañándole Mondragon y Romero, á los que siguiéron con alegría los Españoles, por la esperanza de que se les pagaria su estipendio, que por no estar corriendo habian empezado á rehusar el servicio. La suma total de las tropas era de quatro mil infantes, y ochocientos caballos, la mayor parte de ellos Españoles, los quales estaban tan habituados á pelear, que en oyendo la señal de la batalla se ordenaban por sí mismos de tal manera sin auxilio de su capitán, que todos y cada uno de ellos se hallaban dispuestos como si los hubiese arreglado un diestro General. Tenian los enemigos seis mil infantes y dos mil caballos por lo menos. Hubo primero entre unos y otros algunas leves escaramuzas favorables al Español, habiendo obligado muchas veces al enemigo á levantar su campo. Finalmente no pudiendo juntar sus tropas con las de su hermano, ni pasar adelante, ni permanecer allí sin mucho peligro, se acampó en un lugar fortificado entre los rios Vahal y Mosa. Deseoso Davila de pelear, se encaminó al enemigo en órden de batalla: trabóse un sangriento combate; y se juntáron á los Españoles tres compañías, que desde el camino fuéron conducidas á la batalla, con cuyo auxilio y valor fué puesta en fuga la caballería enemiga y ganada la victoria, en la qual se excediéron los vencedores encarnizándose demasiado en los vencidos. Se dice que muriéron de los enemigos quatro mil infantes y quinientos caballos. Pereciéron en el combate Luis y Enrique su hermano, con Christobal hijo del Conde Palatino; pero es mas creible que fuéron anegados en las lagunas, porque jamas se encontráron sus cuerpos.

Apoderáronse los nuestros de treinta banderas y de todos los bagages; mas sin embargo no produjo fruto alguno una victoria tan ilustre, por la insolencia de los Españoles, que pedian con gran protervia la paga. Como no era posible satisfacerles por la escasez del Real erario, arrojáron de su cuerpo á los Capitanes, y se encamináron en un escuadron á Amberes, resueltos á saquear aquella ciudad opulenta. Habiánse juntado allí quatro mil veteranos, y el reducirlos por la fuerza á su deber, era una empresa muy arriesgada. Acudió Requesens para apaciguar la sedicion; pero nada pudo la autoridad de un varon tan respetable contra la obstinacion de aquellos hombres perdidos. No obstante, se abstuvieron de hacer daño alguno á los ciudadanos de Amberes, ántes por el contrario levantáron una horca para castigar á los malhechores. Finalmente no pudiendo aplacar sus animos con razones algunas, entregó la ciudad á Requesens la suma de quarenta mil escudos que la habia pedido: juntóse otra cantidad del Real erario, y lo restante lo suplió él mismo, habiendo empeñado para esto su plata labrada. Habiéndoseles pagado el estipendio de quince meses, fuéron enviados á los Reales de Leyden, cuya ciudad habia muchos dias que estaba sitiada, defendiéndola Juan Douza, Poeta célebre, cuyos escritos que son muchos, son muy estimados de los hombres doctos.

Entretanto sucedió otra desgracia ocasionada por los Zelandeses, los quales derrotáron una armada de treinta navíos, que estaba armando Requesens en la fortaleza de Liló cerca de Amberes. Alegres los enemigos con la victoria, conduxéron á la Zelanda al Comandante de esta armada Adolfo Hamsted, á quien hicieron prisionero miéntras peleaba valerosamente. Los Leydenses sitiados por todas partes, no podían recibir ningun auxilio, y habiendo apurado todo género de alimentos buenos y malos, se veían reducidos al mayor extremo del hambre, y á cada paso se caian muertos. En esta situacion conmovido el Príncipe de Orange de la miserable suerte de los

de Leiden, y con el consejo de Luis Busolo Almirante de la armada, formó un proyecto verdaderamente temerario y dañoso, pero el éxito demostró que fué segurísimo este conato, para librar la ciudad de su ruina. Juntó hasta ciento y cincuenta naves chatas y de carga, en las que embarcó los soldados mas valerosos de la armada, con muchos viveres y municiones de guerra. Entre tanto que hacia estos preparativos, mandó abrir en diversos parages los diques de los rios, y derramándose el agua en mucha cantidad por aquellos campos pantanosos y baxos, se convirtieron estos en una inmensa laguna, quedando sorprendidos todos los Realistas de una cosa tan nueva. Pero luego que conocieron el intento de los enemigos, se levantó en los Reales una horrible grita de los que fortificaban los cuerpos de guardia con céspedes y esteras para impedir el ímpetu de las aguas: cavaban la tierra con las bayonetas y la llevaban apresuradamente en los morriones, hasta que acercándose la inundacion, se vieron obligados á recoger con mucha confusion sus equipages, y retirarse á los parages mas elevados. Sin embargo no podia navegar la armada porque aun no habia crecido el agua á la altura necesaria: pero habiendo soplado el cierzo, y juntándose tambien la creciente de la luna se hincháron las olas de tal manera, que la llanura parecia un mar. Levantada de tierra la armada y agitada con la fuerza de los vientos, navegó ácia la ciudad; y aunque los Realistas desde sus fortificaciones se esforzaban con la artillería á impedirles su curso, no pudieron conseguirlo, ántes por el contrario con la inundacion y los tiros de los enemigos eran muchos los que perecian. Por tanto determinaron retirarse á lugares seguros, porque el pelear contra los hombres y los elementos era una locura furiosa. Refiérese un hecho de Pedro Chacon digno ciertamente de memoria, el qual arrojado en una barca, como si ya estuviese muerto, viendo á los enemigos que eran seis ó siete muy engolfados en la pelea, se levantó, tomó un hacha de dos filos, los

acometió de repente por las espaldas, y mató á tres de ellos. Consternados los demas con el miedo se arrojaron al agua; y el vencedor Español arribó donde estaban sus compañeros con la barca llena de trigo. Desesperando pues los Españoles de apoderarse de la ciudad, y cuidadosos únicamente de ponerse en salvo, comenzaron á recoger á toda prisa sus equipages; y finalmente habiendo dexado en el campo muchas provisiones de guerra, se retiraron aquella misma noche por sus trincheras fortificadas á unos lugares inaccesibles al enemigo. De este modo se perdió el trabajo de muchos meses. Los Leydenses que se mantenian de las yerbas que produce la tierra espontaneamente, y de las hojas de los árboles, contraxeron muchas enfermedades causadas de tan estraños alimentos, y se asegura que habian perecido cerca de diez mil personas. Los que quedaron con vida corrieron inmediatamente á las puertas para congratularse con los que venian, y recibiendo el socorro de los víveres, aliviaron el hambre que por tan largo tiempo habian padecido. Rechazados los Españoles del sitio de Leyden, acometieron al Capitan Valdes, llenándole de injurias y maldiciones, y atribuyéndole la culpa de que por su codicia no habia sido tomada la ciudad, cuyos despojos les servirian de estipendio. Desde allí se encaminaron sublevados á Utrech con intento de escalarla; pero fueron repelidos de su vana empresa por el intrépido valor de sus habitantes, ayudados de Osorio Ulloa Comandante de la fortaleza, no sin estrago de una y otra parte. Finalmente habiendo llegado el dinero para la paga, volviéron á su deber.

Entre tanto resonaba tambien el ruido de las armas en otras partes de Flandes. Tomaron los Españoles algunos puestos fortificados; y otros fueron defendidos por los Orangianos con la inundacion de los campos, cuyo daño apenas puede calcularse. Compadecido el Rey Don Felipe de los males de Flandes, y para que los rebeldes no se perdiesen del todo, les habia ofrecido este año el perdon general de todo lo

pasado, con tal que guardasen la religion cathólica, y le tributasen á él el debido obsequio. Esta indulgencia surtió muy poco efecto; y solo algunos particulares desterrados se volviéron privadamente á su patria: pero todos los pueblos que habian abrazado el partido del Príncipe de Orange, persistiéron en su obstinacion. En este año se suscitó una controversia con la Reyna de Inglaterra, habiéndola enviado unos Diputados Flamencos, para reclamar la presa que referimos en el cap. IX. del libro anterior; y con su actividad y oportunos officios fuéron restituidos al Rey con mucho pesar de los negociantes doscientos mil florines, como asegura Isselt, ú ochenta mil como dice Estrada.

CAPITULO IX.

MUERTE DEL SULTAN SELIM. SUCEDÉLE SU HIJO AMURATES. ES DECLARADO REY DE ROMANOS RODULFO HIJO DEL CESAR. CONTINUACION DE LAS DISCORDIAS DE GENOVA. CONGRESO DE BRENDA PARA TRATAR DE LA PAZ DE FLANDES.

El Sultan Selim, que habia comenzado á construir una poderosa armada, y hacia grandes preparativos de guerra para el año siguiente, con el deseo de dilatar su imperio, falleció á mediados del mes de Diciembre. Sucedióle su hijo Amurates á los veinte y siete años de su edad; el qual para reynar con mas seguridad, subió al trono á principios de este año de mil quinientos setenta y cinco, haciendo quitar la vida á sus hermanos, según la antigua costumbre. Sin embargo no emprendió cosa alguna contra los Príncipes christianos, porque se hallaban afligidos sus subditos de la peste, de los naufragios y de otras calamidades, y puso todo su cuidado en establecer y asegurar su imperio, cuyos principios se hallan expuestos muchas veces entre los Turcos á

grandes turbulencias. Comenzó á corregir severamente la depravada licencia introducida en los tiempos anteriores: arrojó del Serrallo á quinientas mugeres esclavas de la regia liviandad: refrenó con mucho rigor los fraudes de los comerciantes, y dió otros exempos de prudencia, agena de un bárbaro.

El Rey Don Felipe aunque corria la voz de que en el Oriente no habria movimiento alguno, creyó que convenia fortificar con guarniciones las costas marítimas de Italia, para que se hallasen prevenidas contra qualquiera invasion repentina, y no padeciesen algun daño por su negligencia. El mismo cuidado tenia el César para la seguridad de sus fronteras, que no cesaban de molestar los Turcos; pues sin respeto á las treguas pactadas, se habian apoderado por engaño de quatro ciudades. Habiendo convocado una Dieta en Ausburgo, procuró en ella que su hijo Rodulfo Rey de Bohemia y Hungria fuese declarado Rey de Romanos; lo que consiguió fácilmente por la buena voluntad que le tenian los electores. Uno solo de ellos, que fué el Conde Palatino, rehusó asistir por sus antiguas desavenencias; pero envió despues á su hijo mayor, para que concurriese á la inauguracion.

Las cosas de Génova se hallaban cada dia en peor estado, y en mayor peligro de su ruina, por la obstinacion de los Nuevos, que habian invadido la República. Orgullosos con el mando, no querian condescender á las justas peticiones de los antiguos, los quales con el deseo que tenian de la tranquilidad, se inclinaban á que se decidiesen sus discordias por arbitrios. Juzgó este medio por equitativo el Cardinal Moron Legado Pontificio, varon muy benemérito de la República, y tambien los Españoles, que habian padecido muchos trabajos y peligros por ella; y finalmente los Legados del César ostigados ya de tan prolixos debates. El pueblo decia que no convenia á la República recibir leyes dictadas por ninguna potencia extranquera, y que cuidase cada una de sus propios negocios: que no se fiaba de nadie, y

que no sufriria que fuese oprimida su libertad, y á la verdad para defenderla tomaban á cada paso las armas, excitando tumultos por qualquiera causa leve; pero los Legados hacian muy poco aprecio de estas vanas amenazas. Entre tanto el Rey de Francia envió con dos galeras á los desterrados Marcos Virago, de Lombardia, y Galeazo Fregoso, de Génova, para que asegurasen á la República de su benevolencia. Oyó el Senado esta embaxada, y les dió gracias con una prolixa arenga; pero no ignorando los artificios con que los Príncipes suelen buscar su propia conveniencia á costa del daño ageno, despidió inmediatamente á los dos enviados, para evitar que el Frances rompiese con el Español, y que de esto se originasen á la República mayores males que los que padecía. El Rey Don Felipe habia escrito al Senado mucho tiempo ántes, que de ningun modo toleraria que se intrometiese ningun Príncipe en las cosas de un pueblo, que estaba baxo de su proteccion, para que con pretexto de hacer la paz, no padeciese detrimento su libertad. Pero tampoco el mismo pudo librarse de la sospecha que atribuia á los otros, por haber mandado que se acercasen las tropas á las fronteras de Lombardia, aunque lo hizo con el fin de reducir en caso necesario con la fuerza al partido que rehusase obedecer. Miéntras tanto, no cesaban de infamarse recíprocamente con varias calumnias, habiendo enviado Diputados al Pontifice, al César, y al Rey Don Felipe á fin de justificar cada uno su causa, y acriminar la de sus contrarios. Para abreviar este negocio, se disponian el Pontifice y el Rey Don Felipe á tomar las armas contra los retractarios; pero los Legados no omitian medio ni diligencia alguna para apaciguar los animos y reducirlos á una buena composicion. Visitaban benignamente ya á unos ya á otros, conferenciaban con ellos, y les proponian condiciones. Pero al fin como nada adelantasen con su blandura y alhagos, les pareció ser necesario recurrir á la fuerza. Movidó pues el Rey Don Felipe de las súplicas de los Antiguos que imploraban su socorro,

y manifestándose claramente que sin el terror de las armas no podria restablecerse la concordia, previno á su hermano que habia vuelto á enviar á Nápoles, y á quien tenia confiado el gobierno de sus dominios de Italia y del exercito que allí tenia, que obligase con la fuerza á recibir la paz los que la rehusaban.

Luego que Don Juan de Austria llegó á Génova, mandó á Doria que se apostase en las costas con una armada poderosa, y que por la parte de Lombardia acometiesen las tropas, para cuya manutencion habian juntado dinero los Antiguos. Los Nuevos por el contrario alquilaban otras tropas, y hacian todo quanto podian para sostener su partido, arrebatados de la ambicion de dominar. Hubo algunos combates de no mucha importancia, y fuéron tomados los lugares fortificados; principios á la verdad de una grande guerra, si las fuerzas hubiesen sido iguales á los conatos. Pero considerando que si perseveraban en hacer frente á las armas Españolas, les costaria muy cara su obstinacion, se rindiéron al fin, conviniendo en que se arreglasen las cosas de la República al arbitrio de los Legados; y habiéndose aceptado este justo medio, se diéron recíprocamente rehenes y despidiéron las tropas. Formáronse en Casal ciudad del Duque de Mantua, las leyes sobre el modo de elegir los Magistrados que habia de observar en adelante el Pueblo de Génova, y fuéron promulgadas con grande alegria y complacencia de todos; y de esta suerte termináron con la paz los males de una torpe discordia, y los ciudadanos fuéron reducidos á la tranquilidad.

Celébrase en Roma el año Santo con gran concurrencia de los fieles, y con admirable piedad, aunque muchas ciudades de Italia estan afligidas de una cruelisima peste, que hacia horribles estragos, habiendo quedado tan miserablemente desolada la provincia de Abruzo, que apénas bastaban los vivos para dar sepultura á los muertos. En Milan el Santo Arzobispo y Cardenal Borromeo empleó su ardiente caridad y todas sus facultades en socorrer á los ciudadanos

en aquella calamidad , de tal manera que ni aun perdonó las alhajas y muebles que mas necesitaba. Nápoles fué preservada por singular beneficio de Dios. El Cardenal de Granvela , despues de haber exercido largo tiempo el empleo de Virrey de aquel Reyno , fué llamado á España por el Rey Don Felipe , y le nombró Presidente del Consejo de Italia. Sucedióle en el Virreynato Don Inigo de Mendoza Marques de Mondejar , que adquirió tan ilustre nombre en la guerra de Granada. Agotado por este tiempo el Real Erario con los gastos de tantas guerras , y oprimido con muchas deudas , se vió el Rey obligado á aumentar las contribuciones , aunque los pueblos se hallaban muy cargados ; y con permiso Pontificio comenzó á vender las villas y lugares que la piedad de los antiguos Reyes habia donado á los Obispos. Procuró poner remedio á las excesivas ganancias de los banqueros que suministraban en diversas partes el dinero para la paga de las tropas ; y prohibió tambien sus enormes usuras , y que no se les exigiesen á ellos por sus acreedores. Despues de esto fueron pagadas las deudas públicas , y exónerado de esta carga el Real Erario , con mucho disgusto de los negociantes y cambistas. Cerbellon y otros que habian sido hechos cautivos en la Goleta , fuéron puestos en libertad á solicitud de los Venecianos , y por medio de la permuta de los Turcos apresados en la batalla naval de Lepanto , que Don Juan de Austria habia hecho conducir á Roma.

Suscitáronse en Francia nuevas turbulencias , que habrian causado mayores males , si no se hubiera puesto remedio á tiempo con las armas y la prudencia. El Duque de Alenzon , hombre de natural inconstante , y que ardía en la ambicion de dominar , salió de Palacio con pretexto de la caza , y habiendo burlado á las guardias , se escapó de la Corte , y fué recibido por muchos nobles sabedores del hecho , para que el nuevo partido se asegurase con la autoridad de la sangre Real. No causaba menor mal el Príncipe de Condé , que juntando entre tanto un ejército en Alema-

nia , envió delante parte de él á las órdenes de Thore , que le habia acompañado en su fuga , para que socorriese á los suyos en Francia. Este pues fué acometido en Castel Tierri , y le venció en batalla el Duque de Guisa , que sacó una herida en el rostro. La Reyna madre deshizo otro torbellino ; pues movida por el amor de su hijo , y por el deseo de la tranquilidad , marchó á hablar al de Alenzon , y pudo tanto con sus halagos , en cuyo arte era muy diestra , que ajustó con él treguas por seis meses. Confirmólas el Rey á fines del Otoño á pesar de los Cathólicos , para que mediando este tiempo , se apaciguase el ardor del Duque de Alenzon , y diese oídos á mas saludables consejos.

Deseoso el César de apagar el incendio de la guerra en que ardía Flandes , por el peligro á que estaba expuesta la Alemania por su cercanía , mandó á Gunter Conde de Suat-zemburg , que además de su esclarecida sangre era muy ilustre por su prudencia , que pasase á aquellas provincias y procurase componer la paz , con utilidad de ambas partes en quanto fuese posible. Juntáronse unos y otros en Breda , que ocupaban los Españoles , y fuéron dados en rehenes Romero , Mondragon , Cruillas , y Alentour. Los Realistas extendieron las condiciones de la paz , en las que , por el deseo que tenian de la tranquilidad , cediéron benignamente en muchas cosas , á excepcion del exercicio de la nueva secta. Pero este era el punto esencial en que insistian los rebeldes con pertinacia increíble , por la astucia del Príncipe de Orange , que aunque se hallaba ausente , era el árbitro y director de todo quanto hacian. Diéron pues una respuesta picante y llena de palabras insolentes , la que fué rechazada por los Realistas con muy sólidas razones. Lo que pedian era , que hecha la paz saldrian los Españoles de Flandes ; y que así como quando el Rey Don Felipe regresó á España en los años anteriores , mandó salir sus tropas para satisfacer á las peticiones de los Flamencos , del mismo modo lo hiciesen ahora , para que no quedase motivo alguno de queja. Pero se les replicó , que el pedir que

los Españoles fuesen sacados de toda la Flandes ántes que unos y otros dexasen las armas, era una cosa muy ofensiva de la Magestad Real, y muy opuesta á las leyes de la guerra, pues ellos rehusaban despedir sus tropas, y era una cosa justa que la condicion que querian exigir, la cumpliesen ellos igualmente: que además de esto erraban enormemente en pedir que los negocios de religion se decidiesen en la Junta de los Estados, que solo trataban de las cosas civiles; y que desde el principio de la Iglesia siempre se habian tratado y decidido las cosas sagradas en los Concilios: que la razon y la justicia pedian que restituyesen al Rey lo que le habian quitado durante la guerra, pues así lo hacian unos Príncipes con otros quando ajustaban las paces, y mucho mas obligados estaban los súbditos, que sin derecho alguno le habian despojado de sus posesiones. Finalmente que así como el Rey no tiene potestad para mudar la religion á su antojo, tampoco los súbditos pueden abjurarla sin cometer un gran delito, quando en la inauguracion se prometió con reciproco juramento conservar y defender la religion cathólica: que sin embargo concedia el Rey por un acto de benignidad, que todos los que estuviesen inclinados á la nueva secta, saliesen de todos sus dominios llevando consigo sus bienes, dándoles para esto el término de diez años, con tal que entretanto fuesen gobernados por los Cathólicos. Habiendo recibido los Holandeses este escrito, deseaban con ardor ausentarse del Congreso, para tratar el negocio en la Junta general de los pueblos. El Enviado del César procuraba con mucho empeño oponerse á esto, pues si una vez se retiraban de allí, no habia esperanza alguna de que volviesen, ni se podria establecer la concordia. Mas no fué posible vencer la pertinacia de los Holandeses que rehusaban la paz, si no se hacia á su modo y segun su conveniencia; y de esta suerte, habiendo restituido los rehenes, se retiráron para no volver mas. Indignado el Legado imperial de esta obstinacion; y viendo que no podia adelantar cosa alguna, se

apresuró á volver al César, para declararle que no se cansase mas en solicitar la paz, pues ántes se reconciliaria el agua con el fuego que el Holandés con el Español. Al cabo de muchos días diéron una respuesta muy larga, en la que aseguraban que no alterarian cosa alguna de lo que tenian pedido. Omitimos referir todo lo demas que acaeció en este Congreso, porque no lo permite la brevedad que nos hemos propuesto en esta obra. A la verdad el Príncipe de Orange, cuyos consejos seguian en todo, estaba obstinado en retener la potestad, que á costa del mal público habia adquirido, y estaba resuelto á perecer en el mismo fuego en que ardiese la República, si la fortuna le fuese contraria. Veia además que habiendo tomado una vez las armas contra el Príncipe, no las podia dexar con seguridad; pues vendria á parar en manos de aquel á quien habia hecho tantos agravios; y de esta suerte el miedo y la ambicion, que son muy malos consejeros, le arrebatában muy léjos de los límites de la razon. Finalmente su extremada perversidad, y su profundo talento, le hicieron mirar como el mayor y mas perjudicial enemigo que jamas ha tenido España.

CAPITULO X.

PROSIGUE LA GUERRA DE FLANDES Y DE HOLLANDA. EMPRESA MEMORABLE DE LOS ESPAÑOLES PARA APODERARSE DE LAS ISLAS DE SCALDIA Y DUVELANDA, Y OTROS VARIOS SUCESOS.

Habiéndose desvanecido la esperanza de la paz, volviéron otra vez á las armas, y Requesens dió orden á Egidio, hijo de Barlemont Señor de Hierges, para que hiciese la guerra. Este pues habiendo juntado un ejército, acometió á Bura, ciudad del dominio de Orange. Despues de arruinar parte de la

muralla, y no dando los habitantes señal alguna de rendirse, entraron las tropas por la brecha y por un puente que mandó hacer sobre el foso. Refugiáronse los vecinos á la fortaleza; y habiendo pactado desde allí que no se les haría mal alguno en sus personas, salieron desarmados, y fué entregado el pueblo al saqueo del soldado. Despues de esto cercó con las tropas á Udevater, y habiendo exhortado á la guarnicion á que se entregase, insultó ésta con tiros y oprobrios á los Realistas, haciendo de ellos gran desprecio; pero le costó muy caro su arrogancia, pues en el segundo asalto fué rechazada y puesta en fuga. El pueblo fué arrasado, y todos sus habitantes pasados cruelmente á cuchillo sin diferencia alguna de edad ni sexò. Inmediatamente comenzó el sitio de Sconou, situada en la cercanía en un terreno pantanoso á la orilla del rio Lech. Los habitantes se inclinaban al partido del Rey, y estaban disgustados de la guarnicion, y viéndose frustrados de sus auxilios, pues de las naves que venian al socorro solo entró una, habiéndose perdido las demas, se apresuraron á entregarse. Tomó Egidio á los enemigos otros puestos fortificados, y los aseguró con guarniciones; y concluida felizmente esta expedicion, se retiró á Utrech. Entre tanto Mondragon atravesó á pie con los suyos el mar por espacio de una milla, y tomó la pequeña isla de Finaert, que los enemigos tenian ocupada, habiéndose escapado la guarnicion en unas barcas.

A este mismo tiempo meditaba Requesens una hazafia que no carece de exemplar, pero que por la grandeza del peligro y la felicidad del suceso, no hay otra que pueda igualarla. Habiale exhortado muchas veces el Rey Don Felipe en sus cartas que procurase fixar el pie en la Zelanda, para proporcionar un asilo seguro á la armada que en breve saldría de España. Estaba el Rey persuadido de que no podría sujetar á la Holanda si ántes no triunfaba de ella en el Océano. Para llevar adelante este designio pasó á Amberes con Chapin y los principales cabos, y entregó á Dávila una armada bien provista; y envió

delante exploradores que reconociesen los vados. El principal objeto era apoderarse de las islas de Scaldia y Duvelandia, con la esperanza de recobrar á Walkren. Fuéron varios los pareceres de los exploradores, y cada uno ponderaba la empresa fácil ó difícil segun su carácter, y aun algunos afirmaban que soio podia intentarse por unos hombres desesperados, y que estuviesen resueltos á perecer. Por el contrario, Francisco Marradas y sus compañeros aseguraban que se podia pasar el vado, con tal que hubiese un ánimo que despreciase el peligro. Disputóse con mucho ardor por una y otra opinion en el consejo de guerra; y al fin venció la sentencia de que se debian exponer á los peligros, y pelear con el Océano y con los enemigos, que estaban apoderados de las costas. Fuéron pues conducidos en pequeños navios á Philipisland, llamada así de Felipe el Bueno, mil y quinientos soldados armados, y doscientos peones, que habian de entrar á pie por el mar, y otros tantos soldados se embarcáron en la armada. Entráron en el mar por el último ángulo de la isla en la menguante de las olas, y le tuvieron muy tranquilo y favorable. En aquella noche, que fué la de la víspera de San Miguel, se viéron en el cielo metheoros extraordinarios, y volar vigas de fuego, como refieren algunos escritores; y alegres con este presagio, aceleráron con grande ánimo su marcha. Iba delante Juan Osorio con los Españoles: seguíanles los Flamencos y los Alemanes, y despues de ellos los peones; y cerraba el esquadron Gabriel de Peralta con sus compañías. Caminaban de dos en dos ó de tres en tres, porque no podian ir muchos juntos por aquel lomo ó banco de arena. Los enemigos habiendo conocido el designio, dispusiéron su armada á lo largo para impedirles el paso. Marchaban por medio de ella los Españoles prevenidos para la batalla; pero los vados estorbaban que pudiesen llegar de cerca á las manos. No obstante, los enemigos disparaban desde léjos una lluvia de balas al rodeado ejército, aunque con muy poco daño, porque la obscuridad no les permitian acertar con los

tiros; y procuraban aterrar al soldado con mucho estrépito y gritaría. Mas todo esto fué en vano, porque acordándose de su antigua milicia, se encaminaba con mutuas exhortaciones, y despreciando al enemigo, aceleraban el paso todo quanto podian. Pero volviendo la acostumbrada marea, se acercaron mas las barcas enemigas, y comenzaron á detenerles la marcha. Desde ellas les tiraban, y los arrastraban con picas y garfios, hiriendo á los que no podian sentar sus pasos. Estos pues, aunque en algunos parages les llegaba el agua hasta el pecho, volvian el rostro adonde era mayor el peligro, y uniéndose quanto podian peleaban acerrimamente entre los innumerables tiros que por todas partes volaban sobre ellos, sin que tuviesen la menor cuenta con su vida, estando obstinadamente resueltos á seguir adelante ó á morir. En tan ciega batalla, y en tan inaudito género de pelea, nada podia el consejo ni la prudencia, y la suerte lo dirigia todo. Isidoro Pacheco cayó muerto á impulsos de una bala de cañon, y algunos pocos soldados rasos por diversos accidentes. Despues que salieron del mar, por el qual habian caminado cinco millas, les sobrevino otro nuevo peligro. Hallábanse en la costa dos mil soldados armados Franceses, Escoceses y Ingleses, que los enemigos habian tomado á sueldo. Habiendo llegado á tierra los Españoles, levantaron las manos al cielo y imploraron el auxilio de la Virgen Santísima, y del Apostol Santiago, y aunque mojados todavia y fatigados con el trabajo de la noche anterior, acometiéron con increíble audacia á aquellas tropas descansadas, yendo delante Osorio con veinte y cinco compañeros, y aterrados los enemigos, despues de haber hecho una descarga, se pusieron en fuga, y se retiraron á los puestos fortificados. Pero Peralta que cerraba el esquadron, llegó á media noche á lo mas profundo del canal, donde pereció gran parte de los peones, sumergidos por las olas; y habiendo intentado en vano vencer á nado aquel paso, le hizo volver el ímpetu de las aguas con su pequeño esquadron adonde habia salido, y llegó á

la pres
éxito
che en
que ig
dores.
en la t
bado á
era la
gase á
damen
las tro
tomado
llos in
deráro
enemig

Pa

zea, c
ofrecia
ancho
Dávila
desnud
guiénd
ga, pe
la otra
en fug
mediat
dos, c
miedo
to Per
landia
zo y c
temeri
con la
Señor
lado c
hortad
la cien
tido e
no pu
inunde

la presencia de Requesens, que ansioso de saber el éxito de la empresa, se habia quedado aquella noche en una altura, y le reprehendió asperamente porque ignoraba todavía lo acaecido. Pero los vencedores del Océano y de los enemigos en el agua y en la tierra, diéron aviso á la armada de haber arribado á la isla, disparando á este fin unos cohetes, que era la señal en que habian convenido, y sin que llegase á ser sentida de los enemigos, se acercó aceleradamente á fuerza de remo, y desembarcó en la isla las tropas, viveres y municiones. Despues de haber tomado algun descanso voláron por todas partes aquellos intrépidos guerreros, y en breve tiempo se apoderáron de todas las fortalezas, y arrojáron á los enemigos de toda la Duvelandia.

Para pasar á la otra en que se halla situada Ziriczea, ciudad fortificada y célebre por su puerto, se ofrecia á la vista un terrible canal de tres millas de ancho, y sus costas estaban llenas de enemigos. Pero Dávila y Mondragon sin aterrarles este peligro, se desnudáron y entráron intrépidamente en el mar, siguiéndolos dos mil soldados armados. Con gran fatiga, pero con igual constancia llegóron los nuestros á la otra parte del canal, y los enemigos se pusieron en fuga sin haber dado ninguna prueba de valor. Inmediatamente se apoderáron de los lugares fortificados, de los cuales unos estaban abandonados por el miedo, y otros fuéron mal defendidos; habiendo muerto Peralta, que habia pasado con la armada á Duvelandia, y algunos pocos soldados. Con mayor esfuerzo y daño fué tomada la fortaleza de Bommel por la temeridad de los Españoles; lo que fué recompensado con la muerte de la guarnicion. Entretanto Arnoldo, Señor de Dorp, fortificaba á Ziriczea, habiendo burlado con sus astucias á los Realistas. Finalmente exhortado á que se entregase, no quiso dar oidos por la cierta esperanza del socorro, que le habia prometido el de Orange; y para que los soldados del Rey no pudiesen levantar trincheras, abrió los diques, y inundó todo el campo baxo al rededor de la ciudad.

No desanimó á los Realistas la imposibilidad de levantar las trincheras, y reforzados con las nuevas tropas que les enviaba Requesens, cerraron el puerto para que los Orangianos no pudiesen introducir socorros algunos, estando resueltos á expugnar la ciudad por hambre. Mientras que estaban allí detenidos baxo el mando de Mondragon, comenzó el año entre los Flamencos á principios del mes de Enero, que ántes principiaba el día de Pascua de Resurreccion, cuya costumbre fué anulada por Requesens en pleno Senado el año de mil quinientos setenta y seis.

1576.

Habiendo sido sitiada mucho tiempo ántes por los de Orange con una armada la fortaleza de Crimpon, situada á la orilla occidental del Rhin, que en el año antecedente habia sido tomada por Hierges, se halló en este tiempo obligada á entregarse por hambre. Llegaron navíos de España con un socorro de soldados; pero mucho ménos de los que se necesitaban para refrenar á los enemigos, que eran dueños del mar. Habiendo llegado Chapin desgraciadamente á los Reales de Zirczea, donde se hallaba el soldado acampado en tierra húmeda y pantanosa, cayó enfermo, y regresó á Amberes para curarse, pero murió en el viage: fué varon no ménos valeroso que perito en la ciencia militar. Mondragon, Capitan el mas intrépido de su tiempo, estrechaba cada dia mas y mas á los Zirczenses, habiendo levantado sus defensas y baluartes en las alturas, sin desanimarle lo riguroso de aquel cielo, y lo mal sano del parage. Habia cerrado todas las entradas, y estaba prevenida la armada contra la fuerza enemiga, y finalmente tenia abundancia de todas las cosas. Pero el Príncipe de Orange confiado falsamente de que los soldados del Rey no podrian sufrir á campo raso la crueldad del invierno, determinó socorrer á los sitiados aunque fuese á costa de los mayores peligros. Intentólo muchas veces con varia fortuna, y finalmente el mismo Orange, acompañado de Luis Bussot, hombre muy experto en el mar, quiso exponerse al peligro con grande esperanza de vencer. A la verdad en el pri-

mer e
audac
que c
de su
fuerza
traor
tilleri
callac
Bussot
aguas
mane
dos g
gidos
entre
de oc
ria m
fuéro
nos l
sus b
Junio
bia K

MU
DER
RA

FO

Am
por
aqu
ved
tinu
arro

mer encuentro se mostró favorable la fortuna á los audaces : mas excitados los Realistas del gran peligro que corrian , y exhortados con la voz y el exemplo de sus Capitanes , renovaron la pelea con todas sus fuerzas. La nave en que iba Bussot que era de extraordinaria grandeza fué destrozada por nuestra artilleria , y habiéndola cogido la baja mar , quedó encallada , y parte de su tripulacion escapó á nado. Bussot pereció con otros muchos sumergido en las aguas por el peso de las armas , y murieron de varias maneras ochocientos soldados de Marina. Consternados gravemente los sitiados con esta pérdida , y afligidos tambien con el hambre , se resolvieron al fin á entregar la ciudad que habian defendido por espacio de ocho meses. Prometiése á todos que no se les haria mal ninguno en sus personas ; pero en lo demas fueron poco decorosas las condiciones. Los ciudadanos pagaron doscientos mil escudos por el rescate de sus bienes : fué hecha la entrega el dia treinta de Junio ; y salió salva la guarnicion conforme se habia pactado.

CAPITULO XI.

MUERTE DEL GOBERNADOR REQUESENS ; APODERASE EL SENADO DEL GOBIERNO, Y SE DECLARA CONTRA LOS ESPAÑOLES. VICTORIA GANADA POR ESTOS EN AMBERES. JUNTANSE EN GANTE LOS ESTADOS DE FLANDES.

Entre tanto se habia quedado Requesens en Amberes agitado de grandes cuidados é inquietudes por la situacion crítica y calamitosa en que veia aquellas provincias. Los Flamencos inclinados á novedades , y ostigados de una guerra tan larga y continua , conferenciaban entre sí sobre los medios de arrojar de allí á los Españoles. Padecia tambien su-

ma falta de dinero para pagar las tropas, ni sabia donde buscarlo. El Rey no le enviaba ninguno, porque los negociantes que ántes lo libraban se excusaron á hacerlo, por el trastorno de sus intereses que les habia causado el decreto del año antecedente, y se hallaba casi arruinado el comercio. Por tanto no solamente no le quedaba medio alguno de poder derrotar al enemigo, pero ni aun de sostenerse. Rodeado pues de estos males, oyó que la caballería habia desertado tumultuariamente por la falta de paga. Penetróle tan altamente esta nueva, que ardiendo en deseos de vengarse, mandó luego á los pueblos que tomasen las armas que les habia quitado el Duque de Alba, para rechazar estas injurias, que fué lo mismo que tocar la trompeta para que se encendiese una guerra intestina. Desde allí se volvió á Bruselas para ganar la indulgencia del año Santo, donde le acometió una agudísima calentura, cuya violencia le quitó la vida en breve tiempo sin que hubiese nombrado sucesor alguno. Su muerte perturbó sobre manera el estado de las cosas de Flandes. El Senado tomó las riendas del gobierno, discordando entre sí sus individuos, con mucho daño del público, por sus particulares intereses y pasiones. Negóse á los Españoles que habian ganado á Ziriczea la paga de muchos meses que se les debia, y sin pedirla se les dió á los Alemanes mandados por Annibal Conde de Altemps, con facultad de restituirse á su patria. Parecia que la intencion del Senado era obligar á los Españoles á que la necesidad los dispersase, y tener gratos á los Alemanes y á otros que con ocultas maquinaciones habian atrahido á su autoridad, para que debilitando las fuerzas Reales, y alejando de sí el miedo de las armas, pudiese disponer á su arbitrio del gobierno público. Uno y otro le sucedió á medida de sus deseos, porque el Conde de Orbestein se pasó al Senado con su legion. Rehusando los Españoles obedecer, porque se les negaba la paga, desampararon los Reales en numero de mil y seiscientos de ellos, y marcháron al Brabante, y desde allí á Alost, ciu-

dad s
fuerza
ba el
de M
Bruxe
y fals
aque
apena
dante
rónim
hallab
menc
nian
ciéro
allí.
vinci
extra
lo la
ber
suert
ántes
arma
Barl
dore
y p
pues
ener
pala
Alo
pon
dav
bies
bien
de
clar
con
se
aut
su
á s

dad situada entre Bruselas y Gante, para exígir por fuerza de los habitantes el estipendio que les negaba el Senado, no habiendo querido dar oídos al Conde Mansfeld que les ofrecia una parte. Irritados los Bruzelenses contra los Españoles por las verdaderas y falsas noticias que les diéron de las crueldades de aquellos hombres en Alost, tomarón las armas, y apénas pudiéron escaparse Alfonso de Vargas Comandante de la caballería Española, el Licenciado Gerónimo de Roda, y el Capitan Romero. Mondragon se hallaba custodiado en Ziriczea por los soldados Flamencos. En una palabra era tanto el odio que tenían á los Españoles, que de órden del Senado se hicieron reclutas en todo Flandes para arrojarlos de allí. Finalmente, por conspiracion de todas las provincias se tomarón las armas contra todo género de extrangeros notados con el nombre de Españoles. Solo la provincia de Luxémburgo permaneció en su deber con admirable exemplo de fidelidad; y de esta suerte llegó á manifestarse lo que de mucho tiempo ántes proyectaban aquellos animos. Entráron pues los armados en el Senado, y arrebatando á Mansfeld, Barlemont, Asonville, Delrio, Vigli y otros Senadores, conocidos por su inalterable fidelidad al Rey, y prudente conducta en paz y en guerra, fueron puestos en prision. El resto del Senado declaró por enemigos á los Españoles; y maltratados con obras y palabras por los Flamencos los que se hallaban en Alost, fuéron expelidos de allí con ignominia. Respondió el Rey á las cartas del Senado; y como todavía ignoraba las cosas sucedidas, aprobó que hubiese tomado á su cargo la administracion del gobierno. Su Presidente Guillelmo de Croy, el Duque de Ariscot, y los principales de los Senadores se declaráron en público por el de Orange, y seguian sus consejos y designios. A instancia del mismo Senado se juntáron los Estados de Flandes, para que por su autoridad, se atribuyesen á la nacion, como parte de su libertad, todas las prerrogativas de que despojaban á su Príncipe. De este modo fué combatida así en la

paz como en la guerra la causa Real por aquellos mismos que mas principalmente debian defenderla. Pero los Españoles , aunque por todas partes se veian rodeados de peligros , no por esto les faltaba el animo ni la prudencia. Aventajábase entre todos Davila , que conmovido de su critica situacion , los exhortaba á todos á que viniesen á Amberes , habiendo enviado mensageros á todas partes , para que reuniendo sus fuerzas , se opusiesen á los furores populares , y refrenasen la contumacia de aquella gente irritada contra el nombre Español. Y porque habiendo tomado los pueblos las armas , procuraban impedir tan saludable consejo , temerosos de que juntasen tropas , les fué preciso abrirse camino con la espada. Hizolo así intrépidamente Vargas , que mandaba mil y doscientos caballos , habiendo hecho desmontar una partida de ellos para que comenzasen la pelea. Habiéndose atrevido Glymes á hacer frente á los Españoles con dos mil infantes y ochocientos caballos , se trabó la pelea , y derrotado y puesto en fuga , se encerró dentro de Lovayna con grande estrago de la infantería , y sin que los vencedores hubiesen recibido herida alguna. Concluida felizmente esta accion , pasó á Alost para hacer salir de allí á los sediciosos , á vista del peligro en que se hallaban si perseverasen en su obstinacion y se apoyasen en sus fuerzas.

Habiendo salido de Holanda con la misma idea Don Fernando de Toledo , llegó á aquella ciudad con la infantería Española ; pero nada pudo conseguir de aquellos hombres endurecidos en su contumacia , con los quales si no hubiesen sido tan tercicos , se hubiera librado de peligro la fortaleza de Gante , que se hallaba sitiada por los Flamencos , que era el intento de los Capitanes , y de ningun modo hubiera llegado á caer entre sus manos. Destituídos Vargas y Toledo de esta esperanza , se pusieron en camino para Amberes , y en su marcha les llegó la noticia de que sublevados los Alemanes en Orbestein con el favor de sus habitantes , y rechazados los Españoles hasta Mastrich , se habian declarado por los Estados

de Flandes sin respeto alguno á la fidelidad que debian al Rey. Aceleraron la marcha quanto pudieron, y ayudados de los Españoles, que se habian encerrado en las torres de la puerta de Bruselas, penetraron en la ciudad, no sin derramar alguna sangre de los adversarios. Oprimidos los Alemanes con esta repentina invasion, echaron armas á tierra; atribuyeron la culpa de aquella maldad á sus Capitanes; y prometieron con juramento que en adelante permanecieran fieles en el servicio de los Españoles. Francisco Montesdeoca Gobernador de la guarnicion fué sacado de la carcel, y se apaciguó y compuso la sedicion. Entre tanto Romero con un pequeño esquadron derrotó á los Flamencos en diversas partes. El Conde de Orbestein, Federico Perennoto, hermano del Cardenal de Granvela, y otros juntaron muchas tropas, y se propusieron expugnar el castillo de Amberes. Los que estaban quietos en Alost, habiendo oido el estruendo de la artilleria, movidos del pudor á vista del peligro que corrian sus compañeros, y incitados de un vivo discurso que les hizo Juan Navarrete, á quien habian elegido por su comandante, acudieron al momento á las armas para socorrer á los que se hallaban en tanto aprieto. Tardaron algun tanto en atravesar el rio Escalda, y mientras le pasaron, llegaron Vargas con la caballeria, Romero, Toledo y otros con la infanteria, que habian sido llamados por Davila, y subieron á la fortaleza por la puerta del campo, con grande alegría y regocijo de todos. Domina esta al Escalda, y está dividida en cinco baluartes que miran á la ciudad, y al campo. Exhortó Davila á los que venian fatigados á que cobrasen animo, y descansasen ántes que acometiesen al enemigo, á lo qual se negaron todos juntos, clamando en altas voces que habian de cenar en el infierno, ó en Amberes.

Habian partido de Utrech, Lira, y Alost dos mil y doscientos infantes Españoles, ochocientos Alemanes, y seiscientos caballos de diversas naciones. Para rechazarlos les salieron al encuentro nueve mil

Flamencos y Alemanes, habiéndose tambien armado la ciudad. Acometiéron los Españoles por dos partes mandados por los Capitanes Romero y Navarrete, y en un momento de tiempo ganáron las trincheras, y derrotáron á sus defensores. Trabóse el combate en las calles y en la plaza, y los enemigos detuviéron el curso de la victoria en la Casa de la Ciudad. Disparan contra ella los voluntarios algunos fuegos, y levantando un horrible incendio, fué reducido á cenizas aquel edificio verdaderamente magnífico y hermoso, junto con las casas antiguas con daño incalculable. La caballería fué rechazada por Vargas, y se puso en precipitada fuga, de tal suerte que uno de ellos se arrojó desde las mas altas murallas al foso que estaba lleno de agua; y es muy digno de admiración que el caballo sacó de allí sano y salvo al caballero. Habiéndose apoderado los Españoles de la plaza y de la Casa de la Ciudad, persiguieron á los esparcidos enemigos, y los hirieron y matáron, sin que se viese otra cosa en todas partes que muertos y heridos, confusion y tumulto. Es fama constante que perecieron siete mil entre soldados y ciudadanos. Al tiempo que el Conde de Orbestein se apresuraba á entrar en una lancha, cayó en el rio, y pagó la pena de su perfidia, y algunos otros perecieron ahogados. Perennoto Señor de Compiègne, y Havré hermano del Duque de Ariscot tuviéron mejor fortuna, pues se escapáron por el rio. Fué hecho prisionero por el Español Verdugo en la Iglesia de S. Miguel el Conde de Egmont, hijo del muerto, junto con Capri y Grigñi, como lo afirma Isselt, y tambien lo fuéron los principales ciudadanos. De los soldados del Rey solo muriéron doscientos. Navarrete pereció al tiempo que subia á la trinchera. Duró despues el saqueo por espacio de tres dias, y fué inmenso el botin que sacáron de una ciudad tan opulenta como aquella. No obstante, conserváron los vencedores su honor á las doncellas y á las matronas; pero atormentáron á los habitantes para que descubriesen sus riquezas, compitiendo á porfia la

crueidad con la avaricia. Finalmente faltando ántes la materia que la voluntad de saquear, y cargados los soldados del Rey con el oro, plata, piedras preciosas, y otras cosas de mucho valor, se retiráron á sus quarteles.

Por este tiempo se celebraba la Junta de los Estados en Gante, donde de comun acuerdo de las provincias comenzó á tratarse de que la Flandes, acometida y perturbada por todas partes, se arreglase como un cuerpo compuesto de diversos miembros en estado de república, que debería ser gobernada por sus mismos ciudadanos, sin que se admitiese á los extranjeros á ninguna parte del mando. De este dictámen fuéron los Orangianos, y se ajustó la alianza, cuyos artículos fuéron en suma: Que se estableciese la paz entre los Flamencos y Holandeses: que los pueblos volviesen á su antiguo estado de libertad: que juntando en un cuerpo todas sus fuerzas arrojasen de allí á los Españoles; y que despues volviesen á juntarse los Estados, para ordenar y arreglar la republica, y entretanto no tuviesen fuerza alguna las leyes promulgadas por el Duque de Alba contra los sediciosos y hereges; pero que en Flandes no se permitiese otra religion que la cathólica: que en Holanda se observase acerca de la religion lo que estableciesen los Estados, y que tambien se estuviese á su decision sobre restituir los castillos, pueblos y armas quitadas al Rey durante la guerra: que los prisioneros, entre los quales se hallaba el Conde de Bossú, se pusiesen en libertad sin rescate alguno: que se restituyesen los bienes y empleos, y otras cosas de menor importancia, que omitimos por no abusar de la paciencia de los lectores. Todo esto lo confirmó el Regio Senado, irritado con la noticia de la desgracia de Amberes. Antonio Dalam, que defendia la fortaleza de Gante con solos setenta hombres, despues de un prolixo asedio, y hallándose falto de víveres y municiones, se vió obligado á entregarla el dia diez de Noviembre, y fué conducido con la guarnicion á las fronteras de Francia.

CAPITULO XII.

NOMBRA EL REY POR GOBERNADOR DE FLANDES A DON JUAN DE AUSTRIA. COLOQUIO DE LOS REYES DON FELIPE Y DON SEBASTIAN EN GUALUPE. VIENE EL TURCO CON UNA ARMADA A LAS COSTAS DE LA CALABRIA. MUERTE DEL CESAR MAXIMILIANO, Y LE SUCEDE SU HIJO RODULFO II.

Noticioso el Rey Don Felipe por las cartas de los Españoles del estado en que se hallaba Flandes, mandó á Don Juan de Austria, que estaba en Italia, que pasase á gobernar aquellas provincias, y que hiciese su viage por Borgoña para llegar quanto ántes, y socorrerlas con su presencia. Pero el Austriaco mas cuidadoso de sus cosas que de las del público, porque todavía le inquietaba la ambicion, y oponiéndose á la voluntad de su hermano, pasó desde la costa de Génova á España con dos galeras, á fin de conferenciar con él. Recibióle sin embargo benignamente en el Escorial, donde entónces se hallaba Don Felipe; pero acerca de su pretension no sacó otra cosa que vanas esperanzas. Despidióle el Rey con magnificas promesas, encargándole que se portase en su gobierno con la mayor suavidad; pues mas con halagos que con la fuerza conseguiria reducir, y sujetar á aquella gente feroz, y que lo demas lo dexaba á su arbitrio, para que el tiempo y la experiencia le enseñasen lo que mas convenia. Miétras tanto, se hicieron rogativas en las ciudades de España por el buen éxito de una guerra, cuyo principal objeto era la conservacion del verdadero culto de Dios, contra los impios que le profanaban. Empezó pues su marcha Don Juan de Austria de incógnito y en posta, acompañado de Octavio Gonzaga, hijo de Don Fernando y dos compañeros. Atravesó la Fran-

cia, y en París se hospedó ocultamente en la casa de Don Diego de Zúñiga, Embaxador de España, cerca del Rey Christianísimo; y allí se informó de muchas cosas del estado de Flandes. Desde París marchó á Lucemburgo, capital de la provincia de este nombre, que se mantuvo fidelísima al Rey, donde fué recibido con extraordinario regocijo de todos. Pero lo fué de muy distinta manera en lo restante de Flandes, donde todas las cosas de paz y de guerra se executaban á manera de una república libre, sin respeto alguno al Rey, á excepcion del nombre, que por una especie de cortesía suelen tomar en boca los sediciosos, en medio de sus turbulentos conatos. Luego que tuviéron noticia de su venida los Estados y el Senado, se halláron en gran manera confusos y turbados, porque sospechaban que llevase órdenes del Rey muy contrarias á sus proyectos. Deseosos pues de la libertad, habian determinado subtraherse por qualquier medio de la dominacion de los Españoles, consejo á la verdad mas feroz que prudente; y habian hecho muchos esfuerzos para arrojarnos de toda Flandes contra la voluntad del Rey. Además de haber reclutado tropas, y corrompido á muchos Alemanes del ejército del Rey, que se subleváron contra sus cabos, procuraban con fraudes apoderarse de los castillos y plazas fuertes. Con estos artificios, y aun valiéndose de la fuerza, llegó el Senado á hacerse dueño de Cambray, Valenciennes, y de otros pueblos fortificados, como si hubiesen sido ganados á los enemigos. Y porque desconfiaban de sus fuerzas enviáron Diputados á Inglaterra, Alemania y Francia para implorar auxilios. La Reyna Isabel ofreció socorrer á los oprimidos Flamencos, pero en secreto, para que no se creyese que quebrantaba la alianza que tenia contrahida con el Rey Don Felipe, y les envió una suma de dinero para los gastos de la guerra. Juan Casimiro, de la familia del Conde Palatino del Rhin, tomó á su cargo reclutar tropas, con tal que estoviese pronto el dinero para la paga. Como el Rey de Francia no

queria implicarse en esta guerra, solicitaron á los Hugonotes, y á los del partido del Duque de Alençon, habiéndole dado á entender que acaso se hallaria mejor en Flandes que en Francia al lado de su hermano. Animado de esta esperanza el Regio jóven, envió á un noble llamado Burgo al Rey Don Felipe, pidiéndole en matrimonio á su hija Doña Isabel con los Estados de Flandes por dote, para que de esta suerte se conservase á su hija lo que él tenia ya casi perdido. La respuesta del Rey fué: „Que convenia „considerarlo maduramente, y no precipitarlo de „ningun modo; y que para casar á su hija debia en- „viarse ántes una embaxada, segun la costumbre re- „gia, á fin de que se tratase con la dignidad con- „veniente un negocio de tanta consecuencia.“ Así lo refiere Herrera, que dice habló en Valencia con el mismo Enviado quando se volvía á Francia. Pero ninguna cosa fatigaba tanto en esta empresa al Senado y á los Estados, como el juntar el dinero necesario, para sostener tantos gastos. Mandaron pues, que cada uno entregase su oro y plata labrada á un precio establecido para acuñarla para el uso de la guerra, y no se abstuvieron de los vasos sagrados, y demas alhajas que habia en los Templos.

Estas y otras cosas pasaban, quando por consejo del Príncipe de Orange fueron enviados Diputados á Don Juan de Austria con apariencia de obsequiarle, pero en realidad para penetrar si podian, sus mas secretos pensamientos. Recibiolos con benignidad el Austriaco, y se lamentó con ellos largamente de las calamidades de Flandes, manifestándoles el gran sentimiento que por ellas habia concebido el Rey, y de las muchas señales que habia dado de su buena voluntad á los Flamencos, y que en prueba de ella queria sacar de allí á los Españoles, y establecer una buena paz, con toda la conveniencia de los Flamencos que fuese posible. Los Diputados refirieron esta respuesta en la Junta, y no fué oida con gusto; ántes por el contrario, teniéndola por una asechanza para sorprehenderlos, no se aplacaron de ningun modo

sus ánimos, imbuídos de perversas opiniones. A la verdad no omitía medio el Príncipe de Orange para que no se hiciese la paz entre el Rey y los Flamencos, la qual preveía muy bien le arruinaría á él , y juntamente á la Holanda. Por tanto hacia todos sus esfuerzos para impedir que se tratase de ella , al mismo tiempo que aparentaba en publico ser su principal conciliador. Amonestaba en secreto á los Flamencos, por medio de sus confidentes, que se guardasen cuidadosamente de dar crédito á las promesas de Don Juan de Austria , porque solo se dirigian á tomar mas completa y segura venganza : que lo que convenia era arrojar ántes de todo á los Españoles, apoderarse de las fortalezas y arrasarlas , y restringir con ciertas condiciones la potestad de aquel jóven astuto , de tal modo que nada pudiese hacer contra los Flamencos , y que no le diesen parte alguna en el gobierno : que los Estados retuviesen la suprema autoridad en todo ; que convocasen las juntas á su arbitrio , y de ninguna manera tolerasen que se disminuyesen los privilegios é inmunidades de las provincias ; y que mas bien debia confiarse el Austriaco á los Flamencos , que los Flamencos al Austriaco , por lo qual debia entrar desarmado á prestar el juramento. Estas y otras cosas semejantes les sugeria aquel hombre artificioso , y que ausente ó presente , haciendo la guerra ó la paz , no se puede asegurar quando era mas pernicioso. A la verdad, movidos por estas razones los Flamencos , confirmáron la alianza de Gante , y formáron otra nueva, para que juntando sus fuerzas y facultades, defendiesen la libertad que habian llegado á adquirir. Viendo pues el Austriaco que los Estados y el de Orange se habian convenido entre sí en obrar de comun acuerdo contra el Rey , pedia : que los Estados despidiesen tambien su ejército : que en adelante tributasen el debido obsequio al Rey y á la Religion Católica ; y que deseaba el Rey benignamente que la Flandes fuese gobernada segun la costumbre de los antiguos Príncipes , y contribuir para restituirla á su antiguo esplendor. Todo esto se trataba por medio

de unas treguas á fin del año , quando Bárbara de Bomberg , madre del Austriaco , pasó á Lucemburgo á visitar á su hijo despues de la muerte de su marido. Desde allí se partió á España , y acabó el resto de sus dias en un Convento de Monjas de Valladolid.

Ardua en deseos de extirpar la secta mahometana el Rey Don Sebastian de Portugal , jóven de grande ánimo y ambicioso de gloria ; pero sus fuerzas no eran iguales á sus conatos. Para solicitar pues auxilios de su tio el Rey Don Felipe , pasó al monasterio de nuestra Señora de Guadalupe , donde habian convenido juntarse , con esperanza cierta de conseguir de él lo que solicitaba , á fin de pasar quanto antes al Africa , y hacer la guerra á los Moros. El Rey Don Felipe , que por su carácter era detenido, y á quien agradaban mas las cosas prudentes que las prósperas , que solo pendian del acaso , oyó con disgusto la propuesta , aunque para sus cosas parecia muy útil la guerra que meditaba el Rey Don Sebastian. Comenzó primero á disuadirle de aquella idea con poderosas razones ; pero siendo todas en vano , le exhortó despues á que mandase hacer la guerra , pero que no la hiciese en persona , y tampoco pudo conseguirlo. Finalmente viéndole obstinado en su intento , le prometió para el año siguiente cinco mil soldados veteranos y cincuenta galeras , siempre que no pasase mas allá de Luco , ciudad de la Mauritania , situada cerca del rio de este nombre , no léjos del parage donde entra en el mar ; y con tal que no hiciese el Turco alguna invasion en las costas de Italia. Arregladas estas cosas por los dos Reyes , se despidiéron uno de otro.

Por este tiempo habia salido Uluc-Ali con sesenta galeras muy bien equipadas , y habiendo enviado delante una de ellas , para explorar las costas de Italia , se subleváron los cautivos christianos que iban al remo contra los Turcos , y matando á su capitan con otros muchos , introduxéron la galera en las costas de Nápoles. Cayó de repente la armada

sobre la Calabria, y infundió mucho terror y espanto; pero las guarniciones de la costa mandadas por el Príncipe de Visiñano rechazaron á los piratas hasta sus galeras, habiéndoles quitado la presa. Despues que cesó el miedo de los Turcos, salió de Mecina el Marques de Santa Cruz, y pasó á hacer la guerra á las costas de Africa, y habiendo saqueado la isla de los Querquenes, cautivó á muchos barbaros, para suplir con ellos el número de los remeros. En Villafranca en las costas de Génova sumergió una tormenta seis galeras, que conducian de España por mandado del Rey Don Felipe trescientos mil ducados para los gastos de la guerra, los quales yéndo encerrados en cofres de madera, pudieron al fin extraherse por la industria de los buzos.

El César Maximiliano falleció el dia doce de Octubre, oprimido de mal de piedra que padecia continuamente. Fué Principe de costumbres muy suaves, de mucho talento para los negocios, y muy instruido en el conocimiento de las lenguas. Sucedióle su hijo mayor Rodulfo, segundo de este nombre, no inferior á su padre en la piedad, y arreglo de costumbres. Despues de diez y siete años que se hallaba preso en Roma Fray Bartholome de Carranza Arzobispo de Toledo, fué decidida su causa por el Papa, y solo sobrevivió diez y ocho dias á su sentencia. Sucedióle en el Arzobispado Don Gaspar Quiroga. Por muerte de Loazes ocupó la silla Arzobispal de Tarragona Don Bartholomé Sebastian, natural de Aragon, que en el año siguiente falleció repentinamente, y le sucedió Don Gaspar de Cervantes, Castellano, que ántes fué Arzobispo de Mecina y de Salerno: tomó posesion hallándose ausente, y fué creado Cardenal Presbítero por Pio V: Adornó á Tarragona con una Universidad y otros edificios: publicó las constituciones de aquella Iglesia; y finalmente acabó sus dias en diez y siete de Octubre del año anterior, llorándole toda la ciudad como á su verdadero padre. Sucedióle el célebre y sapientísimo Don Antonio Agustín, trasladado de la Diócesis de Lé-

rida , y tomó posesion de ella por Procurador el dia veinte y seis de Febrero de este año , y entró en la ciudad el dia diez de Marzo.

CAPITULO XIII.

PIRATERIAS DE LOS INGLESES Y FRANCESES EN AMERICA. ES ANUNCIADA LA RELIGION CHRISTIANA A LOS CHINOS. SUCESOS DE LAS MOLUCAS. PROSIGUEN LAS DISCORDIAS DE FRANCIA. PRINCIPIOS DE LA FAMOSA LIGA DE LOS GRANDES DE ESTE REYNO.

Gozaba la América de una paz profunda , habiéndose extinguido mucho tiempo ántes las guerras civiles y externas; y el Rey Don Felipe, como si no tuviera otro cuidado, se dedicaba enteramente á procurar el bien de los Indios. Hállanse innumerables decretos suyos, en que manda con todo rigor á los Gobernadores de las Provincias que no tolerasen en parte alguna á los Hereges, Judíos, Moriscos, Cismáticos, ni otras pestes semejantes, para que con sus errores no inficionasen á los naturales del país, nuevamente convertidos á la Religión Christiana. En otros muchos les encargó que los tratasen con la mayor blandura, porque su avaricia no se contentaba hasta apurar del todo á aquellos miserables hombres. Pero jamas han sido suficientes las mayores precauciones, ni los preceptos mas severos para desarraigat este vicio tan cruel, y tan envejecidó. Ponia todo su conato en que fuesen bien instruidos los neóphitos, á cuyo fin exhortaba continuamente á los Obispos, para que con el mayor zelo cumpliesen con su ministerio. En este espacio de tiempo fué perturbada la paz de aquellas costas por el terror que causaban los piratas. El Ingles Francisco Draque recogió algunas tropas de su nacion, y con malas artes exercia este infame oficio; y habiendo hecho compañía con

otro pirata Frances , desembarcó su gente armada cerca de Nombre de Dios , y desde una emboscada robó el tesoro que se conducia de Panamá. La plata que era mucha , y no podia llevarla porque se retiraba prontamente , la enterró en un parage oculto , y se llevó consigo una corta cantidad de oro. Noticiosos de este suceso los Panameños , tomaron las armas con toda presteza , persiguieron á los ladrones , y los acometieron , y pusieron en fuga. El Frances fué herido de muerte , y hecho prisionero , y falleció despues de haber indicado el lugar donde habian escondido el robo. Desenterraronle al punto los Españoles , y le llevaron á la ciudad , pero el oro no pudo ser recobrado. En el año siguiente arribó Juan Oxnan á aquella costa con un navio muy bien equipado para llevarse la plata que habia quedado escondida : mas como llegase á saber por los negros fugitivos , llamados Cimarrones , que la habian sacado los Españoles , de consejo de los mismos bárbaros construyó dos bergantines en aquellos montes , y los conduxo por espacio de quarenta millas en hombros de Ingleses y Negros á la costa del mar del Sur. Habiéndolos echado prontamente al agua , pasó á las islas de las perlas , y saqueó cruelmente á una de ellas llamada Chaperera. Robó todas las alhajas sagradas y profanas , y se burló impiamente de las imágenes de los Santos. Saqueó tambien los navios , y se apoderó de cien mil pesos del buque en que iba Miguel de Eraso. Hubiera sucedido muy felizmente su empresa á este ladron , si no cayese entre las manos de los de Panamá , que le despojaron de todo , y le cogieron preso con sesenta compañeros , sin que se escapase ninguno que pudiese llevar la noticia de su desgracia. Todos ellos fueron castigados por la Inquisicion , y pagaron en Lima la pena de sus sacrilegios.

Los Españoles que habitaban en las Philipinas consiguieron una gran victoria de Limaon , pirata Chino , tomándole en la pelea una buena parte de su armada ; y despues de esto cercaron con tropas

la fortaleza donde se habia refugiado. Enviaron luego una embaxada á los Chinos, á quienes este pirata habia hecho muchos daños, para darles cuenta de tan grato suceso, á fin de adquirirse la benevolencia de una nacion tan opulenta, y establecer con ella comercio. Fueron á esta embaxada algunos Misioneros, y entre ellos Fr. Agustin de Rada, del Orden de San Agustin, que escribió la relacion de este viage. Recibiéronlos con mucho aparato, y los trataron esplendidamente, segun la costumbre de la nacion, y recíprocamente se hicieron varios regalos. Fuele anunciado el verdadero Dios y el Evangelio, por medio de un fiel intérprete, y se les dexó escrita en lengua china la Oracion Dominical, y los preceptos del Decálogo. Observaron los Enviados muchas cosas á cerca del fausto, y soberbia de aquellas gentes, de sus supersticiones, de la grandeza de sus ciudades, y de otros muchos puntos semejantes. Finalmente, no siéndoles posible detenerse allí por mas tiempo, segun el antiguo uso de la nacion, regresaron á Manila con feliz viage.

Sucedió Manuel Vasconcelos á Deza en el gobierno de las islas Molucas; por cuya industria fué el Rey Don Sebastian saludado Rey de las Molucas, habiendo sido nombrado heredero de aquellas islas por su Régulo, que falleció en Malaca, y fué llamado Manuel en el bautismo. Poco despues murió tambien Vasconcelos, y su sucesor Sebastian Machado derrotó al Régulo de Giloló, y le hizo entrar en su deber. Despues de estos sucesos, envió el Virrey Noroña con tres navios á Diego de Mezquita, hombre iracundo y de ánimo perverso, á cuyo tiempo el Régulo Ancir fué asesinado por uno de sus parientes, arrebatado por la ambicion de dominar. Su sucesor Aeiro fué degollado por Martin de Pimentel, que sucedió á Mezquita, con quien tuvo algunas discordias, habiéndose escapado Guichioll su hijo, que levantando una fortaleza, comenzó á perseguir á los Portugueses, para lo qual hizo con otros Régulos alianza de armas. En lo mas vivo de

esta guerra fué tomada á los Portugueses la fortaleza de Giloló, y pasada á cuchillo la guarnicion con Francisco Vello su Gobernador. Hiciéron muchos daños á su Régulo, porque no quiso faltar á la palabra que tenia dada á los Portugueses. Ardia la guerra en diversas islas por mar y tierra, estando divididos los naturales en partidos, y se hiciéron grandes daños unos á otros. Sobresalió entónces el valor de Gonzalo Pereyra que mandaba en Amboina. Finalmente despues de combatida su fortaleza por espacio de cinco años, y no pudiendo ya los Portugueses tolerar por mas tiempo tan cruel asedio, el hambre, y otros males que padecian, se retiráron de allí; y abandonando la isla de Ternate, tan adversa para ellos, se refugiáron á Tydore, cuyo Régulo era su amigo, y algunos se derramáron por otras partes. Ayudados con su auxilio, levantáron allí una fortaleza, y se dedicáron al comercio, haciendo perpetua guerra á los Ternatenses. Las cosas de la India y la mutacion de la forma de su gobierno despues de las inmortales hazañas de Atayde, las referiremos juntas y sin interrupcion en los años siguientes.

Volvamos ahora desde lo mas remoto del Orbe á Francia, la que despues de las treguas del de Alenzon se hallaba inquieta, y se temian mayores turbulencias con la fuga del Príncipe de Bearne, que se habia escapado con pretexto de ir á caza. Pero el Duque de Alenzon á quien habia extraviado la ambicion de dominar, viendo que no se hacia de él ningun aprecio, pues el ejército le mandaba Condé, y los Hugonotes estaban sujetos á la autoridad del de Bearne, y habiéndosele frustrado sus esperanzas, se inclinó con facilidad á convertir las treguas en una verdadera paz. El Rey y la Reyna madre, que se hallaban consternados, se aceleráron á concluir la baxo de ignominiosas condiciones, y con una prodigalidad pernicioso, pretextando el motivo de sacar á aquel regio jóven del campo de los Hugonotes; y ésta fué la quinta paz hecha con los sectarios, mas dañosa y indecorosa que todas las antecedentes. Entregado el

Rey al ocio y á las delicias, y degenerando enteramente de sí mismo, miéntras ajusta una paz indecente, por el miedo de una honrosa guerra, vino á caer en otra detestable y muy funesta para él, y se envolvió y implicó en mayores dificultades. Los hermanos Guisas, Enrique Luis, y Cárlos, hijos del Duque Francisco tan esclarecido por su piedad y valor, con otros Grandes de la misma casa de Lorena, comenzaron á echar los cimientos de la famosa liga. Entre otras causas era la principal el amor á la nacion Francesa, y á la Religion Cathólica, por cuya defensa y propagacion habian derramado tanta sangre sus piadosos antepasados. Juntábase á esto el terror de los innumerables exemplos de otras naciones, donde la heregía habia trastornado todas las cosas divinas y humanas; y además tenian á la vista los males domésticos que por espacio de tantos años habian afligido á la misma Francia. Confundianse pues, de ver tan abatida la Religion, y perseguida por unos hombres que nunca tuviéron otros enemigos que los de Dios. Tales eran los sentimientos del vulgo Frances, llenos de una piedad ingenua. Pero aunque en los Guisas hubiese el mismo ardor por la Religion, observaban los mas prudentes, que estaba mezclado con la ira, la ambicion, y el miedo, como acontece en casi todas las cosas humanas, en que lo bueno suele estar confundido con lo malo. Como estaban acostumbrados á la corte, y al manejo de los negocios mas graves, llevaban con mucha impaciencia que fuesen nombrados por el Rey los jóvenes nobles á los principales ministerios de la corte, y del reyno, viéndose ellos despojados de estos honores, y aun arrojados de alli con ignominia. Por tanto, aunque al tiempo de formar la liga sagrada alegaban unos pretextos muy especiosos, á saber el obsequio al Rey, la utilidad publica, y el patrocinio de la Religion; se sabia muy bien que aquella máquina se dirigia con grande artificio por los adictos de los Guisas contra el Rey y los cortesanos. Finalmente como si los pueblos tuviesen de-

recho para cuidar del bien público por medio de asociaciones clandestinas, y abusando de la negligencia del Rey, que llamaban paciencia, se apresuraron á dar la última mano á la liga sagrada, con general aprobacion de todos los estados del reyno, y con aquella precipitacion tan propia del carácter Frances. El estado eclesiástico se distinguió en promover y confirmar esta obra, así en las conversaciones privadas, como en sus sermones al pueblo, declamando contra la última paz, que habia hecho tan odioso al Rey, y á sus nuevos cortesanos. Despues de esto, incitados por el exemplo de sus adversarios, que habian pedido socorros á los hereges confinantes, solicitaron el auxilio del Papa, y del Rey de España para defender la comun Religion. Pero los Ministros mas prudentes de la Curia Romana, no ignorando los artificios de los cabezas de la liga, y que su principal objeto era satisfacer su ambicion y deseos de dominar, mas bien que el de defender la fe Católica, aconsejaron al Papa que procediese en este negocio con la mayor circunspeccion y lentitud, para que su sacrosanta dignidad no fuese acusada de espíritu de partido. Sin embargo movido el Papa de las exhortaciones del Cardenal Pelevé adictísimo á los Príncipes de la liga, se inclinó á favorecerla; pues qualesquiera que fuesen sus causas, se encaminaba al bien de la Religion.

El Rey Don Felipe noticioso muy bien de lo que allí se trataba, y del peligro que por aquella parte amenazaba á Flandes, y deseoso de mantener en Francia la Religion, que estaba próxima á su ruina, prometió juntar sus armas con las de la liga. A la verdad recibió con tanta mayor voluntad el patrocinio de ésta, quanto á un mismo tiempo defendia la Religion, y miraba por sus propias cosas. Mientras tanto, tenia esperanza de dilatar sus dominios si se le presentase ocasion de poder hacerlo, por la perpetua vicisitud de las cosas humanas, en lo qual tienen siempre puestos los ojos los Príncipes; y á lo ménos acometia al Frances con las mismas artes que le ha-

bia acometido por medio del Duque de Alençon. Enrique pues, aunque al principio pareció que no le daba cuidado alguno la liga, no obstante para disipar el torbellino que le amenazaba, convocó en Blois los Estados Generales del reyno, á fin de tratar del remedio de los males públicos, persuadido de que se entiviaria el fervor de los que primero se habian declarado por la liga. Esta idea del Rey tuvo mas feliz éxito de lo que podia esperarse. Acudieron á la junta un gran número de Cathólicos, resistiendo concurrir las cabezas del otro partido, y se disputó con variedad de dictámenes sobre el modo de contribuir para los gastos extraordinarios, y sobre los medios de conservar la Religion sin el estrepito de las armas, y otras cosas semejantes; y fué tanta la discordia de los Estados, y la astucia del Rey, que ni fué establecida la paz, ni decretada la guerra. Acerca de la Religion se acordó, que solo la Cathólica fuese observada en toda la Francia. Sintieronlo en extremo los Hugonotes, clamando que el Rey habia quebrantado su palabra, y que los habia burlado con la paz últimamente establecida; y para desvanecer Enrique el odio de esta acusacion, la hizo recaer sobre los Estados que habian rehusado aprobar, y ratificar las condiciones de la paz. Finalmente los Hugonotes incitados por el Príncipe de Condé volviéron á tomar las armas; pero fué castigada su audacia por mar y por tierra, habiendo dado el Papa una buena suma de dinero para los gastos de la guerra. Consumidas ya las facultades de los Hugonotes, y hallándose estos en tal extremo, que con facilidad se les podria arruinar enteramente, con grande admiracion de todos mandó el Rey de improviso dexar las armas, y hizo con ellos la paz, aunque con mas honrosas condiciones. Los mas zelosos del partido se hallaban arruinados con tantas desgracias, que la admitieron con la mayor complacencia; y habiendo recibido Condé la noticia á la hora de anochecer, mandó que inmediatamente y con hachas encendidas se publicase en Angeliac, donde entónces se hallaba. Corrió

la voz de que el Rey habia hecho esta paz con grande artificio, á fin de que si se hallase oprimido por un partido, le socorriese el otro; ó destruidos ambos, pudiese reynar á su arbitrio y no al ageno.

CAPITULO XIV.

*DON JUAN DE AUSTRIA HACE LAS PACES
ENTRE EL REY DE ESPAÑA Y LOS FLA-
MENCOS. ALIANZA DE LOS FLAMENCOS CON
LA REYNA DE INGLATERRA.*

Los Españoles habian dexado las armas en Flandes por mandado de Don Juan de Austria, y por medio del Obispo de Lieja, y de otras personas principales, que envió el César con el fin de apaciguar las discórdias, se trataba de ajustar la paz. Y para que no se frustrase por la obstinacion de los Españoles, dió orden á Dávila para que entregase la fortaleza de Utrech á Bossú, que largo tiempo la habia combatido en vano. Despues de muchos debates de una parte y otra, convino Don Juan de Austria en la paz, aunque con condiciones poco favorables al Rey el dia siete de Febrero del año de mil quinientos setenta y siete, y se publicó en Bruselas con suma alegría de todos los buenos, y todos los prisioneros fuéron puestos en libertad. Dióse á este tratado el nombre de Edicto perpetuo. El Austriaco aprobó tambien la alianza de Gante, contrahida poco ántes, afirmando los Obispos y otros piadosos y doctos varones que no contenia cosa alguna contraria ni disonante á la Religion Cathólica. Los principales artículos de la paz fuéron, que se mantuviese al Rey el debido obsequio, y el culto de la antigua Religion. Este tratado desagradó al Príncipe de Orange como contrario á sus intentos, y procuró impedir su execucion con todos los artificios que le fuéron posibles. Pero en me-

dio de esto le servia de consuelo el que saliesen de Flandes los Españoles, á quienes temia mucho. Al mismo tiempo despidió el Austriaco las guardias de su persona, á fin de remover todo motivo de sospecha, y recibió guardia de naturales, mandada por el Duque de Ariscot; y de esta suerte vino á Lovayna, y se puso voluntariamente en manos de los Estados. Fué recibido con muchas muestras de alegría; y procuró conciliarse las cabezas de la sedicion con dádivas, gobiernos y honores. Hubo muchos festines y banquetes con increíble regocijo. Recibia cortesmente á todos los que venian á hablarle, y era benigno con los pobres, y afable para con los opulentos. Todos elogiaban sus modales suaves, y su talento en el manejo de los negocios. Procuraba atraer con la clemencia á los que ántes habia exâsperado la demasiada severidad. Pero todas estas cosas las interpretaban siniestramente los malcontentos, persuadidos de que esto no era perdonar la venganza, sino dilatarla; y repetian muchas veces que era preciso precaverse de aquel regio jóven, imbuido en las máximas Españolas. Con estos y otros rumores maliciosos y fraudulentos, no cesaban de sembrar la envidia y la desconfianza.

Entretanto fué entregada al Duque de Ariscot la fortaleza de Amberes, para que la custodiase en nombre del Rey, habiéndole prestado juramento de fidelidad. Dispusiéronse los Españoles para su marcha, y no pagándoles su estipendio por no tener dinero el Erario, lo suplió benignamente el Austriaco, habiendo dado en préstamo á los Estados cien mil escudos, los cuales no le pagaron despues, con el pretexto de que él habia sido el primero en quebrantar la paz. Saliéron al fin los Italianos, Borgofiones y Españoles, á excepcion de algunos pocos que pasáron al servicio del Rey de Francia; y habiendo confirmado el Rey Don Felipe el Edicto perpetuo, se restableció algun tanto la tranquilidad de Flandes. Por esto el Austriaco de consejo de los Grandes pasó á Bruselas, y entró en la ciudad el dia primero de Mayo acompañado del Legado del Pontífice, y del

Obispo de Lieja, fué recibido por los Estados con pompa magnífica, (aunque la multitud se mostraba vacilante) y saludado Gobernador de Flandes. Pero Aldegunde y otros satelites del Principe de Orange procuraban entretanto pervertir á los Estados, y conmover al pueblo contra el Austriaco, no omitiendo artificio alguno para conseguir su ruina. Fué tentada de varios modos la paciencia de aquel jóven Principe aun por los mismos á quienes habia colmado de beneficios, y con ánimo fuerte y varonil disimuló todas las injurias que le hacian, á fin de que no se quebrantase la paz ajustada, y de adquirir la fama de pacificador de Flandes.

Para establecer por todas partes la concordia, y de acuerdo con los Estados, envió al Duque de Ariscot al de Orange, á fin de que procurase que se publicara el Edicto perpetuo en toda la Holanda. Negóse á hacerlo, y quitándose el sombrero le dixo sonriéndose, que era tan calvo en la cabeza como en el pecho. Y á la verdad correspondian sus hechos con sus palabras, pues al mismo tiempo se apoderaba promiscuamente de los bienes de las Iglesias, y de las posesiones de los que habia desterrado de Holanda, y de la Zelanda por su constancia en la religion verdadera, disponia la guerra, y armaba asechanzas al Austriaco, por medio de los muchos confidentes que tenia en toda la Flandes. Juzgaba Don Juan de Austria que el de Orange no haria cosa alguna por bien, y que era preciso obligarle con la fuerza á cumplir lo pactado; pero á esto se resistieron los estados de Flandes, obstinados en que ántes padeciese detrimento la religion, que en tomar las armas contra los estados de Holanda. De aqui se vió claramente que los Flamencos y Holandeses se prestaban mutuos auxilios, como que estaban enteramente entregados á los consejos del Principe de Orange, sin respeto alguno á la palabra jurada. Hallábase Don Juan de Austria fluctuante entre la guerra y la paz; y para salir de sus dudas escribió al Rey Don Felipe, dándole cuenta del estado en que se hallaban las cosas, y que procurase enviarle dinero para los

gastos. Estas cartas fueron interceptadas por los Hugonotes, junto con otras de Escovedo sobre el mismo asunto, y habiéndolas devuelto á Flandes, es increíble quanto se irritaron los ánimos de aquellos hombres que tanto procuraba conciliarse, fomentando el de Orange la llama del odio, y de la desconfianza con las voces falsas, que hacia correr con escritos, y con todo género de artificios y engaños. Divulgó entre otras cosas, que los Españoles se disponian con las armas á reducir á sus socios, y á los pueblos libres á la forma de una provincia tributaria, y de aquí comenzaron los Bruxêlenses á vituperar al Austriaco, y murmurar de todas sus acciones con el mayor desenfreno. No pudiendo este tolerar por mas tiempo la desvergüenza de la multitud, y la connivencia de los Estados, que dexaban sin castigo aun á los sospechosos de traicion, se arrepiñtió de su conducta, y comenzó á buscar un refugio seguro, no tanto para librarse de sus burlas y desprecios, como para poner en salvo su vida, que se hallaba en peligro. De este modo irritados los unos contra los otros, y llenos de recíproca desconfianza, pusieron la cosa en el peor estado.

Resuelto pues Don Juan de Austria á mirar por su propia seguridad, determinó salir de Bruselas, con pretexto de componer una discordia suscitada por los Alemanes despedidos, sobre la paga de su estipendio. Luego que se divulgó esta noticia, se sublevó la multitud, y acudió á la puerta con gran tumulto para impedirle la salida. Pero habiendo salido por otra puerta, dexó burlada á la turba, y marchó aceleradamente á Malinas. No se ocultaba al Austriaco que los designios de los malcontentos eran el de entregarse al Principe de Orange, deseoso de apoderarse de la Flandes, y de abolir la religion cathólica, ó el de quitarle la vida para grangear su favor, como consta de las cartas del mismo Orange, segun afirma Campana. Lo cierto es que los Escritores Flamencos no niegan que le armáron asechanzas, y que fueron descubiertas por Ariscot, Mansfeld, Barlemon, y otros fieles consejeros. Para librarse pues del

peligro, partió á Namur , aparentando que iba á obsequiar á Margarita muger del Príncipe de Bearne, que habia venido á tomar las aguas minerales de Spá en el territorio de Lieja, con lo qual creia que los Estados no sospecharian ningun perjudicial designio. Tampoco carecia de artificio este viage de Margarita, pues en el camino maniobró mucho á favor del Duque de Alenzon su hermano, que codiciaba el dominio de Flandes. Habiendo llegado á Spá Don Juan de Austria con buena guardia, y una escolta de nobles, recibió á Margarita con aparato magnifico, y la hizo muchos obsequios. Despues de su partida, se apoderó por ardid y sin estrépito alguno de la fortaleza de Hierges, y descubrió su designio á los nobles que le seguian, manifestándoles un gran número de cartas, que le habian escrito para que se previniese de asechanzas. Quedáronse con él mas de quatro de los nobles que le acompañaban, y los demas se volviéron á sus casas con Ariscot y Havré como mas inclinados á los Estados.

No tardáron mucho en llegar con víveres los Españoles que militaban en Francia, y los nobles Flamencos que le habian quedado le entregáron con admirable fidelidad todo el oro y plata que tenian para los gastos de la guerra, pues discurrían que ésta sucederia en breve á una paz tan sospechosa. Mandó tambien el Austriaco á Escovedo, testigo ocular y participe de sus consejos, que marchase á España á suplicar al Rey Don Felipe le diese órdenes positivas de lo que habia de hacer, y le enviase dinero. Escribió varias cartas á los Estados, y éstos á él, con palabras muy picantes. Atribuianse unos á otros las causas de la guerra, y en realidad no respiraban todos otra cosa. Llegó Felipe Segá Nuncio Apostólico, y entregó á Don Juan de Austria cincuenta mil escudos que le enviaba el Pontífice para determinado objeto, de que hablaremos adelante. Este pues, hizo grandes esfuerzos con los estados, á fin de componer la discordia; pero todo fué en vano con unos hombres que aborrecian á su Rey, y á la antigua religion; y de allí á poco tiempo partió á España de

orden del Papa. Como todo se dirigía á una guerra abierta, se pasaron al partido del Austriaco por influxo de Barlemont, Gobernador de la provincia de Namur, las ciudades de Charlemont y Mariemburgo, y tambien los Estados solicitaron atraer á sí otras ciudades y fortalezas; pero la mayor parte se mantuvo por el Rey con entera fidelidad. La fortaleza de Utrech, erigida por el César Carlos, fué arrasada hasta los cimientos por consejo del de Orange, y la de Amberes por la parte que miraba á la ciudad, concurriendo inmenso gentio á derribarla.

Llamaron de Holanda al Príncipe de Orange, y le declararon conservador del Brabante, y con su acuerdo fueron creados nuevos Magistrados, se depusieron muchos Senadores, se eligieron otros, y se trastornaron de arriba abaxo todas las cosas públicas, con mucha indignacion de los Grandes. De aquí nacieron discordias y quejas entre ellos mismos, y muchos de ellos, incitados por Ariscot, y para reprimir el desmedido poder de Orange, apoyado en el favor de la plebe, pusieron los ojos en Matias, Archiduque de Austria, hermano del César, con la esperanza de que siendo éste Gobernador, mejoraria el estado de las cosas. Finalmente habiendo llamado á este agosto jóven, que aun no pasaba de veinte y un años, se escapó de la Corte de Alemania sin noticia de su hermano, y se apresuró á venir á Flandes (asi lo dicen los que escribieron las cosas de aquellos tiempos). No pudiendo retraerle de su designio los caballeros, que el César habia enviado en su seguimiento, escribió á los Príncipes por donde habia de hacer su viaje para que le detuviesen; pero habiendo vencido todas las dificultades, llegó al fin sano y salvo á Lira, donde se detuvo largo tiempo, esperando la deliberacion de los Estados. Entretanto los amonestó Don Juan de Austria, que no obrasen temerariamente, ni confiriesen el mando á este Príncipe, á quien el Rey con su supremo poder no habia enviado. El de Orange, disimulando el agravio de que sin saber él cosa alguna hubiese sido llamado Matias por sus adversarios, no obstante se alegraba en su corazon de su

precipitado consejo , el qual interpretaba próspero y feliz á sus intentos , pues además de la discordia que creia se originaria inmediatamente entre los Príncipes Austriacos , se presentaba oportunidad de deprimir mucho la autoridad Real , y al mismo tiempo de destruir la religion en medio de aquellas turbulencias. Finalmente Matias fué declarado Gobernador de Flandes , limitando su potestad con ciertas restricciones , y el de Orange por su compañero , para que reynase con ageno nombre , como tan instruido de las cosas de Flandes , sin cuidar en manera alguna de lo que de esto pudiera juzgar la fama. Pero á fia de disculpase con el Rey , atribuyéron como otras muchas veces , la culpa de todos los males á Don Juan de Austria , y le escribiéron cartas con insolente descaro , en las que le decian : „que por la benevolencia que tenia á sus fidelísimos Flamencos le rogaban aprobase „su determinacion , y ratificase lo que obligados de „la necesidad habian hecho sin consultarle ántes , para que de este modo quitase á los Príncipes con- „finantes la esperanza de invadir á Flandes , como lo „deseaban.“

Al mismo tiempo , desconfiados de sus fuerzas , y para estar prevenidos en qualquier evento , imploráron el socorro de sus vecinos , y enviáron á Havré para que tratase con la Reyna de Inglaterra. Inmediatamente contraxéron alianza con ella , para tener ambas partes los mismos amigos y enemigos , y comenzaron desde luego los Flamencos á ser socorridos con las tropas y facultades de aquel floreciente reyno. Para disculpase la Reyna de este hecho , le envió al instante una embaxada al Rey Don Felipe diciéndole : „que habia creído debia ayudar con socorros á sus confinantes , porque no podia tolerar „que fuesen oprimidos injustamente. Pero que si retirando al Austriaco , pusiese en su lugar otro Gobernador , que tratase con mas suavidad á aquella „gente , pondria todos sus cuidados y diligencia en „apaciguar la discordia , y componer á Flandes con „su Rey.“ Despues le dió muchas quejas del Austriaco , atribuyéndole que habia maquinado muchas

cosas contra su vida con María Reyna de Escocia, y tratado con los Guisas de libertar á esta de la prision, llevando á Inglaterra las armas Españolas á fin de casarla con Don Juan de Austria, para lo qual habia ofrecido el Romano Pontifice todos sus auxilios. El Rey Don Felipe que no ignoraba los artificios de la Reyna Isabel, la correspondió con el mismo incienso cortesano, dándola muchas gracias de que mirase tanto por la seguridad del dominio Austriaco, para que no fuese presa de los Príncipes confinantes. Mas á la verdad el uno y el otro tenian otra cosa en su pensamiento, sin embargo de su gran disimulo, como lo manifestó el suceso. Habia mucho tiempo que se tramaba una tela contra la Reyna de Inglaterra para despojarla el Papa del trono, á cuyo fin envió en prendas al Austriaco los cincuenta mil escudos que arriba diximos. Los de Guisa tenian el mismo deseo, persuadidos de que iba en ello el honor de su familia, y el Austriaco ambicioso de mandar, llevaba con impaciencia que por la obstinacion de los Flamencos se perdiese la ocasion que se le presentaba; pero al fin no se executó cosa alguna, con gran dolor y pesar de todos.

CAPITULO XV.

*ENVIA EL REY TROPAS A DON JUAN DE AUSTRIA. PASA A FLANDES ALEXANDRO FARNE-
SIO. RECOBRAN LOS ESPAÑOLES ALGUNAS CIU-
DADES. FORMASE EN FLANDES OTRO TERCER
PARTIDO, MUERTE DE DON JUAN
DE AUSTRIA.*

En España, despues de largas consultas, se ordenó á los Gobernadores de Italia que enviasen las tropas á Flandes en esquadrones, y hiciesen reclutas para suplir las compañías, porque muchos soldados habian perecido en los montes del Genovesa-

do, donde permaneció una buena parte de ellos por mandado del Rey. Con su partida salió Italia del cuidado, que la causaba aquella tempestad que la amenazaba cerca de los montes. En la Lorena, Borgofia y ciudades inmediatas á Alemania se hicieron reclutas de infantería y caballería, para domar con la guerra á los que no habian podido suavizar la severidad, ni la clemencia. Miétras se disponia la guerra, no cesaban las cartas y diputaciones entre los Estados y Don Juan de Austria, que se chocaban unas con otras como las olas del mar, y no producian efecto alguno. Tomáron algunos pueblos fortificados, y hubo algunos pequeños encuentros favorables á los Estados. Don Juan de Austria habia pasado á Lucemburgo para recibir las tropas que le llegaban. Vino llamado por el Rey Don Felipe, Alexandro, hijo de Octavio de Parma, y fué recibido por Don Juan de Austria con muchas demostraciones de alegría; pues además del parentesco que tenían, se amaban entre sí, por haber sido en sus primeros años condiscipulos y compañeros en la milicia. Habia fallecido en este año María su esposa, muger de santas costumbres, dexándole dos hijos, que fuéron Ranucio y Odoardo. Reducíase el ejército á diez y seis mil infantes, y dos mil caballos; y Romero habiendo caido del caballo en el camino, falleció de repente. Los Flamencos en número de veinte y cinco mil se hallaban acampados cerca de Namur, pero se retiraron de allí con la fama de la venida de los Españoles. Entretanto que levantaban el campo, fué enviado delante Gonzaga con la caballería, y con mil infantes expeditos baxo el mando de Mondragon; y despues de haberlo explorado todo, tuviéron algunas escaramuzas en la retaguardia, adonde los enemigos habian colocado su caballería. Seguianse en el centro el Austriaco y el de Parma, y cerraba el ejército Mansfeld con parte de la infanteria, habiendo dexado la restante en el rio Mosa con su hijo Cárlos, que poco ántes habia regresado de Francia con los Españoles. Miétras que el primer esquadron escaramuceaba con el último de los enemigos, les aco-

metió por un costado el de Parma con un trozo de caballería , y avivándose la pelea con increíble ardor de los Españoles ; como los Flamencos no pudiesen sostener su ímpetu , se dexáron caer sobre su infantería con precipitada fuga , y la abandonáron al vencedor , quien la derrotó , y hizo en ella muy grande estrago. Gonzaga , que seguía el alcance , no cesó de herirlos por las espaldas hasta muy entrada la noche. Don Juan de Austria consiguió fácilmente dispersar la infantería , que se hallaba atónita y consternada del miedo. El primer esquadron de los enemigos , que había llegado sano y entero á Gemblac , dió algunas muestras de querer detener la victoria , y hizo frente á los nuestros ; pero habiéndole rechazado las compañías de Españoles , se pasó luego al ejército del Austriaco. Despues de esto , puede decirse que la acción fué mas una matanza que una pelea , y muchos salvarón su vida en el pueblo. La restante multitud derrotada y fugitiva , se escapó cada uno por donde pudo , y desapareció de la vista de los vencedores. En el número de los muertos varían segun su costumbre los Historiadores , y parece mas verosímil el cálculo de los Españoles , que afirman llegáron á siete mil entre muertos y prisioneros. Tomáron treinta y quatro banderas , y se apoderáron del pueblo , en el que halláron gran cantidad de víveres , artillería y bagages que habían juntado allí como principal asiento de la guerra. Quedáron prisioneros muchos nobles con Grigñi que mandaba el ejército , los quales fuéron conducidos á la fortaleza de Namur. Lumé se escapó de la pelea , y lleno de ignominia huyó á Lieja , donde pereció poco despues de la mordadura de un perrillo. Todo esto acaeció desde últimos de

1578. Enero hasta dos de Febrero del año de mil quinientos y setenta y ocho. A los Escoceses se les dió libertad baxo el juramento de que no tomarían las armas contra el Rey en un año , y también á los Flamencos , con tal de que jamas volviessen á tomar las armas. De los Españoles fuéron muertos nueve solamente , y habiendo Mathias y el de Orange recibido en Bruselas la noticia de tanta pérdida , se diéron

prisa á recoger sus bagages y escaparse, y se detuviéron en Amberes.

Despues de este feliz suceso, se derramó por todas partes el terror de las armas Españolas. Habiendo arrojado Lovayna el presidio de los Escoceses, se sujetó al vencedor, y tambien se entregó baxo de condiciones Philipevilla fortificada y defendida con una poderosa guarnicion. Cayó enfermo Don Juan de Austria, y se volvió á Namur, habiendo entregado el ejército al de Parma, el qual inmediatamente determinó combatir á Limburgo. Quando se disponia á entrar por la brecha del muro, le abriéron la puerta los habitantes, habiendo pactado que no padecerian ninguna hostilidad, y la guarnicion pasó al sueldo del Rey. Distribuyóse el ejército en muchos escuadrones, y en breve tiempo fué recobrado lo restante de la provincia, y muchos pueblos se entregáron por su voluntad. Sichen pagó la pena de su temeridad, habiéndose enfurecido las tropas contra todo sexô y edad, sin distincion alguna. Entretanto falleció en Namur Cárlos Barlemont, oprimido de su mucha edad y trabajos, y el Austriaco le mandó hacer magnificas exêquias en premio de su lealtad y valor, y le sucedió su hijo el Señor de Hierges. Por este tiempo vino de España á los reales para militar, segun la costumbre de los nobles, Don Pedro de Toledo, hijo de Don García; tambien llegó de Italia Don Lope de Figueroa con un cuerpo de Españoles sacados de los presidios; Don Alfonso Leyva, hijo de Don Sancho, Virrey de Navarra, á quien seguian muchos nobles, y quatrocientos Capitanes veteranos. Su hermano Don Sancho iba por Teniente de Coronel, y Don Diego de Mendoza su tio materno por Alférez. Finalmente llegó con dos mil Italianos Gabrio Cervellon, que se habia hallado en muchos peligros y batallas. Pero como era imposible retener al ejército sin la paga, volvió el correo que despachó Don Juan de Austria al Rey Don Felipe con trescientos mil ducados recogidos en el espacio de un mes, trayendo tambien varias órdenes. Habia vuelto al campo el Austriaco, y luego que pagó á la tropa su estipendio, la conduxo

al enemigo, habiendo removido del Senado á muchos que se hallaron desafectos al Rey, y puesto en su lugar á otros de conocida fidelidad, como se lo previno Don Felipe. Reforzaron los enemigos sus tropas poderosamente, y se mantenian acampados cerca de Malinas. Era su General Bossu, que despues de su prision se pasó al partido de los Estados, y se habia metido en aquella guarida, mas para sostener la guerra que para hacerla; por lo qual no se movió de su puesto, ni se atrevió á hacer cosa alguna en campo raso, aunque fué provocado muchas veces á la pelea con los clarines. Finalmente se adelantó Leyva por mandado de Don Juan de Austria, y con un pequeño esquadron se introduxo entre el campo enemigo y el bosque, y habiéndole salido al encuentro con mucho mayor número de tropas el Ingles Nort, se trabó la pelea, que se encendió mas con la llegada de nuevos refuerzos de una parte y otra; pero como el enemigo rehusase combatir á campo raso, puso el Español á su espalda la caballería, y se retiró á sus reales en medio de las inútiles descargas de artillería que le disparaba el enemigo desde las trincheras. Aumentáronse sus fuerzas con la venida de los Alemanes, que mandaba Casimiro. Este pues, se dice que habiendo recibido dinero de Inglaterra, introduxo en Flandes ocho mil infantes y siete mil caballos, los cuales no sirviéron de cosa alguna, pues rehusando obedecer á Bossu, se acamparon separados de sus reales, y faltándoles despues la paga, se negaron absolutamente á todo trabajo. Por otra parte Alenzon, que quanto era mas inepto para mandar, era tanto mas ambicioso, vino á la provincia de Hainault para ofrecer su auxilio á los Estados, á fin de arrojar de Flandes á los Españoles, disimulándolo Enrique su hermano, con el designio de apartar de Francia con su comitiva turbulenta á aquel joven inquieto, y deseoso de trastornarlo todo, y entretener fuera del reyno sus desmedidas esperanzas con el especioso título de Defensor de la libertad de Flandes. Ajustó con los Estados ciertas condiciones, las cuales disminuian en

mucho la potestad y dignidad de Mathias , sin respeto alguno ni vergüenza , con tal que se armase Flandes mas fuertemente , aunque fuese para su ruina. Finalmente para que los hechos correspondiesen á las palabras reduxo á su poder algunas ciudades; y habiendo dirigido la artilleria contra Bence , la forzó á la entrega , y en ella por la perfidia de los Franceses se cometió un hecho indigno ; pues habiéndose dado palabra á la guarnicion de que no se la haria daño alguno , fué parte de ella pasada á cuchillo, saqueáron las cosas sagradas y profanas sin distincion alguna , y violáron los relicarios donde se conservaban las reliquias de los Santos , sin que en esto tuviese culpa Alenzon , que detestó semejante maldad.

La misma impiedad executáron los Orangianos en Amsterdam , ciudad ilustre por su fidelidad. Sitiáronla por mar y tierra por largo tiempo , y no habiendo recibido el menor socorro , se entregó al fin baxo de honrosas condiciones , en las que ante todo se pactó la seguridad de la religion cathólica ; pero habiendo faltado á la palabra que Mathias, Orange y otros Grandes habian dado , acometiéron de repente los soldados, llenándolo todo de terror y espanto , y en un momento de tiempo fuéron profanados los Templos y los altares , y saqueadas y destruidas todas las cosas sagradas por aquellos , para quienes en la reforma que profesan no hay cosa alguna santa ni inviolable. No halláron socorro ni favor en el Archiduque , entregado enteramente á la potestad de los Estados , y sujeto á su pedagogo Orange ; ántes por el contrario prevaleciendo la impiedad , se concedió libertad de conciencia en todo Flandes. Las Iglesias mas principales fuéron entregadas á los impios , quedando los cathólicos reducidos á las mas pequeñas. Los Eclesiásticos , Magistrados y fieles ciudadanos, que rehusaban jurar obediencia á los Estados , padeciéron las mayores vexaciones , muchos de ellos fuéron desterrados , y algunos muertos.

Indignados de esto los Grandes Campigni , Hesio , Berghes , Glimes y otros , y para alejar de Bruselas , ciudad regia , aquella peste que se exten-

dia por todo Flandes con grande turbulencia y estrago de los pueblos, presentáron un memorial, que les costó muy caro, pues á excepcion de Capri, que se puso en fuga, todos fuéron encarcelados por los de Gante, que habian llegado al extremo del furor, y aprendiéron al fin quán mal hicieron en dar al vulgo las armas, que en breve habian de emplear en daño suyo. Las provincias de Hainault y el Artois tomarón tambien la honrosa y heroyca determinacion de defender la piedad con las armas, detestando la comun infamia de los Flamencos, que todos eran tenidos por hereges. Irritábanlos además sus particulares agravios, pues se veian despreciados por las otras provincias, que disponian de todo á su arbitrio, sin hacer caso alguno de las mas belicosas. Pero como no miraban con buenos ojos á los Españoles, porque así como los Estados tiraban á perder la religion, intentaban aquellos oprimir la libertad, formáron á exemplo de los Franceses un tercer partido, que á la verdad, segun el juicio de los mas prudentes, fué causa de que no se perdiese Flandes enteramente. Separándose pues del cuerpo de los Flamencos, comenzáron á pelear y á dirigirse por sí mismos, y defender la Religion Cathólica con grande esfuerzo de los nobles, los cuales para conservar su fama escribiéron cartas al César, á los Reyes, y á los otros Príncipes Cathólicos, asegurándoles que querian perseverar constantemente en la debida obediencia al Rey, y que estaban prontos, y preparados á sacrificar gustosamente todos sus bienes, y fortunas por la religion, que habian heredado de sus mayores. Sus tropas, con el pretexto de que no se les pagaba el sueldo, se retiráron de los reales, y se acampáron en el distrito de Gante, á cuyos habitantes aborrecian por haber mudado de religion. Pero Don Juan de Austria, que no ignoraba las cosas de los enemigos, conduxo sus tropas á un parage elevado cerca del Mosa, donde fixó los reales el Maestre de Campo Cervellon, que era muy perito en disponerlos, esperando que tal vez con estarse quieto podría disipar para siempre el grande ejército que de todas

partes habian juntado los Estados.

Crecian cada dia las discórdias entre los principales , y además eran acometidas las tropas con la peste y con el hambre , porque no se les pagaba su estipendio. Necesitaban cada mes ochocientos mil escudos , cantidad grande en tanta falta de dinero como padecian. Por esto pues inferia no sin razon el Austriaco que en breve se dispersarian. Con efecto, poco despues habiendo sido llamado Casimiro por los de Gante para resistir á los del Hainault y el Artois que los perseguian por causa de Religion , marchó con parte de las tropas , á fin de exigir de ellos la paga , que no le satisfacian los Estados. Habiendo pues recibido ciento y setenta mil escudos , fomentó la guerra civil , y pasó á Inglaterra para atender á sus propios negocios. Entretanto fué acometido repentinamente Don Juan de Austria de una ardentísima fiebre , cuya fuerza resistió todos los remedios. Recibió con mucha piedad los santos Sacramentos , y falleció el dia primero de Octubre con grande sentimiento del ejército. Su cuerpo fué llevado desde el campo con pompa militar á Namur , donde se le hicieron las exéquias reales segun costumbre. Despues fué trasladado á España de órden del Rey por Gabriel Niño en el año siguiente , y colocado en el Escorial junto á las cenizas del César Don Carlos su padre. A los principios corrió la voz de que le habian dado veneno. Pero los que examinaron esto con imparcialidad y recto juicio , creyeron que el suspicaz caracter del Rey Don Felipe fué la verdadera ponzoña , que agitó miserablemente á aquel excelso jóven hasta que le acabó la vida. Entre otras cosas que toleró con invencible constancia , y que irritaban en gran manera su ánimo ardiente , no podia sufrir con paciencia que el Rey diese mas crédito á las artificiosas cartas de los Estados , que á las relaciones muy verdaderas que él le dirigia , y con una importuna clemencia queria Don Felipe que se aplacase la discordia con medios suaves , quando ni el hierro ni el fuego eran capaces de quebrantar la obstinacion de los Flamencos. De esto resultaba el

verse forzado á tolerar muchas cosas contra su decoro y respeto, por la insolencia de los habitantes de aquellas provincias, los cuales fuéron tan traidores para con él, como infieles á su Rey. Dexó dos hijas, que fuéron Doña Ana y Doña Juana, las que habia tenido en dos mugeres nobles, la una en España, y la otra en Nápoles. Ambas se educáron en Conventos de Monjas, pero Doña Ana perseveró en esta vida, y Doña Juana se casó con un Príncipe Siciliano. Abrióse la Cédula Real, y fué declarado Gobernador de Flandes el Príncipe de Parma. Intentáron los enemigos apoderarse por fraude de Bolduc, pero les saliéron vanos sus esfuerzos. Tampoco Arras pudo ser tomada y el autor del intento pagó con la cabeza. Montigni, que mandaba las tropas del nuevo partido, hizo algunos daños á los Gandavenses. Viendo el Duque de Alenzon que no producian efecto alguno sus ardides, y que el dinero no alcanzaba á los gastos, despidió sus pocas tropas, de las cuales parte de ellas arrojó Altaemp de Borgofia adonde habian ido á robar, y adonde algunos soldados fuéron muertos por los labradores. Habiéndosele frustrado el proyecto de ocupar por engaño á Mons en la provincia de Hainault, se retiró de Flandes á manera de fugitivo. Finalmente afligido el ejército de los Estados por la discordia de sus Capitanes, y por el hambre y enfermedades que padecia, se deshizo la mayor parte, irritados los Flamencos (que se hallaban ya enteramente exhaustos) de que con sus haciendas hubiesen alimentado la cobardía, sin haber executado cosa alguna digna de tan grande ejército. El General Bossú murió de una enfermedad á fines del mes de Diciembre.

T A B L A

DE LOS CAPITULOS DE ESTA OBRA.

TOMO NONO.

LIBRO IV.

- C**APITULO PRIMERO. *Sujétanse los rebeldes de la provincia de Xalisco. Viage á la California y á la Florida. Providencias del César en favor de la libertad de los Indios. Pág. 5.*
- CAP. II.** *Discordias del Perú. Viage de Alvar Nuñez al Paraguay. Sucesos de los Portugueses en las Indias Orientales. 14.*
- CAP. III.** *Dieta de Wormes sobre los asuntos de Religión. Comiézase el Concilio de Trento. 23.*
- CAP. IV.** *Conjuracion contra los confederados de Esmalcalda. Declaran la guerra al César 28.*
- CAP. V.** *Ríndense al César algunas ciudades de Alemania. Tumultos de Nápoles y Génova. Muerte de varios Príncipes. 38.*
- CAP. VI.** *Derrota de Alberto de Brunswik. Hace el César la guerra con otros Príncipes al Duque de Saxonía, y queda éste vencido y prisionero. 45.*
- CAP. VII.** *Perdona el César la vida al Duque de Saxonía. Ríndese el Landgrave, y muchas ciudades de Alemania. Casamiento de Maximiliano con Doña Marta hija del César. 52.*
- CAP. VIII.** *Continúan las guerras civiles del Perú. Batalla de Quito, sublevacion de los Indios en Yucatan, y otros sucesos. 62.*
- CAP. IX.** *Pasa al Perú Don Pedro de la Gasca á pacificar las discordias civiles. Sucesos entre las tropas Reales y las de Pizarro. Ríndese, y es condenado á muerte. 68.*
- CAP. X.** *Guerra de los Portugueses en la India con Tom. IX.*

- el Rey de Cambaya , y entre el Turco y el Rey de Persia. 70.
- CAP. XI. El Príncipe Don Felipe es jurado sucesor de los Estados de Flandes. Muerte de Paulo III y eleccion de Julio III. Expedicion de los Imperiales á la ciudad de Africa. 83.
- CAP. XII. Guerra de Italia entre el César y el Rey de Francia. Hácenla al César los Príncipes confederados de Alemania. 90.
- CAP. XIII. Hácese la paz en Alemania. Sitio de Metz por el César. Estragos de la armada Otomana en las costas de Italia. Sedicion de Sena. 101.
- CAP. XIV. Hazañas de los Españoles en Hungría. Acometen los piratas á la isla de Mallorca. Pacificacion del Perú, y otros sucesos de las Indias. 110.
- CAP. XV. Continua la guerra en los confines de Flandes. Sitio y toma de Teruana por el César. Guerra de Italia. 118.
- CAP. XVI. Muerte de Eduardo Rey de Inglaterra. Es proclamada Doña María hija de Enrique VIII. Su casamiento con el Príncipe Don Felipe. Guerra en Flandes y en Italia. 125.

LIBRO V.

- CAPITULO PRIMERO. Muerte de la Reyna Doña Juana, madre del Emperador y de los Papas Julio III y Marcelo II, y eleccion de Paulo IV. Continua la guerra en Flandes, en el Piamonte, y en Córcega. Toma de Sena por los Imperiales. 135.
- CAP. II. Renuncia el César los Estados de España y de Flandes en Don Felipe su hijo, y el Imperio en su hermano Don Fernando. Declárase el Pontífice contra la España y sus aliados. 146.
- CAP. III. Viage de Carlos V á España, y se retira al monasterio de Yuste. Muerte de Santo Tomas de Villanueva, de San Ignacio de Loyola, y de otros varones ilustres. Sitio de Oran por los Turcos. 156.
- CAP. IV. Renueva en el Perú Francisco Giron la guer-

- ra civil. Es derrotado y degollado en Lima. Sublevaciones y guerra de los Indios de Chile. Descubrimiento de la nueva Vizcaya. 162.
- CAP. V. El Turco hace la guerra á los Portugueses en la India, y es derrotado. Horroroso naufragio de Manuel de Sousa en la costa de Africa, y otros sucesos del Oriente. 170.
- CAP. VI. Continúa la guerra entre los Españoles y el Papa, y sus varios sucesos hasta que se ajustó la paz. Cede el Rey Don Felipe el dominio de Sena al Duque de Florencia. 175.
- CAP. VII. El Rey Don Felipe declara la guerra al Frances. Sitio de San Quintin, y batalla memorable ganada por los Españoles. Determina el Rey la fundacion del monasterio del Escorial. Muerte del Rey Don Juan de Portugal. 183.
- CAP. VIII. Recuperan los Franceses el puerto de Calais. Célebre derrota que padecieron en Gravelinas. Guerra del Piamonte. El Emperador Don Fernando es coronado en Aquisgran. 189.
- CAP. IX. Preparativos de guerra de los Reyes de España y de Francia. Comiénzase á tratar de la paz, y no tiene efecto. Muerte del Emperador Carlos V, y de sus dos hermanas Doña María y Doña Leonor. 198.
- CAP. X. Muerte de Doña María Reyna de Inglaterra. Paz general de la Europa y condiciones de ella. Muerte desgraciada del Rey Enrique de Francia. Sucede en el reyno su hijo Francisco II. 203.
- CAP. XI. Muerte de Paulo IV. Eleccion de Pio IV. Castigos executados por la Inquisicion de España contra los hereges. Restituyese á España el Rey Don Felipe. Celebra en Guadalaxara su casamiento con Madama Isabel de Francia. 209.
- CAP. XII. Expedicion del Virrey de Sicilia contra los piratas de Africa. Toma de la isla de Gelves y su fortaleza. Viene la armada Turca al socorro del pirata Dragut, y derrota de la armada christiana. 215.
- CAP. XIII. Persecucion de Inglaterra contra los Ecle-

- siásticos. Discordias civiles de Francia. Conjura-
cion de Amboisa. Muere el Rey Francisco II, y
le sucede Cárlos IX. 223.*
- CAP. XIV. Envía el Marques de Cañete, Virrey del
Perú, á su hijo Don García con tropas para suje-
tar á los Indios de Chile. Sucesos de esta guerra. 231.*

LIBRO VI.

- C**APITULO PRIMERO. *Embaxada del Rey Don Fe-
lipe al de Francia. Hace causa el Pontífice á los
Carrafas. Concede un subsidio al Rey de España.
Vuélvese á juntar el Concilio en Trento. Maximili-
ano es nombrado sucesor en el Imperio. 241.*
- CAP. II. Junta el Rey Don Felipe una poderosa ar-
mada contra los Moros piratas. Pérdida de veinte
galeras Españolas. Guerra civil en Francia entre
los Cathólicos y Hugonotes. 246.*
- CAP. III. Sitian los Moros las plazas de Oran y Ma-
zalquivir, y son derrotados por los Españoles. Con-
clusion del Concilio de Trento. Toma de la fortaleza
del Peñon. 252.*
- CAP. IV. Guerra de Córcega. Muerte del Emperador
Don Fernando. Sácedele su hijo Maximiliano. Ex-
pedicion de Pedro de Ursua en busca del Dorado.
Crueldades de Lope de Aguirre. Sucesos de la In-
dia Oriental. 258.*
- CAP. V. Conferencia en Bayona del Rey de Francia y
la Reyna Catalina con su hija la Reyna de España,
y medios que acordáron para destruir á los Hugo-
notes. Movimientos de la Flandes. Sitio de Malta
por la armada Turca, y sucesos de esta guerra. 263.*
- CAP. VI. Prosigue la guerra de los Turcos en la isla
de Malta, y son derrotados. Intentan los Moros
apoderarse del castillo de Melilla. Muerte del Pa-
pa Pio IV, y eleccion de Pio V. Tumultos de
Flandes suscitados por los bereges. 274.*
- CAP. VII. Preparativos contra los sublevados de Flan-*

- des. Concilios celebrados en España y Portugal. Fin de la guerra de Córcega. Continuacion de las turbulencias de Francia. 284.*
- CAP. VIII. Conducta del Duque de Alba en Flandes. Prision y muerte del Príncipe Don Carlos. Muerte de Doña Isabel Reyna de España. Rebelion de los Moriscos de Granada. 293.*
- CAP. IX. Sucesos de la guerra movida en Flandes por los rebeldes, y victorias que les ganaron los Españoles. Discordias entre la Reyna de Inglaterra, y el Rey de España sobre la presa de tres navíos. 302.*
- CAP. X. Viage de Miguel de Legaspi al mar del Sur, y principio de la poblacion de las islas Filipinas. Entrada desgraciada de los Franceses en la Florida. Combate del Ingles Juan de Aquins en el puerto de Vera-Cruz. Descubre Alvaro de Mendaña las islas de Salomon. Sucesos de la India. 308.*
- CAP. XI. Continua la guerra de los Moriscos de Granada. Nombra el Rey por General de ella á Don Juan de Austria. Muerte de Abenbumeya, y eligen los Moros para sucederle á Aben-Aboo. 315.*
- CAP. XII. Vuelven los Hugonotes á tomar las armas en Francia. Batallas de Farnac y Moncontour, y victorias de las armas cathólicas. Sucesos de Flandes. El Duque de Florencia es declarado gran Duque de Toscana. Expedicion de Uluc-Ali contra la Goleta. 322.*
- CAP. XIII. Piden los Moriscos de Granada la paz á Don Juan de Austria, y se la concede. Vuelven á rebelarse. Muerte de Aben-Aboo, y conclusion de esta guerra. Casamiento de los Reyes de España y Francia. Este da la paz á los Hugonotes. 329.*
- CAP. XIV. Dispone el Turco una grande armada contra los Venecianos, y pierden estos á Nicosia y Famagusta en la isla de Chipre. Alianza de los Príncipes christianos contra el Otomano. Derrota de la armada de éste en la célebre batalla de Lepanto. 335.*
- CAP. XV. Repartimiento de la presa ganada en Le-*

panto. Varones ilustres que murieron en esta memorable batalla. Toman los Españoles la fortaleza de Final. 343.

LIBRO VII.

CAPITULO PRIMERO. Nuevas rebeliones de los bereges en Flandes, y piraterías de los Gueusios. Muerte de San Pio V, y eleccion de Gregorio XIII. Expedición de los Venecianos y de Don Juan de Austria contra el Turco. 348.

CAP. II. Casamiento de Enrique Príncipe de Bearne. Muerte de su madre en París, y del Almirante Coligni. Memorabile mortandad de Hugonotes comenzada en el día de San Bartolomé. Movimientos de los bereges en Holanda. 356.

CAP. III. Ereccion de algunos Obispados. Muerte de San Francisco de Borja. Aparicion de un cometa. Acometen los Reyes de la India á los Portugueses con poderosos exercitos, y sucesos de esta guerra. 364.

CAP. IV. Vuelve Don Juan de Austria á Nápoles. Los Venecianos hacen la paz con el gran Turco. Envia el Rey Don Felipe una armada contra los piratas de Africa. 371.

CAP. V. Pasa Don Fadrique de Toledo á Amsterdam para reconciliar con el Rey Don Felipe las ciudades de Holanda. Resístese Harlem, y la toman los Españoles. 377.

CAP. VI. Prosigue la guerra en Flandes y Holanda. Es nombrado Don Luis de Requesens por sucesor de Alba en aquel gobierno. Muerte de Doña Juana hermana del César, y madre del Rey de Portugal. Nacimiento del Príncipe Don Carlos. 381.

CAP. VII. Envia el Sultan una poderosa armada al Africa contra los Españoles. Sitio y toma de las fortalezas de Tunez y la Goleta. Desgraciada expedición del Rey de Portugal en Africa. Disensiones

- de Génova. Muerte de Cosme gran Duque de Toscana. 386.
- CAP. VIII. Proyectos de los Hugonotes de Francia descubiertos y castigados. Muerte del Rey Carlos IX. Le sucede su hermano Enrique III. Sucesos de la guerra en Flandes. 393.
- CAP. IX. Muerte del Sultan Selim. Sucédele su hijo Amurates. Es declarado Rey de Romanos Rodolfo hijo del César. Continuacion de las discordias de Génova. Congreso de Breda para tratar de la paz de Flandes. 400.
- CAP. X. Prosigue la guerra de Flandes y de Holanda. Empresa memorable de los Españoles para apoderarse de las islas de Scaldia y Duvelanda, y otros varios sucesos. 407.
- CAP. XI. Muerte del Gobernador Requesens : apodérase el Senado del gobierno , y se declara contra los Españoles. Victoria ganada por estos en Amberes. Juntanse en Gante los Estados de Flandes. 413.
- CAP. XII. Nombra el Rey por Gobernador de Flandes á Don Juan de Austria. Coloquio de los Reyes Don Felipe y Don Sebastian en Guadalupe. Viene el Turco con una armada á las costas de la Calabria. Muerte del César Maximiliano , y le sucede su hijo Rodolfo II. 420.
- CAP. XIII. Piraterías de los Ingleses y Franceses en América. Es anunciada la Religion Christiana á los Chinos. Sucesos de las Molucas. Prosiguen las discordias de Francia. Principios de la famosa liga de los Grandes de este reyno. 426.
- CAP. XIV. Don Juan de Austria hace las paces entre el Rey de España y los Flamencos. Alianza de los Flamencos con la Reyna de Inglaterra. 433.
- CAP. XV. Envía el Rey tropas á Don Juan de Austria. Pasa á Flandes Alexandro Farnesio. Recobran los Españoles algunas ciudades. Fórmase en Flandes otro tercer partido. Muerte de Don Juan de Austria. 440.

117
007







